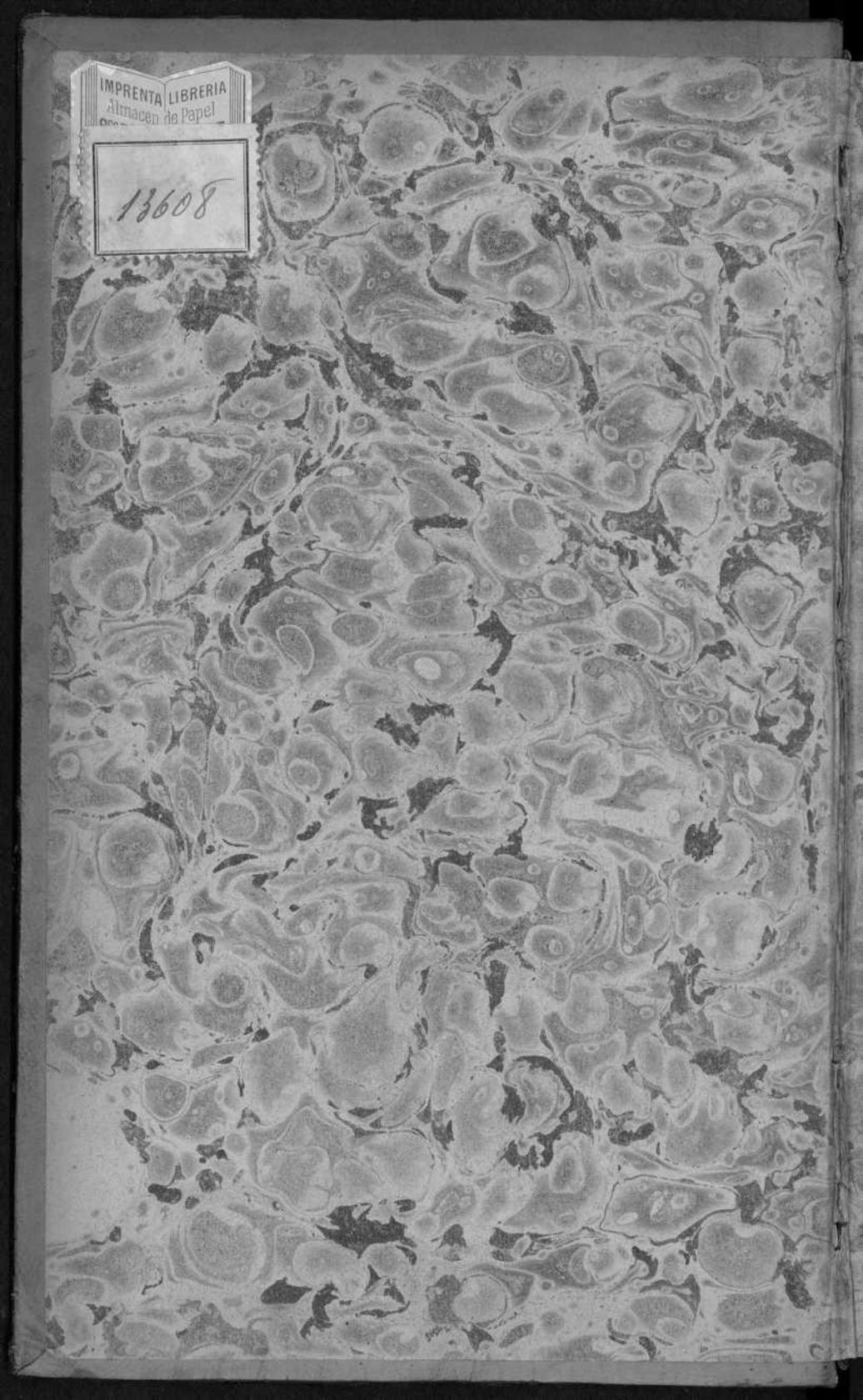
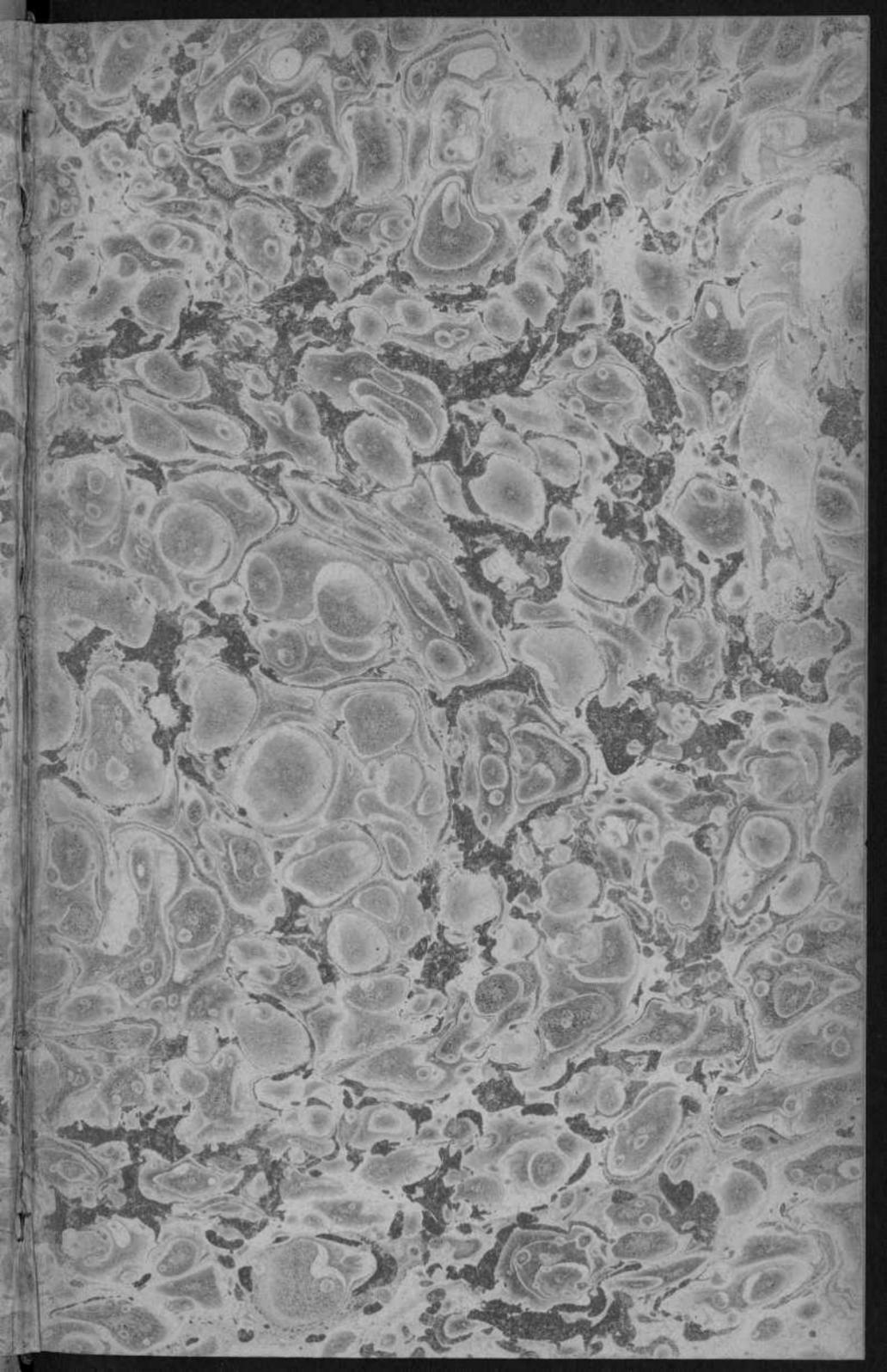


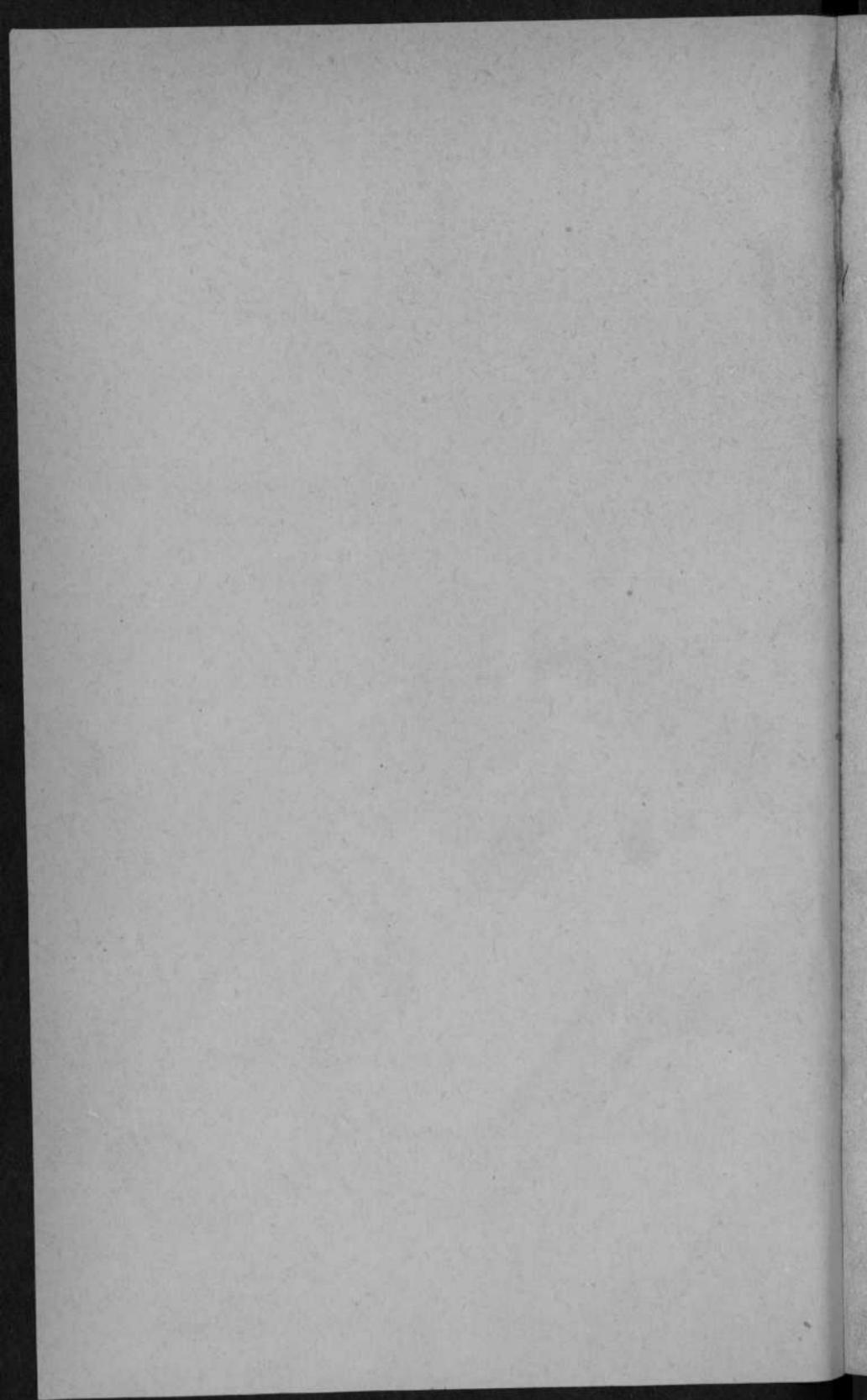
The image shows the front cover of an old book. The cover is decorated with a traditional marbled paper pattern, featuring intricate, swirling, and wavy lines in shades of grey, black, and white. The pattern resembles a 'stone' or 'shell' marbling. The spine of the book is visible on the left side, appearing dark and worn. A small, rectangular, light-colored label is affixed to the spine near the bottom, containing the number '08' printed in black. The overall appearance is that of an antique or vintage book.

IMPRESA LIBRERIA  
Almacen de Papel

13608



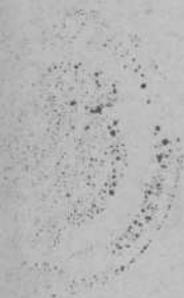




24  
—  
28

LA  
MUJER GRANDE.





LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF CHICAGO

R. 9114

# LA MUJER GRANDE.



## VIDA MEDITADA DE SANTA TERESA DE JESÚS,

ENSEÑANDO  
COMO MADRE, MAESTRA Y DOCTORA UNIVERSAL,  
CON EJEMPLOS Y DOCTRINA.

OBRA DISTRIBUIDA EN LECCIONES  
QUE FORMAN UN AÑO CRISTIANO COMPLETO

POR EL RDO. P. FR. M. DE T.

NUEVA EDICION CORREGIDA Y AUMENTADA

POR  
el Rdo. D. Enrique de Ossó, Pbro.,

DIRECTOR DE LA REVISTA TERESIANA.

Tomo I.

CON APROBACION DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

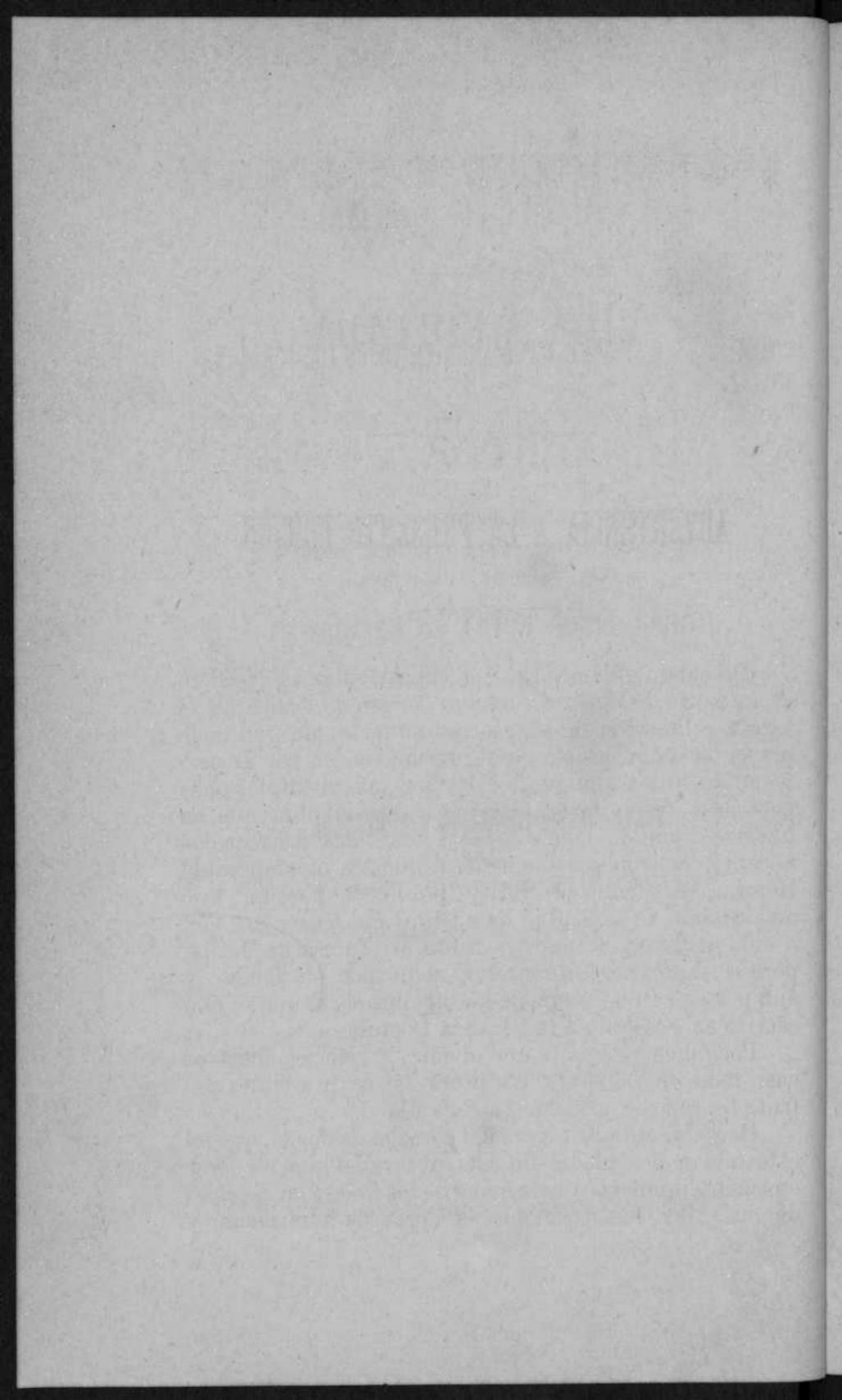


BARCELONA:

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, n.º 5.

1882.



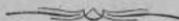




VIVA JESÚS Y SU TERESA POR AMOR EN TODOS LOS CORAZONES.



## ADVERTENCIA Á LA PRESENTE EDICION.



Deseando ofrecer algo que valiese sobre el sepulcro de la Santa de nuestro corazon, Teresa de Jesús, en el tercer centenario de su gloriosa muerte, no pudiendo presentar cosa propia de algun mérito, ya por la cordedad de nuestro ingenio, ya por las múltiples ocupaciones, resolvimos editar otra vez la obra que en nuestro humilde concepto está destinada á hacer conocer y amar admirablemente á nuestra incomparable Heroína española, escrita y publicada por un hijo amantísimo de la Santa, que tituló *La Mujer grande*, ó vida meditada de nuestra santa M. Teresa de Jesús; porque tanto por su materia, como por su fondo, y aún por su estilo, es una de las mejores obras que se han escrito en obsequio á la Seráfica Doctora.

Poco hemos tenido que añadir y retocar, pues es casi todo de la santa Escritora, si se prescinde del fruto ó propósito señalado á cada dia.

Haga la santa Robadora del corazon de Jesús, que en este año y por medio de esta obra vuelva á recobrar en las inteligencias y corazones de los fieles, en especial de sus hijos los españoles, el lugar de admiracion y

aprecio que nunca debia haber perdido, para que la España del siglo XIX sea la España gloriosa del siglo XVI, merced á la celestial influencia de la gran Teresa de Jesús.

Estos son los votos, Madre mia de mi alma, santa Teresa de Jesus, de vuestro siervo, súbdito, hijo y Capellan, y ¡qué de buena gana!

Enrique de Ossó, Pbro.

Vinebre, dia de san Juan Evangelista de 1881.





## RETRATO DE SANTA TERESA DE JESÚS,

POR

EL P. FRANCISCO DE SANTA MARÍA,



Era Teresa de Jesús generosa y no soberbia; humilde y no abatida; amorosa y no pegajosa; apacible y llena de honestidad. Su discrecion, suavidad, agradecimiento, fidelidad y verdad (disposiciones para todo buen empleo de virtud), aun en más crecida edad fueron de admiracion, y en la primera llevaban la atencion de los que la miraban. Y porque Dios la formaba para granjeadora de muchas almas, la llenó de aquellas gracias que más suelen prender corazones. Compuso y adornó su rostro de hermosura grave; dió agrado á sus palabras, rodeóla toda de admiracion, donaire y modestia, de suerte que afirman por cierto los que la conocieron, que nadie llegó á conversarla que no quedase prendado de su trato, y deseoso de comunicarla muchas veces. Niña, y de mayor edad, seglar y religiosa, reformada y antes de reformarse, era con cuantos la veian el añagaza de Dios: porque el aseó y buen parecer de su persona, digna de la gravedad de una matrona, la discrecion y gracia de su habla, la suavidad de su condicion, la viveza de su entendimiento, junto con la modestia de su rostro, la hermoseaban y agraciaban de manera, que el profano y el santo, el noble y el plebeyo, el

sabio y el ignorante, el de mayor edad y de menor, y todo género de gente, sin salir ella nada de sí misma, quedaban como cautivos de su trato.

En estos excelentes naturales, como en tierra fértil sazónada, prendió luego con firmes y hondas raíces la semilla celestial de la gracia que en el bautismo recibió, llegando á ser una de las almas más favorecidas de Dios en la tierra, y de las que gozan mayor gloria y valimiento en el cielo.





# DEDICATORIA

À LA MADRE

SANTA TERESA DE JESÚS.

---

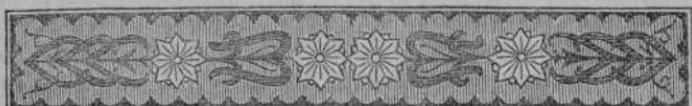
Bien sabeis, Santa y Madre mia, y mucho mejor que yo, que es enteramente vuestra toda esta obra, pues la he formado y escrito, casi sin saber cómo, sin pensar, ni querer, sin cansancio y sin tiempo; por manera, que puedo decir con toda verdad, no hice más que aplicar la mano y la pluma al papel. Todo lo demás es vuestro. Vos sois la que regularmente hablais; por maravilla digo yo una palabra mia, y aún estas pocas solo servirán para desfigurar las vuestras que procuro algunas veces reducir por no cansar la pueril flaqueza del comun de los lectores, que se fastidian pronto de todo lo bueno y espiritual, si no es muy breve.

Como dueña que sois, pues, de esta obra en lo material y formal, y quizá en habérmela hecho escribir, no tengo arbitrio para dedicarla á nadie; porque ni puedo disponer de lo que no es mio, ni es razon quitaros lo que es vuestro, para presentarlo y dedicarlo á otro.

Mas por esto mismo, Santa mia, es cargo vuestro conseguir de vuestro Esposo y Señor nuestro, que los fieles que lo lean, mediten vuestras obras, vuestras virtudes y celestial doctrina, y que produzca en todos los grandes efectos que deseaba vuestro celo, pues todo cuanto se escribe aquí, se dirige á este fin, y á probar que sois Madre, Maestra y ejemplar de todos los estados. Vos misma nos dais los documentos más saludables y

sublimes con obras y palabras de vida en todas las virtudes, y para todas las situaciones de la vida humana, en cualquier estado, de abundancia ó de pobreza, de salud ó enfermedad, de gloria ó abatimiento, de felicidades ó trabajos. En una palabra, los nobles, los ricos, los grandes, los pequeños, los célibes, los casados, los padres, los hijos, los superiores, los inferiores, los soldados, los políticos, los comerciantes, los Religiosos y Religiosas; todos, todos os hallarán como una Madre, Maestra y ejemplar, que haceis amable la virtud y aborrecible el vicio, que descubrís la grandeza y bondad de Dios y nuestra miseria é ingratitud, que aterrais á los herejes, atraeis á los tímidos, enseñais á los ignorantes, convertís á los pecadores, animais á los penitentes, reformais los Religiosos, y confirmando vuestras palabras con los ejemplos, y los de otras muchas personas, que, ó sacasteis del vicio, ó de los lazos de la vanidad, ó de los peligros, nos dirigís en el camino de la virtud, para sufrir con fruto los trabajos, y llegar en gracia á la vida eterna. Amen.





## PRÓLOGO Y PLAN DE ESTA OBRA.



Pocos Santos hay de quienes se haya escrito tantas veces la vida , y por confesores suyos , como se ha escrito la de Santa Teresa de Jesús. Tales son el ilustrísimo Sr. D. Fr. Diego de Yepes , obispo de Tarazona; el Rdo. P. Francisco Ribera, de la Compañía de Jesús, y el P. Fr. Jerónimo Gracian de la Madre de Dios, carmelita descalzo. Todas están excelentemente escritas, por manera que apenas dejan nada que desear. Con todo faltaba una, que fuera más breve, sencilla y proporcionada para el comun de los fieles. Mas esto que parecia fácil á muchos que la deseaban , y me pedian que la escribiera, siempre que quise ejecutarlo, me parecia imposible ; pues no hallaba medio para que siendo breve, presentase al mismo tiempo la noble idea que se merecia santa Teresa de Jesús. Mil planes habia formado con este objeto, mas como ninguno me parecia bueno, jamás me atreví á tomar la pluma, ni escribir una línea.

Habiendo predicado un sermon de la Santa al Consejo de Ordenes , tomé la pluma sin pensar en la idea primera , y sin fijarme en otra alguna , pues no podia tener esperanza, ni aún remota, de poder continuar mi trabajo , ni menos una vida de santa Teresa , breve ni larga. Con todo es cierto, y lo saben algunos , que escribí y concluí esta obra en pocos meses , y de modo, que yo mismo más que nadie me admiro de haber hecho lo que jamás habia pensado, completando una idea,

que ciertamente no es mia, porque jamás me habia pasado por el pensamiento, hallándomela hecha casi antes de haberlo conocido. En efecto, despues de concluida, es cuando he reconocido ser proporcionada para el bien comun de los sencillos fieles, y que se ha verificado la idea que siempre tuve por imposible, de reunir la brevedad, sencillez y utilidad con la idea grande y noble que se merece nuestra Santa. Es verdad que es más larga que otras vidas de la misma, mas como está formada á semejanza del Año Cristiano, con una sola leccion para cada dia, se puede decir que es muy breve, y como son tantas las lecciones breves, forman una sublime idea, que aunque no iguale á lo que merece, es por lo menos nada vulgar, segun mi juicio, por las razones siguientes, que dan la idea de la Santa y del objeto de la obra.

En primer lugar, me pareció conveniente anticipar á la obra algunas noticias relativas á la familia y blasones de la casa de santa Teresa de Jesús, que se halla enlazada con muchas familias de las más nobles de España. A este fin se dispuso para portada de la obra la lámina, cuyo objeto principal es la genealogía de la Santa, y la nobleza de sus apellidos y armas. No dudo que hay muchas más familias enlazadas con la Santa, que quizá se quejarán de mí por no mencionarlas, pero yo suplico me perdonen, pues no he sabido más, ni mi objeto es este, sí sólo presentar la genealogía de santa Teresa y sus blasones, para que cada uno pueda más fácilmente hallar su enlace.

En segundo lugar: en el total de lecciones de este Año espiritual de Santa Teresa, se nos presenta como Madre, Maestra y ejemplar, y desde la cátedra de sus sabios escritos enseña toda la moral, toda la Religion, todas las virtudes políticas, morales y civiles, que necesita el hombre en cualquier destino en que se halle. No pueden fastidiar estas lecciones breves y sencillas, por la diversidad de materias que contienen. Las principales y casi todas son acciones particulares de la vida de la Santa, ejemplos prácticos, doctrina pura y literal de sus obras, reflexiones interesantes de la misma, y

otras muchas historias que refiere santa Teresa de personas nobles, doncellas virtuosas, hombres apostólicos, casos raros, providencias singulares y sucesos admirables, en todo lo cual se verá entretrejida su dulzura y suavidad con el orden y providencia de Dios, su zelo y actividad con las máximas más sábias y provechosas, por manera que sin duda del junto de todo esto se puede formar un plan admirable, político, civil, moral y religioso para la crianza de los hijos, y la conducta de toda clase de personas. Cuanto más lo considero, más admiro el que la vida y doctrina de una sola mujer abraze tantos ramos, materias y reglas utilísimas.

Sobre todo, como la Santa fué de las más favorecidas de Dios y de las más perseguidas, de las que se vieron en situaciones más encontradas de felicidad y de miseria, de las que obraron cosas más sublimes y heroicas, y que al mismo tiempo padecieron más trabajos y enfermedades; por todo esto se hace muy admirable y singular, para que á su ejemplo sepamos resistir á la desgracia, persecucion y trabajos, que es la suerte más comun de los hombres.

Lo tercero debemos prevenir, que aunque seguimos todos los pasos de su vida desde su nacimiento hasta su muerte, reunimos muchas veces en un solo suceso otros semejantes de su vida, ó reflexiones de la misma Santa, porque así se forme más noble idea de su carácter, y haga más impresion en los corazones de las personas que lo leyeren. Por esto se ven algunas cosas repetidas en varios lugares, aunque siempre añadiendo algunas cosas propias de la materia que se trata.

La cuarta, antes de entrar en su nacimiento y acciones singulares, se habla de sus padres y parientes, todos virtuosos, y conforme los pinta la misma Santa, por cuya causa no debe parecer extraño el que se hable de algunas cosas de santa Teresa, antes de presentarla nacida, pues no siendo esta obra puramente historial de su vida sino instructiva para todos, conviene que antes del nacimiento de la Santa y sus acciones primeras, entremos ya con algun conocimiento é idea de su carácter sublime, para que miremos con respeto áun

aquellas primeras obras, que en otros sólo serian pueriles.

Terminemos este Prólogo aplicando á santa Teresa aquellas palabras que se dijeron á Booz, cuando admitió á Ruth por esposa suya (1): Haga el Señor á esta mujer que hoy entra en tu casa (esto es, á Teresa, que entra á ser Madre, Maestra y Doctora nuestra) como á Raquel y Lia, que levantaron la casa de Israel (la santa Iglesia), para que sea ejemplo de toda virtud, y resuene su nombre por todo el mundo... Haga, pues, Dios á santa Teresa, con sus virtudes, ejemplos, instrucciones y amabilísimo nombre, la Madre y Doctora de la Iglesia y de todos sus hijos: haga el Señor que reuna en sí los dos blasones más grandes, de Madre espiritual y Doctora Virgen: que como Madre espiritual goce la fecundidad prodigiosa, no sólo en la reforma del Cármen, sino en toda la Religion católica, protegiendo la conversion de los infieles, herejes y pecadores: que como Virgen y Doctora, prodigio de integridad por su pureza, y del poder de Dios por sus virtudes, sabiduría, amor ardiente de Jesucristo y del prójimo, se nos presente y la reconozcamos como el mayor blason de la omnipotencia y triunfo de la Religion dada á los hombres para su ejemplo é instruccion, para gloria de la España y del mundo entero: haga en fin el Señor que Teresa embelese y arrastre dulce y fuertemente á cuantos conozcan sus obras, lean sus escritos y mediten sus virtudes; de modo, que como san Bernardo decia de la Madre de Dios, que no tenia semejante en ser Virgen y Madre, así exclamemos diciendo de santa Teresa, que es una Santa original, por reunir blasones tan semejantes á los de la Madre de Dios, porque sobre haber sido *Virgen* muy pura, es tambien Madre espiritual, Maestra práctica y Doctora universal de todos los fieles que quieran cursar en su escuela, aprendiendo su doctrina, imitando sus ejemplos, y amándola y respetándola como Madre y Maestra.

(1) Ruth, iv, 2.



## EXPLICACION DE LA LÁMINA

DE

# SANTA TERESA DE JESÚS.

---

### LECCION ÚNICA.

#### § I.

**Santa Teresa sobre el Monte Carmelo se presenta renovando la viña de su reforma en hijos é hijas para crédito de la omnipotencia y firmeza de la verdad y santidad de la Religion.**

Como el objeto de esta obra sea presentar á santa Teresa como Maestra universal de todos los estados, conviene que los ojos vean desde luego el retrato de esta Maestra y Doctora singular con todos los símbolos propios de su carácter, para que exciten la idea de su grandeza en el alma. A este fin, pues, se ofrece la imagen de santa Teresa con toda su familia natural y espiritual, con los símbolos de su virtud y fecundidad; todo lo cual puede reducirse á esta proposicion del Sabio (1): «¡Oh qué hermosa es la generacion casta con claridad! Es inmortal su memoria, por cuanto es conocida delante de Dios y de los hombres: cuando se halla presente la imitan, y la echan menos cuando se retira.

(1) Sap. iv, 4.

Camina en triunfo, y coronada recibe el premio de los combates de su virtud.» Del mismo modo podemos también decir: ¡Oh qué hermosa es la casta y santa familia natural y espiritual de Teresa, pues matiza y hermosea con su virtud la nobleza y claridad de todos sus apellidos! No dudemos, pues, decir:

Á SU NOBLE Y DISTINGUIDO LINAJE DA MÁS LUSTRE SANTA TERESA DE JESÚS, LA MUJER GRANDE, CON SU VIRTUD, EJEMPLOS, DOCTRINA Y MAGISTERIO.

Se ve, pues, en este dibujo á santa Teresa colocada sobre el Monte Carmelo, que se hallaba marchitado por los devastadores siglos, renovando su primera gloria con las hermosas flores, sazonados frutos y aromas de su virtud. Lo riega con sus fatigas, lo planta todo de hijos y de hijas, formando una preciosa viña con el trabajo de su zelo; la cultiva con su industria y ardor de su caridad; la hace crecer con su ejemplo, escritos y oracion, y renueva toda su hermosura y fecundidad. Aquí nacen y se crian á los pechos de Teresa los varones más nobles y vigorosos que defienden la Iglesia contra los herejes, y las vírgenes más prudentes y virtuosas que hacen fuerza á Dios desde su retiro. En una palabra, estos hijos de Teresa son los brazos con que esta sábia y santa Mujer consigue tantos trofeos é inmortaliza su nombre más que aquella otra célebre Judit, por quien el Omnipotente dió la salud á todo su pueblo: *Salutem in manu femine.*

Para significar todo esto se ve sentada la Santa sobre la cumbre del Carmelo con el libro, la pluma y la borla de doctora, y dos Angeles que la traen una corona del cielo, cual la compete, de *gloria* y *honor* por su noble familia, natural, esmaltada y realzada por la virtud y fecundidad que se deja ver en sus hijos espirituales. Se ve también Teresa recostada en el tronco de una parra ó cepa, que no sólo es como el origen de su apellido Cepeda, sino también símbolo de la viña que plantó su mano derecha en el Carmelo ó religion del Cármen. Bien podemos aplicarla con el Sabio las pala-

bras que se dijeron de la mujer fuerte (1): «Puso esta mujer fuerte y valerosa la mira en un campo, lo compró y plantó luego con sus manos una viña, revistiéndose de fortaleza varonil. Abrió su boca á la sabiduría, y la ley del amor está en sus labios y lengua. Consideró las veredas y pasos de su familia para no comer el pan ociosamente. Por esto sus hijos á voces la alabarán despues de su muerte, no menos que su esposo. Sus hijas juntarán muchas riquezas espirituales; mas ella las hará ventaja á todas, porque sus prendas son muy superiores á las de todas las mujeres. Las gracias naturales y la hermosura que tanto aprecia el mundo, de nada sirven á su vista, porque son vanas y desaparece todo esto como el humo. Sólo es digna de alabanza la que, como esta mujer grande, teme al Señor y vive del fruto de sus manos, por la sabiduría, fortaleza y piedad fundada en la caridad y temor de Dios.»

En estas palabras del Sabio se ve á lo natural santa Teresa de Jesús, que considerando la fertilidad del Carmelo, aunque agostado, compró su terreno, y con el trabajo y fruto de su oracion plantó la viña más frondosa y útil, que no sólo se extiende y difunde por sus frutos, sino por el suave olor de sus aromas. Y dando gracias á Dios, podemos añadir con David: «Mirad, Señora, desde el cielo, y visitad siempre esta viña que plantó vuestra mano, y perfeccionadla para que sean eternos y seguros sus sazonados frutos.» Todo esto se simboliza en la parra sobre la que descansa santa Teresa en el Carmelo, ensortijada en una *palma* y en un olivo que están á los dos lados y raíces del monte, para que se vea á un golpe de vista todo el bien que hizo la Santa enlazado en su familia natural y espiritual. Al pié de la palma se ve un convento de religiosos, como *muestra* de todos los demás reformados por la Santa, con un lema que la dirigen con estas palabras: *Filii tui de longe venient*: Tus hijos vienen de léjos, esto es, del Monte Carmelo y del zeloso Elías, cuyo espíritu les comunicais porque lo recibisteis duplicado.

(1) Cap. xxxi.

Al otro lado y al pié del olivo se descubre un convento de monjas que indica todos los que fundó la Santa de Carmelitas Descalzas, con otro lema que dice: *Filiæ tuæ de latere surgent*: Tus hijas se levantarán de tu costado, esto es, saldrán del mismo convento de Carmelitas de la Encarnacion, en donde la Santa tomó el hábito y vivió muchos años, y con éstas y otras dió principio á la reforma, venciendo las mayores contradicciones del mundo, demonio y carne.

Todo esto debe hacernos alabar á Dios, que es bien admirable en sus Santos, y con mucha particularidad en santa Teresa, pues elige los instrumentos más débiles para las cosas más sublimes, lo más flaco para confundir lo fuerte, y lo más vil y despreciable, segun el orgullo de los vanos filósofos, para destruir su altanería y vanidad; pues por medio de una mujer como Judith libró á Betulia, quitó el oprobio de Israel, abatió el orgullo de los asirios y cortó la cabeza de Holofernes. Por medio de Débora consiguió la victoria y triunfo más admirable, como dice la Escritura. Mas sobre todo esto, así como al principio de la Iglesia reformó el Señor el mundo, que cada dia se corrompia en el corazon y entendimiento por los arrogantes y vanos sabios del mundo, y esto por unos pobres, desvalidos y rústicos Apóstoles, armados con sola la ignominia de la cruz; así en el siglo diez y seis, cansados los Generales de la Orden del Cármen, los Papas, los Reyes, los Nuncios y todos los mayores hombres de Israel ó de la Iglesia, fortificó Dios el brazo de Teresa (*roboravit brachium suum*), y presenta el espectáculo más admirable, el blason y poder de su omnipotencia en una mujer pobre, en una Monja cerrada, enferma, sin proteccion ni amparo, rompiendo todos los obstáculos y contradicciones más terribles del mundo entero, del demonio y carne, por manera que en menos de un siglo nace Teresa, se cria, se hace santa, funda treinta y dos conventos, muere, es beatificada, y se ve extendida su reforma del Cármen en sus hijos é hijas por toda la España, Portugal, Italia, Francia, Flandes, Alemania, Polonia, Persia y las dos Indias oriental y occidental,

pues desde el año 1515 hasta el de 1614 se cumplió todo lo dicho; y esta viña de Teresa, esta palma y olivo, este grande árbol de Ezequiel extendió sus ramas por todo el mundo, produjo frutos admirables en la Iglesia y en la monarquía; en la conversion de los herejes, gentiles, indios, mahometanos, pecadores, y hasta en el nuevo mundo recién descubierto. Se radicó el árbol de Teresa, llegó al cielo, se beatificó en la tierra, y poco despues, esto es, el año 1622, se canonizó solemnemente. *A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris*. En efecto, ¿quién podrá dejar de confesar aquí el poder de la gracia, la omnipotencia, la verdad de la religion católica, viendo que un instrumento tan flaco como una mujer consiguió lo que parecia imposible á todos los sabios, Santos y poderosos del mundo, que cansados ya de lidiar y procurar la reforma, habian cesado de insistir en ella? Alabemos, pues, á Dios, que obró tantas y tales maravillas por sola la virtud de Teresa y su gracia, formando por su medio una de las mayores apologías de la verdad de la religion católica y su divinidad, contra todos los incrédulos, que no pueden resistir, ni responder, ni impugnar esta obra de Teresa, como cosa que decide y sensibiliza la omnipotencia de Dios y la solidez y fuerza de su revelacion.

## § II.

Se continúa la explicacion de los símbolos de Teresa en la palma y olivo y en la vid, que manifiestan su carácter y amabilidad, para que todos entremos con gusto á ser hijos y discípulos suyos.

Se han preferido los símbolos de la *palma* y del *olivo* á otros por las singulares significaciones que atribuye la Escritura Santa á estos dos árboles, muy propios para el objeto de esta obra. La *palma* y el *olivo* son una metáfora con que en el libro del Eclesiástico (1) se explican los admirables efectos de la sabiduría increada de Dios, que la santa Iglesia pone en boca de María

(1) Cap. xxiv.

santísima y no desdican de santa Teresa de Jesús. Esta puede decir: Mi sabiduría alabará mi alma y se honrará en Dios por los dones que ha recibido para su gloria, y por esto será glorificada en medio de su pueblo y en la plenitud de los Santos... Pisé con mi poder los corazones de los grandes y pequeños, buscando uno en que fijar mi reposo, y lo hallé en la heredad del Señor ó Monte Carmelo, donde moraré eternamente... pues el Señor me dijo que habitara en Jacob, que mi herencia sería en Israel (toda la Iglesia) y que echaria raíces entre mis escogidos... Así fué exaltada como el cedro sobre el monte Líbano, como el ciprés sobre Sion, como la *palma* en Cades (la *santidad* del Carmelo) ó en las playas de los mares, y como la *oliva* vistosa en los campos... Yo como vid derramo suave olor, y mis flores son frutos de honor y riqueza... Pasad á mí todos los que codiciais mis frutos, y gozadlos, porque mi espíritu es más dulce que la miel, y el poseerme más delicioso que el suave panal. Por esto se hará suave memoria de mí en las generaciones de los siglos futuros... Yo, como hilo de agua abundante de un río... regaré mi huerto, mis plantas, toda la Iglesia y hartaré del agua de mi sabiduría el fruto de mi prado... porque la luz de mi doctrina es como la del alba que disipa las tinieblas y rápidamente correrá hasta los tiempos y regiones más remotas, donde despertaré á los que duermen é iluminaré á los que esperan en Dios... hasta el siglo santo y eterno, en que ya no habrá necesidad ni sombra alguna... Ved, pues, lo que yo he trabajado, no para mí solo, sino para todos los que buscan la verdad...»

Todos estos árboles, plantas y aromas que nombra aquí el Eclesiástico, con otros que omito por la brevedad, significan, dicen las notas de nuestra Biblia, alegóricamente la variedad de estados que habian de componer la Iglesia de Jesucristo, para dedicarse á su culto y servicio, y asimismo la variedad de virtudes en que habian de resplandecer, gracias y dones que habia de derramar el Señor sobre las almas. ¿Y quién duda que todo esto se verifica de algun modo en santa Tere-

sa, y que los símbolos de la *palma*, *olivo* y *vid* son los más análogos á su carácter singular? En efecto (1), en la palma se figura el gozo y alegría, la justicia más completa, la fecundidad más abundante y el gozo y posesion más dulce. El *olivo* es símbolo de la piedad y misericordia, manifestada por el cielo en la paloma que vino al arca de Noé, anunciando la serenidad y renovación del mundo con un ramito de oliva en la boca, como igualmente lo hizo también el Señor por Teresa en el Carmelo. Significa igualmente la oración que arde y luce en el santuario, la esperanza, la dulzura, la suavidad y frutos de la verdadera sabiduría (2).

A vista, pues, de tales símbolos, podemos poner en boca de Teresa estas palabras del Eclesiástico (3): «Así como Simon Onías sostuvo el honor de su casa, fundó, renovó y fortificó el templo de Dios, abriendo pozos de aguas dulces, levantando las ruinas ocasionadas por el tiempo, curando su gente y librándola de la perdición; así yo amplificaré la casa y atrio del santuario religioso, brillaré como la estrella de la mañana, disipando la oscuridad de la noche, como la luna en lleno y como un nuevo sol de la Iglesia y Religion. Así como el olivo arroja de continuo sus renuevos y tallos, así me veré yo rodeada por todas partes de parientes, padres, madres, hermanos, sobrinos naturales, y de hijos é hijas santas, como de una corona guarnecida de piedras preciosas y como plantas de cedro en el monte Líbano y Carmelo, que formarán mi *gloria* y *honor*, como ramos de una *palma* hermosa, que ofreceré al gran Dios de Israel, en olor de suavidad, y pediré al cielo de continuo que nos dé alegría de corazón y una paz eterna, por la que nos libraré su piedad de todos los males.»

No dudemos, pues, que Teresa fomenta con su calor y riega con las aguas de su sabiduría este *olivo*, esta *palma*, este *monte* y esta *vid*, y que bajo su sombra se reúne lo más noble, que tanto estima el mundo, lo más

(1) Lev., xxiii; Deut., xxv; Jud., iv; Job., xxix; Salm. xci; Cant. vii.

(2) Exod., xxvii; Lev., xxiv.

(3) Cap. xxx.

dulce, suave y útil de la virtud é instruccion, figurando en estos simbolos tan propios del mérito de Teresa; como expresivos de la gracia del Espíritu Santo, y útiles á todos los fieles y devotos de esta gran Santa y Maestra. En fin, los que la obsequian, estudian y siguen sus ejemplos y pisadas, llegarán á gozar la vida eterna, donde gustarán para siempre el vino que engendra vírgenes, que es el que ofreció Jesucristo á todos los escogidos en su reino que no tendrá fin. Amemos, pues, á Teresa, que tan rodeada se halla de hijos y discípulos, para que sus lecciones obren con la eficacia que tiene el amor casto y puro, el que podemos subir á esta palma sagrada, y coger sus frutos, quiero decir, entrar en los misterios del amor de Teresa, que la elevaron por el árbol de la cruz hasta gozar sus dulces frutos. Pidámosla con todas veras sea nuestra Madre, Maestra y Directora entre los escollos de este mar tempestuoso, entre los arenales áridos y secos de esta tierra, que de suyo no produce sino espinas y animales ponzoñosos, cuales son los vicios y pasiones, y tengamos una dulce y firme confianza en su ardiente caridad, de que nos recibirá por hijos suyos, si meditamos en sus obras y doctrina para seguirla, en cuya práctica consiste más la devocion que en rezar algunas oraciones con los labios.

### § III.

**Noticias prévias que se han tenido presentes para formar el árbol genealógico de santa Teresa, y sus enlaces con várias familias nobles: lo que pensaba la Santa sobre esto es una gran leccion para los que blasonan de sus nobles familias.**

Como santa Teresa habla muchas veces de sus parientes en las cartas y obras que escribe, se hace preciso formar el árbol genealógico de su familia, que fué muy dilatada. Es cosa extraña no haber podido hallar un árbol exacto de esta familia, con quien tantos señores ilustres pretenden y dicen que están enlazados. El único que he visto se halla en las Carmelitas Descalzas de Santa Ana de Madrid, formado por Fr. Lorenzo de

la Madre de Dios, año 1618, á instancia del P. Fr. Jerónimo Gracian, para la Madre Beatriz de Jesús, sobrina de la Santa, que murió Carmelita Descalza en Santa Ana de Madrid, donde fué priora, pero está defectuoso ciertamente. No me atreviera á decir esto, si no lo hubiera pensado mucho y cotejado con los demás historiadores. Confunde los hermanos de santa Teresa con los medio hermanos, y áun los multiplica. Tambien se aparta de todos los demás en los nombres y en algunos apellidos de las mujeres de sus ascendientes, y aunque no presumo que el que yo presento esté libre de errores, con todo, he procurado examinar el punto con cuidado, y espero se me perdone el defecto que se hallare, pues no es cosa muy fácil formarlos exactamente despues de tantos años, sin haber hallado ninguno que me parezca libre de error, y lo mismo digo en orden á las armas de esta noble familia, aunque de éstas hay algunos vestigios y monumentos. Y para evitar repeticiones, prevengo me he servido principalmente de un historiador de la Orden, que fué el primero que escribió y pudo conocer á la santa Madre. Este es fray Jerónimo de San José, Carmelita Descalzo, que escribió varias obras, cuyo mérito conocen los sabios, y con especialidad por la que intituló *Genio de la Historia*. Tambien llevo presente al historiador de la Reforma, fray Francisco de Santa María Pulgar, que conoció ó vivió en tiempo de la Santa y era pariente suyo; pero advierto que me separo algunas veces de uno y de otro, segun lo que entiendo ser más conforme á la verdad, sin que por esto me hisongee que acierto en todo. Mi objeto ha sido tomar este trabajo, que puede llamarse nuevo, á favor de muchas familias que tienen el honor de estar enlazadas con santa Teresa de Jesús. Acabo de ver en Córdoba los árboles genealógicos del señor Marqués de las Atalayuelas, D. Diego Antonio de Leon, casado con D.<sup>a</sup> María Teresa Navarrete y Valdivia, natural de Ronda, que se halla enlazada con la Santa por un hermano de ésta, llamado Hernando Ruiz de Ahumada, de quien descende, entroncada por varias líneas y por todos los apellidos de *Sanchez, Cepeda, Dávila y Ahu-*

*mada*, que son todos los que tuvo la Santa. En este árbol, pues, sobre los que son propios de Teresa se ven reunidos los de Soria, Jimenez, Claros, Coronado, Guerrero de Castro y Almagro, Escudero, Orta, Espinosa de los Monteros, Ruiz de Valdivia, Guzman, Gabaldon y Vera, Traggia, Merlo y otros, por los que son parientes y afines de santa Teresa por línea paterna y materna los dichos, y su nuera D.<sup>a</sup> María de los Dolores, y Marquesa de Guardia Real. Igualmente he visto el árbol de familia del señor Conde de Valhermoso en Eciija, casado con D.<sup>a</sup> Petronila de Mendoza Lope de Avila, que tambien goza mucho parentesco con la Santa, y muy particular por los Ahumadas, sobre cuyo apellido se hallan los de Pareja, Peralta, Arellano, Tabares, Carabajal, Torres, Zúñiga, Ponce de Leon, Castillo y Padilla, etc., Villalon, Narvaez y el Marqués de las Amarillas, cuyo primer título y apellido es Ahumada y Giron. En Osuna hay muchos Cepedas, y en otras partes, como el Duque de la Roca, de los que como no he visto los árboles, no puedo detallar más su parentesco.

Recogidas, pues, cuantas noticias pude para formar el árbol genealógico de la Santa, y explicando mi designio é idea, lo entregué todo á D. Manuel Medina, Rey de Armas en Madrid, para que vistas mis notas, reflexiones y documentos, formase el árbol y las armas como más inteligente que yo en estas materias, y efectivamente lo formó, como se ve en la estampa adjunta.

Pero deben notar todos los parientes de la Santa, que nada les servirá el parentesco por la sangre, sino se conforman con ella en las virtudes de su alma y corazón. Diciéndole á Jesucristo sus discípulos, que tenia allí sus parientes, respondió: «Los que hacen la voluntad de mi Padre son los que yo miro como de mi familia;» y en ocasion que una mujer llena de piedad exclamó diciendo: «Dichoso el vientre que ha llevado al Salvador, y los pechos de su madre que le dieron la leche,» respondió el Hijo de Dios: «Pues Yo digo que es más dichoso y feliz el que oye las palabras de Dios y guarda su santa ley.» Segun todo esto, verdad es

que nada sirve el parentesco con la Santa, si la afrentamos con los vicios. Si sois hijos de Dios y de Abraham, dice Dios, haced obras correspondientes á vuestros nobles progenitores: y por esto llamaba el Salvador á los de su pueblo y familia hijos del diablo, porque sus obras eran más conformes y análogas al demonio que á Dios.

Sabiendo santa Teresa que el P. Fr. Jerónimo Gracian andaba buscando noticias sobre la nobleza de su familia, le dijo medio enojada: *Padre: á mí me basta ser hija de la Iglesia, y me pesa más haber hecho un pecado venial que descender de los más viles hombres del mundo.* Esta es una sentencia digna de santa Teresa y de su humildad, para que la mediten los de la sangre verde que siempre van armados de sus hidalguías y se llenan la boca de aire. Con todo, es muy cierto que cuando se reúne la virtud con la nobleza, se realzan estos extremos mutuamente, y se honran y hacen mucho más apreciables; y por tanto podemos exclamar y decir con el Sabio: *O quam pulchra est casta generatio cum claritate:* ¡Oh qué hermosa es la generación casta de los Santos cuando se reúne con la nobleza y claridad de una familia tan distinguida como la de santa Teresa de Jesús!

#### § IV.

Comienza á explicarse la línea paterna y noble de santa Teresa, y las familias ilustres de España que tienen union con ella. Hermanos y sobrinos de la Santa. Esta siempre nos enseña ser sólo noble el cristiano por la virtud.

El padre de santa Teresa fué D. Alonso Sanchez de Cepeda, casado dos veces: la primera con D.<sup>a</sup> Catalina del Peso, de la cual tuvo dos hijos, llamados D. Juan y D. Pedro, de los que al primero llaman algunos Jerónimo, y yo Juan Jerónimo: tuvo también una hija llamada D.<sup>a</sup> María: la segunda vez casó con D.<sup>a</sup> Beatriz Dávila y Ahumada, madre de santa Teresa. De este padre y madre nacieron los hijos siguientes, cuyo orden no se sabe con certidumbre, sí sólo que los tres

primeros fueron antes que Teresa, y que D.<sup>o</sup> Juana fué la última. Son, pues, D. Hernan ó Hernando, D. Rodrigo, D. Lorenzo, D.<sup>a</sup> Teresa, D. Antonio, D. Pedro, D. Jerónimo, D. Agustín y D.<sup>a</sup> Juana, que juntos con los tres medio hermanos, por ser de otra madre, son doce.

De todos estos hijos de D. Alonso Sanchez, sólo sabemos que tuvieron hijos varones dos, que fueron don Lorenzo y D.<sup>a</sup> Juana, que son los que se ven en la estampa, pues D. Hernan ó Hernando, de quien viene la Marquesa de las Atalayuelas, D.<sup>a</sup> María Teresa Navarrete y Valdivia, no sabemos que tuviera hijos varones, sí sólo á D.<sup>a</sup> Leonor Ahumada, casada con D. Luis de Soria, etc. D. Lorenzo, pues, tuvo por hijos á don Francisco, D. Lorenzo y D.<sup>a</sup> Teresa, sobrinos de la Santa, y esta última fué Carmelita Descalza como su tia, y se llamó Teresa de Jesús, de quien habla mucho en sus cartas. D.<sup>a</sup> Juana, su última hermana, tuvo á D. Gonzalo, D. José y D.<sup>a</sup> Beatriz, que fué tambien monja Carmelita Descalza, y se llamó Beatriz de Jesús. Todo esto se ve con claridad en la estampa á los lados de la Santa. Sólo los tres hermanos de padre y distinta madre se hallan á la derecha del padre para no confundirlos con los demás hermanos de santa Teresa por padre y madre. No se nota en la estampa la descendencia de D. Hernando, hermano mayor, aunque parece que interesaba yo más en ello, ya por no haber tenido hijo varon que sepamos, ya por no cargar ó confundir el dibujo, y porque con lo dicho hay bastante noticia.

#### ASCENDENCIA PATERNA DE SANTA TERESA.

Su padre, D. Alonso Sanchez de Cepeda, fué hijo de D. Juan Sanchez de Cepeda, casado con D.<sup>a</sup> Inés de Cepeda, abuelos paternos de la Santa, segun consta de casi todos los historiadores, y de los árboles de las Monjas de Santa Ana y del marqués de las Atalayuelas. Este abuelo, D. Juan Sanchez de Cepeda, fué hijo de don Alonso Sanchez de Toledo, casado con D.<sup>a</sup> Teresa San-

chez, bisabuelos paternos, que se ven al lado derecho de las armas. Este bisabuelo de la Santa se llamó también D. Alonso Sanchez Cepeda de Toledo ó Toledano, no por apellido patronímico, sino por haber nacido en Toledo, de quien vienen los Toledos, y su mujer, por el mismo apellido Sanchez, se ve que era parienta suya, y no se sabe que tuvieran más hijos que á D. Juan, abuelo de la Santa. Su abuela, D.<sup>a</sup> Inés de Cepeda, que también llaman de Toledo, fué hija de D. Luis de Cepeda, caballero de Santiago, natural de Tordesillas, cuyo nombre tomaron por apellido sus descendientes (era un pueblo), y lo conservan los condes de Alcolea, marqueses de Sanfelices, y también vienen de esta casa ó apellido de Cepeda los condes de Mora y Villamena, marqueses de la Torre de las Sirgadas, Villecastel, Salar y otros. De estos mismos abuelos y bisabuelos viene la nobilísima casa de los Toledos, condes de Oropesa, duques de Alba, y marqueses de Villafranca.

D. Juan y D.<sup>a</sup> Inés, abuelos, no sólo tuvieron al padre de la Santa, sino á cinco hijos más, D. Francisco Sanchez, tio de la Santa, que la halló cuando siendo niña se iba de su casa con su hermano á los Moros, y los volvió. Otro fué D. Pedro Sanchez, casado con doña Catalina del Aguila, el cual despues de viudo, vivió en Hortigosa con mucha santidad, como escribe santa Teresa, por haber estado con él cuando de jóven se iba á curar á Becedas. De los demás no tengo noticias individuales.

El padre de santa Teresa casó dos veces, como ya dijimos, y Fr. Francisco de Santa María Pulgar añade á su primera mujer D.<sup>a</sup> Catalina del Peso, el apellido de *Enao*. En segundas nupcias casó con D.<sup>a</sup> Beatriz Ahumada, que Fr. Francisco de Santa María la da primero el apellido de *Dávila* y Ahumada; mas tampoco es apellido rigoroso en su origen el de *Dávila*, sino común á todas las familias ilustres que traian su origen de los caudillos, adalides, gobernadores ó cuadrilleros de Avila, para distinguirlos de otros, que aunque con los mismos apellidos, no venian de los que tanto se distinguieron en Avila, y por abreviatura llamaron *Dávi-*

las. De esta familia son, no sólo los marqueses de las Atalayuelas y Guardia Real, por sus consortes los Valdivias, sino los Blazquez, Nuñez, Juan Blazquez Dávila, séptimo Señor de *Velada*, linaje de los pobladores de Avila y principales cuadrilleros, de donde tienen su origen los marqueses de Velada y de las Navas, con los duques de Santi-Estéban, marqueses de Astorga, condes de Altamira, y otros muchos de los más grandes de toda España; la casa de San Roman, Villafranca, Blasco Jimenez ó Jimeno Blazquez, Estéban Domingo, que se miran como cabezas muy ilustres. No están menos entroncadas con la familia de Teresa por esta parte la del señor duque del Infantado, Osuna, la Roca y otros, que sería muy largo referir, y que yo ignoro el por menor.

Dando cuenta la Santa á un sobrino suyo de su hermano D. Francisco, le dice (1): «Llámase la novia doña Orofrisia de Mendoza y Castilla, de quince años, muy hermosa y discreta. Es sobrina del duque del Infantado, prima hermana de la madre del duque de Alburquerque, y parienta de otros títulos: en fin, de padre y madre dicen no la hacen ventaja ninguna en España, deuda del marqués de las Navas y del de Velada y de su mujer: de D. Luis el de Mosen Rubi, mucho. Ha salido hasta ahora muy virtuoso D. Francisco (el novio su sobrino), y así espero en Dios lo será, porque es muy buen cristiano. *Ya ve, hijo mio, que se acaba todo, y que es eterno y para sin fin el bien o el mal que hiciéremos en esta vida.*»

No es mala reflexion ésta con que concluye santa Teresa, para que no se desvanezcan los nobles, y vean que no son de otra masa que los más infelices; que la nobleza y los títulos se acaban, y que sólo será eterno el premio ó castigo de la otra vida, segun el bien ó el mal que hiciéremos en ésta. Es tambien digno de notarse que la Santa no hace alto en la nobleza de su familia, porque desdice hablar uno de su propio honor, y la Santa lo miraba por su parte como nada. Sólo habla

(1) Tomo IV, cap. XLI.

de las virtudes y cristiandad de su sobrino, para que el hermano del novio á quien escribia conozca cual es la verdadera nobleza. No olvidemos aquí como su media hermana D.<sup>a</sup> María, casada con D. Martin Guzman y Barrientos, murió de repente, y tambien su marido, como ya veremos adelante, para convencernos que los títulos nada sirven para gozar más privilegios al morir que los demás, y á éstos sólo les sirvió el estar prevenidos con la frecuencia de Sacramentos para salvarse, aunque murieron sin recibirlos. Para el cristiano es más nobleza servir á Cristo que dominar el mundo.

### § V.

**Línea materna de santa Teresa y sus ascendientes: allanan algunas dificultades, y se nos enseña lo poco que es toda la nobleza para desvanecernos, y cuán útil sea la humildad y caridad fraternal.**

Su madre D.<sup>a</sup> Beatriz Dávila y Ahumada fué hija de D. Juan de Ahumada y D.<sup>a</sup> Teresa de las Cuevas, aunque alguno dice de las Casas, pero no hallo fundamento, pues Fr. Jerónimo de San José lo dice con documentos que cita, y aún con los libros de los linajes. Con todo, me tomo la libertad de llamar al abuelo de la Santa no D. Juan, sino D. Mateo Blazquez Ahumada. El motivo para mudar este nombre y apellido, es en parte *real* y en parte de *razon*. El árbol genealógico de las Monjas de Santa Ana de Madrid le llama *Mateo* y no *Juan*, y aunque esto no sea para mí de más autoridad que el dicho de Fr. Jerónimo, he querido llamarle *Mateo* para distinguirlo del bisabuelo materno, que todos le llaman *Juan*; y siendo el padre y el hijo de un mismo nombre, estaba expuesto á equivocacion, y como en el hijo ó abuelo de la Santa varian, y no en el bisabuelo al que todos llaman *Juan*, puede muy bien se llamase *Juan Mateo*. Tambien se notará que le doy por primer apellido *Blazquez*, aunque nadie se lo da, y la causa es, porque conviniendo todos en que era hijo de D. Juan Blazquez, bisabuelo de la Santa, y casado con D.<sup>a</sup> Beatriz Ahumada, parece que debia llevar en

primer lugar el apellido paterno, y en segundo el materno de Ahumada.

A estos apellidos se añade tambien el de Dávila por las razones dichas de que era propio de muchas familias. Tambien les da Fr. Jerónimo de San José el apellido de *Cordovilla*, que sin duda fué tambien tomado del lugar del nacimiento, ó bien por Alvaro de Ahumada, que ennoblecíó este apellido conquistando á Córdoba, ó siendo de los que más se distinguieron en esta accion. Este bisabuelo de la Santa, D. Juan Blazquez Dávila, fué hijo de Fernan Nuñez ó Blazquez Nuñez, tercer abuelo materno, y éste de D. Vela Nuñez y doña María Gonzalez, cuartos abuelos maternos de la Santa, y esta D.<sup>a</sup> María Gonzalez fué hija de Sancho Estéban ó Estéban Domingo, todos apellidos nobilísimos de Avila, y de los más famosos adalides y cuadrilleros, como ya dijimos.

Pero debe notarse que el bisabuelo materno D. Juan Blazquez Dávila de Cordovilla, no sólo tuvo por hijo al abuelo de la Santa, sino tambien otra hija llamada doña María Ahumada, tomando, por ser hembra, más el apellido de la madre que el del padre. Ésta casó en Avila con D. Diego de Tapia, de familia muy noble, y Contador que fué del Rey. De aquí nació la equivocacion de Fr. Francisco de Santa María, y del árbol genealógico de las Monjas Descalzas de Santa Ana de Madrid, que daban por bisabuelo materno á D. Diego de Tapia, que tuvo por hija á D.<sup>a</sup> Teresa Tapia, que la nombran abuela materna en lugar de D.<sup>a</sup> Teresa de las Cuevas; pero parece más fundado lo que dice Fr. Jerónimo de San José, que se llamó D.<sup>a</sup> Teresa de las Cuevas, vecina de Olmedo, que es lo que adoptamos en el árbol; porque este historiador analiza más todos los ascendientes de la Santa, y disuelve todas las dificultades, si bien se reflexionan todos los parentescos, cuando los demás sólo dicen las cosas sin el pormenor de las ramas, y sin dar causas ni descubrir las fuentes de donde sacan las noticias como éste, que cita una ejecutoria de nobleza del padre de la Santa, y el libro de los linajes, que estaba en poder de los Reyes de Armas en

tiempo de Felipe IV, añadiendo que para esta genealogía vió escrituras y testimonios auténticos. Fr. Federico de San Antonio, carmelita descalzo, toscano, imprimió en italiano y en Venecia una vida de la Santa, año 1789, en dos tomos, quien halló se conforma en casi todo con lo dicho aquí, y añade (1), que el P. Luis de Santa Teresa, al capítulo tercero del Prólogo á los anales de los Carmelitas descalzos de Francia, impresos en París, año 1666, dice: Que una rama de esta familia de santa Teresa se hallaba establecida en la Provenza, de trescientos años, y que el Presidente de la Cámara civil de Aix, Juan de *Cepedes*, era de la misma familia, y murió año 1623.

Como desde el año 1300 se introdujo el abuso de variar los apellidos, dando á los hijos por primero el que querian fuera del padre ó madre, ó aún variándolos, ha resultado una confusion en estas materias muy grande, y es casi imposible que no padezcamos algunas equivocaciones, pero que importan poco al objeto de esta obra, que no es otro que dar noticias de los principales apellidos de la Santa, abriendo así el camino á muchas familias para que procuren averiguar su enlace con la Santa, pero que sea siempre acercándose á ella más por las virtudes que por los apellidos y blasones de armas.

Confesemos, pues, que la antigüedad y escudos de armas de las familias tiene mucho de entusiasmo, y que todo pára en aire y polvo, porque la conducta y acciones propias de la persona son las que al hombre le hacen noble y digno de estimacion; pues la gloria de los ascendientes muchas veces es ignominia de los descendientes por su conducta opuesta, y otras es tan dudoso lo que se dice, que podemos colocar esta materia entre aquellas de que decia la Santa: *Es mucho trabajo sacar una verdad entre mil mentiras*. Lo cierto es que, aunque toda la ciencia humana está llena de dudas y oscuridad, ésta de las genealogías está más expuesta al error. ¿Cuántas noblezas ha formado la intriga y la vil adulacion? ¿Cuántas familias nobles se hallan con-

(1) Lib. I, cap. 1.

fundidas en el más bajo pueblo, y cuántos ricos usurparon los papeles, títulos y apellidos, y aún los derechos á las herencias á los pobres?

¡Qué familia hay sin borron! Jesucristo, san José y la Virgen, que reunian en su sangre lo más ilustre que se hallaba en el mundo, por lo santo, por los empleos, por el trono y por el heroísmo militar, político y sagrado, se veían despreciados y abatidos en el mundo. Con todo, si ellos no brillaban con el cetro de Israel que les tocaba segun la carne, si no se hallaban con la opulencia del trono y del palacio magnífico de Salomon, ni con las fuerzas y victorias de David y valerosos capitanes de su familia, tenían todas las virtudes en más alto grado que sus progenitores, y esto les hacia más nobles delante de Dios, que es la regla del bien y del mal. El hombre, pues, no es más que lo que es delante de Dios. Los justos, sean pobres ó ricos, lucirán como el sol en el cielo, y los malos con sus coronas é hidalguías serán horribles en el infierno. Nadie se desvanezca, pues, por la grandeza de sus mayores, porque están reducidas á polvo y ceniza. Sirva, sí, el heroísmo y nobleza de los padres para no infamarlos con nuestra vil é infame conducta. Gloriémonos únicamente de ser hijos de Dios y hermanos de todos los hombres, pues todos tenemos un mismo Padre, principio y fin, y somos compuestos de una misma materia, y estemos seguros de que para Dios todo hombre es como si no fuera, y que sólo juzgará por las obras y virtudes propias á cada uno, y no por los títulos y blasones de las familias.

## § VI.

Se resuelven algunas dudas sobre los apellidos de la familia de santa Teresa, y se explican las armas de los Sanchez y Cepedas, pero sin perder de vista que parece la memoria de los hombres con el ruido de sus acciones.

Por lo dicho se ve que los apellidos de la Santa son: *Sanchez* (ó *Toledo*) y *Cepeda*, por el padre, y los maternos *Dávila* y *Ahumada*. Es verdad que tambien tiene otros apellidos como son *Blazquez*, las *Cuevas* y *Al-*

*varez* por la bisabuela materna D.<sup>a</sup> Beatriz Alvarez y Ahumada, mas éstos no se colocan en el escudo por las razones siguientes. Primera, porque no hemos hallado noticias particulares y propias. Segunda, porque en el apellido Dávila se reunen muchos, y quizá los Blazquez y Cuevas por ser origen de muchas y varias familias. El apellido *Alvarez* de la bisabuela materna es tomado de *Alvaro Ahumada*, conquistador de Córdoba, y por lo mismo debe reducirse á los *Ahumadas*, pues dicho Alvaro descendia de D. Fernando, señor de la villa de Ahumada bajo la Peña Amaya ó Damaya, que tomó este apellido ó por la villa ó por el castillo, que defendió como ya veremos, y por esto daría su nombre á su villa. Tercero, como las hijas más comunmente acostumbraban á tomar más el apellido de la madre que el del padre, y aún alguna vez uno de fuera de la familia, el apellido de D.<sup>a</sup> Teresa de las Cuevas, abuela materna, pudo ser de su madre y no de su padre, por cuya regla fácilmente se podia concordar el árbol genealógico de las monjas Descalzas de Madrid, y la historia de Fr. Francisco de Santa María, que la llaman *Cuevas* ó *Tapia*, porque la hacen hija de D. Diego Tapia, cuyo segundo apellido seria *Cuevas*, en cuyo caso se podria creer que el abuelo casó con D.<sup>a</sup> Teresa, parienta suya por D. Diego, casado como dijimos con D.<sup>a</sup> María Ahumada, una de las hijas de D. Juan Blazquez Dávila. Entremos, pues, ya en la explicacion del escudo de armas, sus cuarteles y apellidos.

PRIMER CUARTEL PATERNO Á LA DERECHA, DE SANCHEZ.

Es cosa cierta, comun y admitida universalmente, que los apellidos patronímicos de España, segun la costumbre de los godos, se formaron de los mismos nombres. *Sanchez* viene de *Sancho*, como Perez de Pedro, Martinez de Martin, Blazquez de Blasco y Alvarez de Alvaro. El apellido *Sanchez* es noble en Aragon y Navarra, pero aún lo es más en Avila, donde un *Sancho* ó *Sanchez* fué uno los caballeros que más concurrieron á su restauracion y poblacion por los años de 1083,

como consta de la historia de Avila, pues se nombra á Sancho Sanchez Zurraquines, oriundo de Vizcaya y primo del obispo de Avilá D. Pedro Sanchez Zurraquines.

Otro *Sanchez*, quizá del mismo tronco, fué uno de los más famosos en las cuadrillas ilustres de Avila, llamado tambien Blasco Jimen, ó Jimeno Blasco, descendiente de Nuño Rasura, juez que fué de Castilla (1), de quien tiene su origen la casa del Marqués de *Velada*, Grande de España. Su primer hijo D. Gomez Dávila, segundo Marqués de Velada, fué hermano del señor obispo D. Sancho Dávila, que lo fué en Cartagena, Jaen, Sigüenza y Palencia, á quien escribió varias cartas santa Teresa como pariente suyo, y en efecto, blasonaba de pariente de la Santa, y D. Martin de Jimena pone sus armas de seis roeles con fondo azul en campo de oro, en sus anales de Jaen.

Viendo, pues, al padre, abuelo y bisabuelo de la Santa con el apellido de *Sanchez* de Avila, y aún con el de *Toledo*, como ya dijimos, es claro indicio estar la casa de Teresa entroncada con la casa de los Marqueses de Velada, Toledos, Sanchez, que todos son unos, aunque no hemos querido quitar el propio de *Sanchez* que lo vemos en los ascendientes paternos, por reputarlo el primitivo de los *Veladas* y *Toledos*, como lo indican los seis roeles del primer cuartel, aunque despues hayan variado estas familias en el número hasta poner trece y aún más. Tambien se hallan estos seis roeles en el escudo de armas, que estaba en una lápida sobre la puerta de la casa de los padres de Teresa, que ahora es iglesia, pero con la diferencia que allí están en el más bajo cuartel y á mano izquierda, no sé por qué; y en el escudo principal de la estampa los colocó D. Manuel Medina, Rey de Armas, en el primero á mano derecha, como parece más justo, siendo armas paternas y de tan ilustres casas. Bien sé la fuerza que suelen hacer los críticos con estas lápidas antiguas, mas tampoco ignoro que no siempre se trabajaron con buena crí-

(1) Ariza, *Hist. de Avil.*, 40.

tica, y en fin, cada uno queda en libertad de opinar como guste, sin que yo me ofenda por ello. Si alguno quiere iluminar este cuartel de armas, que aquí está sólo de tinta, debe ser el color azul, como lo indican las líneas horizontales que los cruzan. El campo del cuartel debe ser de oro, y esto significan los puntos de que se halla sembrado.

SEGUNDO CUARTEL DE LA DERECHA, CEPEDA POR PADRE.

Cerca de Astorga está *Cepeda*, lugar que tomó su nombre de esta familia, ó la familia de él, por ser la principal que habia ó quien la fundó. Sus armas y blasones son un *Leon*, al que despues añadieron ocho aspas por la batalla de Baeza, ganada contra los moros, día de san Andrés del año 1227, como reconociendo la proteccion del santo Apóstol y en reverencia de la aspa ó cruz en que murió. En la lápida de la casa de los padres de Teresa se ven dos cuarteles con leon: el primero y á la derecha en lo alto es un leon con ocho aspas orleado, y el segundo, que es el inmediato, otro leon sin aspas, lo que creemos que consiste en haber querido significar los dos estados de este blason, ó leon con aspas y sin ellas. Bien que algunos creen que el leon sin aspas es propio de la nobilísima casa de los Toledos, como procedentes de los Reyes de Leon; pero de cualquier modo que sea, ya hemos visto cuán enlazados están estos apellidos Sanchez, Dávila, Toledo y Velada. Vimos que un sobrino de la Santa casó con D.<sup>a</sup> Orofrisia, prima de la madre del Duque de Alburquerque, que era D. Beltran de la *Cueva*, sexto de los de esta gran casa, virey de Aragon, y su hermana D.<sup>a</sup> Isabel de la Cueva, mujer de su primo hermano D. Pedro Giron, duque de Ósuna, y D.<sup>a</sup> María Cárdenas y Castilla, cuarta nieta del rey D. Pedro de Leon y de Castilla. Vemos tambien el apellido de los *Cuevas* en la Santa por la línea materna, por donde tambien estaria enlazada ya con el duque Alburquerque, cuyo sexto duque era D. Beltran de la Cueva, como dijimos. Por esto D.<sup>a</sup> Orofrisia, casada con el sobrino de la Santa, se

volvió á enlazar con Alburquerque y Osuna, y no menos con el del Infantado por el apellido que llevaba la novia de *Mendoza*, pues el tío Duque del Infantado, que lo era de la novia, se llamaba D. Inigo de Mendoza, quinto duque de esta nobilísima casa, y de donde vienen D.<sup>a</sup> Isabel, D.<sup>a</sup> Mencía y D.<sup>a</sup> Juana de Mendoza, á quienes trata la Santa de parientas, y lo eran del Infantado, de Faria de Alba y de Béjar. Los Marqueses de Velada y de las Navas, tambien mencionados por la Santa, eran D. Pedro Dávila, segundo marqués de las Navas, cuarto Conde del Risco, y D. Gomez Dávila, segundo Marqués de Velada, despues Grande de España. Todo esto se ve en el Nobiliario de Haro, Compendio de los Girones, y Quintana, Nobleza de Madrid en varios lugares.

Todo esto, pues, nos ha parecido más regular reducirlo todo á un solo cuartel, esto es, el leon con aspas y sin ellas aplicándolo á los Cepedas, unido con todas estas casas, y dejar por este medio lugar al blason de los Ahumadas, que en la lápida de la casa paterna se ve fuera.

Tambien pudo haber otra causa para la disposicion de armas en la lápida paterna. Esta familia de los Cepedas se trasladó desde Cepeda á Tordesillas por varias diferencias que tuvo con el Conde de Trastamara. El que se trasladó de *Cepeda* á Tordesillas, se llamaba Vasco Vazquez de Cepeda, de quien descende D.<sup>a</sup> Inés de Cepeda, casada con D. Juan Sanchez, abuelos paternos de la Santa. El escudo de armas de casa de sus padres colocaria en un cuartel el leon coronado con ocho aspas, que son propias de los Cepedas de Tordesillas, y para conservar el apellido de Vasco Vazquez querria el padre de la Santa, D. Alonso, distinguir á su primer hijo D. Hernando con el leon solo sin aspas, que era propio de Vasco Vazquez.

Si se quiere iluminar este cuartel, debe ser el fondo ó cuerpo del leon de color rojo, como lo indican las rayas perpendiculares que lo atraviesan de alto á bajo. El campo donde está el leon debe ser blanco ó de plata. La orla donde están las aspas debe ser roja, y el centro de ellas blanco ó plata.

Hubo muchos caballeros llamados Cepedas de esta ilustre familia, como todavía los hay en Andalucía y en Osuna, y como es familia tan ilustre y antigua, que tanto sirvió á los Reyes de Castilla y Leon, estos soberanos, para no confundir las ramas, aunque de un mismo tronco, les dieron diferentes blasones y armas, como son una torre de plata en campo rojo y encima tres estrellas de oro puestas en faja. Despues añadieron debajo de la torre un rio, y áun sobre la torre un brazo con un pendon azul y en él tres flores de lis. Las causas de estas variaciones, insignias y blasones las ignoro. Sólo puede decirse que despues de la conquista de Toledo tuvieron más frecuente origen estas distinciones, pues antes, por lo comun, *sólo usaban los caballeros por armas, cruces variamente formadas y coloridas*. Esta familia ó rama de los Cepedas, en la destruccion de España, se retiró á las montañas de Búrgos, al lugar de Santivañez cerca del valle Obregon y Castañeda.

Pero la familia que creemos más propia de santa Teresa es la de los Cepedas, que quedaron dueños del dicho lugar *Cepeda* ó que le fundaron. Por los servicios que esta familia hizo á España en su restauracion, merecieron por armas el leon, mas sin corona ni castillo para distinguirla de los Reyes, y despues añadieron las ocho aspas, como dijimos. Es más verosímil que la Santa venga de esta casa, porque su abuelo paterno casó con D.<sup>a</sup> Inés, natural de Tordesillas, donde se habia ya avecindado esta familia.

Pensemos, por descanso de esta materia tan complicada, por un momento cómo pasan las generaciones de los hombres, de los que ya ni áun cenizas se hallan, ni casi se saben sus nombres, ni menos sus obras y acciones. Dentro de poco sucederá lo mismo á todos los que vivimos. ¿Por qué, pues, nos afanamos en cosas que se olvidarán luego sin quedar memoria ni rastro? ¿Y habemos de olvidar aquella vida futura que no tiene fin? Allí seremos ó eternamente felices ó eternamente desgraciados. ¿Y no somos locos, amando la vanidad de este mundo y sus blasones? Siquiera imitára-

mos á aquellos antiguos españoles, los de Sobrarbe y otros, que formaban sus armas y blasones con *sola la cruz de Jesucristo*. ¡Cuánto distamos de su modo de pensar, y no por esto somos más ricos, más nobles y más valerosos ni virtuosos! Ahora parece que juramos horror á la *cruz*, pues hasta de signarnos nos avergonzamos y la quitamos de nuestras habitaciones y aún de la vista. Reflexionemos las palabras del Salvador que dice: «El que se avergonzare de parecer mi discípulo, no le reconoceré yo por cristiano delante de mi Padre, pues sólo el que me confesare *delante de los hombres* lo reconoceré por hijo de mi Padre Eterno y hermano mio en su presencia.»

## § VII.

Continúase la explicacion de las armas de la casa de Teresa por línea materna, y como el Señor la dijo el poco caso que debe hacerse de los grandes y nobles, si no son santos.

TERCER CUARTEL DE ARMAS, QUE ES EL MÁS ALTO Á MANO IZQUIERDA Y EL MATERNO DE LOS DÁVILA.

Ya dijimos como bajo este apellido *Dávila* se incluian muchas familias que para distinguirse de los que no estaban en cuadrilla de Avila se llamaron *Dávilas*, y de estos viene el bisabuelo materno de la Santa, don Juan Blazquez Dávila, y los roeles de la casa de Velada y de otros. Asimismo le competen como propias las tres fajas ó bandas que hay en este cuartel de armas, y en el escudo de la casa de sus padres estaban en el cuartel más bajo de la mano derecha. Estas fajas, dicen algunos ser las armas primitivas de los Toledos, baronía de la Santa. Son propias tambien de las casas de los Muñozes, caballeros godos de quienes vienen los marqueses de las Navas, cabeza de la cuadrilla de Avila, por Estéban Domingo, padre de Blasco Muñoz ó Blasquez Muñoz. Tambien le convienen á la Santa por Dávila y Ahumada, descendiente de Blasco ó Blasquez Muñoz, que venia de los caballeros Nuñez, Vela y otros

cuyas armas son las tres fajas. Este cuartel, si se ilumina, debe tener el campo blanco ó de plata, y las fajas deben ser azules, como lo indican las líneas horizontales.

CUARTO CUARTEL DE ARMAS, EL MÁS BAJO DE LA IZQUIERDA, QUE ES EL DE LOS AHUMADAS.

Este es el apellido de que hay menos noticias auténticas. Por tradicion se sabe que un caballero llamado D. Fernando con tres hijos suyos defendió un castillo, que quemaron los moros, y á favor del humo y oscuridad se salvaron, y por esto tomó el Ahumada por apellido, y los Reyes les dieron por armas un castillo ó torre echando llamas y humo por puertas y ventanas. Despues añadieron tres corazones, y al pié unas aguas azules con su orla de sangre, alusivo todo al valor de la defensa, ó quizá á la conquista de Córdoba por Alvaro Ahumada, ó Alvarez Ahumada. Tambien se añadieron cuatro estrellas de oro que figuraban al padre y los tres hijos, y un brazo armado con espada sobre el escudo.

Otra familia ó rama de los Ahumadas habia en la villa de Ahumada, á quien dieron nombre en la Merindad de Villa-Diego, bajo la Peña Damaya ó Amaya, y los de este apellido están libres de pagar cierto pecho ó vassallaje, en prueba de su nobleza, ó por haber sido fundadores del pueblo. Traen por armas tres luceros de ocho puntas en campo azul, aunque algunos ponen cinco; luego añadieron una cruz negra en campo de plata, cuyo significado se ignora, sino es que fuera por seguir el uso antiguo de los caballeros que se distinguian por las cruces, su figura y colorido. Por este apellido son parientes de la Santa los vizcondes de las Torres de Luzón, los marqueses de las Amarillas, Salvatierra, Casa Tabares, los condes del Mérito, Vallehermoso, San Rafael y los Ahumadas de Andalucía.

Por tanto, si se quiere iluminar este cuartel, debe hacerse con los colores siguientes. El castillo ó torre debe estar echando llamas y humo por puertas y venta-

nas, y en campo de oro. Adviértase que debe tener en lo alto la cruz negra en campo de plata. La orla debe ser blanca, y las cuatro estrellas que allí hay, de oro, y deben tener ocho puntas cada una con alusion á los tres luceros que dijimos.

Esta es toda la noticia más exacta que pudimos recoger sobre la antigüedad, nobleza, armas y enlaces de la casa de santa Teresa; mas como no hay cosa más expuesta á equivocaciones que esta de antigüedad de nobleza y apellidos, confesamos desde luego que quizá notarán algunos errores los que por vanidad ó por afición se dedicaron á esta ciencia tan oscura y falible. No disputaremos con nadie. Nos basta haber abierto este camino ó senda, que á lo menos para mí estaba todavía sin desmontar. Y aunque no hayamos acertado en todo, cuando menos será una verdad evidente, que la familia de santa Teresa es de las más nobles de toda España por sus cuatro costados y apellidos propios, y que léjos de desdeñarse nadie de su enlace, lo mirarán con interés cuantos tengan algun fundamento para creerlo; el mostrar, pues, el camino á los que quizá por falta de noticias de la Santa no podian sacar á luz su enlace y parentesco, ha sido la causa de escribir, antes de comenzar la vida de santa Teresa, estas nociones, y por ellas confio me han de dar las gracias muchos que lo deseaban. Pero suplico tambien no me culpen los que siendo parientes de la Santa no van aquí nombrados, porque ni mis noticias, ni mi estado, ni mis circunstancias me han presentado las proporciones necesarias para examinarlo todo.

No se pretende con esto dar ningun realce á la Santa, y por esto se escribe como fuera de la obra, por ser fuera de su objeto. Y para que nadie se queje por no verse aquí enlazado con la Santa, ni se desvanezca el que viere aquí su nombre, tengan todos presente este caso que nos cuenta la misma Santa en la fundacion de Monjas de Toledo. En ocasion, pues, que la Santa se veia casi precisada á dar el Patronato de la iglesia de las Monjas contra su gusto, no á unas personas honradas de buena vida, sino á otras muy nobles que no

eran tan buenas, porque la decían que todos los señores lo llevarían á mal que los dejase y buscáran un patron que no fuera noble, acudió al Señor en la oración, y en ella la dijo Dios estas palabras: «Mucho te desatinará, hija, si miras las leyes del mundo. Pon los ojos en mí, pobre y despreciado de él. ¿Por ventura serán los grandes del mundo, grandes delante de mí? ¿O acaso vosotras habeis de ser estimadas por linajes ó por virtudes?»

Aprendamos, pues, á estimar lo que es digno de estimacion, que son las virtudes. Demos el honor debido á los grandes, segun las leyes del mundo, que son de respeto, sumision y honor, porque esto se halla en el órden y providencia de Dios; pero estimemos mucho más al infeliz más pobre que es virtuoso, y antepongámoslo en nuestro corazon al noble más noble, pero que es vicioso. No, no es, pues, Teresa, noble ni grande por las armas, por los blasones, estrellas, roeles, castillos, leones, ni brazos armados, sino por sus virtudes, y porque alegóricamente con relacion á la Iglesia, defendió la torre del Cármen y su monte, cuando el demonio la quiso abrasar con el fuego y humo de los vicios, relajamiento é ignorancia. Aquí, pues, plantó la Santa el estandarte de la cruz y mortificacion, entre las estrellas del Carmelo reformado; aquí se armó de las fajas que tenia la melota y capa de Elías; aquí tomó la divisa de las aspas y del leon de Judá, y los roeles para defenderse y defender sus hijos de los asaltos del enemigo comun; aquí, en fin, luce como la estrella y lucero de la mañana, y arde más que los tres corazones de los ascendientes, pues arrastra con su ejemplo y cautiva todo corazon humano con su dulzura, virtud, amor y suavidad.

Aprendamos, en fin, á no hablar de nuestros blasones, pues Teresa jamás habló de los suyos, ni áun queria que el P. Gracian buscara noticias de su nobleza; y una vez que se vió precisada por el casamiento de su sobrino, sólo habla de la familia de la novia, y de su sobrino únicamente dice las virtudes, y advierte lo poco que dura y vale la gloria del mundo. Por tanto

los parientes de la Santa y todos deben imitar este ejemplo, y hacer que la nobleza, léjos de servir á la vanidad, sirva á la virtud y al heroismo de la Religión como es justo y debido.





VIDA MEDITADA  
DE  
SANTA TERESA DE JESÚS.

---

LECCION I.

DIA 1 DE ENERO.

ORACION.

¡Oh Dios mio, dulzura y alegría de mi corazón! Mira como mi alma por tu amor pretende nutrirse con el pábulo de la celestial doctrina de la inspirada Maestra y Doctora santa Teresa de Jesús. Amas tú, oh Jesús mio, la discrecion, amas la luz, amas el amor sobre todos los afectos del alma. Haz, pues, que las enseñanzas de tu seráfica virgen Teresa den direccion á mi espíritu, le alumbren en el camino de la vida, y le provean de amor para su viaje ó peregrinacion por este valle de miserias hasta verte en la gloria consumada, despues de haber sido acá semejante á Tí por mediacion de santa Teresa en la vida, condicion y virtudes. Amen.

Santa Teresa de Jesús, Patrona de las Españas, rogad por nosotros, por la Iglesia y por el Sumo Pontífice.

Comienza santa Teresa á darnos idea de la verdadera nobleza de sus padres y familia por la santidad que brilló en ésta, y nos enseña verdades muy útiles para no errar los nombres de grandes, nobles y virtuosos.

«¿Qué hijo hay en el mundo, dice la Santa (1), que no procure saber quién es su padre, y más si es bueno?» Estas palabras nos dan idea de la que tuvo santa Teresa sobre la grande obligacion que hay en los hijos de honrar á los padres, y mayor de imitarlos si son buenos. En efecto, la Santa que jamás habló de la nobleza de sus padres, y ni áun quería que su hermano D. Lorenzo permitiera ni recibiera el título de *Don*, que tanto adula á los del mundo, comienza su vida diciendo las virtudes de su padre y madre, porque estaba bien persuadida de que sólo merece gloria y alabanza el que se puede gloriarse en Dios; esto es, el que puede darle gracias por la gracia, y se ocupa en servirle. Ni esto es despreciar á los nobles, sino tirarles la rienda para que no se precipiten. Es verdad constante, que los más grandes no tienen otro principio que el mismo barro de que se forman los más infelices. Con todo no puede negarse que la *grandeza* es una gran fuente de sentimientos para despreciar la pompa mundana con resolución heroica. El mal de la opulencia y nobleza no nace de su *uso*, porque es un dón de Dios, sino del *abuso*, que consiste en despreciar á los demás con orgullo, en creerse libres del trabajo comun á todo hombre, y en olvidar lo mucho que deben á Dios sobre el comun del pueblo. El Hijo de Dios no miró con indiferencia nacer de la sangre más ilustre que se conocia en la tierra; pero así este Señor como san José y la Virgen, léjos de reputarse por su nobleza superiores á los demás, se sirvieron de la nobleza y grandeza de sentimientos que inspira la sangre noble, para trabajar como todos, y vivir como estóicos cristianos, contentos con su suerte en la humillacion sin abatimiento y sin orgullo, ganando el pan con el sudor de su frente, sin queja, y con

(1) Cam. de perf., xxvii, 4.

superior serenidad y alegría. «Ó gente ilustre, dice santa Teresa, abrid por amor de Dios los ojos: mirad que los verdaderos caballeros de Jesucristo y los Príncipes de su Iglesia san Pedro y san Pablo no llevaron el camino que vosotros.... El mundo se halla tal, que si el padre es más bajo del estado en que está su hijo (1), no se tiene por honrado en conocerle por padre... La que fuere más (por ser de padre más noble) tome ménos á su padre en la boca, todas han de ser iguales. ¡Ó Colegio de Cristo, que tenia más mando san Pedro con ser un pescador, que san Bartolomé que era hijo de rey. Sabia su Majestad lo que habia de pasar en el mundo, sobre cuál era de mejor tierra, que no es otra cosa si no debatir si será buena para adoves ó para tapias. Dios os libre hermanas de semejantes contiendas, aunque sean de burlas. Buen Padre os teneis que os da el buen Jesus (diciendo al Eterno, *Padre nuestro*): no se conozca aquí otro Padre para tratar de él; y procurad ser tales, que merezcáis regalaros con él, y echaros en sus brazos.»

Veamos, pues, cómo habla la Santa de sus padres y hermanos, ya que nada dice de su nobleza. «Eramos, dice, tres hermanas (2) (D.<sup>a</sup> María, D.<sup>a</sup> Juana y santa Teresa) y nueve hermanos. Todos parecieron á sus padres, por la bondad de Dios, en ser virtuosos, si no fui yo: pues mis hermanos ninguna cosa me ayudaban á servir á Dios.» Y poco más adelante hablando de su hermana mayor (D.<sup>a</sup> María), dice (3) que era muy honesta y que tenia mucha bondad, y que sentia mucho que tratara con la parienta, que despues conoció el daño que la hizo. Por esta idea general que nos da la Santa de la virtud de sus padres y hermanos, se ve como el Señor llenó á Teresa de bendiciones, haciéndola nacer de una familia no ménos ilustre por sangre, que santa por conducta. Parece, pues, que justamente podemos aplicarla todas las bendiciones que el Señor

(1) Cam. de perf. xxvii.

(2) Vid., i, 4.

(3) Vid., ii, 2.

por David (1) ofrece á los padres que temen á Dios, en unos hijos que brillarán como los renuevos del olivo, que siempre está verde y hermoso, y cargado de frutos suaves que dan luz; y en fin, que esta generacion y descendencia se eternizará sobre la tierra en los siglos futuros, dando la paz á Israel y á los hombres por su virtud. No es ménos propio de nuestra Santa cuanto dice el Eclesiástico (2) sobre los padres, que fundan su gloria en la virtud de sus hijos. La gloria y magnificencia de Dios, dice, se descubre en estos hombres, que dominan por su grande virtud, por su prudencia singular, por el orden y pericia hasta en el canto de la Iglesia y divinas alabanzas, ricos de virtud, hermosos por su ciencia y sollicitud cuidadosa de fomentar la verdadera paz, vinculada en la buena crianza de sus hijos, con la que perpetúan su gloria, mucho más que los conquistadores con la destruccion de la humanidad. Estos varones, estos *grandes hombres* de la misericordia, son unicamente los que no dejan se acabe con ellos su piedad, vinculada en sus hijos, y en la santidad de sus nietos. Este es el testamento más apreciable que pueden recibir y heredar los hombres, viendo que esta semilla santa y sus hijos no se acaba jamás; porque si sus cuerpos se hallan sepultados bajo la tierra, su nombre vive en todos los siglos, y toda la santa Iglesia con el pueblo cristiano publicarán y alabarán eternamente su sabiduría celestial, como lo merece, por ser la ciencia sólida, y útil de los Santos.

«¡Qué grande merced haceis, Señor, exclama la Santa (3), á los que dais tales padres, que aman tan verdaderamente á sus hijos, que sus estados, mayorazgos y riquezas quieren (no que sean en este mundo) sino que los tengan en aquella bienaventuranza que no ha de tener fin! Cosa es de gran lástima, cuando está el mundo ya con tanta desventura y ceguedad, que les parece á los padres que está su honra en que no se acabe la memoria de este estiércol de los bienes de este mundo...

(1) Ps. CXXVII.

(2) Eccles., XLIV.

(3) Fund., x, 9.

y que á costa de sus pobres hijos quieren sustentar sus vanidades, y quitar á Dios con mucho atrevimiento las almas que quiere para sí, y á ellos un tan gran bien...» Nótese aquí que habla la Santa contra los que impiden á sus hijos entrar en religion, y de uno á quien no bastó todo el mundo para estorbárselo. «Abridles, Dios mio, los ojos á los padres, acaba santa Teresa; dadles á entender cuál es el amor que están obligados á tener á sus hijos, para que no les hagan tanto mal, y no se quejen los hijos delante de Dios en aquel juicio final, en donde, aunque no quieran, entenderán el valor de cada cosa.»

Meditemos, pues, como la nobleza sólida es la que se funda en el temor de ser hijos de Dios, en las mayorías ó mayorazgos que debemos buscar para la otra vida, que no tiene fin; y es la mayor desventura y baja, fijar nuestras miras en las cosas viles de la tierra, robando á los hijos la gloria y honor de la vida eterna, por la vanidad y oropel de las cosas del mundo que dura un sólo momento. Descendamos para confirmacion de esta verdad á detallar la idea que nos da la Santa de la virtud de sus padres y hermanos, para que cotejada su vida y conducta con la que en el dia se da, confesemos quiénes son los que hacen obras más heróicas y grandes segun su nacimiento: los padres de Teresa, que con su educacion santa y buena dieron en sus hijos tanto lustre á la Iglesia, á la monarquía y á su patria en todos los ramos de política, gobierno, armas y Religion, ó los grandes del dia, que con sus vicios forman unos hijos afeminados, inútiles y viciosos para su propia ruina, la del Estado y aún de la Religion.

MÁXIMA.—Delante de Dios no nos hemos de apreciar por linajes, sino por virtudes.

FRUTO.—Desapega tu corazon de las criaturas, y busca y hallarás á Dios.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guia y san José mi protector.

---

## LECCION II.

## DIA 2 DE ENERO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Continúa la Santa alabando en particular las muchas virtudes de sus padres, la vida santa de su madre y la muerte correspondiente de entrambos, como premio de sus virtudes.

Penetrada santa Teresa del precepto divino que dice: Honrarás á tu padre y á tu madre todos los dias de tu vida, lo hace con la verdad y sencillez que descubre en las primeras palabras con que comienza á escribir por obediencia su vida, y nos da cabal idea de la santidad que deben emular cuantos blasonan de otros títulos menos apreciables. «El tener padres virtuosos, dice (1), y temerosos de Dios me bastaria, si yo no fuera tan ruin, con lo que el Señor me favoreció para ser buena. Era mi padre aficionado á leer buenos libros, y así los tenia de romance para que leyeran sus hijos. Esto, con el cuidado que mi madre tenia de hacernos rezar y ponernos en ser devotos de Nuestra Señora y de algunos Santos, me comenzó á despertar á la edad de seis á siete años. Ayudábame no ver en mis padres favor sino para la virtud. Tenian muchas. Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres, y piedad con los enfermos, y aún con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los habia gran piedad; y estando una vez en casa de un hermano suyo, una esclava la regalaba como á uno de sus hijos. Decia que no era libre, ni lo podia sufrir de piedad. Era de gran verdad. Jamás nadie le oyó jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre tambien tenia muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad. Con ser de harta hermosura, jamás se entendió que diese ocasion á creer que hacia caso de ella; porque con morir á los treinta

(1) Vid., 1, 4.

y tres años, ya su traje era como de persona de mucha edad, muy apacible, y de harto entendimiento. Fueron grandes los trabajos que pasó el tiempo que vivió. Murió muy cristianamente.» Poco más adelante escribe la muerte de su padre así (1): «La enfermedad de que murió mi padre duró algunos dias. Fuile yo á curar estando más enferma en el alma que él en el cuerpo, en muchas vanidades. Pasé harto trabajo en su enfermedad, y creo le serví en algo; y aunque me hacia gran falta, tuve gran ánimo para no le mostrar pena y asistirle hasta que murió, porque me parecia á mí se me arrancaba el alma con su falta, pues le queria mucho. Fué cosa para alabar al Señor la muerte cuando murió, y la gana que tenia de morirse: los consejos que nos daba despues de la Uncion, y nos decia que pidiésemos misericordia por él, y que sirviéramos mucho á Dios, pues todo se acababa; y con lágrimas nos decia la pena que tenia de no haberle servido, que quisiera ser un fraile de los más estrechos. Tengo por cierto que quince dias antes le dió el Señor á entender no habia de vivir, porque antes de estos, aunque estaba malo, no lo pensaba. Despues, con tener mucha mejoría y decirlo los médicos, ningun caso hacia de ellos, sino entendia en ordenar su alma. Fué su principal mal un dolor grandísimo de espaldas que jamás se le quitaba; algunas veces le apretaba tanto, que le congojaba mucho. Díjele yo, que pues era tan devoto de cuando el Señor llevaba la cruz acuestas, que pensase Su Majestad le queria dar á sentir algo de lo que habia pasado en aquel dolor. Consolóse tanto, que me parece nunca más le oí quejar. Estuvo tres dias muy falto de sentido. El dia que murió se lo tornó el Señor tan entero, que nos espantábamos; y le tuvo hasta que á la mitad del Credo, diciéndolo él mismo, espiró. Quedó como un Angel; y así me parecia á mí lo era él, á manera de decir, en alma y disposicion que la tenia muy buena. No sé para qué he dicho esto, sino para culpar mis ruindades despues de haber visto tal muerte y entender tal vida, que por parecerme en algo á tal padre la habia yo de mejo-

(1) Vid., vii, 8.

rar. Su confesor dominico decia no dudase se iba derecho al cielo, porque hacia años que le confesaba, y loaba su limpieza de conciencia.»

La muerte de este caballero santo, pues parece lo canoniza su hija, sucedió el año 1546, y fué enterrado en la capilla mayor de San Francisco de Avila. Su madre murió el de 1527 ó 28, y tambien fué enterrada en la misma capilla. Es muy admirable esta relacion que hace santa Teresa de la vida y muerte de sus padres, sin que nos dé la menor sospecha de ponderacion por hija; pues sobre que el carácter de la Santa es la verdad, vemos en otras partes que no disimula los defectos, cuando son precisos para la historia. En efecto, cuando ella estuvo tan mala, y su padre no la dejó confesar, temiendo que se afligiera con el temor de morir, y luego la dió un accidente que la tuvieron por muerta cuatro dias, exclama y dice (1): «O amor de carne demasiado, que aunque de tan católico padre y tan avisado, que lo era harto, que no fué ignorancia, me pudiera hacer gran daño!... La pena de mi padre era grande por no haberme dejado confesar; clamores y oraciones á Dios muchas.» De su madre dice tambien (2): «Qué mal hacen los padres que no procuran vean sus hijos siempre cosas de virtud; pues con ser tan virtuosa mi madre, como he dicho de lo bueno no tomé tanto en llegando al uso de la razon, ni casi nada, y lo malo me dañó mucho. Era aficionada á libros de caballería sin perder su labor, y lo hacia para no pensar en grandes trabajos que tenia, y porque sus hijos no anduvieran ociosos ó perdidos en otras cosas.»

Medítese aquí cuanto dice la Santa de sus padres, que ciertamente hay tanta materia, que al más corto se le ofrecerán muchas reflexiones contra el uso comun y frecuente que vemos en los padres, y particularmente en la educacion de los hijos. La primera es ver á la Santa, como al paso que nada dice de la familia y blasones de su casa, nos pinta el carácter y alma de sus padres, como de dos héroes cristianos, apreciables por

(1) Vid. v, 4.

(2) Vid. II, 4.

sus virtudes y cuidados. Un padre amigo de buenos libros, y que los procura á sus hijos : un padre de tanta caridad hasta con los esclavos ; tan veraz en sus palabras , tan apacible en su trato , sin inquietarse jamás, ni jurar, ni hablar mal del prójimo : ¿ no es más digno de alabanza que todos los conquistadores? Una madre jóven y hermosa, y tan fuera de lo comun que se ve en las de su clase ; grande honestidad que realza su hermosura ; gran modestia en el rostro y en el vestido ; de mucha paciencia en sus grandes trabajos y enfermedades , sin dar jamás ocasion ni áun remota , que nadie pensara de ella lo que no es juicio temerario creer de las más, sin que por esto fuera rústica, sino muy amable, dulce y de buen talento : esta, esta es la gran mujer de su casa , que trabaja , que cria sus hijos útiles á Dios y á la sociedad : esta es la mujer fuerte , y la recompensa que suele dar el Señor al varon santo por sus buenas obras. Ésta en fin es la que deben imitar las que se precian de nobles y señoras , y generalmente toda mujer cristiana, pues aún el mundo loco , á pesar de sus desvaríos, alaba solamente al hombre y á la mujer, al padre y madre que llevan la conducta de éstos, que lo fueron de una santa Teresa , y desprecia por el contrario á las demás madres que siguen los extravíos del siglo.

MÁXIMA.—En la hora de la muerte quisiéramos haber sido frailes de los más estrechos.

FRUTO.—Acuérdate que no tienes más de una alma ni has de morir más de una vez, no tienes más de una vida, y una que es particular, ni hay más de una gloria y esta eterna, y darás de mano á muchas cosas.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guia, y san José mi protector.

---

## LECCION III.

## DIA 3 DE ENERO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Acaba santa Teresa de referir la salvacion de su padre y madre por una vision que tuvo de su gloria, y nos da muchos documentos y ejemplos en su relacion.

Una de las cosas más admirables que hallamos sobre los padres de Teresa, es la vision que tuvo, cuando estando enferma despues de religiosa en la Encarnacion, fué á Beccedas, y volviendo á casa de su padre, quedó como muerta cuatro dias. Luego, pues, que volvió en sí, comenzó á decir la Santa: «Para qué me han llamado; he estado en el cielo y he visto el infierno. Mi padre y Juana Suarez se han de salvar por mi medio. He visto monasterios que he de fundar y las almas que por mí se salvarán. Moriré santa, y mi cuerpo estará cubierto de un paño de brocado...» Sucedió esto á mediados de Agosto de 1538 en Avila en casa de sus padres, pues aunque ya era religiosa, se hallaba allí porque no habia rigurosa clausura en su convento de la Encarnacion. Y aunque advirtió lo que habia dicho, procuró deslumbrar diciendo eran desvaríos del accidente, como despues se vieron efectuadas todas las particularidades de la vision, nadie pudo dudar de su verdad, y de que habia sido cosa sobrenatural. El Padre Fr. Domingo Bañez, predicando el año 1587, dijo que la misma Santa le habia confesado ser esto verdad; y el Ilmo. Sr. Yepes, obispo de Tarazona, que fué tambien confesor suya, dijo lo mismo. Ni fué esta la única vez que vió á sus padres en el cielo, como notaremos en su lugar propio, y nadie lo podrá dudar si reflexiona las virtudes de entrambos: su oracion, ejercicios espirituales, la educacion que dieron á sus hijos, y sobre todo, la vision que refiere la Santa al capítulo treinta y ocho de su vida, diciendo que en un arrebatamiento

que tuvo al cielo, las primeras personas que allí vió fueron su padre y madre.

Meditemos sobre este punto y su resultado, pues en él nos declara la Santa cuál sea el premio de la virtud. Aprendamos de Teresa á cumplir todos los deberes con los padres. La vemos asistirle cariñosamente en su muerte, y no con palabras ó lágrimas, sino con obras, cuidándolo sin hacer cuenta de sus males propios, que no eran de poca consideracion. Es verdad que hay hijos é hijas que hacen estos buenos oficios, mas lo comun no es así, sino quizá con intenciones menos puras que las de Teresa, á quien jamás se le oyó una palabra que oliera á interés ni cosa temporal. ¡Qué al contrario se ven las cosas en el mundo! De lo que más cuidan los hijos en las muertes de los padres, los maridos y las esposas y parientes, es de que no se olvide de nombrarlos herederos, ó dejarles alguna manda particular, y á este fin se dirigen las lágrimas y sentimientos que aparentan; mas á poco de enterrado el difunto, ya no hay memoria sino de aprovecharse de sus intereses. Lo segundo: el padre de Teresa, como prudente y santo, tendria hecha y arreglada su disposicion de antemano, y así nada tenia que cuidar en esta parte, y sí solo de su alma. Esto sin duda era costumbre antigua, ó cuando menos de tan arreglada familia como la de santa Teresa, pues sabemos que D. Rodrigo su hermano, cuando se fué á la guerra, dispuso de sus bienes en testamento y á favor de su hermana Teresa, como consta de Fr. Jerónimo de San José. En el dia todo se deja para la hora de la muerte, de donde dimanen tantos yerros en los testamentos, olvidándose de lo principal, que es el alma: defecto de tan fatales consecuencias, aún en lo político y civil, que desearia yo una ley que obligara á cuantos son capaces de testar tuvieran hecha su disposicion cuando sanos.

Lo tercero: Teresa tuvo valor para asistir á su padre hasta la última hora, sin mostrarle pena alguna, *aunque se le arrancaba el alma, porque lo queria mucho.* Y no contenta con este sacrificio, para no aumentar el dolor de su padre con sus lágrimas, lo exhorta á pade-

cer recordándole la Pasion de Jesucristo, con relacion al dolor de espaldas tan intenso que padecia, y en efecto se consuela tanto el enfermo, que ya nunca más se queja. Lo cuarto: el padre por su parte no teme la muerte, sino que la desea, porque no ama el mundo ni sus vanidades; sólo pide oraciones, tiene pena, llora únicamente por no haber servido más á Dios, y da buenos consejos á su familia por despedida; pues todo lo de acá se acaba muy presto. Este es el testamento que en aquella hora debe hacer un padre cristiano; mas para esto debe haber practicado la virtud toda su vida. Al morir no debe pensar en las cosas temporales, ni en sus disposiciones, porque todo esto ha de estar hecho ya de antemano para poder morir como el padre de Teresa, repitiendo fervorosamente el *Credo*, y no dando lugar á las *criaturas é intereses* en el corazon.

Imitemos, pues, este heroísmo y grandeza verdadera de los padres de Teresa: el uno es el hombre sabio y siervo prudente que todo lo deja arreglado en su tiempo y antes de morir; y la otra es la mujer fuerte y cristiana que nos describen Salomon y san Pablo, modesta, callada, cuidadosa de su familia, que se adorna con modestia, sin dar lugar á la censura ó malos juicios, ni hacerse despreciable por esto en la sociedad. Cuando veamos una muerte semejante, saquemos sentimientos de humildad y confusion como santa Teresa: mas cuando veamos otras muertes desgraciadas que son las más comunes, notemos bien todos sus síntomas para nuestro desengaño, y verémos el trastorno y confusion del enfermo, y los ruinosos engaños de los que le rodean, lisonjeándole con la salud cuando lo creen sin remedio, y dejándole morir sin confesion ó sin manifestarle el peligro: escarmentemos en cabeza ajena, y no aguardemos á escarmentar con nuestra propia condenacion.

MÁXIMA.—El tener padres virtuosos y temerosos de Dios es un favor grande que nos hace el Señor para ser buenos. ¡Cuán mal hacen los padres que no procuran que sus hijos vean siempre cosas de virtud de todas maneras!

FRUTO.—Pureza de intencion en todas las cosas, haciéndolas como si realmente Jesús estuviera presente.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guia y san José mi protector.

## LECCION IV.

### DIA 4 DE ENERO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Noticias particulares de las acciones y virtudes de los hermanos de santa Teresa, D Hernan, D. Rodrigo, y con particularidad de D. Lorenzo con su feliz muerte y gloria, segun lo pinta la Santa con mucha doctrina.

Aunque ya vimos como habla santa Teresa de las virtudes de todos sus hermanos en general, dirémos en particular alguna cosa de algunos de ellos, por donde podremos inferir lo mismo de los demás, cuyas noticias ha borrado el tiempo. El primero de sus hermanos fué don Hernan ó Hernando Ruiz de Ahumada, que fué gran soldado en la conquista del Perú; donde como á conquistador le tocó en la reparticion una porcion de indios. Dicen algunos que murió allí, mas por los documentos y genealogía de D.<sup>a</sup> María Teresa Navarrete y Valdivia, marquesa de las Atalayuelas en Córdoba, se ve que casó con D.<sup>a</sup> Leonor de Jerez, natural de Avila, y tuvo sucesion que se ha continuado hasta el presente.

El segundo fué D. Rodrigo, que obtuvo el grado de capitan, y al irse á América hizo testamento, dejando si moria por heredera á su hermana D.<sup>a</sup> Teresa, la más querida, como que nació el mismo mes, aunque tres ó cuatro años antes. Se halló en la conquista del Perú y murió allí. Este fué con quien la Santa quiso irse á los moros á morir por Cristo; y cuando murió Rodrigo, decia de él haber muerto mártir y logrado la corona,

cual correspondía á los nobles y santos pensamientos y ocupaciones que tenia con su hermana cuando niño, leyendo vidas de mártires, y deseando él serlo; pues vivian persuadidos ambos de que compraban barato el cielo que es *para siempre*, con tormentos de un momento.

El tercer hermano fué D. Lorenzo, que tambien pasó á Indias con grado de capitán, y fué Tesorero en la provincia de Quito, donde casó con D.<sup>a</sup> Juana de Fuentes y Guzman (1), de quien tuvo tres hijos. Volvió á España y ayudó mucho á su hermana santa Teresa en las fundaciones de la Reforma, y particularmente en la de Sevilla; despues, retirado á su patria, compró un lugar á una legua de Avila, llamado la Serna, donde vivia retirado y en oracion. Por las cartas de la Santa se ve su grande perfeccion, y como habia dado la obediencia á su santa hermana, quien le reprendió una vez por haber hecho voto de evitar todo pecado venial. Esto es una gran prueba de su virtud, de la cual habla mucho la Santa en la carta que escribió á Maria de San José, priora de Sevilla, el año 1579 á 4 de Julio, poco despues de su muerte, en la que dice: Que murió de un flujo de sangre; que sólo pensaba en cosas de Dios; pues lo demás le cansaba, y por lo mismo se estaba en la soledad de la Serna: que su oracion era continua, y que Dios le hacia tales mercedes que ella se espantaba: que hacia más penitencia que la que queria la Santa, la cual se gozaba cuando pensaba en su muerte, pues parece sabia lo poco que habia de vivir. Está enterrado en la capilla de San José de Avila.

Oigamos tambien como esta Maestra celestial da cuenta de la muerte de su hermano D. Lorenzo á su sobrino, hijo del difunto, para que aprendamos de ella hasta el formulario cristiano de las cartas de pésame. «Si consideramos, dice (2), las miserias de esta vida, gozarnos hemos del gozo que tienen los que están ya con Dios. Fué Su Majestad servido de llevarse consigo á mi buen hermano Lorenzo de Cepeda, dos dias despues de San Juan, con brevedad y por un vómito de

(1) Tom. I, cart. 29, 42.

(2) Tom. II, cart. 55.

sangre; mas habíase confesado y comulgado día de san Juan, y creo fué regalo para su condicion no tener más tiempo, porque para lo que toca á su alma, sé yo, bien contino le hallaria aparejado; y así ocho dias antes me habia escrito una carta, adonde me decia lo poco que habia de vivir, aunque puntualmente no sabia el dia. Murió encomendándose á Dios como un santo. Y así segun nuestra fe, podrémos creer estuvo poco ó nada en el purgatorio. Porque aunque siempre fué siervo de Dios, estábalo ahora, de suerte que no quisiera tratar cosa de la tierra: todo lo que no era cosa de Dios le cansaba en extremo, y así murió ó comenzó á vivir, por decir mejor. Grande obligacion tiene Vmd. por haberle tan buen padre, y de vivir de modo que parezca ser su hijo. Vmd. se consuele y crea, que desde donde está le puede hacer más bien que viviendo. Me ha hecho gran soledad más que á nadie, y á la buena Teresita (que estaba novicia en Avila, hija del difunto), que lo llevó como un Angel, y aún lo está y muy buena monja, y con gran contento de serlo.»

Estando un dia la Santa con pena por ver sus sobrinos sin la sombra del padre, se le apareció y la dijo que desde el cielo les ayudaria mejor que desde la tierra. No es menos singular ver lo poco que estuvo en el purgatorio, pues su hermana lo vió luego en el cielo, siendo un caballero noble, rico y que habia corrido los dos mundos por mar y tierra, con tantos negocios, agencias y familia, y que moria á juicio de los hombres de repente y sin confesion ni Sacramentos; pero se habia retirado con tiempo para cuidar de su alma. En la hora que murió se apareció á la Santa, quien le vió pasaba ligeramente por el purgatorio; cuando comulgó al dia siguiente, se le dejó ver ya glorioso, acompañando á la mano izquierda al Sacerdote que la daba la Comunion y llevando á san José á la derecha. ¿Quién, pues, alegará excusas por su estado y ocupaciones para no dedicarse á Dios, viendo á este caballero tan santo, como nos dice su hermana, y que aún muriendo, como se dice, de repente y sin confesion, se va al cielo casi sin tocar en el purgatorio? Reconozcamos, pues, que

las muertes repentinas no son aquellas en que se muere sin Sacramentos y de prisa, sino las que hallan al hombre sin prevencion de buenas obras, porque de éstos dice Jesucristo: Me buscaréis *al morir* y no me hallaréis; porque cuando yo os llamé no me respondisteis, y por mismo me reiré en vuestra muerte de vuestros gemidos como de los de Antíoco, rey perverso, cuando clamaba al morir pidiendo misericordia, dice la Escritura, á aquel que no se la queria conceder por sus maldades.

MÁXIMA.—Todo es nada y menos que nada lo que se acaba y no contenta á Dios.

FRUTO.—Preparémonos para una santa muerte ordenando con tiempo nuestra vida.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guía y san José mi protector.

---

## LECCION V.

DIA 5 DE ENERO.

ORACION.—;Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Se continúa la série de los hermanos de santa Teresa y su buena conducta y ejemplos. Los de su tío D. Pedro y sobrinos, hijos de su hermano D. Lorenzo, enseñándonos en esto, como en todo estado se puede servir á Dios.

El cuarto hermano de santa Teresa fué D. Antonio, de quien dice la Santa (1), le persuadió cuando ella andaba en ser monja á que se metiera fraile, y concertó con él irse los dos una mañana muy temprano al monasterio donde habia de entrar la Santa, y así lo hicieron, y así que D. Antonio la dejó, se fué él al convento de Santo Tomás de Avila de dominicos, tomó el hábito y á poco tiempo despues murió religioso.

(1) Vid., iv.

Del quinto hermano llamado Pedro (1), sólo se sabe que sirvió al rey de España en la conquista de las Indias, que casó en Pasto, volvió a España á pedir mercedes al rey por sus servicios y luego murió. El sexto fué Jerónimo, que murió en la conquista del Perú valerosamente y como un Santo, dice la Santa (2), y está en el cielo. El séptimo fué D. Agustín, capitán muy esforzado en Chile, vencedor en diez y siete batallas. Estando despues de gobernador en un pueblo, recibió carta de santa Teresa en que le decia dejase el gobierno si no queria perder la vida y el alma. Lo dejó en efecto, y luego que salió, los enemigos mataron al sucesor. Despues quiso pretender otro cargo allí mismo, y recibió nueva carta de su hermana en que decia: *hermano mio, no tome oficio en Indias, porque me ha dado á entender el Señor que, si lo toma y muere en él, se condenará.* Con esto dejó la pretension y se vino á España, en cuyo tiempo murió su hermana santa Teresa. Como no pudo hallar recompensa de sus grandes servicios, admitió por fin un gobierno en Tucuman; mas su hermana y principalmente Dios, que miraban por su alma y lo querian salvar, le dieron una enfermedad, luego que llegó á la ciudad de los Reyes; conoció ser esto castigo, y sometiéndose á él se preparó para morir: luego se le apareció santa Teresa, que lo asistió y no lo dejó hasta la muerte, y se lo llevó al cielo. Todo esto lo depone con juramento en las informaciones de su canonizacion el P. Luis Valdivia, de la Compañía de Jesús, que lo confesó para morir.

El octavo hermano fué D.<sup>a</sup> Juana, tan virtuosa como los anteriores. A ésta amó la Santa muy tiernamente por ser la más pequeña, y por haberla criado ella misma en la celda de su convento de la Encarnacion, encaminándola á la virtud. Salió de su compañía para casar con D. Juan de Ovalle, persona principal, de quien vienen los marqueses de Valverde, Monroy, Herrea, marqués de Cerralvo. Tuvieron tres hijos, y ayudaron mucho á la Santa en la fundacion del primer convento

(1) Tom. I, cart. 29, 42.

(2) Tom. IV, cart. 42, 2 y 3.

de Avila , y se escribian muchas veces. En una carta dice la Santa de esta hermana suya (1), que era *muy honrada, valerosa y un Angel*. El marqués de Castellar está unido con la Santa por los Ovalles, y todavía hay Ovalles en Andalucía, Extremadura y Badajoz.

Sobre estos ocho hermanos , tuvo la Santa tres del padre y de distinta madre. El primero fué D. Juan Jerónimo, el que nuestra historia llama D. Juan Vazquez de Cepeda , y murió capitán de infantería. El segundo se llamó D. Pedro, de quien no ha quedado noticia , y aún del nombre dudan algunos. A éstos siguió D.<sup>a</sup> María, de la que ya dijimos algo, y casó con D. Martín de Guzman Barrientos, el cual murió de repente; y sabiendo la Santa que su hermana moriría del mismo modo, la fué previniendo poco á poco y sin decirla la revelacion, la infundió la costumbre de confesarse muy á menudo , y la sirvió tanto , que aunque á los cinco años murió sin confesion , sólo estuvo en el purgatorio ocho segun lo vió y lo dice santa Teresa. De ésta dice la misma (2), que era mayor que ella , que tenia mucha honestidad y virtud, y que estuvo en su casa cuando iba á curarse, porque la queria en extremo, y lo mismo su marido , y la acompañó á Becedas en la cura ó enfermedad.

Tambien habla la Santa (3) de un tío suyo llamado Pedro , que estaba en Hortigosa , y dice que era muy avisado y de grandes virtudes: viudo, á quien disponia el Señor para sí, y que en su edad mayor dejó todo lo que tenia y fué fraile; y acabó de suerte que se puede creer goza de Dios. Este tío de la Santa fue uno de los primeros que más contribuyeron á su perfeccion, pues la dió un libro del P. Osuna, intitulado: *Tercera parte del Abecedario, que trata de la oracion de recogimiento*; lo que determinó á santa Teresa á seguir aquel camino.

Como los sobrinos de la Santa fueron muchos, no harémos más que insinuar alguna cosa. D. Lorenzo,

(1) Tom. I, cart. 29.

(2) Vid. II, 2, III, 2.

(3) Vid. III, 2.

hijo de su hermano, fué uno á quien escribió muchas veces la Santa; casó con una señora muy cristiana, y él fué muy virtuoso. D. Francisco es de quien dijimos que casó con D.<sup>a</sup> Orofrisia de Mendoza, parienta del duque del Infantado, de quien dice la Santa fué muy codiciado por sus buenas prendas y virtudes. D.<sup>a</sup> Teresa fué la última sobrina, hija de su hermano D. Lorenzo, que á los diez años entró en el convento de seglar, aunque la Santa lo repugnó al principio; pero la convenció la Madre María de San José, y mucho más la consulta que hizo la Santa sobre si esto se oponia á que entrase antes de tener edad para ser novicia. Hace de ella muchos elogios en sus cartas, y en una dice (1): «Ya está acá con su hábito (aunque no era novicia formal), que parece duende de casa, y su padre no cabe de placer; tiene una condicion como un Angel. *Creo se ha de servir el Señor de que esta alma no se crie en las cosas del mundo.*» Sus parientes quisieron sacarla del convento, y sin embargo de su virtud, no lo consintió su tia Santa (2), porque no es razon exponer al peligro á título de libertad. Esta se concede no para seducir, sino para examinar si hay violencia. Con esta niña y novicia tenia alivio santa Teresa, pues siendo novicia, dice la Santa (3), que ya era mujer, que crecia en las virtudes, capaz de dar consejos, pues hablaba Dios por ella con el ejemplo y valor que tenia para todo. A todas espanta con su perfeccion y humildad, pues dice no la deben tratar mejor por sobrina de la Fundadora.

A poco que se medite en todo lo dicho se hallará materia de admiracion, no sólo por la virtud y ejemplos que presenta en tales estados, sino por la doctrina que con ellos descubre la misma Santa. ¡Qué familia tan feliz, no menos santa que ilustre!

MÁXIMA.—Gran merced hace Dios á quien pone en compañía de buenos.

(1) Tom. III, cart. 8.

(2) Tom. IV, frag. 9.

(3) Tom. IV, cart. 43.

FRUTO.—No poner confianza más que en Dios y en la buena conciencia.

JACULATORIA.—Viva Jesús, mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guía y san José mi protector.

## LECCION VI.

### DIA 6 DE ENERO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... como en la página 1.

Se trata de la hermana de santa Teresa, D.<sup>a</sup> Juana, y de sus tres hijos, D. Gonzalo, D. Josef, y D.<sup>a</sup> Beatriz, cuyas virtudes nos obligan á alabar á Dios y á santa Teresa por la parte que tuvo en ellas, y por la doctrina que nos suministra.

El primero de los hijos de su hermana D.<sup>a</sup> Juana fué D. Gonzalo, á quien resucitó su tia santa Teresa cuando niño en la fundacion de Avila, habiéndole caido encima una pared de la obra, como dirémos en su lugar. Despues fué muy santo, y como refiere María de San José (1), estando en Alba con la Santa y ella, dijo don Gonzalo á su tia: Madre y tia mia, encomiéndeme á Dios, pues está obligada á hacerlo, porque me quitó que lo gozara siendo niño. Y aún añadió: ¡Oh madre! Cuantos años estuviera ya gozando de Dios, si no me lo hubiera estorbado. En efecto, murió de veinte y ocho años, el de 1587, y tres despues le hallaron incorrupto. Dióle la última enfermedad, é hizo una confesion general, comulgando con mucha devocion, y diciendo muchas ternuras á Dios (2), y desengaños á los caballeros mozos. Cuando estaba desauiciado y el médico le tomaba el pulso, le preguntaba cuánta vida le restaba, y diciéndole que ya eran pocas horas, exclamaba: ¡qué horas tan largas! Creyeron deseaba morir por la violencia de los dolores que sufría, pero respondió á esto, que si Dios queria, padecería hasta el fin del mundo,

(1) Tom. I, Nov. 4, c. LI.

(2) Tom. II, cart. 108, not. 9.

y lo sufriria con gusto; mas que como confiaba y esperaba ver á su Dios, deseaba que fuera luego. Envió á pedir en este estado á su hermana Beatriz, que ya era monja, el hábito que traia porque queria enterrarse con él; y al recibirlo, abrazándolo dijo: pues no le merecí en vida, yo te amo para la muerte. Cuando agonizaba, conservando aún su conocimiento, pidió le dijeran la Letanía, y respondiendo, murió al fin diciendo *Ora pro nobis*; y sintiendo al mismo tiempo la fragancia de las reliquias de santa Teresa, todos los asistentes conocieron habia venido por él y llevádosele al cielo. Esto sucedió en Alba, donde el año 1590 compraron sus padres dos sepulturas en las Monjas, donde trasladaron este hijo y le hallaron incorrupto.

El segundo hijo de D.<sup>a</sup> Juana, y sobrino de la Santa, fué D. José, que tuvo la dicha de morir en los brazos de su santa tia á las tres semanas de nacido. Su madre D.<sup>a</sup> Juana que estaba presente, notó que á la Santa se le puso el rostro muy encendido como un Angel. En esto espiró el niño, y dijo Teresa alegre y admirada: Cosa es de alabar á Dios. ¡Qué de Angeles vienen por las almas de estos angelitos! Y su hermana Beatriz dijo despues, que su tia quedó suspensa y que la habia confesado claramente habia visto subir el alma del niño al cielo con muchos Angeles, y que era mucho de ver.

La tercera hija de D.<sup>a</sup> Juana fué D.<sup>a</sup> Beatriz, que costó mucho trabajo á la Santa para que fuera monja. «Oh, y cuánto padecí, dice al obispo de Jaen su pariente D. Sancho Davila (1), en que sus padres dejasen su hija en Avila hasta que yo volviera de Búrgos; mas como me vieron tan porfiada, salí con ello.» Fué el caso que la Santa queria llevarla consigo, y á este fin vino de Alba á Avila; pero como la niña tenia aversion á ser monja y queria volverse á Alba, desistió la Santa de que fuera con ella á Búrgos. «Yo pensaba, dice (2), si D.<sup>a</sup> Beatriz tiene intento de ser monja, llevarla conmigo, y despues á Madrid; será fundadora antes que profese, y sin sentirlo se quedará en estado que no se ha-

(1) Tom. I, cart. 7.

(2) Tom. II, cart. 54.

lle de gozo y se pueda tornar ahí. Piénselo bien y encomiéndelo á Dios, que yo harto lo hago...» Todo esto lo hacia la Santa para inclinarla á ser religiosa. El mundo ya gritaria en caso igual que era *violencia*, sin reparar cuantos más arduos hacen los padres para inclinar los hijos al matrimonio, á las armas, á las letras, etc.; pero sólo se llama *violencia*, lo que mira al estado de la Iglesia. La Santa, pues, viendo la repugnancia, no la llevó á Búrgos, y consiguió la dejasen en Avila por entonces, que sin duda fué cuando la dijo su tia: «Beatriz: anda ahora por donde quieras, que al cabo vendrás á ser monja.» En efecto, se cumplió despues de muerta la Santa, pues tomó el hábito en Alba año 1584 á los veinte y cuatro de edad, con el nombre de Beatriz de Jesús, y murió muy santamente, despues de un rapto muy extraordinario, asistida de la Virgen, san José y su tia, ya Santa canonizada; pues esta muerte sucedió en Madrid en el convento de monjas de Santa Ana año 1639, donde fué Priora, y persevera incorrupto su cuerpo.

Notemos aquí la distincion que hallamos en esta rama de todas las otras. Su hermana D.<sup>a</sup> Juana, criada en la celda de Teresa, debia producir los frutos santos y correspondientes á su educacion. Salió de la compañía de su hermana muy honrada, valerosa y con una alma como un Angel, dice santa Teresa (1), pasó muchos trabajos y los llevó harto bien. Los hijos salen por lo comun del metal de sus padres; y en efecto, lo dicho de D. Gonzalo y D.<sup>a</sup> Beatriz declaran su santidad; y la dicha de D. José muriendo niño en los brazos de Teresa. ¡Qué felicidad de familia! Sin duda fué gracia conseguida por haber recibido la madre sus primeras lecciones de santa Teresa. ¡Qué dicha podremos esperar, si nosotros recibimos las que nos da en esta obra suya? ¡Qué cuidados tuvo de su sobrina para atraerla á Dios! ¡Qué felices serémos, si nos dejamos conducir por sus consejos! No olvidemos, pues, el que da en este mismo lugar: «Dios me libre de intereses, que han de hacer tanto mal á sus deudos; aunqu está de tal

(1) Tom. 1, cart. 29.

suerte el mundo, que por maravilla hay padre para hijo, ni hermano para hermano.» Habla de un asunto de familia, porque ya es muy antiguo acudir los parientes en sus trabajos, pobreza ó disgustos á los religiosos, y les debemos servir, no porque nos llamen para sus gustos, sino por Dios y por caridad, y tanto más cuanto menos se acuerdan de nosotros en sus felicidades propias, vilipendiando y despreciando los religiosos y monjas como inútiles y aún como malos. Dejemos los juicios humanos, obremos siempre lo bueno y miremos únicamente á Dios, que es quien juzga con rectitud y verdad, y da á cada uno el premio ó castigo segun sus obras, y no segun las opiniones humanas.

MÁXIMA.—Conformemos nuestra voluntad á la de Dios, que en esto consiste la mayor perfeccion.

FRUTO.—Sobrellevar con resignacion, ya que no con alegría, las penas de este destierro.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guia y san José mi protector.

---

## LECCION VII.

### DIA 7 DE ENERO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Algunos sucesos acerca de D. Luis de Cepeda, sobrino de la Santa, y de D.<sup>a</sup> Beatriz, por los que Teresa nos da mucha doctrina útil, y descubre su magisterio en todos los estados.

Por solo lo dicho hasta aquí se ve cuán cierto es que Teresa es madre y ejemplar de todos los estados, pues vemos una familia noble y santa, y todos sus hijos distribuidos en todos los estados, casados, viudos, solteros, militares, sacerdotes, monjas, gobernadores, y llenos de negocios y ocupaciones, unos corriendo el mundo por mar y tierra, otros entre el estrépito de las ar-

mas, venciendo y conquistando entre mil peligros; éstos cargados de hijos y familia con solicitudes y cuidados de hacienda, y aquellos (que no faltaron) afligidos con la desgracia y pobreza, tanto más sensible cuanto más pesada por la razón de nobleza en que se veían constituidos. Todos estos acudían á su parienta santa Teresa en sus necesidades y aflicciones; aunque sólo era una pobre monja, á todos consolaba, á todos dirigía, de todos cuidaba, y ensayada á ser madre en todos los estados y situaciones del hombre en su dilatada familia, como fácilmente verá quien lea sus cartas familiares, se dispuso para el magisterio universal para que la destinaba el cielo. Tampoco le faltaron disgustos domésticos entre su familia, y aún calumnias y persecuciones, enfermedades y trabajos, para que ejerciera su magisterio en esta parte, que es la más comun y hereditaria de los hombres, como veremos.

Pero antes de entrar en su vida terminemos esta materia de la familia de la Santa con dos sucesos singulares. El primero fué una calumnia bien fea suscitada contra su hermana D.<sup>a</sup> Juana y su hija D.<sup>a</sup> Beatriz, que, como dijimos, despues fué monja muy santa; la cual pintaron á Teresa con colores é indicios tan ciertos, que la hicieron tomar la pluma para escribir á la madre y á la hija una carta bien amarga (1). Este fué un golpe de la sábia Providencia para que creamos cuanto dice á favor de sus parientes, pues vemos que en una ocasion que creyó algun mal, escribe como un celoso Elías, diciéndolas: «Cuanto á la honra está ya perdida: las almas querria no se perdieran: véolos tan sin ser á padres y á hijos, que no hallo remedio. Ninguno veo, sino meterla en un monasterio (á la Beatriz) y esto no sé como, segun la poca posibilidad» (pues estaban pobres). Fué el caso que una señora de Alba, celosa de su marido, vomitó sus celos contra D.<sup>a</sup> Juana y su hija, infamándolas, etc.; pero luego quiso Dios se descubriera la inocencia de la hermana y sobrina de la Santa, que ya más templada escribió, quejándose á D. Antonio Gai-

(1) Tom. III, cart. 30 y 32 y 46, y frag. 70.

tan, el haber tardado en darle cuenta de la inocencia de los que se creían culpados: «Quizá, dice, se hubiera puesto remedio para que no viniera á tanto mal como el demonio ha hecho en dar á entender que le hay. Aun cuando fuera verdad lo que esa señora imaginó, en ley de quien es, debiera no haber infamado tan á rienda suelta. En el juicio de Dios se entenderá lo que acá no podemos juzgar sin gran ofensa suya. La condicion de mi hermana es con todos tan blanda, que aunque quiera no puede tener aspereza con nadie, ni nunca entendí tanta desenvoltura de su hija, sino mucho sosiego. Me jura que todo es testimonio, y créolo; porque no es mi hermana mentirosa, ni nadie la tiene por tal, sino que la pobreza es ocasion para que todos la tengan en tan poco, y Dios lo permite para que de todas maneras padezca, que verdaderamente es mártir en esta vida...» Aprendamos aquí el zelo de Teresa al principio, la satisfaccion que da luego que descubre la verdad, la moderacion con que habla de la señora á quien mortificaban los celos que ocasionaron la calumnia: como acude á los juicios de Dios para que no juzguemos ligeramente: como conoce que la pobreza es calumniada en el mundo; pero que Dios lo permite para nuestro bien, y otras muchas cosas.

El segundo caso fué el siguiente: Tenia la Santa un resobrino llamado Luis de Cepeda, hijo de D. Francisco, y nieto de D. Francisco Alvarez de Cepeda, que fué hermana del padre de Teresa, cuya familia se extendió en Toledo, y por otro hermano llamado Diego, en Osuna de Andalucía, donde D. José Cepeda y Toro conserva su ejecutoria de nobleza y parentesco con la Santa. Este sobrino, pues, no era menos Santo que los otros, y aún declinaba en escrúpulos que comunicaba con su Santa tia, porque le parecia que los negocios é intereses le impedian la oracion. A esto le responde así (1): «No se espante de no andar muy recogido con tantos embarazos. Basta con que, cuando se acaben, se torne á su buen gobierno. Por poco más ó menos no se le dé

(1) Tom. iv, cart. 45.

mucho, que aunque lo sea lo que le quedare, todo se ha de acabar pronto...» Habla aquí también de dos religiosas de la Encarnación, que parece eran hermanas de su sobrino; y aunque la una se llama Beatriz de Jesús, es diferente de la que hicimos mención, pues no tomó el hábito hasta muerta santa Teresa. Otras muchas parientas religiosas tuvo y de gran santidad, cuyas vidas se ven en la Historia de la Orden, y por esto omito hablar de ellas, pues basta lo dicho para formar idea de su familia, de lo mucho que la consultaban y del tino con que respondía como maestra universal.

Acabemos, pues, esta materia con las palabras de la misma, que son análogas á las que dijo á este sobrino suyo escrupuloso. «O Señor, dice (1), ¡qué diferentes son vuestros caminos de nuestras imaginaciones ó escrupulos! No quereis más de quien os ama, sino que se informe de lo que es más servicio vuestro. Ansí lo estaba una persona que en quince años no tuvo un día suyo para la oración, y Dios le pagó su voluntad dándole la libertad de espíritu que sólo tienen los perfectos sin temer ni desear nada; ni los trabajos le turbaban, ni los contentos le distraían; nadie ni nada le quitaba la paz... En la cocina, hijas mías, y entre los pucheros anda el Señor. O Señor (2), dice, todo el daño nos viene de no poner los ojos en Vos. Damos mil caídas, tropezamos y erramos el camino, porque no ponemos los ojos en el que es el camino verdadero. No parecemos cristianos... Luego dicen: no somos Santos: Dios nos libre de decir no somos Angeles. Mirad que aunque no lo seamos, es gran bien pensar lo podemos ser con la gracia; y no queda por él sino por nosotras. Procúrese (3) al principio andar con alegría y libertad, que hay personas que piensan se les ha de ir la devoción si se descuidan un poco. Bueno es andar con temor, mas hay cosas que sufren recreación.»

¡Quién no se hace discípulo de esta Maestra tan buena!

- (1) Fund., c. v.  
 (2) Cam. xvi, n. 8.  
 (3) Cam. xiii.

MÁXIMA.—En todas partes se puede tener oracion. En la cocina y entre los pucheros anda el Señor.

FRUTO.—No ser fáciles en creer sino á los que viéremos que en sus vidas van conformes á la vida de Cristo.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guia y san José mi protector.

## LECCION VIII.

### DIA 8 DE ENERO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Nacimiento de santa Teresa y providencias singulares de Dios sobre este suceso. Nombre que la imponen, para que la tengamos devocion y sea nuestra abogada.

Desde luego parece cosa bien singular el cuidado que tuvo el padre de Teresa de notar el dia y hora en que nació la Santa, pues se halla escrito de su mano, cosa que no sabemos lo hiciera con los demás hijos. Dice, pues, así (1): «En miércoles, veinte y ocho días del mes de Marzo de mil quinientos y quince años, nació Teresa mi hija á las cinco horas de la mañana, media hora más ó menos, que fué el dicho miércoles casi amaneciendo; fueron su compadre Vela Nuñez, y la madrina D.<sup>a</sup> María del Aguila, hija de Francisco Pajares...» A esta nota del padre debemos añadir como nació la Santa en la ciudad de Avila, y fué bautizada en la parroquia é iglesia de San Bartolomé á cuatro de Abril, donde persevera la misma pila, y donde se formó una capilla con verjas de hierro á la entrada y con una pintura de la Santa en que se nota lo dicho, todo lo cual costeó D.<sup>a</sup> Teresa de Farsan: y en el sitio donde nació la Santa se erigió otra capilla á la misma por devocion del duque conde de San Lúcar, y en el dia se halla uni-

(1) Se halla en el Com. de Pastrana.

da á la iglesia y convento de nuestros Carmelitas descalzos, donde Dios ha obrado muchos milagros. También debe notarse que en el mismo dia y hora se dijo la primera Misa en el convento de la Encarnacion de las Carmelitas de Avila, donde entró religiosa la Santa, y desde donde comenzó la grande obra de la reforma.

En el bautismo la pusieron el nombre de Teresa, que ya se ve en el árbol genealógico materno, aunque era nombre muy poco usado. Este nombre de Teresa, dice el P. Ribera, ni es griego ni latino, aunque otros dicen que en griego significa milagroso, y en este sentido adopta san Juan Crisóstomo esta voz (Teresia ó Tarasia) en la oracion de la mártir santa Babila. Con todo, parece propio de España, y por esto pienso que dice relacion á alguna santa española, y quizá sería la hija del rey D. Bermudo, que se llamó Teresa, en latin Tarasia, á quien casaron contra su voluntad con Abdala, rey moro de Toledo, y con esperanza de que fuera contra el Rey de Córdoba. Como ésta no quiso consentir que el rey moro la tocase, amenazándole de que Dios, á quien servia, lo castigaria, si la hacia alguna violencia, y como en efecto le hiriese un Angel por su atrevimiento; estando el Rey para morir, la envió á Leon, donde entró monja Benita, y allí murió santamente. Mas ni de esta ni de otras Teresas que se mencionan como santas, se hace mencion en nuestro Martirologio. Por tanto, el mismo P. Ribera congetura se le impuso el nombre de Teresa con relacion á san Tirso, dando fundamento á esto, de que el solar de la casa de Teresa se halla en la jurisdiccion de Leon, donde dicen algunas (1) que por devocion al Santo muchas mujeres se llaman Teresas.

Lo cierto es que en el dia no se usa de este nombre sino con relacion á nuestra Santa. No sólo en España, dice el Ilmo. Sr. Obispo Yepes, sino fuera de ella se ha extendido esta devocion de llamarse Teresas, y hasta en lo más remoto de las Filipinas; los indios, cuando bautizan sus hijas, las llaman Teresas, por honor de

(1) Theresia. Dia 4 de Abril.

nuestra Santa. Felipe IV hizo voto de dar este nombre á la primera hija que tuviera, y lo cumplió; y salió tan devota de la Santa, que estando su padre el Rey para casarse en segundas nupcias con D.<sup>a</sup> Mariana de Austria, la envió á esta novia por gran regalo una firma de la Santa, diciéndola: «Me atrevo á enviar á vuestra Majestad esta firma de santa Teresa, escrita de su mano, esperando que por su intercesion ha de alcanzar todas las felicidades (1).»

En lo dicho debemos notar muchas cosas singulares. El gran cuidado que Dios tuvo de honrar á santa Teresa desde su nacimiento, conservando la memoria hasta de la hora en que nació, y disponiendo que en el mismo dia y año se celebrara la primera misa en el convento que tanto habia de honrar con su presencia. Tambien quiso conservar la pila de su bautismo, y que se consagrara el sitio donde nació, y que la impusieran un nombre casi nuevo y extraordinario, para que así se honrara más su sierva con las muchas mujeres que en su obsequio se llamarian Teresas, y la tomarian por madre. Pero advirtamos que al mismo paso que Dios ensalza á Teresa desde su nacimiento, ella se humilla y procura que nadie se acuerde de ella, pues sobre que en su vida no dice una palabra de sus principios y nacimiento, hablando con un confesor suyo, le escribe estas palabras: «Digo á V. que aquí hay una gran comodidad para mí, que la he deseado muchos años há, y es que no hay memoria de Teresa de Jesús, más que si no fuera en el mundo, y esto me ha de hacer no procurar irme de aquí sino me lo mandan...» Confesemos, pues, que así como Dios resiste á los soberbios, así á los humildes eleva hasta su gracia. La divina clemencia, dice la Sagrada Rota, ha ilustrado á su sierva Teresa en todo el mundo con grandes maravillas, haciendo memorable su persona y nombre entre los reyes y príncipes. «No pienso jamás en santa Teresa, decia san Francisco de Sales, que no sienta provecho espiritual.» «Siempre que de ella me acuerdo, decia

(1) Theresia. Dia 2 de Enero.

su confesor el Ilmo. Sr. Yepes, se renueva en mí el deseo de mejorar de costumbres.» De un niño se cuenta que era tal el gusto que sentia con el nombre de *Teresa*, que siempre queria estar en casa de una vecina suya, sólo porque se llamaba Teresa. Todos los dias se ven iguales efectos, pues el nombre solo de Teresa parece que infunde alegría.

Seamos, pues, devotos de esta Santa y maestra universal, invocándola con espíritu y fervor para que su nombre junto con el de Jesús, su esposo, nos sirva de proteccion en todos los peligros corporales y espirituales, y merezcamos su amparo con las obras y humildad que encierra tan grande nombre, pues si no le desmerecemos, podremos esperar que sea nuestra Madre y Maestra, y como decia D.<sup>a</sup> María Teresa, hija de Felipe IV, de su firma: *La Santa nos alcanzará todas las felicidades.*

MÁXIMA.—Por intercesion de santa Teresa hemos de alcanzar todas las felicidades que puede darnos Dios.

FRUTO.—Repetiré muchas veces en los trabajos: Santa Teresa de Jesús, patrona de las Españas, rogad á Jesús por mí.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guia y san José mi protector.

## LECCION IX.

### DIA 9 DE ENERO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Santa Teresa antepone el nombre de Jesús á todos sus apellidos, manifestando que quiere ser toda de este Señor; y para que conozcamos la gloria de este nombre, forma villancicos al niño Jesús, y los envía á su hermano.

Como santa Teresa hizo tan poco caso de su apellido, ni del de sus padres, pues ni lo nombra para nada, tocáremos aquí seguidamente al nombre de Teresa, que le dieron en el Bautismo, el sobrenombre que ella to-

mó de Jesús, por amor á su Esposo ; y aunque esto sucedió mucho más adelante de su vida, no hay que dudar que desde su nacimiento prefirió el blason de Jesús al de Sanchez de Cepeda Dávila y Ahumada. Comenzó, pues, Teresa, á vivir por este dulce nombre, como san Pablo quiere que todos lo hagamos : san Bernardo deseaba ver impreso el nombre de Jesús en todas partes, y que no cayera jamás de nuestra boca ni de nuestro corazon, « porque es, dice, un bálsamo de vida eterna y un aceite suave que ilumina, da calor y unción á todas las obras. » Esto mismo nos dice santa Teresa por estas palabras : « Jesús (1) es por quien nos vienen todos los bienes. ¿ Qué más queremos que un tan buen amigo al lado, que no nos dejará en los trabajos y tribulaciones, como hacen los del mundo ? Bienaventurado quien de verdad lo amare y siempre lo trajere cabe sí. » Miremos al glorioso san Pablo que no parece se le caía de la boca, *siempre Jesús*, como quien le tenia bien en el corazon. He visto no iban por otro camino los más grandes Santos. San Francisco da muestras en sus llagas, san Antonio en el Niño, san Bernardo y santa Catalina lo mismo... »

Hasta aquí la Santa. Pero ¡ y qué podrémos decir de Teresa, que jamás enseña de palabra sin dar las pruebas en sus obras ! Toda se hizo de Jesús desde que tuvo conocimiento, y dejó por este nombre todos los apellidos y blasones de su linaje. Si san Pablo merece tanta alabanza, porque no se le caía de la boca este nombre, como dice santa Teresa, ó porque nombró á Jesús más de doscientas veces en sus cartas, ¿ qué merecerá nuestra Santa que todas las suyas las comenzaba con este nombre, las terminaba con el mismo, y áun al cerrarlas las sellaba con el nombre ó cifra de Jesús ?

Hallándose la Santa en Toledo, el primer dia del año, la mandó el confesor que hiciera algun villancico ó coplas al Niño Jesús, para divertir á sus hijas. Así lo hizo, y escribiendo á su hermano D. Lorenzo le dice : « Gran fiesta tuvimos ayer con el nombre de Jesús : ahí

(1) Vid., cap. xxii.

le envío esos villancicos que hice yo, y me lo mandó el confesor: mire si ando bien aprovechada. Con todo me ha hecho el Señor hartas mercedes estos días... Ya entiendo porque se desea la devoción, que es bueno; una cosa es desearlo y otra pedirlo; mas crea que lo mejor es lo que hace, esto es, *dejarlo todo á la voluntad de Dios, y poner su causa en sus manos. El sabe lo que nos conviene.*

«El villancico era:

¡Oh hermosura, que excedeis  
A todas las hermosuras!  
Sin herir dolor haceis,  
Y sin dolor deshaceis  
El amor de las criaturas.

¡Oh ñudo, que así juntáis  
Dos cosas tan desiguales!  
No sé por qué os desatais:  
Pues atado fuerza dais  
A tener por bien los males.

Quien no tiene sér, juntáis  
Con el sér que no se acaba:  
Sin acabar, acabais:  
Sin tener que amar, amais:  
Engrandeceis nuestra nada.

«No se me acuerda más: ¡qué seso de fundadora! Pues yo le digo que me parecía estar con hartito, cuando dije esto.»

Algunos otros documentos da la Santa á su hermano en esta carta. Primero: le reprueba la promesa que hizo sin haber pedido antes consejo, y segun parece era de no pecar venialmente. «Dios nos libre, dice, de prometer cosas en que, sin advertir, es fácil caer en ellas. No le acaezca más, que es peligrosa cosa.» Segundo: «No piense, le dice, que aunque tuviera mucho tiempo tendria más oracion. Desengañese de eso, que tiempo bien empleado, como es mirar por la hacienda de sus hijos, no quita la oracion. No se miden las obras de Dios por los tiempos. No dejaba de ser santo Jacob por entender en sus ganados, ni Abraham, ni san Joaquin, que como queremos huir del trabajo, todo nos cansa.

Se ha de servir á Dios como El quiere, y no como nosotros queremos (1).»

Bien se ve que abundan aquí más los consejos que las palabras. Este su hermano D. Lorenzo era muy santo, y así le habla como á tal. ¡Qué amor descubre la Santa al nombre de Jesús! ¡Qué poco se avergonzaba de nombrarlo, repetirlo y salir de juicio al juicio del mundo por Jesús, haciéndole versos *en todo su juicio!* El mundo se avergüenza del blason del cristiano, que es este nombre, y sólo aprecia las expresiones vanas y profanas del siglo, mirando como de menos valer el invocar á Jesús, que nos puede servir más que todos los poderosos. ¡Qué carácter tan propio de Madre, divirtiéndose á sus hijas con tanto seso y haciéndose niña para cantar con ellas! ¡Qué sencilla es la virtud, y qué natural en sus expresiones, pero qué sublime en sus máximas! Aprendamos, pues, su celestial sabiduría, tomemos consejo antes de prometer, como nos dice la Santa. Conozcamos el carácter suave de la virtud, que puede practicarse en medio de las mayores ocupaciones, si éstas las dirigimos á un fin honesto. No está la virtud ni en el retiro, ni en la oracion, sino en servir á Dios como éste quiere, y no segun nuestro capricho. El que cumple con su oficio, con lo que debe á su familia y á la sociedad, es quien sirve á Dios en espíritu y verdad, como lo hacia este hermano de la Santa, que sin embargo de ser secular y lleno de negocios, familia, haciendas y otras cosas indispensables á su calidad, llegó á la oracion y contemplacion perfecta y á recibir singulares favores del cielo, y áun noticia anticipada de su muerte, porque, como le dice su hermana, hacia lo mejor, que era dejarlo todo á la voluntad de Dios y poner su causa en sus manos, porque El sabe lo que nos conviene. Obremos nosotros del mismo modo, llevemos á Jesús por guia, pues es el camino verdadero; sirvamos á la sociedad sin dejar de cumplir las obligaciones de cristiano, como que es lo que más nos importa.

(1) Tom. 1, cart. 31 á su hermano.

MÁXIMA.—Dios nos libre de prometer cosas en que sin advertir es fácil caer en ellas. Es peligrosa cosa.

FRUTO.—Repetir á menudo en los trabajos y contradicciones de la vida: Todo por Jesús. Todo por Jesús.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guia y san José mi protector.

## LECCION X.

### DIA 10 DE ENERO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Angel Custodio de santa Teresa, correspondencia de ésta y comunicacion que tuvo toda su vida con los Angeles. Reflexion y aprecio que debemos al Angel Custodio.

Todos gozamos de un Angel de Dios, que nos guia por el camino recto del cielo y nos desvia y precave de los peligros. Este es un favor bien singular de la bondad de Dios, con que acredita su cuidado paternal con los hombres, pues los mismos ministros que le sirven en la gloria son los destinados á velar sobre todos los hijos de Adan. Y si los ángeles malos, que son los demonios, procuran nuestra ruina, también es constante que á cada hombre le destina el Señor, desde que nace, un Angel bueno que le acompañe en todas su operaciones. Por este principio santa Teresa tuvo un Angel de guarda, como todos, desde que nació, y dejamos á un lado examinar de qué clase era, porque no tenemos datos fijos, aunque algunos creen que lo fué el que guardaba el paraíso terrenal, ó el que despues la atravesó el corazon con el dardo de amor. Nos basta saber que tuvo un Angel Custodio, que Teresa oia su voz, seguia sus consejos, percibia sus beneficios, lo trataba con confianza, y nos enseña con esto las muchas utilidades y favores que podemos conseguir nosotros de los espí-

ritus que nos asisten si sabemos aprovecharnos de su compañía y proteccion.

Y para que más conozcamos esta verdad, debemos tener presente aquí cuán devota fué la Santa de los Angeles y más del de su guarda; toda su vida podemos decir que anduvo rodeada de estos espíritus celestiales, como ella misma lo manifiesta. « Queriéndome un confesor, dice (1), llevar á la más alta perfeccion, me decia que para contentar á Dios no habia de dejar nada por hacer, y á este fin con maña me iba quitando algunas amistades que tenia: parecíame á mí que era ingratitud dejarlas, y por esto le decia, que pues no ofendia á Dios ¿por qué habia de ser desagradecida? Me dijo lo encomendara á Dios unos dias. Estando un dia suplicando á Dios me ayudase á contentarle en todo, me quedé en arrobamiento y fué el primero que tuve en mi vida, y entendí estas palabras: *Ya no quiero que trates más con hombres sino con Angeles*, y ello se ha cumplido bien.» En efecto, confiesa la Santa que se veia rodeada de Angeles. Cuando de más jóven estuvo enferma y con el parasismo de cuatro dias, dice un autor de su Vida, trató mucho con los Angeles y con Dios, y ella misma lo dió á entender con las cosas que dijo haber visto, de las que algunas se cumplieron á vista de todos. Otras varias apariciones tuvo de los Angeles, que la acompañaron repetidas veces, y más en particular cuando caminando á Salamanca perdió el camino y compañía, pues los Angeles la condujeron con luces hasta la posada, por haber sucedido esto de noche.

De todo lo dicho se inferen los muchos beneficios que recibió en el discurso de su vida de los Angeles, que la trataban como hermana y compañera. En el sermón que predicó el P. Jerónimo de Florencia en la beatificación de nuestra Santa, la considera piadosamente apetecida por cada una de las jerarquías angélicas, que la querian colocar en sus respectivos coros. Los de la ínfima, que son los Angeles, Arcángeles y

(1) Vid., c. xxiv, n. 3.

Virtudes, podían decir que Teresa era un Ángel en la pureza, un Arcángel en las noticias sublimes que recibía de Dios, y comunicaba á los hombres, y una Virtud angélica, según la que tenía para hacer milagros. Los de la segunda, que son las Potestades, Principados y Dominaciones publicaban su derecho, y la *potestad* de Teresa contra los demonios, pues la misma dice no los temía más que si fueran moscas. Reconocían su *principado* en el gobierno que tuvo como Reformadora y Superiora de tantos Angeles en carne humana, y no menos el señorío y *dominación* sobre todos los corazones que la trataban. Los de la suprema, que son los Tronos, Querubines y Serafines la miran como que su corazón fué el Trono de Dios, y su alma estuvo llena del conocimiento de los *Querubines* y del amor ardiente de los *Serafines*, tan intenso como el de estos espíritus del primer orden... Por esto los trataba y veía con la claridad que manifiesta en sus escritos. « Bien veo, dice (1), que en el cielo hay tanta diferencia de unos Angeles á otros, y de otros á otros, que no lo sabría decir... » Por lo mismo, refiriendo una vision (2) de gran multitud de Angeles, que vió con mayor hermosura que los demás que había visto, « he pensado, dice, si son Serafines ó Querubines, porque son muy diferentes en la gloria, pues parecía tener inflamamiento. »

¡Oh! Si nosotros conociéramos, dice el Padre san Bernardo, como nos están esperando los Angeles y lo que desean nuestra correspondencia, ¿cuál sería nuestra conducta y cuán singular su alegría y protección? Reflexionemos la vida de Teresa y su mucha comunicación con su Ángel y con todos los espíritus más sublimes: hagamos cuenta que Dios nos dice como á ésta: « No quiero que trates más con hombres sino con Angeles; » y luego al punto, como Teresa, abandonáremos toda afición de carne, aunque no sea mala, si nos distrae de lo que es obligación. Ya que no logremos una comunicación tan familiar con los Angeles,

(1) Vid., c. xxix, n. 11.

(2) Vid., c. xxxix, n. 15.

enseñemos que tenemos siempre á nuestro lado el Angel de guarda, y no harémos cosa que pueda ofenderle, ó que nos avergonzáramos de hacer si nos vieran los hombres. No ahuyentemos el Angel con nuestras obras viles y bajas. Enseñemos que él es quien ha de presentarnos por medio de san Miguel al Juez eterno, y que los malos ángeles descubrirán allí nuestros pecados. ¿Qué hará nuestro Angel bueno, si no tiene obras que oponer? ¿Qué gozoso y triunfante presentaria el Angel de guarda á santa Teresa! Pero ¡ay! ¿Qué sucederá al pecador delante de su Angel santo y del demonio? ¿A quién lo entregará el divino Juez? ¿Cuál será su sentencia?

MÁXIMA.—Para contentar á Dios nada hemos de dejar por hacer.

FRUTO.—Antes de hablar ó tratar con alguna persona, saludar á su Angel de guarda, y repetir muchas veces al dia: Angel mio, guárdame, de todo pecado librame.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guía y san José mi protector.

---

## LECCION XI.

DIA 11 DE ENERO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Santa Teresa conservó toda su vida la gracia del Bautismo, aunque ella se mira como muy pecadora, pero las declaraciones de sus confesores nos convencen de su inocencia para alabar á Dios y la humildad de la Santa.

Hemos visto á santa Teresa hija de padres nobles y santos, rodeada de hermanos y sobrinos que tambien lo fueron, medios propios para que ella fuera muy santa. Ni parecerá fuera de propósito nos detengamos ahora en dar las pruebas de esta verdad, haciendo ver como

conservó la pureza y gracia toda su vida, por más que su humildad la hacía creer que era la mayor pecadora. Y aunque este privilegio de conservar la gracia del Bautismo se conceda á pocos; en santa Teresa, no sólo lo persuaden sus virtudes, sino que lo dicen expresamente sus confesores, sin embargo que repetidas veces les dió licencia para decir y publicar todos sus pecados, y lo deseaba con más ánsia que los mundanos las riquezas y honores. En efecto, era tan vivo el deseo que tenía de que la tuviera el mundo por pecadora, á fin de que así brillara en ella más la bondad de Dios, que sus expresiones hacen vacilar á quien no advierta que habla su humildad y el amor de la mayor gloria de su Esposo, en llenar de favores á criatura tan ruin, como ella se pinta. Pero oigamos al P. Ribera en su Vida: «No me parece bien los que escribiendo las Vidas de los Santos quieren encubrir sus pecados y flaquezas, porque esto es contra la grandeza, bondad y sabiduría de Dios, que los sufrió y sacó de ellos, usando medios admirables... Y así, si yo supiera más en particular los pecados de la Madre Teresa de Jesús (la confesó muchos años) no los dejara de decir, porque ella misma deseaba fueran conocidos, para que más se conociera la bondad de Dios y su gloria: pero tampoco es razon se piensen los que jamás tuvo, y porque los que lean el libro de su vida fácilmente creerán que pecó gravemente contra la pureza he querido poner este capítulo para desengañarlos (1).» Lo mismo dice el Ilmo. Sr. obispo D. Diego de Yepes, que fué su confesor, en la Vida que escribió de la Santa. «Es cierto, dice, que jamás se arrojó á pecado conocidamente mortal, ni se arrojaría por cuantas cosas el mundo tiene, como lo sé yo muy bien, pues la confesé generalmente. Lo que más hace en confirmacion de esto, es haberla dado el Señor el dón de castidad tan grande, que por esta gracia estaba libre y casi incapaz de estos sentimientos y miserias de nuestra carne. Y así, cuando á la Santa la comunicaban sus monjas alguna tenta-

(1) Lib. I, cap. 8.

cion tocante á esta materia, solia decir que no las entendia (1).» «Es cosa certísima, dice otro confesor suyo, que en todo el trato y amistad que tuvo no pecó en cosa carnal, ni consintió en cosa fea, y esto, no sólo despues de monja, sino cuando aún era muchacha, y tenia más libertad y menos razon para defenderse.» Y así, de este tiempo dice la misma al capítulo segundo de su Vida: «Nunca era yo aficionada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecia, sino á pasatiempos de buena conversacion.» Y antes habia dicho: «No me parece habia dejado á Dios por culpa grave, ni perdido el temor de Dios, aunque lo tenia mayor de la honra. Este tuvo fuerza para no le perder del todo, ni parece que habia cosa del mundo que pudiera mudarme, ni amor de persona que á esto (de pecado) me pudiera rendir.» En fin, sobre el testimonio de sus confesores, consta de la Bula de su canonicacion, que en todos los dias de su vida jamás tuvo el menor resabio de impureza, y el papa Urbano VIII, al aprobar las lecciones de su rezo, dijo que santa Teresa no cometió jamás pecado mortal en toda su vida.

Dejando otros muchos testimonios que confirman haber conservado santa Teresa la gracia y castidad toda su vida, meditemos lo siguiente: primero, cotejemos los muchos pecados con que nosotros desde niños hemos ofendido á Dios, y la gracia del Bautismo con las singulares virtudes de nuestra Santa; el aprecio que desde luego comenzó á hacer de estos beneficios y la indiferencia con que nosotros los miramos. Lo segundo: pensemos los medios con que el Señor mantuvo la gracia en santa Teresa, que fueron de parte de Dios la natural aversion á cosas deshonestas, el temor del mismo Dios que la infundió, y el puntillo y honra mundana. Si volvemos los ojos sobre nosotros, hallaremos tambien que Dios sembró en nuestro corazon estas semillas de virtud; pero las sofocamos luego con las de la concupiscencia, y no cooperamos á estos auxilios que nos ofrece, como la Santa. Para los justos to-

(1) Vid., lib. 1, cap. 8.

das las cosas aún naturales sirven á su salvacion; pero en los malos todo se vuelve veneno por su culpa. La repugnancia natural de la Santa á cosas deshonestas, no sólo fué gracia singular de Dios, sino tambien efecto de la honestidad de sus padres, pues los hijos toman mucho del temple natural de las pasiones de sus padres, y aún más de la leche que maman y de los ejemplos que ven y reciben. Nosotros nos quejamos de la inclinacion que sentimos al mal; pero no queremos advertir como la fomentamos desde el principio, y que si á los primeros impulsos malos resistiéramos con la gracia que Dios nos ofrece, fácilmente apagaríamos el fuego, que no es más que una chispa en el principio: lo que no se remedia así, cuando ya ha tomado cuerpo con la costumbre mala y se ha debilitado la gracia con el olvido de Dios y de su Angel Custodio.

Tambien puso el Señor al hombre por freno el temor divino, y aún la honra mundana, aunque ésta es muy débil por sí sola, como vemos, y lo dice santa Teresa. Tememos el juicio de los hombres, que sin poderlo remediar desestiman á los deshonestos y malos. Esto es bueno si lo hacemos servir al santo temor de Dios; mas deja de ser virtud cristiana, si nos detiene para no obrar el mal sólo este temor mundano: y aquí se verifica lo que dice santa Teresa, que era mayor el temor de perder la honra, que el temor de Dios. «Así, continúa la Santa, así tuvieran los hombres fortaleza para no ir contra la honra de Dios como la tienen por el natural para no perder el crédito y honra del mundo...» Apreciemos, pues, sobre todas las cosas la gracia recibida en el Bautismo; temamos á Dios como un buen hijo á su padre; y si esto no basta, temámosle como á Juez, que nos puede castigar eternamente, y hagamos servir el honor que el mundo da á la virtud y la deshonra que va unida al vicio para no apartarnos del camino de la justicia, ó para volver á la gracia, cooperando á ella desde niños, y con la separacion de los peligros y buen ejemplo y práctica de buenas obras.

MÁXIMA.—Húndase el mundo antes que ofender á Dios, porque más debo á Dios que á nadie.

FRUTO.—Huiré no sólo del pecado sino tambien de las ocasiones de pecar, porque puestos en la ocasion está en la mano el peligro.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guia, y san José mi protector.

## LECCION XII.

### DIA 12 DE ENERO.

ORACION.— ; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

La hermosura natural del cuerpo de Teresa nos enseña, que sólo es apreciable por el realce que la da la virtud.

Aunque la hermosura corporal no debe echarse menos cuando concurre la del alma, es sin duda mucho más apreciable la persona cuando se reune la virtud con la hermosura, cosa que aunque difícil no es imposible, como se verificó en santa Teresa, cuyo mérito personal lo describe así el P. Ribera, su historiador y confesor (1): «Era Teresa de muy buena estatura; en su mocedad hermosa, y áun despues de vieja parecia harto bien. El cuerpo abultado y muy blanco, el rostro redondo y lleno, blanco y encarnado, limpio y apacible; el cabello negro y crespo; frente ancha é igual y hermosa; cejas de color rubio que tiraba algo á negro; los ojos negros, redondos, vivos y graciosos, que en riéndose, se reian todos y mostraban alegría, y por otra parte parecian muy grandes cuando queria. La nariz pequeña y no muy levantada. La boca ni grande ni pequeña, el labio de arriba delgado y derecho, el de abajo grueso y un poco caido, de muy buena gracia y

(1) Vid., lib. iv, cap. 4.

color; los dientes muy menudos; la barba bien hecha; las orejas ni chicas ni grandes; la garganta ancha y no alta; las manos pequeñas y muy lindas. En la cara tenía tres lunares pequeños al lado izquierdo que la daban mucha gracia, uno más abajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca, y el tercero debajo de la boca. Toda junta parece muy bien, y de buen aire en el andar, y era tan amable y apacible que á todas las personas que la miraban comunmente agradaba mucho.» A esto debe añadirse lo que puso el P. Gracian en las notas marginales del P. Ribera: «Yo, dice, por mortificarla (siendo su Prelado) mandé que la retratara un fraile lego, que se llamaba Fr. Juan de la Miseria, que á la sazón estaba haciendo unas pinturas en el claustro de las monjas de Sevilla, y no era muy buen pintor: que de otra manera no hubiera retrato suyo, ni ella ni yo consintiéramos la retratara nadie. Tenia hermosísima condicion, y tan apreciable y agradable, que se llevaba á cuantos la trataban, aborreciendo ella las condiciones ásperas y desagradables que suelen tener algunos santos crudos, con que se hacen á sí mismos y á la misma perfeccion aborrecibles. El autor del Teresiano añade, que habiéndola mortificado el pintor muchas horas, haciéndola tomar muchas posituras; cuando acabó su obra, y vió la Santa su retrato, le dijo: «Dios se lo perdone, Fr. Juan, que despues de haberme hecho padecer lo que Dios sabe, me has retratado fea y legañosa.»

Parecerá fuera de la idea de esta obra pintar la hermosura de la Santa á quien no considere que esta gracia particular suele ser indicio de la buena complexion y finura de los órganos por donde obra el alma, y aún quizá tiene algun influjo para moderar las pasiones de la concupiscible é irascible, cuya disposicion se halla en los miembros y humores. Tambien es una gracia que debe referirse á Dios, pues la buena figura concilia el amor y el respeto. Mas la lástima es que los hombres y mujeres abusan de este beneficio del Criador. El cuerpo y semblante de los hombres presenta desde luego el carácter y el génio, las inclinaciones y aún las

pasiones dulces ó violentas; mas así como bajo un monstruoso aspecto se suele hallar un alma sublime que domina y desmiente la figura fea, así bajo de un cuerpo hermoso y agradable rostro se tropieza con un alma vil, afeminada, hipócrita y más temible que el basilisco. Esto depende de que Dios es igualmente admirable en todas sus obras, sean feas ó hermosas. Todas se dirigen por su providencia sábia. Las cosas feas, en cierto género, son para que resalte más la hermosura de las otras, como las sombras en las pinturas; mas en las criaturas racionales todo es indiferente para el bien y el mal. Es cierto que las disposiciones corporales influyen en las pasiones del alma, esto es, la buena disposicion las modera, la mala las exalta; pero Dios siempre es igualmente justo y bueno en dar las unas ó las otras. Imprime Dios la buena disposicion, para que cooperando la voluntad con la gracia, brille más la hermosura de Dios y la virtud. Si la mala disposicion del cuerpo aumenta la fuerza de las pasiones, tambien Dios aumenta su gracia, para que cooperando á ésta triunfe con más gloria; pues las pasiones en sí son buenas, y el uso y la voluntad que siempre es libre, es como la tierra que las hace fructificar el bien ó el mal, el grano provechoso ó las espinas venenosas. Por tanto, nadie puede quejarse de Dios, porque si la fealdad indica pasiones violentas, tambien pone al hombre al abrigo y en defensa de otros peligros; y si la buena disposicion y hermosura forman un ánimo apacible, y un corazon dulce y suave, hay el peligro de que esta suavidad lo haga demasiado flexible al bien y al mal, y débil en los peligros. De lo dicho se infiere, que todos necesitan la gracia de Dios, como dice san Pablo.

El dolor es que igualmente abusan el feo y el hermoso. El primero se abandona á sus pasiones furiosas de la irascible; y el segundo á la debilidad de su concupiscencia é inconstancia. Nada importa la figura. El feo, que con buena educacion y gracia de Dios obra con valor en la virtud, es apreciable de cuantos le conocen; el hermoso y engreido como Luzbel, se abate en su mismo orgullo á cosas viles, y es aborrecido y despre-

ciado. El primer juicio, que hacemos á la primera vista y que dura poco, lo formamos por el exterior; mas el segundo, que es reflexible y dura más, por las obras. Cuando vemos un grande personaje ó un duque, le damos el respeto exterior que manda la ley; pero si conocemos que es vicioso, infiel, vano, etc., aunque no le neguemos el honor externo debido á su clase, que se llama *honor de estado*, le negarémos en nuestro corazon el que se llama *honor de estimacion*, lo despreciamos en el interior como á hombre vil por sus obras, y lo pospondrémos al hombre más pobre, pero que *es honrado*. Así sucede con la hermosura y fealdad. *Sola la virtud es amable por sí misma*. No nos apoyemos, pues, en la débil caña del cuerpo hermoso, porque sólo merece el aprecio y estimacion, cuando como la hermosura de Teresa se da la mano con la virtud.

MÁXIMA.— Todo lo del mundo es vanidad y afliccion de espíritu.

FRUTO.— No haré caso de cosas que acaban.

JACULATORIA.— Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guía y san José mi protector.

---

## LECCION XIII.

DIA 13 DE ENERO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 1.*

La hermosura que resaltaba en Teresa por su genio dulce, por su agrado y pureza llena de modestia, es leccion más útil que las que enseña el mundo á los jóvenes para presentarse con orgullo y desenfado libre.

Dale á otro la mujer hermosa, decia un buen filósofo: tómate tú la santa, porque no sabes cuántos perjuicios encierra la hermosura, dirigidos á arruinar la pureza; y rara vez concuerdan entre sí estas dos perfec-

ciones, hermosura y castidad, decia Juvenal. Esto mismo es lo que en sustancia dijo el Espíritu Santo. «La mujer *buen*a, dice, no la hermosa, se dará al hombre justo por premio de sus buenas obras.» Santa Teresa es excepcion de esta regla, demasiado comun en los peligros de la hermosura. «Como nacia Teresa, dice el ilustrísimo Sr. Yepes (1), para atraer á muchos á la virtud y ser ejemplo y dechado universal, tomó Dios de atrás la corriente; y para levantar edificio tan alto, la dió un natural hábil y conveniente para esto, generoso y no soberbio, amoroso y no pegajoso, apacible, agradecido y agradable, lleno de discrecion y tan admirable, que cautivaba á todos; por manera que de niña, seglar, religiosa, reformadora y vieja, hacia con todos lo que el iman con el hierro; porque su aseo, buen parecer, discrecion en el hablar, suavidad y honestidad en el trato, la hermoseaban de manera que el profano y el santo, el discreto y el reformado, el de más y de menos edad, sin excederse ella un paso de la decencia, quedaban presos y cautivos... Yo noté en todo el tiempo que la traté, que aunque todas las virtudes resplandecian en sus obras y semblante, la castidad y pureza de su alma brillaban más particularmente en su rostro y composura, atrayendo y aficionando á esta misma pureza á cuantos hablaba y trataba: por manera que la persuasion más eficaz para la castidad era la vista de su semblante. Este dibujo de la castidad que traía estampado en su rostro, y era como un espejo de reverbero de su angélica pureza, era tan grande, que ni en la carne, ni en el espíritu, ni aún en la misma imaginacion, ni en vigiliass, ni en sueños, ni en tiempo ni ocasion alguna, jamás se oia ni veía en ella rastro de este enemigo comun y tan casero...» «Grandes maravillas son estas, decia el mismo señor Obispo despues de enterrado su cuerpo y ponderada su incorrupcion, pero muy propias segun las leyes de la divina Justicia; pues la carne que viviendo en medio de tantos peligros del mundo ha conservado su entereza y limpieza, debía conservar-

(1) Lib. 1, cap. 2.

se entera en la sepultura, mostrando que su muerte no fué para corrupcion, sino para cobrar nueva vida.»

De lo dicho en órden á la hermosura interior del alma y exterior del cuerpo de santa Teresa, debemos inferir cuanto más apreciable es la del alma, la de las buenas costumbres y modales, agrado, dulzura y bondad, que la externa de los ojos, cara y cuerpo, que se acaba con los años, y aún más con los vicios. «Si fueres viejo, decia san Agustin, no serás hermoso;» pero Teresa se exceptúa de esta regla comun por su dulce genio, bondad y pureza, como lo dice el Sr. Yepes. «Nadie se queje, dice san Juan Crisóstomo, de su hermosura personal, como causa de su perdicion, porque *sola* la voluntad viciosa es causa de sus males, pues en Sara vieja compitió la hermosura con las virtudes de los más justos.» No hay mayor enemigo ó Neron de la hermosura que la impureza, y aunque naturalmente la destruye, es tambien castigo de Dios quitar el brillo á las doncellas por el pecado ó corrupcion, segun insinúa Jeremías con sus lamentaciones, y aún más vivamente el profeta Isaiás (1).

Es cosa bien admirable lo que dijo el Sr. Yepes de santa Teresa, que todas sus virtudes brillaban en su rostro, y más particularmente la castidad, pero la experiencia acredita esta misma verdad; pues, en efecto, vemos personas muy hermosas que infunden respeto y pudor, cuando otras del mismo parecer hermoso excitan y provocan por su adorno y altivez. Puede muy bien ser lo uno y lo otro efecto natural de las facciones del rostro, pero las más veces influye más que la hermosura el carácter del alma, pues en los ojos hermosos unas veces brilla la modestia y pudor, y otras la petulancia y liviandad. De aquí se infiere el cuidado que deben tener las doncellas y los jóvenes en sus miradas, gravedad de su semblante y movimientos de sus acciones, si no quieren ser reos de los pecados ajenos é incurrir en la nota y aún en el desprecio de los prudentes y tambien de los viciosos, dando á entender lo que

(1) Jerem. II; Isai. III.

ellos son. Esta regla de buena crianza es más útil de lo que se piensa en el mundo, y nunca acabo de entender qué manía es la del siglo en las lecciones de honor que se dan á los hijos y á las doncellas, para mover el cuerpo con artificio, engreir con fiereza la cabeza y cuello, levantar los ojos con altanería, otras cosas... cuando el mismo mundo sentencia por livianas las jóvenes que usan estas lecciones, las desprecia y aún se burla de ellas. La naturaleza es la mejor maestra. El hombre fué criado recto, y así debe andar; mas como Dios no lo crió vano, soberbio ni orgulloso, tampoco debe serlo, ni menos aparentarlo. La rectitud modesta del cuerpo es el medio apreciable y justo. De este modo Teresa cautivaba á cuantos la trataban: sin bajar la cabeza ni abatir el cuerpo se presentaba recta, pero sin orgullo, y la gravedad de su rostro y modestia de sus ojos daba el mayor realce á su hermosura. Enseñen, pues, esta leccion los padres á sus hijos é hijas, y los harán más amables que con los artificios que se llaman finura del arte y se convierten en desprecio, causando enfado á cuantos juiciosos miran los gestos y ademanes, que acreditan la ligereza de cabeza, ó cuando menos, el estudio y afectacion que perdiendo mucho tiempo les enseñaron, descuidando en lo sustancial.

MÁXIMA.— La virtud siempre convida á ser amada.

FRUTO.— Ser muy modesto en todas las cosas que hiciere ó tratarse.

JACULATORIA.— Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guia y san José mi protector.

---

## LECCION XIV.

## DIA 14 DE ENERO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Las primeras inclinaciones virtuosas de la Santa se elevaron á virtudes sobrenaturales, al nivel de la educacion que la daban, bien diferente de la que el mundo da bajo el nombre de honor.

Para concluir el retrato natural de Teresa, que tan amable la hizo á todos, y enseñar al mundo cuál sea el verdadero medio de agradar á un mismo tiempo á Dios y á los hombres de juicio, examinemos sus inclinaciones y la disposicion de su alma. En Teresa todo esto es casi contrario á lo que inspira la educacion regular de los niños, y por lo mismo lo son tambien sus efectos. El mundo se desatina buscando por medios artificiosos que sus hijos sean amables, y el comun efecto es hacerlos aborrecibles: esto consiste en que no quieren seguir por maestra á la naturaleza, ni á la Religion, ni á Dios, sino al artificio y mentira, que es el carácter de este mundo, y por cuyos medios se enervan y embarazan las virtudes é inclinaciones buenas que Dios grabó en nuestras almas. Como santa Teresa tuvo padres tan cristianos y religiosos, no la educaron por los principios comunes del mundo, que son tan ruinosos, sino por los sólidos de religion que nada tienen de bajeza, pues no hay cosa más sublime y agradable que la sólida virtud cristiana. Ya vimos no era inclinada al mal ni á la deshonestidad, sino que por el contrario tenia otras inclinaciones muy buenas, como todos las tienen, si bien se repara en los niños. La primera de que ella misma hace mencion es la *caridad*. «Hacia, dice de sí (1), hacia yo limosnas como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el Rosario, de que mi madre era

(1) Vid., cap. 1, n. 2.

muy devota, y así nos hacía serlo. Gustaba yo mucho, cuando jugaba con otras niñas, hacer monasterios, como éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como otras cosas que he dicho... Esto, con el cuidado que mi madre tenía de hacernos rezar y ponernos en ser devotas de Nuestra Señora y de algunos Santos, comenzó á despertarme de edad, á mi parecer, de seis á siete años, y me ayudaba no ver en mis padres favor sino para la virtud.» Nótese aquí bien cuanto dice la Santa, que es bien admirable para que los padres aprendan á criar bien sus hijos. La *caridad* y *compasion* con los pobres y la *soledad* para rezar son las primeras virtudes de Teresa, que podemos llamar naturales; y en efecto, se ven en los más de los niños, á no ser que desde que abren los ojos vean en los padres todo lo contrario. El rezar, que á los mundanos parece inútil en los niños por incapaces, el cuidado de la madre en esto, y el ver Teresa que no hallaba favor en el padre sino para la virtud, fué el despertador del uso de la razon á los seis años, y quizá antes; pues este notar y advertir todos estos movimientos de los padres no era obra de un dia, sino de reflexiones de mucho tiempo. Por aquí se pueden desengañar los padres y persuadirse que los niños saben pensar, advertir y notar lo que ven, y mucho más los malos ejemplos, que se pegan más á la carne, como tambien las vanidades que halagan al sentido.

Tambien vemos que los padres de Teresa no limitaron su cuidado á hacerla rezar, ni á sólo darla buenos ejemplos, mostrando aprecio de la virtud. Pasaron á enseñarla el santo temor de Dios, y no se descuidaron de inspirarla y darla idea de lo que se llama *puntillo de honor*, aunque con relacion á Dios, pues ella misma nos dice el temor que tenia de perder la reputacion en el mundo, si éste llegaba á descubrir sus faltas, y el tormento que la causaba en sus vanidades sólo pensar que podian llegarse á saber. De este modo ya pudieran los padres enseñar á sus hijos, que no hay mayor fiscal contra el vicio que el mundo mismo que adoran, y que obrar *el bien* es el verdadero *honor*. Pero no vemos que

estos padres la enseñasen que el *honor* consistía en *vanidades*, sino todo lo contrario, pues Teresa temía que el mundo entendiera las suyas. Con todo, la Santa confiesa y nos dice lo poco que podía con ella este *honor* ó temor *mundano*, aunque honesto, y como al mismo tiempo iba contra la *honra* de Dios y del mundo por las pasioncillas que veremos. ¿Qué será, pues, de aquellos, que léjos de dar estas lecciones aunque imperfectas del *honor*, reciben todas las contrarias de palabra y por el ejemplo de vanidad que le dan sus padres?

«Cuando yo considero, dice la Santa (1), que aunque era malísima, traía desde niña algún cuidado de servir á Dios, y no hacía algunas cosas que veo, que como quien no hace nada se las tragan en el mundo... Cuando veo que yo no era inclinada á murmurar, ni á decir mal de nadie, ni me parece que podía querer mal á otro, ni era codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener, de manera que fuera ofensa grave de Dios, y veo adonde me tenían ya los demonios aposentada en los infiernos... descubro cuán peligrosa cosa es no quitarnos de las ocasiones...» Si así hablaba santa Teresa, ¿qué podríamos decir viendo todas estas pasiones, que la Santa no conocía, tan radicadas en padres é hijos?

En otra parte añade (2): «Después que comencé á comulgar, nunca dejé cosa por confesar aunque sólo fuera pecado venial.» Tampoco tuvo jamás intención de que nadie por ella ofendiera á Dios, y sobre su virginal pureza, dice el Ilmo. Sr. Yepes, que cuando alguna monja la comunicaba alguna tentación impura, respondía: «Hija, yo no entiendo de eso, porque me ha hecho el Señor merced que en esto jamás tuviera de qué confesarme.» Todas estas buenas disposiciones naturales de la Santa, que con la gracia de Dios, su correspondencia y cuidado de sus padres, se elevaron á virtudes sobrenaturales, nos enseñan lo mucho que puede el hombre, sin embargo de su concupiscencia, con la gracia divina que á nadie se niega, si no la inu-

(1) Vid., cap. xxxii.

(2) Vid., cap. v.

tiliza ó resiste por la voluntad la mala educacion, ó por soltar la rienda dando libertad á los principios de las pasiones que en la cuna se cortan con facilidad; mas si éstas se fomentan en su origen y dejan correr sin contenerlas con el temor de Dios, es evidente no podremos atribuir la culpa al Señor, ni á nuestra naturaleza, sino al descuido ó á la mala educacion de los padres. Si santa Teresa no fué envidiosa, ni deseaba el mal de nadie, no fué esto por tener distinta naturaleza que nosotros, sino por la diversa educacion y principios, y así vemos que cuando se descuidaba algun tanto y olvidaba el ejemplo de sus padres, ó se ponía en ocasiones tratando con los viciosos, decaía de sus principios fervorosos y de virtud. ¿Qué será, pues, de la mayor parte de los hombres que no tienen otra educacion ni reglas de sus pasiones sino las que da el mundo, la vanidad, el lujo ó la miseria, todas bien contrarias á la virtud sólida, al honor verdadero y á lo mismo que en el mundo se llama *hombria de bien*, y hace estimables y respetados á los hombres?

MÁXIMA.—Tenga presente la vida pasada para llorarla, y la tibieza presente y lo que le falta para andar de aquí al cielo para vivir con temor, que es causa de grandes bienes.

FRUTO.—Pondré los ojos siempre en mis pecados y ruin vida, para andar con humildad y temor.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guia y san José mi protector.

---

## LECCION XV.

DIA 15 DE ENERO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 1.*

La afición que tuvo santa Teresa á leer desde muy niña, y los libros que leía, nos enseña lo que deben leer los niños, y todos los cristianos.

Uno de los primeros cuidados que tuvieron sus padres fué enseñar á leer á su hija Teresa, pues la vemos ya de seis años, no sólo dar leccion y estar suelta en esto, sino aficionada á leer. No, no es, pues, perjudicial que aprendan las niñas á leer, antes es muy útil, pues los libros prestan y dan materia para instruirse y evitar la ociosidad, que es el mayor mal de todos para la sociedad y el alma. El peligro está en los malos libros que les dan, y en el poco cuidado de que no vean los muchos malos que hay dañosos é inútiles. Los libros abundan y en toda clase pueden escogerse muy buenos.

«Tenia, dice la Santa (1), un hermano casi de mi edad que se llamaba Rodrigo, que era el que yo más queria, aunque á todos tenia gran amor, y ellos á mí. Juntábanos ambos á leer vidas de Santos. Espantábanos mucho el decir en lo que leíamos, que pena y gloria era para siempre. Acaecíanos estar muchos ratos tratando de esto, y gustábanos de decir muchas veces, *para siempre, siempre, siempre.* En pronunciar esto mucho rato, era el Señor servido me quedase en esta niñez imprimido el camino de la verdad...» ¿Quién dirá aquí que este suceso no acaeció cuando Teresa y Rodrigo eran de cuarenta años? Pues no: quizá no llegaba Teresa á los seis, porque entre seis y siete años ya intentaron ir á dar la vida por Cristo, y esto fué antes. Pero sigamos:

(1) Vid., cap. 1.

Cuando la Santa se entibió algo en el servicio de Dios, dice (1): «Dióme la vida haber quedado amiga de buenos libros, leía las Epístolas de san Jerónimo, que me animaban mucho:» ya un tío suyo la había dado buenos libros para leer (2): «Como comencé á leer las Confesiones de san Agustín (continúa), y leí como oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dió á mí, según sintió mi corazón. Estuve gran rato que toda me deshacía en lágrimas... Parece-me que ganó mucho mi alma, y me dió el Señor grandes fuerzas.»

En el *Camino de perfección* (3), aconseja la Santa á sus religiosas que sean estudiosas, que si leen con humildad, no necesitan más para aprovechar mucho, como ya lo hacía la misma con su padre, dándole libros para que tuviera oración, y añade que su padre adelantó mucho en poco tiempo. «Siempre he sido yo aficionada á leer, y me han recogido más las palabras de los Evangelios que los libros muy concertados, en especial sino era el autor muy aprobado, no los había gana de leer.» En una ocasión que la quitaron muchos libros de romance, que lo sintió mucho la Santa, la dijo Cristo: No tengas pena, que yo te daré libro vivo.

Por todo esto se ve que los buenos libros hicieron santa á Teresa desde su más tierna edad. Pero ¿con qué devoción los leía? Aquel *para siempre, para siempre pena ó gloria*, ¡qué impreso se le quedaba á los seis años de edad! Ni lo extrañemos, pues vemos niños muy pequeños que aprenden canciones y tonadas, y así como estas por afición particular, ó de sus padres meditan y aprenden cosas profanas, así Teresa entendía las buenas. Grande era su afición, pues desde muy niña tenía por diversion leer, y cuando se cansaba de esto, descansaba con repetir con su hermano: *para siempre, siempre pena ó gloria*. Después dirémos el grande efecto que le causó esta lectura hasta querer ser mártir y ensayarse en la vida eremítica. Ahora sólo reflexio-

(1) Vid., c. III, n. 3.

(2) Vid., c. III, n. 2.; Vid., c. IX, n. 7.

(3) Cap. XXI.

narémos sobre los libros que la divertían. Los Evangelios como palabras de Dios eran los primeros, luego entraban los Santos Padres, Confesiones de san Agustín, Cartas de san Jerónimo, y en seguida las vidas de los mártires y solitarios, la tercera parte del Abecedario espiritual del P. Osuna, que la dió su tío, y otros, como la vida de Job en los morales de san Gregorio. Pero debemos notar, no le gustaban los de autores que no eran muy aprobados, aunque tuvieran buen lenguaje. Bien pueden aprender aquí los semisábios de nuestro siglo, de una doncella y de una niña. De aquí deben tomar la regla los padres para dar libros á sus hijos. Estos libros divinos, los Evangelios, los Proverbios de Salomon, los Sapienciales, las Epístolas de san Pablo, las vidas de los Santos, y libros de piedad para aprender á tener oracion, son los que deben poner en manos de los niños, pues la Santa confiesa, que en muchos años no se atrevia á tener oracion sin libro, y que sin él estaba como cercada de enemigos (1). Se fatigan los padres y maestros en buscar libros de gusto para los niños, y los últimos que les presentan son los santos Evangelios y los de Religion. ¡Qué error! Medítese un poco lo que aquí insinuamos, y será preciso cerrar los ojos á la luz de medio día, ó convenir en la buena eleccion que tuvo santa Teresa de Jesús en los libros que leia en una edad en que comunmente se cree, no sólo que no son capaces de hacer las reflexiones que santa Teresa y su hermano D. Rodrigo, sino que ni aún pueden leer, ni menos gustar mucho rato en cosa que á los mismos padres les parece fastidiosa. Sean aficionados como el de Teresa en leer buenos libros, y sólo con esto aficionarán á los hijos, porque éstos se aficionan á la inclinacion que ven en los padres, sea la que se fuere.

MÁXIMA.— Dióme la vida, dice santa Teresa, haber quedado amiga de leer buenos libros.

FRUTO.— Todos los dias á imitacion de la gran Teresa me

(1) Vid., cap. iv.

detendré un poco en repetir: *para siempre, siempre, siempre pena ó gloria.*

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guia y san José mi protector.

---

## LECCION XVI.

DIA 16 DE ENERO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Santa Teresa avisa desde el cielo que el primer libro y el más útil y comun que todos deben leer, es la cartilla de la doctrina y de la ley de Dios, lo cual deben bien notar los padres para dar libros á sus hijos.

Sin perder de vista la infancia de santa Teresa, podemos reunir aquí algunas cosas relativas á la utilidad de los libros propios de un cristiano y los documentos que aquí nos da nuestra Santa, que no ha olvidado su magisterio por estar ya en el cielo. Desde allí continúa en dar avisos, y aún en decir particularmente los libros que todos deben leer. Refiere una hija suya un caso singular, que aunque dirigido á las monjas, con más razon se puede extender y aplicar á los seglares.

Dice, pues, la venerable Catalina de Jesús, fundadora del convento de Veas: «Hoy dia de los Reyes, preguntando á presencia de nuestra Madre en qué libro leeríamos, tomó una cartilla de la doctrina cristiana, y dijo: «Este es el libro que deseo lean de noche y de dia «mis monjas, que es la ley de Dios.» Y comenzó á leer el artículo del Juicio con una voz que estremecía y espantaba, la cual se me quedó algunos dias en los oidos, y descubrió una máquina de doctrina utilísima, y la perfeccion á que llega un alma por este camino; y así, no puedo arrostrar á enseñar cosas altas á las almas que tengo á mi cargo, sino que ando con grande deseo de

enseñarles la cartilla ó doctrina cristiana, é imponerlas en esto.»

Este santo consejo, dice el venerable Palafox (1), que santa Teresa envió del cielo á sus hijas, de que el libro en que más las convenia leer de dia y noche, era la cartilla de la ley de Dios, no sólo es aviso de la Santa, sino que tambien lo es del santo Rey David, á quien se lo dictó el Espíritu Santo, cuando dijo: *Señor, tu ley es todo el dia mi meditacion*: por lo que se ve que la doctrina cristiana es el libro de religiosos y seglares. Es como una mujer, dice el venerable Palafox, que anda todo el dia con el espejo en la mano para mirarse si está bien prendida ó bien presa de su amor propio: así ha de ser el alma santa en lo bueno, como lo es la loca en lo vano. Ha de tomar el espejo de la ley de Dios perpétuamente en la mano, y mirarse y remirarse, examinándose con ella, y sin salir un punto de lo que ve en este libro ó espejo, y en viendo en sí cosa que no se ajuste á la ley de Dios, arrojarla y apartarla... Acaba esta relacion la venerable Madre Catalina, diciendo: «Para mí apetezco leer en la doctrina que me parece hay bien que aprender, y no sé qué tesoro hay en ella para mí.»

Convengamos, pues, en que si para las religiosas y Santas no hay libro ni tesoro más grande que la doctrina, ¿qué será para los del mundo si blasonan de cristianos? Temamos, pues, de aquellos que se desdeñan de leer este libro sagrado de la ley, que es la doctrina. Temamos más de los que dicen, que la razon por sí sola les enseña las virtudes y vicios, el bien y el mal, y que por esto no necesitan leer libros de otros. Temamos en fin de los que sólo quieren ocuparse en libros profanos. Todos estos están en grave peligro, y sus ideas sobre vicios y virtudes son muy defectuosas y conformes á la filosofía de quien los toman, aprendiendo más sus ejemplos que la doctrina de Jesucristo. Meditemos que no sólo santa Teresa antepuso la cartilla á todos los demás libros, sino que empezó á leer sobre el artículo del Juicio final, con voz que espantaba

(1) Tom. 1, cart. aviso 13.

á un alma justa. Cuando llegue este dia se leerán á cada uno sus obligaciones ; por ellas se formarán los cargos, y por los mismos se dará la sentencia. ¿Qué dirán allí los padres cuando oigan que el principio de la sabiduría es el temor de Dios, y su obligación principal instruir sus hijos en esto? Allí verán con espanto su error, en haber comenzado á fomentar y halagar las pasiones que descubre la naturaleza viciada de sus hijos en la cuna, el haber mirado como gracias aquel primer impulso de soberbia y dominio, que les inspira á los niños querer ser servidos en la hora ; aquella envidia ó deseo de venganza que descubren. ¡Qué confusión para los que ni supieron los principios sólidos de la Religión, ni los enseñaron á sus hijos y domésticos! Un sabio como san Agustín, cuando aún era maniqueo, leyendo la Vida de san Antonio y las Cartas de san Pablo se convirtió, confesando que los más rústicos cristianos sabian más que los presumidos sabios gentiles (1). San Justino mártir, gran filósofo gentil, confiesa que sólo salió de sus errores cuando, leyó la Santa Escritura, halló luces sólidas que ilustraren su corazon. El Eunuco de Etiopía, por leer el libro de la ley logró su conversion ; y san Ignacio de Loyola, aunque soldado, leyendo libros de piedad, conoció la vanidad del mundo y el valor de la virtud. En fin, santa Teresa comunicando su vida á san Pedro de Alcántara, le dice: «Siempre tengo deseo de leer y á esto he sido muy aficionada. Leo muy poco (2)... porque tengo muchas ocupaciones, y aunque buenas, no me dan el contento que me daría esto.» Sean, pues, los padres aficionados á leer, como el de Teresa, y aficionarán á sus hijos sin el vano temor de que les perjudique, ni aún á las hijas, pero no olviden que el principal libro debe ser el de la ley de Dios, no los de los filósofos vanos ó libertinos profanos y escandalosos. El temor de Dios es el principio de la verdadera sabiduría, y ésta sólo descansa en los humildes y limpios de corazon, y pequeñitos que oyen y

(1) Conf., lib. viii, cap. 12.

(2) Tom. II, cart. II, n. 7.

aprenden con docilidad las palabras de Dios, que son las únicas que pueden hacer al niño y al hombre santo, sabio y útil á la Religion y á la sociedad.

MÁXIMA.— El libro que más conviene leamos es la ley de Dios.

FRUTO.— Leeré todos los dias ó recordaré alguna de las verdades del Santo Evangelio.

JACULATORIA.— Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guía y san José mi protector.

## LECCION XVII.

### DIA 17 DE ENERO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

La utilidad de los libros de santa Teresa, llenos de sabiduría celestial y provechosa para todos, muestran que son de los más necesarios á toda clase de gentes.

Ya que hemos comenzado á tratar de la utilidad de los libros santos, no será extraño que entre los libros más útiles para todo género de personas se puedan colocar los de esta Madre y Maestra universal, pues como ella misma confiesa: « Muchas de las cosas que aquí escribo no son de mi cabeza, sino que me las decía éste mi Maestro celestial; » y en otra parte añade: « Bien creo que he de saber decir poco más de lo que he dicho de otras cosas que me han mandado escribir, porque así como los pájaros que enseñan á hablar no saben más de lo que les muestran y oyen, y esto repiten muchas veces, así soy al pié de la letra... » Y en efecto; si debemos creer al P. Ribera, su confesor, no extrañaremos lo que dice la Santa, pues asegura este historiador, que el medio por donde aprendió tanta ciencia santa Teresa, fué la oracion, donde Jesucristo la enseñaba, y se hizo

su libro vivo (1). Gravísimos teólogos de todas las Ordenes (dice de santa Teresa la sagrada Rota) admiran su sabiduría, y se espantan de la fácil declaracion de los puntos místicos, y juzgan por raro y nuevo género de sabiduría, que lo que los Padres oscuramente dijeron y esparcieron en sus libros, una vírgen lo haya reducido á método tan claro y unido, y juntamente convencidos de la experiencia de la divina luz y pios afectos que de estos libros sacan, la predicán por Maestra de espiritual doctrina dada por Dios... y bastante lo declaran los libros que nos dejó escritos y se hallan traducidos del español en todas las lenguas y en manos de todos los estados que conoce la Iglesia; cuya doctrina, como verdadera y católica é infusa por Dios, es comunemente aplaudida y alabada de todos. Quiso, dice el venerable Palafox (2), quiso Dios que viera el engaño que habita en el Septentrion, que no la pluma de Agustino y Jerónimo, no la de los Nazianzenos y Crisóstomos ú otros Doctores de la Iglesia, sino la de una doncella humilde, bastaba, como órgano del Espíritu Santo, para rendir y confutar los errores de tanta herética presuncion... Quiso Dios, dice el Padre Maestro Leon, cuando los vicios de los fieles se reúnen á los errores de los herejes é impíos para hacer burla de El, poner delante, no un hombre valiente rodeado de letras, sino una mujer pobre y sola que desafiase el error, levantase bandera contra él, é hiciera gente que le venza y huelle, y quiso sin duda en esta edad ó siglo, donde tantos millares de hombres, unos con sus errados ingenios y otros con sus perdidas costumbres, aportillan su reino, que una mujer alumbrase los entendimientos y ordenase las costumbres, para mostrarnos que jamás se envejece la gracia de Dios... En fin, la misma Santa dice que Jesucristo se ofreció serla su libro verdadero, y desde entonces tuvo poca necesidad de otros libros, pues Su Majestad le ha sido libro vivo, donde vió las verdades (3)... Por esto la Universidad de Salamanca honró

(1) Vid., lib. iv, cap. 2.

(2) Tom. i de cart., cart. 4.

(3) Vid., cap. xxvi.

á santa Teresa con el título de Doctora, como puede verse en el Año Teresiano, dia 17 de Mayo, con otras muchas cosas en crédito y gloria de su sabiduría.

El aprecio de los libros de santa Teresa, que tan acreditado está por todos los sabios, debe empeñarnos á leerlos y aprovecharnos de sus avisos y documentos. Y aunque en esta obra se da alguna idea de esta verdad, nunca será como se desea, ni se utilizará tanto como leyendo la letra original de sus obras. Bien es verdad que hay en ellas cosas demasiado sublimes para el comun de las gentes: pero aún en estas materias se hallan sentencias muy graves y proporcionadas para todos. En efecto, basta saber que la Santa escribió sus libros por mandato de sus confesores y para instruir á sus hijas: ¿por qué, pues, no serán del caso para todos los seglares? Aun el libro de su Vida sufrió doce años de exámen en la Inquisicion, y salió cuatro años despues de muerta la Santa, aprobado y con desseo del mismo Tribunal de que se publicara. ¿Cómo es, pues, que aquellos que se tienen por sabios, y lo son sólo por el orgullo, parece como que se humillan diciendo no es para ellos doctrina tan sublime como la de Teresa? Más no es esto sino un artificio, con que bajo una confesion hipócrita descubren aborrecer todo lo que es espíritu, é infunden de este modo temor para que no lean muchas personas doctrina tan celestial y provechosa. ¿Qué libro más útil para los que quieren caminar al cielo, que el que escribió bajo el título de *Camino de perfeccion*? Sus *Meditaciones* sobre el *Padre nuestro*, y las *Exclamaciones* á Jesús Sacramentado, son necesarias á cuantos como católicos quieren recibir la Eucaristía. Hasta el libro de las *Fundaciones*, que parece de poco interés para el comun de las gentes, quisiera yo que el menos afecto á la Santa hiciera la prueba de leerlo, y despues me dijera si acaso pudo resistir la uncion que contiene y el lazo que cautiva á cuantos lo han leído y confiesan que Teresa sabe reunir, en las materias que parecen más áridas y secas, lo más útil con lo más agradable, y que es una historia no menos provechosa que llena de atractivos, donde se

ve visiblemente la mano de Dios, ejemplos singulares, providencias divinas, el carácter de los mundanos, poder de la virtud, debilidad del vicio, del poder humano, consejos sublimes, fortaleza heroica, política, gracia y agrado que lleva consigo virtud sólida; virtudes todas que se manifiestan igualmente en sus Cartas, que no tienen comparacion con las de los más sabios políticos, pues excede á todos en el estilo familiar, en la variedad de asuntos, y pueden ser el modelo más completo para todo lo civil, para asuntos caseros y públicos, para negocios de entidad, para consuelo de afligidos, y en ellas se ve la política más fina unida á la verdadera caridad y sólida Religion.

MÁXIMA.—La lectura de los libros de santa Teresa excita sobremanera los corazones al amor de la virtud, porque es toda celestial y divina.

FRUTO.—Leeré todos los dias y alimentaré mi alma con el pábulo de la celestial doctrina de santa Teresa de Jesús.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guía y san José mi protector.

## APENDICE I.

Noticia de los libros de santa Teresa de Jesús, dónde se conservan, y causas que tuvo para escribirlos, á fin de que utilicen al mundo y á las costumbres.

No podemos lisonjearnos de que existen todos los libros y papeles que escribió santa Teresa, ya porque el tiempo lo consume todo, ya porque la Santa cuidaba muy poco de conservarlos; y finalmente, porque algunos á fuerza de guardarlos los sepultaron para siempre. Los más de los autores de su vida (1) convienen en que siendo niña, escribió un libro de caballería ó de novelas, á semejanza de los que leyó algun tiempo, cuya pérdida no debemos extrañar, pues ella misma lo que-

(1) N. Hist. y el S. Yepes y Gracian en las notas de Ribera, dice se lo dijo la Santa.

maria reconociendo luego que habia sido tiempo perdido y los daños que la causaron tales bagatelas. Ojalá en el día conocieran lo mismo los aficionados á tales libros, que si entonces eran perjudiciales por su objeto ahora lo son por principios de más fatales consecuencias; pues pintando héroes virtuosos sin religion, quieren persuadir que ni ésta ni el Evangelio ni la gracia son necesarias para nada, sino que es bastante la razon y las fuerzas naturales para obrar el bien eterno. Roban las luces del Evangelio, esto es, se aprovechan de las verdades que ignoraron los mayores filósofos hasta la venida de Jesucristo; ven las cosas por la luz que derramó este divino sol, y ahora, ingratos á quien los iluminó, quieren venderlas como suyas propias, dictadas por su razon, como si nada debieran á la revelacion. Dios quisiera abrir los ojos á los hombres para que conozcan este mal y veneno de las novelas del dia, que se oculta á los más de los que las leen. El hombre tiene ojos para ver, es verdad, pero si una nube los cubre, ¿acaso verá? El hombre tiene ojos para ver, pero si no hay luz, ¿verá? Pues así sucede en lo espiritual: el hombre tiene razon para conocer el mal y el bien, pero si la ofusca la pasion y concupiscencia, que es la nube; si Dios no envia la luz de su gracia, que perdió por su culpa, ¿cómo conocerá el bien y el mal perfectamente? Los ojos de la razon están enfermos por el pecado, podrá ver y conocer esta ó la otra verdad, como el que los tiene malos, ¿pero distinguirá los objetos, los verá con perfeccion? Pues esto acaeció á los filósofos gentiles: su razon enferma palpaba y conocia algunas verdades morales, pero eran pocas y á medias: por esto Ciceron y Séneca, Epitecto y otros, tienen excelentes reglas morales, pero mezcladas con errores muy groseros. Jesucristo es sólo quien dió toda la moral pura, sin error, porque era la razon divina y sin mancha. Con las luces que difundió hizo conocer lo que nadie habia conocido: ¿á quién, pues, se debe la gloria, al hombre que ve con la luz del cielo, ó al cielo que alumbraba con el sol? Conozcamos, pues, con esta luz el robo y la injusticia de los que se atribuyen el conocimiento

de todo el bien, diciendo que nada deben al Evangelio ni á su Autor, sino á su razon, y que ésta basta sin revelacion ni gracia para obrar bien. Tal es el veneno que beben sin sentir los que se encantan viendo los héroes fingidos ó no fingidos de las novelas sin religion.

Tambien escribió la Santa muchas poesías y cartas que han perecido, ó que todavía no han salido á la luz pública. Mas por los pocos versos que se conservan de la Santa, se ve su espíritu y que las musas no están reñidas con lo más sublime de la elocuencia sagrada. Así vemos los salmos y muchos otros libros santos, que son unas poesías inspiradas por Dios. Pero el hombre abusa de todo, y más de esta parte de la literatura, y de un modo muy criminal.

De las cartas no hay duda que son innumerables las que nos robó el tiempo, por los accidentes que son inseparables de este género de escritos. Por otra parte, no podemos dudar que escribió la Santa muchas á san Juan de la Cruz; mas este Padre, tan humilde y tan despegado de lo que es tierra, sin duda las quemó como otros muchos papeles suyos. Sabemos, en fin, que la Santa dió varios avisos al rey Felipe II, por escrito, que no se hallan, porque como secretos y de lo más interior del Rey, no debían publicarse aunque se hallaran. Con todo, aún quedan bastantes obras de la Santa, para colocarla entre los doctores y maestros de los fieles. Sobre lo dicho parece se han perdido las siguientes obras de la Santa. Primera: Un tratado de la melancolía, pues en el libro de sus *Fundaciones* (c. vii, n. 1) lo insinúa, y que en él se trataban otras cosas. Segunda: Del modo con que se le representó la Humanidad de Jesucristo la primera vez, pues en el capítulo xxviii de su vida, número 3, da á entender lo habia escrito por menor. Tercera: en el tomo I, carta 32, al fin, en posdata, dice que envió á pedir el libro que la tenia el señor Obispo para acabarlo ó concluirlo. Esto fué el año 1577, y no podia ser, ni la *Vida*, ni el *Camino de perfeccion*, ni las *Moradas*, ni los *Cantares*, ni las *Exclamaciones*, que ya estaban. Cuarta: La Excma. Sra. doña María de Toledo, duquesa de Alba, recibió por ma-

no del P. Fr. Antonio de Jesús un libro que lo guardaba con mucha reserva y leía en el oratorio, todo lo cual deponen la venerable Antonia del Espíritu Santo, que habia sido criada de la Duquesa, y que habiéndolo podido tomar una vez leyó muchas cosas, pero que sólo se acuerda como decia que una vez se le apareció la santísima Trinidad sobre el altar mayor en la iglesia de San Gil, y como esta especie no se halle en ninguno de los que tenemos, se ve que era distinto y no sabemos el que era. Quinta: En el fragmento xvii del tomo IV de Cartas, da entender la Santa que enviaba una obrilla al gusto del P. Gracian, pero no sabemos la que era.

La primera de sus obras es la *Vida*, que escribió por mandato de sus confesores, y particularmente del reverendo P. Fr. Pedro Ibañez, dominico, en el año 1561, y la terminó el siguiente en casa de D.<sup>a</sup> Luisa de la Cerda, aunque sin distincion de capítulos. Fundado el convento de monjas de Avila volvió á escribir segunda vez su vida por mandado de Dios, como lo dice en el prólogo y en el capítulo xxxvii, número 1, con toda claridad. Tambien se la mandó escribir el P. García de Toledo, hermano del Duque de Alba, dominico y confesor de la Santa, y otros, como se ve en el prólogo de las *Fundaciones*. El señor inquisidor Soto la aconsejó que enviara este libro al Maestro Avila para sosegarla, pues estaba con temores, y por lo mismo buscó á este señor inquisidor, que despues fué Obispo de Salamanca, como consta del tomo I, carta xix, números 9 y 10. En esta segunda vez que la escribió, lo hizo con distincion de capítulos, añadiendo la fundacion del primer convento de monjas de Avila, y lo acabó por los años de 1565 ó 66; pues al fin del capítulo xxxviii trae la muerte del P. Pedro Ibañez, que fué el de 1565, y menciona el Breve que llegó el de 1565 tambien. Su original está en el Escorial, y no pasan de catorce las enmiendas que hay de mano de la Santa y del P. Ibañez. Se delató el libro de su vida al Tribunal, estando en la fundacion de monjas de Pastrana, y por orden del Sr. Quiroga lo examinó el P. Hernando del Casti-

Ho, dominico, como consta de la deposicion de la venerable Isabel de Santo Domingo en Zaragoza, segun lo dice el P. Gracian en las notas del P. Ribera. Se delató segunda vez (ó por decir mejor, el P. Ibañez lo presentó segunda vez á la Inquisicion, porque ya tenia émulos el libro), y al mismo Ibañez le mandaron lo examinase, y dió una muy solemne aprobacion en Valladolid á 7 de Julio de 1575, como dice el autor del Teresiano en este dia, y algo insinúa la Santa en el tomo I de Cartas, á la XIX, número 18.

Al fin de su vida impresa se ven unas *adiciones* á la vida anterior, que escribió posteriormente la Santa, mandada por los confesores, á quien debia dar cuenta de su vida y de su espíritu, cuyos originales se han perdido, mas no puede dudarse los escribió la Santa, porque el P. Maestro Fr. Luis de Leon dice que llegaron á sus manos los dichos originales, en lo cual no podia equivocarse, pues conocia muy bien la letra: y también su sobrina María Bautista tuvo en su poder la relacion que trae nuestra Historia, lib. II, cap. LI. La María de San José, hermana del P. Gracian, dijo en su deposicion habia visto muchas de estas de letra y mano de la Santa, y que trasladó de ellas lo que pudo. El P. Ribera, confesor suyo, dice que vió algunos folios. Por el impreso se ve que los firmó la Santa en el año 1579.

Se sigue el *Camino de perfeccion*, que compuso la Santa á instancia del Rdo. P. Fr. Domingo Bañez, su confesor, para instruir en las virtudes á sus monjas y en la oracion, explicando el *Padre nuestro*, cuyo original está en el Escorial. Pero debe notarse que hay dos originales de letra de la Santa, y con su firma, y así se ve otro original en las Carmelitas Descalzas de Valladolid. Además hay copias del dicho *Camino de perfeccion*, que las leyó, enmendó y firmó la misma Santa; una copia hay en Alba de Tormes en setenta y nueve hojas; otra en las Descalzas Reales de Madrid, en ciento ochenta y tres hojas; otra en las Descalzas de Toledo. Estas tres copias están firmadas por la ma-

no de la Santa. El segundo original lo escribió la misma en Toledo, año 1569 y 70.

Siguen sesenta y nueve *Avisos espirituales y utilísimos* de la misma. Y aunque de estos tampoco se halla original, no puede dudarse, ya por ser propios de su espíritu, ya también porque el P. Maestro Fr. Luis de Leon los publicó en nombre de santa Teresa cinco años después de su muerte. El P. Andrade, jesuita, comentándolos, escribió dos tomos en cuarto, que son muy útiles.

*El Castillo interior ó Libro de las Moradas*, se halla original en las monjas Carmelitas Descalzas de Sevilla, muy bien guarnecido, con cubiertas de plata y de mucho precio. Comenzó la Santa este tratado el día de la santísima Trinidad del año 1577, y lo acabó el mismo la víspera de san Andrés. Esta es una de las obras más admirables y que más acreditan la verdad de que casi todo lo escribía inspirada por Dios. En efecto, la misma en muchas partes de esta obra declara como el Señor la inspiró la materia, el método de la idea, y aún el título de la obra. En el tomo II, carta XLIV, número 3, habla la Santa del libro de su vida delatado á la Inquisición, y como lo tenía y apreciaba el inquisidor general D. Gaspar de Quiroga, después Cardenal y Arzobispo de Toledo, y también del libro de las *Moradas*, todo bajo la metáfora de Platero, Joyas y Vidriero; y de este libro dice que lo escribió por mandado del Vidriero (que era Dios); y como las *Moradas* son una joya y piedra mucho más preciosa que los otros libros, es el oro, dice, de más subidos quilates. El Sr. Yepes dice que lo escribió por mandado del Dr. Velazquez, su confesor; pero yo creo que aún tuvo más parte el P. Gracian, pues lo dice él mismo en la declamación que hizo de las virtudes de la Santa (1): «Mucho se resistió Teresa por su humildad, por sus enfermedades y ocupaciones, mas al fin venció la obediencia.» Concluida la obra, la examinaron muy despacio el P. Gracian y el P. Yanguas, dominico, á presencia de la misma, y por

(1) Cap. v.

fin la aprobaron, sin quitarla nada, como se ve en el original.

El P. Maestro Fr. Luis de Leon dió á luz várias exclamaciones que la Santa hacia á Dios despues de comulgar. Y aunque no existe segun nuestra historia el original, no por esto dudará quien las lea de que son propias de santa Teresa. Se cree las escribió el año 1579 en varios dias, segun el espíritu que Dios la daba. En los manuscritos del Archivo de la Orden para prólogo á la nueva impresion, se dice se halló el original, y está parte en Granada con los Avisos y algunas poesías, y parte en Santa Ana, Madrid.

El libro de sus fundaciones existe original en el Escorial de Madrid. Comenzó á escribirlo el año 1573 en Salamanca á 25 de Agosto, por mandado del P. Ripalda, jesuita. El mismo Señor la mandó esto mismo estando en Malagon, segun dice en las adiciones de su vida, y en el prólogo se ve como Jesucristo la dijo: «Hija, la obediencia da fuerzas.» En el año 1576 el P. Gracian lo mandó continuara el libro de las fundaciones de Toledo, y lo concluyó á 14 de Noviembre del mismo año. Por esto parece que acaba el libro en el capítulo xxvi; pero despues poco antes de morir, por mandato del mismo P. Gracian, siguió las fundaciones que faltaban.

El *Modo de visitar los conventos de religiosas* era un original de veinte y cuatro hojas, que lo trabajó la Santa poco tiempo antes de morir, por órden del P. Gracian, luego que fué electo Provincial en la separacion de los Calzados y Descalzos.

*Conceptos del amor de Dios sobre los Cantares.* Este libro sobre toda ciencia lo quemó la Santa por su mano, sólo porque un confesor, quizá por probarla, le insinuó lo arrojara al fuego. Una monja por fortuna habia copiado lo que en el dia se conserva impreso. Fray Francisco de Santa María dice que la Santa no habia escrito más de lo que gozamos por copia de la Religiosa, y se funda en el modo con que se termina el capítulo séptimo y último de esta obra, por cuyas palabras se ve que la Santa lo escribió por obediencia y muy de

prieta, que su objeto no fué otro que explicar algunos versos de los Cantares, y en fin, parece que es propiamente finalizar la obra. Con todo, el P. Gracian, en el prólogo que hizo para las obras de la Santa impresas en Bruselas el año 1612, dice que la monja sólo copió el principio y no todo, que fué lo que llegó á sus manos para darlo á luz. El P. Ribera se hizo cargo de la objecion que resulta de las palabras que finalizan el capítulo séptimo, y dice: «*Sabemos de cierto* que escribió sobre los Cantares más de lo impreso. San Pablo acaba el capítulo quince de su Carta á los romanos con una terminacion completa y final; y sin embargo, sigue despues todavía el capítulo siguiente.» En fin, la autoridad de estos dos confesores de la Santa es de mucho peso, y más la del P. Gracian, que fué el más íntimo y depositario de los secretos de la Santa. Quede en duda si se quiere, mas no el asegurar que lo escribió santa Teresa despues del año 1577, pues hace mencion en este libro del de las *Moradas*.

En los manuscritos reservados en el archivo de la Orden, para cuando se haga nueva impresion de todas las obras, en lo tocante al prólogo se advierte lo siguiente. El P. Fr. Domingo Bañez aprobó un traslado, que conservan las monjas de Alba, á 10 de Junio de 1575. El que le mandó quemar este tratado fué el Padre Maestro Fr. Diego Yanguas. Sobre esto hay deposicion de dos monjas de Segovia. La una dice que el dicho Padre la aseguró que sólo la habia dicho: No sé para qué se cansa en esto, Madre; y como burlando añadió que se podia quemar, y la Santa, sin mostrar sentimiento, calló y lo quemó. La otra dice que dijo el Maestro Yanguas á santa Teresa, que no le parecia propio de una mujer escribir sobre los Cantares, y esto bastó para que lo quemara. Además de esto, una religiosa dió una copia de los *Conceptos del amor ó Cantares* á la duquesa de Alba D.<sup>a</sup> María Enriquez de Toledo y Colona, y la misma lo depone en el proceso de la canonizacion de Valladolid, año 1610, respondiendo al artículo 80, y que la tal copia tenia dos certificaciones del Padre Maestro Bañez, la una al principio y la otra al

fin del tratado con su firma, donde dice que es copia legal y conforme al original. Con esto, pues, quedan disueltas todas las dudas. Ni hay que decir: si se quemó, ¿cómo sacaron copias? Es clara la respuesta. Se quemó, mas no se dice que esto fuera al punto que lo acabó. Ni es extraño que despues de tiempo lo enseñara al Maestro Yanguas, pues sus libros no los daba á reveer á uno solo, sino á otro y otro, segun las ocasiones y confesores que tenia, y por lo mismo, segun esta deposicion, le habria leído y aprobado Bañez primero, como quien la confesó más que todos, y se sacó ésta y quizá otras copias; despues, confesándose con Yanguas en otro tiempo, le daria cuenta y sucederia lo dicho.

Canciones y poesías de santa Teresa, de las que han llegado pocas á nuestros dias, y aún de éstas no todas se hallan reunidas en sus obras; mas la Historia de la Orden trae algunas sueltas. Tambien se dice que hay otras de la Santa sobre el dardo con que la atravesó el Angel su corazon, como verémos en su lugar; y aunque Fr. Federico de San Antonio, toscano, carmelita descalzo, en la *Vida* que imprimió de la Santa, dice que se hallaban en las monjas descalzas de Sevilla por los años 1700, no se han podido hallar por más que las hice buscar este año.

Constituciones de las monjas, compuestas en Avila, examinadas por el R. P. Fr. Domingo Bañez, y aprobadas por el señor obispo D. Alvaro de Mendoza, y por Pío IV, año 1565. El R. General Juan Bautista Rossi ó Rubeo, la mandó despues las ajustara y proporciónara para todos los conventos, pues las habia formado sólo para el primero de Avila. En el Capítulo Provincial de 1581, celebrado en Alcalá, se vieron y aprobaron, estando presente san Juan de la Cruz. Despues en el de 1585 las volvió á aprobar en Madrid el Nuncio, segun dice Fr. Juan de Jesús María (1), y en la aprobacion se dice las hizo la Santa *con spiritu divino*.

*Meditaciones sobre el Padre nuestro*, distintas de las que se hallan en el *Camino de perfeccion*. De esta obra

(1) Lib. II, cap. 2.

se duda, y con fundamento, si es ó no de la Santa. Algunos creen que es suya, porque en el tomo I y carta 31 da la Santa á entender que escribió del *Padre nuestro*: «Lo que digo que está en el libro es en el del *Pater noster*, aunque no tan á la larga como en el otro.» Por estas palabras piensan algunos que escribió dos tratados del *Padre nuestro*. Uno que está en el *Camino de perfeccion*, y otro este que anda suelto, y del que tratamos. Con todo, debe notarse lo primero, que la Santa no ponía títulos á sus obras, y por esto no las cita con expresion. Lo segundo, que en este lugar citado trata de dar luz á su hermano D. Lorenzo sobre la oracion que tenia, que cuando menos era de quietud ó más alta. Es verdad que en el *Camino de perfeccion* trata del *Padre nuestro*, mas en esta petición del *Fiat voluntas tua* no habla la Santa de cosa particular de oracion, que parece debia ser la materia que ofrecia á su hermano hallaria en aquel libro; pero si miramos la explicacion de las palabras *Fiat voluntas tua*, y las meditaciones separadas de que tratamos, aún parece son menos del caso para el estado y oracion de su hermano D. Lorenzo. Esto hace sospechar que es muy débil el fundamento que resulta de lo dicho para creer que la Santa habló de estas meditaciones separadas. Aún si meditamos bien las palabras de la Santa que dicen: «Lo que digo que está en el libro es en el del *Pater noster*, aunque no tan á la larga como en el otro,» se puede entender que dice relacion al *Camino de perfeccion* y al libro de su *Vida*; pues aunque en el primero trata del *Padre nuestro*, y tambien de *Oracion*, en el *otro*, que es el de la vida, hay doctrina más necesaria para el estado de su hermano D. Lorenzo.

Otras razones más sólidas parece que hay para dudar de esta obra, ó para no adjudicarla á santa Teresa, aunque ella es muy buena. En efecto, dejando la diferencia de estilo que se nota en esta obra, relativamente á todas las que son ciertamente de la Santa, porque habria sus opiniones; es cierto á lo menos que aquí no se ven los rasgos de humildad que brillan en casi todos los períodos de las demás obras suyas. Lo segundo:

Todas sus obras se dirigen á sus hijas, mas esta, ni consta que fuera por obediencia, ni se dirige á las Monjas, sino á todos los fieles. Tercero: En todas las demás se notan digresiones muy naturales, y varias exclamaciones: aquí se echan menos estas cosas. Cuarta: La naturalidad y sencillez es el carácter de la pluma de la Santa, sin artificio ni estudio, ni menos citas; en esta se ve un estilo firme, y de un método constante y estudiado. En efecto, aunque la Santa cita en sus obras algunos textos de la Escritura, casi siempre lo hace de versos comunes del oficio, y sin interpretaciones metafóricas ni alegóricas; mas aquí, desde el prólogo se ven citas muy raras para el génio de la Santa, como es formalmente el capítulo sexto del Levítico. En la tercera petición se advierten frases demasiado metafóricas de Jerusalem fornicaria. En la cuarta se explica el *Pan* con relacion expresa á san Lucas y san Mateo. En la séptima se citan muchas oraciones de la Escritura, como la del Publicano, Ana, madre de Samuel, Judit, Manasés, Daniel y el Macabeo. En la advertencia que se halla al frente de la obra impresa, dice el Historiador general, Fr. Francisco de Santa María, no la admite como parto de la pluma de santa Teresa. Y el Rdo. P. Fr. José de Santa Teresa (1) añade: «Quizá este tratado fué compuesto por Fr. Juan de San Basilio, que murió en Corella, año 1617, y se sabe que escribió una exposicion del *Padre nuestro*.» Juzgue ahora el lector lo que quiera.

Las Cartas de santa Teresa componen cuatro tomos con las notas trabajadas, ya por el venerable é ilustrísimo Sr. D. Juan de Palafox, ya tambien por la Religion. Cada día van pareciendo algunas cartas más, y se guardan ya algunas para quando se haga nueva impresion.

Al fin del tomo I de Cartas se hallan algunos Avisos de la Santa que dió en vida, y despues de su muerte. El método que se ha tenido en la impresion de estas Cartas y Avisos, habrá parecido el mejor, y quizá lo será; mas á mí me parece que si se imprimieran por el

(1) Cart., tom. iv, lib. 15, cap. iii, n. 8.

orden cronológico de años en que se escribieron, podrían formar una más bella historia, y daría mucha luz á todo lo perteneciente á su vida. Bien veo que faltan las fechas de los años en muchísimas, y que sólo por conjeturas se puede sacar el tiempo en que se escribieron, y esto aún no de todas; pero con todo, son ya muchas las que tienen datos fijos, y las demás podían ir reunidas, notando ser conjetural sólo la fecha (1).

Además de todo lo dicho, parece muy cierto que la Santa escribió las Constituciones de una Cofradía de mujeres en obsequio de la Virgen, para el pequeño pueblo de Calvarrasa de arriba, entre Alba de Tormes y Salamanca, camino que trilló mucho en los años 1570 y 71. Su epígrafe es el siguiente: «Jesús: Las Ordenanzas que se han de guardar en la Cofradía de Nuestra Señora, hechas y ordenadas por Teresa de Jesús en el año de 1571 años...» Aquí siguen las Constituciones, y su terminacion es: «La cual dicha Cofradía es para honra y gloria de nuestra Señora, y para que con mayor devocion sus siervas y cofrades la sirvan, y tengan cuidado en guardarlas, só las dichas penas. Y asi lo ordenó, etc.» La pieza original reducida á muy pocas hojas, á cuyo pié estaba el auto de aprobacion dado por el Provisor á 18 de Marzo de 1599, la codició algun devoto, pero con la precaucion de dejar una copia auténtica por cabeza del libro antiguo de Hermandad en el Archivo de la Parroquia. Y es cosa notable que dicho pueblo ha decretado la fiesta de santa Teresa como las de la Virgen.

Muerta la Santa, año 1586, se dió un papel contra los libros de la Santa Madre á Felipe II, y Su Majestad, por medio del Ilmo. Sr. Yepes, los pasó á D. Pedro Martinez de Muro, catedrático del Escorial, quien los aprobó; y en el mismo, poco antes ó despues, salió el libro de su vida aprobado de la Inquisicion. El año 1590 volvieron á delatar al Tribunal estos libros, y el Padre

(1) Está cumplido este deseo merced á la laboriosidad del ilustre D. Vicente de la Fuente, que en dos tomos en cuarto ha publicado con notas y juicio crítico todo lo que hasta hoy se ha podido hallar escrito por la Santa. Véase la edicion de Rivadeneyra, Madrid, 1877.

Fr. Luis de Leon hizo su apología y defensa. El año 1594 se volvieron á delatar en Roma, confesando en su misma delacion (que existe) haberlas delatado el mismo en España, que no era él el primero que conoció á la Santa en Valladolid, y la ayudó en su fundacion, y trató con ella de su oracion, y de esta dice cosas indignas de su doctrina celestial. Nuestro Fr. Jerónimo de San José afirma no se hizo aprecio en Roma de su delacion. Pero instado de nuevo en tiempo de Paulo V, logró nuevo exámen; y Alvarez y Roda dieron la censura que trae la Biblioteca Carmelitana, pág. 387, y Clemente VIII aprobó los libros; y despues dijo Urbano VIII: *Cœlestis ejus doctrine pábulo, etc.*, y así cesó la persecucion con gloria de Santa Teresa.

## LECCION XVIII.

### DIA 18 DE ENERO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... como en la página 1.

Las conversiones y efectos maravillosos que han obrado los escritos de santa Teresa, deben inclinarnos á leer sus obras, y aprender de ella, como de maestra y madre singular y amorosa.

Para que no se extrañen las conversiones acaecidas por los escritos de la Santa, y los bienes que han resultado de su lectura, conviene referir la vision que tuvo la venerable Mariana de San Simon, hija de la Santa, segun la cuenta ella misma, y la trae nuestra Historia (1). Despues de referir como vió la venerable Mariana los Doctores de la Iglesia en el cielo, dice: «Vé entre éstos á nuestra Madre santa Teresa, que lucia con hermosura singular; pregunté á cada uno cómo habia merecido aquella honra, y cada cual me respondía y señalaba la virtud que en esta vida más habia ejercitado, y nuestra santa Madre me dijo que por la oracion habia

(1) Tom. III, lib. 43, cap. IX, n. 6.

llegado ella á lo que los demás Doctores por sus letras y sabiduría.»

Siendo llamado á deponer en la causa de su canonización por el Obispo de Salamanca un venerable anciano sacerdote, nombrado Alonso de Contreras y Rivadeneyra, dijo: «Que hallándose con muy mala vida y muchas ofensas de Dios, leyendo los libros de la santa Madre, se compungió, y si no fuera viejo se hubiera entrado religioso; pero que se ordenó de sacerdote y enmendó su mala vida, y aunque indigno decia Misa todos los dias, para lo que tomó Dios por medio la doctrina y los libros de la santa Madre.»

En la ciudad de Nápoles vivia un caballero devoto de santa Teresa, pero vicioso como jóven. Hallándose un dia en peligro de muerte, pues le esperaban para matarlo, se halló arrebatado sin saber cómo, y en la capilla de la Santa. Absorto con el prodigio, y á vista de quien le libró, hubiera entrado religioso, si no le detuviera la pérdida de su familia; pero se aficionó tanto á los escritos de la Santa, que no pasaba dia sin leer un capítulo, y más particularmente en el libro de las *Fundaciones*. Así siguió hasta que por una enfermedad perdió la vista. Acudiendo á la Santa en su mayor aflicción abrió los ojos de repente, y estuvo leyendo dos horas en sus libros, y luego volvió á quedar ciego. Mas continuó este milagro, logrando cada dia dos horas de vista para leer en santa Teresa, sin poderse distraer á otra cosa, y el dicho libro en que leia, con la firma del caballero, se guarda en el convento de Nápoles.

Dorotea Isabel, hija de Cristierno, rey IV de Dinamarca, con los libros de santa Teresa se convirtió, detestó el luteranismo, y se hizo carmelita descalza (1). Estéban de Sabergue, pariente de Calvino, leyendo los libros de la Santa, que le dió el venerable P. Fr. Pedro de la Madre de Dios, aragonés, se convirtió en Roma año 1600, entró religioso, y se llamó Clemente de Santa María, y ayudó mucho á introducir la Reforma de santa Teresa en Francia.

(1) Federico de S. Ant. Vid., lib. iv, c. 13.

Rodrigo Calderon, marqués de las Siete Iglesias, condenado á muerte por el rey Felipe III, se convirtió en la cárcel, leyendo en la Santa muchas cosas contra la vanidad de las cosas humanas, y se conformó tanto, y de tal modo se animó para sufrir la muerte, que pidió carmelita descalzo que lo asistiera, y murió con gran valor y asistido de la misma Santa.

En Salamanca se hallaba el doctor Malo, que aspiraba mucho á ser Obispo (1); tomó como por casualidad las obras de la Santa, y su lectura le mudó de tal modo las ideas, que no sólo desistió de sus pretensiones, sino que tomó el hábito de carmelita descalzo, con el nombre de fray Tomás de San Vicente, y murió en Alcalá, año 1633.

Díaz Sanchez de Avila (2), doctor de Salamanca, que buscaba los libros de mejor lenguaje, instruido por el doctor Céspedes, de que nadie igualaba al de Teresa, leyó algunas obras suyas manuscritas, y con esto dejó el mundo, y tomó el hábito con el nombre de Fr. Tomás de Jesús. Fué muy docto y santo, é ilustró la Reforma y las letras.

Bamberini, canónigo de Roma, buscando en su librería un libro de diversion porque estaba melancólico, por tres veces tropezó sin pensar con las obras de la Santa, y aunque las dejaba ó arrojaba luego que las veía porque no buscaba libros espirituales, como siempre hallaba este libro, lo tomó por fin, y comenzó á leer por curiosidad: mas el efecto fué hacerlo muy espiritual y santo, y quitarle la melancolía.

Un noble tolosano, leyendo la vida de la Santa, y lo mucho que alaba el estado religioso, y las gracias que deben dar á Dios las Monjas por este favor, se sintió tan movido, que no habiendo Descalzos en Tolosa, se entró Cartujo, y tomó el hábito el mismo dia de la Santa.

Juana de la Cruz, mujer del duque Montalto, leyendo las obras de la Santa, concibió deseos de ser monja: persuadió á su marido que entrara en religion, y efec-

(1) Cron. LXXIV, lib. 45, cap. xxiii, n. 10.

(2) Cron., tom. v, lib. 19, cap. xxiv, n. 4.

tivamente entró Jesuita, y ella carmelita descalza, en cuya religion murió, año 1653 (1).

La utilidad, pues, de los libros de santa Teresa, dice el venerable Palafox, no basta á ponderarla la pluma. Díganlo las almas á quien sacaron de los lazos de la vanidad del mundo... Díganlo tanto número de hijos é hijas y siervos de Dios que á ellos deben primeramente su conversion, y despues su vocacion. El año 1636, uno de los más doctos herejes de Alemania, á quien no pudieron rendir las plumas católicas mas sábias, se convirtió con sólo leer las obras de esta divina Maestra, que tomó en sus manos con ánimo de impugnarlas, abjuró sus errores y se hizo católico (2).

En la ciudad de Breme, en Alemania, sucedió lo dicho, y la relacion de Duarte de Braganza añade que dicho hereje escribió contra san Pablo, y en tres años no pudo escribir cosa que le gustara contra santa Teresa, por lo que se confesó vencido, y se convirtió el dia de la Purificacion; y el deponente le vió comulgar con muchas lágrimas, y que vivia como quien quería recobrar el tiempo perdido (3).

Fray José de los Angeles refiere otro caso sucedido en Cádiz con un escocés hereje, que no habiendo hallado quien le convirtiera en España, ó sacara de sus errores, siendo así que buscaba la verdad, halló por casualidad un libro de la vida de la Santa, escrita por ella misma, y leyendo el capítulo primero, donde refiere que pasaba muchos ratos con su hermano diciendo: *para siempre, siempre pena ó gloria*, se convirtió, y que esto lo oyó á D. Manuel Pellicer, que lo trató, y que estaba pronto á jurar su verdad.

A este tenor se podian referir innumerables prodigios, por los que la Santa Iglesia no ha dudado de darla en la oracion de su rezo el título de *celestial pábulo de doctrina*; pero basta que terminemos esta leccion con lo que dice el venerable é ilustrísimo Sr. D. Juan de Palafox. «Lo que yo admiro, dice, en ella, esto es,

(1) Cron., tom. III, lib. 26, cap. XIII.

(2) Teresiano, dia 15 de Marzo.

(3) Teresiano, dia 2 de Febrero.

en santa Teresa, es la gracia, dulzura y consuelo con que nos lleva á lo mejor en sus escritos, y es tal que primero nos hallamos cautivos que vencidos, antes aprisionados que presos... Ninguno lee los escritos de la Santa que no busque luego á Dios, y ninguno busca por sus escritos á Dios, que no quedé devoto y enamorado de la Santa. No he visto hombre espiritual que si lee sus libros no sea devotísimo de santa Teresa. Mas sus escritos no comunican sólo un amor racional, interior y superior, sino tambien práctico, natural y sensitivo, y tal, que me hace persuadir y juzgarlo por mí mismo que no habrá alguno que la ame, que no anduviera muy dilatadas provincias, si estuviera en el mundo la Santa, por verla, hablarla y comunicarla (1).»

Tomemos, pues, los libros y doctrina de santa Teresa, si queremos aprender la verdadera sabiduría, pues no sólo será nuestra Maestra celestial que nos saque de los errores, sino tambien una dulce madre, que criándonos á sus pechos, nos sufrirá como hijos débiles y flacos, se compadecerá de nuestras miserias, nos dirigirá con sus consejos, nos oirá en las aflicciones, nos dará su mano para no caer, y por fin nos alimentará con el *pábulo y leche de su celestial doctrina*, y con los piadosos afectos de su corazón, como lo pide la Iglesia á Dios en nuestro nombre.

MÁXIMA.— Ninguno lee los escritos de santa Teresa de Jesús que no busque luego á Dios.

FRUTO.— Persuadiré á cuantos pueda con mis palabras y ejemplos á leer los escritos inspirados de santa Teresa de Jesús.

JACULATORIA.— Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guía y san José mi protector.

(1) Principio de las Cartas.

## LECCION XIX.

DIA 19 DE ENERO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... como en la página 1.

En santa Teresa compite su sabiduría con su humildad, para que aprendamos que no hay sabiduría sin esta virtud y sin verdadera fe, pues todo lo demás es orgullo é ignorancia.

Para dar más realce á la sabiduría de Teresa, y con más instruccion nuestra, veamos cuán diferente es la sabiduría de Dios ó de nuestra Santa, de aquella que es sólo ciencia humana y de orgullo. La primera, dice san Pablo, toda es caridad que edifica y aún humilla; la segunda hincha y llena de orgullo. Esto es lo que vemos por lo común en el mundo; pero en Teresa, toda su ciencia es caridad y humildad, porque podemos dudar si en sus escritos brilla más lo humilde que lo sabio. Asombra, dice san Francisco de Sales hablando de nuestra Santa, asombra ver una tan grande elocuencia con otra tan grande humildad, cuya doctísima ignorancia hace aparecer ignorantísima la ciencia de muchos hombres de letras. Así es, y es tanto mayor el asombro de sabiduría tan humilde en Teresa, cuanto más se quiere elevar sobre el trono de Dios la bachillería y locuacidad ignorante de los que se llaman sabios. Estos se elogian á sí mismos con desvergonzada altanería; Teresa se humilla hasta el exceso, nombrándose á sí misma *ciega, tonta, desatinada, de poco talento, necia, loca de espíritu, inhábil y embobada.*

Aquí se verifica lo que dijo Jesucristo, que su Eterno Padre ocultó sus misterios á los que se llaman prudentes y sabios en el mundo, y los manifestó á los humildes como Teresa, que confesando lo debía todo á Dios, y que ella no era más que los pájaros que se enseñan á hablar y no saben más; por esto le dió el Señor la verdadera ciencia, que es la de los Santos. «¡Qué

miserable es, dice la Santa (1), la sabiduría de los mortales é incierta su providencia!...» El mucho querer saber, dice Jeremías, convirtió en locura la sabiduría de los hombres; y en efecto, si miramos sin entusiasmo los delirios en que cayeron los más presumidos, halláremos evidenciadas estas pruebas de la Santa. Hay ingenios, dice, tan ingeniosos, que nada les contenta... De aquí nace el idolatrar en su razon, y despreciar á los demás. Justo castigo de Dios, porque no contentándose con la sobriedad que pide san Pablo en saber, se desvanecen en sus pensamientos hasta el extremo de la locura, por no agradarles otra cosa que sus caprichos, y tanto más cuanto más originales y disparatados.

Este defecto, que llega al mayor fanatismo en los filósofos, y en los que por razon quieren saberlo todo, es más peligroso en las mujeres, sin una humildad como la de Teresa. Se cuenta de una señora, ó por mejor decir, lo cuenta ella misma, este suceso, que habia sido muy aficionada á los libros, y habia leído muchos, profanos y espirituales, sin haber tenido ni áun noticia de los de santa Teresa, ni visto ni hablado religioso ó religiosa de la Orden; «pero el año de 1707, dice ella misma, engolfada en mis libros, y deseosa de aprender latin para leer á san Agustín y san Jerónimo, dispuso mi padre que me dieran arte y maestro. El primer dia que estudié lección levanté los ojos y los fijé en un cuadro de santa Teresa. No sé decir lo qué pasó en mi alma en un instante, pero tiré el libro diciendo: *No es de mujeres querer enseñar.*» Esta señora, por fin, tomó el hábito de Carmelita Descalza, y era priora cuando escribió este suceso. Viendo en una ocasion nuestra Santa un latin en una carta de una hija suya: *Dios libre, dijo, á todas mis hijas de presumir latines, nunca más las acaezca. Harto más quiero que presuman de simples, que es de muy santas, que de retóricas* (2). En Toledo reprobó á una pretendiente porque dió señas de presuncion, diciendo llevaria una Biblia al convento cuando entrara monja. «*Biblia, ¡hija mia!* dijo la Santa. No vengas

(1) Excl. xvii.

(2) Tom. 1, cart. 55.

más acá, que no tenemos necesidad de vos ni de vuestra Biblia, que somos mujeres ignorantes y no sabemos más que *hilar* y hacer lo que nos *mandan* (1).»

Esta discreta sabiduría es del cielo y divina, pues dice tantas verdades en tan pocas palabras y conoce á la primera el carácter de la mujer presumida de sábia. No aborrecía la Santa las letras, sino la vanidad. No despreciaba la Biblia, sino el que se hiciese materia de vanidad cosa tan santa, y por esto en dos palabras dice todas las obligaciones de la mujer: *Hilar y obedecer: trabajar* en casa, como la mujer sábia y fuerte de los Proverbios, y *obedecer* sin presuncion. La Santa escribió sobre los Cantares; mas fué por obediencia y otras causas que constan del prólogo del P. Gracian: con todo, sólo porque á un confesor no le pareció bien que una mujer escribiera sobre esto, en tiempo que Lutero abría la Escritura á idiotas, al punto lo quemó todo, dando prueba igual de su humildad y de su sabiduría. Esta, pues, para que merezca el nombre de tal, debe caminar de acuerdo con la humildad y con la fe, pues todo lo demás sólo es ignorancia delante de Dios, y hace delirar á los hombres, porque los hincha. Tengamos, pues, presentes estas palabras de santa Teresa: «¡Oh secretos divinos (2)! Aquí no hay más que rendir nuestro entendimiento, y pensar que para entender las grandezas de Dios no vale nada. Aquí viene bien el acordarnos, como lo hizo la Virgen con toda su sabiduría. Preguntó al Angel: ¿cómo será esto? y en respondiéndola, ya no procuró de disputar más; y como quien tenía gran fe y sabiduría, entendió luego que interviniendo estas dos cosas, no había más que saber ni dudar. No como algunos letrados, que quieren llevar las cosas por tanta razon, y tan metidas por sus entendimientos, que no parece sino que con las letras han de comprender todas las grandezas de Dios. ¡Oh si deprendiésemos algo de la humildad de la Virgen!...» Los más defectuosos en este orgullo son los medio letrados, de

(1) N. Hist., tom. 1, cap. xxv, n. 6.

(2) Conceptos del amor de Dios, c. vi, n. 41.

quienes dice la Santa (1): «Tengo experiencia de unos medio letrados espantadizos, porque me cuestan muy caro... Grandes letrados, si son siervos de Dios, tienen bien entendido lo que Dios puede.» «Siempre fui amiga de letras, dice en el capítulo quinto de su Vida, aunque gran daño me hicieron los medio letrados. He visto es mejor, siendo virtuosos los confesores, no tener ningunas letras que tener pocas, porque no se fian de sí los virtuosos.» Baste esto, que todo es de la Santa, para meditarlo.

MÁXIMA.—Harto más quiero que presuman de simples ó sencillas mis hijas, que es de muy santas, que de retóricas. Poca filosofía aparta de la religion; mucha filosofía conduce á ella.

FRUTO.—Evitar la falsa ciencia y el ser medio letrados, porque es ocasion de orgullo y de perder la fe.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guia y san José mi protector.

## LECCION XX.

### DIA 20 DE ENERO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... como en la página 1.

Santa Teresa concibe deseo de ser mártir á los seis años. Sale con su hermano de casa de sus padres para ir á tierra de moros, y los vuelve un tio suyo. Esta es una de las acciones más heróicas, que confunde nuestra frialdad.

Aunque ya insinuamos el buen efecto que causaban los libros en el corazon de Teresa á los seis años, debemos particularizar algo más la accion tan heróica, que en tan tierna edad intentó con su hermano D. Rodrigo, de ir á ser mártires los dos á tierra de moros.

(1) Mor. v, c. 1, n. 7

«Nos juntábamos entrambos, dice (1), á leer Vidas de Santos. Como veía los martirios que por Dios los Santos pasaban, parecíame á mí compraban muy barato el ir á gozar de Dios, y deseaba yo mucho morir así, no por amor que yo entendiéra tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leí haber en el cielo. Juntábame con este mi hermano á tratar qué medio habria para esto. Concertábamos irnos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios limosna, para que allí nos descabezaran, y pareceme nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algun medio, sino que el tener padres nos parecia el mayor embarazo. Nos espantaba mucho el decir en lo que leíamos, que la pena y gloria era para siempre.»

Aunque la Santa no refiere su salida de casa de sus padres, sí sólo que no pudieron efectuar el morir á manos de los moros, es constante que dispuesto el viaje, salió efectivamente con su hermano, y que al pasar el puente los halló un tío suyo, llamado Francisco Cepeda, y los volvió á su casa. Como su hermano tenia tres ó cuatro años más que Teresa, creyeron todos que habia sido travesura suya, y como lo reprendieran, descubrió el intento de irse á ser mártires, y que su hermana Teresa lo habia intentado y procurado. Muchos conceptos sublimes han formado los predicadores sobre este suceso admirable, mas no siendo del caso para esta obra, sólo reflexionaremos que no se halla otro caso igual en las historias. Es verdad que se ven ó han visto niños y niñas mártires, y que algunos se presentaron por sí á los tiranos; mas no se ve uno que en tan tierna edad y á *sangre fría* dejara la casa de sus padres. A vista de los tiranos y mártires hubo quien corrió al martirio, y los santos Justos y Pastor, santa Eulalia, santa Inés y otras sufrieron los tormentos en muy tierna edad, y todo esto se mira como milagro del poder de la gracia y del ejemplo de los Mártires que encendia sus corazones; pero aquí brilla más el fuego del Espíritu Santo. Teresa se hallaba en Avila, donde

(1) Vid., cap. 1.

no había tiranos ni persecucion alguna. Nadie exhortaba al martirio, ni había cosa alguna que indujera á un acto tan sublime. La sola meditacion de lo que leia Teresa en las Vidas de los Mártires; la sola reflexion, que pesaba las penas temporales con la gloria eterna, esto es lo que hizo caer la balanza del juicio en esta niña, para arrojarse á una accion tan nueva y sin ejemplo. Ni hay que decir fué un primer movimiento sin detencion, como suele suceder en otros niños. Vemos, y lo dice la Santa, que se juntaban á leer despacio las Vidas de los Mártires; vemos que calculaban entre los martirios el premio, y les parecia lo compraban muy barato, y que de aquí les nacia el deseo de ser mártires. Para prueba de que no venia esta luz del ángel de tinieblas, que suele engañar al principio con indiscretos fervores de presuncion, conocia bien la niña que esto aún no era un puro amor de Dios, sino mezclado con el amor de esperanza interesada *de ganar los grandes bienes*. Así vemos que no resuelve con precipitacion, sino que aguarda, espera y se junta con su hermano D. Rodrigo á *tratar despacio* los medios que podrian hallar, pues el tener padres y su amor le detenian. Fué, pues, esta resolucion de Teresa heroica en verdad, por bien meditada, por nacer de buen principio y ser efecto de caridad. De esta edad se fué el Bautista al desierto, y Teresa queria ir al martirio, como san Alberto á la religion del Cármen siendo niño.

Avergoncémonos á vista de este primer paso de Teresa, pues hallándonos al fin de la vida, estamos muy distantes de pensar como ella á los seis años. ¿Cómo es que ni leemos, ni aún leyendo los martirios, nos movemos á descarnos? ¿Cómo es que no reparamos en el *para siempre pena ó gloria* que tanto espantaba á Teresa siendo niña? Bien se ve que no la movió ni el juicio humano, ni la discrecion, que se llama prudencia, á tal accion, sino la divina gracia, que así como á santa Catalina de Sena la llevó de niña á una cueva, así á Teresa la comienza á conducir al martirio; pero no estando en disposicion para la lucha, ni teniendo miembros bastantes para los golpes, como santa Inés, la pre-

senta al mundo para su confusion, sazónada para la victoria, mas la reserva para completar el triunfo á manos de un Serafín, que la traspasa el corazón; porque vencidos los tiranos infernales, ni la muerte, ni las penas, ni criatura alguna la puede separar de la caridad con que vive en Jesucristo, como espíritu de su vida. Los niños y niñas temen y huyen la oscuridad; mas Teresa niña busca la fiereza de los tiranos, y conquista á su hermano D. Rodrigo para Dios, quien le imprime un amor tan grande al Señor y á su hermana, que cuando de soldado se iba á la guerra, nombra á Teresa por heredera de la legítima que le tocaba caso de morir; y él muere con tal valor, despues de algunos años y en defensa de las armas católicas, que su hermana, ya religiosa, decia lo tenia por Mártir, y que de algun modo le habia el Señor concedido su primer deseo. «Paréceme, dice, que el Señor nos daba ánimo, aunque en tan tierna edad.» El fuego del Espíritu Santo le electrizó desde niña, dice la Iglesia en su Oficio: y aún añade que, como embajadora del Rey eterno, dejaba la casa de sus padres y corria á dar la sangre por su Esposo.

MÁXIMA.—Los Mártires, aún con sus grandes tormentos, compraban muy barato el ir á gozar de Dios.

FRUTO.—Confusion y vergüenza por nuestra cobardía y falta de fe viva, animándonos desde hoy á vivir vida de fe y estar dispuestos al martirio por defenderla.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guia y san José mi protector.

## LECCION XXI.

DIA 21 DE ENERO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Viendo Teresa que no puede lograr el martirio, se dedica al retiro y ensayo de la vida solitaria: devociones, virtudes y limosnas con que nos enseña que el mal sale de nosotros y no de Dios, ni de la naturaleza.

«De que ví, continúa la Santa (1), era imposible el ir á donde nos matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que habia en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas piedrecitas que luego se nos caian, y ansí no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo; que ahora me pone devocion, como me daba tan presto Dios lo que yo perdí por mi culpa. Hacia limosna como podia, y podia poco; procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el Rosario... y cuando jugaba con otras niñas gustaba hacer monasterios, como que éramos monjas, y deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho...» Se quejan los hombres de la corrupcion con que nacemos, y la inclinacion al mal; mas si volvemos á leer las pocas líneas de santa Teresa, no hallo que podamos responder. Confundimos lo que es inclinacion natural con lo que es vicio de la educacion. Nacemos con pasiones, esto es verdad; mas tambien lo es que sólo son malas por el abuso comun y descuido en dirigirlas bien al principio. «Fatígame, dice, ver ahora en qué estuvo no haber estado yo entera en estos buenos principios... Mía fué toda la culpa, porque nada os quedó, Señor, que hacer, para que desde esta edad fuera toda vuestra. Tampoco puedo quejarme de mis padres, porque sólo veia en ellos *todo bien y mucho cuidado.*» No hay filó-

(1) Vid., cap. 1.

sofo que discurra tan bien como santa Teresa. La inclinacion á comer y beber, á la generacion misma, á la ira y á las cosas grandes, son buenas si se ordenan á conservar la vida, propagar la especie con orden, á resistir el mal y á cosas sublimes, como vemos en esta niña. Sólo se hacen viciosas estas cosas cuando se quita el freno y la moderacion, ó se emplean en la gula, embriaguez, lujuria, venganza y vanidad. Sobre la gracia del Bautismo son innumerables las que Dios nos ofrece para el bien, como á Teresa: buenos padres, ejemplares y cuidadosos, y buenos libros; mas debemos cooperar como Teresa, juntándonos como ella con los buenos, y aplicándonos á leer, meditar, hacer limosnas, rezar el Rosario, tener algunas devociones, y que hasta las diversiones sean honestas é inocentes. Tal era la vida de Teresa á los siete años y á los ocho. ¿Y cuál era y aún es la nuestra? La conducta toda opuesta en la educacion y en las ocupaciones de los niños y niñas en esta edad, es lo que produce todo lo contrario de lo que vemos en santa Teresa, y así con mucha más razon que ella podemos y debemos decir: *Toda la culpa es mia*, porque Dios no puede hacer más para que no se tuerzan nuestras buenas inclinaciones, y abusemos de ellas en el principio, mas tampoco parece que los hombres pueden hacer menos para el bien, ni más para viciar en los niños sus pasiones con la mala crianza que ordinariamente se les da.

Santa Teresa será, pues, el fiscal contra nuestras quejas. Era de carne como nosotros, y con las mismas pasiones; mas en la edad de seis á siete años la vemos que lee, medita y concibe ideas sublimes de martirio, y cuando esto no consigue, en la soledad, retiro y oracion forma resoluciones santas, pasando de lo temporal á lo eterno. ¿En qué consiste, pues, que no sucede lo mismo con los niños y niñas de nuestro siglo? En que Teresa se cria de otro modo: gusta del retiro, y nuestras niñas del bullicio. Teresa lee vidas de Santos; las niñas del dia ni saben leer, ni entienden sino en vanidades, ó sólo leen libros perjudiciales á las buenas costumbres. Teresa reza el Rosario y tiene varias devocio-

nes: en las niñas con la leche comienzan sus aficiones sensuales. Teresa hace limosnas; las niñas todo lo gastan en adornos y dijes. Teresa se divierte en hacer monasterios y creerse monja; los juegos de las niñas son hacer castillos de viento y adiestrarse á ser señoras; en fin, Teresa tiene padres que la inclinan á la piedad y virtud con palabras y ejemplos, y hoy día los padres son los que más pierden á sus hijos é hijas. En Teresa vemos lo que pueden y conocen los niños y niñas, y hasta dónde llegan cooperando con la gracia. No sólo medita el *para siempre pena ó gloria*, sino que conoce el precio del martirio, la utilidad del retiro, de la limosna, de las devociones, y como el mejor lógico saca las consecuencias justas, y se ejercita en las virtudes, en la vida religiosa, y aún en la mayor edad *la causa devoción* esta diversion pueril de su infancia. Los niños y niñas del día son tan hábiles para lo malo, como Teresa lo fué para lo bueno. Desengañémonos, pues, que todo el mal está en nosotros mismos: no en la naturaleza, ni en Dios, ni en las pasiones, sino en el descuido, en la ociosidad, en el fomento que se da al mal desde los principios, en los malos ejemplos, en los peligros y falta de precaucion para evitar los vicios. El arbolito torcido en su nacimiento fácilmente se dobla hácia donde quiere el jardinero; mas si se deja torcido algunos años, ya es imposible doblarlo; y así es palabra de eterna verdad que el hombre, aún cuando viejo, no saldrá del camino bueno ó malo que llevó en su juventud. Temblemos, *puesto que de aquí depende la gloria ó infierno para siempre*.

MÁXIMA.—Mia fué toda la culpa, Señor, sino perseveraré en la virtud, porque nada os quedó, Señor, que hacer, porque desde esta primera edad fuese toda vuestra.

FRUTO.—Examinar nuestra vida, y el principio de nuestra perdicion para volvernos al Señor arrepentidos.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guía y san José mi protector.

## LECCION XXII.

DIA 22 DE ENERO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

La devoción que de niña tuvo santa Teresa á la Virgen, á quien acudió en la muerte de su madre, nos enseña cuán útiles son estas devociones, y otras verdades que reprueban el uso comun del dia.

Otros efectos de la buena educacion y ejercicios virtuosos vemos en Teresa, los cuales expresa así (1): «Acuérdome que cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años ó poco menos. Como yo comencé á entender lo que habia perdido, afligida fuíme á una imágen de Nuestra Señora, y supliquéla fuese mi madre con muchas lágrimas. Paréceme que aunque se hizo con simpleza, me ha valido; porque conocidamente he hallado á esta Virgen Soberana en cuanto me he encomendado á ella, y en fin me ha tornado á sí. Fátigame pensar ahora en qué estuvo no haber estado yo entera en los buenos deseos que comencé... Desde que comencé á entender las gracias de naturaleza, que Dios me habia dado, que segun decian eran muchas, cuando por ellas le debía dar gracias, de todas me comencé á ayudar para ofenderle.»

Esta relacion de la Santa abraza muchas y excelentes instrucciones. Primera. Notemos que no llegando á los doce años, nos enseña la conformidad que tuvo en la muerte de su madre, y esto no porque no conociera lo mucho que perdía, sino por su mucha virtud. La reflexion *de lo que perdía* dice que la afligió mucho, cuando quizá á otras niñas de su edad, ó no las aflige, ó no conocen lo que pierden, ó quizá se alegran porque se creen en mayor libertad. Hace mucha falta una madre á sus hijas pequeñas, como se vió en la misma San-

(1) Vid., cap. 1.

ta, que mientras estuvo con la madre no se desvaneció ni se distrajo con sus primos, parienta y criadas. Bien es verdad que en el día suele ayudar poco la vista de la madre, porque ni tienen la virtud de aquella señora, ni las hijas ven más que vanidad, lujo, desórden, y aún quizá las mismas madres exponen sus hijos, que como lana chupan insensiblemente la humedad y vapores de los vicios que los rodean. Los hijos son espejos de la madre, donde se imprime su figura, su carácter, sus vicios y virtudes, como el sello en la blanda cera.

Meditemos lo segundo, cómo Teresa, conociendo lo mucho que perdía con la muerte de su madre, no busca el consuelo en las criaturas, que son cañas débiles que se quiebran y lastiman al que se apoya en ellas. Corre á los piés de una imágen de María santísima que tenía en su casa, y le pide con lágrimas que sea su madre en adelante. ¡Qué diferente es la conducta que vemos en el día! En ninguna otra cosa se piensa en casos iguales, sino en anticipar el casamiento á los hijos, ó en casarse sus padres con el pretexto de la crianza de los hijos, ó en otras cosas peores, cuando tal vez no los abandonen á su libertad. Olvidamos que somos hijos de Dios, y nos miramos únicamente como hijos de los hombres. Teresa nos advierte que María santísima la recibió como madre verdadera y la cuidó como á hija. Lo mismo nos sucedería, si nos acogiéramos con lágrimas y sencillez á tan buena Madre. En estos casos de desconuelo y trabajo nos entregamos á una estéril tristeza, cuando no sean unas vanas exterioridades y apariencias del capricho, leyes de sociedad é interés. Por lo comun vemos que si los difuntos dejan herencias, con ellas se enjugan luego las lágrimas, aunque aparenten los herederos mucho sentimiento, porque ven la ganancia al ojo: mas si la mujer ó el hijo quedan pobres, porque perdieron el interés con el muerto, entonces es mayor el sentimiento, aunque todo interesado y de tierra. Santa Teresa conoce la pérdida por parte más noble, y la llora como es justo, pero se deja de otras ideas, y sólo trata de buscar otra Madre que no muera jamás.

Tercera reflexion. Vemos á Teresa, de once años, prostrada á los piés de una imágen de la Virgen, cosa que no se ve en el dia, y la causa es que su madre le impuso desde niña en rezar y ser devota de María, y tenía estas imágenes en su casa. Ahora se han desterrado de las habitaciones, bajo el pretexto que es profanarlas si no las guardan bien cerradas; y por el contrario, se colocan á vista de los hijos figuras profanas, para que se graben más en sus tiernos corazones, como si no fueran bastantes las que les presentan los padres en sus personas. Se mira como supersticion llevar las criaturas evangelios, escapulario, rosario, etc. Se cree que basta el culto del corazon y que son inútiles hipocresías los actos externos de respeto á las imágenes. ¡Qué distantes estamos de la educacion que tuvo santa Teresa! Por lo mismo son tan diferentes las costumbres de los jóvenes. Nuestra Santa advierte en su mayor edad, que aunque se acogió á María santísima siendo niña con simplicidad, la valió despues mucho. Medítense bien estas palabras, y se verá cuánto aprecian Dios y María estas simplicidades de los niños, aunque el mundo las bautice con el nombre de *supersticion* ó *fanatismo*. Tambien advierte la Santa que nada le quedó á Dios, á María y á sus padres que hacer, y que sólo cuando ella se descuidó, parándose á mirar sus gracias naturales sin relacion á Dios, fué cuando dejó el buen camino por culpa suya, pues en lugar de agradecer el beneficio, se desvaneció como si fueran gracias propias suyas y no dones de Dios. No hay, pues, que dar alas y fomentar la vanidad de los niños por sus gracias, ni tampoco negarlas, porque seria mentir á Dios y á los hombres, sino enseñarles á dar gracias á quien se las dió y puede quitárselas si abusan. Lo bueno siempre debe alabarse y lo malo vituperarse, pero fomentando la gratitud y humildad y no el orgullo. que de Angeles hizo demonios. No olviden, pues, esta leccion los padres de familias, ni lo que dice santa Teresa, pues sin duda es ésta una de las lecciones más importantes que podemos darles en esta obra.

MÁXIMA.—La Virgen María siempre es nuestra buena Madre en todas las necesidades, que nos consuela y esfuerza.

FRUTO.—No pasar dia sin honrar á María inmaculada con algun obsequio como es el santo Rosario, ó ayunar los sábados, ó rezarle al menos tres *Ave Marias*.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guia y san José mi protector.

### LECCION XXIII.

#### DIA 23 DE ENERO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Santa Teresa enseña que los padres no sólo deben formar el corazón de sus hijos con ejemplos, sino el entendimiento, dándoles á conocer que Dios es el padre comun, y este medio y el del amor es muy útil y sensible para los niños pequeños.

Como santa Teresa fué hija de tan buenos padres, y muerta su madre buscó y halló luego otra madre mejor en María santísima, no sólo nos dejó en esto la lección apreciable de acudir á esta Señora por madre, sino que como maestra universal comienza á instruirnos sobre el modo, no sólo de criar bien los hijos, sino tambien de enseñarles á conocer á Dios como padre más principal y único. *Considero yo, dice (1), cuán mal hacen los padres que no procuran vean sus hijos siempre cosas de virtud*, pues el ejemplo es el primer paso de la educación, porque en la edad más tierna los ojos son los ayos que dirigen á los niños. Su cerebro tierno, sus fibras delicadas y su corazón de cera son muy susceptibles de todas las impresiones que entran por sus ojos, y al modo que aprenden á hablar y andar por imitación de lo que ven, así van formando sus accio-

(1) Vid., cap. II, n. 4.

nes por los ejemplos de los que los rodean. No deben descuidarse los padres creyendo que los niños no advierten y notan las cosas. Quizá advierten más que los grandes, á causa de que ellos no tienen los sentidos ni potencias ocupados en otras cosas como los hombres; y la experiencia acredita que, colgados del pecho de la madre, rien con ella, temen si los amenaza, todo lo notan, y todo se sella en su imaginacion y en su corazon y alma. Por esto dice la Santa que hacen muy mal los padres que no procuran que sus hijos vean siempre cosas de virtud. Un solo defecto tenia su madre, que era leer libros de novelas ó de caballería, y esto, como dice la misma, sin perder su labor, y como para distraerse de los grandes trabajos que tuvo, y de esto tomó más santa Teresa, que de lo mucho bueno que tenia, como veremos.

Mas como no sólo debe formarse el corazon de los niños con buenos ejemplos y virtudes prácticas, sino tambien el entendimiento y voluntad para conocer y amar á Dios; de aquí es, que tambien enseña la Santa el medio de rectificar estas dos potencias en la religion católica. Explicando, pues, santa Teresa la oracion del *Padre nuestro*, dice muchas cosas, con las que los padres pueden instruir á sus hijos, dándoles á conocer *quién es Dios*, y cuánto le deben amar (1). «¿Qué hijo hay en el mundo, dice, que no procure saber quién es su padre, cuando le tiene bueno y de tanta majestad y señorío?... Buen Padre os teneis que os da el buen Jesús: no se conozca aquí otro Padre para tratar de El: y procurad, hijas, ser tales, que merezcáis regalaros con El, y echaros en sus brazos. Ya sabeis que no os echará de sí si sois buenas hijas. Pues ¿quién no procurará no perder tal Padre? ¡Oh válame Dios! Y cuánto hay aquí para consolaros, que por no me alargar lo dejo á vuestros entendimientos, que por desbaratado que esté el pensamiento, entre tal Padre y tal Hijo, por fuerza ha de estar el Espíritu Santo que enamore vuestra voluntad con grandísimo amor...» Permítaseme alargarle un poco.

(1) Cam. de perf., cap. xxvii.

Es una fatal preocupacion pensar que los niños no pueden formar idea de Dios hasta la edad mayor. Por el contrario, nadie como los niños se halla más dispuesto para este conocimiento, que sólo entra cuando el alma está vacía de los deseos mundanos. La dificultad está en los medios, y estos son los que aquí insinúa santa Teresa con el nombre de *Padre y Amor*. Se cree que todo consiste en que los niños sepan decir que hay Dios, tres personas, etc., y como nada más se les enseña, nada entienden. El medio, pues, más propio y eficaz, y aún el más sencillo, es el del Apóstol; esto es, servirse de las criaturas hasta llegar á Dios. Los niños son en extremo amorosos con sus padres, porque el amor es la primera, la única, la más grande y natural pasion del hombre, que descubren desde luego los niños en el amor á los padres y demás personas que tratan. Si esta pasion se deja fermentar únicamente por los sentidos, toda se formará sensual por la concupiscencia: de aquí vendrá la inclinacion á lo sensible, y despues la aficion á ello, dejándose arrastrar del amor propio y de las criaturas. Conviene, pues, rectificar esta inclinacion natural, que es buena en sí, y será perfecta si se eleva á Dios. Vamos á ver cómo se logrará en los niños, que aunque no tengan el uso de la razon del todo expedito, formen una justa idea de Dios, sirviéndose el padre de las inclinaciones que ya descubre en sus hijos á los tres años á saberlo todo y amarlo todo, si es bueno y útil, y aborrecer lo que les daña.

Hagamos el oficio de padre, como quien tiene á su hijo de tres años en sus brazos haciéndole fiestas. Hijo mio, le diré, ¿me quieres mucho? ¿Por qué me quieres? ¿Porque yo tambien te quiero? ¿Porque te doy muchas cosas? ¿Porque te doy pan cuando me lo pides? A todo esto responde el niño que sí. ¿Me quieres porque soy tu padre? Pues mira, hijo mio: aún tienes otro Padre que te quiere más que yo. Ya comienza á excitársele el deseo de saber quien es y donde está: ¡ay hijo mio! Este otro Padre es mucho más que yo. ¡Si vieras qué hermoso y qué cosas tiene para tí! ¡Qué rico es!... Así se va electrizando en el deseo de conocer á este otro Padre.

¿Con que quieres saber quién es este otro Padre que tienes? Mira: como eres tan pequeñito, no lo puedes conocer bien. Algun día lo conocerás y verás. Ahora no puedes saber más que el nombre. Pues mira: se llama Dios: pero ¡ay! ¡Si supieras qué tal es! Para que lo vayas conociendo, sabe que El me ha dado esta casa en que vivimos y todo lo que hay en ella. Todos los días me envía lo que comemos, y El me ha regalado este vestido que llevas, para que te lo dé yo... Cuando traen alguna cosa á casa ó le compra algun juguete, dígale: Mira, hijo mio, lo que tu padre Dios te envía para que lo quieras mucho.

Otro día (pues esto debe hacerse poco á poco y sin cansarlo), otro día le dirá: ¿Qué te parece, hijo mio, del sol? ¿No es muy hermoso? Pues mira: tu padre Dios lo hizo y hace que nos dé su luz, pues sin ella nada veríamos: y de este modo irá tomando ocasion el padre de casi todas las cosas materiales que suceden, con sólo el cuidado de no fatigarlo mucho.

Otra vez le dirá: Tú me quieres porque yo te crio, cuido y doy de comer: pues mira: tu padre Dios es el principal que lo hace todo, porque nos quiere mucho. ¿No ves aquel niño que está malo? pues ni su padre, ni el médico lo puede curar si el otro Padre mayor no quiere. ¿Quién te ha curado este mal que tenías? No soy yo sino el otro Padre, que me enseñó cómo te había de curar. El es quien nos lo da todo: el dinero, la comida y la ropa, y si El no fuera tan liberal y rico moriríamos de hambre. El es quien te ha dado esas manos, esos piés, los ojos, lengua, etc.

En conociendo el padre que atiende el hijo á estas cosas, le añade: ¿Y tú sabes dónde está este Padre que tanto nos quiere? ¡Mira el cielo qué hermoso! Pues allí está, y por esto no lo puedes ver; mas El, como está allí arriba, todo lo ve y nada se le esconde. ¿Tú me ves á mí? pues aún te ve á tí más claramente. Y no necesita luz, porque es tal su vista que ve hasta el corazón, etc. Todo esto se le debe ir repitiendo poco á poco con frases sencillas que un día le hagan conocer la bondad, otro la misericordia, éste su poder y riqueza,

aquel su inmensidad, que todo lo llena como el aire; en fin, su justicia y todas las perfecciones divinas.

Despues de estas lecciones repetidas muchas veces, se le dice: ¿Tú quisieras ver á este tu padre Dios? pues mira, por ahora no puedes verlo sino en una imágen suya, porque como brilla más que el sol, te cegarias con su mucha luz. A este fin se le enseña alguna imágen buena y hermosa del Padre Eterno, de Jesucristo resucitado, subiendo al cielo, ó se le lleva á la iglesia en un dia de Cuarenta Horas, previniéndole que aquel es el trono de Dios hecho por los hombres, que todos le adoran, pero que es nada para el trono verdadero que tiene en el cielo. Se le previene tambien que aquella es la casa de su padre Dios, y el mucho respeto con que debe entrar, porque allí van los hombres á dar gracias á este gran Padre comun por los favores que hace á todos, y decirle que las imágenes de los Santos representan los que fueron más amigos de este Padre, y que ya se los llevó al cielo para tenerlos en su compañía, procurando al mismo tiempo que las imágenes que vean sean hermosas y no tristes, especialmente en el principio.

Introducido así el amor de Dios por el que tienen á los padres naturales y á los bienes que reciben, se les comienza á infundir el respeto y santo temor de Dios, diciéndoles que así como el Padre que está en los cielos quiere á los buenos, tambien castiga á los malos, y tomando ocasion de algun niño enfermo ó de una desgracia, se le dice: Mira á aquel niño que era desobediente á su madre y á su padre, Dios cómo le ha castigado. A tí te ha sucedido esta desgracia porque no haces lo que te mandamos. Mira, hijo mio: si tú no quieres á Dios, si no eres bueno, tampoco yo te querré; Dios te castigará si eres mentiroso ó malo, y todos te aborrecerán, etc. Este es un breve diseño que evidencia cuánto conocimiento de Dios puede adquirir el niño si los padres se aprovechan de mil incidentes diarios para instruir á los hijos en su tierna edad; y todo esto sin ficciones, y sin apartarse de la verdad y sencillez propia de aquella edad. Nunca son buenas las mentiras.

Baste lo dicho por ahora, pues aún veremos como santa Teresa da á sus hijas más clara idea de Dios por estos principios de paternidad y amor.

MÁXIMA.—¡Cuán mal hacen los padres que no procuran vean sus hijos siempre cosas de virtud!

FRUTO.—Aficionarme á enseñar á la niñez en especial el conocimiento y amor de Cristo Jesús, Dios y Hombre verdadero.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guía y san José mi protector.

## LECCION XXIV.

### DIA 24 DE ENERO.

ORACION.—¡Oh Dios mío... *como en la página 1.*

Santa Teresa enseña á conocer á Dios del mismo modo, esto es, por el título de padre, que es el más propio y amable, no sólo para los grandes, sino para los niños. Educacion fina y cristiana.

Como este fundamento de educacion sea el resorte más sólido para mover y seguir todas las operaciones de la vida y el impulso más eficaz para el bien y el mal, conviene que insistamos en él con la doctrina de santa Teresa. En efecto, oigamos cómo enseña esta misma á sus hijas en el capítulo veinte y seis del *Caminó de perfeccion*, encaminando su instruccion al fin de que el corazón se inflame en el amor, y el entendimiento en conocer á este buen Padre y Amigo. «Procurad, hijas mías, pues estais solas, tener compañía. ¿Y qué mejor que la del mismo Maestro que enseñó la oracion del *Padre nuestro*? Miradle con el amor y humildad que os está enseñando, y que no hallaréis otro tan buen amigo... No os pido más sino que le mireis... Para ayudar á esto traed una imagen y retrato de este Señor que sea á vuestro gusto. Como hablais con otros, ¿por qué os faltarán palabras para hablar con Dios? No

lo creais; al menos yo no lo creeré...» Para hacer más sensible esta doctrina, no toma la Santa otro ejemplo que el título de *Padre*, con que se comienza la oracion del Señor (1). «*Padre nuestro que estás en los cielos.* ¡Cómo pareceis Padre de tal Hijo, y éste hijo de tal Padre! Salgamos de la tierra, hijas mías, que con tan gran Padre no es razon nos quedemos en la tierra. Ya que nos haceis hijos de tal Padre, tambien le obligais á que cumpla con este cargo, que no es pequeña carga, pues en siendo padre ha de sufrir nuestras faltas, por graves que sean, si nos tornamos á él, como el hijo pródigo. Hanos de perdonar, consolar en los trabajos y sustentar, como lo ha de hacer un tal Padre, que es el mejor de todos los padres del mundo, y despues nos ha de hacer participantes de su herencia. Mirad, Señor mio Jesucristo, que vuestro Padre está en el cielo, Vos lo decís, razon es que mireis por su honra, no le obligueis á que lo haga todo por gente tan ruin como yo, que le he de dar tan malas gracias... ¡Qué cosa es el amor que nos teneis! Habeis andado rodeando y encubriendo al demonio que sois Hijo de Dios, y ahora nada se os pone delante para nuestro bien que no lo hagais, y os descubris por hermano nuestro, y que Dios es nuestro Padre, y hablais como Hijo regalado, por Vos y por nosotros. ¡Oh Señor mio! que tan amigo sois de dar, que nada se os pone delante que os detenga, ni áun nuestra ingratitud. ¿Será razon, hermanas mías, que digamos esta dulce palabra *Padre* consola la boca y dejemos de entenderla con el entendimiento, para que se haga pedazos nuestro corazon con ver tal amor? ¿Pues qué hijo hay en el mundo que no procure saber quién es su padre, cuando lo tiene bueno y de tanta majestad y señorío? Buen Padre os teneis, que os le da el buen Jesús. No se conozca aquí otro Padre...»

En las meditaciones sobre el *Padre nuestro*, aún insiste más la Santa en esta palabra *Padre*, y yo con ella, á fin de que los padres no olviden esta leccion tan útil. «Considero, dice, que su Padre es Dios Trino en perso-

(1) Cam. de perf., cap. xxvii.

nas, y uno en la esencia, principio y autor de todas las cosas, que todo lo sustenta y mantiene. Y considérese á sí, que es hijo de este Padre tan poderoso y tan sabio, que lo gobierna todo, desde el serafin más alto hasta el más bajo gusanillo de la tierra, tan bueno, que de valde se está siempre comunicando. Y diga: Cuán bueno es este Padre para mí, que me dió el sér, dejando de criar otros que fueran mejores que yo, y pondere lo que merece ser amado y servido este Padre, que sólo por su bondad crió para mí todas las cosas y á mí para que le sirviera á Él y le gozara. Cuando vea una imagen de Cristo, diga: Este es mi Padre. Cuando vea el cielo: Esta es la casa de mi Padre. La leccion que oye: Esta es la carta que me envia mi Padre. Lo que viste, lo que come, lo que le alegra: todo esto viene de la mano de mi Padre. Lo que le da pena y trabajo, hasta las tentaciones, todo me viene de la mano de mi Padre para mi ejercicio y mayor corona.»

Todas estas palabras y leccion de Teresa parecen las mismas que dijimos en la leccion antecedente, para dar á los niños una idea de Dios proporcionada á su edad; y de la misma quiere la Santa se sirvan sus hijas y todos los cristianos, porque si no nos hacemos niños pequeños, dice Jesucristo, no podremos entrar en el cielo. «Por el nombre de Padre, continúa la Santa, para todo nos da el Señor su confianza, y se obliga á darnos lo que le pedimos... Tras esto se sigue un gran dolor de ver ofendido á un tan buen Padre de sus ingratos hijos, de no haberle agradecido sus beneficios, y de tener tan indignamente el nombre de hijo de Dios, que debe engendrar pechos reales y generosos, considerando las condiciones de los padres que aman á sus hijos aunque sean feos, los mantienen aunque sean ingratos, los perdonan cuando se vuelven á su casa y obediencia, y les aumentan los mayorazgos cuando están descuidados. Así se forma la confianza del perdon, la gratitud y estima de todos, pues todos son hijos de este Padre comun. Aquí viene bien considerar aquella palabra de la cruz: *Padre, perdónalos*, para conocer sus entrañas de Padre, y perdonar como Él á los enemigos; mi-

rar la historia del hijo pródigo, que es la pintura más viva del amor de padre.»

¡Quién, pues, á vista de esta doctrina de Teresa no *conoce y ama* á su Padre Dios, y se persuade de lo que importa imprimir este conocimiento en los niños, cuando están puras y en su sér las ideas naturales de paternidad, que les son tan amables en su tierna edad! Si así se hace, fácilmente deducirán á poca costa todas las verdades morales y sublimes de la Religión, de la política cristiana, y respeto á los superiores y leyes, en que se vincula el verdadero honor y la más fina educación, y con ella lograrán que se hagan los hijos amables á Dios, á los Angeles y á los hombres, y los padres serán felices con tales hijos.

MÁXIMA.— Si Dios es nuestro Padre, el mejor de todos los padres del mundo, hanos de perdonar, consolar en los trabajos y sustentar, y despues nos ha de hacer participantes de su herencia.

FRUTO.— Servir á Dios y hacer todas las cosas con espíritu filial en obsequio de nuestro Padre muy amado de Dios.

JACULATORIA.— Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guia y san José mi protector.

---

## LECCION XXV.

DIA 25 DE ENERO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 4.*

El gran conocimiento y amor á Dios la hicieron á la Santa pintar como pecados graves algunos descuidos de su juventud, con lo que nos enseña á llorar nuestras gravísimas culpas.

Aunque santa Teresa conservó toda su vida la divina gracia, y la vemos tan aprovechada á los doce años, por la gracia de Dios, favor de María Santísima y cuidado de sus padres, conviene tambien que presentemos

sus defectos, que no son de menos instruccion, ya para enseñarnos á llorar las culpas, ya para huir los peligros, humillarnos siempre, conociendo la flaqueza humana, y temer el castigo de nuestra ingratitude y mal uso de la gracia, que suele ser, retirarla el Señor, y dejarnos expuestos al juguete de las pasiones, que siendo indiferentes al bien y al mal en sí, se corrompen y pervierten por sola nuestra culpa, como decia la Santa. Mas antes de entrar en los defectos de santa Teresa, que ella pinta como pecados gravísimos, debemos advertir que fueron muy leves, como dicen sus confesores, y así examinaremos las causas porque los pinta y llora Teresa como los mayores excesos.

Tres motivos tuvo para encarecer sus faltas de la niñez. El primero es que como escribió su Vida en su mayor edad, cuando tenia una luz muy grande y superior que la hacia comparar la más pequeña falta con la grandeza de Dios, por esto mismo la parecian gravísimos sus pecados. Por el contrario, como nosotros no tenemos idea justa de la inmensa soberanía del Autor y Dueño de todo lo criado, ni meditamos como el atrevimiento crece al paso que es mayor la dignidad del ofendido, y más bajo é infeliz el agresor, no conocemos el peso de los mayores delitos. Confesamos, sí, que la injuria hecha á un rey, aunque seria nada si fuera á un igual, es gravísima por su objeto, porque vemos su grandeza y nuestra distancia; pero respecto á Dios, á quien sólo conocemos muy superficialmente y con poca ó ninguna reflexion sobre su inmensa soberanía, porque ni aplicamos á este estudio el entendimiento, ni la voluntad, ni el corazon, todas nuestras culpas nos parecen pecados veniales que se quitan con agua bendita. Teresa, que sabe dar tan nobles ideas de Dios, que está enamorada de su Esposo, y conoce sus perfecciones y atributos, llora y gime los descuidos é ignorancia de su juventud ó puericia, como el pecador más ingrato sus desórdenes escandalosos.

El segundo motivo que tuvo Teresa para representarse como una gran pecadora cuando escribió su Vida, fué la misma aversion que tenia al pecado, y aún más á las

cosas lascivas, y su singular pureza. El pecador, dice el Espíritu Santo, cuando llega á abandonarse al vicio, no hace caso de sus excesos. La costumbre quita la admiracion, y los primeros pecados nos causan más sensacion y horror; mas luego que se acostumbra el hombre á una cosa, ya viene á mirarla como natural. De aquí nace la diferencia que vemos entre los morigerados y los viciosos. Los de costumbres moderadas miran los vicios con horror y como cosas viles y vergonzosas, que degradan la naturaleza; mas los filósofos corrompidos hacen alarde de la vanidad, de la lujuria y demás vicios, y aún se empeñan en persuadirnos que no son vicios, sino cuando no virtudes, á lo menos efectos naturales, que no deben abatirnos ni avergonzarnos. Lean éstos á santa Teresa casi en cualquier parte de sus obras, y verán como el grande conocimiento de Dios y su amor la hacen mirar con horror las cosas, que á otros no sólo no parecen malas, sino que las creen muy justas, honestas y propias de la buena crianza; pero tambien aprenderán en la Santa cuán errados y disparatados son los juicios humanos en esta parte, por la frialdad ó indiferencia con que miran á Dios. Como el hombre pulcro y la mujer de corte miran la menor mancha de su ropa como un borron que la envilece, así santa Teresa, por su pureza casi natural, miraba con espanto el más pequeño aliento que pudiera empañar el espejo de su castidad: más como el hombre agreste y la mujer inmunda se presentan con mucha serenidad cubiertos de andrajos é inmundicia, así los viciosos no se avergüenzan de sus fealdades.

El tercer motivo por que agrava la Santa sus defectos, es porque cuando escribió su vida, conoció el peligro á que se expuso de jóven, aunque entonces no lo conocia. Muchas veces nos admiramos en la mayor edad de los peligros, así de cuerpo como de alma, en que nos poníamos sin reflexion en la juventud, y vituperamos á los jóvenes lo mismo que hicimos cuando lo éramos, sin querer oir á los mayores que nos prevenian de los peligros mismos. Santa Teresa, pues, bien instruida en la economía de la Religion, consideraba despues el pe-

ligro á que se expuso de condenarse, no tanto por las faltas que cometió, siendo muy leves, pues no sólo no eran mortales, sino áun las disminuía la falta de conocimiento, sino porque abusaba *de las gracias naturales* de su hermosura; es verdad que el *abuso* no era con deseo ni objeto de hacer daño á los inocentes, ni menos con fin pecaminoso, pero su grande amor de Dios y gratitud cuando escribía su Vida, la hacía conocer cuán grave ingratitud debe parecer al justo no referir á Dios todas sus acciones, no dar las debidas gracias por los dones naturales, no corresponder á la gracia divina, y tener ociosos los talentos ó emplearlos en bagatelas y cosas vanas y pueriles, á que se redujo todo el mal de su juventud.

Volvamos, pues, la vista sobre nosotros mismos, y nos confundirán las expresiones y lágrimas con que llora Teresa sus pecados, que podemos mirarlos como virtudes en cotejo de nuestros vicios. Pero no dudemos jamás de la pureza, virtud y santidad que conservó toda su vida nuestra Santa, pues sobre el testimonio de sus confesores, la Sagrada Rota (1) nos asegura que, aunque exagera mucho las culpas, jamás cometió pecado mortal, ni perdió la gracia. Y Gregorio XV, en la Bula de su Canonización, añade: Que guardó entera su castidad en cuerpo y alma desde niña, y que su corazón se conservó toda su vida sin mancha, ni áun de pecado venial de advertencia. «Dios nos libre, dice la Santa (2), de pecado venial de advertencia muy pensada, por chico que parezca, pues no sé como se llama *venial*, siendo lo mismo que decir: Sé que sois Dios, y que no queréis que haga esto, pero yo quiero más seguir mi antojo que vuestra voluntad...» Con esta doctrina de santa Teresa ya no admiráremos se humille tanto, y llore sus imperfecciones más que nosotros los pecados gravísimos. No olvidemos su doctrina y sus sentimientos.

MÁXIMA.—Dios nos libre de pecado venial de advertencia muy pensada, por chico que parezca.

(1) Art. II, n. 8.

(2) Cam. de perfec., cap. XLI, n. 3.

FRUTO.—Huir con horror y presteza, no sólo del pecado, sino de las ocasiones de pecar.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guía y san José mi protector.

---

## LECCION XXVI.

### DIA 26 DE ENERO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Lo primero que comenzó á ser dañoso á santa Teresa fué la lectura de libros de novelas ó caballería, aunque no parecian malos. Daños que resultan de estos libros aun cuando parecen buenos y morales.

Persuadidos ya de la pureza y gracia que conservó santa Teresa toda su vida, podemos entrar á ver cómo confiesa sus defectos en particular, para que aprendamos á confesarnos bien, sin excusar las más graves culpas. Es bien notable el modo con que comienza á referir sus vicios. «Mia fué, dice (1), toda la culpa, pues si Dios pudo hacer más para hacerme toda suya, ni tampoco mis padres, que me cuidaban, instruían y daban buen ejemplo. Cuando debia dar las gracias á Dios por mis gracias naturales, que eran muchas, comencé á servirme de ellas para ofenderle, como ahora diré: Mi madre era aficionada á libros de caballerías, y no tan mal tomaba este tiempo como yo lo tomé para mí, porque no perdía su labor, y por ventura lo hacia para no pensar en los grandes trabajos que tenia, y ocupar sus hijos, que no anduviesen en otras cosas perdidos. Comencé á quedarme en costumbre de leerlos, y aquella *pequeña falta que vi en ella* me comenzó á enfriar los deseos, y fué causa que comenzase á faltar en lo demás, y parecíame á mí no era mala, con gastar muchas ho-

(1) Vid., cap. II.

ras del día y de la noche en tan vano ejercicio, aunque escondida de mi padre que no lo quería permitir. Era tan en extremo lo que en esto me embebia, que si no tenia libro nuevo, no me parece tenia contento.» Hasta aquí la Santa.

¡Qué dirá el mundo, como se halla en el día, al ver como santa Teresa analiza sus culpas y las agrava! Esta culpa se reduce á haber perdido tiempo en leer los libros de caballería y novelas inútiles, permitidas por la madre, y con el fin honesto de retraer sus hijos de otras cosas peores, aunque su padre lo resistía. Es bien notable que esta sola falta, y tan pequeña, que vió la Santa en su madre, tan santa en todo lo demás, la comenzó á enfriar sus buenos deseos, y fué como el origen de todos los pecados y peligros á que se expuso. Las razones que insinúa santa Teresa en su madre para leer aquellos libros, parecerían muy justas al mundo y prudentes y virtuosas, mas en la moral de santa Teresa se reprueban como malas y de peores consecuencias. No nos dejemos engañar de la moral del mundo político, ni de la astucia del enemigo, que comienza por poco para ejecutar sus más depravados designios de perversion. Teresa debe sus primeras virtudes á los buenos libros y ejemplos de sus padres, y no menos su tibieza é imperfecciones á los libros malos é inútiles, y al mal ejemplo de una bien pequeña falta que tenia su madre entre muchas virtudes.

Los libros de caballerías y novelas son más dañosos de lo que se piensa. Los más de ellos, cuando menos, enseñan el arte amatorio y los medios para efectuar los caprichos de la concupiscencia, la venganza de las injurias, los fraudes y engaños. Otros hay tan llenos de obscenidad, que tienen el veneno que salta á los ojos, y corrompe el corazón y las costumbres. Pero hay muchas novelas morales, se dice, en que se proponen ejemplos de virtud y heroísmo; con todo, corramos el velo de esta ilusión, aunque ya dijimos algo; aún éstas tienen el mal junto al bien; y si, como dice la Santa, sola una ligera falta de su madre entre tantas virtudes, la causó tanto daño, *pues de lo bueno, añade, no*

*tomé tanto en llegando al uso de la razon, y lo malo me dañó mucho; ¿qué será de las novelas morales donde hay mucho malo con poco bueno? Se pinta, sí, un héroe virtuoso, pero casi siempre con dos defectos grandes. El primero es que pintando con demasiada viveza las pasiones para que resalte más el heroísmo de la victoria, la triaca se vuelve veneno, cebándose lo sensitivo en las apariencias que halagan el sentido, más que en lo espiritual y virtuoso, cuyas imágenes, como más abstractas, no se fijan tanto como las provocativas y sensibles. Así le sucedió á la Santa, pues como no la parecía malo lo que leía, se cebaba gastando muchas horas en lo que la parecía indiferente, y despues se vió, por el efecto, que la distraian de lo bueno y la fomentaban el amor de las cosas vanas y sensibles.*

El segundo defecto de las novelas más morales consiste en que los ejemplos de virtud que se presentan son de gentiles sin relacion al Evangelio ó Religion. ¿Y por qué se toma esta materia de la gentilidad y no del Cristianismo? ¿Por qué buscamos los héroes anteriores á Jesucristo, los griegos y romanos, sin conocer á Dios, y dejamos los patriarcas de Israel y Santos del Cristianismo? ¿Acaso habrá sólo héroes en la oscuridad remota y entre gentiles? ¿No habrá ninguno que merezca proponerse como modelo de heroísmo, ni en los patriarcas, ni en los profetas, ni en los reyes, ni en los jueces, ni en los sacerdotes, ni en los Macabeos, ni en los primeros siglos, ni en los Papas, ni en los Mártires, ni en los doctores, ni en los solitarios, ni en las vírgenes, ni en toda la Religion? Me parece que nadie, ni áun los filósofos ni los novelistas, se atreverá á decir que no hay héroes en la Religion. Pues ¿por qué este empeño de no formar composiciones de asuntos de nuestros mayores, de la misma profesion del escritor que blasona de católico? No nos cansemos: quizá los autores no han conocido el mal; pero no dudemos que algunos saben la causa, y no es otra que introducir sin sentir la máxima *de que basta la razon natural por sí sola para obrar el bien*. Que estas novelas son las

minas sordas que sin ruido *hacen despreciar la revelacion y su necesidad* como inútil; que hace vanos y confiados á los hombres en sus fuerzas naturales; que se olvida la gracia de Dios y expone al hombre en los peligros, donde perece víctima de su temeridad. Al ver los héroes gentiles tan virtuosos, sin Bautismo, sin fe y sin religion, ¿qué ideas quedarán en el corazon humano? No otra sino que para nada necesita el hombre la gracia, la revelacion, ni el Evangelio. Ya dije de donde nacieron estas virtudes naturales, cuán mezcladas estaban de errores y áun de vicios, y por esto no lo repito aquí. Todos, dice san Pablo, necesitan la gracia de Dios. Sin mí nada podeis hacer, dijo Jesucristo. Nadie puede decir con fruto: Señor mio, sino por el Espíritu Santo. Si los gentiles obraron algun acto de virtud, ó fué viciosamente, como dice san Agustin, esto es, por motivos humanos de vanidad ó interés, ó porque no habiéndose perdido del todo la razon, veian algun rayo de ella; mas ni Sócrates, ni Séneca, ni ningun otro filósofo han dado un plan perfecto de moral, ni menos en la práctica, puesto que manchaban sus actos virtuosos con muchos malos que los tenian por buenos.

Procuren, pues, los padres desterrar estos libros, aunque parezcan buenos. Otros hay cristianos y de religion que instruyen y divierten. La historia de la nacion propia, la del pueblo de Israel, la política cristiana, las vidas de los Santos, de varones ilustres en política y religion, la moral del Evangelio, con otros infinitos de artes y ciencias, pueden servir con más provecho para educacion, instruccion, recreo y desahogo cristiano, porque es muy vergonzoso y fuera de razon ir á buscar agua á charcos cenagosos teniendo fuente de agua viva que lleva á la vida eterna. Dejemos, pues, los héroes gentiles y tomemos por ejemplar á Jesucristo y sus discípulos.

MÁXIMA.—Una pequeña falta que ví en mi madre de leer novelas, me comenzó á enfriar los buenos deseos y fué causa que comenzase á faltar en lo demás, dice santa Teresa de Jesús.

FRUTO.— No leer ningun libro de novelas, y en general ningun libro, sin la aprobacion de un director letrado y espiritual.

JACULATORIA.— Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guia y san José mi protector.

## LECCION XXVII.

### DIA 27 DE ENERO.

ORACION.— ; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Principios de la tibieza de santa Teresa en el amor de Dios, y su deseo de parecer bien, que llora y castiga toda su vida: doctrina que nos da sobre esto.

La lectura de libros inútiles y profanos, no sólo la resfriaron en el amor de Dios, sino que pasó más adelante, como ella misma dice (1): «Comencé á traer galas, y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello y olores, y todas las vanidades que en esto podia tener, que eran hartas, por ser muy curiosa. No tenia mala intencion, porque no queria yo que nadie ofendiera á Dios por mí; duróme mucha curiosidad de limpieza *demasiada*, y cosas que me parecian á mí no eran ningun pecado muchos años: ahora veo cuán malo debia ser...» Esta culpa de santa Teresa, que parecerá una virtud propia de la decencia, es casi la materia de lágrimas que toda su vida derramó, y la que la hizo decir y escribir tantas proposiciones, que si no supiéramos su humildad, la colocáramos entre los Santos pecadores y convertidos. Tambien á nuestra Santa la parecia que en esto ni habia pecado ni peligro, y áun declara que no llevaba otro fin que parecer bien y dejar correr su natural curiosidad de limpieza y aseo; mas á poco tiempo conoció el mal que podia haber, aunque lo hacia con expresa protestacion

(1) Vid., cap. II.

de no querer que nadie ofendiera á Dios por ella, viéndolo despues, al reflexionar sobre ello, que era suficiente principio para arrojarla en el camino de la perdicion y en el lugar que vió la tenian preparado los demonios en el infierno, si Dios con su gracia no la hubiera apartado de este principio tan peligroso para caer en culpas mayores que merecieran las penas eternas.

Para dar á Dios satisfaccion de esta culpa, pasó la Santa al extremo de aborrecer el ser *señora* y mucho más todos los trajes profanos, conmutando sus galas en el hábito religioso del sayal más grosero. Así le dice á su hermano D. Lorenzo de Cepeda, cuando andaba en la fundacion de su primer convento de Avila (1): «Ya tengo por honra andar remendada.» Sobre esto añade el señor Yepes en su Vida lo siguiente (2): «Hizo la Santa al principio de la fundacion del convento de Avila grandes pruebas, así en los vestidos, como en la comida de las monjas, probando si podrian pasar con vestido más mortificado y pobre, con serlo tanto el que traen, que es de jerga ó sayal. Era muy amiga de traer el hábito viejo y remendado, para ayudar tambien con la pobreza del vestido á la humildad y desasimiento interior...» «Acontecia, añade el P. Ribera (3), vestirse los hábitos viejos que otras desechaban, yendo con esto contra la natural inclinacion que tenia á la limpieza; y cuando á ella la dejaban con un hábito roto, andaba la más contenta y rica del mundo.»

En este contraste del cuidado, galas y adornos de Teresa cuando niña, y su confusion, lágrimas y el desprecio de toda compostura en todo el resto de su vida, y más en el estado religioso, nos enseña como hemos de compensar la culpa, castigándonos por aquella misma parte en que pecamos. Afécese este rostro, decia una mujer penitente, que en otro tiempo se adornó y fué causa de pecar. El que faltó por miradas lascivas debe privarse de mirar, no sólo el peligro, sino aún lo que es inocente y lícito á los demás. El que pecó por

(1) Tom. I, cart. 29.

(2) Lib. 3, cap. v.

(3) Lib. 4, cap. XIX.

la gula debe satisfacer este delito por el ayuno, y á los que no lo hacen así los amenaza Dios diciendo: «Los poderosos serán poderosamente castigados, y en aquello que uno peca en aquello mismo será castigado.» Así dice el venerable P. Fr. Luis de Granada, que á las mujeres profanas en el infierno se les dará: por los adornos, desnudez é ignominia; por los olores, hediondez, y por los cabellos rizados, una calva pelada.

No hay que buscar razones de estado, ni de decencia, pues santa Teresa precave todas las excusas que pueden darse, y confiesa su peligro, y lo llora como un gran pecador. Ni esto es querer que las mujeres vayan súcias y con desaliño, pues la Santa no llora sino la *demasiada* curiosidad y el tiempo que perdía; y para que se vea más cuál era su doctrina sobre esta materia diré lo que refiere de una señora muy principal que la llamó para consolarse en el sentimiento de la muerte de su marido. «Fué el Señor servido, dice, que aquella señora se consoló tanto, que tuvo mucha mejoría luego que yo estuve (1). Era muy temerosa de Dios, y tan buena, que su mucha cristiandad suplió lo que á mí me faltaba. Me dió el Señor tanta libertad para despreciar todo lo que veía de grandeza y aparato, que no dejaba de tratar con aquellas tan señoras, que pudiera mirar como honra servir las, con la libertad que si yo fuera su igual. Saqué una ganancia muy grande, y se lo decia á aquella señora; ví que era mujer, y tan sujeta á pasiones y flaquezas como yo, y en lo poco que se ha de tener el señorío, y como, mientras es mayor, tiene más cuidados y trabajos, y un cuidado de tener la compostura conforme á su estado, que no las deja vivir, comer sin tiempo, ni concierto, etc... Es ansí que aborrecí *ser señora*: Dios me libre de mala compostura, aunque ésta, para ser de las principales del reino, creo hay pocas más humildes y de mucha llaneza. Yo la habia lástima de ver como va muchas veces no conforme á su inclinacion, por cumplir con su estado.»

Medítese este suceso, y se verá la vanidad de todo lo

(1) Vid., cap. xxxiv, n. 2.

que estima el mundo, y las pasiones que se ocultan bajo el adorno y gravedad, y sólo será tolerable cuando se aborrece *ser señora*; cuando sin apego ni inclinacion se cuida de la compostura por precision de su estado y por no hacerse ridicula en la sociedad, pero siempre con mucha humildad y llaneza, segun dice santa Teresa de esta señora tan principal.

MÁXIMA.—Mientras es mayor el señorío segun el mundo, tiene más cuidados y trabajos y un cuidado de tener la compostura conforme á su estado que no les deja vivir.

FRUTO.—Aborrecer el *ser señora* segun el mundo, y pedir al Señor nos libre de mala compostura.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guia y san José mi protector.

## LECCION XXVIII.

### DIA 28 DE ENERO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Daño que causaron á su inocencia unos primos hermanos que entraban en su casa; y escarmentada santa Teresa, enseña el cuidado que deben tener los padres sobre sus hijos pequeños.

Prosigue la Santa confesando sus pecados (1), y dice: «Tenia yo unos primos hermanos, que en casa de mis padres no tenian otros cabida para entrar, porque era muy recatado; y pluguiera á Dios que lo fuera de éstos tambien, porque ahora veo el peligro que es tratar, en la edad que se han de comenzar á criar virtudes, con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan para meterse en él. Eran casi de mi edad, poco mayores que yo; andábamos siempre juntos, teníanme gran amor, y en todas las cosas que

(1) Vid., cap. II.

les daba contento (ó ellos querian), les sustentaba pláticas y oía sucesos de sus aficiones y niñerías, no nada buenas; y lo que peor fué mostrarse el alma á lo que fué causa de todo su mal. Si yo hubiera de aconsejar, dijera á los padres que en esta edad hubieran gran cuenta con las personas que tratan sus hijos, porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes á lo peor que á lo mejor.»

No se puede negar que es cosa arriesgada la concurrencia y trato familiar entre mancebos y doncellas de poca edad, y esto aunque sean primos hermanos, donde con el parentesco suele haber más ocasiones y peligros; pero como la Santa aborrecía las cosas deshonestas naturalmente y sólo era inclinada á pasatiempos de buena conversacion, como dice, se ve que aquí no hubo más pecado que el de ponerse en ocasión. Por esto el P. Ribera dice (1): «Sus pecados no pasaron del peligro y trato que tenia con aquellas personas, que por ser ellas, ó de poca edad, ó de no mucha virtud, pudieran fácilmente caer.» Mas la Santa conoció despues el peligro, y lo lloró, compensando su falta con los excelentes avisos que da á los padres de familias.

El primero es que deben velar mucho, y más si tienen hijas, sobre las personas que las tratan. Los de Teresa tenían las puertas cerradas á todos los que no eran parientes; no porque se crea que no trataba con nadie, sino porque no permitian que tratasen con sus hijos sino gentes de juicio y edad, excusando que éstos asistieran cuando venian algunos jóvenes, ó cuidando mucho no quedasen solos con ellos. Esta es una conducta muy prudente y cristiana, sin que por esto se ofenda la urbanidad propia de un caballero, ni la sociedad que es indispensable en el mundo. El Espíritu Santo encarga mucho el cuidado de las hijas y manifiesta los peligros á que las exponen los padres poco cautos. Con todo, el buen padre permitía que entraran estos parientes suyos, aunque jóvenes, creyendo que el vínculo de la sangre y honor no les permitía un insulto contra su

(1) Lib. 1, cap. viii.

misma naturaleza y contra el honor debido á su casa. Mas la Santa se lamenta de la demasiada bondad de su padre, y quisiera no les hubiera permitido la entrada, porque, aunque parientes, eran jóvenes los unos y los otros.

Las razones que da la Santa no pueden rechazarse por los sofismas de la política del día. En efecto, dejando á un lado el peligro, que las más veces es inminente por las malas inclinaciones de los jóvenes, peor crianza y ninguna instruccion, aún cuando sea la doncella de tan buen natural como santa Teresa, *es gran peligro, dice, tratar, en la edad que se han de comenzar á criar las virtudes, con quien no conoce la vanidad del mundo, si sólo sabe despertar para meterse en él.* La misma inocencia de las doncellas las sirve de lazo; la poca reflexion de los jóvenes los arroja en los peligros, y cuando lo advierten ya se hallan enredados como el pajarillo en la red. Aún hay otro mal: en la primera edad es cuando se gravan más fácilmente todas las impresiones buenas ó malas, y el Espíritu Santo afirma que el primer sello de virtud ó vicio jamás se borra, pues aún en la vejez se suele obrar como en los primeros años. Y aún la razon lo dicta, porque siendo los miembros de los niños tan tiernos, reciben con más facilidad las impresiones exteriores y los afectos buenos ó malos de las pasiones, y esto tanto más cuanto el juicio, entendimiento y precaucion no están robustecidos, ni del todo desenvueltos de la materia, y por lo mismo ni pueden conocer el mal, ni distinguirlo del bien, ni precaverse de las consecuencias: en una palabra, el alma no se halla con su fuerza expedita, y lo material, lo sensible y los sentidos son los que entonces dominan: por consiguiente, si en aquella edad ven malos ejemplos, oyen cosas que halagan el sentido, gustan lo sensible y tocan el mal, se criarán con estos alimentos nocivos y venenosos, contraerán las enfermedades del alma como las del cuerpo, y cuando lleguen á la edad del juicio y reflexion se hallarán cautivos de la concupiscencia, ira, envidia, orgullo y demás pasiones. Este tiempo, pues, de la niñez, es el más

propio, dice santa Teresa, para comenzar á criar las virtudes por los ejemplos, y como quien los lleva por la mano, no con el castigo, sino evitándoles las ocasiones y peligros, que son las que despiertan las sensaciones animales y abren la puerta al mal.

Los primos de Teresa la daban cuenta de sus aficiones y niñerías: no conocia la Santa su peligro entonces, pero sí despues. El dulce carácter de Teresa la hacia condescendiente, manifestando agrado á tales bagatelas, y esto es lo que se acrimina tanto la misma, como causa de todo el daño que les pudo venir, porque dice: *Nuestro natural se va antes á lo peor que á lo mejor*. Nótese, pues, que cuanto más dulce y suave parezca el natural de los niños y niñas, tanto más peligra su inocencia, y así cuiden los padres no olvidar estos consejos de la Santa. Primero, que tengan gran cuenta de las personas que tratan con sus hijos. Segundo, que el natural se va antes á lo peor que á lo mejor. Tercero, que la niñez es el mejor tiempo para criar virtudes, plantarlas y regarlas para que echen raíces antes que la malicia se descubra y tome fuerza con los ejemplos y doctrina perversa.

MÁXIMA.— Gran peligro es tratar, en la edad que se han de comenzar á criar virtudes, con personas que no conocen la vanidad del mundo, sino que antes despiertan por meterse en él.

FRUTO.— Guardaréme del trato con personas de diferente sexo, porque nuestro natural se va antes á lo peor que á lo mejor.

JACULATORIA.— Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guia y san José mi protector.

---

## LECCION XXIX.

## DIA 29 DE ENERO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Confiesa santa Teresa el peligro evidente á que se expuso, tratando con una parienta poco recatada. Doctrina admirable que da á los padres sobre la crianza de los hijos.

Aquí entra el mayor peligro en que se halló santa Teresa de perder la gracia. «Tomé, dice (1), todo el daño de una parienta que entraba mucho en casa. Era de tan livianos tratos, que mi madre la había mucho procurado desviar que tratase en casa (parece adivinaba el mal que por ella me había de venir), y era tanta la ocasion que había para entrar, que no había podido. A esta que digo me aficioné á tratar. Con ella era mi conversacion y pláticas, porque me ayudaba á todas las cosas de pasatiempo que yo queria, y áun me ponía en ellas, y daba parte de sus conversaciones y vanidades. Hasta que traté con ella, que fué de edad de catorce años, y creo que más, no me parece había dejado á Dios por culpa mortal, ni perdido el temor de Dios, aunque le tenía mayor de la honra. Este (temor de la honra) tuvo fuerza para no la perder del todo la honra, ni me parece que por ninguna cosa del mundo en esto me podía mudar, ni había amor de persona tal, que á esto me hiciera rendir. Así tuviera fortaleza en no ir contra la honra de Dios, como me la daba mi natural para no perder en lo que me parecia á mí está la honra del mundo, y no miraba que la perdía por otras muchas cosas y vías. En querer esto vanamente tenía extremo... Sólo para no perderme del todo tenía gran miramiento. Mi padre y hermana (la mayor D.<sup>a</sup> María) sentían mucho esta amistad; reprehendíanmela muchas veces: como no podían quitarla la ocasion de en-

(1) Vid., cap. II.

trar en casa, no las aprovechaban sus diligencias, porque mi sagacidad para cualquiera cosa mala era mucha. Espántame algunas veces el daño que hace una mala compañía, y si no hubiera pasado por esto no lo pudiera creer: en especial en tiempo de mocedad debe ser mayor el mal que hace: querría escarmentaran en mí los padres, para mirar mucho en esto. Y es así, que de tal manera me mudó esta conversacion, que de natural y alma virtuosa no me dejó casi ninguna señal, y me parece me imprimia sus condiciones ella, y otra que tenia la misma manera de pasatiempos. Por aquí entiendo el gran provecho que hace la buena compañía, y tengo por cierto que si tratara en aquella edad con personas virtuosas, que estuviéra entera en la virtud, porque si en esta edad tuviera quien me enseñara á temer á Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer. Despues, quitado este temor del todo, quedóme sólo el de la honra, que en todo lo que hacia me traia atormentada. Con pensar que no se habia de saber, me atrevia á muchas cosas bien contra ella y contra Dios.»

«Al principio dañáronme las cosas dichas (continúa), porque despues mi malicia para el mal bastaba, junto con tener criadas, que para todo mal hallaba en ellas buen aparejo: que si alguna fuera en aconsejarme bien, por ventura me aprovechara; mas el interés las cegaba, como á mí la aficion. Y pues nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecia, sino á pasatiempos de buena conversacion; mas puesta en la ocasion, estaba en la mano el peligro, y ponía en él á mi padre y hermanos: de los cuales me libró Dios, de manera que se parece bien procuraba contra mi voluntad que del todo no me perdiere; aunque no pudo ser con tanto secreto, que no hubiese harta quiebra de mi honra, y sospecha en mi padre: esto no duró tres meses. Como fué corto el tiempo, aunque se entendiese algo, no debia ser con certidumbre; porque como yo temia tanto la honra, todas mis diligencias eran en que fuese secreto, y no miraba que no podia serlo á quien todo lo ve. ¡Oh Dios mio! ¡Qué daño hace en el mundo tener esto en poco, y pensar que

ha de haber cosa secreta, que sea contra Vos! Tengo por cierto que se excusarian grandes males si entendiésemos que no está el negocio en guardarnos de los hombres, sino en no nos guardar de descontentaros á Vos... Una cosa tenia, que parece podia serme disculpa, si no hubiera tantas culpas, y es que era el trato con quien por via de casamiento me parecia poder acabar en bien, é informada de con quien me confesaba, y de otras personas, en muchas cosas me decian no iba contra Dios.»

Por estas últimas palabras se ve que no hubo cosa deshonesta, pues comunicándolo con los Confesores y otras personas, no pudiera hallar apoyo. Toda su culpa fué, pues, reducida á pasatiempo de conversacion, al peligro en que se ponía sin advertirlo, al disgusto que daba á su padre y hermana de tratar con quien ellos no querian, y todo iria dirigido, como dice, á casamiento con alguna persona, y esto lo confirma el medio que tomó el padre de entrarla en un monasterio de seglar para precaverla. Pero si estas faltas las lloró, y agravó tanto santa Teresa, ¿cuál deberá ser nuestro sentimiento por tantas culpas como hemos cometido y mucho más graves? Aquí se halla mucha doctrina para todos, y la iremos explicando poco á poco, para que se grave en el corazon y no se olvide jamás, como tan importante para la buena crianza de los hijos. Entre tanto no será perder tiempo que cada uno vuelva á leer esta doctrina, que por sí misma irá dando mucha luz á cada uno, y quizá mucho más que mis reflexiones, pues inspirará directamente la Santa al que vuelva á leer sus palabras con ánimo de aprovecharse.

MÁXIMA.—Puestos en la ocasion, está en la mano el peligro.

FRUTO.—Huir con sumo cuidado de las malas compañías, porque son la perdicion más comun de las almas.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guia y san José mi protector.

## LECCION XXX.

## DIA 30 DE ENERO.

ORACION.—;Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Lo que sucedió á santa Teresa con esta parienta que entraba mucho en su casa, nos enseña el daño que viene de permitir los padres estas mujeres que entran y salen con frecuencia y libertad.

No hay cosa que tanto haya lamentado la Santa como el peligro á que la expuso la parienta que entraba mucho en su casa. Este suceso debe abrir los ojos á los padres de familias que tienen hijos, para mirar bien á quienes permiten entrar en sus casas. Es verdad que muchas veces las circunstancias son tales que no pueden evitarse, como sucedía con ésta, que sin embargo de las prudentes diligencias de la madre, no pudo conseguir echarla y que no volviera; mas por lo mismo cuidó y evitó que sucediera ningún exceso mientras vivió, porque jamás perdía á su hija de vista. Y para una vez en que se verifique no poder evitar tales entradas, son innumerables las que pueden remediarse, y las más veces son excusas, respetos humanos é intereses particulares. El ser parientes no puede ser causa legítima para no impedir la entrada á quien perjudica al bien de los hijos. Siempre que se atraviesa algún interés ó resentimiento particular, ó una grande contrariedad en genios, se rompen las amistades y cesan las entradas y salidas, sin mucho respeto á los reparos del mundo, pues ó se buscan pretextos ó se cierran los amos diciendo, que cada uno sabe lo que le conviene. Lo cierto es que nunca hay motivo, ni conviene permitir entrar tales mujeres á todas horas en casa, y por maravilla continúan estas entradas y salidas muchos años sin un rompimiento escandaloso, que vale más prevenirlo que remediarlo.

Los padres deben mirar bien el carácter de las que

entran con tanta frecuencia, pues la experiencia enseña, que casa donde hay una ó muchas mujeres que entran de continuo y con libertad, no adelantan ni se gobiernan bien, porque ó son gente ordinaria, ó son medio señoras las que vienen. Las primeras no pueden tener otro fin que el interés, y lo han de procurar por todos los medios posibles, bien sea sirviendo, haciendo mandados, llevando y trayendo recados y billetes, entrando ó sacando, ó hurtando de la casa, adulando á unos y sembrando chismes de otros. Hay señoras que gustan tener alguna de estas mujeres, para saber lo que pasa en las casas vecinas y en la ciudad, pero no consideran que las tales harán otro tanto en las demás casas en que entran, diciendo en las unas lo que pasa en las otras, hablando al paladar y gusto de quien paga y oye, diciendo las más veces lo que debían callar, y callando lo que debían decir: de lo que resulta quitar á todos su honor, descubrir lo ajeno, sembrar chismes y ocultar á las madres el mal de sus hijas, vaciándolo todo en las casas ajenas.

Se pretexta que se necesitan para mil recados, porque no salgan las criadas, ó porque no pueden tener todas las necesarias á su servicio. Mas ésta es excusa vana: si es verdad lo que dicen (que no lo es las más veces), pueden efectuar lo que quieran sin darles entrada en lo interior de la casa. Es mejor, como hacen muchos, ó menos malo, cederles un cuarto bajo y darlas el sobrante de la comida, con la obligación de ir á lo que las manden, pero sin subir sino cuando las llamen. Las viejas suelen ser las más peligrosas donde hay gente moza, porque su edad las da más libertad para entrar á todas horas, y su experiencia las hace más astutas en sus consejos y obras para lograr sus intentos.

Si por razon de parentesco y alguna relacion ó igualdad entran, no como las primeras, sino como amigas, consejeras, y áun como maestras de las hijas, no son menos peligrosas, porque con tan especiosos pretextos logran el trato sin registro, como la parienta de santa Teresa, y como iguales ó casi iguales, se comunican

mejor sus devaneos y aficiones. Por lo comun éstas tienen más libertad que las hijas cerradas en casa de sus padres: es regular sepan más de mundo; y por lo mismo, ¿de qué hablarán sino de esto con las hijas? En efecto, no pueden hablar sino de lo que ven y oyen, de su galan y de sus vanidades. De aquí resulta excitar ideas que no tenia la hija inocente, aficionarse, comunicarse, y al fin servirse las hijas de familias de ellas para el trato con quien no puede entrar en casa, avisarle á donde van y otras cosas peores.

Sea, pues, regla general á los padres, que siempre que vean á una de estas dos especies de mujeres que entran y salen de su casa sin necesidad clara, ó cuando notan trato, miradas, conversaciones frecuentes con hijos, criados ó criadas, no se duerman; antes bien vean, sospechen y hagan algunas pruebas con disimulo. El amo de casa suele ser el último que sabe lo que debia saber el primero de todos. Si una santa Teresa, dotada de tan buenas inclinaciones, de tanto temor de Dios y de la honra, enemiga de cosas deshonestas, tan bien criada y tan reprendida de su padre y hermana mayor, en menos de tres meses de trato con esta parienta, comenzó á perder lo bueno que tenia, amar la vanidad y quizá pensar en casamiento sin noticia del padre, aunque tomando consejo de varios, ¿qué sucederá con los niños y niñas del dia que parece saben más á los seis años que antiguamente á los doce, cuyos padres les instruyen en las galas y vanidad antes que en la doctrina y áun antes que sepan andar? ¿A qué peligros no están expuestos? Todo esto deben mirarlo más los padres viudos, como el de Teresa, pues cuando comenzó este trato habia ya muerto su madre, que mientras vivió, zelando y cuidando como prudente, no dió lugar á la amistad; pero muerta ella quedó más expuesta la hija, aunque tenia hermana mayor que la reprendia; la parienta se tomó más libertad, y el buen padre confiado más de lo justo, vió á su hija, que era un Angel, expuesta al mayor precipicio.

MÁXIMA.—Tengo por cierto que se excusarian grandes males, si entendiésemos que no está el negocio en guardarnos de los hombres, sino en no nos guardar de descontentar á Dios.

FRUTO.—Pensaré siempre, al hacer alguna obra, que no hay cosa secreta para Dios, y por lo mismo debo hacerlo todo con pureza de intencion.

JACULATORIA.—Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guía y san José mi protector.

## LECCION XXXI.

### DIA 31 DE ENERO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... como en la página 1.

Aunque la honra y punto de honor contenga para algunas cosas, siempre es mentira y menos que nada el honor mundano, dice santa Teresa, y no hay más honra que el santo temor de Dios y desprecio de las riquezas.

Es cierto que el puntillo que el mundo llama honra contuvo á santa Teresa para no abandonarse con el trato de su parienta, y que éste la detenia de modo que ninguna aficion del mundo bastaria para que hiciese cosa que la deshonorase en el concepto de las gentes. Bien se conoce en estas palabras de la Santa que no estaba dominada de las aficiones sensuales, porque la experiencia enseña que en llegando á dominar la pasion, no se repara en puntillos, ó no se advierte, como dice la misma, *que se pierde por otras muchas vias*. Ciega la pasion, y así se cree que nadie ve ni entiende sus cosas; pero el mundo, que es un lince, un murmurador malicioso, adivina y aún adelanta. Con todo, este temor suele contener á los del mundo más que el de Dios, como la Santa confiesa por humildad que la sucedia á ella, aunque realmente era mayor el temor de Dios que el de la honra, pues dice: *Que no habia afi-*

*cion de persona que la pudiera hacer caer en un pecado venial de advertencia.* Pero como el dique de la honra humana sea todo *un punto* y de *tierra*, es preciso confesar que sólo sirve para contener el mal un poco en el principio hasta que la pasión toma fuerza, porque entonces atropella y ciega. Por tanto conviene buscar otro apoyo mayor contra el torrente impetuoso de las pasiones.

Hablando la Santa de algunas mercedes que recibía de Dios, dice (1): «En vista de estas mercedes de Dios, se fatiga el alma del tiempo que miró *puntos de honra*, y en el engaño que traía de creer que era *honra* lo que el mundo llama *honra*: ve que es grandísima mentira, y que todos andamos en ella. Entiende que la *verdadera honra* no es mentirosa, sino verdadera, teniendo en algo lo que es algo, y lo que es nada tenerlo en nada, pues todo es nada y menos que nada lo que se acaba y no contenta á Dios. Ríese de sí y del tiempo que tenía en algo los dineros y codicia de ellos. Si con ellos se pudiera comprar el bien que ahora veo en mí, tuviéralos en mucho; mas se ve que este bien se gana con dejarlo todo.»

«¡Oh váleme Dios! dice en el *Camino de perfeccion* (2): ¡si entendiéramos qué cosa es honra, y en qué está perder la honra! No hablo sino conmigo, el tiempo que me precié de honra; íbame al hilo de las gentes. ¡Oh! ¡de qué cosas me agraviaba que tengo vergüenza ahora! Y qué bien dijo quien dijo: que honra y provecho no podían estar juntos; y es al pié de la letra, que el provecho del alma y lo que el mundo llama honra no pueden estar juntos... Honras y dinero, tengo para mí (3), casi siempre andan juntos... Por maravilla hay honrado en el mundo, si es pobre, antes aunque lo sea en sí, lo tienen en poco. La pobreza trae una honraza consigo, que no ha menester contentar á nadie sino sólo á Dios... Es un gran señorío; digo que es señorear todos los bienes del mundo. ¿Qué se

(1) Vid. cap. xx, n. 9.

(2) Cap. xxxvi, n. 2.

(3) Cap. II, n. 3.

me da á mí de los reyes y señores, si no quiero sus rentas ni de tenerlos contentos, si un tantico se atravesia haber de descontentar en algo por ellos á Dios? ¿Ni qué se me da de sus honras, si ya tengo entendido en lo que está ser muy honrado un pobre que es en ser verdaderamente pobre?»

Por esta doctrina de la Santa se ve lo poco que hace la honra del mundo para la virtud, y que si parece que sirve algo en el principio, es mucho más lo que daña despues, ya porque la destruye el fuego de la pasion, ya tambien porque degenera en cosas malas y mentirosas, como hace ver la Santa. Debemos, pues, huir el mal por el santo temor de Dios, al que está vinculada la gracia y el poder, y no por *puntillos de honra*, que son *palillos secos de romero*, que se quiebran y lastiman al que se apoya en ellos, segun la frase que usa la Santa; y al fin, toda la *honra mundana* se funda en dineros, fausto y comodidades que nada sirven para la virtud. «¿Y qué es lo que se compra con estos dineros y riquezas? dice la Santa (1). Muchas veces se procura con ellas el infierno, y se compra fuego perdurable y pena sin fin. ¡Oh si todos diesen en tenerlos por *tierra sin provecho!* ¡Qué concertado andaria el mundo! ¡Qué sin tráfigos! ¡Con qué amistad se tratarian todos si faltase interés de honra y dineros! Tengo para mí se remediaría todo.»

Es punto de honor mantener el fausto y el tren aunque no haya fondos, y presentarse con mucho lujo ó decencia aunque no haya para comer. De aquí, ¡cuántas injusticias para adquirir, cuánta codicia, cuánta crueldad, no pagando las deudas, ni socorriendo á los pobres que mueren de necesidad! Es punto de honra no sufrir la menor injuria ni un descuido de palabra, vengar los agravios, no rozarse con los pobres, tener alto concepto de sí y querer que todos le rindan adoraciones. ¿Con esta especie de honra se puede hacer el hombre santo y virtuoso? Bien dice la Santa que se fatigaba viendo el engaño en que habia vivido, teniendo

(1) Vid., cap. xx, n. 19.

por honra lo que no es más que mentira, y que todo es nada lo que no contenta á Dios: que honra y provecho del alma no pueden estar juntos, y que no se hace en el mundo otra cosa que irse al hilo de la gente. ¡Tanta honra en el mundo de puntillos de tierra y de nada, y tan poco empeño y honra en ser verdaderos cristianos, en perdonar las injurias, sentir humildemente de sí, aborrecer las pompas renunciadas en el Bautismo, dar buen ejemplo, vivir casta y sóbriamente, con piedad, sin deudas ni trampas! Tiene, pues, razon la Santa en maldecir la honra del mundo, que sólo se halla en los dineros, y que con éstos sólo se puede comprar el infierno. Maldigámoslo nosotros tambien con santa Teresa, y en su lugar vistamos el santo temor de Dios y la humildad, que nos guardará de todo mal, no sólo á la vista de los hombres, sino en lo más secreto, pues en todas partes nos ve Dios, y cuidemos no perder por la honra del mundo la honra verdadera y la estimacion y favor de nuestro Dios.

MÁXIMA.— Todo es nada y menos que nada lo que acaba y no contenta á Dios.

FRUTO.— Despreciaré la honra vaná, porque es origen de infinitas bajezas.

JACULATORIA.— Viva Jesús mi amor, y María mi esperanza, santa Teresa mi guia y san José mi protector.

## LECCION XXXII.

DIA 1 DE FEBRERO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Compara la Santa la grandeza de Dios y de su amabilidad con el aparato, grandeza y delicadeza de honor que se ve en los grandes del mundo.

Continúa la Santa en su Vida (1): «Después que ví la gran hermosura del Señor, no veía á nadie que me pareciera bien; todo lo que veo me parece asco en comparación de lo que es oír una sola palabra de aquella divina boca. Comenzóme una gran confianza de este Señor, como con quien tenía conversacion tan continua: veía que aunque era Dios no se espanta de las flaquezas de los hombres; puedo tratar como con un amigo; aunque es Señor, porque entiendo no es como los que por acá tenemos por señores, que todo el señoría y honra lo ponen en autoridades postizas. Ha de haber hora de hablar y señaladas personas que le hablen: si es algun pobrecito que tiene negocio, más rodeos y favores y trabajos le ha de costar tratarlo. ¡Oh qué si es con el rey! Aquí no hay que tocar gente pobre y no caballerosa, sino preguntar quién son los más privados; y á buen seguro que no sean personas que tengan el mundo bajo de los piés, porque éstos hablan verdades, que no temen ni deben: no son para palacio, que allí no se deben usar, sino callar lo que mal les parece, que áun pensarlo no deben osar, por no ser desfavorecidos. ¡Oh Rey de gloria y Señor de todos los reyes, como no es vuestro reino armado de palillos, pues no tiene fin! ¡Cómo no son menester terceros para Vos! Con miraros se ve que sois solo el que merece ser llamado *Señor*. Segun la majestad que mostrais, no es

(1) Cap. xxxvii, n. 2.

menester gente de acompañamiento, ni de guardas, para que conozcan que sois *Rey*; porque acá un rey solo, mal se conocería por sí: que no tiene más que los otros, y así es razon que tenga estas autoridades positivas, porque sino no le tendrían por nada. ¡Oh *Señor* mio y *Rey* mio! ¡Quién supiera ahora representar la majestad que teneis! Es imposible dejar de ver que sois *grande Emperador* en Vos mismo, que espanta mirar esta majestad; pero más me espanta, Señor, mirar con ella vuestra humildad y el amor que mostrais á una como yo. En todo se puede tratar y hablar con Vos como quisiéramos, perdido el primer espanto, para no ofenderos; mas no por miedo del castigo, porque éste no se tiene en nada en comparacion de no perderos á Vos.»

Pasa adelante la Santa, y se queja á Dios de que se le esconda algunas veces, como pudiera quejarse de un amigo igual, y así le dice: «Si yo pudiera esconderme de Vos como Vos de mí, y quisiera esconderme de Vos, creo del amor que me teneis, que no lo sufriríades: pues Señor, mírame, que se hace agravio á quien tanto os ama. Estas y otras cosas me ha acacido decir, y todo lo sufre el Señor, y esto que doy mis quejas en todo mi seso. Alabado sea tan buen Rey. ¿Llegáramos á los de la tierra con estos atrevimientos? Aun al Rey no me maravillo que no se ose hablar, que es razon se tema, y á los señores que representan ser cabezas; mas está el mundo ya de manera, que habian de ser más largas las vidas para deprender los puntos (de etiqueta y formalidad) y novedades y maneras que hay de crianzas, si han de gastar algo de ellas en servir á Dios. Yo me santiguo de ver lo que pasa. El caso es, que yo ya no sabia cómo vivir cuando aquí me metí; porque no se toma á burla cuando hay descuido en tratar con las gentes mucho más que merecen, sino que tan de veras lo toman por afrenta y contra su honor, que es menester hacer satisfacciones de vuestra intencion, si hay, como digo, descuido, y aún plega á Dios lo crean. Yo no sé en qué ha de parar (tanta etiqueta). Yo no hé cincuenta años, y he visto tantas mudanzas, que no sé

vivir. Aun para títulos de cartas es ya menester que haya cátedra á donde se lea cómo se ha de hacer. Mas ¡en qué boberías me he metido! Por tratar de las grandezas de Dios he venido á hablar de las bajezas del mundo. Allá se avengan los que con tanto trabajo sustentan estas *naderías*. Plega á Dios que en la otra vida, que es sin mudanzas, no las paguemos. Amen.» Hasta aquí la Santa, en que da muy mucho que meditar á cada uno. Lo primero, el original contraste que hace entre la grandeza de Dios y de los hombres. Esta, como no les es propia y esencial á los mortales, se sostiene con *autoridades postizas*, en la gravedad enfadosa, y en la exterior grandeza, que suele causar un orgullo interior, que los hace insufribles á todos en el exterior. La de Dios, como natural, causa el respeto por sí sin artificio ni exterioridades, reuniendo el respeto á la más suave amistad y dulzura de trato. Lo segundo, debemos meditar las verdades sublimes que dice santa Teresa, poniendo en ridículo todas las etiquetas y puntillos del honor mundano. Plega á Dios, dice, que en la otra vida no paguemos estas *naderías*. Vuélvase á leer esta lección, que no será tiempo perdido, y la santa dará á cada uno la luz y reflexión que le convenga, mejor que lo pudiéramos decir nosotros.

MÁXIMA.— Está el mundo ya de manera, que habian de ser más largas las vidas para deprender los puntos y novedades y maneras que hay de crianzas, si han de gastar algo dellas en servir á Dios.

FRUTO.— Puesto que el mundo está para no oír verdades, despreciaré sus dichos por seguir al Rey de la gloria y Señor de todos los reyes.

JACULATORIA.— Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

## LECCION XXXII.

DIA 2 DE FEBRERO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Caso terrible de un condenado que vió santa Teresa en ocasion que pensaba en los defectos de su niñez, relativo á conocer en lo que paran todas las honras del mundo, con doctrina muy interesante.

Cuando santa Teresa consideraba los defectos de su niñez y el mucho cuidado que ponía en lo que el mundo llama *honra*, dice lo siguiente (1): «Estando una noche en oracion, comenzó el Señor á decirme algunas palabras, trayéndome á la memoria lo mala que habia sido mi vida. Díjome que tuviera en mucho querer el Señor que se pusiera en él voluntad, que tanto se habia empleado en vanidades. Otra vez me dijo, me acordara, cuando parece tenia por *honra* el ir contra la suya... Hace un espanto al alma grande, ver como osó, ni puede nadie osar ofender una Majestad tan grandísima.

«Otra vez me acaeció así otra cosa, que me espantó muy mucho. Estaba en una parte, donde murió una persona, que habia vivido harto mal, segun supe, y muchos años: mas habia dos que tenia enfermedad, y en algunas cosas parece estaba con enmienda. Murió sin confesion, mas con todo eso no me parecia á mí se habia de condenar. Estando amortajando el cuerpo, ví muchos demonios tomar aquel cuerpo, y parecia que jugaban con él, y hacian tambien justicias en él, que á mí me puso gran pavor, que con garfios grandes le traian de uno en otro. Como le ví llevar á enterrar con la *honra* y ceremonias que á todos, yo estaba pensando la bondad de Dios, que no queria fuese infamada aquella alma, sino que fuese encubierto ser su enemiga: estaba yo medio boba de lo que habia visto. En todo el Oficio no ví más demonios:

(1) Vid., cap. xxxiii, n. 41.

despues, cuando echaban el cuerpo en la sepultura, era tanta la multitud que estaban dentro para tomarle, que yo estaba fuera de mí de verlo; y no era menester poco ánimo para disimularlo. Consideraba qué harian de aquel alma, cuando así se enseñoreaban del triste cuerpo. Pluguiera al Señor que esto que yo ví vieran todos los que están en mal estado, que me parece fuera gran cosa para hacerlos vivir bien. Todo esto me hace conocer más lo que debo á Dios, y de lo que me ha librado.»

Buena materia nos da la Santa para meditar en este suceso. Por lo comun se muere como se vive. San Agustín nos advierte, que aunque el Buen Ladrón se convirtió al morir, pero que debemos notar, que fué *uno* para que nadie desespere, pero que fué *solo* para que nadie presuma. Este hombre, de que habla santa Teresa, habia vivido mal, pero dos años de enfermedad le habian podido amortiguar las pasiones, y parece se habia enmendado en algunas cosas, aunque sin duda le sucederia lo que sucede con frecuencia á los poderosos del mundo, que nadie se atreve á decirles el peligro con tiempo, y mueren sin confesion como este; y si se confiesan, ó bien es, disminuyendo el peligro, ó cuando ya no están para arrepentirse ni acordarse de sus pecados, y por esto puede decirse, y con verdad, que los más mueren de repente. ¿Que la sucedió á santa Teresa cuando estuvo tan mala? Quedarse como muerta, sin haber permitido su padre se confesara, y esto, aunque lo pedia, por no asustarla ni decirle el peligro, como veremos.

El hombre, de quien se habla aquí, se condenó, no por morir sin confesion, sino por haber vivido mal, pues una hermana de la Santa murió sin confesion, y un hermano de repente, y se salvaron. Tambien contribuyó á condenarse él que los asistentes, por estilo de mundo y prudencia ó punto de honor, no le avisaron con tiempo del peligro. Nadie sino Teresa vió la condenacion de este infeliz, porque nadie quizá pensó en la vida futura mientras el funeral, deslumbrados con el aparato exterior y últimos honores que le hacian al mismo tiempo que era el juguete de los demonios. Quiso Dios guar-

darle el *honor* del mundo, á quien sólo pensó en vida en este *vano honor*; pero ¿qué le sirve ni sirvió todo el funeral, que por su aparato de lucimiento más es consuelo de vivos que sufragio de muertos? Honraban su cuerpo en el mundo, mientras Dios le sentenciaba al infierno. Se veía rodeado de luces y pompa mientras ardía en los tormentos, y le ofrecían sufragios mientras maldecía su suerte. Mundo infeliz, gloria vana, honor cómico y orgulloso, aunque más vergonzoso para los hombres. Abrid los ojos, y ved la mayor miseria rodeada en este funeral de la más soberbia iluminacion ¡Oh Dios mio! ¡Qué gracia será el que queráis admitir nuestra voluntad en vuestro servicio, sin embargo de haberse empleado en vanidades! *Acordémonos*, con más razon que santa Teresa, *del tiempo que hemos tenido por honra ir contra la honra de Dios*. Si Teresa oyó esta voz divina con tal espanto, ¿cuál sería el de este condenado al oír su sentencia? Temamos, y no *osemos* ofender por vano honor, una majestad tan grandísima. Meditemos en toda ocasion, que vemos la gloria, honor y aplauso que da el mundo á sus héroes, cuán poco es todo esto, si no lo confirma el cielo con su sentencia; y por el contrario, cuando nos veamos despreciados, envilecidos y sin el honor del mundo, tengámonos por felices si amamos la virtud, pues no es grande con verdad el que es honrado de los hombres, sino el que lo es de Dios.

MÁXIMA.—No es honra ir contra la honra de Dios.

FRUTO.—Considerar qué hará el demonio contra la pobre alma cuando así se enseñoreaba del triste cuerpo, como vió santa Teresa, y guardarnos de caer en manos de tan fiero enemigo.

JACULATORIA.—Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa*.

## LECCION XXXIV.

## DIA 3 DE FEBRERO.

ORACION.—¡ Oh Dios mio... como en la página 1.

Santa Teresa instruye á los padres de familias en el cuidado que deben tener de las compañías de sus hijos, y personas que los tratan.

Cuando la Santa reflexiona el daño que recibió con el trato de su parienta liviana, dice: «Si yo hubiera de aconsejar, dijera á los padres que en esta edad (de doce á catorce años) tuvieran gran cuenta con las personas que tratan á sus hijos, porque aquí está mucho mal, que se va nuestro natural antes á lo peor que á lo mejor. Así me acació á mí, que tenía una hermana (D.<sup>a</sup> María) de mucha más edad que yo, de cuya honestidad y bondad, que tenía mucha, no tomaba nada, y tomé el daño de una parienta, etc. Espántame el daño que hace una mala compañía, en especial en tiempo de mocedad, y quisiera escarmentaran los padres en mí, para mirar esto mucho.»

Si los padres meditan bien estas palabras, abrirán sin duda los ojos para celar sobre los que acompañan sus hijos y tienen amistad con ellos. Esta máxima es sin duda una de las principales reglas para la buena crianza, así civil como espiritual, pues como dice la Santa: *Si en aquella edad tuviera quien me enseñara á temer á Dios, fuera tomando fuerzas el alma para no caer* (1).

Y en otra parte añade: «De mí sé decir, que si el Señor no me descubriera esta verdad, y diera medios para que muy de ordinario tratara con personas que tienen oracion, cayendo y levantando, iba á dar de ojos en el infierno, porque *para caer habia muchos amigos*

(1) Vid., cap. vii, n. 43.

que me ayudasen: para levantarme, hallábame sola, y tan sola, que ahora me espanto, como no estaba siempre caída.» Y debe notarse que la Santa habla aquí de cuando ya comenzaba á tener oracion: ¿qué será, pues, en los niños, cuando nada entienden de esto? «Yo tengo mucho miedo, dice la Santa (1); que sino hay desde ahora gran cuenta con esos niños (hijos de su hermano) se podrian presto entrometer con los demás desvanecidos de Avila.»

Sea, pues, el primer aviso á los padres el del Eclesiástico (2): «¿Tienes hijos? Pues edúcalos y dómalos desde la juventud.» El filósofo Sófocles lloraba el no haber sido instruido cuando niño, y aún eran mayores las lágrimas de san Agustin por no haber tomado los consejos de su madre. Si los padres cuidasen de los hijos, estarian de sobra las cárceles y castigos, decia Séneca. Esta crianza consiste principalmente en separarlos y precaverlos de las malas compañías, y de los otros jóvenes disolutos. Es un contagio el vicio de la vanidad y el libertinaje, que se pega más que la lepra. Como el demonio interesa tanto en ganar las primeras acciones y obras de los niños, ciega á los padres para que no vean ó no cuiden de examinar el carácter de aquellos con quienes tratan. «Sabe, dice santa Teresa (3), el demonio, que todo el remedio de un alma está en tratar con los amigos de Dios, y esto de ver hacer una, lo que ve resplandecer de virtud en otra, pégase mucho. Este es un buen aviso, no se os olvide. Buen remedio es para tener á Dios tratar con sus amigos; siempre se saca ganancia, yo lo sé por experiencia; y que despues del Señor, si no estoy en el infierno, es por personas semejantes (4).» Es un defecto de fatales consecuencias fomentar en los niños como por diversion el amor á las galas, diciéndoles que les está la cosa muy linda. Bastante se lo sabrán ellos sin que se lo digan. Si á esto se añade darles por compañía, para sus juegos y diver-

(1) Tom. 1, cart. 49, n. 3.

(2) Cap. vii.

(3) Vid., cap. xxiii.

(4) Cam. de perf., cap. vii.

siones, otros que quizá están más mal criados y despiertos para el lujo y vicio, hagan cuenta los padres que han perdido sus hijos. Si éstos se acompañan con jóvenes atolondrados y viciosos, luego serán todos iguales en la maldad. Ni esto es querer se crien los hijos como cartujos, pues hay cosas que igualmente los pueden divertir que instruir sin peligro. Vayan siempre los hijos con la madre ó con el padre, ó con alguna persona juiciosa, que cuidando y estando á la vista, ya pueden divertirse con otros de su edad. El ejercicio de paseo, de pelota y otros semejantes, segun la complexion y circunstancias de cada uno, los distrae y ocupa sin mucho peligro; mas el estar los niños solos, cerrados ó sin testigó, los expone unos con otros, y lo mismo sucede á las niñas, y más si están mezcladas con aquellos, y sin que nadie los vea. Léjos de creer que convenga el encerramiento á los niños, ú ocupacion seria de continuo, ó la soledad y falta de trato, entiendo les conviene ventilarse, hacer ejercicio, dejarlos jugar y que traten gentes; mas la prudencia de los padres debe zelar lo que ellos no pueden comprender en sus peligros. Las niñas piden otra educacion. No necesitan ejercicio ni tanto trato, pero sí ocupacion y diversion que las evite la ociosidad y el fastidio á la labor de manos.

Medítense bien los consejos de santa Teresa, y será perfecta la educacion espiritual, sin perjuicio de la civil, aunque ésta debe siempre modelarse bajo las reglas de religion. La Santa, cuando niña, por diversion leía, cantaba con su hermano el *para siempre pena ó gloria*, se ensayaba en la vida eremítica, como otras en ser señoras desde niñas. A este modo se ve como hay infinitas cosas inocentes y buenas, que se pueden promover en las niñas y niños por juego y recreo.

En fin, si santa Teresa decia (1): «Cuando yo veo que Judas fué malo en compañía de los Apóstoles, y tratando siempre con el mismo Dios, y oyendo sus palabras, entiendo que no puede haber seguridad en ningun es-

(1) Mor. v, cap. iv, n. 5.

tado ni compañía,» ¿qué será de los que están metidos en las ocasiones del mundo?... Sean, pues, linceos los padres, pues la Santa continúa diciendo: «No hay encerramiento tan encerrado; á donde no pueda entrar el demonio, ni desierto tan apartado á donde deje de ir. La diligencia que á mí se me ofrece más cierta, *es andar con particular cuidado y aviso.*» Háganlo así los padres, y criarán bien los hijos.

MÁXIMA.— Despues del Señor, sino estoy en el infierno, es por la buena compañía. No se olviden de este aviso los padres.

FRUTO.— Huir de las malas compañías y del trato de gente sin fe.

JACULATORIA.— Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumaré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

---

## LECCION XXXV.

DIA 4 DE FEBRERO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Enseña santa Teresa el mal que resulta á los hijos de la demasiada familiaridad con los criados y criadas, y á este fin presenta el ejemplo de una señora noble, rica, hermosa y viuda, que nos enseña la buena crianza práctica de los hijos.

Uno de los más grandes documentos de santa Teresa es la sencilla confesion que hace del daño que la vino por los criados y criadas de su casa, pues dice: «*Para todo mal hallaba en ellas buen aparejo, que si alguna me aconsejara bien, por ventura me aprovechara; mas el interés las cegaba, como á mí la afición.*» Es bien cierto todo esto, y que en criados y criadas hallan los hijos apoyo para todo lo malo: al que sirve le ciega el inte-

rés, y al jóven la afición. Reflexionen los padres, como santa Teresa, lo que les sucedía cuando pequeños con criados y criadas, y lo mucho que se sirvió de ellas para sus travesuras y cosas secretas, y palpará el daño que amenaza á sus hijos, pues ni el mundo ha mejorado, ni los criados son más santos, ni los hijos menos traviesos. Dejo á un lado las madres, que por vanidad ó comodidad propia, aunque con mil pretextos, dan sus hijos á criar á una mujer extraña, y así los exponen á daños corporales y espirituales sin número, á contagiarnos, bebiendo con la leche el interés con que la vendieron y las malas inclinaciones de las amas. Hablo sólo de los padres y madres que confían demasiado de los criados y criadas para el cuidado de sus hijos. La razon natural por sí sola nos presenta lo común que debe ser el descuido de ellos en cosa que nada les toca, y mucho menos que á los padres que ven abandonar sus propios hijos. Lo que hacen los criados es estudiar las inclinaciones de los hijos de familias, darles sogas, fomentar sus vicios y cubrirles sus extravíos, pues, como dice la Santa, *el interés* les ciega á éstos, y la *afición* á los otros. Y en efecto, ¿qué pueden enseñarles los criados si los tienen á su disposición muchos ratos? De pequeños, por modo de gracia y diversion, les enseñan palabras malas, y cuando mayores, encubren sus vicios, para que no lleguen á noticia de los padres, y aún quizá les buscan y fomentan los ratos, que sólo por su medio pueden lograr, abriéndoles camino para su ruina y perdición. No necesitan los padres mis reflexiones para inferir las muchas y fatales consecuencias que de aquí resultan contra sus hijos, contra su casa, y contra la crianza buena, civil y cristiana.

Un ejemplo bien singular nos refiere santa Teresa, que por sí solo cierra la boca á todas las excusas que suelen dar los señores y señoras, para dorar sus descuidos en órden á la crianza de sus hijos (1): «En este lugar (Valladolid) hay una señora que llaman D.<sup>a</sup> María de Acuña, hermana del conde de Buendia, que fué

(1) Fundaciones, cap. x, n.º 9.

casada con el Adelantado de Castilla. Muerto él, comenzó á hacer vida de tanta santidad y á criar sus hijos en tanta virtud, que mereció los quisiera el Señor para sí. Eran tres los hijos. Una de las hijas fué luego monja, otra no se quiso casar, sino que hacia vida ejemplar con su madre. El hijo de poca edad comenzó á conocer lo que era el mundo, y á llamarle Dios á la religión, de tal suerte que no bastó nadie á estorbárselo, aunque su madre no mostraba su gozo, por los deudos que se oponían mucho, y aún más á la hija monja, como veremos en la fundacion de Valladolid. En fin, cuando el Señor quiere para sí un alma, tienen poca fuerza todas las criaturas para estorbarlo.» Mas entrando en el modo con que esta señora habia criado tan bien sus hijos, continúa la Santa (1). «Tenia sus hijos criados en esto, que desde siete años los hacia entrar á tiempos en un oratorio, y les enseñaba como habian de considerar en la Pasion del Señor, y los hacia confesar á menudo, y así ha visto tan buen suceso de sus descos, que era quererlos para Dios, y así me ha dicho ella, que siempre se los ofrecia y suplicaba los sacase del mundo, porque ya estaba ella desengañada de lo poco que se ha de estimar. Considero yo algunas veces, continúa la Santa, cuando ellos se vean gozar de los gozos eternos, y que su madre fué el medio, las gracias que la darán, y el gozo accidental que ella terná de verlos; y cuán al contrario será los que por no los criar sus padres como á hijos de Dios, que lo son más que no suyos, se vean los unos y los otros en el infierno, las maldiciones que se echarán y las desesperaciones que ternán.»

Pocas serán las madres que crien sus hijos tan cristianamente como esta señora, y por lo mismo hay pocas que los vean bien logrados despues, y Dios las castiga aún en este mundo muchas veces, permitiendo que el desordenado amor sea causa de los disgustos que les dan en la mayor edad. Esta señora era noble, jóven, rica, hermosa y viuda. ¿Qué dirán los que buscan pretextos en estos títulos para fiarlos á criados y cria-

(1) Fundaciones, cap. xi, n.º 4.

das y á extraños, descuidando de su educacion. «¡ Oh Señor! exclama santa Teresa (1). ¡Qué gran merced hacéis á los hijos que les dais tales padres como esta señora, que aman tan verdaderamente á sus hijos, que sus estados, mayorazgos y riquezas quieren que los tengan en aquella bienaventuranza que nó ha de tener fin! Cosa es de gran lástima, que está ya el mundo con tanta desventura y ceguedad, que les parece á los padres que está su honra en que no se acabe la memoria de este estiércol de los bienes de este mundo, y que no lo haya de que tarde ó temprano se ha de acabar, y todo lo que tiene fin, aunque dure, se acaba, y hay que hacer poco caso de ello; y que á costa de los pobres hijos quieren sustentar los padres sus vanidades, y quitar á Dios con mucho atrevimiento las almas que quiere para sí, y á ellas con tan gran bien, que aunque no hubiera el que ha de durar para siempre, que les convida Dios con él, es grandísimo verse libres de los cansancios y leyes del mundo, y mayores para los que más tienen.» (Esto dice la Santa por la gran persecucion que tuvo la hija monja por no quererse casar, dejando sus títulos, como veremos en la fundacion de Valladolid). «Abridles, Señor mio, sigue la misma, abridles los ojos, dadles á entender qué es el amor que están obligados á tener á sus hijos, para que no les hagan tanto mal, y no se quejen delante de Dios en aquel juicio final de ellos, á donde, aunque no quieran, entenderán el valor de cada cosa.»

Así hablaba la Santa, porque conocía bien el punto fundamental de este gran mal, que es creer los señores no pueden prescindir por su honor y nacimiento de dar libertad á sus hijos, abandonarlos á criados, ó enseñarles á ser orgullosos con ellos, y aún mucho más, á separarlos de la vocacion de la Iglesia ó del claustro; sólo parece cuidan de imponerlos en el orgullo de su rango ó estado, que son las vanidades; pues de lo contrario, se persuaden que serán mirados como ridículos é insociables, y se harán la fábula y vituperio del mun-

(1) Fundaciones, cap. x, n.º 9.

do. Mas si de buena fe se miran los padres que crian bien sus hijos, se verán precisados á confesar, que así los padres como toda su familia son el ejemplo del pueblo, y los que merecen y se llevan el aprecio de los sensatos y juiciosos. Ni la razon, ni la justicia, ni áun el honor mundano puede cohonestar que se violenten los hijos para que no entren en el estado eclesiástico ó regular, y con fuerzas y ardidés bien engañosos se les incline á la vanidad y al matrimonio. Toda violencia ó artificio para tomar estado, sea el que fuere, es un delito enorme, y quizá lo es más para darlos al mundo que á Dios, como en este caso sucedió, segun veremos. Por esto la Santa exclama (1): «¡Oh gente ilustre! Abrid los ojos: mirad que los verdaderos caballeros de Jesucristo y príncipes de su Iglesia, un san Pedro y san Pablo, no llevaron el camino que llevais de eternizar los nombres y familias. ¿Pensais por ventura que ha de haber nuevo camino para vosotros? No lo creais.»

MÁXIMA.—Para todo mal hállese aparejo en los criados poco temerosos de Dios.

FRUTO.—Evitar el trato de personas disolutas.

JACULATORIA.—Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

(1) Fundaciones, cap. x, n.º 9.

## LECCION VI.

## DIA 5 DE FEBRERO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Segunda época de la vida de santa Teresa, en que toma su padre la resolucion de llevar á su hija á un monasterio de educacion, en cuya relacion nos da la Santa grandes documentos.

Entra santa Teresa en la segunda época de su vida, despues de haber pasado por varios estados en su niñez hasta los quince años. Su buen natural y la cristiana educacion la pusieron en estado de que á los trece años parecia haber corrido una vida completa de santidad, pues la vimos de seis á siete años salir con su hermano D. Rodrigo para ser mártir, y vuelta á su casa por su tio, se ejercita allí en lecturas santas, rezos devotos, limosnas, oraciones y buenas obras delante de una imágen de Jesucristo que estaba pintada con la Samaritana, que la pedia el agua de la vida eterna. Tambien la vimos, cuando murió su madre, arrojarle á los piés de otra imágen de María Santísima, pidiéndola fuera su madre desde entonces, y como se aficionó mucho á la soledad. Se resfrió de este fervor por tres meses, leyendo libros profanos, dando entrada á unos primos suyos, haciendo amistad con la parienta menos recatada, como vimos. Todo esto lo permitió María Santísima, sin embargo de haberla recibido por hija, porque quiso darla materia para que se radicara en la humildad, que es el más sólido fundamento de la virtud, y que tuviera materia de lágrimas para no desconocer la misericordia de Dios y su gracia, cuando se viera tan favorecida. Tal fué la providencia de Dios.

Velaba tambien su padre como buen cristiano, y habiendo notado el desmedro de su hija, aunque la estimaba mucho, como su amor era con relacion á Dios y al bien del alma de Teresa, pensó sériamente en su re-

medio, y esto en el principio del mal, que es más fácil evitar, sacrificando el cariño natural. Determinó, pues, sacarla de su casa, y llevarla á un convento de Monjas Agustinas de la misma ciudad de Avila, que se llamaba Nuestra Señora de Gracia, donde se criaban otras doncellas seglares y nobles con mucho recogimiento, y la colocó allí á los quince años poco más ó menos, para librarla de los peligros. Este convento de San Agustín se fundó el año 1590 por el P. Juan de Sevilla, vicario general de los Agustinos, y tuvo entre los capellanes y confesores á santo Tomás de Villanueva, que en efecto hace mencion de él el mismo Santo en dos sermones del Santísimo Sacramento. El padre, como tan prudente y avisado, tomó por pretexto, mirando su honor y la malicia del mundo, de que casando la hija mayor D.<sup>a</sup> María, de la primera mujer, con D. Martín Guzman de Barrientos en Castellanos de la Cañada, no era razon de dejar sola á Teresa en casa sin madre. «Me parece, dice la Santa (1), no habian pasado tres meses en estas vanidades, cuando me llevaron á un monasterio que habia en este lugar, donde se criaban personas semejantes, aunque no tan ruines en costumbres como yo; y con tan gran disimulacion, que sola yo y algun deudo lo supo, porque aguardaron coyuntura que no pareciese novedad; porque haberse casado mi hermana, y quedar yo sola sin madre, no era bien. Era tan demasiado el amor que mi padre me tenia, y la mucha disimulacion mia, que no habia creer tanto mal de mí, y así no quedó en desgracia conmigo. Los ocho primeros dias sentí mucho, y más la sospecha que tuve se habia entendido la vanidad mia, que no de estar allí; porque yo ya andaba cansada, y no dejaba de tener gran temor de Dios cuando le ofendia, y procuraba confesarme con brevedad; traia un desasosiego, que en ocho dias, y aún creo menos, estaba muy más contenta que en casa de mis padres, y todas lo estaban conmigo.»

Por lo dicho se ve que Teresa no perdía jamás el te-

(1) Vid., cap. II, n.º 3.

mor de Dios, y que si hacia alguna falta luego se confesaba; que sus vanidades no duraron tres meses, y que ya estaba cansada de ellas. ¡Oh! si todos los pecados que nosotros debemos llorar no fuesen mayores que éstos, ¡cuán felices seríamos! ¡Qué rasgos de prudencia se ven en el padre! ¡Qué sumision en la hija, y qué mútuo amor entre los dos! «Como yo temia tanto la honra, dice, todas mis diligencias eran en que fuese secreto, y no miraba no podia serlo á quien todo lo ve. ¡Oh Dios mio! ¡Que daño hace en el mundo tener esto en poco, y pensar que ha de haber cosa secreta que sea contra vos! Tengo por cierto se excusarian grandes males si entendiésemos que no está el negocio en *guardarnos de los hombres*, sino en no nos guardar de descontentaros á Vos.»

Aunque ya en otra parte nos dijo esto mismo santa Teresa, y reflexionamos sobre ello, ahora debemos meditarlo por otro aspecto, esto es, con el fin de que teniendo presentes estas palabras, no obremos el mal ni en público ni en secreto. El temor de perder la honra no puede tener influjo en el corazon, si sólo en las acciones que se ven y se exponen al juicio y censura del mundo. Mas el temor de Dios, que todo lo ve, nos hará justos en público y secreto, pues en todas partes ve el Señor si deseamos contentarle ó nó. Los padres de familia deben tomar ejemplo del de Teresa para velar sobre sus hijos y cortar el mal en su principio, antes que eche raíces. No se cieguen con el amor de carne, no miren como gracias las liviandades, ni dilaten su remedio. Sean prudentes para que no se trasluzcan las cosas de su casa, pero no omitan el remedio, aunque cueste algun sacrificio á su amor. No pierdan jamás el norte de la cristiana educacion de sus hijos en la edad menor. Aprendan tambien los jóvenes á no abandonar el santo temor de Dios, la frecuencia de Sacramentos, el Rosario, el culto de las Imágenes, devociones, lecturas de buenos libros, y no se hagan sordos á los latidos de la conciencia; pues si Teresa con tanta virtud y cuidado de sus padres se vió en peligro de perderse, y quizá se hubiera perdido si durara más tiempo su tibieza,

¿qué será de aquellos que se crian sin freno en sus pasiones, que sus mismos padres se las fomentan, y áun les dan rienda suelta con la vanidad? Pero cuiden los padres que colocan sus hijos en monasterios de educacion, que sean propios para esto; no sea sacarlos de un peligro, y ponerlos en otro mayor; quiero decir, no sea caso que tengan más libertad para tratar con quien no deben ni podrian en sus casas, ó que se corrompan unas niñas con otras, pues hay grande peligro en los seminarios de niños y niñas. Hay ocasiones indispensables en que deben colocar allí sus hijas, como sucedió al padre de Teresa, por quedar ésta sola sin madre ni hermana mayor; más si la madre es juiciosa y puede cuidar de la hija, quizá lo podrá hacer mejor por sí, y en su casa, sin exponerla á la compañía de otras. Bueno es un año de monasterio para tomar los principios de Religion, pero para las labores y el recogimiento pueden hacerlo muy bien las madres juiciosas, pero no las vanas, las libres, y las que abandonan las hijas al mundo.

MÁXIMA.—Todo el mal del mundo nace de pensar ú obrar como si hubiese cosa secreta para Dios.

FRUTO.—Procurar que los hijos, si no son educados por padres católicos, se coloquen en colegios donde se les enseñe el temor de Dios con las letras.

JACULATORIA.—Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

---

## LECCION XXXVII.

DIA 6 DE FEBRERO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

El contento de Teresa en el convento á pocos días, y los principios de su vocacion nos enseñan cómo debemos conducirnos para elegir estado.

Como el corazon de Teresa no estaba corrompido, cuando entró en el Monasterio de seglar, luego se sosegó del sentimiento natural, y del temor que tenia de que se trasluciera la causa. «A los ocho dias, dice (1), y aún creo en ménos, estaba yo más contenta que en casa de mi padre. Todas lo estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, y así era muy querida, y puesto que yo estaba entónces enemiguísima de ser monja, holgábame de ver tan buenas monjas, *que lo eran mucho las de aquella casa.* Aun con todo, no me dejaba el demonio de tentar y buscar los de fuera, como me desasosegar con recados: como no habia lugar, presto se acabó, y tornó mi alma á acostumbrarse en el bien de mi primera edad, *y vi la gran merced que Dios hace á quien pone en compañía de buenos.*» Habia una monja (D.<sup>a</sup> María Brizeño, en cuyo pecho vieron algunas Religiosas entrarse una estrella poco ántes que entrara la Santa) que hacia de Maestra de las doncellas seglares y dormia en [la misma habitacion. De ésta, que fué quien la aficionó al estado, dice (2): «Pues comenzando á gustar de la buena y santa conversacion de esta monja, holgábame de oirla cuán bien hablaba de Dios porque era muy discreta y santa. Comenzóme á contar, como ella habia venido á ser monja por solo leer lo que dice el Evangelio: Muchos son los llamados,

(1) Vid., cap. II.

(2) Vid., cap. III.

y pocos los escogidos: decíame el premio que daba el Señor á los que todo lo dejaban por él. Comenzó esta buena compañía á desterrar las costumbres que habia hecho la mala, y tornar á poner en mi pensamiento deseos de las cosas eternas, y á quitar algo la gran enemistad que tenia con ser monja, que se me habia puesto grandísima; y si veia á alguna tener lágrimas cuando rezaba, ú otras virtudes, habíala mucha envidia, porque era tan recio mi corazon en este caso, que si leyera toda la Pasion, no llorara una lágrima. Esto me causaba pena. Estuve año y medio en este monasterio harto mejorada. Comencé á rezar muchas oraciones vocales, y á procurar con todas me encomendasen á Dios, que me diese el estado en que le habia de servir; mas todavía deseaba no fuese monja, que esto no fuese Dios servido dármele, aunque tambien temia casarme. Al cabo de este tiempo que estuve aquí, ya tenia más amistad de ser Monja, *aunque no en aquella casa, por las cosas más virtuosas que despues entendí que tenían*, que me parecían extremos demasiados, y habia algunas de las más mozas que me ayudaban en esto, que si todas fueran de un parecer mucho me aprovechara. Tambien tenia yo una grande amiga en otro monasterio (Juana Suarez), y esto me era parte para no ser monja, si lo hubiera de ser, sino á donde ella estaba. Miraba más el gusto de mi sensualidad y vanidad, que lo bien que me estaba á mi alma. Estos buenos pensamientos de ser monja me venian algunas veces, y luego se quitaban, y no podia persuadirme á serlo.»

Aquí se comienza á descubrir la economía de la Providencia y divina gracia, y los pasos por donde reduce á la Santa á sus primeros principios virtuosos que bebió con la leche y buena educacion. Esta es una prueba sensible de lo que hace la *buena y mala compañía*. Por fortuna, como Teresa no perdió la gracia, sino su fervor por la mala compañía, y esto fué muy poco tiempo y con poca libertad, pudo remediarse con la virtud de aquella casa, donde habia grande honestidad, religion y recatamiento, como dice la Santa. Por lo mismo, reconoce y dice: *Que esta buena compañía comen-*

zo á desterrar lo que hizo la mala, y la gran merced que Dios hace á quien pone en compañía de buenos. Por el contrario, una doncella metida en las vanidades y mal criada, enemiga de ser monja, que se ve arrancada de casa de sus padres, cerrada en una clausura, y allí tentada con recados de los del mundo, ¿cuánto tiempo necesita para volver sobre sí y hallarse más contenta que en su propia casa y volverse del todo á Dios para pensar en abrazar el estado que más le convenga? Pues todo esto se verificó en Teresa en menos de ocho días. Tal es la utilidad que resulta, quitando los peligros á los jóvenes, que fácilmente se doblan á lo que ven, como sea á los principios, antes que el arbolillo pequeño se endurezca torcido.

El mundo censurará la conducta de la religiosa maestra, que parece queria enganchar á Teresa para que fuera monja, hablando de su vocacion y del premio que Dios ofrece á los que todo lo dejan por El; mas santa Teresa la alaba, y confiesa la debe toda su felicidad; y en efecto, la misma fué la conducta de Jesucristo en su Evangelio. El mundo lo confunde todo: una palabra del Evangelio dicha con relacion á este estado, y que todo mira al alma y no á carne y sangre, se cree que es engañar á los jóvenes, violentarlos é inducirlos; mas el que los padres hablen mal del estado religioso, que inspiren el lujo, vanidad y casamientos, halagando y prometiendo mil felicidades, esto se cree que es cuidado, honor, crianza y procurar el bien de los hijos. Dejemos al mundo en sus manías, que es loco en sus juicios y no hará más por mucho que digamos. Santa Teresa aprueba este modo de llamar al estado religioso aborrecimiento del mundo, y esto nos basta para seguir su modo de pensar contra los que siguen al mundo. Lo que es malo, y no lo aprobaria la Santa, es inducir con engaños á ser monje ó monja, clérigo, canónigo, etc., pintando buena vida, muchos intereses y todo por principios terrenos, como lo hacen los del mundo alguna vez con el hijo que menos quieren.

Teresa nos pinta los efectos de esta amistad y conversacion con la maestra sobre la vocacion. Qué buen

principio, para recibir la gracia, *gustar de hablar de Dios*, rezar devociones, envidiar las virtudes ajenas y las lágrimas piadosas, como Teresa, que dice: «Tenia un corazon tan récio, que aunque leyera toda la Pasion no llorara una lágrima. En ningun tiempo dejé de holgarme de oir de hablar de Dios...» Continúa pintando los primeros movimientos hácia su vocacion; sus oraciones propias y las que pedia para acertar á elegir el estado: su indiferencia para el que Dios quisiera, aunque naturalmente repugnaba ser monja, pero siempre determinada á obedecer á Dios. Así debe entrar el hombre en este negocio de eleccion de estado, porque es el más interesante y el que más se debe reflexionar. No hay que precipitarse en él: vienen y van los pensamientos como en Teresa; no son del todo puros en el principio, pero si se acude á la oracion propia y ajena, la gracia, el consejo y la docilidad lo perfecciona todo con el tiempo. Cúidese mucho de mirar á Dios y á la eternidad en los motivos para tomar estado. Ni se crea que así todos serian religiosos. Tómese un director sabio y prudente, descúbrensele bien todas las inclinaciones buenas y malas y los senos de la conciencia, etc., que ciertamente el director no dirá á todos que sean religiosos ó sacerdotes, pues en todo estado se puede servir á Dios, y unos son propios para unos y otros para otros.

MÁXIMA.—Gran merced hace Dios á quien pone en compañía de buenos.

FRUTO.—Para la eleccion de estado y buen acierto en ella, cosa en que nos va la felicidad temporal y eterna, hemos de pedir gracia á Dios, consejo á los Directores, y mirar á la eternidad.

JACULATORIA.—Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

---

## LEECION XXXVIII.

## DIA 7 DE FEBRERO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Pasos por donde se perfeccionó su vocacion para ser monja: sus combates consigo misma, sus reflexiones y su determinación: en todo esto se nos da mucha doctrina.

«En este tiempo (de su vocacion), dice la Santa (1), aunque yo no andaba descuidada de mi remedio, andaba más ganoso el Señor de disponerme para el estado que me estaba mejor... En efecto, los medios de que se sirvió su Divina Sabiduría fueron los que parecían más contrarios á la prudencia humana, para que así se viera más ser todo obra de Dios.» «Dióme, dice, una enfermedad (al año y medio) que hube de tornar á casa de mi padre. En estando buena, lleváronme en casa de mi hermana D.<sup>a</sup> María, que residia en una aldea (en Castellanos de la Cañada), para verla, que era extremo el amor que me tenia, y á su querer no saliera yo de con ella. Estaba en el camino un hermano de mi padre (D. Pedro), muy avisado y de grandes virtudes, viudo, á quien andaba tambien el Señor disponiendo para sí, que en su mayor edad dejó todo lo que tenia, y fué fraile, y acabó de suerte que creo goza de Dios: quiso me estuviese con él algunos dias (en Hortigosa). Su ejercicio era buenos libros de romance, y su hablar era lo más ordinario de Dios y de la vanidad del mundo. Hacíame le leyese, y aunque no era amiga de ellos (de los libros), mostraba que sí, porque en esto de dar contento á otros he tenido extremo aunque á mí me hiciese pesar, tanto que en otros fuera virtud, y en mí ha sido gran falta, porque iba muchas veces muy sin discrecion. ¡Oh váleme Dios! ¡Por qué términos me an-

(1) Vid., cap. III, n.º 3.

daba Su Majestad disponiendo para el estado en que se quiso servir de mí, que sin quererlo yo, me forzó á que me hiciese fuerza! Con la fuerza que hacian en mí las palabras de Dios, así leídas como oídas, y la buena compañía, vine á ir entendiendo la verdad de cuando niña, de que era todo nada, y la vanidad del mundo y como acababa en breve, y á temer si me hubiera muerto, como me iba al infierno, y aunque no acababa mi voluntad de inclinarse á ser monja, *ví era el mejor y más seguro estado*, y así poco á poco me determiné á forzarme para tomarle. En esta batalla estuve tres meses forzándome á mí mesma con esta razon: Que los trabajos y pena de ser monja no podia ser mayor que la del purgatorio, y que yo habia bien merecido el infierno, que no era mucho estar lo que estuviese como en purgatorio, y que despues me iria derecha al cielo, que éste era mi deseo; y en este movimiento de tomar este estado más me parece me movia un temor servil que amor. Poníame el demonio que no podia sufrir los trabajos de la Religion por ser tan regalada: á esto me defendía con los trabajos que pasó Cristo, porque no era mucho que yo pasase algunos por El, que El me ayudaria á llevarlos. Pasé hartas tentaciones, porque me habian dado aquellos dias con unas calenturas unos grandes desmayos que siempre tenia bien poca salud. Díome la vida haber quedado ya amiga de buenos libros. Leia en las Epístolas de san Jerónimo, que me animaban de suerte que me determiné á decirlo á mi padre, que casi era como tomar el hábito, porque era tan honrosa, que me parece no tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez. Era tanto lo que me queria, que no lo pude acabar con él, ni bastaron ruegos de personas que le hablaron; lo más que se pudo conseguir fué, que despues de sus dias haria lo que yo quisiese. Yo ya me temia á mí y á mi flaqueza no tornase atrás.»

Este es uno de los pasos más admirables de la vida de santa Teresa, y en el que vemos á los diez y siete años ejercer su magisterio en la materia más dificultosa, cual es la de tomar estado. Todo es aquí admirable:

la providencia de Dios, que por unos medios tan contrarios á nuestro juicio, como sacarla del monasterio, quitarla la salud y exponerla á tanta tentacion, la dispone para ser religiosa, por medio de una hermana casada y de un tío viudo, como instrumentos que parecen bien casuales, para que leyera santa Teresa buenos libros y las Epístolas de san Jerónimo, que la vuelven á sus primeros deseos de niña, cuando estaba horas con su hermano repitiendo *para siempre, siempre pena ó gloria*; y que en el Padre san Jerónimo halló aquella sentencia que dice: «Aunque tu padre se atravesase en la puerta, aunque sea preciso pisarlo, pasa, y con ojos enjutos corre á la cruz de Cristo (1):» *Licet in limine pater jaceat, percalcatum perge patrem, siccis oculis ad vexillum crucis evola.* El mundo, que culparia á la señora Briceño, maestra de Teresa, por haberla inspirado tan buenos pensamientos, ya creeria al verla enferma y que salia del monasterio, se iba á desvanecer su vocacion; pero Dios, que confunde á los sabios y prudentes del siglo, lo dirige todo á perfeccionar su vocacion, haciendo que lea á su tío D. Pedro buenos libros, aunque con repugnancia, en cuyo corazon poco á poco las palabras de Dios, leidas y oidas con la buena compañía de su tío y hermana, la van convenciendo casi á su pesar y contra toda la astucia del demonio, mundo y carne. No será fácil que los enemigos de leer y oír las palabras de Dios, los que no gustan de las buenas compañías, comprendan este género de vocacion; mas este suceso en una niña que sólo tendría diez y siete años ó poco más, hace ver lo que puede la divina gracia. ¿Qué dirán aquí los que juzgan no debían admitirse en la Religion hasta los veinte y cinco años, aunque permiten el matrimonio á los doce ó catorce? ¿Se ven en los mundanos tan sólidos pensamientos y reflexiones, como en esta niña antes de resolverse á declarar su vocacion? ¡Con qué tiento procede la gracia y santa Teresa! Al principio entra con violencia en el convento, luego se sosiega, mas queda

(1) Epist. i ad Elic.

*enemiguisima* de ser monja: á poco depone su violenta aversion, pero insiste y desea que Dios no la inspire tal vocacion: se aficiona á buenos libros, comienza á temer el infierno y desear el cielo: disputa contra su carne y sangre, busca razones sensibles para determinarse, mas advierte y reconoce que se mueve más por un *temor servil* del infierno que no de *puro amor* de Dios, aunque bien conoce que *el ser monja es el mejor y más seguro estado*. ¿Se piensa acaso con esta solidez en el mundo, ni aún para los estados más sublimes y colocaciones más dignas de temerse? No, por cierto. Como en todas las cosas de la tierra únicamente se mira el interés, el bienestar, la vanidad ú otros fines semejantes, se casan los jóvenes, ó por pasion, ó por interés ú honor, y no tiene en esto la menor parte el alma ó la eternidad. ¿Y será cosa razonable ó juiciosa el que se sostenga no deberse admitir á nadie en la religion hasta los veinte años ó veinte y cinco, con uno ó dos años de noviciado; y sí el que el hombre se case á los catorce años y la mujer á los doce, sin noviciado, sin conocimiento interior del matrimonio y sólo en fuerza de la pasion, sin contar con Dios y su gracia? Pero como el matrimonio no es estado tan perfecto como el de sacerdote, dicen algunos, no se necesita tanta vocacion. Pero estas excusas las reprueban por lo comun los mismos casados, y casi todo el mundo, que acrimina á los sacerdotes y religiosos de que ellos solos son los que gozan la buena vida: los que caen en manos de una mujer caprichada, ó la mujer en poder de un hombre vicioso, podrán decir para qué estado se necesita más conocimiento. En fin, yo confieso no entiendo esta razon ó sinrazon de necesitarse más vocacion para un estado que para otro. El matrimonio es Sacramento y el estado religioso no: en el sacerdocio sólo hay obligacion de servir á Dios; en el matrimonio á Dios y al esposo ó al mundo, que segun el Evangelio, es lo más difícil que hay. En el uno hay pruebas largas, en el otro puesto el yugo no se sacude. Dios favorece más á los que le sirven sólo á El que á los que van á medias, y no tengo por más difícil dar gusto á

Dios que haber de atender á Dios y al mundo. Bien piensan así los que jamás se quieren casar, aunque los más lo dejan por vicio, dicen que no toman estado, porque se necesita pensar mucho sobre todos, y esto nada tiene de bueno, sino que es efecto de genio, libertad ó irresolucion.

Miremos, pues, bien lo que hacemos, y cuál es la verdadera causa por que entramos en cualquier estado, empleo, carrera de armas ó leyes, gobiernos, beneficios; prebendas y estado de matrimonio ó religion. Si somos cristianos, no podemos prescindir de pensar en las cosas con relacion á lo que profesamos. Teresa lo piensa más de dos años, conoce los defectos de su vocacion en el principio, de temor servil, de vanidad y amor propio en buscar otro convento más ancho, y donde tiene su amiga; pero al fin, se vence y purifica sus imperfecciones, acude á Dios, mira lo que éste hizo por nosotros, deduce lo que ella debe hacer por Dios, y entrando así el amor puro, se resuelve y vence la batería y tentacion. El mundo creeria que era veleidad este *querer y no querer* ser Monja, y no era más que el estado de tentacion y prueba; pero Dios hace ver en ella hasta donde puede llegar con su gracia un niño ó niña que no está viciado, y cuánto valen las reflexiones, que solo serán acertadas mirando más á Dios que al mundo, para elegir el estado que más convenga.

MÁXIMA.—En esto de dar contento á otros, aunque os haga pesar, no siendo ofensa de Dios, tened extremo.

FRUTO.—Me animaré á seguir la vocacion de Dios, á imitacion de santa Teresa de Jesús, por más trabajos que me haya de costar; pues estos trabajos menores serán que los del Purgatorio é infierno que yo tenia merecidos.

JACULATORIA.—Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

---

## LECCION XXXIX.

## DIA 8 DE FEBRERO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... como en la página 1.

Se acaba de resolver Teresa, y entra religiosa Carmelita Calzada en la Encarnacion de Avila, y nos enseña un gran medio para vencer las tentaciones y determinarse á obras grandes por Dios.

Nuestra Teresa sentia tanto más la negativa de su padre para ser monja, cuanto era mayor su humildad. «Yo, dice, ya me temia á mí misma no tornase atrás, y así no me parecía me convenia esto, y procurélo por otra via, como ahora diré (1): En estos dias que andaba con estas determinaciones, habia persuadido á un hermano mio (D. Antonio) á que se metiera fraile, diciéndole la vanidad del mundo, y concertamos entrambos de irnos un dia muy de mañana al Monasterio (de la Encarnacion), á donde estaba aquella mi amiga (Juana Suarez), que era la que yo tenia mucha aficion; puesto que ya en esta postrera determinacion estaba de suerte, que á cualquiera que pensara servir más á Dios, ó mi padre quisiera, fuera; que más miraba ya el remedio de mi alma; que del descanso ningun caso hacia de él. Acuérdaseme á todo mi parecer y con verdad, que cuando salí de en casa de mi padre, no creo será más el sentimiento, cuando me muera, porque me parece cada hueso se me apartaba por sí, que como no habia amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante: aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por obra. En tomando el hábito, luego me dió el Señor á entender como favorece á los que se hacen fuerza para servirle, la cual nadie entendia de

(1) Vid., cap. iv, n.º 1.

mí, sino grandísima voluntad. A la hora me dió un tan gran contento de tener aquel estado, que nunca jamás me faltó hasta hoy, y mudó Dios la sequedad que tenía mi alma en grandísima ternura. Dábanme deleite todas las cosas de la Religión, y es verdad, que andaba algunas veces barriendo en horas que yo solía ocupar en mi regalo y gala, y acordándoseme que estaba libre de aquello, me daba un nuevo gozo, y no podía entender por donde venía, pues no había cosa que delante se me pusiera que dudase de acometerlo.»

Aunque de la Santa no consta el tiempo y año en que esto sucedió, se sabe por la escritura de dote que llevó la Santa (1), como salió del convento de las Agustinas el año 1532, y que entró Religiosa en el de 1536. Luego que entró en la Encarnacion, ántes de darla el hábito, se dió cuenta á su padre, pues la escritura de dote se otorgó á fines de Octubre, y tomó el hábito dia 2 de Noviembre de 1536: por todo lo cual se ve que entró monja de veinte y un años, siete meses y seis dias, que son los que corren desde 1515 á 28 de Marzo en que nació. Tambien consta por esto, que despues que salió de las Agustinas, estuvo cuatro años en casa de su padre hasta que tomó el hábito. Tambien consta por la misma Santa (2), que este monasterio de la Encarnacion de Carmelitas Calzadas donde entró, tenía ciento y ochenta monjas. Se hallaba Priora D.<sup>a</sup> Francisca del Aguila, y el Provincial que dió la licencia fué Fr. Antonio Lara. Su hermano D. Antonio, luego que la dejó en el Convento, se fué desde allí al de Padres Dominicos, donde, poco despues de profesar, murió.

Fr. Federico de San Antonio, en la vida de la Santa y en el prólogo, citá un manuscrito con el título de *Crónica del Monasterio de la Encarnacion*, escrito por D.<sup>a</sup> María Pinel, de donde consta que se fundó, como conservatorio de terceras Carmelitas, por D.<sup>a</sup> Elvira de Medina y otras señoras de Avila, año 1479, con el número de catorce en honor de Jesucristo, su Madre y los doce Apóstoles, para cuya fundacion el señor Obispo

(1) Theresia. Dia 2 de Noviembre.

(2) Tom. II, cart. 48, n.º 2.

les dió una sinagoga de Judios. Despues de esto se hizo monasterio formal en 1513, y se celebró la primera Misa en el mismo dia en que se bautizó la Santa, año 1515, y creció de tal modo, que el de 1550 habia ya ciento y noventa monjas (1), y de mucha perfeccion, como dice Lezana. De este año en que entró santa Teresa, dice el mismo Fr. Federico, que se destruyeron tres Provincias de Carmelitas por Enrique VIII, en Inglaterra, Escocia, é Hibernia con cincuenta y seis Monasterios, y más de mil quinientos Religiosos muertos ó desterrados. Bien notables deben ser estas cosas que el mundo llama casualidades, y son providencias del Señor, que al paso que con una mano aflige su Iglesia, con otra la prepara el aumento, la reforma y su gracia, como se ve en esta entrada de Teresa.

Ya ha perdido el mundo á D.<sup>a</sup> Teresa Ahumada, pero la ganó el Señor para honrar la Religion del Cármen, reformarla, y utilizar toda clase de gentes con su ejemplo y doctrina. A este fin debia ejercitarse con proporcion á tan alto destino en todas las virtudes, y padecer mucho, ántes de gozar los grandes favores de su Esposo, que verémos. Todo esto debia fundarse en la humildad más profunda, la que procuró en su noviciado. En efecto, desde luego la vemos, ántes de entrar, temerse á sí misma y á su flaqueza, y al grande amor que tenia á su padre: esta es la mejor disposicion para que obre en nosotros la divina gracia, que sólo se da á los humildes, y á los que temen y tiemblan en los peligros, y huye de los que confian en su virtud, ó se meten en el fuego y peligro. A su hermano D. Antonio le aconseja se entre Religioso por estos mismos principios, no pintándole suave la vida, sino haciéndole ver la vanidad y peligros en las cosas del mundo. Entra Teresa en el Convento de su amiga Juana Suarez, pero ya purificada de aquel primer impulso, que no era del todo puro, pues nos advierte que ya estaba dispuesta para lo que Dios la mandara, ó su padre, y así se ve que esta vocacion fué toda de Dios y de su amor. No extra-

(1) Tom. iv. Anal. Car. n. 4543.

ñemos que los primeros movimientos no sean del todo puros, porque Dios se sirve, para no violentar al hombre, de principios naturales, que luego va poco á poco purificando y haciéndolos perfectos. En esto gasta la Santa cuatro años bien cumplidos, para que se vea el juicio y prudencia con que obraba. Nos insinúa las batérias que sufrió del enemigo, y aún serian mayores, pues la vemos hacerse la mayor violencia, y con el mayor disimulo, para que nadie conociera el dolor con que se arrancaba de la casa de su padre, y para mayor prueba de lo mucho que trabajó el demonio para retraerla de ser monja, confiesa la misma, que luego que entró en el Convento, quedó tan contenta, que con el gozo la compensó el Señor la pena y violencia que sufrió su corazon. Para este propósito nos da la Santa en este mismo lugar una doctrina admirable para vencer las tentaciones: «Ya tengo experiencia, dice, en muchas cosas, que si me ayudo al principio á determinarme á hacerlo, que siendo por Dios solo, hasta comenzar quiere para mayor mérito, que el alma sienta aquel espanto, y mientras mayor, si sale con ello, mayor premio, y más sabroso se hace despues; aun en esta vida lo paga Su Majestad por unas vias, que sólo quien goza de ello lo entiende. Esto tengo por experiencia como tengo dicho, en muchas cosas harto graves, y así jamás aconsejaria, si fuera persona que hubiera de dar parecer, que cuando una buena inspiracion acomete muchas veces, se deje por miedo de poner por obra, que si va desnudamente por solo Dios, no hay que temer sucederá mal, que es poderoso para todo.

Medítese bien esta doctrina, y se verá que todo el mal viene de nosotros, y de no resistir las tentaciones en el principio, que Dios jamás falta á quien de veras le quiere servir, pero que si nos hacemos sordos, si resistimos al Espíritu Santo, si nos metemos en el peligro, perecerémos, sin que nos podamos quejar de que Dios no nos dió su gracia, pues la desmerecimos con nuestra resistencia, dureza y perversidad. Humildad y santo temor de Dios y de nuestra flaqueza, son los principios para orar con fruto y conseguir la gracia, como

Teresa, que ciertamente, si se hubiera hecho sorda á Dios, se hubiera condenado.

MÁXIMA.—Grandemente favorece el Señor á los que se hacen fuerza para servirle.

FRUTO.—No dejar de poner por obra las buenas inspiraciones que nos acometen muchas veces, por miedo ó cualquier respeto humano, pues si va desnudamente por solo Dios no hay que temer sucederá mal, que es poderoso por todo.

JACULATORIA.—Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

## LECCION XL.

DIA 9 DE FEBRERO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Las virtudes y defectos con que se pinta santa Teresa en su noviciado, y el empeño que pone en agravar sus faltas para que no se vean sus virtudes, es una censura del mundo que obra al contrario, dorando sus vicios.

Ya vimos el gran contento que tuvo santa Teresa desde que entró en el noviciado, como la gustaba mucho todo lo que era cosa de Religion, y la inclinacion que tenia á cosas humildes, barriendo en horas que antes las gastaba en su regalo y vanidad. «Alcanzó, dice el señor Yepes, en el noviciado el dón de lágrimas, que la duró toda su vida. Tuvo alguna falta de salud, mas suplia su fervor y era tan amada de todas, como en sí era amable, y aún las virtudes la eran como naturales. Su humildad la hacia comedida con todas, amiga de la paz y de servir en lo más humilde de la casa.» Hizo mucha penitencia, y lloró mucho sus faltas pasadas.» Hasta aquí este señor Obispo, confesor suyo. Pero veamos

como ella refiere otros trabajos, con que el Señor la purificó en este año (1). «Olvidéme decir como en el año del noviciado pasé grandes desasosiegos con cosas que en sí tenían poco tomo, mas culpábanme sin tener culpa hartas veces. Yo lo llevaba con harta pena é imperfeccion, aunque con el gran contento que tenia de ser monja, todo lo pasaba. Como me veian procurar soledad, y me veian llorar por mis pecados algunas veces, pensaban era descontento, y así lo decian. Era aficionada á todas las cosas de Religion, mas no á sufrir ninguna que pareciese menosprecio. Holgábame de ser estimada, era curiosa en cuanto hacia; todo me parecia virtud, aunque esto no me será disculpa, porque para todo sabia lo que era procurar mi contento, y así la ignorancia no quita la culpa... Yo como ruin íbame á lo que veia falto (de observancia) y dejaba lo bueno. Estaba entonces una monja enferma de gravísima enfermedad y muy penosa, porque eran unas bocas en el vientre que se le habian hecho de opilaciones, por donde echaba lo que comia; murió presto de ello: yo veia á todas temer aquel mal, á mí hacíame gran envidia su paciencia. Pedía á Dios que dándomela así á mí, me diese las enfermedades que fuese servido. Ninguna me parece temia, porque estaba tan puesta en gozar bienes eternos, que por cualquier medio me determinaba á ganarlos. Y espántome, porque aún no tenia á mi parecer *amor de Dios* (perfecto) como despues que comencé á tener oracion, me parecia á mí le he tenido, sino *una luz* de parecerme todo de poca estima lo que se acaba, y de mucho precio los bienes que se pueden ganar con ello, pues son eternos. Tambien me oyó en esto Su Majestad, que antes de dos años estaba tal, que aunque no el mal de aquella suerte, creo no fué menos penoso y trabajoso el que tres años tuve.»

Poco se necesita para conocer y aún ver aquí el Espíritu de Dios de un modo más sensible, que en el comun de los hombres. Este empeño de Teresa, no sólo en abultar sus defectos, sino en descubrir á sus confe-

(1) Vid., cap. v, n.º 4.

sores los más ocultos pensamientos y movimientos de su alma, nos dan una idea grande de la sencillez, verdad y modo con que debemos confesar nuestras culpas, para que el Padre espiritual pueda formar idea de nuestro carácter, como lo formará cualquiera que lea con reflexion esta relacion de santa Teresa. Se ve como desmenuzaba y analizaba todas sus obras, y léjos de creerse Santa, se miraba muy en el principio de su perfeccion, atribuyendo lo bueno, no á un perfecto amor de Dios, sí sólo á una luz ó gracia preveniente y excitante, que hace conocer las cosas por sus cabales, amando los bienes eternos, y despreciando lo que se acaba.

Mas aquí parece se ve la parábola de Jesucristo sobre la humildad del publicano y soberbia del fariseo. Vemos á Teresa pintar la vida de su noviciado, ocultando sus virtudes, y exagerando sus defectos como el publicano, que no se atrevia á levantar los ojos al cielo; cuando no vemos otra cosa en el mundo que orgullosos fariseos, que excusando sus gravísimos pecados, abultan sus buenas obras, ó las presentan como muy grandes virtudes. Santa Teresa dice: que la causaban grandes desasosiegos *cosas de poco tomo*, y sin duda eran el que la creian descontenta del estado porque lloraba, y esto dice lo llevaba con mucha pena é imperfeccion. Los del mundo dicen que los mayores disgustos nada los desasosiega, y que los llevan con serenidad y valor. Todo es hipocresía orgullosa en éstos, lo que es humildad en Teresa. Esta dice que no podia sufrir menosprecios, que deseaba ser estimada, que era muy curiosa, pero que aunque la parecia virtud, no la podia ser disculpa, pues tales ignorancias no son excusa legítima. Los del mundo dicen que es honor y obligacion no sufrir desprecios, desear la estimacion, y la curiosidad, que en su diccionario es el *lujo* por razon de estado, y están muy léjos de creer que en esto haya ignorancia ni culpa. Santa Teresa dice que aún no tenia amor de Dios cuando novicia, y envidiaba la paciencia de la enferma y pedia á Dios trabajos; mas los del mundo creen que aman á Dios, por más que amen al mundo y huyan del padecer. ¡Qué diferentes son

las ideas y sentimientos de los justos, de las que tiene el mundo y sus amadores!

Miremos bien á santa Teresa, que por mucho que quiera esconder sus virtudes, haciendo resaltar sus imperfecciones, al fin la hallaremos muy santa de novicia, y tan contenta con su estado, que no la dejaba sentir los siniestros juicios que formaban de sus lágrimas las hermanas. La vemos amiga de soledad y con el dón de lágrimas, por más que la censuren. Se halla ya tan enamorada de Dios, de los trabajos y de la paciencia, que ya busca el padecer, lo pide y lo consigue. Todos temian el mal de aquella enferma; mas Teresa la sirve con caridad, y quiere cargar sobre sí todos sus males, como lo dice la Historia de la Orden. Y á esto alude la misma Santa, cuando dice: «A mí misma me ha acaecido en tiempo de harta mocedad (que era sirviendo á esta enferma, y pidiendo padecer por ella) pedir trabajos, y dárme los tales, que algunas veces decia: ¡Oh Señor! que no quiero yo tanto.» En fin, la vemos tan ansiosa de ganar bienes eternos, que todo la parecia poco, y á todo se expondría por ganar el cielo, y así miraba como de ninguna estima lo de la tierra. No hizo más san Pablo, cuando abrazándose con la cruz decia: Todo lo miro como basura, comparado con el bien que me resulta de ganar á Jesucristo. Aprendamos, pues, de estas bellas lecciones del noviciado de Teresa, la humildad y desconfianza de nosotros mismos, y la confianza en la gracia de Dios, á quien debemos seguir por más que nos murmuren viéndonos retirados... Hacer todo lo que es justo y debido sin vanidad, y tenernos siempre por siervos inútiles y sin provecho, mirando más nuestros defectos que nuestras buenas obras, porque aquellos son nuestros y éstas vienen de Dios, que es quien obra en nosotros todo lo bueno, y perfecciona nuestra buena voluntad.

MÁXIMA.—La ignorancia de lo que debemos saber no quita la culpa.

FRUTO.—Pedir trabajos, ó sufrir por Jesús los que nos en-  
vía, aunque hayamos de exclamar con la valerosa Santa, al

darnos los tales, algunas veces: *¡Oh Señor! que no quiero yo tanto.*

JACULATORIA.—Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

## LECCION XLI.

### DIA 10 DE FEBRERO.

ORACION.— *¡Oh Dios mio... como en la página 1.*

Profesa la Santa con mucho gozo y determinacion de servir á Dios como verdadera esposa, pero reconoce aquí la gracia y favor divino, por manera que nos enseña cómo la humildad es la mayor prueba de gratitud á Dios.

Pasado el año del noviciado se llegó el dia de su profesion á 3 de Noviembre de 1537. Hizose con gran fiesta y regocijo de su padre y de toda la Comunidad, y con tan gran consuelo de su alma, que se le fijó de tal modo en su memoria, que salia de sí cuando se acordaba. «Bastara, oh sumo Bien, dice (1), las mercedes que me habiades hecho hasta aquí, de traerme por tantos rodeos á estado tan seguro, y á casa donde habia muchas siervas de Dios, de quien yo pudiera tomar, para ir creciendo en vuestro servicio. No sé cómo he de pasar de aquí, cuando me acuerdo la manera de mi profesion y la gran determinacion y contento con que la hice, y el desposorio que hice con Vos. Esto no lo puedo decir sin lágrimas, y habian de ser de sangre, y quebrármese el corazon, y no era mucho sentimiento para lo que despues os ofendí. Vos, Señor, quisísteis casi veinte años que usé mal de esta merced, ser el agraviado porque yo fuese mejorada. No parece, Dios mio, sino que prometí no guardar cosa de lo que os ha-

(1) Vid., cap. iv, n.º 2.

bia prometido, aunque entonces no era esa mi intencion; mas veo tales mis obras despues, que no sé qué intencion tenia, para que más se vea quien Vos sois, Esposo mio, y quien soy yo, y el contento de que se entienda vuestra misericordia templa el sentimiento de mis culpas. Si os pagara algo del amor que me comenzásteis á mostrar (en la profesion), no lo pudiera yo emplear en nadie sino en Vos, y con esto se remediara todo.»

Así se enardecia la Santa en amor de Dios y confusion propia, cuando despues de treinta años escribia y recordaba el dia de su profesion, los dones que recibió de su Esposo en aquel dia, y lo poco que á su parecer correspondió á tantos beneficios. Si despues de treinta años, cuando estaba en la más alta perfeccion, y tenia raptos, profecías, y gozaba de lleno los favores de verdadera esposa; si aún entonces, al recordar los de su profesion, parece salir de sí con exclamaciones dictadas por su humildad y amor, ¿quién podrá comprender la gracia y fervor que en aquel dia llenó su corazon? Por tanto sólo podemos decir con el ilustrísimo señor Yepes, que con tan buenos principios y victorias conseguidas en el noviciado, hizo la profesion, y comenzó cada dia á crecer más y más en las virtudes y en el amor de aquel Señor, que con tan poderosa mano la habia sacado del mundo y sus tinieblas. Así continuó algun tiempo despues de profesar, pero la mucha penitencia y rigor de vida arruinaron su salud, aunque ella lo atribuye únicamente á la mudanza de vida y de los manjares, como verémos.

Aquí se nos presenta el carácter admirable de Teresa, su corazon agradecido y enamorado de su Dios, su humildad profunda, y su ciencia y talento, que sin faltar á la verdad, sabe pintar la gracia de Dios con tales colores, que cuanto más se humilla tanto más sublime aparece su correspondencia. Lo primero que advertimos en la Santa es que ni sabe, ni quiere, ni puede hablar de su profesion con los hombres, porque no son capaces de conocer su precio, y así la vemos dirigir sus palabras á Dios como si estuviera en oracion: y en efec-

to, yo no dudo que al escribir estas cosas estaba en contemplacion y arrebatada al cielo, como la vieron muchas veces aún escribiendo, y ella lo confirma bastante claro en algunas partes: habla sólo con Dios, porque sólo Él y ella saben lo que pasó aquel día. ¿Y qué mucho que recordando tanta gracia y favor, se humille la Santa, y se mire como la más ingrata y de peor correspondencia? Es cierto que á vista de la grandeza de Dios y de sus beneficios, por mucho que hagamos, siempre somos deudores, pues sobre ser poco, debemos decir con el Apóstol, que no somos nosotros los que obramos el bien, sino la gracia de Dios con nosotros.

Aprendamos, pues, en santa Teresa el verdadero lenguaje del cristiano. El que comunmente se usa es todo contrario, vistiéndonos de plumas ajenas, apropiándonos lo de nuestros hermanos, y ensoberbeciéndonos con los dones naturales de hermosura, fuerza, autoridad, riqueza y honor; y aún llega la malicia del hombre á canonizar los vicios con coloridos de virtud muchas veces, aparentando el bien con la hipocresía de los fariseos tan reprendida por Jesucristo; y pasando más adelante, se da el nombre de liberal y generoso al pródigo; de político al disoluto; de prudente al artificioso; de justo al malvado, y así de los demás vicios y virtudes, que confunde el hombre segun sus pasiones. Humillémonos delante de Dios, manifestando nuestra gratitud por todos los bienes naturales y sobrenaturales, pues Dios es la fuente de todo lo bueno, confesando que es suyo y no nuestro, *para que se entienda*, dice la Santa, la muchedumbre de vuestras misericordias, en quien tanto ha oscurecido con malas obras las grandes mercedes, y dando gloria á Dios, llamando bien al bien y mal al mal, sin trastornar los nombres como hacian los judíos, que llamaban bueno lo malo y malo lo bueno. Este es el medio de conservar la divina gracia, y la justa correspondencia que la criatura puede ofrecer á Dios, por reconocimiento de que todo *buen don* viene del cielo, y todo *mal* de nuestra concupiscencia y malicia, sin que jamás podamos culpar á Dios por el género ó pasiones, sino decir con santa Teresa: «Si quiero dar

disculpa, ninguna tengo, ni tiene nadie la culpa, sino yo. ¡Ay de mí, Criador mio! Válgame por ahora vuestra misericordia (1).»

MÁXIMA.— La gratitud por los beneficios recibidos es la mayor disposición para recibir otros mayores.

FRUTO.— Hacer todo lo que debemos sin vanidad, y tenernos por siervos inútiles y sin provecho.

JACULATORIA.— Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

## LECCION XLII.

### DIA 11 DE FEBRERO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... como en la página 1.

Oracion y virtudes de la Santa recién profesa. Enferma gravemente, y no la deja confesar su padre, y queda como muerta. Su paciencia y doctrina nos enseña á no retardar los Sacramentos á los enfermos.

«La mudanza de vida, dice santa Teresa, despues de profesa, y de los manjares, me hizo daño á la salud, que aunque el contento era mucho, no bastó. Comenzáronme á crecer los desmayos, y dióme un mal de corazon tan grandísimo, que ponía espanto á quien lo veía, y otros muchos males juntos, y así pasé el primer año con harta mala salud, aunque no me parece ofendí á Dios en él mucho. Y como era el mal tan grave, que casi me privaba el sentido siempre, y algunas veces del todo quedaba sin él, era grande la diligencia que traía mi padre para buscar remedio, y como no le dieron los médicos de aquí (Avila), procuró llevarme á un lugar donde habia mucha fama de que sanaban allí

(1) Vid., cap. iv, n.º 2.

otras enfermedades, y así dijeron harian la mia (1). Fué conmigo esta amiga (Juana Suarez), que era antigua. En la casa que era monja no se prometia clausura. Estuve un año casi por allá, y los tres meses de él padeciendo tan grandísimo tormento en las curas que me hicieron tan récias, que yo no sé como las pude sufrir.»

Como la cura no podia comenzarse hasta la primavera, se detuvo todo el invierno en casa de su hermana D.<sup>a</sup> María (en Castellanos de la Cañada). Al pasar por Hortigosa, su tio D. Pedro Sanchez le dió un libro del P. Osuna, que era la tercera parte del Abecedario, que trata de oracion de recogimiento, del que se aprovechó los nueve meses que estuvo con su hermana D.<sup>a</sup> María, donde dice lo pasó en soledad leyendo, confesándose á menudo (aunque no hallaba confesor del caso); y comenzó nuestro Señor á hacerla tantas mercedes, que confiesa la daba ya Dios oracion de *quietud*, y alguna vez llegaba á *union*, con tales afectos, que la parecia traer el mundo debajo de los piés, y habia lástima á los que lo seguian aún en cosas lícitas. Aquí dice tambien (2), que por espacio de diez y ocho años padeció muchas sequedades en la oracion, y que apenas podia meditar sin libro en que leyese, excepto despues de comulgar. «Nada, dice, deja el Señor sin pagar aún en esta vida, ningun deseo bueno; por ruines que fuesen mis obras las iba mejorando, y los males y pecados luego los escondia, aún de quien los habia visto, permite el Señor se cieguen, y los quita de su memoria, pues dora las culpas y hace que resplandezca una virtud, que El mismo pone en mí, casi haciéndome fuerza para que la tenga (3).»

«A los dos meses de cura me puse, dice la Santa, tan mala (4), y tan récio el mal de corazon, que se terminó ser mal de rábia. Con la falta grande de virtud natural, con tanto hastío y calentura continua, y casi un

(1) Año 1538.

(2) Vid., cap. iv, n.º 4.

(3) Año 1539.

(4) Vid., cap. iii, n.º 3.

mes de purgas diarias, estaba tan abrasada, que se me encogieron todos los nervios, con tales dolores, que ni de día ni de noche podía sosegar, y una tristeza muy profunda. Con esta ganancia tornóme á atraer mi padre, á donde tornaron á verme los médicos de Avila. Todos me deshaucieron, que decian sobre todo este mal, estaba ética. De esto se me daba poco; los dolores eran los que me fatigaban, porque eran en un sér desde los piés hasta la cabeza. En esta reciadumbre no estaria más de tres meses, que parecia imposible poderse sufrir tantos males juntos. Ahora me espanto, y tengo por gran merced del Señor la paciencia que Su Majestad me dió, que se veia claro venir de él. Mucho me aprovechó haber leído la historia de Job en los morales de san Gregorio, que parece previno el Señor con esto y con haber comenzado á tener oracion, para que yo lo pudiese llevar con tanta conformidad. Todas mis pláticas eran con El, y decia: Pues recibimos los bienes de la mano del Señor, ¿por qué no sufrirémos los males? Esto me ponia esfuerzo. Vino la fiesta de Nuestra Señora de Agosto, que hasta entonces desde Abril habia sido el tormento. Dí priesa á confesarme, que siempre era muy amiga de confesarme á menudo... Pensaron que era miedo de morirme, y por no me dar pena, mi padre no me dejó. Oh amor de carne demasiado, que aunque sea de tan católico padre, y tan avisado, que lo era harto, que no fué ignorancia, me pudiera hacer gran daño. Dióme aquella noche un parasismo, que me duró estar sin ningun sentido cuatro dias poco menos; me dieron la Uncion, y cada momento pensaban espiraba, y no hacian sino decirme el Credo, como si alguna cosa entendiera. Teníanme á veces por tan muerta, que hasta la cera me hallé despues en los ojos. La pena de mi padre era grande de no haberme dejado confesar. Clamores y oraciones á Dios muchas: tuve día y medio abierta la sepultura en mi monasterio (porque estaba en casa de su padre) y hechas las honras en uno de nuestros frailes fuera de Avila. Quiso el Señor tornase en mí: luego me quise confesar. Comulgué con hartas lágrimas, mas á mi parecer no era con el sentimiento

y pena de sólo haber ofendido á Dios, que bastara para salvarme: quedé con dolores insoportables, el sentido poco, aunque la confesion entera, que nunca despues que comulgúe dejé cosa por confesar aunque fuese venial.»

Si recordamos que santa Teresa pidió al Señor estando novicia enfermedades, veremos que ésta fué efecto de su oracion más que de la mudanza de alimentos, pues en dos años que habian pasado ya podia haberse hecho á la comida. Mucho padeci6, pero podemos decir que todo esto no fué más que un ensayo para lo que la quedaba que padecer muchos años. Bien tenemos que aprender de Teresa y de su paciencia. Nos quejamos de cualesquiera males, y mucho más si nos falta el consuelo, ó es algun mal largo, calumnia, pobreza, etc., porque como sólo servimos por la paga, en no teniéndola ésta al ojo, todo lo echamos al traste. Mas racionales somos con los del mundo, pues si nos hacen un favor, ó quizá sólo porque nos lo pueden hacer, sufrimos, trabajamos y padecemos por ellos. Mas con Dios que nos crió, y para gozarle eternamente, si nos envia algun trabajo para que ganemos el cielo con la paciencia, nos quejamos de quien áun en esto nos hace tanto bien. No lo hizo así santa Teresa, y es porque se dispuso mucho antes con oracion, lectura de buenos libros y vida del santo Job.

Es cosa bien admirable ver á esta jóven, y en tal edad y estado, con oracion de quietud y áun de union con Dios estando enferma; y áun nos confunde más cuando vemos sus expresiones humildes, que en otra boca nos harian creer que habia sido una gran pecadora, pues exclama diciendo que tiembla al escribir viendo que el Señor la resucitó, la libró de tanto peligro de condenarse, y pide por amor de Dios á quien la mandó escribir su vida, no quite nada de sus pecados, y que no la riña por lo que dice, *pues harto dorados y hermoscados ó disminuidos van sus pecados*. ¿Quién dejará de confundirse al ver estas expresiones de humildad, cuando en lugar de esto podia referir que en aquel paraismo, que fué rapto divino, estuvo en el cielo, don-

de vió á sus padres, y casi todo lo que habia de hacer en toda su vida, y áun lo que habia de suceder en su muerte, y los monasterios que habia de fundar? No olvidemos aquella exclamacion de la Santa: «¡Oh amor de carne demasiado! que me pudiera hacer gran daño por no recibir los Sacramentos.» ¿Qué dirémos del descuido casi general de los enfermos, médicos y asistentes en prevenir el riesgo y confesarse con tiempo en la enfermedad? Otra cosa sucedió entonces que refiere Fr. Jerónimo de San José, y fué que el hermano de santa Teresa, D. Lorenzo, se quedó á velarla una noche, cuando la Santa estaba sin sentido, y quedándose dormido sobre la almohada de su hermana enferma, con una luz puesta sobre la cama, ésta se acabó y prendió el fuego en la almohada, manta y colcha, y sino despierta con el humo, mueren los dos. No deben fiarse los enfermos á niños, como ni esperar al fin de la vida á confesarse bien.

MÁXIMA.— Nadie tiene la culpa sino yo de la mala correspondencia á los beneficios de Dios: ¡Ay de mí, Criador mio! válgame vuestra misericordia.

FRUTO.— Me humillaré delante de Dios como el hijo pródigo, dándole gracias y pidiendo perdon del mal empleo de los talentos que me dió.

JACULATORIA.— Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

---

## LECCION XLIII.

DIA 12 DE FEBRERO.

ORACION.— ; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Conversion admirable que hizo la Santa de un sacerdote amancebado, estando enfermo; su juiciosa moralidad enseña lo que no piensan los que sólo saben declamar contra los sacerdotes, por ver alguno vicioso.

Hablando la Santa del tiempo que estuvo enferma en Becedas, ó en casa de su hermana D.<sup>a</sup> María, cuenta un caso que la sucedió, y debemos referir antes de pasar adelante (1).

«Aquí comenzó, dice, el demonio á descomponer mi alma, aunque Dios me sacó de ello harto bien. Comencéme á confesar con una persona de aquella iglesia, de buen entendimiento y calidad, tenia letras, aunque no muchas; y siempre fui amiga de letras, aunque gran daño hicieron á mi alma confesores medio letrados. He visto que es mejor, siendo virtuosos y de santas costumbres, no tener ningunas letras que tener pocas, porque ni ellos se fian de sí sin preguntar, ni yo me fiara, y buen letrado nunca me engañó. Pues comenzándome á confesar con éste, él se aficionó en extremo á mí, porque entonces tenia poco que confesar, para lo que despues tuve. No fué mala la aficion de éste, mas de demasiada aficion venia á ser no buena. Tenia entendido de mí que no me determinaria á hacer cosa contra Dios que fuese grave por ninguna cosa, y El tambien me aseguraba lo mesmo, y así era mucha la conversacion. Como mi mayor gusto era tratar cosas de Dios, haciale confusion ver esto en una niña; y con la gran voluntad que me tenia, comenzó á declararme su perdicion, y no era poca, porque habia casi siete

(1) Vid., cap. v.

años que estaba en muy peligroso estado, con afición y trato con una mujer del mismo lugar y con esto decía Misa. Era cosa tan pública, que tenía perdida la honra y la fama, y nadie le osaba hablar contra esto. A mí hizoseme gran lástima, porque le quería mucho, y esto tenía yo de gran ceguedad y liviandad, que me parecía virtud ser agradecida y tener ley á quien me quería. Maldita sea tal ley que se extiende hasta ser contra la de Dios. Es un desatino que se usa en el mundo que me desatina, que debiendo á Dios todo el bien, tengamos por virtud ir contra El, por no quebrantar esta amistad. ¡Oh ceguedad del mundo! Procuré informarme más de personas de su casa, supe más la perdición, y ví que el pobre no tenía tanta culpa, porque la desventurada de la mujer le tenía puestos hechizos en un idolillo de cobre que le había rogado trajese por amor de ella al cuello, y éste nadie pudo quitárselo. Yo no creo ser verdad esto de hechizos determinadamente, mas diré esto que yo ví, para aviso de que se guarden los hombres de mujeres que este trato quieren tener; y crean, que pues pierden la vergüenza á Dios, que ellas más que los hombres son obligadas á tener honestidad, que ninguna cosa de ellas pueden confiar, y que á trueco de llevar adelante su voluntad y la afición que el demonio les pone no miran nada. Aunque yo he sido tan ruin, en ninguna de esta suerte yo no caí, ni jamás pretendí hacer mal, ni aunque pudiera, quisiera forzar la voluntad para que me la tuvieran, porque me guardó el Señor de esto; mas si me dejara de su mano, hiciera el mal que hacia en lo demás, que de mí ninguna cosa hay que fiar. Pues como supe esto, comencé á mostrarle más amor; mi intención buena era, la obra mala, pues por hacer bien por grande que sea no había de hacer un pequeño mal. Tratábale muy de ordinario de Dios; esto debía aprovecharle, aunque más creo le hizo al caso el quererme mucho, porque por hacerme placer, me vino á dar el idolillo, el cual hice echar luego en un rio. Quitado esto, comenzó, como quien despierta de un gran sueño, á irse acordando de todo lo que había hecho aque-

llos años, y espantándose de sí, doliéndose de su perdicion, vino á aborrecerla. Nuestra Señora le debió ayudar mucho, que era muy devoto de su Concepcion, y en aquel dia hacia gran fiesta. En fin, dejó del todo de verla, y no se hartaba de dar gracias á Dios por haberle dado luz. Al cabo de un año en punto, desde el primer dia que yo le ví, murió. Creo está en carrera de salvacion, pues murió muy bien y muy quitado de aquella ocasion; parece quiso el Señor que por estos medios se salvara.»

No hiciera tanto como Teresa un gran misionero, pues consiguió quitarle el idolillo que nadie habia podido, y le habló con firmeza cristiana que el mundo no conoce por respetos y adulaciones. Esto lo hizo Dios para que se vea el gran poder de la virtud sobre toda fuerza y ciencia humana, convirtiendo tan gran pecador por una niña. Disimula la Santa su influjo, culpando su aficion, sin embargo de su intencion pura; no es menos admirable su doctrina y reflexiones. Sea la primera, los daños que hacen los confesores medio letrados y las reglas que deben guardarse en la eleccion de confesores, de lo que habrá otras ocasiones de hablar en esta obra. Sea la segunda, que por hacer un bien, jamás es lícito hacer ni el más pequeño mal. Segun este principio, la daba escrúpulo despues haberle manifestado tanto amor, aunque era únicamente para convertirlo á Dios, y sin peligro por su parte; mas como lo podia haber en el amancebado por su mala inclinacion, llora esto como grave pecado. Si así discurriéramos en los peligros, de que no hacemos caso, no atribuiríamos la culpa á la ocasion y á la compañía, sino á nuestra temeridad. Examinen bajo este principio de santa Teresa las mujeres la ocasion de adornarse y cuidado de ganar las voluntades, y verán cuánto más motivo tienen para temer, no siendo ellas una santa Teresa, ni los que tratan unos santos. Y aunque lo fueran, noten bien como la Santa miraba como peligrosa esta frecuente comunicacion, aunque era espiritual, sólo por ser entre hombre y mujer, pues dice no era buena, y esto antes que él explicara ó descubriera

su enfermedad. «Ocasiones hubo, dice la Santa, para ofender á Dios gravemente, sino se tuviera muy delante á Dios... Y creo que los hombres son más amigos de mujeres que ven inclinadas á virtud, y éstas ganan más con ellos por este camino...» No olviden las mujeres que tanto desean ser amadas estas últimas palabras y se desengaños; no es buen medio la disolución y libertad que usan para atraer, pues aún los mismos que arrastran por este medio, satisfecha su pasión, las maldicen y aborrecen. Sea la tercera reflexión, ver que aunque entonces la parecía á la Santa virtud el ser agradecida y tener ley á quien se la tenía, aunque hubiera peligro; pero después con más luz, no sólo retrata su opinión y la llora, sino que maldice esta ley del mundo, que se extiende contra Dios, á quien se le debe más, y faltan á Dios en esta misma regla, de que tan zelosas se muestran con los hombres. Por último, nótese como aquí excusa cuanto puede al pobre sacerdote engañado de la mujer, y previene se guarden de tales mujeres, que llegan á perder la vergüenza á trueque de llevar adelante su afición. Los del mundo sólo sacarían de este caso materia para ensangrentarse é infamar el estado; mas santa Teresa, como mejor filósofa, mejor crítica y moralista, acude á la raíz, dando la culpa á la mujer, como que ella la tuvo, y las más veces la tienen ellas. En efecto, si una mujer no hace cara al hombre, ¿quién se atreverá á ofenderla? No, no es común que el malo se atreva á insultar á la virtud. ¿Qué importa que la mujer resista cuando es acometida si primero dió ocasión á que la acometieran? Si en el principio la mujer halaga y pone en movimiento las pasiones del hombre con palabras, ademanes y miradas, no es posible que el hombre crea, cuando la vea resistir sus ataques, que la mueve la virtud, sino la vergüenza ó el artificio. Sean las mujeres recatadas, y no se desmandarán los hombres con ellas ó desistirán muy presto de su insolencia.

MÁXIMA.— No deja el Señor sin pagar, aun en esta vida, ningún deseo bueno: permite el Señor se cieguen los que los ven y dora las culpas de los que le temen.

FRUTO.— En las enfermedades y contratiempos exclamar con Job: Pues recibimos los bienes de las manos del Señor, ¿por qué no hemos de recibir los males?

JACULATORIA.— Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

## LECCION XLIV.

DIA 13 DE FEBRERO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Continúa la Santa tres años muy enferma, pero practicando la oracion, caridad y otras muchas virtudes, dándonos ejemplo en su paciencia y caridad con el prójimo.

Aunque ya vimos como volvió la Santa de su paraisimo, explica la misma más por menor cómo quedó por tres años. «Quedé, dice (1), de estos cuatro dias de modo que sólo el Señor puede saber los inoportables tormentos que sentia en mí. La lengua hecha pedazos, la garganta de seca y de flaqueza me ahogaba, y ni el agua podia pasar. Toda me parecia estaba descoyuntada con grandísimo desatino de cabeza. Toda encogida, hecha un ovillo, porque en esto paró el tormento de aquellos dias, sin poderme menear ni brazo, ni pié, ni mano, ni cabeza, más que si estuviera muerta, sino me meneaban. Sólo un dedo me parece podia menear de la mano derecha; pues llegar á mí, no habia cómo, porque todo estaba tan lastimado, que no lo podia sufrir. En una sábana, de un cabo una, y otra de otro, me meneaban; esto fué hasta Pascua florida. Sólo tenia, que si no llegaban á mí, los dolores me cesaban muchas veces: y á cuento de descansar un poco, me con-

(1) Vid., cap. vi, n.º 2.

taba por buena, que traía temor me había de faltar la paciencia, y así quedé muy contenta de verme sin tan agudos dolores, aunque á los récios frios de cuartanas dobles con que quedé, muy récias, los tenía incomportables y el hastío muy grande. Dí luego tan gran prisa de irme al monasterio, que me hice llevar así. A la que esperaban muerta, recibieron con alma, mas el cuerpo peor que muerto para dar pena verle. El extremo de flaqueza no se puede decir, que solos los huesos tenía. Yo digo que el estar así me duró más de ocho meses: el estar tullida, aunque iba mejorando, casi tres años (esto es, hasta el de 1542). Cuando comenzaba á andar á gatas, alababa á Dios. Todos los pasé con gran conformidad, y si no fué estos principios, con gran alegría, porque todo se me hacia no nada comparado con los dolores y tormentos del principio, y estaba muy conforme, aunque Dios me dejara así siempre. Paréceme era toda mi ánsia sanar para estar á solas en oración, como venia mostrada, porque en la enfermería no había aparejo. Confesábame muy á menudo, trataba mucho de Dios, de manera que edificaba á todas, y se espantaban de la paciencia que el Señor me daba, porque á no venir de su mano, parecía imposible sufrir tanto mal con tanto contento. Gran cosa fué haberme hecho mercedes el Señor en la oración, porque así entendí lo que era amarle. No tratar mal de nadie por poco que fuese, sino lo ordinario, era excusar toda murmuración, porque tenía muy delante no había de querer, ni decir de otra persona lo que no quería dijese de mí. Vínose á entender que donde yo estaba tenían seguras las espaldas, y en esto estaban todas las que me trataban y aún las enseñaba. Quedóme deseo de soledad y tratar de Dios, que si hallara con quién, más contento me daba que toda la *política ó grosería de la conversacion del mundo*: amiguísima de buenos libros; grandísimo arrepentimiento en habiendo ofendido á Dios... y no era por temor jamás; iba envuelto en amor, jamás se me ponía delante el castigo, si no lo mal que pagaba á Dios las mercedes que me hacia.

«Todo el tiempo que estuve mala me duró mucha guarda de mi conciencia. ¡Oh váleme Dios! Que deseaba yo la salud para más servirle, y fué causa de todo mi daño.»

Me parece que nadie extrañaría el que dijéramos que Teresa es un nuevo Job de la ley de gracia, y que padeció más tiempo y quizá más que aquel. Lo cierto es que Teresa fué de las Santas que más han padecido en el mundo, y por su relacion se ve esta verdad, pues estuvo con tales dolores tullida, con cuartanas dobles y ética en opinion de los médicos por tres años, con lo demás que verémos (que aún es más); sin duda no fueron menores sus penas interiores de espíritu, desamparos, sequedades, persecuciones, calumnias, etc., como verémos en esta historia. Pues con todo, como si nada fuera lo dicho, aún deseaba más, y decia: *O padecer ó morir*; esto es, la vida no se emplea bien, sino es padeciendo por Dios. ¡Qué diferentes somos, pues ponderamos las penas y desgracias, y nos creemos por éstas los más infelices del mundo! Santa Teresa conoció luego el precio de los trabajos, y así no sólo los llevaba con paciencia, sino con alegría, y tal, que admiraba y edificaba á todas las monjas y á cuantos la veian padecer con tal serenidad, pues todo se le hacia *no nada*, y estaba muy conforme, aunque Dios la dejara así siempre. Los enfermos regularmente desean sanar, mas no es para tener soledad y oracion como Teresa, sino para buscar trato y compañía: lo más particular es, que un pensamiento al parecer tan puro, como desear únicamente la salud para tener soledad y oracion, aún no le parece puro á la Santa, pues dice: «¡Oh váleme Dios! Que buscaba yo la salud para más servirle, y fué causa de todo mi daño.» Los hombres en la enfermedad pierden la paciencia y las virtudes, y á Teresa, como al Profeta, le servia para levantarse y fortificarse en el bien: se confesaba muy á menudo de enferma, trataba con Dios, y guardaba á todas las espaldas; enseñaba con obras y palabras que no debemos querer para el prójimo lo que no queremos para nosotros.

¡Ah, y qué amable es la virtud! ¡Qué dulce la cari-

dad religiosa con los enfermos! Todos aprendian de Teresa y admiraban sus virtudes. Todos la servian por amor y no por interés. Ella misma deja el regalo de su padre, y hace que la lleven casi muerta á los brazos de sus hermanas religiosas. ¿Se ve esto en el mundo? ¡Ay Dios mio! Yo veo mucho cuidado con los enfermos, yo veo perder por ellos los dias y noches, mas ¿esto es efecto de caridad ó de interés y respeto humano? Cuando cesan estos resortes en el mundo, ¡qué fastidio y abandono vemos en los sirvientes, en los hijos y en los esposos! Vemos sí muchas lágrimas en presencia del enfermo; mas en muchos el fondo de su corazon ¿no apetece la muerte del enfermo para heredar? ¿De qué se habla con el enfermo sino de intereses? ¿Por cuántos medios se solicita que el moribundo recompense estos servicios frios y de teatro? ¡Dulce Religion! ¡Qué amable haces la muerte á quien todo lo deja por servir á Dios! No se ven aquí estas lágrimas mundanas, pero tampoco aquellos cuidados tan amargos de las herencias y testamentos. No se consulta al capricho del religioso enfermo en las condescendencias que matan á tantos en el siglo, pero sí es más puro el cuidado de prevenir el riesgo y los Sacramentos. Muera mi alma la muerte del justo, que es preciosa á los ojos de Dios y de los hombrés, porque todo se hace á impulsos del amor, caridad y deseo de la felicidad eterna; y libradme, Señor, de la muerte del mundo que se llama feliz, siendo la más infeliz, porque sólo se ve rodeada de espantos, memorias amargas, cuidados terrenos, embusteros que disimulan el peligro, que mienten al amigo en la hora de la muerte y de más peligro, que á veces impiden recibir los Sacramentos, y esto á título de amor; y en fin, que al morir le roban los intereses temporales con mil artificios, y aún la gracia y la gloria, distrayéndolos de cuanto podia proporcionársela por los auxilios de Religion. ¿Y aún pretenderán ser acreedores de la mayor alabanza y piedad, porque cubren su delito con unos funerales y honras de mucho lujo, que son más consuelo de vivos, como dicen santo Tomás y san Agustin, que sufragio de muertos, porque se que-

dan en la corteza, como las lágrimas en los ojos y el luto en los vestidos?

MÁXIMA.— Más racionales somos en sufrir trabajos por los hombres que por Dios. ¡Qué miseria!

FRUTO.— No dejar por confesar nada, aunque sólo sea un pecado venial.

JACULATORIA.— Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

## LECCION XLV.

DIA 14 DE FEBRERO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... como en la página 1.

Consigue santa Teresa la salud por medio de san José. Nos exhorta á su devocion, y nos enseña cuánto sea su Patrocinio, y cuál la devocion sólida que debemos tenerle.

«Pues, como me ví tan tullida, continúa la Santa (1), y en tan poca edad (que seria de veinte y siete años), y cual me habian parado los médicos de la tierra, determiné acudir á los del cielo, para que me sanasen, que todavía deseaba la salud, aunque con mucha alegría lo llevaba, y pensaba algunas veces que si estando buena me habia de condenar, que mejor estaba así, más todavía pensaba que serviria mucho más á Dios con la salud. Este es nuestro engaño, no nos dejar del todo á lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene. Comencé á hacer devociones de Misas y cosas muy aprobadas de oraciones, que nunca fui amiga de otras devociones que hacen algunas mujeres con ceremonias que yo no podria sufrir y á ellas les hacia de-

(1) Vid., cap. vi, n.º 2.

vocion: despues se ha dado á entender no convenian, que eran supersticiosas, y tomé por abogado y señor al glorioso san José y encomendéme mucho á él. Ví claro que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este Padre y Señor mio me sacó con más bien que yo le sabia pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bien-aventurado Santo, de los peligros que me ha librado así de cuerpo como de alma; que á otros Santos parece los dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; á este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenia nombre de padre suyo, siendo ayo, le podia mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, á quien yo decia se encomendasen á él, tambien por experiencia; ya hay muchos que le son devotos de nuevo, experimentando esta verdad. Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podia, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente y bien, aunque con buen intento. Quería yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea muy aprovechada en la virtud, porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan. Páreceme há algunos años, que cada año en su día le pido una cosa y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la peticion, él la endereza para más bien mio. Pido por amor de Dios lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia el gran bien que es encomendarse á este glorioso Patriarca y tenerle devocion; en especial personas de oracion siempre le habian de ser aficionadas: que no sé cómo se pueda pensar en la Reina de los Angeles, que no dén gracias á san José por lo mucho que ayudó á su Esposa y al Hijo en sus trabajos.

Quien no hallare maestro que le enseñe oracion, tome este glorioso Santo por maestro y no errará en el camino: él hizo, en fin, como quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme y andar, y no estar tullida; y yo, como quien soy, en usar mal de esta merced.»

Como es cosa decidida ser santa Teresa quien ha introducido la devocion de san José por todo el mundo, no hay necesidad de extendernos más en esto, sino meditar algun instante en la doctrina que nos da. Lo primero nos enseña lo poco que se adelanta con los médicos de la tierra. Es cierto que se deben usar los medios y medicinas, como vemos que lo hizo la Santa, pero aún es más cierto que no todo lo debemos confiar á los profesores de una ciencia tan expuesta á ilusiones. Dios es el autor de la medicina, y por lo mismo no debemos perder de vista en la enfermedad á este Médico principal, que ni cuesta dinero, ni deja de acudir, ni puede errar, y que infaliblemente nos curará, ó nos dará la paciencia por medicina, que es mayor favor. Dios es quien da las medicinas y luz á los médicos para curar, ó quien les venda los ojos para que maten. Con todo, yo no sé en qué se distingue un cristiano que debe saber todo esto, de un gentil que lo ignora, pues acudimos al médico, sin memoria ni aún remota del principal. Por esto viendo la Santa en qué términos la pusieron los médicos de Avila y la curandera de Becedas, acudió á los médicos del cielo, no con las supersticiones que vemos en el vulgo, sino con oraciones aprobadas por la Iglesia. Si reflexionamos en sus palabras conocerémos el vicio de la supersticion que reina, y más en las mujeres, poniendo toda la confianza en condiciones y exterioridades y cosas de ningun espíritu, en el número de oraciones, de luces, de posturas y gestos, ó en la calidad de las palabras que no son más que aire, y dejando la oraciones del *Padre nuestro* que nos enseña Jesucristo, del *Ave Maria*, y otras aprobadas por la Iglesia. Se cuida mucho de lo material de las cosas á que están vinculadas las indulgencias, y se descuida de lo formal de la oracion, virtudes, piedad y frecuencia de Sacramentos, que es lo principal.

No es menos admirable en santa Teresa el empeño con que habla del Patrocinio de san José, que tan vinculado dejó en sus hijos é hijas, descubriendo cuanto le debe al Santo, y le deberán todos los que le tomen por abogado; y aún añade, que si tuviera autoridad para escribir, se alargara más (1). Sigamos, pues, los ejemplos y consejos de santa Teresa en la paciencia de los trabajos, en acudir á Dios por el remedio, en invocar los Santos, y principalmente á san José, que jamás dejó de hacer lo que le pedia, enderezando las peticiones; pues tambien lo hará con nosotros si le tenemos la devocion con el espíritu de la Santa, no contentándonos con las palabras, sino ofreciéndole nuestro corazon y deseos, y mostrando con las obras que le amamos de corazon, y que hacemos algun sacrificio sensible de nuestro amor propio en culto y obsequio de un patron tan singular, que puede y quiere socorrernos en todas las necesidades de cuerpo y alma.

MÁXIMA.— ¡Oh amor de carne demasiado, que puede hacer gran daño en la enfermedad por no recibir los Sacramentos!

FRUTO.— Avisar á un amigo para que en enfermedad grave nos prevenga con tiempo el riesgo, para recibir los santos Sacramentos con conocimiento y aparejo.

JACULATORIA.— Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

(1) Vide leccion 63, sobre el amor de Dios y los Santos.

## LECCION XLVI.

DIA 15 DE FEBRERO.

ORACION.—; Oh Dios mio... como en la página 1.

Se distrae algun tanto santa Teresa de su fervor, perdiendo el tiempo en conversaciones, y se resfria algo en la oracion; pero nos enseña á no excusar nuestras faltas, y nos da gran doctrina.

«¿Quién dijera, continúa la Santa (1), que tan presto habia de caer, despues de tantos regalos de Dios, y haberme dado virtudes que me despertaban á servirlo, haberme visto casi muerta, y en tan gran peligro de ir condenada? ¡No sé cómo queremos vivir, pues es todo tan incierto! Parecíame á mí, Señor, imposible dejaros tan del todo, y como tantas veces os dejé, no puedo dejar de temer, porque en apartándoos un poco de mí, daba con todo en el suelo. Bendito seais, que aunque os dejaba yo á Vos, no me dejásteis Vos á mí tan del todo, que no me tornase á levantar. Pues así comencé (2) de pasatiempo en pasatiempo, y de vanidad en vanidad, de ocasion en ocasion, á meterme tanto en muy grandes ocasiones, y andar tan estragada mi alma en muchas vanidades, que ya yo tenia vergüenza de llegarme á la oracion. Este fué el más terrible engaño que el demonio me podia hacer debajo de parecer humildad, que comencé á temer de tener oracion, de verme tan perdida; y parecíame *mejor andar como los muchos*, pues en ser ruin era de las peores, y rezar lo que estaba obligada y vocalmente, que no tener oracion mental y tanto trato con Dios, la que merecia estar con los demonios, y que engañaba á la gente; porque en lo exterior tenia buenas apariencias: y así no es de culpar á la casa donde estaba, porque con mi maña procu-

(1) Vid., cap. vi, n.º 4.

(2) Vid., cap. vii, n.º 4.

raba me tuviesen en buena opinion, aunque no de advertencia, fingiendo cristianidad; porque en esto de hipocresía y vanagloria, jamás me acuerdo haber ofendido á Dios... antes me pesaba de que me tuvieran en buena opinion, porque yo sabia lo secreto de mí. Esto de no tenerme por tan ruin, venia de que como me veian moza y en tantas ocasiones, y apartarme muchas veces á soledad á rezar y leer mucho, hablar de Dios, amiga de hacer pintar su imágen en muchas partes, y de tener oratorio, y procurar en él cosas que hiciesen devocion, no decir mal, y otras cosas de esta suerte, que tenian apariencia de virtud; y yo que de vana me sabia estimar en las cosas que en el mundo se suelen tener por estima. Con esto me daban tanta y más libertad que á las muy antiguas, y tenian gran seguridad de mí; porque tomar yo libertad ni hacer cosa sin licencia, digo por agujeros ó paredes, ó de noche, nunca me parece lo pudiera acabar conmigo en monasterio hablar de esta suerte, ni lo hice porque me tuvo el Señor de su mano. A la verdad, no iba el mal de tanto acuerdo como esto fuera, aunque era mucho. Comenzando á trabar, pues, conversaciones y amistades, no pareciéndome que habia de venir daño á mi alma, ni el distraimiento que despues entendí, parecíame que cosa tan general como es esta, visitar en muchos monasterios, que no me haria á mí más mal que á las otras, que ya veia eran buenas; y no miraba que eran muy mejores, y lo que en mí fué peligro, en otras no lo seria tanto: que algun peligro, dudo yo, lo deje de haber, aunque no sea sino tiempo mal gastado. Estando con una persona, se me representó Cristo delante con mucho rigor, dándome á entender lo que de aquello le pesaba, y me quedó tan impresa, que esto há más de veinte y seis años, y me parece lo tengo presente.»

Esta fué la vision que tuvo de Jesucristo llagado, y que despues de veinte años, cuando fundó el primer convento de monjas en Avila hizo pintar la imágen como la vió. La dibujaba Jerónimo de Avila, y volviendo la cara hácia la Santa, para entender cómo habia de pintar el codo del Señor desgarrado y con la carne colgada,

cuando volvió los ojos hácia la pintura, se halló formada la llaga del costado y el pedazo de carne del codo, pero jamás pudo sacar una copia igual.

«Quedé, continúa la Santa, muy espantada y turbada con esta vision, y no queria ver más á tal persona, mas como no lo osé tratar con nadie, y despues tornó á haber mucha importunidad, asegurándome que no era mal ver tal persona, ni perdía honra sino que la ganaba, torné á la conversacion mesma, y pasó la vision por antojo, puesto que como no era de mi gusto, yo me hacia á mí misma desmentir, y fué muchos años los que yo tomé esta recreacion pestilencial (de visitas y amistades no necesarias). Otra vez estando con la mesma persona vimos venir hácia nosotros, y otras personas lo vieron tambien, una cosa á manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar, y no era regular ni casi posible, y la operacion que hizo en mí, me parece no era sin misterio, y jamás se me olvidó. ¡Oh grandeza de Dios, y con qué piedad me estábades avisando de todas maneras, y qué poco me aprovechó! Tenia allí una monja parienta antigua y gran sierva de Dios, que me avisaba, y no sólo no la creía, sino disgustábame con ella, y parecíame se escandalizaba sin tener por qué. Digo esto, porque se entienda mi maldad y la gran bondad de Dios, y cuán merecido tenia el infierno por tan gran ingratitud, y para que si alguna monja lo leyere, escarmiente en mí, y huya de semejantes recreaciones. Estuve como año y medio sin tener oracion, pareciéndome más humildad, y ésta fué la mayor tentacion que tuve, y aunque mi padre, á quien habia puesto en que tuviera oracion y adelantaba mucho, venia á verme creyendo que yo la tenia como antes, dijele que ya no la tenia, aunque no la causa: sino poniendo mis enfermedades por inconveniente, y mi padre me creyó. Dijele que bien veia yo que para esto no habia disculpa (esto es, para no decirle la causa verdadera), que harto hacia en poder servir al coro: mas él con la opinion que tenia de mí, me tuvo lástima. No fué sólo á él sino á otras personas las que procuré tuviesen oracion. Aun andando yo en estas vani-

dades, como las veía amigas de rezar, las decía como terminaban oración, y les aprovechaba y dábales libros, porque este deseo de que otros sirviesen á Dios, desde que comencé oración, le tenía. Parecíame que ya que yo no servía al Señor, que no se perdiese lo que me había dado á entender, y le sirviesen otros por mí. Digo esto porque se vea la gran ceguedad en que estaba, que me dejaba perder á mí, y procuraba ganar á otros.»

Yo no puedo comprender aquí qué es lo que más resalta en santa Teresa, ó su humildad ó sus demás virtudes. Se pinta como la mayor pecadora, y resulta una Santa consumada. ¡Qué modelo para hacer una buena confesion de nuestros pecados verdaderos. Por lo comun nuestras confesiones son excusas de nuestros pecados, culpando á los otros, ó á la ignorancia ó casualidad ó sorpresa. Teresa repite muchas veces su ruindad, ingratitude, y que merecia el infierno y estar con los demonios, y se pinta tan perdida como que *andaba con los muchos*, excusando á las otras para acriminarse más. ¿Qué dirá el mundo que quiere cubrir sus pecados cargándolos al prójimo? Lo peor es, que obrando tan mal, quieren pasar por muy justos, y á fuerza de hipocresía ó de orgullo piden adoraciones, no mereciendo sino el desprecio y la execracion. Teresa, aunque confiesa que no era hipócrita ni orgullosa, atribuye la estimacion que de ella hacian á su maña para ocultar sus faltas, y á algunos buenos actos y virtudes que Dios la daba. Sirvanos de confusion esta humildad, y persuadámonos que el medio para ganar honra verdadera no es el orgullo ni la hipocresía, sino el confesar nuestras culpas como Teresa, pues Dios exalta á los humildes y confunde en el abatimiento á los soberbios.

Admira santa Teresa el cuidado que tuvo el Señor de disponerla medios naturales, extraordinarios, y áun sobrenaturales para separarla de amistades, que aunque nada tenían de malo la hacian perder el tiempo, que todo debe ser de Dios, y aunque nada hacia sin licencia, ni faltaba por ellas al coro y sus obligaciones, la reprende el Señor y lo llora mucho. Pero sobre todo, la mayor falta de toda su vida fué haber dejado la ora-

ción con capa de humildad, pues dice: *Esta fué la mayor tentación que tuve*; por lo que se ve, que los mayores pecados que cometió, y le parecían tales, nos parecen virtudes ó faltas muy ligeras y de ignorancia. ¡Cuánto más motivo de lágrimas tenemos si miramos nuestra vida! ¡Cuántos delitos conocidos portales! ¡Cuántas resistencias á la voz de Dios, y cuánto desprecio de los que nos avisaban los peligros, como aquella monja hacia con Teresa! No, no tenia Teresa motivo para llorar como nosotros que hemos ofendido á Dios tan á las claras, y habremos sido causa de que otros pecaran, y bien léjos de procurar como la Santa que otros tuvieran oración y sirvieran al Señor, lo habremos impedido muchas veces. Lloremos estas faltas, y pidamos que por Teresa nos dé su temor y amor para servirle.

MÁXIMA. — Siempre fuí amiga de letras, aunque gran daño pueden hacer los medios letrados: buen letrado nunca me engañó.

FRUTO. — No haré cosa de importancia sin consejo de persona docta y temerosa de Dios.

JACULATORIA. — Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

---

## LECCION XLVII.

DIA 16 DE FEBRERO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... como en la página 1.

Atribuye santa Teresa su tibieza y descuido en la oracion al monasterio poco encerrado, y trata de los daños que experimentan en los conventos de poca observancia los que quieren servir á Dios; pero dice no habla por el suyo.

Entra santa Teresa á declararnos una verdad poco conocida, pues bien examinada la causa de su tibieza dice así (1): «A mí me hizo harto daño no estar en monasterio encerrado; porque la libertad que las que eran buenas podian tener con bondad, porque no debian más, que no se prometia clausura; para mí que soy ruin, hubiérame cierto llevado al infierno, si con tantos remedios y medios el Señor, con muy particulares mercedes suyas, no me hubiera sacado de este peligro; y así me parece lo es grandísimo *monasterio de mujeres con libertad*; y que más me parece es paso para caminar al infierno los que quisieren ser ruines, que remedio para sus flaquezas. Esto no se tome por el mio, que hay tantas que sirven muy de veras y con mucha perfeccion al Señor, que no puede Su Majestad dejar de favorecerlas, segun es bueno, y no es de los más abiertos, y en él se guarda toda religion, sino de otros que yo sé y he visto. Digo que me hacen gran lástima, que há menester el Señor hacer particulares llamamientos, y no una vez sino muchas para que se salven, segun están autorizadas las honras y recreaciones del mundo, y tan mal entendido á lo que están obligadas, que plegue á Dios no tengan por virtud lo que es pecado, como muchas veces yo lo hacia; y hay tan grande dificultad en hacerlo entender, que es menester el Señor

(1) Vid., cap. vii, n.º 2.

ponga muy de veras en ello su mano. Si los padres tomasen mi consejo, ya que no quieran mirar á poner sus hijas á donde vayan camino de salvacion sino con más peligro que en el mundo, que lo miran por lo que toca á su honra; y que quieran más casarlas muy bajamente que meterlas en monasterios semejantes, si no son muy bien inclinadas; y plegue á Dios aproveche ó se las tenga en su casa, porque si quieren ser ruines no se podrá encubrir sino poco tiempo, y acá muy mucho; y en fin lo descubre el Señor, y no sólo dañan á sí sino á todas; y á las veces las pobrecitas no tienen culpa, porque se van por lo que hallan: y es lástima de muchas que se quieren apartar del mundo, y pensando que se van á servir al Señor y apartar de los peligros, se hallan en *diez mundos juntos*, que ni saben cómo se valer ni remediar; que la mocedad y la sensualidad y el demonio las convida é inclina á seguir algunas cosas que son del mismo mundo. Ve allí que lo tienen por bueno á manera de decir. Paréceme como los desventurados herejes en parte, que se quieren cegar y hacer entender que es bueno aquello que siguen y que lo creen así, sin creerlo, porque dentro de sí tienen quien les diga que es malo. ¡Oh grandísimo mal! Grandísimo mal de Religiosos, no digo más de mujeres que hombres, á donde no se guarda religion: á donde en un monasterio hay dos caminos de virtud y religion, y falta de religion, y todos casi se andan por igual. Antes mal dije, no por igual, que por nuestros pecados caminase más el más imperfecto, y como hay más de él es más favorecido. Úsase tan poco el de la verdadera Religion, que más ha de temer el fraile y la monja que ha de comenzar de veras á seguir del todo su llamamiento á los mismos de su casa que á todos los demonios. Y más cautela y disimulacion ha de tener para hablar en la amistad que desea tener con Dios, que en otras amistades y voluntades que el demonio ordena en los monasterios. Y no sé de qué nos espantamos haya tantos males en la Iglesia, pues los que habian de ser los dechados para que todos sacasen virtudes, tienen tan borrada la labor, que el espíritu de los

Santos pasados dejaron en las religiones. Plegue á la divina Majestad ponga remedio en ello, como se ve que es menester. Amen.»

Ya sentimos á santa Teresa que truena contra los pecadores y contra el relajamiento de algunos monasterios, aunque previene no se tome por el suyo, que aunque sin clausura y de ciento ochenta monjas, las habia muy buenas y de mucha perfeccion, y así lo debemos creer, no sólo porque lo dice la Santa, sino por las muchas que salieron despues para la reforma y por la perfeccion en que siguieron despues que salió la Santa y fué priora. Lloro la Santa, pues, en general el daño que hay en algunos monasterios de hombres y mujeres donde se guarda poco la religion y virtud, y llega á decir que el fraile ó monja que quiere seguir su llamamiento, ha de temer más á los de su casa que á todos los demonios, y que tienen borrado el espíritu de los Santos pasados ó Fundadores. Recogerán los vanos filósofos estas cláusulas de la Santa para desacreditar el estado, mirarlo como inútil y destruirlo; pero ¿qué mala es su lógica de que tanto blasonan? ¿Lo que dice la Santa de algunos monasterios se debe aplicar á todos? ¿Qué estado podrá perseverar? Ni aun el colegio de Jesucristo, ¿y qué digo? ni tampoco los Angeles del cielo en que hubo tantos malos. Pero dejemos razones á los que no hablan sino por capricho y odio, que es tan antiguo como el mundo contra los buenos. No sabemos que nadie murmurara de la Magdalena, de los gastos de su profanidad, ni de sus escándalos; pero en la hora que la ven postrada á los piés de Jesucristo y que derrama y gasta en el Salvador un poco de bálsamo, ya la censuran y dicen: *¿A qué fin este gasto que pudiera emplearse en los pobres?* No está mejor el mundo ahora que entonces, y más en esta materia...

Declama la Santa contra la relajacion religiosa, y muy justamente; pero si en esto es digno de ser creida, ¿por qué no la creerán cuando dice (1): Primero, en la fundacion de Avila en que no habia casi persona que

(1) Vid., cap. xxxii, n. 6.

no fuera contra esto, y que el Señor despues de comulgar la mandó la hiciera, pues se serviria allí mucho, y la añadió: *Que aunque las religiones estaban relajadas no pensara se servia poco en ellas. Que, ¿qué sería del mundo si no fuera por los religiosos* (1)? Segundo: Despues de decir lo que es un alma en pecado vió sobrenaturalmente los provechos que habian de causar las religiones en el mundo, lo que florecerian los monasterios que tendrian sus peleas con fervor, etc. Tercero: Encargando á sus Religiosas que oren por los predicadores y letrados, dice (2): Que los más de éstos están en las religiones, que nos ha de valer el brazo eclesiástico y no el seglar, y que pide las oraciones, porque como es preciso que los religiosos y letrados hayan de sostener los flacos, se ven precisados á vivir entre hombres, estar en palacios y áun hacerse con ellos algunas veces en el exterior, y que así es mucho trabajo y peligro tratar, vivir y andar en negocios del mundo y ser en lo interior extraños y enemigos del mundo; y en fin, no ser hombres sino ángeles. Y no es ahora tiempo de ver imperfecciones, pues lo han con el mundo que no se los perdonará: cosas buenas se les pasarán muchas por alto, pero no las malas. Cuarto (3): «Tengo por experiencia, dice, que el demonio puede sufrir mal estas casas (religiosas), y ansí siempre nos persigue, mas el Señor lo puede todo, y el demonio se va con las manos en la cabeza;» y hablando de la contradiccion de personas bien principales, añade: «Cuando nos apedreen, como lo hicieron casi en Avila, entonces irá bueno el negocio, y no perderá nada el monasterio, sino que se ganará mucho. El demonio inventa (4) mil enredos para quitar el gran bien que hace á donde trae muchos monasterios (al pueblo donde se fundan muchos monasterios pobres), porque poderoso es para mantener los pocos como los muchos.» En fin (5), escribien-

(1) Vid., cap. XL, n.º 8, etc.

(2) Camino de perf., cap. III, n.º 1.

(3) Tom. 1, cart. XXXVIII, n.º 3 y 4.

(4) Fund., cap. XXXI, n.º 7.

(5) Tom. 3, cart. 1.

do la Santa al rey Felipe II, le dice: «Mientras más adelante fuere esta Orden, será para vuestra majestad más ganancia.»

Medítese, pues, no sólo lo que dice santa Teresa del relajamiento particular de las Ordenes religiosas, sino lo que dice en su alabanza, y se obrará justamente, hablando mal de lo malo y bien de lo bueno. «Ahora me espanto, añade (1), de quien enseña la perfeccion (á los seglares), no para guardarla, sino para condenar (á los Religiosos que no la observan), y á veces lo que es virtud les parece regalo (en los Religiosos).» Por fin, notemos que los enemigos de la Religion blasfeman de ella en vida y al morir la alaban. Muchos han dicho al espirar: ¡Quién hubiera sido Religioso! mas ningun Religioso al morir desea ser seglar. Estos que huyen del hábito en vida lo buscan en muerte. ¡Oh cuán más clara y brillante es la luz al morir, y con cuánta mayor claridad deja ver entonces la verdad!

MÁXIMA.— Las mujeres, más que los hombres, son obligadas á tener honestidad: guárdense los hombres de mujeres livianas, pues ninguna cosa pueden de ellas fiar.

FRUTO.— Huir del deseo de ver y ser vistas.

JACULATORIA.— Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

(1) Camino de perf., cap. III, n.º 3.

## LECCION XLVIII.

DIA 17 DE FEBRERO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Prosigue el mismo asunto, y se hace ver por santa Teresa como no hay remedio para el convento relajado, sino es de puertas adentro. Dónde y cómo deben poner los padres á las hijas en conventos, y trata tambien de la vida comun.

Ya que habemos demostrado con cuánto juicio habla santa Teresa contra el relajamiento de los monasterios poco recogidos, sin ofender en nada los cuerpos religiosos ni pensar en su destruccion, veamos ahora su modo de pensar en su remedio y reforma. «Yo tengo bien entendido, dice (1), *que ningun remedio tienen los monasterios de monjas si no hay de las puertas adentro quien guarde.*» En estas solas palabras dice cuanto se puede decir en la materia, y así es en vano buscar medios para las reformas si no es por dentro de las mismas religiones y Religiosos. Y sin salir de esta religion, ¿qué adelantaron los papas, los reyes, y aún los generales, nuncios, obispos, etc., hasta que ella misma se reformó por santa Teresa? ¿Quién reformó el convento de la Encarnacion? Hasta que Teresa ya descalza volvió á él por Priora nada se hizo, y desde entonces fué muy ejemplar, pues en este mismo lugar dice: *Está la Encarnacion que es para alabar á Dios.* Y en la misma reforma se vió lo poco que se adelantó con las Visitas Apostólicas y órdenes del Nuncio, hasta que se hizo la separacion y se comenzaron á gobernar por prelados propios. En lo que más se ha de cuidar es en la admision de novicios y sus profesiones, porque como afirma la Santa (2): *Yo temo más una monja descontent-*

(1) Tom. II, cart. 24, n.º 6.

(2) Tom. III, cart. 30, n.º 6.

*ta que á muchos demonios.* Y lo mismo podia decirse de una melancólica, como se ve por otras cartas de la Santa, en que habla, no de una monja formalmente descontenta, sino melancólica, que despues fué una excelente Religiosa.

Mas volvamos al asunto principal de Teresa, que no es otro que precaver á los padres para que no pongan sus hijas en monasterios sin asegurarse primero si hay ó no libertad, pues muchas veces la tienen mayor que en sus casas y más segura su condenacion. Esto puede suceder de varios modos: unas veces los padres por algun desman de la hija, ó casamiento intentado por ella contra su gusto, ó no correspondiente, ó porque las hijas no quieren casarse con quien el padre las propone, las hacen entrar monjas ó en algun convento de educacion. Como el motivo no suele ser justo y es sin verdadera vocacion, resultan muy malas consecuencias. Por esto dice la Santa, que ya que los padres no quieren mirar por la salvacion de sus hijas, miren siquiera lo que toca á su honra, y así que las casen, aunque sea *muy bajamente*, antes que meterlas en tales monasterios: porque si estos son Recoletos y no entran con vocacion, como están despues descontentas, alborotan la casa, quitan la paz, relajan el monasterio y causan mil escándalos, de los que resultan el deshonor en los padres si saben la violencia que hicieron á la hija, y en los demás que lo ignoran se murmura del estado religioso; por manera, que si bien se mirara en los frailes y monjas descontentas y relajadas, se veria ser la principal culpa de los padres y del mundo, y sin embargo, como se sondean poco las cosas, el borron cae principalmente sobre el estado y religion que tiene poca culpa. Si el monasterio ó casa de enseñanza no es muy religiosa, aquí es donde nos hace ver la Santa en cuánto más peligro están estas pobres doncellas, que se van á lo que ven, que unas á otras se malean, y se enseñan lo que jamás aprendieran en casa de sus padres, y creyendo éstos que las separan del mundo, las meten *en diez mundos juntos*, donde ni saben como valerse, ni pueden remediarse, porque la mocedad, la

sensualidad y el demonio las convida al mal con las malas compañías. Es, pues, necesario que los padres mediten bien todas estas cosas antes de resolverse. Ya hemos dicho alguna cosa sobre este punto, y por eso no lo repetimos.

Sólo quiero prevenir una cosa á las que quieran entrar en Religion. El mayor mal que puede haber en un monasterio es la falta de paz, la discordia, los chismes y los bandos. «Se me hielá la sangre, dice la Santa, cuando esto escribo (1), de pensar que puede venir á ser, porque veo que es el principal mal de los monasterios falta de paz, bandillos ó deseo de ser más, ó puntillo de honra, y cuando esto hubiese, dénse por perdidas, crean han echado á su Esposo de casa: procuren remedio, porque si no lo pone el confesar y comulgar tan á menudo, teman si hay algun Judas. Mire mucho la Priora atajarlo luego al principio, que aquí está todo el daño ó remedio, y la que entendiere que alborota, procuren se vaya á otro monasterio. Echen de sí esta pestilencia, corten como pudieren las ramas, y si no bastare arránquenla de raíz. Y cuando esto no pudieren, no salga de una cárcel quien de estas cosas treatare, mucho más vale antes que pegue á todos tan incurable pestilencia. ¡Oh que es gran mal! Dios nos libre de monasterio donde entra. Yo más querria que entrase en éste un fuego que nos abrase á todas. No lo permita el Señor...»

Estas palabras tan terribles de santa Teresa, que en lo demás es tan dulce, nos dan bien á entender cuán graves males son estos. La que quiera, pues, entrar en un convento medite bien lo primero si está contagiado; mas para conocerlo se necesita mucha prudencia, pues así como hay una paz más amarga que la guerra, así suele haber guerra, entre los individuos de una Comunidad, que es más apreciable que la paz en que descansan los pecadores. Por tanto, la regla más sensible es mirar si hay observancia ó no. No entro á condenar á nadie, ni los vitalicios y pensiones que hay en algu-

(1) Camino de perf., cap. vii, n.º 9.

nas partes, ni los que no viven de comun; mas sí diré que como el cuidado de lo temporal suele ser causa de muchos disgustos, aquellas religiones que viven de comun, y los conventos de monjas que en salud y enfermedad son asistidas en todo, están menos expuestos á la falta de paz y á los puntillos de honor. En esto son más delicadas las mujeres y más tocadas de la envidia. Las que tienen grandes vitalicios suelen ser más señoras si la virtud no las modera, y esta es gravísima tentacion para otras, que no teniendo asistencias de su casa, no son asistidas de la Comunidad. ¡Qué hará esta infeliz, pobre y sin asistencias proporcionadas! Es preciso, ó buscar amistades que la distraigan, ó que se dedique á trabajar y comerciar, cosa indigna del estado y que la distrae de las ocupaciones espirituales y de observancia.

La experiencia descubre de continuo que hay más paz, union, hermandad y virtud con alegría en los conventos reformados y de vida comun que en los demás. No por esto me empeñaré yo en que todos deben seguir la vida comun contra el uso y práctica en que hallaron el convento. No hay duda que es lo mejor y lo que debe desearse, mas no siempre lo mejor es lo más justo ni lo más conveniente. Siempre que la vida comun se profesa, se debe guardar ó restituir á su pureza, y aunque no la hubieren profesado, será lo mejor y más conveniente y justo, siempre que nazca del corazon; mas si por esto se quita la paz y el convento no queda con raíces para asistir completamente á las religiosas, es muy peligroso intentarlo á fuerza, y así debe sufrirse un mal por evitar otro mayor. Por tanto, el que maneja estos asuntos debe tener cien ojos, pues hemos visto que no todas las que convienen en la introduccion de la vida comun, dicen lo que tienen en el corazon: unas la desean porque, no teniendo vitalicios, envidian á las otras y quieren regalarse como ellas, y así levantan *la voz de pobreza, observancia, etc.* Otras lo hacen por hacerse reformadoras. Unas veces obligan las insinuaciones del Superior, otras el temor de no pasar por relajadas; pero al fin, cuando no hay reme-

dio, revienta lo que hay en el alma y todo va al tras- te. Este asunto de vida comun debe procurarse con- venciendo el entendimiento, corazon y voluntad, pero dejando siempre libre la eleccion y sin violencia. Es obra sublime de Dios, que más se consigue con oracio- nes, ejemplos y dulzura que con mandatos.

¡Oh Dios mio! Iluminad á los que quieren serviros de veras, para que acierten en la eleccion de estado. A los padres para que vean donde depositan sus hijas ó hijos; á éstos para que vean donde entran, y á los que se hallan ya profesos para que conozcan cuál es el verdadero camino para el cielo, pues el hábito no hace monje, sino el corazon, la virtud, la observancia de la regla y de los tres votos, dejando todas las cosas y abrazando la cruz para conseguir el cielo, pues el que no renuncia cuanto posee, y no lleva la cruz, siguiendo al Salvador, no puede ser discípulo suyo.

MÁXIMA.— De ninguna cosa hay que fiar, sino de Dios.

FRUTO.— No fiar de nuestra virtud y cordura, pues los que aman el peligro perecen en él.

JACULATORIA.— Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

---

## LECCION XLIX.

DIA 18 DE FEBRERO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Confiesa la Santa el mucho daño que la vino por no quitar de raíz las ocasiones, y por los confesores poco letrados. Da excelente doctrina para penitentes y confesores, á fin de que sepan elegir padre espiritual, y enseña las obligaciones de éste.

Aunque dijimos que santa Teresa atribuía su tibieza en la perfección á no tener clausura el convento de la Encarnación, cree la misma que más principalmente nació el daño de no haber hallado en muchos años confesores del caso para su alma, y de no haber quitado de raíz las ocasiones, pues así lo expresa por estas palabras (1): «Estaba todo el daño en no quitar de raíz las ocasiones y en los confesores que me ayudaban poco, pues al decirme el peligro en que andaba, y que tenía obligación á no traer aquellos tratos, sin duda creo se remediara, porque no sufriera yo andar un día en pecado si lo entendiera. Gran daño hicieron á mi alma confesores medio letrados (2). He visto por experiencia que es mejor, siendo virtuosos y de buenas costumbres, no tener ningunas letras que tener pocas, porque ni ellos se fian de sí sin preguntar, ni yo me fiara, y buen letrado jamás me engañó. Estos otros tampoco me debían querer engañar, sino que no sabían más y yo pensaba que no estaba más obligada que á creerlos, como era cosa ancha lo que me decían y de más libertad; que si fuera apretada, yo soy tan ruin que buscara otros. Lo que era pecado venial, decíanme que no era ninguno; lo que era gravísimo mortal, que era venial. Esto me hizo tanto daño, que no es mucho

(1) Vid., cap. vi, n.º 2.

(2) Vid., cap. v, n.º 2.

lo diga aquí para aviso de otros, aunque veo que delante de Dios no me es disculpa, que bastaban ser las cosas de su natural no buenas, para que yo me guardara de ellas. Duré en esta ceguedad creo más de diez y siete años (entiende hasta su mayor perfeccion); pero un Padre Dominico, gran letrado, me desengañó y los de la Compañía.»

En otras partes da tambien muchos avisos la Santa sobre los confesores, los que se irán exponiendo en el discurso de esta historia en sus lugares propios, pues aunque se pudieran reunir seguidos, así por no fastidiar, como más principalmente porque recordando las cosas en diversas partes y muchas veces, se fijan mejor en la memoria, distribuirémos en varios lugares oportunos sus lecciones, aunque algun lógico censure este modo de proceder. Sólo quiero insinuar ahora lo que dice al capítulo cuarto en el libro intitulado: *Caminio de perfeccion*, donde hablando del amor espiritual que se suele tener al confesor, dice: «Se puede querer, si es santo, espiritual y aprovecha al alma; pero que deben cuidar no ocupar el pensamiento en si quieren ó no quieren, y más en monjas muy encerradas. Si en el confesor se viera alguna vanidad, ó cosa que lleve camino á ella, todo debe tenerse por sospechoso. Lo más acertado será procurar hablar con persona que tenga letras, y hacer lo que la dijere. ¡Cuántos yerros pasan en el mundo por no hacer las cosas con consejo! Miren que va mucho en ello, y no aguarden á entender mucho mal (1). Aunque sean santos, les está mejor tratar poco con ninguno (confesor), que Dios les enseñará, y tengo visto, que mucho trato no aprovecha, antes daña por bueno que sea. Tenia yo una gran falta de que me vinieron muchos daños, que era aficionarme al que me tenia voluntad, y me holgaba de verle y pensar en él y en las cosas buenas que le veia, y me traia el alma harto perdida.» Por dos veces en la instruccion sobre el modo de visitar insiste la Santa (2), en que no

(1) Tom. 2, cart. xxx, n. 2, y en la Vida, cap. xxxvii, y en el *Mo-  
do de visitar*, donde trata de esto.

(2) Num. 14 y 29.

haya demasiada comunicacion con los confesores, sino muy moderada y cuanto menos mejor.

No es poco lo que se puede reflexionar sobre tan excelente doctrina de la Santa, aunque sea brevemente. Lo primero es persuadirnos que todos los daños espirituales nacen de estos dos principios: no quitar de raíz las ocasiones, y de la mala eleccion ó gobierno del confesor. Si el que ama el peligro, dice el Espíritu Santo, perece en él, tambien se sigue que el que se está en ocasion próxima voluntaria, ó no la corta de raíz, perecerá y caerá. Queremos que Dios obre milagrosamente, y que estando en el fuego, no sintamos su ardor, y esto no puede ser, y menos cuando no salimos del peligro ó no arrancamos su raíz. Fuera de estos remedios, todos los demás son paliativos y excusas vanas, pues ciertamente, el que se ve amenazado de un riesgo inminente de perder la vida y puede huir de él, no se anda con respetos ni detenciones, sino que se pone en salvo, huyendo ó arrancando lo que lo exponia á peligro. No es, pues, menos interesante la salud del alma que la del cuerpo.

Lo segundo se infiere de lo dicho, el gran cuidado que debemos tener en la eleccion de confesor, pues si para el enfermo y para los intereses de la tierra se busca el médico y el abogado más hábil, ¿por qué no se hará otro tanto por la salud eterna? Santa Teresa nos da las reglas convenientes para no errar este punto, y son que se busque confesor hábil y de muchas letras, y cuando no se halle tal, se elija antes un confesor santo y virtuoso, que medio letrado sin tanta virtud y humildad para preguntar y aconsejarse. Es cosa admirable lo que dice la Santa, que ningun letrado la engañó, y esto sin duda porque, aunque no sean santos, saben y entienden, y no se querrán condenar por lo que ni comen ni beben. Pero los medio letrados, ó los que no tienen letras, á no ser muy santos y humildes, suelen creer que lo saben todo, no hallan dificultad en cosa alguna, se creen honrados por los penitentes, y así pasan la esponja al pecador. Es cosa bien reparable ver muchas personas que están metidas en asuntos, nego-

cios y circunstancias bien críticas, en que, ó su amor propio, ó su pasion, ó la calidad de negocios les pueden hacer errar en la conducta lo poco que meditan la eleccion de confesores, y ver que eligen á los que no tienen ni santidad ni letras. «Yo pensaba, dice la Santa, que debia creerlos, y como eran anchos y me daban libertad, no pasaba más pena.» ¡Cuántos hay en el mundo que dirán lo mismo con más fundamento que la Santa! ¡Cuántos confesores se tragan los pecados mortales de los confesados como agua! Mas notemos que santa Teresa conoce no tenia disculpa, pues conocia que las cosas eran á lo menos *no buenas*, y así debia haber consultado y temido. ¡Cuántos podrán decir mejor que la Santa, que si los apretaran los confesores, que luego buscarian otro más blando, como en efecto sucede! ¿Qué será de los que buscan confesores desconocidos y de los que huyen de los sabios y virtuosos?

Es lícito, dice la Santa, querer á los confesores, mas este amor debe ser muy puro y no mostrarlo, y al menor peligro tomar toda precaucion. La Santa cuenta (1), que mostrando ella alguna gracia ó amor á los confesores (sabios), ellos, como temerosos de Dios, temian no me asiese en alguna manera y me atase á quererlos, aunque santamente, y mostrábanme desgracia. Mucho tienen que aprender aquí las almas espirituales y las que no lo son por su profesion. Los primeros ven el peligro de estas aficiones, aunque sean espirituales; los segundos deben ser cautos con aquellos confesores que no parecen tales, sino esclavos y dependientes de la voluntad de sus penitentes, y deben desconfiar de ellos. Aprendan los confesores tambien lo que hacian los de la Santa para evitar los riesgos, pues tienen más obligacion de entenderlo que los simples cristianos. El confesor, pues, juicioso no debe abusar de la confesion del penitente, y si éste muestra amor, como la Santa dice de sí, él debe mostrar disgusto y desgracia. A este fin deben entender solamente en el bien espiritual del confesado, no en sus intereses y ne-

(1) Vid., cap. xxxii, n.º 2.

gocios, no en pretensiones ni empeños, no en manifestar al mundo que son árbitros de su voluntad y poderosos mediadores en las solicitudes temporales, pues no sólo en los regalos, sino en estas cosas puede haber simonía y pecados gravísimos. Lo peor es que si un confesor toma empeño para conseguir favores, empleos y gracias para algunos por su confesado, parecerá mal á todo hombre de juicio y virtud, y queda sin libertad para reprender y decir libremente lo que entiende en el Sacramento. El confesor más prudente y digno será aquel que muy poco ó nada trata con su penitente fuera de la confesion; que no toma empeño de nadie para hablar ó solicitar del confesado que está autorizado en algun empleo. No niego, ni digo que se niegue, cuando alguna rara vez es acto de pura caridad; mas siempre dejando libertad completa al que confiesa, sino es cosa de obligacion de rigurosa justicia.

MÁXIMA.—Los hombres son amigos de mujeres que van inclinadas á virtud, y estas ganan más con ellos por este camino.

FRUTO.—Buscar en todas las cosas el reino de Dios y su justicia.

JACULATORIA.—Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

---

## LECCION L.

## DIA 19 DE FEBRERO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Muerto el padre de santa Teresa, toma ésta un confesor dominico, que la comienza á dirigir, haciendo que vuelva á la oracion. Las peleas que tuvo la Santa consigo misma mucho tiempo nos enseñan los medios para vivir con paz y quietud en la virtud.

En este tiempo, por los años 1546, salió la Santa del convento para asistir á su padre en la enfermedad de que murió, segun dijimos en el principio, tratando de la santidad de sus padres y hermanos. Con su muerte comenzó la Santa á reflexionar sobre sí misma, no con aquel estéril sentimiento comun del mundo, sino con el de la virtud y humildad, *para mejorar de vida, por parecerse á tal padre*, como ella dice. Tendria en este tiempo la Santa treinta y un años, pues su padre murió el de 1546. Determinó confesarse con el mismo confesor que habia tenido su padre, y se llamaba Fr. Vicente Varron, Lector de Teología y Presentado de la Orden de Dominicos. De éste dice la Santa (1) que era muy bueno y temeroso de Dios, y que la hizo mucho provecho confesándose con él. «Hacíame comulgar de quince á quince dias, y poco á poco le traté de mi oracion. Díjome que no la dejase, que en ninguna manera me podia hacer sino provecho. Comencé á tornar á ella, aunque no á quitarme de las ocasiones, y nunca más la dejé. Pasaba una vida trabajosísima, porque en la oracion entendia mis faltas. Por una parte me llamaba Dios, por otra yo seguia el mundo. Parece que queria concertar estos dos contrarios, tan enemigo uno de otro, como es vida espiritual, y contentos, gustos y

(1) Vid., cap. vii, n.º 9.

pasatiempos. En la oracion pasaba gran trabajo, porque, no andaba el espíritu señor, sino esclavo. Dábanme gran contento todas las cosas de Dios, pero me tenían atadas las del mundo. Pasé así muchos años, y me espanto haber podido sufrir; aunque dejar la oracion ya no era en mi mano, porque me tenía el Señor con las suyas para hacerme mayores mercedes. Con regalos grandes castigábais mis delitos, Señor, y era tanto más penoso para mi condicion recibir mercedes, cuando habia caído en más culpas que recibir castigos, que una de ellas me parece cierto me deshacia y confundia más que muchas enfermedades y trabajos, porque esto veía que lo merecía; pero verme recibir mercedes de nuevo, pagando tan mal las recibidas, es un género de tormento terrible para mí y para todos los que tengan conocimiento ó amor de Dios.» «Pasé este mar tempestuoso (1), continúa, casi veinte años con estas caídas, y en vida tan baja de perfeccion, que es de las más penosas que se pueden imaginar, porque ni gozaba de Dios, ni traía contento en el mundo. Verdad es que en estos años hubo muchos meses, y creo alguna vez año que me guardaba de ofender á Dios y me daba mucho á la oracion; ratos grandes de oracion, pocos dias se pasaban sin tenerlos, sino era estar muy mala ó muy ocupada. Cuando estaba mala, estaba mejor con Dios y procuraba que las que trataban conmigo lo estuviesen.

Como todo el mal de Teresa habia nacido de no haber tenido confesores doctos y prudentes que la dirigieran; por este buen confesor de su padre se comenzó á reparar de las quiebras que á ella le parecen muy graves, y á nosotros muy leves. Conoció el confesor, dice el Sr. Yepes (2), la traza y ardid del demonio, y la dijo, que si tanta vergüenza tenia de ponerse delante de Dios en la oracion, ¿cuánta más tendria en el dia del juicio? Que la oracion es el medio más eficaz para remediar faltas, que no era soberbia llegar á Dios orando, aunque fuera pecadora, sino el apartarse de El, porque en la oracion nos armamos contra el demonio, con

(1) Vid., cap. viii, n.º 4.

(2) Vid., cap. ix.

otras muchas cosas que la resolvieron á entregarse del todo á Dios. Mas como no estaba aún del todo desasida de la tierra, tuvo que sufrir una gran batálla por veinte años, que deben contarse, no desde la muerte del padre, sino de mucho antes. Bien describe estas peleas la Santa, haciéndonos conocer sensiblemente cuán imposible es pretender servir á Dios y al mundo juntamente. Como el espíritu no anda *señor* en este género de vida, sino *esclavo*, porque aún ama al mundo, no es dueño para pisarlo y darse todo á Dios; y de aquí nacen unas amarguras que espantaba á la Santa pensar como las pudo sufrir ni un mes, pues se hallaba sin gozar de Dios ni del mundo. «No puedo figurar la cautividad que tenia mi alma, porque entendia que lo estaba, y no entendia en qué. Lástima la tengo de lo mucho que pasó, y el poco socorro que tenia, sino de Dios, y la salida que la daban con decir eran lícitos los pasatiempos. Pues el tormento de los Sermones no era pequeño. De hablar de Dios ú oír de El casi nunca me cansaba, pero en los sermones entendia que no era la que debía ser, ni con mucho. Parece que peleaba con una sombra de muerte, y no habia quien me diese vida, y quien me la podía dar, que era Dios, tenia razon de no socorrerme, pues tantas veces lo dejaba.»

El Sr. Yepes pondera esta pelea de pensamientos y sequedades, que tantos años incomodaron á la Santa aun en medio de tantas virtudes. La que por tibieza en la oracion, y de poco tiempo recibió algun daño, necesitó muchos años para remediarse. ¿Que sucederá á la mayor parte de los hombres? *La herida en el alma da-se presto, y cúrase tarde*. El deleite pasa luego, pero no el castigo, y el mal es de la condicion de las raices que no se arrancan presto ni facilmente. Quiso el Señor que Teresa probase primero lo que cuestan los gustos de las criaturas, para que entendiera la pureza que convenia tener para tratar con el Señor. Esta pelea consigo y sequedades en la oracion eran tanto castigo, como medicina, para purgarla de todas las pasiones, y prueba que queria hacer el Señor ántes de comunicársele sin reserva, porque no era el penar y la guerra continua,

sino mezclada con favores, consuelos y fervor. Grande providencia de Dios para que nos desengañemos del mundo, y busquemos á solo Dios, donde únicamente se halla la paz y el consuelo verdadero.

En el mundo se quiere descansar en las criaturas: los que se abandonan á ellas y dejan del todo á Dios, se atolondran, y no conocen su mal; mas los que quieren servir á Dios y á los hombres, experimentan lo mismo que Teresa. En fin, no hay uno que si se retira dentro de sí un momento, no conozca la debilidad de los consuelos humanos, y cuán imposible es la paz en el trabajo, si no le viene de Dios. El enemigo es muy astuto, y no sólo nos ciega para no ver más que el exterior brillante del placer humano, sino que nos aparta de la virtud á título de humildad como á Teresa, ó por no hacerse singular entre los de su clase. Para evitar este escollo, conviene buscar confesor docto y santo, y oír sermones sin dejar la oracion. Aquí hallaba santa Teresa las inspiraciones, los remordimientos, y esto en el mismo tiempo que los confesores blandos la ensanchaban el camino de la virtud. Aquí eran sus peleas unas veces con las verdades fuertes que oía, otras con la luz que Dios le daba oyendo sermones y en la oracion; y cuando Dios la regalaba con favores, no se deslumbraba ni desvanecía, sino que la servian de castigo viendo la bondad de Dios y su ingratitud. Hablando de este estado de tibieza dice en el mismo lugar: «Gran mal es ver un alma sola entre tantos peligros. Paréceme á mí que si hubiera con quien tratar, me ayudara para no volver á caer. Por esto aconsejara yo procuren amistad y trato con personas de oracion, siquiera para ayudarse... ¡Qué distante están de practicarlo así algunos, que ni tienen confesor, ni gustan de sermones, ni menos del trato de personas espirituales.» El que desea, pues, su salvacion, seguirá estos sólidos principios que establece santa Teresa, y que confiesa la libraron de caer en el infierno. Para el mal hay muchos que ayudan; para el bien son pocos, y por lo mismo debemos ayudarnos con los medios espirituales que Dios tiene establecidos en la Iglesia para bien de las almas.»

MÁXIMA.— Querria ver á todo el mundo devoto de mi Señor y Padre San José, porque no me acuerdo haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer.

FRUTO.— Todos los días, al menos por la mañana y noche, y si es posible cuando dan horas, repetiré: «Jesús, José y María, os doy el corazon y el alma mia.»

JACULATORIA.— Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

## LECCION LI.

DIA 20 DE FEBRERO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

La vista de una imágen de Jesucristo aumenta el fervor de santa Teresa, y su doctrina sobre imágenes debe ser regla para que los cristianos las aprecien, y no las destierren de sus habitaciones.

Aunque santa Teresa nos repite muchas veces que por veinte años anduvo en continuas peleas, sequedades y faltas, no debe entenderse esto desde la muerte de su padre, sino de mucho ántes, por manera que á los cuarenta ó cuarenta y un años de su vida, ó poco más, fué cuando, no comenzó á unirse con Dios, sino que consumó esta union, y acabó de desprenderse de todas las criaturas, viviendo ya como un ángel en la tierra, enamorada de solo Dios, y libre de toda falta con advertencia. Por lo tanto, y para llenar estos diez años de su vida, diremos algunos sucesos que ciertamente sucedieron en ellos, aunque no consta del año fijamente, ni es necesario en esta obra, que no tiene por objeto la cronología, sino el magisterio de nuestra Madre y Maestra, á cuyo fin recorrerémos tambien las más de sus virtudes, ántes de tratar de su reforma y fundaciones.

Una de las causas, pues, que tuvo la Santa para aumentar el fervor de su amor y virtudes, fué la que refiere por estas palabras (1): «Andaba ya mi alma cansada, y no la dejaban descansar las ruines costumbres que tenia. Acontecióme que entrando un dia en el oratorio (de la Encarnacion), ví una imágen que habían traído allí á guardar, que se habia buscado para cierta fiesta que se hacia en casa. Era de Cristo muy llagado, y tan devota, que en mirándola, toda me turbó de verla tal, porque representaba bien lo que pasó por nosotros. Fué tanto lo que sentí de lo mal que habia agradecido aquellas llagas, que el corazon se me partia, y arrojéme cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole me favoreciese ya de una vez para no ofenderle.» Repetia así postrada, dice el Sr. Yepes, muchas veces: «Señor mio y Dios mio, no me levantaré de aquí hasta que me hagais esta merced.» Tomó tambien á la Magdalena por medianera, pensando en su conversion, y más cuando comulgaba, puesta á los piés del Señor, pedia á la Santa la alcanzara perdon; «mas esta postrera vez, dice de esta imágen, me aprovechó más, porque estaba muy desconfiada de mí, y ponía toda mi confianza en Dios. Paréceme le dije no me habia de levantar de allí, hasta que hiciera lo que le suplicaba. Creo cierto me aprovechó, porque fuí mejorando mucho desde entonces.»

Vemos aquí á santa Teresa muy amiga de imágenes, á lo que contribuyó mucho el que sólo podia pensar ó meditar en Jesucristo en cuanto hombre. «Desventurados herejes, dice, que por su culpa pierden este bien: bien parece que no le aman, porque si lo amaran, holgaríanse de ver su retrato, como acá áun da contento ver el de quien se quiere bien...» Este es el principio de la sublime perfeccion de Teresa. Al mundo parecerá cosa de niños la impresion que causaba una imágen de Jesucristo y sus efectos admirables y sublimes. Aun se mirará como debilidad y flaqueza de un espíritu tímido, pues los fuertes del mundo superan las impresiones

(1) Vid., cap. ix, n.º 4.

de los sentidos. Todos los dias vemos imágenes bien perfectas, y sólo causan en nosotros una estéril admiración, porque no las miramos como santa Teresa por devoción, sino por curiosidad; no con relación á lo que significan, sino por la perfección del arte. Muy pequeña causa parece que la vista de una imagen cause una transformación constante en la vida y acciones, pero Dios quiere enseñarnos que su gracia es la causa principal, y que los medios, sean grandes ó pequeños, son indiferentes para quien sabe obrar prodigios igualmente desde la cruz que desde el trono de su Padre Dios, y no habla menos eficazmente en el tosco tabernáculo de pieles en el desierto, que en el magnífico de oro en Jerusalem. También debemos advertir, que en tiempo de santa Teresa perseguían los herejes con furor las imágenes y miraban como idolatría su culto. Por esto quiso volver el Señor por su honor con el ejemplo y doctrina de santa Teresa. Desde niña aprendió el culto externo, pidiendo á los pies de una imagen de Nuestra Señora que la tomara por hija, ya que acababa de morir su madre; aprendió á rezar, á leer libros de Santos, enternecerse con la pintura de la Samaritana, pidiendo con ella la agua de la gracia, ¿qué mucho que ahora clame y pida lo mismo á los pies de una imagen de Cristo? Sin duda consiguió la confirmación en la divina gracia en esta ocasión, pues dice la aprovechó mucho, dando por causal que estaba del todo desconfiada de sí, y que sólo confiaba en Dios. Este es el sólido, el verdadero y el único fundamento y principio de la virtud: desconfiar de sí, y confiar en solo Dios. Los hombres orgullosos, confiados en sus gracias y voluntad, no pueden recibir la gracia divina, porque el Espíritu Santo sólo la da á los humildes y resiste á los soberbios. Desventurados herejes, exclama la Santa; y nosotros podemos decir: desventurados cristianos, que se avergüenzan de tener en su casa imágenes de Cristo y de sus Santos, que miran segun sus obras, como superstición este culto: que si tienen alguna en sus habitaciones, sólo la aprecian por la perfección del arte, y se burlan de los que ven postrados adorando las imágenes.

Aún pasa más adelante este error. Se atreven algunos á defender que no deben colocarse las imágenes santas en lugares que no sean sagrados, ó en las habitaciones, pues parece que es profanarlas, condenando tambien el nombrar á *Jesús* con frecuencia. No condenaré yo á todos los que así hablen, porque puede nacer de un singular respeto de devocion; mas tampoco creeré que la calidad de las personas que hablan así, lo digan con espíritu cristiano, porque no lo demuestran los más en sus obras. ¿Podrá creerse que sostienen como respeto á las imágenes el que no deben colocarse en las casas, cuando no reparan los mismos de llenar las paredes de pinturas profanas y quizá escandalosas, para que sus hijos á su vista impriman en su corazon las pasiones de que debian huir? ¿Pues por qué no será justo exponer al público las imágenes, cuyas acciones debemos imitar por cristianos? ¿No debemos adorar á Dios, y respetar sus Santos en todas partes? ¿Pues por qué no será conveniente que en todas partes las podamos mirar? Se cometen indecencias en su presencia, y no se veneran como es justo, dicen algunos. ¿Y por esto se deben desterrar? ¿La culpa es de las imágenes ó de los hombres? Y si éstos son los culpados, ¿será justo que se fulmine destierro á la imagen inocente? Si tengo una mano enferma, ¿me cortaré la buena? ¡Ah! No se puede engañar á Dios, y éste descubrirá algun día los misterios de iniquidad. En fin, notemos que santa Teresa no acude á dar por causa de la persecucion de las imágenes por los herejes, á la falta de fe; como buena teóloga conoce la causa verdadera, que no está tanto en el entendimiento como en el corazon. «Ellos pierden el bien que podian sacar de la vista y presencia de las imágenes, dice, *porque no aman al Señor, pues si le amaran, holgarian de ver su retrato, como acá áun da contento ver el de quien aman ó quieren bien.*» Ved aquí la respuesta que con santa Teresa debemos dar tambien á estos cristianos ó no cristianos, que destierran de sus casas las imágenes santas, las llenan de otras profanas, que, como decia la Santa á los herejes, serán de las cosas que aman y quizá las llevarán al cuello, y cuando

menos en un anillo en la mano. Sólo con Dios y los Santos son escrupulosos y críticos estos hombres.

MÁXIMA.—Más contento me daba el tratar de Dios que toda la política ó grosería del mundo.

FRUTO.—Excusar toda murmuracion, porque debemos tener muy delante que no habíamos de querer ni decir de otra persona lo que no queríamos dijesen de nosotros.

JACULATORIA.—Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

---

## LECCION LII.

DIA 21 DE FEBRERO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... como en la página I.

Las Confesiones de san Agustin acaban de desprender á Teresa de las criaturas para darse toda á Dios: lo mismo nos sucederia á nosotros, si meditáramos las palabras y sentimientos de esta gran Santa.

«En este mismo tiempo, esto es, por el año 1557, dice la misma (1), me dieron las *Confesiones* de san Agustin, y parece lo ordenó Dios, porque yo no las procuré, ni nunca las habia visto. Como comencé á leerlas, páreceme me veía yo allí, y me encomendé á este Santo. Cuando llegué á su conversion (2), y leí como oyó aquella voz en el huerto, no parece sino que el Señor me la dió á mí, segun sintió mi corazon: estuve por grande rato que toda me deshacia en lágrimas y entre mí mesma con gran afliccion y fatiga. Ahora me admiro cómo podia vivir en tanto tormento. Comenzóme á crecer la

(1) Vid., cap. ix, n.º 6 y 7.

(2) Conf. de S. Agust., lib. 8, cap. xii.

afición de estar más tiempo con Dios, y á quitarme de los ojos las ocasiones, porque quitadas, entendia yo le amaba y me volvía el Señor á amar, pero no entendia en qué está el amar de veras á Dios, como lo habia de entender. No acababa yo de disponerme á quererle servir, cuando Su Majestad me comenzaba á tornar á regalar. Lo que otros procuran con gran trabajo, granjeaba el Señor conmigo, para que lo quisiese yo recibir, y era ya en estos postreros años, darme gustos y regalos. Suplicar yo que me los diese, ni ternura de devocion, jamás me atrevi; sólo le pedia me diese gracia para no ofenderlo, y que perdonase mis pecados. Como los veia tan grandes, áun desear regalos no osaba de advertencia. Sólo una vez en mi vida me acuerdo pedirle gustos, estando con mucha sequedad; y como advertí lo que hacia, quedé tan confusa, que la misma fatiga de verme tan poco humilde me dió lo que me habia atrevido á pedir. Parecíanme mis lágrimas mujeriles y sin fuerza, pues no alcanzaba con ellas lo que deseaba. Con todo creo me valieron, en especial despues de estas veces de tan gran compuncion, comencé á darme más á la oracion, y tratar menos en cosas que me dañasen, aunque aún no las dejaba del todo, sino, como digo, fuéme ayudando Dios á desviarme, pues como Su Majestad no esperaba más sino algun aparejo en mí, fueron creciendo las mercedes espirituales.»

Fueron, pues, de más provecho á la Santa estos dos ratos de fervor en que parece se puso á luchar con Dios y contra sí, que muchos años de oracion tibia y otros ejercicios devotos. De aquí podemos inferir cuanto convenga no hacernos sordos á Dios, ni dejar perder las ocasiones que se nos proporcionan para romper la tibieza, y pedir con lágrimas fervor y resolucion para seguir el bien. Conociendo Teresa el amor que Dios la tenia por haberla presentado la imágen suya tan lastimada y dádola las *Confesiones* de san Agustin, descubre de golpe todos los favores recibidos en su vida, como ejército ó torrente que la derriba y la postra en tierra. Ve la santidad de sus padres, su buena educacion, sus fervores primeros, principios y medios por donde

Dios la libro de mil peligros. Recuerda el amparo de María Santísima cuando perdió su madre, su resolución para ser monja, su desposorio con Dios en la profesion, sus llamamientos y los beneficios de san José. Aquí, pues, se desatan sus ojos en lágrimas, no se atreve á levantarlos al cielo, pide á Dios perdon, vuelve á llamar á María Santísima, á san José, á la Magdalena y todos los Santos, con más especialidad á los que cayeron como san Agustin, pero teme y tiembla, viendo que estos convertidos siempre fueron despues justos y fieles, y ella, como dice, cada dia volvía atrás. No sabia qué hacerse consigo misma, pues no hallaba castigo proporcionado á su ingratitud, y así se entregaba á la Justicia divina para que la castigara, y ésta convertida en piedad la llenaba de beneficios y singulares mercedes. Esto la servia de más pena que los mayores tormentos, pues á tan divina luz y á tales misericordias, resaltaba más su fea ingratitud.

¡Oh hijos de los hombres! Cotejemos ahora nuestra vida con la de Teresa, y su conducta con nuestra ingrata correspondencia. Pensemos cuánto peor pagamos los beneficios de Dios, cuánto mayores son nuestras culpas, y verémos cuán diferente ha sido la piedad de Dios con nosotros. A mayores culpas, me atrevo á decir, que ha hecho el Señor más gracias, pues ha tenido más paciencia, nos ha librado de mayores peligros, y quizá nos ha presentado más ocasiones para volvernos á El. Teresa no era tibia sino en cotejo de las ánsias de su corazon; no era ruin sino en sus propios ojos y en su pluma y boca. Nosotros sólo somos santos en nuestra idea y honrados en nuestra opinion, pero somos ingratos y viciosos á los ojos de Dios. Ni le conocemos por la oracion, ni por sus imágenes, ni por la lectura espiritual, ni por la amistad con las almas santas. ¡Ay de nosotros si el ejemplo de Teresa no nos derriba á los piés de Jesucristo, y no lloramos nuestros pecados!

Mucha teología hallamos en nuestra Santa, mas no lo debemos extrañar, siendo tan discípula de los mayores Doctores. Las Epístolas de san Jerónimo, las Confesiones de san Agustin, los Morales de san Gregorio,

las vidas de los mártires y solitarios, con la Historia de Job, eran sus libros y el cebo de su oracion para atraer la divina gracia. Con tales maestros aprende, que todo nuestro bien depende de este divino dón, que es toda divina misericordia, y que de nuestra parte no hay más que miseria é ingratitud. Por lo mismo clama por esta gracia, que es pura gracia, y no deuda del cielo á la criatura, y de este modo la debemos nosotros pedir conociendo que no hay mérito propio en nosotros, desconfiando de nuestras obras y confiando únicamente en Dios. Así aprende Teresa á distinguir el amor de Dios que se halla en los justos, el amor servil, el de la concupiscencia, el que tiene algo de caridad y el perfecto que humilla y todo lo da á Dios, contempla sus favores, y determina el alma á amarle con todo el corazón, potencias y sentidos, sin reservar nada para las criaturas. Procuremos conocer esto é imitarla, que aún hallaremos más leña para cebar este amor de Dios, viendo que nos ha sufrido pecados sin comparacion mucho mayores que los de Teresa, y una ingratitud y olvido de sus beneficios continuos de muchos años, en vicios y pecados abominables. Amemos, pues, á Dios como Teresa, huyamos las ocasiones, oremos y tomemos á los Santos por abogados, y conseguiremos la divina gracia.

MÁXIMA.— La mayor tentacion es dejar oracion y parecer-nos mejor andar con los muchos.

FRUTO.— Antes dejarlo todo que la oracion diaria.

JACULATORIA.— Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

---

## LECCION LIII.

DIA 22 DE FEBRERO.

ORACION.— ; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

La causa por que nos detuvimos tanto en las faltas de santa Teresa, fué no sólo porque ella deseaba mucho que todos las supieran, sino porque brilla en esto más la gracia, y nos enseña que la humildad es el primer fundamento de la virtud, y la que levantó á la Santa hasta la union con Dios.

Nadie extrañe nos hayamos detenido tanto en esta parte de la vida de santa Teresa, que parece llena de imperfecciones y tibieza, porque este era el deseo de la Santa, y que no veo ejecutado por ninguno de los escritores de su vida, porque todos están persuadidos que santa Teresa fué siempre muy santa y fervorosa, y que sólo ella se tenia por ruin, y llamaba por humildad tibia su vida, en cotejo de lo que resta hasta su muerte. Lo mismo entiendo yo, y que todos los que lo conocen pensarán así; mas como mi ánimo es dar lecciones con santa Teresa á todo género de personas, y ella deseaba tanto se publicaran las que llama pecados é ingratitudes, he tomado este camino, que sin duda será útil para enseñar á cimentar sólidamente la virtud sobre la humildad, como se ve que lo hace la Santa. Hablando, pues, Teresa con quien la mandó escribir su vida, dice así (1):

«Suplico por amor de Dios (á quien me manda escribir) publiquen lo que he dicho hasta aquí de mi ruin vida, y desde ahora doy licencia á todos mis confesores, y si quieren luego en mi vida, porque no engañe más al mundo, que piensan hay en mí algun bien; y cierto, cierto con verdad digo que me dará consuelo (que lo publiquen). Para lo que de aquí adelante dijere

(1) Vid., cap. x, n.º 5.

no les doy licencia; ni quiero, si á alguién lo dijeren ó mostraren, digan quién es, por quién pasó, ni quién lo escribió, y por esto no me nombro, ni á nadie, y lo pido por amor de Dios. Si algo bueno dijere lo quiere el Señor para algun bien; lo que fuera de malo, será de mí. Sólo los que me mandan lo saben que escribo, y al presente no están aquí, y casi hurtando el tiempo (escribo) y con pena, porque me estorbo de hilar, por estar en casa pobre y con hartas ocupaciones. Ni áun despues de mi muerte hay para qué decirlo, sino para que pierda autoridad el bien, y no le dar ningun crédito, por ser dicho por persona tan baja y tan ruin. De otra manera escribiria con gran escrupulo, fuera de decir mis pecados, que para esto ninguno tengo; para lo demás basta ser mujer, para caérseme las alas, cuanto más mujer y ruin.

«Es otro libro nuevo de aquí adelante (1), digo otra vida nueva. La de hasta aquí era mia; la que he vivido desde que comencé este camino (esto es, desde que ví á Jesucristo llagado y leí las *Confesiones* de san Agustín), es que vivia Dios conmigo; digo en mí, á lo que me parecia; porque entiendo yo era imposible salir en tan poco tiempo de tan malas costumbres y obras. Pues comenzando á quitar ocasiones y á darme á la oracion, comenzó el Señor á hacerme las mercedes como quien deseaba que yo las quisiera recibir. Comenzó Su Majestad á darme muy de ordinario oracion de quietud, y muchas veces de union, que duraba mucho rato.»

En lo dicho se ven muchas cosas de edificacion y utilidad comun: en efecto, como con el libro de las humildes *Confesiones* de san Agustín se hicieron muchas conversiones en el mundo, así estas obras de santa Teresa pueden hacer tanto más grandes afectos cuanto se descubren más lágrimas y humildad en ésta, y por defectos mucho menores que los de san Agustín. Y aunque no fuera más que el estilo tan humilde y eficaz con que la Santa se procura abatir para que la tengan por ruin, y que por ello resalte más la bondad de Dios,

(1) Vid., cap. xxiii, n.º 1.

puede ser gran confusion del orgullo comun de los hombres, que en todo procuran engrandecerse. Teresa da su licencia, insiste y clama para que los confesores publiquen sus faltas; nosotros queremos parecer grandes y santos y que se escondan y oculten nuestros vicios: Teresa se conduce como santa en sus obras, y quiere la tengan por ruin; nosotros, obrando como viciosos, queremos ser alabados en todas partes. Tan diferente es la conducta de los buenos de la de los malos.

Es bien de notar la expresion de la Santa que dice la comenzó el Señor á hacer mercedes como quien deseaba las quisiera recibir. ¡Bondad divina! Este es el estado en que queda el alma cuando rompe la esclavitud del pecado y de las criaturas, pues queda como *señora* de todas y de sí, no como *esclava* para obrar, y Dios tan amigo que parece la busca y solicita para que reciba sus favores. Por lo mismo que el hombre deja las cosas del mundo por Dios, Este le abre sus tesoros y beneficios, y si le da trabajos es para su mérito y gloria, dándole al mismo tiempo la paciencia. En fin, hace el Señor conocer que premia mucho más que el mundo; que sus consuelos y gracias aún en la tierra son más y mejores que todos los de los príncipes terrenos. Por otra parte, el hombre que se da totalmente á Dios, tanto más libre está, tanto menos cautivo de sí y del mundo, y tanto más señora su alma cuanto menos esclava de sus pasiones. San Pablo lo dijo de los cristianos romanos: «Libertados, dice, del pecado tirano que os habia quitado la libertad, habeis quedado siervos de la justicia pero tratados no como siervos, sino como hijos, con libertad y amor.» San Agustin lo explica muy bien. «La voluntad, dice (1), tanto es más libre cuanto está más sana, y tanto está más sana cuanto más sujeta á la gracia y misericordia.» Así sucedió á santa Teresa, que desde este punto la comenzó el Señor á dar oracion de quietud y aún de union, y esto no como antes, sino por muchos y largos ratos. Librémonos con la gracia de las pasiones, y gozaremos la libertad de Cristo y sus favores cumplidamente.

(1) Epist. LXXXIX.

MÁXIMA.—¿Qué sería del mundo sino fuera por los Religiosos?

FRUTO.—Persuadirnos que mientras más adelante fueren las religiones, será para más ganancia del mundo y de las naciones.

JACULATORIA.—Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

## LECCION LIV.

DIA 23 DE FEBRERO.

ORACION.—¡ Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Confesores que tuvo la Santa de Santo Domingo y de la Compañía de Jesús, que aprobaron su espíritu, por lo que se ve el bien que hay en las religiones, y necesidad de direccion en la vida espiritual.

Dando cuenta de su espíritu santa Teresa al P. Rodrigo Alvarez (1), reúne en pocas palabras toda su vida y le da una relacion exacta de los confesores que ha tenido. Antes, pues, de entrar á tratar de sus virtudes, trabajos y favores del cielo, conviene decir algo de los varones santos é igualmente sabios que la confesaron y gobernaron. Son decisivos los testimonios que el ilustrísimo señor obispo de Tarazona el Sr. Yepes, confesor suyo, y el P. Ribera nos presentan como prólogo de la vida que escribieron de la Santa, donde á lo largo refieren los grandes hombres que la confesaron; mas como no todos tienen estas obras, ni aún las de la Santa, dirémos alguna cosa, dejando abiertas las fuentes, y esta carta escrita al P. Alvarez desde Sevilla en lo más fuerte de sus trabajos, donde nombra casi todos los que la confesaron.

(1) Tom. 1, cart. 49.

Ya vimos como el primero que la comenzó á dirigir bien fué el P. Fr. Vicente Varron, confesor del padre de Teresa, Lector y Presentado de la Religion de santo Domingo, Calificador del Santo Oficio y gran letrado, á quien le pagó la Santa haciendo que se diera á la oracion, y del que la misma se admiraba despues al ver la gran perfeccion que consiguió en poco tiempo. El P. Pedro Ibañez, tambien dominico, la confesó en su principio de perfeccion seis años, y despues hizo un tratado dividido en once capítulos sobre el método de discernir espíritus por las reglas de la Escritura, haciendo ver que todo se verifica en santa Teresa (de cuyo espíritu temian algunos), y añade que son muchas las cosas que le dijo de su alma, las que sólo Dios sabia, y otras futuras que se cumplieron todas, y que cuanto Dios la revelaba era para grandes efectos espirituales, consuelo de afligidos, etc.; y esta relacion, que se conserva original en el Convento de Avila, se hizo seis años despues que comenzó la Santa la *Vida de perfeccion*. Este Religioso salia de sí muchas veces por el amor de Dios, segun cuenta santa Teresa (1), y le ayudó mucho en sus fundaciones; y habiéndose dedicado á la oracion por influjo de la Santa, se retiró á un convento de mucha soledad, donde estuvo dos años, hasta que la obediencia lo sacó, y Nuestro Señor le dijo á la Santa: «No tengas pena, que bien guiado va.»

El P. Domingo Bañez, dominico de mucho crédito y letras, confesó á la Santa mucho tiempo, esto es, por veinte y cuatro años. Predicando en las honras de la Santa, dijo la tenia por tan santa como á santa Catalina de Sena, y que en sus libros y doctrina la excedia. Deponiendo para la canonizacion, dice: «Ninguno puede saber mejor que yo los particulares favores que la hizo Dios, porque la confesé muchos años, y la examiné y probé, mostrándome muy áspero con ella, y cuanto más la humillaba y despreciaba, tanto mejor seguia mi consejo. Puede que haga un libro donde se vea por cuán seguro camino anduvo, muy al contrario de los

(1) Vid., cap. xxxiii y xxxiv.

espíritus burladores que en nuestro tiempo se han descubierto. Jamás ví en ella cosa contraria á la virtud, sino la mayor sencillez y humildad que en otra persona.» Este fué quien aprobó sus libros por orden del Tribunal, donde estuvo el de su vida muchos años hasta cuatro despues de su muerte, y la asistió y defendió en sus fundaciones. El P. Bartolomé Medina, catedrático de Prima en Salamanca, estaba incrédulo de lo que oía de la Santa, y por lo mismo ésta lo buscó para confesarse y darle cuenta de su oracion y del libro de su vida, y quedó tan convencido que luego fué de los que más aseguraron á la Santa y la defendió, diciendo no habia sobre la tierra otra santa como Teresa. Fr. Juan de las Cuevas, Diego Chaves, confesor de Felipe II, y más particularmente Fr. García de Toledo, comisario general de Indias, que la hizo escribir su vida, todos dominicos, con Fr. Pedro Fernandez, despues Visitador de la Reforma, y el P. Fr. Juan Salinas, que prevenia al P. Bañez no se fiase de virtudes de mujeres, y sentia mucho oír tantas alabanzas de ella, cayó por fin en su lazo, y habiendo examinado por toda una Cuaresma su espíritu, decia despues que no era mujer sino varon y de los más barbados. Fr. Diego Yanguas la confesó ocho años, y decia no haber tratado espíritu igual, ni dotado de tantas gracias y virtudes.

No fué menor el trato que tuvo con los Padres de la Compañía de Jesús, pues esas dos religiones la asistieron muchísimo y la defendieron. Por dictámen de D. Francisco Salcedo, que llama santa Teresa el caballero santo, comenzó á tratar á estos Padres y gobernarse por ellos, y en tiempo en que más dudas habia sobre su espíritu. El primer director que tuvo de la Compañía, el P. Juan Pradanos, pues el P. Fr. José de Santa Teresa en las Flores del Carmelo (1), dice, lo averiguó por el P. Gabriel Enao, rector de Salamanca; éste, pues, la impuso en hacer penitencias, la oyó una confesion general, como cuenta la misma Santa (2), y la aprobó el espíritu. Por este mismo tiempo, esto es, por

(1) Dia 15 de Octubre.

(2) Vid., cap. xxiii, n.º 7.

los años de 1557 fué cuando la dijo Dios que no queria tratase ya más con hombres sino con Angeles. El Padre Francisco Ribera la trató mucho, y le agradeció sus cuidados con mercedes, que el mismo Padre confiesa haber recibido de Dios por su medio, y esta fué la causa que le movió á escribir su Vida, cuando ya tenia sesenta años, con la circunstancia que en la deposicion que hizo para su canonizacion confirma con juramento quanto tenia escrito y dicho en la Vida de la Santa. El P. Enrique Henriquez fué tambien confesor suyo en Sevilla, y aunque al principio estuvo incrédulo, como igualmente el P. Rodrigo Alvarez, no pudieron resistir el peso de sus pruebas y virtudes, y así la aprobaron, sosegaron y ayudaron mucho, y estos dos la hicieron escribir todo lo que pasaba por su alma, la examinaron muchas veces, y siempre la hallaron Santa. San Francisco de Borja fué uno de los que más aprobaron su espíritu. Gaspar de Salazar, el P. Alvarez, Jerónimo Ripalda, Martin Gutierrez, con otros muchos doctos y santos. De san Pedro Alcántara, y de su singular aprobacion, hablaremos en su lugar: en una palabra, como la Santa corrió gran parte de la España, tuvo proporcion para tratar con los más santos y sabios de ella.

Dos cosas debemos sacar de lo dicho: la primera, cuántos hombres santos y sabios habia sólo en estas dos religiones, sin otros muchos que omitimos. Esto debe servirnos para reconocer la verdad de aquella revelacion, en que el Señor la dijo: ¿Qué seria del mundo si no fuera por las religiones? Y esto lo dijo Dios, cuando habia tanta necesidad de Reforma, por lo que se ve claro quanto se deben apreciar las religiones y Religiosos, aunque haya mucho malo. El trabajo es, por una parte, que el mundo no tiene ojos para ver el bien, sino el mal. Por otra parte, los malos religiosos, para el desahogo de sus pasiones, se arrojan al mundo tempestuoso, donde hallan más proporcion de fomentar su dissipacion; y como están fuera de su centro, y al público, se notan sus escándalos y se censuran justamente. Por el contrario, los buenos se retiran de Babilonia,

salen y huyen de Egipto, y escondidos en el claustro, sólo tienen á Dios por testigos de sus obras, lágrimas y virtudes, por lo que no viendo el mundo sino el mal, aplica injustamente al cuerpo la enfermedad de sus miembros. En la Iglesia de Dios está mezclada la paja con el grano; éste se cierra en el granero para su seguridad, y la paja se avienta, se la lleva el aire y ofende los ojos del mundo; mas el hombre de juicio buscará el grano donde está, y seguramente, si de veras quiere, como santa Teresa, hallará muchas riquezas de virtud, sabiduría y prudencia en todas las religiones, pues vemos cuántos halló la Santa en su tiempo, que sin duda no era de los más felices, ni estaban más acreditadas las virtudes y buenos ejemplos religiosos.

Lo que debemos sacar de lo dicho, en segundo lugar, es persuadirnos lo poco que adelantaremos en la vida espiritual, si no tenemos confesor, y confesor sabio, prudente y virtuoso, pues santa Teresa, con todo su talento, cuidado, virtudes y gracias de Dios, hasta que halló confesores proporcionados, no llegó á la gran perfeccion de las virtudes que veremos. La causa es que, aunque Dios y su gracia todo lo pueden, quiere el Señor nos ayudemos de los doctores de su Iglesia destinados al gobierno y direccion de las almas.

MÁXIMA.—Temo más á una monja descontenta que á muchos demonios.

FRUTO.—Buscar en todas nuestras obras la mayor gloria de Dios solamente.

JACULATORIA.—Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

---

## LECCION LV.

DIA 24 DE FEBRERO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Se comienza á tratar de las virtudes de santa Teresa: la grande y sólida fe de la Santa debe ser el modelo de la nuestra para creer con utilidad y provecho de nuestra alma.

Vista ya una gran parte de la vida privada de santa Teresa, debemos entrar á dar idea de su espíritu, antes que la veamos salir al público para la reforma de la religion del Cármen, y por esto dirémos algo de sus virtudes teologales y cardinales, votos y virtudes religiosas.

El primer paso que nos acerca á Dios es, dice el Apóstol, la fe; mas él mismo nos asegura que sólo puede justificarnos la fe que va junta con las obras de caridad, porque ésta es su alma y su vida. Tal fué la de santa Teresa, que dice (1): «Si nunca miramos á Jesucristo, ni consideramos lo que le debemos, no sé cómo le podemos conocer, ni hacer obras en su servicio. Porque la fe sin ellas y sin ir unidas con los merecimientos del Señor bien nuestro, ¿qué valor pueden tener? ¿Ni quién nos despertará á amar á este Señor?» Era tal la fe que tenia nuestra Santa, que confiesa (2) no tenia el demonio fuerzas para tentarla, de manera que dudase en ninguna cosa de fe, «antes me parecia, dice, mientras más sin camino natural iban (las expresiones de la Escritura), más firme tenia la fe, y me daba devocion grande ver cuán poderoso es Dios.» En efecto, como la Santa considerase cómo se verificaba que Dios es justo, viendo que á otras más siervas suyas no las hacia tan grandes mercedes como á ella, la dijo el Señor: «Sírvenme

(1) Mor. 2, cap. 1, n.º 14.

(2) Vid., cap. XIX, n.º 5.

tú á Mí, y no te metas en eso.» «Fué ésta la primera palabra que entendí, dice, y ansí me espantó mucho. Tengo por muy cierto (1), que el demonio no engañará á quien no fiando de sí está fortalecida en la fe, y de modo que por un punto de ella morirá mil muertes; y con este amor á la fe, que infunde luego Dios, que es una fe viva, fuerte, siempre procura ir conforme á lo que tiene la Iglesia, preguntando á unos y á otros, como quien tiene ya hecho asiento en estas verdades, que no la moverán cuantas revelaciones pueda imaginar, aunque viese abiertos los cielos, un punto de lo que tiene la Iglesia. Si alguna vez se viese vacilar contra esto, digo, si no viese en sí esta fortaleza grande, y que ayude á ella la devocion ó vision, no la tengo por segura.» Sobre la verdad más pequeña la parecia á la Santa en este mismo lugar que *desmenuzaria los demonios*. Por esto la recogian más las palabras de la Escritura ó del Evangelio, que los libros más concertados, «y si no fuéramos tan tibios (2), dice, si no estuviera tal nuestra flaqueza, no necesitábamos más libros que éstos, ni más oraciones que el *Padre nuestro* y *Ave Maria*.» Cuando en el *Credo* decia (3): *Vuestro reino no tiene fin*, la era muy particular regalo, y decia: «En fin, vuestro reino durará para siempre.» Cuando se comenzaron á publicar sus revelaciones y visiones, y la ponian miedo con la Inquisicion, decia (4): «Me cayó esto en gracia y me hizo reir, porque en este caso jamás temí, porque sabia que en cosa de fe me ponía yo á morir mil muertes, y ansí dije que no temieran, que si hubiera algo, yo mesma me la iria á buscar, y que si me levantaban algo, el Señor me libraria y quedaria con ganancia.»

Comunicando su espíritu á un confesor suyo, fray Pedro Ibañez, le dice (5): «En cosas de la fe me hallo con muy mayor fortaleza. Parece que contra todos los luteranos me pondria yo á hacerles entender su ye-

(1) Vid., cap. xxv, n.º 7

(2) Cam. de perf., cap. xxi, n.º 4.

(3) Cam. de perf., cap. xxii, n.º 4.

(4) Vid., cap. xxxiii, n.º 3.

(5) Tom. II, Cart. 12, n.º 15.

ro. Siento mucho la perdicion de tantas almas, y veo muchas aprovechadas por mi medio.» Y en otra relacion al Padre Alvarez (1), dice el gran deseo que tenia de que Dios fuera alabado, y su Iglesia aumentada, y á esto dirigia quanto rezaba, sin hacer nada por sí, pues iba poco en que ella padeciese: que ella misma se fué al obispo de Salamanca, que se llamaba Soto, y era Inquisidor, á darle cuenta por si habia algo de Inquisicion, y la dijo que no, pues todo la aseguraba más en la fe católica, y así ella sólo queria saber, si en sus revelaciones y cosas sobrenaturales habia algo que se opusiera á la Escritura ó á la Iglesia, pues todos los Conventos los fundaba para el aumento de la fe, y en siendo en contra de esto no necesitaba letrados, para conocer que era demonio. Y lo más es, como dice el señor Yepes, que la Santa obraba como escribia: jamás hizo nada por lo que entendia en la oracion, sino por lo que la decian los Prelados (2), ni jamás creyó tan determinadamente que era Dios quien la hablaba que se atreviera á jurarlo, y así decia: «Lo humilde y mortificado es lo más espiritual, y en todo sujetarse á la fe y santa Iglesia romana.» Esto lo dice aún más claro en el primer capítulo sobre los Cantares, encargando especialmente á las mujeres que no sean curiosas, ni quieran averiguar los misterios ó significados de la Escritura: que entiendan lo que buenamente Dios las diere á entender, pero en lo demás se alegren de ignorarlo, y alaben á Dios que es tan grande, que sus palabras, áun dichas en nuestro romance, no se pueden entender. Así dice, «que jamás pensaba ni deseaba saber (3) cómo hizo Dios esto, ó cómo puede ser, ni lo preguntaba á los letrados que trataba, sólo sí cuando la cosa era pecado ó no lo era. En lo demás me bastaba pensar hízolo Dios todo, y veia no habia de qué me espantar, sino porque le alabar, y antes me hacen devocion las cosas dificultosas, y mientras más, más. En las ocultas (4),

(1) Tom. I, cart. 49, n.º 2.

(2) Ubi. sup.

(3) Vid., cap. xxviii, n.º 6.

(4) Mor., 6. cap. iv, n.º 5.

no hemos de buscar razones para entenderlas, sino creer que es poderoso, y que un gusano como nosotros no ha de entender sus grandezas.» De aquí la venia el respeto á los sacerdotes, á las imágenes, ceremonias santas, cuentas benditas, indulgencias y agua bendita, pero en todo con mucho espíritu y como quien tiene la fe muy viva. De aquí su zelo contra los herejes, y envidia de los que se ocupaban en su conversión (1).

Todo esto, que aquí no va más que insinuado, nos descubre el grado heroico de fe que animaba el corazón de santa Teresa, y así ya no debemos admirar las obras tan grandes que emprendió, ni la firmeza con que las siguió, ni la felicidad con que las vió completamente concluidas, porque á la fe verdadera está prometido el poder sobre todo, aunque sea trastornar los montes, y segun san Pablo, con la fe consiguieron los Patriarcas y Santos los mayores trofeos. Siendo, pues, la de Teresa como la de Abraham, que creia las cosas más difíciles, sólo por saber que nada hay imposible para Dios, nada extrañarémos de cuanto dice, y que creyera más fácilmente las cosas, cuanto más increíbles parecieran al hombre. El mismo Señor la reveló que el mundo estaba perdido por falta de fe. «Todo el daño que viene al mundo, la dijo (2), es de no conocer las verdades de la Escritura con clara verdad; no faltará una tilde de ella: pocos me aman con verdad, que si me amasen, no les encubriria yo mis secretos. ¿Sabes qué es amarme con verdad? Entender que todo es mentira lo que no es agradable á Mí. Con claridad verás esto que ahora no entiendes en lo que aprovecha tu alma. Y así lo he visto, y quedóme una fuerza grandísima y muy de veras para cumplir con todas mis fuerzas la más pequeña parte de la Escritura divina.»

No tenemos nosotros formada tan noble idea de la fe como ésta. Por el contrario, pensamos que es una virtud muy estéril, y nos engañamos mucho, porque el Apóstol dice *que el justo vive por la fe*. Estas palabras quieren decir, que quien cree con verdad y como

(1) Prol. al Cam. de perf., y Vida, cap. xxi.

(2) Vid., cap. xl, n.º 1.

debe, obra conforme á las verdades del Evangelio, y que la fe sin obras está muerta y nada aprovecha. «Oh váleme Dios, dice santa Teresa (1), que hace tener tan dormida la fe para lo uno y lo otro, que ni acabamos de entender cuán cierto tenemos el castigo, ni cuán cierto el premio.» Pidamos, pues, al Señor que aumente nuestra fe, como lo pedían los Apóstoles. Digamos con nuestra Santa (2): «¡Oh Señor! Confieso vuestro gran poder; si sois poderoso, como lo sois, ¿qué hay imposible al que todo lo puede? Quered Vos, Señor mio, quered, que aunque soy miserable, firmemente creo que podeis lo que quereis, y mientras mayores maravillas oigo vuestras, y considero que podeis hacer más, más se fortalece mi fe, y con mayor determinacion creo lo que haceis Vos. Bien sabeis que entre todas mis miserias, nunca dejé de conocer vuestro gran poder y misericordia. Váleme Dios, que en esto no os he ofendido: recuperad, Dios mio, el tiempo perdido con darme gracia en el presente y porvenir, para que parezca delante de Vos con vestiduras de boda, pues, si quereis, podeis.»

MÁXIMA.— La herida en el alma dase presto, cúrase tarde.

FRUTO.— Apartarse del trato de gente ruin y liviana.

JACULATORIA.— Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

(1) Cam. de perf., cap. xxx, n.º 2.

(2) Exclam. lv.

## APÉNDICE II.

Sobre las revelaciones y visiones, y el asenso que debe darse á estas cosas. Es muy precisa esta reflexion para los místicos, y más para conocer que la regla no es la vision, aunque se crea ciertamente de Dios, sino el Prelado, la Iglesia, el confesor, la obediencia y la ley.

Como uno de los avisos que santa Teresa dió desde el cielo á una hija suya (1) se dirige á que no escriban ni hagan caso de revelaciones, aunque hay algunas verdaderas, porque hay muchas falsas, y es cosa récia andar sacando una verdad entre cien mentiras, conviene decir alguna cosa, y tanto más, cuanto se ha abusado de la doctrina de la Santa en esta materia tan delicada que toca la fe, pues, como dice la misma, «la primera razon para no hacer caso de estas cosas es que tales revelaciones extraordinarias *desvian de la fe*, que es una luz más cierta que todas las visiones.» El lugar de que abusaron algunos falsos místicos es el siguiente (2): Dando cuenta de su alma á san Pedro Alcántara en dicha carta, número 29, y despues de hablar de los temores que tenia sobre si era Dios ó demonio, dice: «Mas cuando estoy en oracion, y los dias que ando quieta, etc., aunque se junten cuantos letrados y santos hay en el mundo, y me diesen todos los tormentos imaginables, y yo quisiese creerlo, no me podrian hacer creer que esto es demonio, *porque no puedo... Yo no podia más, y creia que era Dios.*»

De estas palabras infieren que el particular no es libre, sino precisado á creer sus revelaciones privadas, que estas son de fe, como las de la Iglesia, y así que deben creerlas con el mismo hábito de fe que los misterios, y que por no creerlas algunos Profetas fueron castigados, como aquel á quien despedazó un leon (3), y Zacarías por dudar de las palabras del Angel quedó mu-

(1) Tom. I, al fin. Aviso 9.

(2) Tom. II, cap. 2, y al fin del tomo hay una disertacion.

(3) III Regum, cap. xx.

do. Así han escrito algunos autores. Pero de aquí inferen los falsos místicos y visionarios las cosas más abominables, y bajo pretexto de revelacion piensan les es lícito hacer lo que se figuran revelado, aunque sea contra el derecho natural, diciendo que Dios dispensa, ó deja de ser mala una cosa, armándose para esto de varios casos de la Escritura. San Agustin y santo Tomás no piensan como los que dicen que las revelaciones privadas se creen con el mismo hábito de fe que los misterios, pues dicen (1): Que la fe se funda, no en la revelacion hecha al particular, sino á los Apóstoles, á los Profetas y á la Iglesia: con todo, como esta sea una cuestion escolástica, y fuera del objeto de esta obra, la omito, y sólo trato de quitar el pretexto de las palabras de santa Teresa, con que algunos quisieron cubrir la iniquidad:

Es verdad lo que se cita de santa Teresa; mas, para conocer el abuso que se hace de sus palabras, será bastante advertir que se omiten todos los antecedentes y consiguientes que ponen en claro sus palabras. En primer lugar, los falsos místicos llevan por objeto en citar las palabras de santa Teresa, no sólo creer cuantas revelaciones en particular se crean tener, como que son de Dios y no del demonio, sino tambien y principalmente decir, que conforme á ellas se puede y se debe obrar; por manera que si yo tengo revelacion en que se me manda *hurtar, fornicar, matar, y aunque sea blasfemar* (esto es, sus actos), ya los puedo hacer, y los debo hacer tan sin temor de pecar, que serán actos meritorios y obligatorios, como el de Abraham de sacrificar su hijo. Este es un gran disparate, y tan distante del espíritu de santa Teresa, que es directamente opuesto á sus palabras, no sólo porque en las citadas no se habla de *obrar* sino de *creer*, pero aún mucho más contrario, porque dice (2): «Aunque creo que es Dios ciertamente (el que me habla), yo no haria *cosa alguna*, si no le pareciese á quien tiene cargo de mí, *por ningun-*

(1) I part., q. 8, art. viii, ad 2 item: 2, 2, q. 5, art. ii, y q. 471, in prólogo.

(2) Tom. ii, cart. 2, n.º 30.

*na cosa*, y nunca he entendido, sino que obedezca. Jamás *hice cosa*, añade (1), por lo que entendia en la oracion, ántes cuando me decian los confesores que hiciese lo contrario, lo hacia sin pesadumbre. Nunca *creí tan determinadamente* que era Dios, aun cuando me lo decian los confesores que lo jurara.» En efecto, aunque tuvo revelacion que se haria la fundacion de Avila, y que convenia y era voluntad de Dios, dice (2), se determinó á hacer lo que la dijera su confesor (y esto sin descubrirle su revelacion) porque aunque á mí me parecia verdaderamente ser de Dios, si aquel letrado me dijera no lo podíamos hacer, luego me apartara. Así lo hizo efectivamente, pues mandándola el Señor que desde Veas fuera á Madrid, el Provincial, sabiendo la revelacion, la mandó que fuera á Sevilla, y sin la menor réplica obedeció la Santa; y preguntada como dejaba la revelacion que tenia *por cierta*, respondió (3): «Ni esta ni cuantas revelaciones hay me aseguran tanto la voluntad de Dios, como lo que me manda el Prelado, pues en obedecer no puedo errar, y en las revelaciones sí.» Hablando de las visiones y revelaciones, dice: «Que si en estas se le dice que haga alguna cosa, ó lo que está por venir, es menester tratarlo con el confesor letrado y discreto, y no *hacer ni creer* cosa, sino lo que aquel dijere. Y téngase este aviso, que si no obedeciere al confesor, es mal espíritu ó terrible melancolía...» La conducta, pues, de la Santa era decir al confesor sencillamente lo que habia entendido en la oracion, pero sin descubrir la revelacion, ni decir que ella creia ser de Dios, sino como cosa que la ocurría, y obedecer.

¿Es acaso esto lo que hacen los falsos místicos? ¿Su conducta es semejante á la de Teresa? Mas no podemos dejar, dicen, de creer que es Dios quien habla ó revela ó nos hace el favor, y esto aunque nos maten. Muy bien: mas ¿por ventura la Santa lo dice tan en general como lo pintan y de modo que quite la libertad, ó es sólo en circunstancias particulares sin obligar á

(1) Tom. 1, cart. 49, n.º 17.

(2) Vid., cap. xxxii, n.º 8.

(3) Hist., tom. 1, l. 3, cap. xxxvii, y tom. iv, cart. 7.

obrar? Nadie podrá dudar, leyendo la Santa, que léjos de quitar la libertad ni precisar á obrar, expresamente dice que se obedezca al confesor y no á la revelacion; que *nunca creí tan determinadamente que lo jurara*, ni aún cuando se lo decían los confesores; que jamás se *haga ni obre* por vision ni revelacion, y que en obedecer no hay peligro, pero en las revelaciones puede haber engaño, y que para una verdadera hay muchas falsas. Si todas éstas son expresiones de la Santa, ¿por qué no se presentan todas ellas? ¿Por qué se desentenden de esto y se atrincheran en que dice que no podia dejar de creer que era de Dios aunque la mataran? Si es verdad que no podia dejar de creer que era cosa de Dios, tambien es cierto que *no lo podia jurar*, que jamás obraba por ellas sino por obediencia, y conocia que habia muchas revelaciones falsas. Luego el decir que *no podia dejar de creer* que era de Dios, es hipérbole de la Santa, como que sentia una gran fuerza que la inclinaba á creer que era de Dios; pero que no la violentaba ni forzaba, como se ve en su conducta: de este modo decimos muchas veces que *no podemos hacer una cosa*, y con todo la hacemos. Pero lo que más convence la mala fe ó ignorancia con que se citan estas palabras, es que la Santa no dice que no la podrian hacer creer que no era de Dios, sino que aunque se juntaran cuantos letrados y santos hay en el mundo, y la diesen todos los tormentos imaginables, y ella quisiera creerlo, *no la podrian hacer creer que era demonio*, y esto no es lo mismo que no poder dejar de creer que *era de Dios*, pues podia creer que era imaginacion, melancolía, etc. Es verdad que añade, *yo no podia más, y creia que era Dios*, mas ésta es distinta proposicion de la primera, y en ella sólo dice lo que pasaba por su alma. Aún más: convengamos que la Santa, aunque la mataran, no pudiera dejar de creer que era Dios; ni aún así prueban su intento, ni obran de buena fe, en servirse de las palabras de la Santa. Véase el lugar citado, y se hallará que esto sólo la sucedia *estando en oracion*; mas en saliendo de ella tenia mil temores. Luego nada prueban los falsos místicos con santa Teresa para defender sus locuras.

Por otra parte, todas las revelaciones y visiones de santa Teresa eran espirituales y no carnales (1): eran interiores y del alma, sin ver cosa alguna con los ojos corporales, ni oír palabras, etc., y la duraban como un relámpago estas representaciones interiores. Las que tienen los falsos místicos, ni son espirituales, ni aun interiores, sino carnales, exteriores, sensibles y sensuales, en lo que se ve claro cuán fuera del asunto traen á santa Teresa y sus palabras. «En estas visiones imaginarias, dice (2), puede haber muy sutil engaño, sino son intelectuales, porque lo que se ve con los ojos interiores, tiene más fuerza que lo que se ve con los ojos del cuerpo. Y aunque el Señor regale algunas veces las almas de esta manera para grandes provechos, es cosa peligrosísima, por la gran guerra que puede hacer el demonio á gente espiritual para cosas malas por este camino del espíritu, en especial cuando hay propiedad en ellas. Y en esto habrá seguridad, cuando cree más á quien la rige que á su propio espíritu. *Y el espíritu más subido es el que aparta de todo sentir sensual...*» Con estas solas palabras se deshacen todos los argumentos capciosos, pues la Santa reprueba todo lo que huele á sentimientos sensuales, que es en lo que vienen á parar todas las ilusiones. Si á esto se añade que la Santa dice en el mismo lugar, que las mujeres son más fáciles para dejarse llevar de imaginaciones, y que las falta la prudencia y letras, se conocerá el mayor peligro que hay en éstas. «Dios tiene establecido, continúa la Santa, justificar al alma por las virtudes y cumplimiento de la ley y mandamientos, y así quiere precaver los errores y daños, advirtiéndole que lo que ella goza, no lo tiene por las revelaciones, sino por las virtudes; y es menester que aunque haya algunas ciertas, se les deshagan, se repare poco en ellas como cosa que vale poco, y á veces impiden más que aprovechan.» De eso que dice interior, escribía á una hija suya (3) y muy santa: «No haga caso, que se ve claro es fia-

(1) Tom. I, cart. 49, n.º 4.

(2) Tom. I, al fin. Aviso 9, n.º 7.

(3) Tom. II, cart. 76, n.º 3.

queza de imaginacion y mal humor, y como esto ve el demonio, debe ayudar su pedazo. Procure comer bien y no estar sola, ni pensando en nada. Entreténgase en lo que pudiere.» En otra ocasion que habia muerto una Religiosa buena, y se habian notado y visto cosas muy extraordinarias, escribió (1): «Crea que fué frenesí conocido, ningun caso haga ni diga nada (de lo que habia visto).» Sobre otras que tenian muchos arrobamientos singulares dice: «El ser muchas (las visiones) me hace dudar, y aunque algunas sean ciertas, tengo por acertado se haga poco caso de ellas, ántes se las deshagan, y cuando sean verdad, no se pierde en esto, pues no es el camino de más santidad.» Véase por fin el capítulo VIII de las *Fundaciones*, que trata en particular este punto, y se verá en él que aunque el confesor no atine, ella atinará en no salir de lo que dice, aunque sea Angel de Dios el que le habla. Esto es sin peligro, y en hacer otra cosa puede haber muchos peligros y daños.

Dejemos, pues, cuestiones especulativas. Sigamos las reglas sólidas de la obediencia, sin la que, dice la Santa (2), pensaria que andaba engañada. La fe y la ley de Dios, y huir de todo lo sensual, es otra regla, y todo lo que se quiera decir en contra son sofismas, pues si san Agustin decia: «Al Evangelio no creia yo, si no me lo propusiera como divino la autoridad de la Iglesia;» tampoco creeríamos que habian obrado bien algunos patriarcas y profetas, como Abraham y Oseas, si la Iglesia no nos lo propusiera como verdad divina. De aquí se sigue, que en cosas tan extrañas é irregulares, no se debe ni se puede obrar hasta que la Iglesia lo declare, lo cual nunca se verificará segun la providencia presente, en que el Evangelio es nuestra ley, y ley eterna firmada por el Espíritu Santo y por el mismo Hijo de Dios, que dijo: *Consummatum est*: Ya está consumada la obra y concluida completamente. No hay que añadir ni quitar un ápice de lo escrito, y á cualquiera, aunque sea un Angel, que nos *evangelice*

(1) Tom. II, cart. 48, n.º 4.

(2) Tom. II, cart. 44, á san Pedro Alcántara.

cosas nuevas, fuera de lo evangelizado por Jesucristo, *anathema sit*. Mucho más podía decirse; pero en san Juan de la Cruz, en Bosuet y santa Teresa se hallará cuanto se necesita (1).

Sigamos el camino trillado de la ley y divinos mandamientos. La experiencia tan repetida de tantos casos sucedidos casi continuamente, nos debe desengañar en tantos dogmatizantes carnales en esta materia, que comenzando con espíritu acaban en carne. Ni por esto quiero, ni pienso en que se desprecien las revelaciones de los Santos aprobadas por la Iglesia, ni las de otras almas justas, ni censurarlas con aspereza, ni afligir con exceso á las que las consultan y las padecen. Para esto se debe obrar como uno, que viendo otro amigo suyo que censuraba con amargura y furor las visiones ó cosas sobrenaturales que se contaban de otro, dijo: «Estas cosas, si se creen, se deben creer como si no se creyeran, y si no se creen, como si nada nos importase. Ni defenderlas con ardor, ni impugnarlas con amargura y sátiras, pues, como dice santa Teresa, ésta misma no tiene la gloria por sus revelaciones sino por sus virtudes, y éstas son las dignas de apetecerse, las otras sólo pueden sufrirse como mayor carga para dar cuenta mayor.»

---

(1) Vid., cap. xxv, todo él.

## LECCION LVI.

DIA 25 DE FEBRERO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... como en la página 1.

La esperanza heroica de la Santa, cuando se manda deshacer la Reforma y se halla perseguida y encerrada, nos enseña á confiar en Dios.

La grande y viva esperanza de Teresa puede conocerse en una sola palabra, pues ella misma se llamaba *Esperanza*. Es el caso que fueron tales las persecuciones que con ella padecieron sus hijos y Reforma, que fué preciso escribiera y la escribieran ocultando los nombres, y tomando otros supuestos, para que los demás no conocieran de quien se hablaba; y á este fin, á Teresa le dieron el nombre de *Esperanza*, por la mucha que tenia en Dios (1). «Tengo tanta certeza, mi Padre, dice á Ambrosio Mariano (2), ahora que veo el mundo é infierno levantado contra mis hijos, que Su Majestad y san José han de tomar á su cargo esta causa, que desde hoy (esto es, cuando el Nuncio mandó se deshiciera la Reforma), desde hoy, Padre mio, téngase por vencedor y no por vencido, que no querria otra cosa Lucifer, sino que este rebañito de la Virgen fuese desecho. Pues no será así, como piensa (el demonio), ántes bien, hijo mio, éstos que nos persiguen serán en nuestro favor. Por tanto, vuélvanse en gozo esos llantos. Cierta tengo de mi parte la victoria, pues hacemos la causa de Dios. Fe viva, que es la que hace alcanzar las cosas grandiosas de Dios. Dígolo porque de aquí adelante sepamos esperar en Dios. Yo estoy buena y gorda; mas flaca de espíritu, porque todo ha sido regalo y no penitencia...» Así escribía la Santa en el año 1578, estando en Avila, reclusa como en cárcel: con

(1) Tom. iv, cart. 24, n.º 7.

(2) Tom. iv, cap. LXXV, n.º 2.

esto concuerda otra carta al P. Roca del mismo tiempo, en que declara más el motivo de su esperanza (1). «Recibí, dice, su carta en esta cárcel, á donde estoy con sumo gozo, pero nunca me he visto más aliviada de trabajos. Díceme que el señor Nuncio ha mandado se deshagan los conventos; que está enojadísimo contra mí, y me llama mujer inquieta y andariega; que el mundo está en armas contra mí, y mis hijos escondiéndose entre las breñas de los montes, porque no los prendan. Esto sólo es lo que lloro y siento, que padezcan por una pecadora y mala monja como yo; desamparados de todos, pero no de Dios, que estoy cierta no nos dejará; y porque se alegre... sepa, mi Padre, como una Religiosa (era la misma Santa), estando en oracion la vigilia de nuestro Padre san José, se le apareció y la Virgen y su Hijo, y vió que rogaban por la Reforma, y la dijo nuestro Señor que el infierno y muchos de la tierra hacian grandes alegrías por ver que á su parecer estaba desecha la Orden; mas al punto que el Nuncio (Sega) dió sentencia que se deshiciese, la confirmó á ella Dios, y la dijo que acudieran al Rey, que lo hallarian en todo como padre; y lo mismo dijo la Virgen y san José, y otras cosas que no son para carta, y que yo dentro de veinte dias saldria de la cárcel. Y así alegrémonos todos, pues desde hoy la Reforma Descalza irá subiendo. Estése V. R. en casa de D.<sup>a</sup> María de Mendoza; hasta que yo avise, no salga de casa, porque no lo prendan, que presto nos veremos libres. Yo quedo buena y gorda. Dios sea bendito. Hoy miércoles 25 de Marzo de 1579.»

Aunque por lo dicho se puede bien conocer el grado heroico en que tenia la Santa la virtud de la esperanza en Dios, convenia saber particularmente los trabajos y persecuciones que padecia al escribir con tanta confianza; mas como esto no sea de este lugar, por ahora sólo dirémos se habia ya declarado la guerra más terrible contra la Santa y sus hijas, en especial contra el Padre Gracian y María de san José, Priora de Sevilla. De las

(1) Tom. I, cart. 27.

mismas cartas de la Santa consta (1) cuán revueltos andaban los negocios contra Gracian, á quien queria tanto que le llamaba *su Pablo*, y dice le convenia el nombre del Apóstol por los trabajos y porque tan pronto estaba en lo alto de la mar como en lo profundo. «Son tantas las cosas, dice, que inventan contra él, que no se pueden escribir, pero lo bueno es que todo les llueve acuestas, y se vuelve en bien para nosotros, pues entre los calumniadores hubo dos que se desdijeron de cosas bien pesadas, y esto delante de escribano y del santísimo Sacramento.» Tambien dice la Santa como la quisieron hacer priora las monjas de la Encarnación, y que el Visitador maldecia á todas las que votaban por la Santa (no era carmelita descalzo), que fueron cincuenta y cinco, quemando todas las cédulas que salian á su favor, despues de golpearlas, ó como dice con gracia la misma, *machucando* los votos y eleccion, privando de oír Misa quince dias á todas las que estuvieran por santa Teresa, sin quererla dar posesion... ¡Qué fe y esperanza se necesitaba en tales lances, no sólo para confiar sino para vivir con la serenidad que descubre aquí riéndose de todo, llamando su eleccion *machucada*, y prometiendo felicidades y victorias en lo más desecho de la tempestad, y cuando se hallaba reclusa y en desgracia del Nuncio y Visitador! ¿Podia hablar con más seguridad si todo el mundo estuviera en su favor?

Pues aprendamos á confiar en Dios cuanto más desamparados nos vemos del mundo y criaturas, pues Dios es el refugio y amparo de los pobres, que acompaña en las tribulaciones, y vale más confiar en el Señor que en los príncipes y brazos de carne: fe viva, dice la Santa, que alcanza cosas grandes: ¡qué esperanza más sublime que decir: desde el punto que en la tierra se manda deshacer la Reforma, ha de ir de aumento! ¡Qué vanos son todos los esfuerzos humanos contra los decretos de Dios! ¡Qué importa esté enojadísimo el Nuncio, presa la Santa y san Juan de la Cruz, si la Virgen

(1) Tom. III, cart. 76.

y san José ruegan y se hacen sus defensores! La Santa se hallaba buena y gorda y nunca con menos trabajos, porque Dios favorece á los que confían en El. Confíemos, pues, en Dios y no en los hombres, porque sólo Dios es el poderoso y en todo lo que permite tiene los altos fines de su providencia para convertirlo en bien de los que fijan su esperanza en el cielo.

Es admirable la exclamacion xvii de santa Teresa, en que su amor y sumision á Dios la hace dejarse en sus manos totalmente, sin deseo de pedir cosa alguna, porque Dios sabe y quiere remediar más que nosotros nuestras necesidades, y nosotros las más veces ignoramos lo que pedimos. Despues de hablar largamente de esto, acaba con estas palabras dignas de conservarlas en la memoria y corazon: «Mas tú, alma mia, ¿por qué estás triste y me conturbas? Espera en Dios, que aún ahora me confesaré á El mis pecados y sus misericordias, y de todo junto haré un cantar de alabanza, con suspiros perpétuos á mi Salvador: podrá ser venga algun dia, cuando le cante mi gloria y no sea compungida mi conciencia, donde ya cesarán todos los suspiros y miedos, mas entre tanto en esperanza y silencio será mi fortaleza. Más quiero morir y vivir en pretender y esperar la vida eterna, que poseer todas las criaturas y todos sus bienes que se han de acabar. No me desampares, Señor, porque en Tí espero no sea confundida mi esperanza; sírvate yo siempre, y haz de mí lo que quisieres.»

MÁXIMA.—Bien parece que los herejes no aman á Dios, porque si le amaran holgáranse de ver su retrato ó imagen.

FRUTO.—Adornar la casa con imágenes devotas, quitando toda pintura indecente.

JACULATORIA.—Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

---

## LECCION LVII.

DIA 26 DE FEBRERO.

ORACION.— ; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Tres casos que acreditan la firme esperanza de santa Teresa, y son de mucha instruccion para los cristianos pobres y afligidos que confian en Dios.

Llegando el venerable P. Gracian á visitar el convento de Veas, año de 1576, y viendo la miseria, pobreza y desamparo que padecian las Religiosas, trató con la Priora y Comunidad de trasladarlas á Granada: enviaron las monjas un propio á la Santa, que ya estaba en Toledo, y las responde con esta varonil y heroica esperanza en Dios: «Paréceme, dice, es poca confianza en Nuestro Señor (1), pensar que nos ha de faltar lo necesario, pues Su Majestad tiene cuidado hasta del más mínimo animalillo para proveerle de sustento. Hijas mias, pongan su cuidado y diligencia en nuestro buen Jesús y en procurar servirle, que aseguro no nos falte ni nos desampare. Aguarden algunos años, y si Nuestro Señor no diere remedio, será señal de su voluntad que quiere se mude, y entonces se podrá hacer como pareciere á los Prelados...»

Debe notarse otra maravilla, y fué que durando muchos años la casi extrema necesidad de aquella casa, mandaron los Prelados no se recibieran novicias, y que en muriendo algunas ancianas se dividirian las que quedasen en otros conventos. Desde entonces gozaron más salud que nunca y en muchos años no murió ninguna, con lo que conocieron no era voluntad de Dios que se suprimiese aquel convento, y revocando el decreto, en el mismo dia acudieron algunas doncellas huidas de casa de sus padres á pedir el hábito, y en-

(1) Tomo ix, frag. 74.

trando comenzaron á morir las antiguas. Tal es la providencia de Dios y el tino que tiene la confianza y esperanza de santa Teresa.

La fundacion de monjas en Burgos fué la que más imposibles tenia que vencer, pero todos se rinden á la esperanza de Teresa. Así escribe á D. Alvaro de Mendoza, obispo de Palencia, y dice (1): «Parecia cosa imposible á todos la licencia, aunque no á mí, que siempre lo tuve por un hecho, y así soy la que menos ha padecido...» En efecto, todos estaban ya desconfiados, porque el Arzobispo se negó de firme á dar la licencia. El Provincial se fué, pero la Santa esperó en Dios, y sin dar ya más pasos mudó la voluntad del Arzobispo y dió la licencia. Por esto dice (2) á D.<sup>a</sup> María Samaniego: *El mundo está ya de modo que sólo de Dios podemos fiar*, y esto no sólo era decirlo, sino hacerlo como lo decia. Fundado el primer convento de Avila en la mayor pobreza, dice (3): «Cinco años me estuve en San José de Avila, los más descansados de mi vida, cuyo sosiego y quietud echa menos mi alma muchas veces. Entraron algunas doncellas de tanta perfeccion que era harta confusion mia. Yo me deleitaba entre almas tan santas y limpias, á donde sólo era su cuidado de servir y alabar á Nuestro Señor. Su Majestad nos enviaba allí lo necesario sin pedirlo, y cuando nos faltaba, que fué pocas veces, era mayor su regocijo: alababa á Nuestro Señor de ver el descuido que tenían de todo lo demás sino de servirle. Nunca me acuerdo haber ocupado el pensamiento en ello, pues tenia muy creído no habia de faltar el Señor á los que no tenían otro cuidado sino como contentarle. Si alguna vez no habia para todas, decia yo que fuera para la más necesitada, y á cada una la parecia no ser ella, y así se quedaba hasta que Dios enviaba para todas.»

Para hacer prueba de esta confianza, cuenta en seguida, que no teniendo agua el convento sino la de un pozo, mala y tan honda, que á juicio de todos era im-

(1) Tomo II, cart. 3, n.º 4.

(2) Tom. III, cart. 59, n.º 5.

(3) Fund., cap. I, n.º 4.

posible darle corriente, los maestros y oficiales se reian de la Santa porque queria servirse de ella y levantarla, diciendo que queria echar los dineros en valde. Llamó la Santa á la Comunidad y propuso las dificultades y parecer de los maestros y su deseo; luego dijo una: *Que se haga* y procure. Nuestro Señor nos ha de dar quien nos traiga agua y para darles de comer; pues más barato le sale á Su Majestad dárnosla en casa, y así no lo dejará de hacer. «Viendo yo, dice, la grande fe y confianza, túvelo por cierto, y contra la voluntad del que entendia en las fuentes lo hice y fué el Señor servido, que sacamos un caño de ella bastante para nosotras y beber, como ahora le tienen. No lo cuento por milagro, que otras cosas podia decir, sino por la fe y confianza que tenian estas hermanas.»

Tres casos son los dichos que nos dan la idea más noble de la grande confianza en Dios de santa Teresa, y á nosotros mucho que imitar. En el primero, del convento de Veas tan pobre y necesitado, reprende la poca espera y confianza en Dios y cuán pronto nos quejamos de que nos olvida, y nos encarga cuidemos de servirle, pues así ciertamente nos socorrerá y no nos abandonará. Un dia de trabajo ó pena ya se nos hace insufrible, acusamos la Providencia y no queremos esperar. Mas lo que sucedió en Veas es una prueba terminante de que si Dios nos deja padecer es para probar nuestra esperanza y virtud, pero no nos olvida. El segundo caso de la fundacion de Burgos hace evidente lo que dijo la Santa á D.<sup>a</sup> María Samaniego, que el *mundo está tal que sólo de Dios podemos fiar*. El Arzobispo de Burgos habia dado su palabra, y aún habia dicho y escrito que deseaba la fundacion, y Dios permitió se volviera atrás muy de firme, para quitar la confianza humana y probar la paciencia y esperanza de sus siervos, entre los cuales sólo santa Teresa se mantuvo segura en ella, y por esto dice que *padecia menos que todos*, porque la confianza hace menos sensibles los males. La esperanza en Dios es, pues, el alivio y consuelo de los afligidos. El tercer caso de Avila y de la fuente nos debe asegurar en la confianza en

Dios, al ejemplo de aquellas Religiosas, que dejándose de razones y ciencias, acudieron á la razon eterna que es Dios. Dejemos, pues, al mundo que se ria de los que esperan en el Señor, que ellos serán confundidos, como aquí lo fueron todos los maestros y arquitectos que se reian de la Santa. ¡Oh esperanza, que tanto alcanzas cuanto esperas!

MÁXIMA.—La voluntad tanto es más libre cuanto está más sana, y tanto está más sana cuanto más sujeta á la gracia y misericordia.

FRUTO.—Trabajaré por adquirir la verdadera libertad, que sólo se halla en el servicio de Dios.

JACULATORIA.—Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumaré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

---

## LECCION LVIII.

DIA 27 DE FEBRERO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

La doctrina de la Santa sobre la esperanza, y su conducta en esto, nos manifiesta que sólo Dios es fiel para los que esperan en El, no los del mundo, que «son palillos secos de romero» que se quiebran luego.

Debemos acreditar con cuanto fundamento se impuso á la Santa el nombre de *Esperanza*, y fomentar esta virtud, que estaba tan desacreditada en el mundo. «Quién pudiera dar á entender, decia la Santa á un confesor suyo, D. Alonso Velazquez, obispo de Osma (1), la quietud y sosiego en que se halla mi alma, porque de que ha de gozar de Dios tiene tanta certidumbre,

(1) Tom. II, cart. 4, n.º 1.

que le parece le ha dado el Señor la *posesion*, aunque no el *gozo*, como si uno hubiera dado una gran renta á otro con muy firmes escrituras, para que la gozara de aquí á cierto tiempo, y llevara los frutos, mas hasta entónces no gozara sino la *posesion*, que ya le han dado de que *gozara* esta renta, y por el agradecimiento que le queda, no la querria gozar, sino servir primero, y hasta el fin del mundo le pareceria poco. Es verdad que esta seguridad no quita el gran temor de ofender á Dios, ántes anda con más cuidado.» A san Pedro Alcántara, dándole cuenta de su vida, le dice (1) que cuando ve las personas limitadas, que van tentando las cosas escrupulosamente para hacerlas conforme á la razon de acá, se congoja, y la hace que llame los Santos, que acometieron cosas que ahora nos espantan, «y esto dice, no es porque yo sea para nada, sino porque me parece que Dios ayuda á los que por El se ponen á mucho: nunca falta á quien en El solo confia, y querria hallar quien ayudase á creerlo así, y no tener cuidado de lo que ha de comer y vestir, sino dejarlo á Dios. No se entiende esto de dejarlo á Dios lo que *le menester*, de manera que no se procure, sino que no sea con cuidado, que me dé cuidado, y despues que Dios me ha dado esta libertad, me va bien con esto, y procuro olvidar-me de mí, cuanto puedo.»

En la relacion que hizo de su vida á otro confesor, Fr. Pedro Ibañez, dice (2): «En la pobreza me ha hecho Dios merced, porque áun lo necesario no querria tener sino de limosna, y así deseo estar donde no se coma de otra cosa: y me parece estoy cierta que no me ha de faltar de comer ni de vestir. Hállome con una fe muy grande, que no puede faltar Dios á quien le sirve, y no puedo persuadirme otra cosa, ni temer. Hasta ahora parecíame á mí habia menester á otros, y tenia más confianza en ayudas del mundo. Ahora entiendo claro ser todos *unos palillos de romero secos*, y que asiéndose á ellos no hay seguridad, que en habiendo algun peso de contradiciones ó murmuraciones se quiebran.

(1) Tom. II, cart. 41, n.º 47.

(2) Tom. II, cart. 42, n.º 3 y 8.

Y así tengo experiencia que el verdadero remedio para no caer, es asirnos á la cruz, y confiar en el que en ella se puso. Hállole amigo verdadero, y hállome con esto con un señorío, que me parece podría resistir á todo el mundo, que fuese contra mí, con no me faltar nada.»

Son cosas bien sublimes y admirables las que aquí dice santa Teresa, y yo me persuado que las habló Dios por su boca para nuestro bien y enseñanza, pues comprende en pocas palabras cuanto puede decirse de la confianza que debemos tener en Dios, y la desconfianza en las criaturas. ¡Con qué seguridad habla de la esperanza de su salvacion, y cómo sabe juntar esta certidumbre con el temor de Dios! Los hombres siempre van por extremos: unos confían tanto de la misericordia de Dios, que piensan salvarse sin buenas obras, ó sólo por algunas devociones ó virtudes, más naturales ó de génio, que sobrenaturales de gracia. El que reza todos los días el Rosario, el que lleva escapulario, el que da una limosna, ó hace otra cosa como esta, ya le parece estar en posesion del cielo, aunque ni se mortifique, ni quiebre su voluntad, ni cuide de obrar bien en todo. Otros desesperan á vista de sus faltas, y se abandonan. Santa Teresa da la más sólida doctrina sobre esto. Espera, y la parece que tiene la posesion, pero quiere sufrir, servir y trabajar ántes de entrar á gozar. Esta seguridad no la quita el temor de Dios, ántes anda con más cuidado de no ofenderle. Tal debe ser nuestra esperanza. *A Dios clamando, y nosotros obrando.* Condena tambien la Santa la timidez de los que todo lo quieren llevar por su razon y prudencia, no porque esto sea malo, sino porque no ponen su confianza en Dios, y así no emprenden cosas grandes, ni piensan en que Dios jamás falta á quien confía en él. Busquemos el reino de Dios, y lo demás se nos añadirá. Hacer diligencias prudentes, y lo demás dejarlo á Dios. Todo lo puedo en quien me conforta, decia San Pablo. Arrojemus nuestros cuidados en Dios, que El cuidará de nosotros. ¿De cuántos vicios nos librárá esta confianza? Ni la avaricia, ni la adulacion, ni la vileza, ni el temor,

ni otros cuidados nos dominarian. ¡Qué diferentes las hijas de esta Maestra celestial! En la fundacion de Toledo, que sólo tenían una manta y una sardina para tres Monjas, estaban muy alegres; y en ocasion que la socorrieron los devotos, dice la Santa: «Como las ví mústias, las pregunté que qué habian. Y me dijeron: ¿Qué habemos de haber, Madre? Que ya no parece que somos pobres, y Dios no se fia de nosotras (1). Como una contemplacion suave me parece causaba la pobreza, y era tanta mi tristeza como si me viera con muchas joyas que se me las llevaban, y dejaban pobre; así sentia pena de que se nos acababa la pobreza. ¡Oh! quién me diese voces, añade (2), para decir cuán fiel sois á vuestros amigos. Todas las cosas faltan: vos, Señor de todas, nunca faltais. Poco es lo que dejais padecer á quien os ama. Levántense contra mí todos los letrados, y persíganme todas las criaturas, atorméntenme los demonios, que ya tengo experiencia de la ganancia de los que en Vos solo confian.» Convengamos, pues, con la Santa, en que toda la confianza que se pone en el mundo, y en los grandes de él, *son palillos secos de romero* que se quiebran, y no hay otro asidero seguro que la santa Cruz.

MÁXIMA.—Tengo por muy cierto que el demonio no engañará á quien no fiándose de sí está fortalecido en la fe, y de modo que por un punto de ella morirá mil veces.

FRUTO.—Haré todas mis obras con espíritu de fe, para vivir la vida del justo.

JACULATORIA.—Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

(1) Fundaciones, cap. xv, n.º 9 y 10.

(2) Vid., cap. xxv, n.º 9.

## LECCION LIX.

DIA 28 DE FEBRERO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

El amor de Dios que tuvo santa Teresa toda su vida ardentísimo y continuo, enciende al pecador más frío para amar al sumo Bien.

Tiembla el ilustrísimo señor Yepes cuando quiere tratar del amor de Dios y caridad de santa Teresa, porque dice que cuando la hablaba, le parecía miraba un serafin del cielo, pues su estilo, condicion, virtudes y finura era todo un fuego encendido. En efecto, este fuego y amor del corazon de Teresa fué continuo toda su vida, ardentísimo y penetrante. Hay pocos ó ningun ejemplo semejante. En los demás Santos se sabe cuándo comenzaron á amar á Dios y fueron subiendo por grados. En Teresa aparece ya su corazon un volcan de fuego á los seis años. No sólo sabia leer en esta edad, sino meditar y contemplar como los más grandes Santos; y de modo, que nos admira ver las reflexiones que hacia de seis años sobre los Mártires y solitarios penitentes. No se asustaba de los tormentos y penitencias, sino que le parecia compraban muy barato el cielo. Esta sabiduría no era en efecto de la leccion, ni de su talento, sino del amor y fuego de su alma. Amaba á Dios; mas conociendo ya su grandeza, su bondad, su eternidad, los grandes bienes que tenia en el cielo para los que le aman, inferia que compraban á muy poca costa el cielo y tantos bienes los Mártires y penitentes. ¿Qué amor seria este tan grande al primer paso de su vida, que la impelia y como forzaba á dejar la casa de su padre para ir á que la quitaran la vida por Dios? Creció sin duda esta llama toda su vida, sin más que dos intervalos de descanso, que á la Santa le parecian muerte del alma, porque se detenia algo en las cria-

turas. A los diez y ocho años de edad tenia ya oracion de quietud, como dice el Ilmo. Sr. Yepes, y ella misma lo insinúa, aunque sin fijar el año. Cuando tomó el hábito, y más cuando profesó, estaba ya abrasada en amor divino, como lo dice bien claramente, mirándose desposada con Dios en el mayor gozo, y unida con El; mas despues que el Señor la dijo no queria que tratase ya con hombres sino con Angeles, salió, podemos decir, del mundo, y se hizo un serafin, un sol de fuego. Andaba ya tan metida en Dios, que ni hablaba, ni soñaba, ni pensaba en otra cosa que en su Amado. A su confesor Fr. Pedro Ibañez le dice (1) que le parece ya no vive en ella, sino quien tiene dentro y la gobierna, que anda fuera de sí, y que el vivir la da gran pena. «Si el Señor me tiene de este modo, dice en otra parte, mala cuenta daré de los negocios encargados, porque parece me tiran con cordeles el alma hácia Dios. Me es gran pena el comer, y me hace llorar mucho, lo que no suelo hacer por grandísimos trabajos...» Estaba inflamada como un calenturiento que aborrece la comida. No sólo la duró este temor hasta la muerte, sino que fué creciendo hasta matarla. «Crecia en mí, dice (2), un amor tan grande de Dios, que no sabía quién me lo ponía; veíame morir con el deseo de ver á Dios, parece se me arrancaba el alma. «Esto la embargaba el sentido en un arrobamiento muy penoso para el cuerpo, que la ponía á punto de morir. Estando en la fundacion de Salamanca, para divertirse cantaron en la Pascua esta letrilla:

Véante mis ojos,  
Dulce Jesús bueno;  
Véante mis ojos,  
Y muérame yo luego.

Quedó la Santa como muerta, y la tuvieron que echar en la cama, y la duró todo el día, y aún al siguiente andaba como fuera de sí, y ella misma lo cuenta, y có-

(1) Tom. II, cart. 12.

(2) Vid., cap. XXIX.

mo quedó su cuerpo quebrantado, y las manos entumecidas, con dolor y como descoyuntadas: entonces fué cuando hizo estos versos:

Vivo sin vivir en mí,  
Y tan alta vida espero,  
Que muero porque no muero:

y su glosa larga, que puede verse en el Sr. Yepes y otros. Yo no dudo que en esta ocasion conoció la Santa lo que es *traspaso* ó el *traspasamiento* de María Santísima, como ella lo dice; no dudo que el Angel la traspasó el corazon, pues aunque la Santa lo refiere en otro tiempo, tambien dice que aquello la sucedió algunas veces. En fin, no duda ninguno de los historiadores de su vida, que la causa de su muerte no fué otra sino la fuerza de uno de estos ímpetus de amor, pues la Santa lo tenia, lo deseaba, y pedia morir así; y el flujo de sangre, que fué su accidente postrero, fué efecto de esta violencia que la vino en el arrobamiento que tuvo algunas horas antes de morir y en el que espiró, encendido su rostro como el de un Serafin.

¡Y qué somos nosotros á los piés de esta Santa enamorada de Dios, desde el principio de su vida hasta el fin! ¡Oh Dios mio! ¡Qué confusion la nuestra, pues sólo sabemos amar la tierra! Somos carbones negros y cenizas frias en presencia de Teresa. Confundámonos en nuestra miseria, peguemos nuestra boca en tierra, conozcamos nuestra nada humildemente, pues la humildad es el principio para conocer y amar á Dios, que tanto nos ama sin merecerlo, y como dijo el Señor á nuestra Santa: «Hija mia, qué pocos son los que me aman, que si me amaran, no les esconderia yo mis secretos.» Avergonzémonos, pues, de amar al mundo, que renunciamos en el bautismo con todas sus pompas. ¿Qué son todos los bienes del mundo, con los que el Señor sabe dar á sus siervos en un instante? «¿Cómo es posible (1), dice la Santa, se olviden vuestros favores, y que tan olvidados estén los mortales de Vos, cuando

(1) Exclam. III.

os ofenden ! ¡ Oh Redentor mio ! ¡ Que sea tan grande vuestra bondad, que cuando nos olvidamos de Vos, os acordais de nosotros, y que habiendo caido por heriros á Vos de golpe mortal, olvidado de esto, nos torneis á dar la mano, y desperteis de frenesí tan incurable para que procuremos y os pidamos la salud ! ¡ Oh ánima mia ! ¡ Bendice para siempre á tan gran Señor ! ¡ Oh hijos de los hombres ! ¡ Hasta cuándo seréis duros de corazon contra este amantísimo Jesús ! ¡ Qué es esto ! ¡ Por ventura permanecerá nuestra maldad contra Él ! No, que se acaba la vida del hombre como la flor del heno, y ha de venir el Hijo de la Virgen á dar aquella terrible sentencia. Quisísteis pagar nuestros falsos contentos con sufrir tan crueles azotes. Remediásteis mi ceguedad atapando vuestros ojos, y mi vanidad con tan cruel corona de espinas. ¡ Oh Señor ! Todo esto lastima á quien os ama, pero le consuela que será más alabada vuestra misericordia. » Hasta aquí santa Teresa, que derrama fuego y amor en sus palabras.

MÁXIMA.— Todo el daño que viene al mundo es de no conocer las verdades de la fe con clara verdad.

FRUTO.— Avivaré mi fe á ejemplo de santa Teresa, que cuanto más dificultosas eran las verdades de la fe las creía con más devocion.

JACULATORIA.— Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumbraré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

---

## LECCION LX.

DIA 29 DE FEBRERO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 1.*

El amor grande de Dios hizo que santa Teresa emprendiera las obras más grandes, que hiciera el voto de seguir lo que entendiera ser más perfecto, y se renovara como el ave fénix.

«El aprovechamiento del alma, dice santa Teresa (1), no está en pensar mucho (esto es, en orar mucho), sino en amar mucho. Y si preguntáredes cómo se adquiere este amor, digo que determinándose un alma á obrar y padecer por Dios, y hacerlo cuando se ofreciere.» Supuesta esta doctrina, es fácil conocer el grado perfectísimo de amor á que llegó en su vida, pues no sólo decía que no había trabajo, por grande que fuera, que no lo pasara de buena gana por cumplir la voluntad de Dios, sino que efectivamente obró y padeció muy mucho por el Señor, como se ve en todo el discurso de su vida, en sus enfermedades, en sus temores interiores, en las persecuciones de los hombres y de los demonios y en la fundacion de toda la Reforma, como verémos. Estas obras son pruebas de amor que no están expuestas á engaños, y la piedra de toque más segura para conocer los quilates de amor que tuvo á Dios. «Este amor fuerte, dice (2), obra con valor, sin detenerse en lo que se llama prudencia y discrecion humana, hasta despreciar todas las cosas de la tierra, y no querer bien propio ni riquezas, sino trabajos y ocasiones en que pueda servirle, aunque sea muy á su costa, porque aquí obra el amor, y no quiere servirse del entendimiento.» No le parece ha de haber cosa imposible á quien ama. Pone el ejemplo de san Paulino, que se fué

(1) Fundaciones, cap. v, n.º 2.

(2) Sobre los Cant., cap. III, n.º 5 y 6.

á trocar en esclavo por el hijo de una viuda á tierra de moros, y de un Religioso que la Santa conoció, y fué á hacer lo mismo, y añade: «Luego viene la discrecion con muchas razones, y que no es bien ponerse en peligro por otro, y que es un disparate hacerlo. El que ha llegado á este amor nada teme de todo lo dicho, ni los trabajos le espantan. En fin, este amor grande de Dios, dice (1), consume el hombre viejo de las faltas de tibieza y miserias, y á manera de como el ave fénix, segun he leído, que de la misma ceniza, despues que se quema, sale otra; así queda hecha otra el alma despues con diferentes deseos, y fortaleza grande, no parecé la que antes. Le supliqué (en ocasion de un ímpetu grande de amor) que así comenzara yo de nuevo, y me dijo el Señor que mirara si estaba del todo dada por suya ó no, que si estaba y lo era, que creyese no me dejaria perder ni consentiria que el demonio tuviese parte en las almas de sus siervas.»

No hay, pues, más que aplicar estas reglas á las obras de santa Teresa, y se verá las puso por obra no menos bien que las escribió, pues sólo escribia lo que practicaba. ¿Con qué valor emprendió la reforma de toda la Orden, que á tantos parecía locura segun la prudencia humana, y que por lo mismo abandonaron este proyecto? ¿A cuántos peligros, nieves y trabajos se vió expuesta en los viajes y empresas de su vida, y sin más impulso que el amor á su Esposo? Confiesa y dice que si la dijeran qué queria más: irse á gozar luego de Dios, ó padecer todos los trabajos del mundo hasta el fin, y entonces gozar un poquito más; que sin duda tomara el padecer hasta el fin del mundo, por *un tantico más de entender las grandezas de Dios*, dando por causal que cuanto más se entienden, más se ama y más se alaba á Dios. Este deseo formó, pues, en ella la resolucion heroica y nueva de hacer aquel voto, sin ejemplar hasta entonces, de hacer siempre lo que entendiera ser más perfecto y conforme á la voluntad de Dios y su gloria, y este amor la hizo tambien que lo

(1) Vid., cap. xxxix, n.º 15.

cumpliera con perfeccion. Sólo este voto y acto comprende cuánto se puede decir, porque sólo lo podía hacer y cumplir un alma enteramente enamorada de Dios, del todo desprendida de las criaturas y afectos terrenos, y como fuera de sí, pues comprende, no sólo la observancia de todas las leyes divinas y humanas, las obligaciones grandes y pequeñas de su estado, y los consejos evangélicos, sino además el ejercicio continuo de todas las virtudes.

¡ Infelices de nosotros, que distamos casi un infinito del estado de Teresa ! Volvamos los ojos sobre nosotros y nuestros afectos de carne y tierra, que nos tienen cosidos con el polvo é inmundicia. Ni amamos á Dios ni aún conocemos lo que es amarle. El amor de Dios, decía Jesucristo á nuestra Santa, es entender que es mentira lo que no agrada al Señor: ¿y nosotros pensaremos que no hay más felicidad que gozar de la nada de este mundo? Para nosotros son niños los que aman niñerías: ¿pues qué seremos delante de Dios, cuando sólo amamos el orgullo, la vanidad, los deleites de la carne y aún los vicios más infames? « ¡ Oh amor poderoso de Dios ! exclama santa Teresa (1): ¡ cuán diferentes son tus afectos de los del amor del mundo ! Este es envidioso, no quiere compañía porque teme le quiten lo que posee ; el de mi Dios, cuantos más amadores más crece. Y así el alma busca medios para tener compañía, y de buena gana deja su gozo cuando puede ser alguna parte para que otros le gocen. El mayor servicio que se puede hacer á Dios es dejarlo por su amor y ganancia; entonces se posee más enteramente, porque aunque no se satisface tanto la voluntad en gozar (en estarse en oracion, por ejemplo), el alma se goza en contentar á Dios (en los actos de caridad con el prójimo), y ve que los gozos de la tierra son inciertos, aunque sean dados por Dios, sino van acompañados con el amor del prójimo. » « Oh ánima mía, decía la misma Santa (2), deja hacer, deja hacer la voluntad de Dios, esto te conviene, y espera en su misericordia, que remediará tu pena cuando

(1) Exclam. II.

(2) Exclam. VI.

con la penitencia hayas ganado el perdón. No quieras gozar sin padecer. ¡Qué cosa tan récia os pido, Señor! Que queráis á quien no os quiere: que abrais á quien no os llama: que deis salud á quien gusta de estar enferma, y anda procurando la enfermedad; pero Vos, Dios mío, decís que venís á buscar pecadores; no mireis nuestra ceguedad, sino la mucha sangre que derramó vuestro Hijo por nosotros. Resplandezca vuestra misericordia en tan crecida maldad para destruirla, y así os amarémos.

MÁXIMA.— El mundo está ya de modo, que sólo de Dios se puede fiar.

FRUTO.— En las contradicciones y trabajos de la vida sufridos por el Señor esperemos contra toda toda esperanza humana, que Dios no abandona á quien en solo El fía.

JACULATORIA.— Cada obra que empezare y en los trabajos que sobrevinieren me acostumaré á decir: *Todo por Jesús y su Teresa.*

---

## LECCION LXI.

### DIA 1 DE MARZO.

ORACION.— ¡Oh Dios mío... *como en la página 1.*

Correspondencia entre el amor de Dios y el de Teresa. Esta se destina en amar, y Aquel en regalarla, y las palabras de entrambos son de enamorados.

Un amor tan grande como el de Teresa no podía quedar sin correspondencia de parte de Dios, que tiene ofrecido ciento por uno aún en esta vida y después la gloria eterna. Esto se puede conocer bien en los muchos favores que recibió la Santa en toda su vida, pues no hay página en sus obras en que no muestre su agra-

decimiento y confusion al verse tan favorecida. Dios fué el autor del amor de Teresa: Dios lo encendió, aumentó, completó y lo hizo todo.

No extrañemos, pues, la dijera su Esposo con una piedad y regalo muy grande, que no la tenia olvidada ni olvidaria jamás, y añadiera: «Ya eres mía y Yo soy tuyo. Yo te dí á mi Hijo y al Espíritu Santo y esta Virgen: ¿qué me puedes dar tú á Mí?» Con esta ternura la hablaba el primer año que fué priora en la Encarnacion: ¡qué seria en todo lo restante de su vida! Estando en la fundacion de Sevilla la dijo: «Ya sabes el desposorio, y así entre Mí y tí, y así lo que yo tengo es tuyo y así te doy todos los dolores y trabajos que pasé, y conesto puedes pedir á mi Padre como cosa propia.»

Estos y otros muchos favores que gozó Teresa de su Esposo la dió una libertad de espíritu singular, propia de enamorados, que la hacia hablar á Dios como á un igual, pero sin faltarle al respeto, reconocimiento y humildad debida. «Comienzo á tratar, dice (1), con el Señor con estilo abobado, que sin saber lo que digo, trato de modo que el amor es el que habla, y está el alma tan enagenada que no mira la diferencia que hay de ella á Dios, porque el amor que conoce la tiene Su Majestad la olvida de sí y la parece está en El, y como una cosa propia sin division, y habla desatinos. Suplicándole yo para que uno fuese muy santo, le dije: Señor no me habeis de negar esta merced, que es bueno este sujeto para nuestro amigo.» Otra vez (2), quejándose de que la tuviera el Señor en esta vida miserable y tan pocos ratos para tratar con El, le dijo como pudiera á otro igual: «¿Pues que no basta que yo pase todo esto por Vos, sino que he de comer, dormir, negociar y tratar con todos? Pues bien sabeis que me es tormento grandísimo, y en los poquitos ratos que me quedan para Vos os me escondais: ¿Cómo se comepadece esto con vuestra misericordia? ¿Cómo lo puede sufrir el amor que me teneis? Creo, Señor, que si fuera

(1) Vid., cap. xxxiv.

(2) Vid., cap. xxxvii.

posible el esconderme yo de Vos, como Vos de mí, que pienso del amor que me teneis, que no lo sufriérades. Suplícicos mireis se hace agravio á quien tanto os ama...» Todo esto prueba cuán fuerte era el amor de Teresa, que parece la hacia un mismo espíritu con Dios. «¿Si una labradorcita se casase con el rey (1), dice la misma Santa, y tuviese hijos, aquellos hijos no quedan de sangre real? Pues si á un alma hace el Señor tanta merced, que tan sin division se junta con ella, ¿qué deseos, qué afectos, qué hijos de obras heróicas podrán nacer de allí, si no quedare por su culpa?»

Por lo dicho, aunque tan en compendio, se puede colegir la gran bondad de nuestro Dios, que así se une con los que le aman. «Por cierto pienso, dice (2), que si nos llegásemos al santísimo Sacramento con gran fe y amor, de una vez bastaria para dejarnos ricos. ¡Oh miserable mundo, que ansí tienes atapados los ojos de los que viven en tí, para que no vean los tesoros con que podrian granjear riquezas perpétuas! ¡Que sea posible en esta vida tal amistad, y que tan á lo claro diga el Espíritu Santo, y aún no lo queremos entender, y que tales son los regalos con que trata Su Majestad á las almas!... ¡Oh hijas mias! Déos Nuestro Señor á entender, ó por mejor decir, á gustar el gozo del alma que está ansí (3). Allá se avengan los del mundo con sus riquezas y señoríos, y con sus deleites, honras, manjares, etc., que si todo lo pudiesen gozar sin los trabajos que traen consigo, lo cual es imposible, no llegara en mil años al contento que en un momento tiene un alma á quien el Señor llega aquí. Si san Pablo dice que no son dignos todos los trabajos del mundo para merecer la gloria que esperamos, yo digo que no pueden merecer ni una hora de esta satisfaccion (del amor divino), ni hay comparacion. ¡Oh cristianos! Dispertemos ya, por el amor del Señor, de este sueño del mundo, y miremos que aún no nos guarda para la otra vida el premio de amarle, pues en ésta comienza la paga. ¡Oh

(1) Sobre los Cant., cap. III, n.º 9.

(2) Id., cap. III, n.º 10.

(3) Id., cap. IV, n.º 9.

Jesús mio! ¡Quién pudiera dar á entender la ganancia que hay en arrojarnos en los brazos de este Nuestro Señor, y hacer un concierto con Su Majestad, que yo para mi Amado y mi Amado para mí, y mire *El por mis cosas, y yo por las suyas*, y nos queramos tanto que nos saquemos los ojos, como dicen! Y torno á decir me hagais esta merced y alcance *que me bese con el beso de su boca*, y dadme vuestros pechos, que sin Vos, ¿qué soy yo? Si no estoy junto á Vos, ¿qué valgo? Si me desvio de vuestra Majestad, ¿á dónde voy á parar? ¡Oh Señor! No hay division entre Vos y mí. Y así suplico con san Agustín me deis lo que mandareis, y mandadme lo que querais, y no volveré las espaldas con vuestro favor y ayuda.»

MÁXIMA.—¡Oh cristianos! Dispertemos ya por el amor del Señor de este sueño del mundo, y miremos que aún el Señor no nos guarda para la otra vida el premio de amarle, pues en ésta comienza la paga.

FRUTO.—Al ver alguna alma privilegiada pedir con instancia al Señor la haga santa, importunándole con las palabras de la Santa: «Señor, no habeis de negar esta merced, porque es bueno este sugeto para nuestro amigo.»

JACULATORIA.—Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

## LECCION LXII.

DIA 2 DE MARZO.

ORACION. — ¡ Oh Dios mio... como en la página 1.

Devocion singular de santa Teresa al santísimo Sacramento: las gracias que recibía de este Señor la hacian arder más en el amor de Dios.

Esta es una materia inagotable, donde como en un horno encendido se abrasaba la Santa, y tambien abrasa á todos los que lean sus exclamaciones y palabras. Cuando en el capítulo treinta y cuatro del *Camino de perfeccion* se extiende en explicar cómo pedimos en el *Padre nuestro el pan de cada dia*, y que este es principalmente el augusto Sacramento, pues del pan material y sustento no hay que hacer mucha cuenta, porque Dios lo da á los que le sirven, prosigue de este modo hablando de sí, aunque como de otra persona: «¿Pensais, dice, que no es mantenimiento este santísimo Manjar y gran Medicina áun para los males corporales? Yo sé que lo es, y conozco una persona de grandes enfermedades, que estando muchas veces con grandes dolores, como con la mano se le quitaban y quedaba buena del todo. Esto muy ordinario y de males muy conocidos que no se podian fingir á mi parecer. Y porque las maravillas que hace este santísimo Pan en los que dignamente lo reciben son muy notorias, no digo muchas que podia decir de esta persona y sé que no es mentira. Mas á ésta habíala dado el Señor tan viva fe, que cuando oía á algunas personas decir que quisieran ser en tiempo que andaba Cristo nuestro bien en el mundo, se reía entre sí, pareciéndole que teniéndole tan verdaderamente en el santísimo Sacramento como entonces, ¿qué más se les daba? Y aunque esta persona no era muy perfecta, cuando comulgaba esforzaba

la fe, como si lo viera entrar con los ojos corporales, se desocupaba de todas las cosas corporales y se estaba con El considerándose á sus piés como la Magdalena ni más ni menos... Y si lo viéramos con los ojos, ¿cómo osaria una pecadorcilla como yo estar tan cerca de El? ¿Quién osaria llegar con tanta tibieza? El tiene muchos modos de mostrarse al alma por grandes sentimientos y otras vias.»

En el capítulo tercero del *Camino de perfeccion* hace una exclamacion al Señor, que á un tiempo acredita su amor al Señor sacramentado y nos puede servir para despues de comulgar. «Criador mio, dice, no sois desagradecido para que dude haréis lo que os pidan, ni aborrecisteis cuando visteis las mujeres, antes las favorecisteis. Cuando os pidiéramos honras y dineros ó cosa que sepa al mundo no nos oigais; mas para la honra de vuestro Hijo, ¿por qué no habeis de oir á quien perderia mil honras y mil vidas por Vos? No por nosotros, sino por la sangre de vuestro Hijo. ¿Cómo pueden sufrir vuestras entrañas que vuestro Hijo sea tenido en poco, como hoy dia tienen esos herejes al santísimo Sacramento, que le quitan sus posadas deshaciendo las iglesias?... No lo permitais, Emperador mio, apláquese vuestra Majestad... Pero ¡ay dolor! ¿Quién se atrevió á hacer esta peticion? Qué mala tercera para ser oida. Mirad, Dios mio, mis deseos y lágrimas... Favoreced vuestra Iglesia... ¿Por qué quereis, Padre Eterno (1), ver cada dia en tan ruines manos á vuestro Hijo? O acabad el mundo ó poned remedio á estos males. Cuando yo me llegaba á comulgar y me acordaba de aquella Majestad que habia visto y miraba el que estaba en el santísimo Sacramento, que muchas veces quiere el Señor que le vea en la Hostia, los cabellos se me espeluzaban y toda me parecia me aniquilaba.»

Padeció la Santa unos vómitos diarios por la mañana mucho tiempo, mas fué una providencia singular que despues que comenzó á comulgar diariamente por mandato de los confesores, jamás volvió á vomitar por la

(1) Cam. de perf., cap. xxxiii, n.º 3.

(2) Vid., cap. xxxviii, n.º 13.

mañana sino por la tarde. En esto de comulgar no hacia nada por su propia voluntad, y en ocasion que dos monjas tomaron pretexto de las comuniones de la Santa, ó de sus propios deseos que las ponía á morir si no comulgaban diariamente; conociendo la Santa el daño que esto podia ocasionar en comunidades de mujeres, que todas quieren ser iguales, lo prohibió con rigor, y áun ella misma se ofreció á no comulgar diariamente aunque se muriera, pero los confesores la mandaron que continuase. En una ocasion estuvo enferma, con vómitos continuos, y por esto un mes sin comulgar. Preguntada si tenia deseos de comulgar, respondió que no, pues veía ser ésta clara voluntad de Dios, y se gozaba más en cumplirla que en hacer la suya propia. «Sin embargo, veníanme algunas veces, dice, algunas ánsias de comulgar. Acaeció un dia llover de modo que no podia salir de casa (estaba fuera del Monasterio) pero estaba con tal deseo, que aunque me pusieran lanzas á los pechos entrara por ellas cuanto más agua. Como llegué á la iglesia, dióme un arrobamiento grande en que ví la Divinidad y su trono y Angeles de mucha más hermosura que otras veces. Comulgué y estuve en la Misa, que no sé cómo pude estar, y espantéme cuando dió el reloj, pues se habian pasado dos horas, aunque me pareció muy breve rato.» Casi todo lo que la mandó Dios en órden á la reforma fué despues de comulgar, y Julian de Avila depone en su Canonizacion, que comulgándola todos los dias casi siempre quedaba en éxtasis, y que es nada lo que ella dice sobre esto, para las mercedes que Dios la hizo, sin embargo que se leen várias cosas en las adiciones á su Vida. Entre ellas, que comulgando el dia de Ramos se le llenó la boca de sangre, y recibió otros favores. Cuando llega á hablar del tercer grado de oracion (1), dice que nada sabria decir sobre elló si el Señor aquel dia comulgando no la hubiera dado aquel grado de oracion, y díchole varias comparaciones para darlo á entender, y áun la manera de decirlo, y lo que ha de hacer allí el alma,

(1) Vid., cap. xvi, n.º 4.

«que cierto, dice, yo me espanté y entendí en un punto. Muchas veces estaba así como desatinada y embriagada en este amor, y jamás habia podido entender cómo esto era. Bien entendia que era Dios, mas no podia entender como obraba aquí.»

Terminemos, pues, esta leccion, que por sí sola es bastante instruccion, y más para leerla despues de comulgar. Concluyamos con el siguiente aviso de la Santa (1), que contiene mucha y buena doctrina. «Los del cielo y de la tierra, dice, seamos una misma cosa en pureza y en amor; los del cielo gozando, los de la tierra padeciendo. Nosotros (los del cielo) adorando la esencia divina; vosotros (los de la tierra) el santísimo Sacramento: y dí esto á mis hijas.» Este aviso lo dió la Santa desde el cielo á la venerable Catalina de Jesús; pero debemos meditar lo siguiente: Primero, quiere la Santa se parezcan los hombres á los del cielo en la pureza, como que es la primera y principal disposicion para recibir el Sacramento. A este fin debemos vaciar el corazon de las cosas terrenas y deseos mundanos, para que Jesucristo lo llene de cosas celestiales y divinas. Segundo, enseña la Santa que debemos vivir por el amor, como se vive en el cielo, pero habla de un amor compañero inseparable de la pureza, y así vemos que el amor á Dios y deseos vivos de recibirlo son la segunda disposicion. Lo tercero que debemos notar aquí es, que los del cielo se ocupan en la pureza y amor gozando sus delicias, mas nosotros padeciendo las violencias de la carne y concupiscencia que nos arrastra á lo sensible y malo. Debemos, pues, hacernos violencia, sufrir y arrepentirnos de los pecados con la contricion y sacramento de la Penitencia para conseguir la gracia, pureza y amor, que son las disposiciones necesarias para comulgar bien. Lo cuarto, nos consuela la Santa diciendo que los Santos y los hombres tenemos un mismo objeto de adoracion, con sola la diferencia de que en el cielo se ve á Dios y á su Hijo Jesucristo claramente, y nosotros lo vemos por la fe en la Eucaristía; y en los Santos es-

(1) Tom. I, avis. 15, al fin.

ta luz es toda su bienaventuranza, y lo será en nosotros, si aquí lo recibimos con fe, pureza, amor y gracia, cuando lleguemos á la patria celestial. Merezcamos, pues, esta gloria en vida, con el respeto y frecuencia de recibir este divino Sacramento.

MÁXIMA.— Más me gozo en cumplir la voluntad de Dios que en hacer la mía propia.

FRUTO.— Comulgar con gran aparejo una vez al mes por lo menos.

JACULATORIA.— Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

## LECCION LXIII.

DIA 3 DE MARZO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 1.*

La virtud de la Religión no sólo hizo que amase y respetase santa Teresa á Dios y á Jesucristo, sino que extendiese su culto á todo lo externo y á los Santos, y particularmente á san José, para nuestro ejemplo.

Aunque en dos partes hemos tratado ya de la devoción de la Santa á María Santísima, á san José y á las imágenes, como todos estos actos pertenecen también á la virtud de la religión y ésta al amor de Dios, que es la fuente y origen de todo el amor que se tiene á los amigos de Dios y cosas de la Iglesia, es preciso decir aquí como en propio lugar alguna cosa. Ya dijimos lo que toca á su fe y sumisión á la Iglesia, zelo por la salud de las almas, y más de la gloria de Dios y extensión de la Religión católica, etc. La virtud de la religión es la más fecunda y universal de todas las virtu-

des, como el alma de todas ellas por su objeto, con la que juntamente con el amor de caridad se consigue la vida eterna. Esta Religion mira á Dios directamente, para tributarle nuestros respetos de sumision debidos á su grandeza y á nuestra dependencia, á los títulos de Padre, Criador y Redentor. Con todo, este culto, que principalmente es del corazon y del alma, debe tambien sensibilizarse y rendir en la presencia del Altísimo, no sólo nuestras potencias interiores, sino tambien nuestros sentidos y miembros corporales. De aquí vienen los actos del culto externo, que siempre deben ir acompañados del espíritu y verdad, para que no degeneren en hipocresía, ni nos diga el Señor como á los judíos: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazon está léjos de mí.»

Supuestos estos principios, ¿de cuántos modos daba santa Teresa culto á Dios con la virtud de la Religion? ¡Ah! Parece que su carácter fué desagrarar al Señor del desprecio que hacian los luteranos del culto externo, con tantos actos exteriores como hacia la Santa. ¿Cuál fué la causa impulsiva de formar su Reforma, sino el dolor que le causaba ver las iglesias é imágenes destruidas por los herejes, y las muchas gentes que en Indias estaban rodeados de tinieblas? Cuanto hacia y pensaba, era efecto de su Religion. Ella misma dice, que sólo por fundar una iglesia más con el Santísimo, pasaba gustosa cualesquiera trabajos, y le parecia todo poco, viendo *en servicio de quien se hacia, y considerando que en aquella casa se habia de alabar al Señor y haber santísimo Sacramento* (1). «Al ver las muchas que quitan los luteranos, no sé, dice, qué trabajos se pueden temer á truco de tan gran bien para la cristiandad.» Estaba dispuesta á dar la vida por la menor ceremonia de la Iglesia; se ocupaba en adornar los Oratorios é imágenes (2), y era tan pulcra y nimia en la sacristía, ornamentos y cosas que servian al altar, que queriendo el señor Yepes irla á la mano en esto, lo confundió con las razones de respeto que debia á Dios, y á

(1) Fund., cap. xviii, n.º 5.

(2) Vid., cap. xxx, n.º 15.

sus ministros y altares, segun confiesa el mismo señor Obispo. Por esto en la fundacion de Toledo, como entrase en la iglesia el dia que se puso el Santísimo un niño, y dijese: «Bendito sea Dios, y qué hermoso está todo esto;» dijo la Santa: «Por solo este acto de alabanza de Dios, doy por bien todos los trabajos de esta fundacion.»

De aquí nacia su devocion á María Santísima y á los Santos, y como el santo Job decia que la misericordia y piedad habian ido creciendo desde su nacimiento con él; así podemos decir, que la devocion á María la sacó ya del vientre de su madre, que desde niña se la inspiró, y no cesó de practicarla, arrojándose ya á los piés de una imágen de la Virgen cuando perdió su madre natural, para que esta Señora lo fuera desde entonces. Desde niña rezaba el Rosario y otras devociones; era amiga de que se pintasen imágenes santas, y siempre llevaba consigo alguna de María Santísima, y por esto la puso en la silla prioral de la Encarnacion, cuando la hicieron Priora.

Mas sobre todo se esmeró en el culto de san José, por cuyo medio, y devociones de Misas, consiguió la salud, y se hizo pregonera de sus alabanzas, promoviendo su culto al estado que hoy dia lo vemos. En el tiempo de las calumnias y trabajos que sufrió en Sevilla, decia (1): «Estoy confiadísima que ha de tornar nuestro Señor por sus siervas y siervos, y el glorioso san José ha de sacar en limpio la verdad.» Estando en casa de D.<sup>a</sup> María Fajardo, la dió á la Santa un tan gran dolor por todo el cuerpo que parecia se le arrancaba el alma; mas con todo, dice (2): «Me consolé con ver á mi lado al glorioso san José, que me consoló y dió animo para ir á cumplir la obediencia;» y por esto hizo que una novicia se llamase María de San José. Por medio de este Santo, logró que san Pedro Alcántara (3) la viniese á visitar cuando se hallaba en sus mayores trabajos interiores. Otra vez se le apareció san José (4),

(1) Tom. I, cap. xvii, n.º 6.

(2) Tom. I, cart. 50, n.º 4 y fin.

(3) Vid., cap. xxx, n.º 5.

(4) Vid., cap. xxxiii, n.º 7.

hallándose sin dinero para pagar unos oficiales, y la dijo que no le faltarian, que los concertase sin tener ni una blanca, y el Señor la proveyó, por manera que todos se espantaron. En Sierra Morena se le apareció tambien, y la sacó de un gran peligro cuando iba á Veas, y en este pueblo, así la Santa, como la Ana de Jesús, vieron al Santo. En Villanueva la libró de otra desgracia; y cuando el demonio la quebró el brazo, impidió san José que la quitara la vida. En Búrgos por medio de san José consiguió casa ó convento milagrosamente. Dejo á parte la seguridad que la dió el Santo, cuando estaba en el mayor peligro, de la Reforma, pues se dice en otra parte largamente.

D. Juan Bautista de Lanuza, en la Vida de la venerable Francisca del Sacramento, trae dos revelaciones, en que se ve á san José dando gracias á santa Teresa, por haber extendido su devocion. Lo más singular es que, luego que la Santa fue beatificada, algunos conventos de monjas mudaron el titular de San José, pues lo Santa lo imponia á casi todos, y colocaron en su lugar á santa Teresa. Mas ésta se apareció á la venerable Isabel de Santo Domingo, y la mandó dijera al Provincial que quitara su nombre é imágen de Teresa, y volviera á poner á san José; y eran cuatro los monasterios que lo habian mudado, y así se hizo (1). En Toledo vieron muchas veces las religiosas, que san José y santa Teresa iban bendiciendo la casa (2). En fin, podemos decir aquellas palabras del Génesis: Bendijo el Señor la casa de Egipto, esto es, el mundo y la Reforma de santa Teresa por san José.

Esta devocion y la que tenia á muchos Santos, con particularidad á treinta y tres, cuyos nombres se hallaron en una nota del Breviario que usaba, acredita hasta donde llegaba su virtud de religion, y nos puede servir de documento en este siglo, que á título de quitar supersticiones, se minoran las devociones y novenas á los Santos, el cuidado de ganar indulgencias, y áun las pinturas de Religion, queriendo espiritualizar tanto el

(1) Crón., tom. iv, lib. 44, n.º 8, y lib. 46, cap. viii, n.º 5.

(2) Crón., tom. i, lib. 2, cap. xxvi, n.º 7.

culto, que viene á reducirse á nada. Pensemos las utilidades que resultaron á santa Teresa de las imágenes devotas desde niña, la instruccion que la dió el Señor, haciéndola conocer no era contra pobreza tener imágenes bien formadas y que excitasen á devocion, y el daño que en esto hicieron los luteranos; en fin, demos culto á Dios en espíritu y verdad, mas no despreciemos el externo y el que se da á los Santos, aunque siempre con relacion á Dios por ser criador de todo. Cerrada nuestra alma en el cuerpo, debe éste mostrar tambien su rendimiento con señales externas, y por medio de símbolos sensibles como las imágenes, para levantar por estos medios el espíritu desde la tierra hasta el trono de la divinidad; para que así como el Señor formó este mundo para que por las criaturas conozcamos al grande Autor de todas ellas, así por medio de las humillaciones del cuerpo humillemos al alma en presencia de Dios, y á vista de las imágenes de los que fueron Santos recordemos sus ejemplos, y venerando estos templos vivos del Espíritu Santo, adoremos á Dios y su santidad, que tanto resplandece en santa Teresa, en María Santísima, san José y en los demás justos.

MÁXIMA.— Querria ver á todo el mundo devoto de mi Señor y Padre san José, por la experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios.

FRUTÓ.— No pasar dia sin invocar al glorioso Patriarca san José, rezándole al menos un *Padre nuestro*.

JACULATORIA.— Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

---

## LECCION LXIV.

DIA 4 DE MARZO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... como en la página 1.

Carácter, causas y principios del amor del prójimo de santa Teresa, que nos aseguran no menos en los ejercicios exteriores de caridad, que en los de la contemplacion.

Exponiendo santa Teresa unas palabras de los Cantares, dice (1): «Entiendo que pide aquí la Esposa hacer grandes obras en servicio de Dios y del prójimo, y por esto huelga de perder aquel deleite y contentamiento (de estar gozando de su amado); pues aunque estas flores (sostenedme con flores) son más de la vida activa que contemplativa, y parece perder en ello, así se le concede esta peticion, porque cuando el alma está en este estado, nunca deja de *obrar*, casi andan juntas Marta y María. Porque en lo activo, que parece exterior, obra lo interior, y cuando las obras activas salen de esta raíz, son admirables y olorosas flores para aprovechar á muchos, porque proceden de este árbol de amor de Dios, y se hacen por solo él sin ningun interés propio, y así hace gran operacion.» Aquí pone la Santa la comparacion y ejemplo de un predicador que quiere aprovechar á los prójimos, mas no está del todo desasido de honras ó intereses. Un opositor á cátedras, canongías, etc., tienen buena intencion, mas no quieren perder honra ni descontentar. Van con la discrecion del mundo, que cubre muchas faltas. Estos servirán á Dios y al prójimo; mas no son estas las obras que pide la Esposa y las flores, sino un mirar á solo la honra y gloria de Dios en todo. No se acuerdan de si mas que si no fuesen, sólo miran á servir á Dios,

(1) Cap. vii, n.º 2.

y porque saben el amor que Éste tiene á sus criados é hijos, gustan de dejar su favor y bien, por contentarlos, servirlos y decirles las verdades para que aprovechen sus almas. La ganancia de sus prójimos tienen presente y no más. Por contentar á Dios más, se olvidan de sí por ellos, y pierden la vida en la demanda, y envueltas sus palabras en este tan subido amor de Dios, emborrachados de aquel vino celestial, no se acuerdan, ó no se les da nada de contentar á los hombres: estos tales aprovechan mucho.

«Tales ímpetus grandes de amor de Dios son, dice la misma (1), como unas fuentecillas que yo he visto manar, que nunca cesa de hacer movimiento la arena hácia arriba. Siempre bulle el amor pensando qué hará, no sosiega ni cabe en sí, con el amor que tiene querría que bebiesen los otros, para que le ayudaran á alabar á Dios. También quiere combustible y hacer leña con la penitencia, para que no cese el fuego. Yo soy tal, que aún con pajas que pudiese echar me contentaría. El movimiento interior me incita á que sirva en algo, y de que no soy más me ocupo en poner ramitos ó flores á imágenes, en barrer ó componer un oratorio, y en cosas tan bajas que me hacen confusion. Si hago penitencia, todo es poco.»

Este es á la letra el amor de santa Teresa á los prójimos, por manera que no es más que un efecto ó ímpetu del amor de Dios el que la hace amar al prójimo, y esto por solo dar gusto á Dios, aunque ella se prive del que tendria de estarse quieta con su Amado. En efecto, estando la Santa con una señora que amaba mucho, é igualmente con su confesor (2), de muy buena voluntad, y más por no hallarse en la Encarnacion, donde la querian hacer priora; luego que entendió ser mayor perfeccion y servicio de Dios, aunque le parecia peligro para la conciencia, pasó la pena de dejar la señora y á otros á quienes debía mucho, y en especial á su confesor, y mientras veia que perdía de consuelo propio por Dios más contento la daba. «No entendia,

(1) Vid., cap. xxx, n.º 43.

(2) Vid., cap. xxxv, n.º 5 y 6.

dice, cómo era esto, alegrarme de lo que me pesaba en el alma; porque yo allí estaba consolada, sosegada y con lugar para muchos ratos de oración; veía que venía á meterme en un fuego, como el Señor me lo había dicho, y á pasar gran cruz, aunque no pensé fuera tanta, y con todo venía alegre, y estaba desecha de que no me ponía luego en batalla.» Aquí, para declarar esto, pone la comparacion de uno que se priva de la joya que más quiere, porque quiere más contentar al amigo que á sí mismo, y se quita toda la pena aunque le haga falta la joya, y así aunque era de condicion agradecida, ninguna pena tuvo de dejar la Santa aquella señora tan amiga, ni al confesor, ni la oracion, ni áun á Dios, por ir á trabajar en el bien del prójimo, como fué la fundacion del convento de San José de Avila (que era el fin que Dios llevaba, aunque no se lo explicó), y ponerse en el fuego y en la batalla. «*El que os ama*, concluye la Santa, seguro va por el camino ancho y real; léjos está el despeñadero; no ha tropezado tantico, cuando le dais la mano; no basta una caída, ni muchas, si os tiene amor, y no á las cosas del mundo para perderse. *Los ojos en El y no haya miedo...* No temen andar entre leones, que cada uno parece quiere llevar su pedazo, que son las honras y deleites y contentos semejantes, que llama el mundo, y acá parece hace el demonio temer de musarañas. Mil veces me espanto, y diez mil querria dar voces á todos para decir la gran ceguedad y maldad mia, por si aprovechase algo, para que ellos abriesen los ojos.»

Conviene, pues, mucho que nosotros veamos si el amor del prójimo, que creemos ser *caridad*, se gobierna por estos sólidos principios y reglas. Si no tiene su origen en Dios; si nos buscamos á nosotros mismos; si queremos más estarnos con descanso en la oracion que servir en los ejercicios de Marta cuando la obediencia y caridad lo pide; si sólo acudimos á servir á las criaturas por motivos interesados y honoríficos ó por genio; en fin, si huimos el trabajo, ó no llegamos á Dios en el amor que manifestamos al prójimo, no es verdadero amor de caridad, sino de concupiscencia. María y

Marta, el amor de Dios y del prójimo, son hermanos, hijos de un padre y madre, no hay mayor ni menor, por vida *contemplativa* ó *activa*, sino por el mayor ó menor grado de caridad, y cuanto menos entre el interés, la voluntad propia y el genio mejor. Estudiemos, pues, la doctrina de santa Teresa, donde hallamos todo lo más sublime de la teología mística, que en pocas palabras resuelve todas las interminables disputas sobre el amor de Dios y del prójimo y sobre la perfección de la vida contemplativa y activa. Aquí hallamos un camino ancho y real para ir seguros por todas las sendas á que nos destine la obligacion, la necesidad, estado, voluntad divina y obediencia. Siempre que Dios sea nuestro objeto y fin, vamos sin peligro y con seguridad.

MÁXIMA.—Mil vidas daria por defender la menor de las ceremonias de la santa Iglesia.

FRUTO.—Cuidar del aseo de la casa del Señor, ó al menos de alguno de sus altares.

JACULATORIA.—Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

## LECCION LXV.

DIA 5 DE MARZO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Reglas que seguia la Santa para que el amor del prójimo fuera siempre útil y meritorio, y doctrina singular sobre esta materia.

Despues que la Santa enseña en el *Camino de perfeccion*, como sólo se han de querer las criaturas por Dios y para Dios, que si agrada lo hermoso sólo es para alabar á Dios y no para detenerse allí, pues esto sólo seria querer la sombra, que es nada: despues de de-

cir lo poco que se le da de que la tengan ó no voluntad, porque conoce que esta satisfaccion es disparate que no aprovecha al alma, y se rie de sí misma cuando cuidaba de que la quisieran, pues esta paga no es más que aire y paja que se la lleva el viento; en fin, despues de decir (1) que los que aman de veras pasan los ojos del cuerpo al alma para ver si hay que amar en ellas, ó disposicion para hacerlas provecho, aunque les cueste trabajo, dice: «Nada se les pone delante que no lo hagan por aquella alma, pues entiendo que sólo así puede durar el amor, porque si es sin guardar los mandamientos ni ley de Dios, se acabará con la vida, y así no lo estiman más de lo que vale. Los que gustan de cosas del mundo, deleites, honras y riquezas, valdrá algo si es rico, ó puede dar pasatiempo y recreacion; mas quien todo esto aborrece, ya poco ó nada se le da de aquello: pero si tiene este amor bueno, su passion es por hacer que esta alma ame á Dios, y perdería mil vidas por un pequeño bien suyo en esto. ¡Oh precioso amor, que imita al capitan del amor, Jesús nuestro bien!»

Aquí comienza, pues, la Santa (2) á hablar más en particular sobre lo que la obligaba á hacer este grande amor del prójimo en su provecho. «¡Qué apasionado amor es éste, dice, que expone la vida por otros, como el de Jesús! ¡Qué de lágrimas cuesta! ¡Qué de penitencias y oracion! ¡Qué cuidado de encomendarlos á Dios! ¡Qué no tener contento si no ve que aprovechan! Pues si le ve tornar algo atrás, ni come, ni duerme, siempre temerosa, si alma que tanto quiere se ha de perder. Es, como he dicho, amor sin poco ni mucho de interés propio, pues sólo quiere ver aquella alma rica de bienes del cielo. Esto sí es voluntad, y no estos quererres de por acá desastrados, aún no digo los malos, que desos Dios nos libre. «Es tambien muy buena manera de amor procurar quitar trabajo á los demás y tomarlo ella para sí en los oficios de casa, y holgarse

(1) Cam. de perf., cap. vi.

(2) Cam., de perf., cap. vii.

en las virtudes que vea en los otros. « Estad, dice (1), muy ciertas que mientras más aprovechadas esteis en el amor del prójimo, más lo estaréis en el amor de Dios, que es tan grande el que nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo hará que crezca el que tenemos á Su Majestad por mil maneras. En esto yo no puedo dudar, pero importa andar con advertencia, que si no es naciendo de raíz de amor de Dios, no llegaremos á tener con perfeccion el amor del prójimo. Obras quiere el Señor. Si ves una enferma á quien puedes aliviar, no se te dé nada perder esa devocion (ú oracion), y si tiene algun dolor, que te duela á tí, y si fuere menester, ayunes porque ella coma, no tanto por ella quanto porque sabes que tu Señor lo quiere. Y si ves loar á alguna persona, te alegres más que si te lo hagan á tí, y esto es fácil si hay humildad; y si vieres alguna falta, sentirlo y encubrirla mucho.» Forzad vuestra voluntad para que se haga la de las otras, y olvidad vuestro bien por el suyo, aunque contradiga el natural. Más le costó á nuestro santo Esposo el amor que nos tuvo. « Se deben dejar los regalos y quietud de la oracion por asistir y aliviar al prójimo,» dice la Santa (2). Todo esto es lo que ella practicaba con sus prójimos, segun se ve en todo el discurso de su vida, y por esto hay poca necesidad de particularizarlo. Baste saber la deposicion que hizo la venerable Ana de Jesús, su compañera (3), y es que cuando la Santa recordaba no haber hecho algun dia algun acto de caridad con el prójimo cuando estaba algo enferma, ántes de acostarse salia á alumbrar á las Religiosas que pasaban un paso estrecho y oscuro... La vimos ya muy al principio del noviciado y recien profesada asistir á una enferma asquerosa y pedir á Dios le diera su trabajo, envidiando su paciencia y hablando siempre bien de todos, sin permitir jamás que se murmurase de nadie: ¿qué seria despues, pasada aquella vida que llama tibia, y lloró tan amargamente?

Parece que santa Teresa aprendió á amar al prójimo

(1) Mor. V, cap. III, n.º 8 y 11.

(2) Fund., cap. V, n.º 3.

(3) Tom. III, cart. 35, not. 5.

en la escuela del Apóstol, pues piñta y practica esta caridad segun la describe san Pablo, cuando dice que la caridad es *paciente* para sufrir trabajos por el prójimo, *benigna* para compadecerse de las miserias y buscar almas para Dios; que *no busca su interés* ó comodidad, sino el de los otros; que no es *ambiciosa*, ni *envidiosa*, ni *hace las cosas en vano*, sino con el fin de que lleguen á Dios. En esto es, pues, en lo que consiste el verdadero amor de la caridad cristiana, no en las formalidades vanas de palabras, ni menos en los actos interesados, que son el resorte que mueve las acciones de casi todos los hombres. Todos pueden amar cristianamente con utilidad de nuestros hermanos, no envidiando las prendas ajenas, no murmurando ni infamando al vecino, sino ocultando sus faltas y alabando lo que es digno de alabanza. No olvidemos, en fin, dirigir hasta Dios lo que hacemos por el prójimo, pues comunmente se vician las acciones, que sólo con mudar el objeto serian meritorias; esto es, haciendo por Dios lo que hacemos por respetos humanos, por interés ó por vana confianza en el hombre.

MÁXIMA.— Los ojos en Dios, y no haya miedo el alma.

FRUTO.— Como siempre bulle el amor, sino somos para más, ocupémonos en poner ramitos ó flores á imágenes, en barrer ó componer la casa del Señor, ó en otros oficios humildes.

JACULATORIA.— Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

## LECCION LXVI.

## DIA 6 DE MARZO.

Todo cuanto hizo la Santa se dirigió á gloria de Dios y bien de las almas, conversion de infieles y pecadores; para esto fundó su Reforma, y exhorta al amor del prójimo, que es la mejor union con Dios.

Basta leer el capítulo primero del *Camino de perfeccion* para ver cuán empeñada estuvo la Santa en ganar almas para Dios. Sentia ser mujer, y envidiaba á los predicadores que podian ocuparse en este santo ejercicio de amar á los prójimos. A esto se añadía el dolor que la causaban los estragos de los luteranos y los muchos moros é indios que se perdian. Pero como no hay cosa más ingeniosa que el amor, éste la hizo que fundara sus monjas y frailes con este objeto, como lo dice largamente á sus hijas. Otras religiones se han fundado para ayudar al prójimo con la predicacion, redencion y misiones; mas Teresa hizo lo que ninguno, y fué no sólo fundar los Religiosos con este objeto, sino tambien las monjas, y por un medio singular. «Dióme gran fatiga, dice (1), estos daños de los herejes; lloraba con el Señor; mil vidas pusiera yo por remediar un alma, y como me ví mujer y ruin, me determiné hacer lo poquito que era en mí, esto es, seguir los consejos evangélicos con estas poquitas (monjas); y que todas ocupadas en oracion por los que son defensores de la Iglesia, predicadores y letrados que la defienden, ayudáramos en lo que pudiéramos á este Señor mio, que parece le quieren tornar á la cruz estos traidores. ¡Oh hermanas mias! Ayudadme, que para eso os junto aquí. Este es vuestro llamamiento, éstos han de ser vuestros negocios, vuestros deseos: aquí vuestras lágrimas y peticiones, no por negocios de acá

(1) Cam. de perf., cap. 1.

del mundo, que yo me rio, y aún me congojo de las cosas que nos encargan supliquemos á Dios, hasta pedir rentas y dineros. Estáse ardiendo el mundo; quieren poner la Iglesia por el suelo, y hemos de gastar el tiempo en cosas que por ventura si Dios nos las diese, tendríamos un alma menos en el cielo!...» Lo mismo pensaba sobre el fin para que fundó los Religiosos, pues confiesa (1) que todo lo que hacia lo ordenaba á gloria de Dios y bien de las almas. «Crea, mi Padre, le dice á Gracian (2), que se va cumpliendo el deseo con que se comenzaron estos monasterios, que fué pedir á Dios ayuden á los que tornan por su honor y servicio.» «Oh qué alegría viene á mi corazon, dice á Ambrosio Mariano (3), cuando veo por alguno de esta Orden se hace alguna cosa por su gloria y se quitan algunos pecados. Sólo me da pena lo poco que yo valgo para eso, que quisiera andar en peligros y trabajos para que me cupiera parte de esos despojos.»

Es tan constante este zelo de la Religion, de la fe y de ganar almas de herejes, infieles y pecadores, que como veremos en otra parte, recibió la Santa en el cielo una corona singular por esto (4): y tanto allí como en la tierra se hizo santa Teresa Patrona de las misiones y conversiones de los gentiles. De aquí ha venido que sus hijos tomaron muchas misiones á su cargo, y esto desde el principio de la Reforma, y la Congregacion de *Propaganda fide* debe mucho al venerable Fr. Domingo Ruzola, carmelita descalzo aragonés, pues Gregorio XV lo nombra en la Bula que establece esta Congregacion, sobre la cual, y más sobre el modo de convertir los infieles, escribió un tratado (5) Fr. Tomás de Jesús, tambien hijo de la Reforma. Así la Santa envidiaba á los predicadores y misioneros, y siendo niña la causaban más devocion los Santos que dieron la vida por Jesucristo predicando. Por eso en la Bula de su canoni-

(1) Tom. I, cart. 49.

(2) Tom. II, cart. 23, n.º 4.

(3) Tom. II, cart. 46, n.º 2.

(4) Crón., tom. III, lib. 9, cap. XIV, n.º 5.

(5) *De procuranda salute omnium gentium.*

zacion se dice que Teresa tenia una *caridad inmensa*. Ni lo fué menos en la caridad y celo sobre los pecadores cristianos. Ya vimos cómo convirtió á un sacerdote amancebado, y cuánto trabajaba para sacar muchas almas de las culpas, como lo dice dando cuenta á sus confesores. A otro sacerdote, que estuvo año y medio en pecado mortal, y se descubrió á la Santa, manifestando la violencia de las tentaciones que padecia, lo curó escribiéndole una carta, y pidió á Dios que vinieran contra ella todos los demonios que molestaban al sacerdote para que á él lo dejaran libre, y así fué, pues la Santa se vió atormentada por un mes casi de continuo, y el sacerdote muy sosegado. De las muchas almas que convirtió trato en el capítulo xxxix de su Vida. Yendo á Sevilla, y viendo que unos se reñian espada en mano, les gritó diciendo: «Mirad que Dios está presente y os ha de juzgar.» A un predicador que se quejaba porque no le habian dado un púlpito, sólo con decirle con admiracion: *¡Oh Padre!*... cesó del todo en sus quejas. Cuando murió san Pio V, se le apareció y la consoló; lo mismo cuando morian otros justos: y como la dijeran por qué lloraba, pues sabia que estaban en el cielo, respondia: «Yo sé cuanto daño vendrá á la Iglesia por la muerte de éstos.» A su hermano Agustin ya vimos cómo lo libró de la muerte corporal y espiritual. ¿Y á cuántos inclinó á lo oracion é hizo santos? De esto se podia decir mucho, pero ya basta para que se entienda lo primero, cuánto fué el celo de su corazon á favor de los prójimos, mirando siempre sus almas y dirigiéndolo todo á Dios; y lo segundo, su grande proteccion sobre los que se valen de ella, no para cosas terrenas, sino para vencer las tentaciones y servir á Dios. Una santa que sólo miraba como su norte á Dios en todo, aún en el amor del prójimo, que á este fin queria cargar sobre sí todos los trabajos ajenos para que se quedaran libres, aunque la atormentaran los demonios y pasara todas las penas del purgatorio hasta el fin del mundo por salvar un alma, y que con este fin fundó los frailes y aún las monjas, digna es de nuestra devocion y afecto, y de que sigamos su exhortacion dirigida á amarnos en Dios.

«A quien se guarda de ofender á Dios, y con este fin ha entrado en Religión, dice (1), le parece que todo lo tiene hecho. ¡Oh! que quedan unos gusanos, que no se dan á entender, hasta que como el que royó la yedra de Jonás nos han roído las virtudes con un *amor propio, una propia estimacion, un juzgar á los prójimos*, aunque sea en pocas cosas, *una falta de caridad con ellos*, no los queriendo como á nosotros mismos! Aunque como arrastrando cumplimos la obligacion, para que no sea pecado, no llegamos con mucho á lo que debe ser, para estar del todo unidos con la voluntad de Dios. No está el asunto en conformarnos con la voluntad de Dios si muere un padre ó hermano, ó sufrir con contento las enfermedades y trabajos; bueno es esto, y á las veces consiste en discrecion, porque no podemos más y hacemos de la necesidad virtud. ¿Cuántas cosas de estas hacian los filósofos, por tener mucho saber? Acá solas estas dos cosas nos pide el Señor: *Amor de Su Majestad, y del prójimo*. Esto es en lo que hemos de trabajar; guardándolas con perfeccion hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con Él. Mas qué léjos estamos de hacer como debemos á tan gran Dios estas dos cosas, como tengo dicho. La más cierta señal de si las guardamos bien *es la del amor del prójimo*, porque si amamos á Dios no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; mas el amor del prójimo sí. Y estad ciertas que cuanto más en este os viéredes aprovechadas, más lo estais en el amor de Dios. Procuremos irnos entendiendo aún en cosas menudas, y no haciendo caso de unas muy grandes, que así por junto nos viene en la oracion, de parecer qué harémos y acontecerémos por los prójimos, y por sola un alma que se salve, porque si no vienen despues conformes las obras, no hay para qué creer que lo harémos. Así digo de la humildad tambien y de todas las virtudes. Son grandes los ardidés del demonio, que por hacernos entender que tenemos una, no la teniendo, dará mil vueltas al infierno.

(1) Mor. V, cap. III, n.º 6 y 7.

Y tiene razon, porque es muy dañoso, que nunca estas virtudes fingidas vienen sin alguna vanagloria, como son de tal raíz, así como las que da Dios están libres de ella y de soberbia. Cuando os viéredes faltas de esta sólida caridad con el prójimo, aunque tengais devocion y regalos, y alguna suspencioncilla en la oracion de quietud, creedme, que no habeis llegado á la *union*, y pedid á Nuestro Señor que os dé con perfeccion este amor del prójimo, y dejad hacer á Su Majestad, que El os dará más que sepais desear, como vosotros os esforcéis y procureis en todo lo que pudiéredes esto, y forzar vuestra voluntad para que se haga en todo la de las hermanas, aunque perdais de vuestro derecho, y olvidad vuestro bien por el suyo, aunque más contradiccion os haga el natural, y procurad tomar trabajo por quitarlo al prójimo, cuando se ofreciere. No penseis que no ha de costar algo, y que os lo habeis de hallar hecho. Mirad lo que costó á nuestro Esposo el amor que nos tuvo, que por librarnos de la muerte, la murió tan penosa como muerte de cruz.» Hasta aquí santa Teresa, que en el mismo capítulo dice, que ésta es la verdadera oracion de *union*, y la que ella siempre más ha deseado.

MÁXIMA.—Siempre que Dios sea nuestro objeto y fin, vamos sin peligro y con seguridad en nuestras obras.

FRUTO.—Forzad vuestra voluntad para que se haga la de los otros, y olvidad vuestro bien por el suyo, aunque contradiga el natural.

JACULATORIA.—Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

## LECCION LXVII.

DIA 7 DE MARZO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Doctrina de la Santa sobre el amor de los enemigos y enfermos: la conducta que observó con sus contrarios debe ser la confusion de los que no perdonan las ofensas, ni se compadecen de los enfermos, etc.

El precepto terminante del Evangelio, que manda no sólo perdonar los enemigos y sus ofensas, sino también orar por ellos, amarlos y hacerles bien, es el más duro para nuestra sensibilidad; pero Teresa, cuyo corazón caritativo miraba como imperfección (cuando daba cuenta á sus confesores), el que aunque deseaba vivir pobre, *deseaba tener para dar*, descubrió con heroísmo su amor á los enemigos con obras y palabras. Por esto dice el Sr. Yepes, que donde más descubria el fuego de su caridad era en el grande amor que tenia á los que la perseguian y hacian mal, por manera que les cobraba más particular amor que á los otros. «Cuando oigo decir (nótese esta doctrina de la Santa) (1): Aquel me pagó mal, éste no me quiere, yo me río entre mí. ¿Qué os ha de pagar, ni qué os ha de querer? Es juego de niños. No hay cosa que merezca el nombre de amor fuera de Dios. En esto veréis quién es el mundo, que en este mesmo amor os da despues el castigo, porque siente la voluntad que la hayais tenido embebida en juego de niños. *No hay cosa que merezca el nombre de amor fuera de Dios.* No sepa yo qué cosa es amar fuera de Vos; pues todo es falso como el fundamento, y ansí no durará el edificio. En vuestro nombre pido yo, Señor, que no hagan caso de unas cosillas (2) que llaman agravios, y hacemos cosas de pajitas como

(1) Cam. de perf., cap. xli, n.º 4.

(2) Cam. de perf., cap. xxxvi, n.º 4 y 4.

niños con estos puntos de honra. ¿Sois Vos, Señor, nuestro dechado y maestro? Sí, por cierto. ¿Pues en qué estuvo vuestra honra? ¿No la perdisteis en ser humillado hasta la muerte? No, Señor; sino que la ganasteis para todos. Plega á Dios no se pierda alguna alma por guardar estos negros puntos de honra, y vendrémos despues á pensar que hemos hecho mucho si perdonamos una cosita dé estas, que ni era agravio, ni injuria, ni nada, y muy como quien ha hecho algo, vendrémos á que nos perdone el Señor, pues hemos perdonado. No nos entendemos. Pudiera decir el Señor, perdónanos porque hacemos mucha penitencia, ó porque rezamos mucho, ó ayunamos, y lo dejamos todo por Vos, y os amamos mucho, y perdiéramos la vida por Vos, y otras cosas, y no dice nada de esto, sino sólo perdónanos *porque perdonamos*. Por ventura, como nos conoce por tan amigos de esta negra honra, y como cosa más difícil de alcanzar de nosotros, la dijo, y se la ofrece (á su padre) de nuestra parte. Y advertid que el que trata de oracion y contemplacion, y no sale muy determinado á perdonar cualquier injuria por grave que sea, no sólo estas naderías que llaman injurias, no fie mucho de su oracion, porque al alma que Dios llega á sí, no se le da más de ser estimada, que no. No dije bien. Más pena le da la honra que la deshonra, y el mucho holgar con descanso que los trabajos. Si de primer movimiento da pena una grave injuria, luego acude la razon y deja casi aniquilada aquella pena con el gozo de ver que Su Majestad le dió aquella cosa, que en un dia podrá ganar más mercedes y favores, que en diez años con trabajos que quieran tomar por sí; mas miren que estas dos cosas del *Padre nuestro*, que es darle nuestra voluntad y perdonar es para todos (y no para solos los de oracion).»

Y para que se vea como no discrepaba un ápice la Santa en las obras, de lo que enseñaba con las palabras, oigamos su conducta. «Me atormenta mucho, dice (1), ver que se hace caso de mí, en especial personas

(1) Vid., cap. xxxi, n.º 4.

principales, y de que digan mucho bien: en esto he pasado y paso mucho; pues veo la vida de Cristo y la de los Santos, y me parece voy al revés, pues ellos iban por desprecios é injurias, y esto me hace andar con temor, lo que no me sucede cuando tengo persecuciones, pues entonces anda el alma tan señora, como que está en su reino, y lo trae todo debajo de los piés.» «Las cárceles, trabajos y persecuciones, dice (1), las ignominias y afrentas por mi Cristo y Religion, son regalos y mercedes para mí. Para que las persecuciones é injurias dejen en el alma fruto y ganancia, es bien considerar que primero se hacen á Dios que á mí; porque cuando llega á mí el golpe, ya está dado á esta Majestad por el pecado, y así, si Él sufre, ¿por qué no sufrirémos nosotros? El sentimiento habia de ser por la ofensa de Su Majestad, pues á nosotros no nos toca en el alma, sino en la tierra de este cuerpo, que tan merecido tiene el padecer. No es ninguno más tentado de lo que puede sufrir, no se hace cosa sin la voluntad de Dios.»

No hay que extrañar su caridad con los que la perseguian, porque, como dice dando cuenta á san Pedro Alcántara (2), jamás podia creer que nadie obraba mal. «Si veo, dice, en algunas personas cosas que á la clara parecen pecados, no me puedo determinar á creer que ofenden á Dios. Y en esto me ha hecho el Señor gran merced, que nunca me detengo en cosa mala, que se me acuerde despues, y si se me acuerda, siempre veo otra virtud en la tal persona. Sólo me fatigan las herejías, y tambien si alguna persona que trataba de oracion vuelve atrás. Esto me da pena... En cosas que dicen de mí, de murmuracion, que son hartas y en mí perjuicio y hartos, tambien me siento mejorada (3). No parece me hace más impresion que á un bobo, y paréceme algunas veces que tienen razon, y casi siempre. Siéntolo tan poco, que aún parece me hacen bien.» En prueba de que esto no eran palabras sino obras, sabe-

(1) Tom. I, cap. xxvii, n.º 4, aviso 8.

(2) Tom. II, cart. 41, n.º 23.

(3) Tom. II, cart. 12, n.º 5.

mos que el P. Bañez la habló un día de las horribles calumnias que contra ella dijeron en Medina, á todo lo cual respondió muy serena: «Si me conocieran bien aún dirían más. Mientras no den palos, ¿sufrir palabras qué es? Nada me dolió en mi cuerpo.» En el año de 1569, pasando de Pastrana á Toledo en una carroza de la princesa de Eboli ó de D.<sup>a</sup> María Mascareñas, un clérigo la dijo: «¿Vos sois la Santa, que andais engañando al mundo, y vais en coche? Todo es soberbia y deseo que os tengan por santa y fundadora.» Nada se inmutó, y diciéndola que era un loco, respondió: «¿Cómo loco? Es muy sabio y cuerdo: no he hallado otro que así me diga la verdad.» Acusada á la Inquisición de Sevilla, dijo: «Gracias á Dios que en este país conocen lo que soy.» Como se iba á fundaciones con su hermano D. Lorenzo y una hija de éste, dijeron, y la hicieron un proceso tan feo, como decir que era una mala mujer y que llevaba otras tales consigo, y gente moza; con todo, no permitió que Gracian hiciera información en su defensa (1). Y la causa era por lo que dijo á María de San José, que sentía y lloraba por esto. «No llore, dijo, que más vale que mientan de modo que nadie los crea (2).» Nada se perdonó, decia el Ilmo. Sr. Yepes en el libro III, cap. XIII, de la Vida de la Santa; nada se perdonó de cuanto malo se puede decir de la más infame mujer del mundo; pero cuando se hable de su paciencia se dirá más.

Con las enfermas y pobres era extremada su caridad. Llamándola una pobre en ocasion que estaba con las religiosas que la querian detener, las dijo: No, no, hijas; mi recreación es consolar los pobres y atribulados. «Paréceme, decia á su confesor (3), que tengo mucha más piedad de los pobres, que solia, un gran deseo de remediarlos, que si mirase á mi voluntad, les daria lo que traigo vestido. Ningun asco tengo de ellos aunque los trate y llegue á las manos...» Bien se vió esta práctica de la Santa cuando estuvo en el Hospital

(1) Tom. II, cart. 86.

(2) Ramillete de Mira de María de san José.

(3) Tom. II, cart. 12, n.º 4.

de Búrgos; pues si la regalaban algo, luego lo bajaba á los pobres y los consolaba en sus dolores. Cuando novicia, se sacrificó, como vimos, por una enferma asquerosa hasta pedir á Dios sus penas. Ni reparaba en gastar con sus monjas enfermas; pues estando en Toledo quiso traer agua de Loja, que dista cincuenta leguas, para una enferma (1). Este cuidado con los enfermos se lo aprobó el Señor, segun consta de las adiciones de su vida, diciéndola que la Priora que no regala á las enfermas es como los amigos de Job, que sólo servian á darle más pena. Pero no por esto se debe creer que fomenta la delicadeza, porque tambien sabe declamar contra las enfermas de accidentes mujeriegos y livianos, que quieren mucho regalo y descuidan del coro (2).

Tal es la doctrina y práctica de santa Teresa sobre el amor á los enemigos, á los pobres y enfermos. No necesita más glosa que meditar sus palabras y las siguientes (3): «Estas almas (hablando de la suya) y otras tienen un gran gozo interior cuando son perseguidas, con mucha paz, sin enemistad, antes las cobran amor particular, de manera que si las ven en algun trabajo lo sienten tiernamente y tomarian cualquier pena para librarlos; los encomiendan á Dios de buena gana, y áun holgarian perder de las mercedes que les hace Nuestro Señor porque se las hiciese á ellos y no ofendieran á Dios...» Este heroísmo sólo es propio de una Teresa, delatada á la Inquisicion dos veces, acusada al Rey, al Nuncio, al General, con lo demás que se verá adelante. No nos pide Dios tanto, ni el ceder las mercedes del cielo á favor de nuestros enemigos, pero sí perdonarlos, amarlos, darles la cara con palabras, la boca orando por ellos, y la mano y corazon con amor y obras de caridad.

MÁXIMA.—Estad muy ciertos que cuanto más aprovechadas estaréis en el amor del prójimo, más lo estaréis en el amor de Dios.

(1) Tom. II, cart. 86, n.º 2.

(2) Cam. de perf., cap. X, XI y XII.

(3) Mor. VII, cap. III, n.º 3.

FRUTO.— Ofrecer todos nuestros trabajos por la gloria de Dios y por los que trabajan en la salvacion de las almas.

JACULATORIA.— Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

## LECCION LXVIII.

### DIA 8 DE MARZO.

ORACION.— ; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Santa Teresa tuvo todas las virtudes cardinales, mas aquí se reducirán á la parte gubernativa, para que resalte más la grandeza de esta mujer, y primero se trata de la prudencia.

Las cuatro virtudes cardinales de prudencia, justicia, fortaleza y templanza, son los ángulos del edificio espiritual, los cuatro rios que riegan el paraíso de la virtud, y en una palabra, el nombre de cardinales da á entender que son el cimiento sólido de la vida espiritual y civil, pues por la *Prudencia* se perfecciona la *razon*; por la *Justicia* se dirigen bien todas las *acciones civiles y morales*; por la *Templanza* se impone freno á las *pasiones* de la concupiscible é irascible, contrarias á la *razon*; y por la *Fortaleza* se vence todo lo *difícil* que nos aparta del bien y de la ley. Así el hombre con estas cuatro virtudes se perfecciona en lo político y moral, pues por ellas mira á Dios, á los hombres y á sí mismo. Esto es, tienen relacion estas virtudes con todas las obligaciones. Mas como todo esto se halla sembrado en las acciones de la vida de santa Teresa por lo relativo á las virtudes particulares, para no repetir las cosas tantas veces, mirarémos estas virtudes cardinales de la Santa por ahora con relacion á su carácter de legisladora y superiora, pues como bajo este aspecto deban brillar más estas virtudes, podrán servir

de instruccion á todos los superiores civiles, religiosos, eclesiásticos y áun domésticos, pues hallarán aquí los dictámenes más sólidos de prudencia, justicia, fortaleza y templanza para el gobierno, y áun los particulares, en lo que deben á Dios, á la patria, al prójimo y á sí mismos.

PRUDENCIA DE LA SANTA EN EL GOBIERNO.

Comencemos por el aviso décimo que dió la Santa desde el cielo á la venerable Catalina de Jesús (1), fundadora de Veas. «En cualquiera cosa que se haya de determinar, póngase primero en recogimiento de oracion para que haga efecto lo que mandare y enseñare...» La discrecion es gran cosa en el gobierno y muy necesaria en todas las cosas, á fin de que el superior acuerde en lo interior y exterior, y haga efecto lo que enseñare y mandare. «Como hay diferentes talentos, dice la misma (2), y virtudes en las preladas, por aquel camino quieren llevar las monjas. La que está muy mortificada parecele fácil cualquiera cosa que mande para doblar la voluntad, como lo seria para ella, y áun por ventura se le harian muy de mal. Esto hemos de mirar mucho, que lo que á nosotros se nos haria áspero no lo hemos de mandar. La discrecion es gran cosa para el gobierno, y en estas casas más necesaria, estoy por decir que mucho más que en otras, porque es mayor la cuenta que se tiene con las súbditas así en lo interior como en lo exterior. Otras prioras que tienen mucho espíritu, todo gustarian que fuese rezar: en fin lleva el Señor por diferentes caminos, mas las preladas (todo superior) han de mirar que no las ponen allí para que escojan el camino á su gusto, sino para que lleven á las súbditas por el camino de su regla y constitucion, aunque ellas se esfuerquen y quieran hacer otra cosa.» Aquí cuenta algunos casos de prelados demasiado zelosos, y dice de las súbditas: «Yo temo su salud, y que-

(1) Tom. I de cartas, al fin.

(2) Fund., cap. xviii, n.º 6.

rria que cumplieran la regla, que hay harto que hacer, y lo demás fuese con suavidad, en especial en la mortificacion. Y por amor de Dios que adviertan las preladas en esto, que es muy importante, *la discreccion y conocer los talentos*, y sino causarán mucho daño. No se llega á la perfeccion sino poco á poco, y así deben ayudar á cada uno segun el *talento y espíritu*. Es menester mucho para entender el espíritu de la regla; cuándo es bien disculparse y cuándo no, y otras menudencias. Si una cosa de poca entidad ve que es muy pesada para una, mejor es no mandarla. Esté advertida la priora de no querer perfeccionar á fuerza de brazos, sino disimule y vaya poco á poco para no traerla inquieta y afligida, que es cosa terrible; y viendo lo que hacen las otras al fin hará lo que ellas, y cuando no, sin esta virtud se salvará. De lo contrario resultará lo que, si á un niño cargan dos fanegas de trigo, que no sólo no las llevará, sino que caerá y reventarse há. Otra cosa aviso, y es, que ni por probar la obediencia mandeis cosa que pueda ser pecado, ni aún venial (como echarse en un estanque), y tambien estén avisadas las súbditas de no lo hacer, sino es cosa de dejar Misa ó ayunos ó cosas así, que pueda tener causa la priora, mas no de echarse en un pozo, etc., que no ha de pensar que Dios ha de hacer milagro.» «Nunca, siendo superior, dice en un aviso (1), reprenda con ira, sino cuando sea pasada, y así aprovechará la reprehension.»

¡Qué documentos tan útiles para todo superior en cualquier estado en que se halle! Aquí brilla la prudencia contra varios defectos capitales de muchos que gobiernan. El primero, de no consultar con Dios sino con su capricho ó con la política mundana. «Por esto, dice, se acude á la oracion, donde se hallará más luz que en el estudio humano.» Y en efecto, si para el acierto en las cosas se debe mirar el fin, como dicen los filósofos y políticos, siendo el fin del hombre Dios, y mucho más en las acciones del cristiano, ¿cómo obrará bien ningun superior, aunque sea político ó doméstico,

(1) Aviso 58.

sino atiende y consulta con Dios en la oracion el objeto principal de sus obras? ¿Ni quién le podrá dar más luz que la oracion, donde el Señor enseña más que todos los libros? Este es el origen de todo el daño de los gobiernos y superiores. Tambien es otro defecto capital que cada superior quiere gobernar á su modo, y segun su humor ó capricho. Por esto dice la Santa: «Que no pueden escoger el camino á su gusto sino conforme á la ley, para que entiendan que los superiores no son árbítrios ni dueños, sino esclavos y ejecutores de lo que está dispuesto en el código de las leyes.» Tambien sucede que á título de igualdad se miden todos los súbditos con una medida, y contra esto encarga la Santa *se estudie bien el carácter de cada uno para dirigirlo.* El caso es que el mundo suele hacer las cosas por órden inverso: mira el carácter de las personas en lo que no debe mirarse; y cuando debia atenderse, no lo atiende. Delante de la ley todos los hombres son iguales y súbditos, mas la prudencia del superior es quien debe mirar el carácter de cada uno, para no cargarlo más que sus fuerzas; por manera, que lo que parece igualdad y justicia, suele ser desigualdad é injusticia; por ejemplo, los talentos, las fuerzas y las necesidades no son iguales en todos; por consiguiente, si se pide igualdad al rústico que al sabio, si se carga igual peso al fuerte que al débil, ¿no seria esto desigualdad é injusticia? Algunos superiores todo lo quieren con fuerza y rigor, lo que es otra falta de prudencia, y por esto dice la Santa que deben llevarse las cosas con *suavidad y discrecion.* Otros superiores suelen mandar por modo de prueba disparates, cosas ridículas, malas y pecaminosas, como comerse un gusano, echarse en un pozo, y todo esto lo reprueba la Santa, y aún mucho más reprender con ira. El Espíritu Santo dice á los padres, que no provoquen sus hijos con la ira, y á todo superior, que dé lugar á que se pase y amaine las velas esta pasion, porque realmente es imposible hacer fruto con ella, y menos si el súbdito reprendido, quizá de cosa leve, ve al superior esclavo de una pasion tan fea y violenta como ella. Es verdad que la obediencia

debe ser ciega, pero el que no entienda como es *ciega*, cree que debe obedecer sin mirar lo que le mandan, y se expone á errar y obedecer en lo que no debe ni puede, y sólo le excusará la ignorancia y su buena intencion. Mirad, decian los Apóstoles, si debemos ántes obedecer á Dios que á los hombres. Pues del mismo modo debe ser la regla obedecer á la ley de Dios ántes que al antojo contrario del superior. Se dice, y es *ciega* la obediencia, porque no debe el súbdito mirar las causas del mandato, si es por pasion, interés, etc., pues se debe obedecer á *cierra ojos*, siempre que la cosa mandada no sea mala en sí, aunque el superior lleve interés, pasion ó algun fin particular. Mas como tambien puede el súbdito excederse disputando si es bueno ó malo lo que le mandan, santa Teresa añade que no debe entenderse lo dicho, esto es, el mirar lo que se manda, cuando dispone la prelada á una Religiosa que no ayune ó no rece cuando hay alguna causa, pues en estos casos debe ser obedecida, y por estos ejemplos se entenderán otros semejantes.

MÁXIMA.—Sólo me da pena lo poco que yo valgo para aumentar la gloria de Dios, y se quiten pecados; que quisiera andar en peligros y trabajos, para que me cupiera parte de esos despojos.

FRUTO.—Procuraré tomar trabajo por quitarlo al prójimo cuando se ofreciere.

JACULATORIA.—Bondadoso san José, esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

## LECCION LXIX.

DIA 9 DE MARZO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Prosigue la Santa en dar las mejores reglas de prudencia para gobernar con acierto.

Estando la Santa en Malagon el año 1579, á donde habia acudido para restablecer la paz turbada por una presidenta poco capaz, escribe al P. Doria, primer General de la Orden, dando excelentes máximas de gobierno y prudencia (1). «Estoy espantada, dice, del estrago que hace el demonio por un mal gobierno, y el temor que habia puesto en estas monjas, que cierto son buenas almas. Yo digo á V. R. que es menester mirar mucho en quien se pone en estos oficios. Está todo estragado (habla aquí ya de Sevilla, porque habian quitado la priora, María de san José), como ha tanto que hay mal gobierno. La presidenta, como habia tan poco que era monja, no debia saber más: el fiarse de su parecer hace gran daño. Que se enteren mucho de las leyes á que están obligadas, pues cuando otra cosa se haga, las mismas amigas quiera Dios sean sus acusadoras, y que no piensen que pueden hacer y deshacer como los casados. Conviene ahora que la maestra de novicias sea la priora, porque como hubo tales mudanzas no se reparta el amor, sino que todas lo tengan á la prelada. Hallamos por experiencia, dice (2), que la primera que pone el Señor por mayor en una fundacion la ayuda más que á las que vienen despues, y la da más amor en provecho de la casa y con las hijas, y de mi parecer, mientras no hubiese mucho mal notable

(1) Tom. iv, cart. 48.

(2) Tom. i, cart. 52.

en la prelada que comienza, no la habian de mudar, porque hay más inconvenientes que piensan.»

Todo el tratado que escribió la Santa del modo de visitar los conventos, es un prudentísimo modelo de gobierno, comenzando por el aumento de lo temporal, que se necesita para que el gobierno espiritual vaya concertado con éste. Conviene que el Prelado de tal modo muestre amor, que dé á entender será riguroso en las cosas sustanciales. No hay cosa que dañe más á un superior, que no ser temido y que crean los súbditos pueden tratar como con un igual, y más en mujeres. Pero tambien se ha de mostrar amoroso y como padre. No tenga la Priora amistad particular con ninguna, haciendo más por ella que por las demás; mas esto se entienda con discrecion, porque al fin las Prioras necesitan tratar más con las que más entienden. Hay algunas que todo les parece falta, y en todo echan la culpa á la superiora, y así no hay que creer á una sola, ni dejar muchos mandatos, sino en casos graves, porque tanto se puede cargar, que no pudiéndolo llevar, se deje lo importante de la Regla. En lo que se ha de poner el cuidado es en que se guarden las leyes. «Tengo para mí no creer á ninguna Prelada ni súbdita hasta informarse bien. Me espanto de ver la sutileza del demonio, y como hace creer á cada una que dice la mayor verdad del mundo.» Otra carta escribe la Santa á Gracian (1), de las más admirables, dictada por su prudencia, para que los que mandan no hagan pesado el yugo de la ley con muchos mandatos, pues dice que nuestra Regla no puede sufrir más cargas, y que la disgusta que hagan nuevos mandatos sin gravísima necesidad.

Parece, pues, que no pueden darse ni más ni mejores reglas de prudencia para gobernar, y esto sirve para cualquier especie de superior que sea. Comienza la Santa diciendo los gravísimos daños que causa un mal gobierno, como sucedió con las Presidentas de Malagon y Sevilla, aunque fué por poco tiempo y sin malicia, por no saber más y fiarse de su parecer. ¿Qué sucede-

(1) Tom. II, cart. 27.

rá, pues, á un superior, á un padre de familias, á un juez, etc., que tiene mucha malicia ó demasiado capricho con una orgullosa satisfaccion de su talento? Si la Santa cree que está todo estragado en el convento de Sevilla, por un poco de tiempo que mal informados suspendieron á la Priora del oficio, siendo tan santas en lo sustancial todas las monjas, ¿qué sucederá cuando el superior abandona sus súbditos, cuando gobierna sin atender á las leyes y por principios de pasion? Por esto encarga la Santa se enteren todas mucho de las leyes para no salir de ellas, ni mandar por su sistema particular, pues los Prelados no son dueños sino administradores de la misma ley. Mas como esto así dicho podria dar motivo de libertad á los súbditos, atempera estas reglas con la prudencia de sus avisos.

El primero es lo que importa que no haya más de una cabeza, y más cuando hay alguna inquietud. Por lo mismo quería que en aquella ocasion fuese la Priora tambien Maestra de novicias, para que no hubiera parcialidades ni bandos. El segundo es que no se mude de gobierno ni de superior con facilidad, por los inconvenientes que pueden resultar de aquí, pues lo que el uno hace el otro lo deshace, y así anda todo sin asentarse el gobierno. Tercero, encarga á los superiores que gobiernen con un justo medio entre el amor y el rigor, y que se hagan amar como padres, pero tambien respetar, no como señores, sino como padres y superiores. Que condesciendan en algo que no sea defecto sustancial, mostrando amor; mas en lo grave no deben ceder. Cuarto, que los superiores no deben tener amistades particulares sino con la ley, para que en los súbditos no entre la envidia y quejas, como se ve siempre que se advierte pasion y parcialidad en el que manda. Quinto, que no agrave el peso de la dependencia con mandatos, porque hay muchos que todo lo ponen en mandar á todas horas. Mas como esto podia hacer algo atrevidos á los súbditos, lo atempera con su prudencia, previniendo que hay algunos que todo les parece falta en el Prelado y murmuran, por cuya causa previene á los Visitadores no crean á nadie, ni súbdito ni Prelado,

sin informarse mucho antes de resolver, por los grandes errores que pueden resultar, y sus pésimas y fatales consecuencias.

MÁXIMA.—Mil vidas pusiera yo por remediar una sola alma de las muchas que se pierden.

FRUTO.—Rogar á Dios para que no se pierda algun alma por guardar estos negros puntos de honra.

JACULATORIA.—Bondadoso san José, esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

## LECCION LXX.

### DIA 10 DE MARZO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Dos rasgos admirables de prudencia de la Santa en orden á consultar siempre con sabios y santos: en la conducta con que hacia sus viajes nos enseña esta virtud.

Como sea la prudencia una de las virtudes más necesarias al hombre y de aquellas que más fácilmente equivocamos con algun vicio, no estará de sobra detenernos algo más en presentar las palabras y obras de santa Teresa. «Nuestro natural, dice la Santa (1), y amor propio tiene tantas razones, que nunca llegaríamos á conocer la verdad si le damos oídos, porque lo que es mayor razon, si no tiene gana, nos lo presenta como el mayor disparate por la poca gana que tenemos de hacerlo. Habia tanto que decir aquí, que no acabaríamos jamás, y mucho lo que pone el demonio, mundo y nuestra sensualidad, para hacernos torcer la razon. ¿Pues qué remedio? (Nótese bien lo que se sigue de la

(1) Fund., cap. v, n.º 9.

Santa, para distinguir la prudencia, virtud cristiana, de la prudencia de carne, que nos hace indolentes, adu- ladores, fingidos, etc.). ¿Pues qué remedio? dice. Que así como acá en un pleito muy dudoso se toma un juez, cansadas las partes de pleitear, tome nuestra alma uno, que sea el Prelado ó confesor, con determinacion de no traer más pleito, ni pensar más en su causa, sino fiar en el Señor que dijo: *Quien á vosotros oye, á Mi me oye*, y descuidar de su voluntad propia.»

Este es el gran principio de toda la vida espiritual, y el medio para no engañarnos en las reglas de la verdadera prudencia, con cuya capa se suelen cubrir muchos vicios. La Santa clama en todas sus obras que no nos fíemos de nosotros mismos; que consultemos con Dios en la oracion, y con buenos directores, y que éstos sean sabios y espirituales. Haciéndolo así, dice la misma, serémos señores de nosotros mesmos y nos podrémos emplear con perfeccion en Dios. Mas como en el mundo la prudencia de carne enseña tambien á comunicar ó consultar sus cosas, de modo que el director convenga con lo que quiere el que consulta, porque sólo dice lo que hace al caso para que le aprueben lo que intenta ó desea, tengamos presente la *sencillez y claridad* con que debemos acudir á consultar, imitando á santa Teresa, que dice (1): «Siempre he tenido esto de tratar con toda *claridad y verdad*, con los que comunico mi alma, hasta los primeros movimientos querria yo les fuesen públicos; y las cosas más dudosas y de sospecha, yo les argüia con razones *contra mí*, así que sin doblez ni encubierta le traté mi alma (á san Pedro de Alcántara).» Tambien hay otro defecto, que es buscar confesores indulgentes de nuestro humor, ó tomarlos sin reflexion. La Santa, pues, con su prudencia nos enseña lo que debemos hacer con su ejemplo. Escribe al venerable Padre Gracian (2), y le dice informándose de uno con quien habia de confesarse: «¿Dígame qué cosa es este hombre? ¿Y qué se puede fiar de él? Que me contenta harto su entendimiento, gracia y roman-

(1) Vid., cap. XXX, n.º 2.

(2) Tom. II, carta 42, n.º 4.

ce. Un día de la octava nos predicó. No quiere confesar á nadie, mas á mi parecer gustaria de confesarme á mí, y lo que sospecho es que es por curiosidad. Dice que es enemiguísimo de revelaciones, que áun las de santa Brígida dice que no cree. En otro tiempo luego tratara con él mi alma, porque me aficionaba á los que tenían esta opinion, por creer me desengañarian mejor si iba engañada. Como ya no tengo esos temores, no lo apetezco tanto, sino algun poco...» Este fué el doctor Castro, canónigo de Avila, y despues obispo de Segovia, á quien escribió la Santa algunas veces, y al último fué tambien su confesor, aunque no en esta ocasion, porque entonces tenia confesor actual la Santa. «Temia en extremo, dice dando cuenta en otra carta (1), no sujetarse á quien le parecia era todo de Dios, porque temia los habia de engañar el demonio á entrambos. A quien veia más temeroso, trataba de mejor gana.»

Otro rasgo de su prudencia era la conducta que observaba en sus viajes. Lo primero que hacia era procurar llevar consigo religiosos y sacerdotes de los más espirituales y mejor nota. Lo segundo, llevaba una campanita, un reloj de arena, un cuadro del Ecce-Homo con la cruz, uno de san José, y á veces un Niño Jesús. Por lo comun iba en carros ó borriquillos, aunque alguna vez fué en el coche de la Princesa de Eboli, ó de la señora de Macareñas, y en otra ocasion que censuraron á sus monjas que fueron en coche, las defendió, diciendo que aquello era melindres de espíritu. Siempre, y más cuando iban en carros bien cubiertos, se seguia en los caminos casi toda la observancia, y las horas de comunidad, oracion, Oficio divino y silencio, como si estuvieran en el convento. Se nombraba una como Prelada, á quien obedecian todas las demás. Luego que llegaban á la posada se cerraban solas en un cuarto, se nombraba Tornera para responder, y sino habia cuarto, se retiraban á un rincon, poniendo delante una cortina, para que no las vieran. Jamás avisaba el día que llegaba á los conventos, porque no queria recibi-

(1) Tom. I, cart. 49, n.º 20.

mientos, ni admitía hospedajes distintos de los de comunidad; mas nada de esto la hacia dura, áspera ó pesada con las religiosas. Sabia reprender con caridad, y sin faltar á la justicia *era muy amiga*, dice, *de apretar en las virtudes, mas no en el rigor*. Usaba la eutropelia, esto es, se divertia en las recreaciones, cantaba y hacia cantar á sus hijas, y áun componia versos que enviaba á su hermano D. Lorenzo, diciéndole: *Mire qué seso de fundadora*. Aún despues de muerta avisó á Francisca de Jesús que no dejaran de alegrarse sus monjas en las fiestas de Navidad con el Niño Jesús, cantándole villancicos.

No es poco lo que aquí podremos aprender de santa Teresa, que con su prudencia sublime nos descubre bien en qué consiste esta virtud que tan desfigurada se halla en el mundo, llamando prudencia á la astucia diabólica ó á la vanidad y orgullo, que por razon de estado se presenta como cosa muy prudente para sostener la autoridad. A estos sabios y prudentes del siglo es á los que Dios esconde y oculta los secretos del cielo, y sólo los descubre á los humildes en su prudencia, como Teresa, que no se fia de sus luces propias, reúne la *astucia de serpiente* para conocer el bien y el mal, con la *simplicidad de paloma* en descubrirse al director, segun pide el carácter del Evangelio. El mundo con su fatal prudencia, condenaba que las monjas anduvieran por caminos, calumniaba y murmuraba de la Santa, diciendo que era mujer inquieta y andariega. ¿Mas qué dijeran estos mismos si fueran testigos de la conducta que observaba en sus viajes? ¿Lo creyeran esto posible si la Santa no lo hubiera probado con su práctica? Pues desconfiemos de hallar la verdad, la justicia y sólida prudencia en el mundo. Busquémosla en la virtud, en la humildad, desconfianza de nuestras luces, y en arreglar nuestras obras y palabras á la sinceridad del Evangelio.

MÁXIMA.— Mientras no den palos, sufrir palabras ¿qué es? Ya que mienten, sea de modo que nadie los crea.

FRUTO.—Todos debemos dar nuestra voluntad á Dios y perdonar por su amor.

JACULATORIA.—Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

---

## LECCION LXXI.

### DIA 11 DE MARZO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Santa Teresa en pocas palabras da un plan perfecto del gobierno de justicia y entereza, y lo sigue en sus obras con perfeccion para ejemplo comun.

La verdadera prudencia no sabe separarse de la justicia, y por lo tanto la Santa habla de este modo (1): «Conviene mucho que los súbditos entiendan que hay cabeza, y no piadosa para cosa que sea menoscabo de religion, y que el Juez sea tan recto en la justicia, que las tenga persuadidas, no ha de torcer en la perfeccion, aunque se hunda el mundo, y que sólo les será afable, hasta que vea falta en el servicio de Dios. Es terrible cosa la costumbre en nuestro natural, y poco á poco se hace agravio irremediable, y el Prelado que no lo remediare con tiempo dará terrible cuenta á Dios... Si no van con este rigor en remediar cosillas pequeñas, y quitar las Preladas que no sean para ello. Aquí no debe haber ninguna piedad, porque muchas serán muy santas, mas no para Preladas. Echar de sí unas piedades, que las pone el demonio para gran mal, y es la mayor crueldad que puede tener en las súbditas. Cuando se vea que la Priora no tiene talento, ó no es para ello, no pase del primer año sin quitarla, porque en uno no

(1) Modo de visitar, n.º 16, 27 y 34.

puede hacer mucho daño, y si pasan tres, puede destruir el monasterio con imperfecciones *de costumbre*. Ponga el Prelado mucho en advertir, si se trata con él con llaneza y toda verdad, y si no la hay, repréndase con gran rigor, y procure que la haya. Puede haber Prelados que pidan alguna libertad para cosas contra constitucion, y querrá hacer que el Prelado entienda que conviene, pues sabemos encarecer lo que queremos. Lo mejor es, pues, no abrir puerta para cosa alguna, si no es conforme á como va ahora. Es menester ser entero el Prelado, y no se le dar nada de decir de no, sino con esta libertad que dije al principio, y señorío de no se le dar más contentar que descontentar, en lo que puede haber algun inconveniente, y basta ser *novedad*, para no comenzarse. Y no sea sólo decir, sino hacer. Con una escarmentarán todas, y si por piedad se hace lo contrario, ó por otros respetos, será forzado hacerlo despues con más rigor, y serán estas piedades grandísima crueldad, y tendrán gran cuenta que dar á nuestro Señor.»

«Una vez, dice la Santa (1), rogóme una persona que suplicase á Dios le diera á entender, si seria servicio suyo tomar un Obispado: dijome el Señor: Cuando entendiere con toda verdad que el verdadero señorío es no poseer nada, entónces le podrá tomar: dando á entender, que ha de estar muy fuera de desearlo ni quererlo quien hubiera de tener Prelacia.» Era la Santa tan entera, que á una señora la dijo (2) no la escribiera en ciertos negocios, «porque me da, dice, mucha pena, cuando se tratan cosas que conforme á mi conciencia no puedo hacer.» El Dr. Aguiar depone de la Santa, que dándole uno en Burgos traza con que se librase de muchas molestias, respondió: «Señor, esa traza es muy buena, mas yo no tengo de hacer cosa que tenga resabio de pecado.»

Como la justicia sea una virtud general, que mira á Dios, al prójimo y á cada uno en particular, pudiéramos extendernos mucho, pero sólo dirémos una palabra

(1) Vid., cap. XL, n.º 11.

(2) Tom. IV, cart. 46, n.º 4.

relativa al trato de su cuerpo y al de sus amigos. Una parte de la justicia es sujetar la carne al espíritu con la penitencia, y no fué poca sobre sus enfermedades y trabajos la que tomó por su mano. En efecto, cuando comenzó á tratar con los de la Compañía por medio del caballero santo, logró un confesor muy prudente y espiritual, que la aprobó el espíritu (1), mas la dijo que debía hacer penitencia y mortificarse; y en efecto, la mandó hacer algunas, dice, no muy sabrosas para mí, pero todo lo hacia como si Dios me lo mandara. Usaba, pues, la Santa un rallo de lata que traía á la raíz de las carnes, y muchas disciplinas de sangre. La parecia, dice la relacion de sus virtudes en la Canonizacion (2), que vivia ociosa si no padecia ó buscaba alguna mortificacion. Envidiaba la mucha penitencia que hacia la V. Cardona, mas el Señor la dijo: *¿Ves la mucha penitencia que ésta hace? Pues en más aprecio tu obediencia*, porque jamás hacia cosa sin licencia ó mandato del confesor.

Pero si era tan áspera y dura consigo, era tambien la mujer más agradecida á quien la hacia algun beneficio, como lo dice el Sr. Yepes en la carta que escribió al P. Maestro Fr. Luis de Leon. Esta es tambien una parte de justicia. Mas no consiste esta gratitud tanto en bienes temporales como en los espirituales. Hubo en Sevilla un comerciante bienhechor de las monjas que la pidió oraciones. La Santa le escribió, que aunque lo habia hecho hasta allí por lo que favoreció á las monjas, ahora por sus ruegos lo hacia más, y que Dios le habia dado á entender que se salvaria, y le daba por señal (nótese bien) que en adelante todo le saldria mal en el mundo, y tendria muchos trabajos: así sucedió. Su comercio quebró, y pereció en la mar, y en fin el comerciante murió muy pobre, pero muy resignado. Aunque este caso no se halla en las Cartas de la Santa, dice Fr. Federico de San Antonio (3), lo sacó de Adriano Eteo y de otros autores juiciosos, y el

(1) Vid., cap. xxiii y xxiv.

(2) Art. xvi.

(3) Lib. III, cap. xviii.

P. Ribero dice algo que parece semejante á lo dicho (1). Ello es bien conforme al espíritu de la Santa, que en el *Camino de perfeccion*, capítulo décimo, nos enseña á padecer con gusto, y quita los temores de la penitencia, y de morirnos por ella. En confirmacion de esto, como pasase muy enferma por Valladolid, la suplicó María Bautista que pidiese su salud propia, y respondió: «Si Dios me quitara todas las mercedes, y me hiciera una bestia del campo, estaria tan contenta como si me subiera al tercer cielo, y así animaos á padecer...» Y otra vez, muerta la Santa, como una Religiosa la dijera: ¿Cómo estando en el cielo, no curais á ésta? (era una sobrina de la Santa), la respondió: «Porque ha de estar á mi lado en la gloria»: como quien dice, para esto debe padecer mucho como yo.

Todos estos casos nos hacen formar la grande idea de su justicia en todos sus puntos, y si no hubiéramos hablado con las palabras de la Santa, se dudaria que, siendo tan amorosa, prudente y benigna, pudiera pensar y obrar con tanto rigor, como descubre en todos sus dictámenes de justicia, y en sus mismas obras: pero los justos saben caminar sobre el excesivo rigor, y la excesiva condescendencia. «Dejémonos, dice (2), de celos indiscretos, mirando en las otras unas naderías, que no serán imperfeccion, sino que lo echamos á la peor parte... Es precisa mucha discrecion; ni todo, ni siempre se ha de echar á la peor parte, ni á la buena, ni dejarlo por miedo: la regla es, si es cosa contra la ley ó no, si cosa de consecuencia ó no, si hay ó no esperanza, y consulta con Dios y con hombres sabios, etc.»

Tengamos bien presentes estos documentos de justicia, que si parecen rigurosos tratando con unas Religiosas más dóciles que ovejitas, como las llama la Santa, podrán aplicarse en todo su rigor para otros gobiernos, pues la Santa dice que los da, no porque entónces se necesitaran, sino por lo que podia dar el tiempo. Muchas veces conviene hacer entender que hay cabeza y juez, que no perdonará por todo el mundo,

(1) Lib. V, cap. iv.

(2) Mor. I, cap. II, n.º 47.

aunque esto se entiende, no en bagatelas, sino en cosas de entidad, ó cuando una *costumbre*, aunque sea leve en sí, puede causar graves daños. Tambien debe tenerse presente el rigor de la Santa contra los Prelados, que aunque sean santos, no son del caso para superiores, ó por su demasiada piedad, bondad ó simplicidad, que muchas veces es de mayor perjuicio para el gobierno, y en este caso deben quitarse del oficio. El superior debe ser muy amante de la verdad y simplicidad como la paloma, pero debe tener la prudencia y reserva de serpiente, como dicen Jesucristo y santa Teresa. Entereza en todo para saber decir que *no*, y negar con resolucion lo que no conviene. Enemigo de novedades, y siempre atento á cumplir la ley divina, si quiere que sus vasallos ó súbditos cumplan sus órdenes.

Aquí vemos tambien la justicia con que procedió, sujetando su cuerpo por la penitencia á la virtud, para que la corona, aunque *pura misericordia*, pueda llamarse *de justicia* con el Apóstol. Aprendamos cuánto más útil es el agradecimiento espiritual que el corporal, y los medios por donde nos declara la Santa cuán justo es Dios en permitir que aquí nos opriman los males que producen las desgracias, para recompensarlos eternamente, como al soldado y labrador sus fatigas en la cosecha y premio, con la ventaja que el de Dios es grande sobremanera, y para gozarle eternamente en la gloria. Ved, pues, aquí un plan bien sencillo de gobierno perfecto y más sólido que el de todos los políticos, pues abraza cuanto dicta la justicia legal, distributiva y conmutativa con relacion á Dios, á la sociedad, al prójimo y á sí mismo.

MÁXIMA.— No hay cosa que merezca el nombre de amor fuera de Dios.

FRUTO.— Cualquiera cosa de importancia que hayamos de determinar pase antes por la oracion.

JACULATORIA.— Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

---

## LECCION LXXII.

DIA 12 DE MARZO.

ORACION.—; Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Santa Teresa fué la mujer grande y fuerte de Salomon, y de un valor y heroísmo más que de mujer, lo que nos anima á pedir la fortaleza al Señor.

La fortaleza, que es una virtud del ánimo firme para vencer los obstáculos y seguir sin debilidad los asuntos más árdulos, parece no es propia del carácter de las mujeres, que por su constitucion son débiles y de poco espíritu. Por esto Salomon mira como un prodigio hallar una que merezca este nombre. Mas como para Dios no hay cosa imposible, y acredita su poder por los instrumentos más débiles en lo natural, ha querido muchas veces descubrir la fuerza de su gracia, derribando los poderosos como Saulo, y fortaleciendo lo que el mundo mira con más desprecio, para que la carne no se gloríe jamás, atribuyéndose los dones celestiales. Tres Cardenales en la canonizacion de la Santa son los que le dieron el nombre de la *Mujer fuerte*, y la misma Congregacion y Rota de Cardenales de comun acuerdo se explicaron, despues de admirar su fortaleza, en estos términos. «Por lo dicho se ve, dicen, con cuánta razon podemos responder á Salomon: nosotros hemos hallado la mujer fuerte en santa Teresa, y esto, añade el cardenal Ginnassi, dominico, no ha sido allá en lo más léjos de nuestro país, sino muy cerca.» Y esta misma era la fama que tenia la Santa cuando vivia, pues nos dice ella misma (1): «Dicen no es pequeño el ánimo que tengo, y se ha visto me lo dió harto más que de mujer, sino que lo he empleado mal...» Por esto se leen en una ora-

(1) Vid., cap. viii, n.º 5.

cion ó panegírico de Agustín Mascardi estas palabras sobre la Santa: «¡Oh Dios inmortal! ¿De quién se habla cuando se trata de la reforma de las religiones, de la conversion de los infieles y herejes, de la destruccion de los errores, propagacion de la fe y reparacion de las iglesias destruidas? ¿Es acaso un Pontífice zeloso, que como pastor universal debe procurarlo? ¿Se han reunido al Padre comun de la Iglesia los príncipes más poderosos y católicos para esta empresa? ¿Entraron en tan útil proyecto las mismas religiones en cuerpo y los hombres más sabios y santos? Nada de todo esto, sino una Virgen pobre, sola, cerrada en un monasterio y cargada de enfermedades y enemigos poderosos por todas partes. Santa Teresa de Jesús ha sido esta mujer fuerte con la divina gracia... Quedó como pasmado todo el orbe á vista de esta intrépida audacia de santa Teresa, y no reconoce el mundo otro suceso que pueda compararse con este, sino la conversion de las gentes obrada por la cruz de Jesucristo.»

Dando cuenta de su espíritu á san Pedro de Alcántara, se explica de este modo: «Me dan unos ímpetus tan grandes de servir á Dios, que no lo puedo encarecer. Paréceme que ningun trabajo, ni cosa se me ponía delante, ni muerte, ni martirio, que no las pasase con facilidad. Y esto me sucede en un punto sin pensar, de modo que me revuelve toda, y no sé de dónde me viene tanto esfuerzo. Paréceme que querría dar voces, y dar á entender á todos lo que les va en no contentarse con cosas pocas, y cuanto bien hay que nos dará Dios en disponernos nosotros. Digo que son estos deseos, de manera que me deshago entre mí. Paréceme que quiero lo que no puedo; que me tienen atada á este cuerpo por no ser para servir á Dios en nada, y al estado, porque á no le tener, haría cosas muy señaladas en lo que mis fuerzas pueden, y así de verme sin ningun poder para servir á Dios, siento de manera esta pena, que no lo puedo encarecer.»

Se notó en la Santa una cosa singular, que fué no haberla visto jamás llorar en ninguno de los lances tan apretados que la sucedieron, ni en los trabajos, contra-

dicciones, calumnias, persecuciones, y esto sin embargo de haber tenido desde muy jóven el dón de lágrimas por sus pecados, y una compasion natural muy grande, todo lo que acreditaba tener el corazon muy sensible y tierno, por manera que derramaba muchas lágrimas cuando veia morir algun varon apostólico, por la falta que hacia en la Iglesia; mas en los trabajos propios crecia su fortaleza al paso que se aumentaban sus penas. Bien lo insinúa la Santa en una carta (1) en que dice no la espantaban los frios y nieves con sus muchas enfermedades para emprender el camino de Medina y Toledo desde Valladolid. «Aunque se pasa algun trabajo, tengo experiencia, dice, que el demonio no puede sufrir estas cosas, y así nos persigue; mas el Señor lo puede todo, y él se va con las manos en la cabeza. Aquí habemos tenido una contradiccion muy grande; cuando nos apedreen á las que tratamos en ello, como hicieron en Avila casi, cuando se hizo san José, entonces irá bueno el negocio, y creeré yo que no perderá nada el monasterio, ni los que pasaremos el trabajo.» «Heme holgado mucho (2), dice en otra parte, en especial de que los murmuren sin dar causa, que es muy linda cosa; porque han tenido poco que merecer en esa fundacion (de Soria). Nuestro Señor paga los servicios grandes, que le hacen, con crecidos trabajos.»

¿Qué exhortaciones para sufrir con valor y fortaleza todos los trabajos, baterías del enemigo, pensamientos y sequedades? Basta leer el capítulo primero de las segundas Moradas para animarse, como ella dice (3), á ser varon, y no de los que se echaban á beber de bruces cuando iban á la batalla, no me acuerdo con quién (era con Gedeon), sino que se determine á padecer con todos los demonios, y que no hay mejores armas que las de la cruz. La que más pudiere padecer, que padezca más por su Esposo, y será la mejor librada. Cuando acabó de fundar su primer convento de Avila, fué llamada de la Priora de la Encarnacion, y tuvo que dejar cuatro

(1) Tom. 1, cap. xxxviii, n.º 2 y 3.

(2) Tom. 1, cap. xliii, n.º 3.

(3) Mor. II, cap. 1, n.º 8.

novicias solas sin ánimo, y expuestas á la furiosa persecucion de la ciudad; con todo dijo: «Señor, ahora que quedan solas, lo haréis Vos mejor, pues es causa vuestra;» y con esto quedó con mucha paz y sosiego.

Es cierto que todo lo dicho parece la coloca en el mayor heroismo de fortaleza que jamás se ha visto, y ya que no podamos imitarla en tanto, debemos humillarnos, viendo de qué pocas obras se ensoberbece el hombre, y cuánto le falta para llegar á la fortaleza que da la gracia del Señor. Se lamenta la Santa de algunas almas que parecen santas porque lo dejaron todo por Dios, y hacen penitencia, porque llevan arrastrando la cruz, esto es (1), porque son muy sensibles, si dicen algo contra su honor. No son estas almas de las que harán lo que san Pedro, que fué echarse en la mar. En su sosiego quieren traer almas á Dios, mas no ponerse en los peligros. No dejéis de pedir con lágrimas muy continuas esta determinacion y fortaleza; haced lo que pudiéredes de vuestra parte, para que nos la dé. El que lleva, pues, la cruz arrastrando es más lastimado de ella, le cansa y hace pedazos; pero, si se lleva con amor y fortaleza, es suave de llevar. Pidamos, pues, con fervor esta gracia al Señor, y empleemos en su servicio la fortaleza que tenemos en sufrir los trabajos y reveses de los hombres por la ambicion de conseguir algun favor, que, como dice la Santa aquí, nos cargan de mil cuidados por contentar los del mundo, cuando el Señor es mucho más agradecido á los que le sirven, que el rey á sus soldados.

MÁXIMA.— Es muy necesaria la discrecion y conocer los talentos de los súbditos para mandar bien.

FRUTO.— No reprenderé jamás con ira, sino cuando sea pasada, para que así aproveche la reprension.

JACULATORIA.— Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

(1) Cantares, cap. II, n.º 22.

## LECCION LXXIII.

DIA 13 DE MARZO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... como en la página 1.

La fortaleza de santa Teresa se descubre en una invectiva que hace contra los pecadores, cobardes para la virtud y fuertes para ofender á Dios.

Aunque el valor y fortaleza de Teresa se dejó ver en el grado más heróico, por las obras que emprendió y los muchos trabajos que pasó, quiero limitarme á lo que es propio de una heroína Fundadora, y tan zelosa de la ley de Dios y su servicio, como aparece en la siguiente exclamacion á Dios, é invectiva contra los pecadores. «¡Oh mi Dios, dice (exclamacion XII), y mi verdadera fortaleza! ¿Qué es esto, que para todo somos cobardes, si no es para contra Vos? Aquí se emplean todas las fuerzas de los hijos de Adán. Y si la razon no estuviese tan ciega, no bastarian las de todos juntos para atreverse á tomar armas contra su Criador, y sustentar guerra continúa contra quien los puede hundir en los abismos en un momento, pero como está ciega, quedan como locos, que buscan la muerte, porque en su imaginacion les parece con ella ganan la vida. En fin, como gente sin razon. ¿Qué podemos hacer, Dios mio, á los que están con esta enfermedad de locura? Dicen que el mismo mal les hace tener grandes fuerzas; así es, los que se apartan de Dios, gente enferma, que toda su furia es con Vos, que les haceis más bien. ¡Oh sabiduría, que no se puede comprender! Como fué necesario todo el amor que teneis á vuestras criaturas, para poder sufrir tanto desatino, y aguardar á que sanemos, y procurarlo con mil maneras de medios y remedios. Cosa es que me espanta, cuando considero que falta el esfuerzo para irse á la mano de una cosa muy leve, y que ver-

daderamente se hacen entender á sí mismos que no pueden, aunque quieren, quitarse de una ocasion, y apartarse de un peligro donde pierden el alma: y que tengamos esfuerzo y ánimo para acometer á una tan gran Majestad como sois Vos. ¿Qué es esto, bien mio? ¿Qué es esto? ¿Quién da estas fuerzas? ¿Por ventura el capitán á quien siguen (el demonio) en esta batalla contra Vos, no es vuestro siervo, y puesto en el fuego eterno? ¿Por qué se levanta contra Vos? ¿Cómo da ánimo el vencido? ¿Cómo siguen al que es tan pobre que le echaron de las riquezas celestiales? ¿Qué puede dar quien no tiene nada para sí, sino mucha desventura? ¿Qué es esto, mi Dios? ¿De dónde vienen estas fuerzas contra Vos, y tanta cobardía contra el demonio? ¡Aún si Vos, Príncipe mio, no favoreciérades á los vuestros! ¡Aún si debiéramos algo á este príncipe de las tinieblas, no llevaba camino, por lo que para siempre nos teneis guardado, y ver todos sus prometimientos falsos y traidores! ¿Qué ha de hacer con nosotros quien lo fué contra Vos? ¡Oh ceguedad grande, Dios mio! ¡Oh qué grande ingratitud! ¡Oh qué miserable locura, que sirvamos al demonio con lo que nos dais Vos, Dios mio! Que paguemos el grande amor que nos teneis con amar á quien así os aborrece, y ha de aborrecer para siempre. Que la sangre que derramasteis por nosotros, y los azotes y grandes dolores que sufrísteis, y los grandes tormentos que pasasteis en lugar de vengar á vuestro Padre eterno, ya que Vos no quereis venganza y lo perdonasteis, de tan grande desacato como se usó con vuestro Hijo, tomamos por compañeros y amigos á los que así le trataron, pues seguimos á su infernal capitán. Claro está que hemos de ser todos unos, y vivir para siempre en su compañía, si vuestra piedad no nos remedia de tornarnos el seso y perdonarnos lo pasado.»

Yo no he leído una invectiva tan fuerte, tan sábia y tan enérgica como esta: bien se conoce que Dios es quien habla por santa Teresa en el estilo sublime de la verdad, pues esta locucion es original, que no se halla en libro alguno, como que está fuera de la capacidad

humana. «Yo confieso, dice (1) (cuando al salir de Malagon para Villanueva se hallaba tan mala, año 1580), fué servido de hacer tan buen tiempo y darme tanta salud, que parecia nunca haber tenido mal, que yo me espartaba y consideraba lo mucho que importa *no mirar* nuestra flaca disposicion, cuando entendemos se sirve el Señor, por contradiccion que se nos ponga delante, pues es poderoso para hacer de los flacos fuertes, y de los enfermos sanos; y cuando esto no hiciere, será lo mejor padecer por nuestra alma, y puestos sus ojos en su honra y gloria olvidarnos á nosotros. ¿Para qué es la vida y la salud sino para perderla por tan gran Rey y Señor? Creedme, hermanas, que jamás os irá mal en ir por aquí. Yo confieso que mi ruindad y flaqueza muchas veces me ha hecho temer y dudar, mas no me acuerdo ninguna despues que el Señor me dió hábito de Descalza, ni algunos años antes que no me hiciese merced por sola su misericordia de vencer estas tentaciones y arrojarme á lo que entendia era mayor servicio suyo, por dificultoso que fuese. Bien claro entiendo que era poco lo que hacia de mi parte, pero no quiere Dios más desta determinacion, para hacerlo todo de la suya. Nunca dejé, dice (2), fundacion por miedo del trabajo, considerando que en aquella casa se habia de alabar al Señor y haber santísimo Sacramento. Esto es particular consuelo para mí, ver una iglesia más, cuando me acuerdo de las muchas que quitan los luteranos. No sé qué trabajos se habian de temer á trueco de tan gran bien para la cristiandad...» Y todo esto decia al mismo tiempo que insinuía los grandes trabajos de caminos, frios, soles y nieves de todo el dia, cuando habia perdido el camino, andaba con calentura, y estaba tal, que ni para estar en la celda sin acostarse, la parecia que estaba, además de la pobreza y contradicciones que sufría. «Su Majestad daba fuerzas, y con el hervor que me ponía, me olvidaba de mí. Parecíame que en teniendo licencia del Ordinario tenia hecho el monasterio, segun se me hacia fácil.»

(1) Fund., cap. xxviii, n.º 8.

(2) Fund., cap. xviii, n.º 4.

Apenas deja ya que discurrir ó reflexionar la Santa sobre esta virtud de fortaleza cristiana. Los pecadores quedan confundidos con el argumento más terminante contra todas sus excusas. Ponderan su miseria y flaqueza para disminuir la gravedad de las culpas, y la Santa les arguye con el valor y descaro que tienen para pelear contra Dios y los sentimientos de su alma. «El pecador, dice, que no puede resistir un pequeño deseo, cuanto menos una tentación grave y una pasión furiosa.» La Santa les hace ver la mentira y la fuerza que tienen para ir contra Dios, sin embargo que es omnipotente. Por esto decide que el pecado es una especie de locura, que da fuerzas para el mal y las quita para el bien. No menos anima esta fortaleza á las almas espirituales, diciendo lo que á ella le sucedía cuando se afianzaba en la fortaleza de su Dios: y de aquí se infiere que el cobarde, sea pecador, sea espiritual, siempre es libre y siempre es culpado, porque Dios no quiere más sino que nos determinemos á servirle de veras y luego da las fuerzas y lo hace todo. Cooperemos á las primeras gracias, y Dios nos fortificará con ella en la virtud.

MÁXIMA.— Me espanto ver la sutileza del demonio, y como hace creer á cada uno que dice la mayor verdad del mundo.

FRUTO.— No creamos (en discordia) á ningún superior ni súbdito hasta informarse bien.

JACULATORIA.— Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

---

## LECCION LXXIV.

DIA 14 DE MARZO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Doctrina sublime que da la Santa á sus hijas sobre la fortaleza santa, sin declinar en cobardía ni en presuncion orgullosa, en lo que todos tienen mucho que aprender.

Uno de los lugares en que la Santa muestra su mayor fortaleza es en el capítulo XIII de su Vida, inspirando á sus hijas esta virtud, y en ellas á todas las almas deseosas de su bien espiritual. Oigamos sus palabras: «Hame parecido decir algunas tentaciones que he visto se tienen á los principios, y dar algunos avisos de cosas necesarias. Procúrese á los principios andar con alegría y libertad, que hay personas que parece se les ha de ir la devocion si se descuidan un poco. Bien es andar con temor de sí para no se fiar poco ni mucho de ponerse en ocasion hasta estar ya muy entero en la virtud... Hay cosas á donde se sufre tomar recreacion, áun para tornar á la oracion más fuertes. En todo es menester discrecion. Tener gran confianza, porque conviene mucho no apocar los deseos, sino creer de Dios que, si nos esforzamos, poco á poco, aunque no sea luego, podremos llegar á lo que muchos Santos con su favor; que si ellos nunca se determinaran á desearlo y poco á poco á ponerlo por obra, no subieran á tan alto estado. Quiere Su Majestad, y es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí; y no he visto ninguna de éstas que quede bajo en este camino, y ninguna alma cobarde, áun con amparo de humildad, que en muchos años ande lo que estos otros en muy pocos. Espántame lo mucho que hace en este camino animarse á grandes cosas, aunque luego no tenga fuerzas, el alma da un vuelo y

llega á mucho, aunque como avecita que tiene pelo malo, cansa y queda.

«Otro tiempo traia yo delante muchas veces lo que dice san Pablo, que *todo se puede en Dios*: en mí bien entendia no podia nada. Esto me aprovechó mucho, y lo que dice san Agustin: Dame, Señor, lo que me mandas y manda lo que quisieres. Pensaba muchas veces que no habia perdido nada san Pedro en arrojarle en la mar, aunque despues temió. Estas primeras determinaciones son gran cosa, aunque en este primer estado es menester irse muy deteniendo, y atados á la discrecion y parecer de maestro: mas han de mirar que sea tal, que no los enseñe á ser sapos, ni que se contente con que se muestre el alma á solo cazar lagartijas. Siempre la humildad delante, para entender que no han de venir estas fuerzas de las nuestras. Mas es menester entendamos cómo ha de ser esta humildad; porque creo el demonio hace mucho daño para no ir muy adelante gente que tiene oracion, con hacerlos entender mal de la humildad, haciendo que nos parezca soberbia tener grandes deseos y querer imitar á los Santos y desear ser mártires. Luego nos dice ó hace entender, que las cosas de los Santos son para admirar, mas no para hacerlas los que somos pecadores. Esto lo digo yo tambien; mas hemos de mirar cuál es de espantar y cuál de imitar, porque no será bien si una persona flaca y enferma se pusiese en muchos ayunos y penitencias ásperas, yéndose á un desierto á donde ni pudiese dormir, ni tuviese qué comer, ó cosas semejantes. Mas pensar que nos podemos esforzar con el favor de Dios á tener un gran desprecio del mundo, un no estimar la honra, un no estar atado á la hacienda, esto es posible. Tenemos unos corazones tan apretados, que nos parece nos ha de faltar la tierra en queriéndonos descuidar un poco del cuerpo y dar al espíritu. Luego parece ayuda al recogimiento tener muy bien lo que es menester, porque los cuidados inquietan la oracion. Desto me pesa á mí, que tengamos tan poca confianza en Dios, y tanto amor propio que nos inquiete este cuidado. A estos tales unas naderías dan tan gran trabajo, como á otros

cosas grandes y de mucho tomo; y en nuestro seso presumimos de espirituales. Paréceme á mí esta manera de caminar un querer concertar cuerpo y alma, para no perder acá el descanso y gozar allá de Dios; y así será si se anda en justicia y vamos asidos á virtud, mas es paso de gallina, nunca con él se llegará á libertad de espíritu. Manera de proceder muy buena me parece para estado de casados, que han de ir conforme á su llamamiento; mas para otro estado, en ninguna manera deseo tal manera de aprovechar, ni me harán creer que es bueno, porque la he probado. Y siempre me estuviera así, si el Señor no me enseñara otro atajo, aunque en esto de deseos siempre los tuve grandes. Tambien se pueden imitar los Santos en tener soledad y silencio, y otras muchas virtudes que no nos matarán estos negros cuerpos, que tan concertadamente se quieren llevar para desconcertar el alma; y el demonio ayuda mucho á hacerlos inhábiles, cuando ve un poco de temor. No quiere él más para hacernos entender que todo nos ha de matar y quitar la salud; hasta en tener lágrimas nos hace temer el cegar. He pasado por esto, y no sé yo qué mejor vista ni salud podemos desear que perderla por tal causa. Mas como quiso el Señor que entendiese este ardid del demonio, y como me ponía delante el perder la salud, decia yo; Poco va en que me muera, no he menester descanso, sino cruz. Despues que no estoy tan mirada y regalada tengo mucha más salud.»

No acredita menos la fortaleza de la Santa lo siguiente. Estando en Medina para hacer priora, como el Provincial quisiera una que ni las monjas ni santa Teresa la tenían por conveniente, se disgustó el Provincial, y la mandó salir de allí para Avila; mas luego declaró el Señor cuán justa fué la resistencia de Teresa, pues la priora puesta por el Provincial, se cansó y se fué á las Calzadas. Estando en la Encarnacion de priora, un caballero, á quien negaron una monja que queria hablar muchas veces, llamó á la Santa y la dijo mil desvergüenzas. Las oyó santa Teresa con mucha serenidad, pero viéndolo muy alterado y que de su paciencia to-

maba ocasion para insultarla y á todas las monjas, le dijo la Santa con gran fortaleza: «¿Cómo viene V. aquí á turbar las esposas de Jesucristo? Pues sepa, que si otra vez vuelve, sabré yo dar cuenta al Rey para que castigue su temeridad.» Y con esto se fué bien humillado.

Esta instruccion de Teresa, como casi todas, tienen lo más singular en comprender muchas cosas y de asuntos diferentes, aunque siempre unidos entre sí. Así vemos que aquí trata de la humildad, del temor de Dios, de la confianza, de la santa libertad de espíritu y otras cosas; mas todo se dirige á persuadirnos que debemos sacar de Dios la fortaleza, pues unos por temor de soberbia no se atreven á pensar ni emprender cosas grandes, ni á *bullir*, como dice la Santa, temiendo perderlo todo, y la devocion: otros exceden en el modo y en los deseos, porque se suponen proporcionados para cosas árduas, y aunque atribuyen su fortaleza á Dios, interiormente se llenan de soberbia y lo pierden todo. La Santa precave estos extremos con las reglas que prescribe, llevando siempre la humildad por delante, reconociendo que las fuerzas vienen de Dios y no de nosotros. En fin, como dice en el mismo capítulo XIII de su Vida: «Esto del conocimiento propio jamás se ha de dejar, ni hay alma en este camino tan gigante que no haya muchas veces tornar á ser niño, y á mamar: y esto jamás se olvide. Los pecados y el conocimiento propio es el pan con que todos los manjares se han de comer, por delicados que sean, y sin este pan no se pueden sustentar; mas hase de comer con tasa, que despues que un alma se ve rendida y entiende claro no tiene cosa buena de sí, y se ve avergonzada delante de tan gran Rey, ¿qué necesidad hay de gastar el tiempo aquí?» «De este modo, dice el Ilmo. Sr. Yepes, esta mujer fuerte inspira un valor y fortaleza muy grande para servir á Dios y vencer al demonio y las pasiones; y entre éstas, la cobardía, la falsa humildad, los ánimos apocados, la soberbia y temeridad, pues la fortaleza de Dios sabe caminar siempre pura entre la humildad y temor de Dios, sin declinar en cobardía ni

en presuncion orgullosa. La fortaleza del mundo no entiende esta moderacion, que es el mayor heroísmo, sino que desvanecida por su hermosura, como Luzbel, se atreve á Dios, que de golpe y cuando menos piensa lo derriba al abismo. Teresa sabe ser firme, cuando interesa Dios, contra el Provincial que violenta las Religiosas, y contra los soberbios y mundanos que se insolentan abusando de la humildad de la Santa, siempre grande, fuerte y humilde.»

MÁXIMA.— Importa que no haya más de una cabeza, y más cuando hay inquietud en una comunidad.

FRUTO.— Para no errar consultaré mis cosas con Dios en la oracion, y con directores letrados y espirituales.

JACULATORIA.— Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

## LECCION LXXV.

DIA 15 DE MARZO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Otro golpe de fortaleza heróica de la Santa, enseñando á no hacer caso de males pequeños de cuerpo, para dejar la observancia, bien digno de que lo lean los delicados que se cuidan demasiado.

Despues que Teresa exhorta á dejar el mundo, deudos y vanidades, tratando de cómo debemos apartarnos tambien de nosotros y aún ser contra nosotros mismos, por la humildad y mortificacion, con el fin de inspirar á sus hijas la fortaleza cristiana, dice (1): « ¡ Oh soberanas virtudes (humildad y mortificacion), señoras de todo lo criado, emperadoras del mundo y libradoras de

(1) Cam. de perf., cap. x, n.º 3.

todos los lazos y enredos del demonio! Quien las tuviere, bien puede salir á pelear con todo el infierno junto y contra todo el mundo y ocasiones: no haya miedo de nadie, que suyo es el reino de los cielos; no tiene ya á quien temer, porque nada se le da de perderlo todo. Sólo teme discontentar á Dios: no acaba de creer que tiene estas virtudes (de humildad y mortificacion) aunque se lo digan; mas las tiene, y sin querer se dan bien á entender á quien los trata. Pues, hijas mias, aquí ha de ser el trabajar para salir de Egipto (negarse á sí), y hallar el maná (ó fortaleza), pues con él todas las cosas saben bien; por mal sabor que al gusto de los del mundo tengan, se harán dulces y fáciles. Ahora, pues, lo primero que hemos de quitar de nosotras es el amor de este cuerpo. Aquí (en el monasterio) poco lugar hay de eso con la obra, mas no querria yo lo hubiese con el deseo. Determinaos, hermanas mias, que venís á morir por Cristo, y no á regalaros por Cristo, que esto pone el demonio que es menester para llevar y guardar la Orden. No haya miedo nos falte en este caso la discrecion por maravilla; que luego temen los confesores nos hemos de matar con penitencias. Tengo para mí, que así quiere el Señor que seamos más enfermas; al menos á mí hizome el Señor gran misericordia en serlo. Algunas veces da un frenesí de hacer penitencias sin camino ni concierto, que duran dos dias; despues póneles el demonio en la imaginacion, que les hizo daño, y que nunca más penitencia, ni la que manda la Orden, que ya lo probaron (esto es, que no pueden). No guardamos unas cosas muy bajas de la Regla, como es el silencio, que no nos ha de hacer mal y no nos ha venido á la imaginacion que nos duele la cabeza, cuando dejamos de ir al coro, que tampoco nos mata, y queremos intentar penitencias de nuestra cabeza, para que no podamos hacer lo uno ni lo otro, y á las veces es poco el mal, y nos parece no estamos obligados á nada, que con pedir licencia cumplimos. A saber lo interior, la Prelada por ventura no la daria (la licencia); mas como le haceis informacion de necesidad, y no falta un médico que ayuda, por la mesma

que Vos le haceis, y una amiga ó parienta que lllore al lado, aunque la pobre Priora alguna vez ve que es demasiado, ¿qué ha de hacer? Queda con escrúpulo, si falta en la caridad; quiere más que falteis vos que ella, y no le parece justo juzgaros mal. ¡Oh! ¡este quejar! Válame Dios: El me perdone, que temo es ya costumbre. Estas cosas puede ser que pasen alguna vez, y porque os guardéis de ellas las pongo aquí, porque si el demonio nos comienza á amedrentar con que nos faltará la salud, nunca harémos nada.»

«Cosa imperfectísima es, dice en otra parte (1), este quejarnos con livianos males; si podeis sufrirlos, no lo hagais. Cuando es grave el mal, él mesmo se queja, es otro quejido, y luego se parece. Quien estuviere mala de veras, que lo diga y tome lo necesario, mas unas flaquezas y malecillos de mujeres, olvidaos de quejarlos. Este cuerpo tiene una falta, que mientras más lo regalan, más necesidades descubre. Acordaos cuántos pobres habrá que no tengan á quien quejarse. Cuántas casadas, que con graves males, por no dar enfado á sus maridos, no seosan quejar, y con grandes trabajos. Pues ¡pecadora de mí! sé que no venimos aquí á ser más regaladas que ellas. ¡Oh! ¡que estais libres de grandes trabajos del mundo! Sabed sufrir un poquito por amor de Dios, sin que lo sepan todos. En todo esto no trato de males récios, aunque tambien pido moderacion y sufrimiento, sino unos malecillos que se pueden pasar en pié, sin que matemos á todos con ellos. Acordémonos de nuestros Padres ermitaños, ¡qué pasarían de dolores, y qué á solas, y qué de frios y hambres, y sol y calor, sin tener á quien se quejar, sino sólo á Dios! ¿Pensais que eran de hierro? Pues tan de carne eran como nosotras. Y creed, hijas, que en comenzando á vencer estos corpezuelos, no nos cansan tanto: hartas habrá que miren lo que habeis menester; descuidaos de vosotras, sino fuere necesidad conocida. Si no nos determinamos á tragar de una vez la muerte y la falta de salud, nunca harémos nada. Procurad de no temerla y

(1) Cam. de perf., cap. xi, n.º 4.

dejaros todas en Dios, venga lo que viniere. Y creed, que esta determinacion importa más de lo que podemos entender.»

Sólo el espíritu de la gran Teresa podia hablar y obrar con esta valentía, reuniendo en estas solas palabras todas las cuatro virtudes cardinales, la mayor *prudencia*, la más exacta *justicia*, la más admirable *fortaleza* y la más piadosa *templanza*. Habla bien penetrada de lo que es obligacion en los que quieren servir á Dios; se fija en el justo medio de la virtud, para ni excederse en la penitencia, ni en el regalo, ni descuidar de los males grandes, ni hacer caso de cosas leves, por cumplir con lo que se debe á Dios, á la Religion, á los prójimos y á sí mismos. Tambien pueden utilizar en esto los que no son Religiosos, sino seculares, pues todos están obligados á negarse y tomar la cruz para seguir á Cristo, si quieren ser cristianos; pues, como dice la Santa, no eran de hierro los Santos ni las doncellas que dieron la vida por Dios, y así á todos obliga esta doctrina. Mas confesemos que esta prudencia, esta justicia y esta fortaleza no se aprenden en otra escuela que en la religion de Jesucristo y santa Teresa.

MÁXIMA.— Siempre he tenido esto de tratar con toda claridad y verdad con los que comunico mi alma: hasta los primeros movimientos querría yo les fuesen públicos, y las cosas más dudosas y de sospecha.

FRUTO.— Seamos muy amigos de apretar en las virtudes, mas no en el rigor ó penitencias.

JACULATORIA.— Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

---

## LECCION LXXVI.

DIA 16 DE MARZO.

ORACION.—; Oh Dios mio... como en la página I.

Fortaleza singular contra los demonios, y doctrina de Teresa, que nos enseña lo poco que estos pueden, y que sólo debemos temer el pecado.

No era santa Teresa como aquellos malos doctores y fariseos del Evangelio, que *dicen y no hacen*, ni como muchos directores que aconsejan y no practican; dicen: Guardad silencio, y ellos hablan de continuo: tened oracion, y ellos se van al juego: ayunad, mortificaos, y ellos se regalan cuanto pueden: vivid con pobreza, castidad y obediencia, y ellos nada de esto tienen: sed perfectos, y ellos son viciosos. Teresa nunca decia: *id*, sino *vamos*. Exhortaba á la constancia y fortaleza, pero sus palabras salian del tesoro interior y exterior de sus obras con que vencía al mundo, demonio y carne. Estaba la Santa (1) en una ocasion tan fatigada del demonio, tan desamparada de los letrados, que huian de ella, temiendo el engaño, y tan sola, sin tener persona con quien descansar, de modo, dice, que ni podia rezar, ni leer, pues consuelo para mí no lo habia ni del cielo, ni de la tierra. En este estado exclama así: «Fálteme todo, Señor, mas si Vos no me faltais, no os faltaré yo. Levántense contra mí todos los letrados (pues querian conjurarla como endemoniada), persíganme todas las criaturas, atorméntenme los demonios; no me falseis, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia, con que sacais á quien en Vos solo confia. Estando así en esta fatiga, estas solas palabras me la quitaron: *No hayas miedo, hija, que Yo soy, y*

(1) Vid., cap. xxv, n.º 9 y 10.

*no te desampararé.* Héme aquí sosegada con fortaleza y con ánimo. Me acordaba de cuando el Señor mandó á los vientos en la mar, y así decia: ¿Quién es este que así le obedecen mis potencias y da luz en tan gran oscuridad en un momento; da agua de lágrimas á donde parecia habia de haber mucha sequedad. ¿Quién pone estos deseos? ¿Quién da este ánimo? Pues ¿de qué temo? Yo deseo servir á este Señor, no pretendo más que contentarle, ni quiero contento ni descanso, ni otro bien que hacer su voluntad: pues si este Señor es poderoso, como veo que lo es, y que son sus esclavos los demonios, y de esto no hay duda, pues es fe, siendo yo sierva de este Señor y Rey, ¿qué mal me pueden hacer á mí? ¿Por qué no he de tener yo fortaleza para combatirme con todo el infierno? *Tomaba una cruz en la mano* y parecia verdaderamente darme Dios ánimo, que no temeria tomarme con ellos á brazos con aquella cruz, y así dije: *Ahora venid todos, que siendo sierva del Señor, yo quiero ver qué me podeis hacer.* Es sin duda que me parecia *me habian miedo*, porque yo quedé sosegada y tan sin temor de todos ellos, que se me quitaron todos los miedos hasta hoy. Algunas veces los veia, pero ellos me habian miedo á mí. Quedóme un señorío contra ellos, bien dado de Dios, *que no se me da más de ellos que de moscas.* Parécenme tan cobardes, que en viendo los tienen en poco, no les queda fuerza. No saben de hecho estos enemigos acometer sino á quien ven se les rinde, ó cuando lo permite Dios para más bien de sus siervos. Pluguiese á Su Majestad temiésemos á quien hemos de temer, y entendiésemos nos puede venir mayor daño de un pecado venial que de todo el infierno junto, pues ello es así. Qué espantados nos traen estos demonios, porque nos queremos nosotros espantar con nuestros asimientos de honras, haciendas y deleites, que entonces juntos ellos con nosotros mismos, mucho daño nos harán, porque nosotros les damos las armas que teníamos para defendernos, y con ellas pelean contra nosotros. Mas si todo lo aborrecemos por Dios, y nos abrazamos con la cruz, y tratamos servirle *de verdad, huye de estas verdades*

como de pestilencia. Es amigo de mentiras, y la misma mentira: no hará pacto con quien anda en verdad. Cuando ve oscurecido el entendimiento, ayuda lindamente á que se quiebren los ojos, porque si á uno ve ya ciego en poner su descanso en cosas vanas, y tan vanas que parecen juego de niños, ya ve que es niño, le trata como á tal, y lucha con él una y muchas veces. No entiendo estos miedos, demonio, demonio, donde podemos decir, Dios, Dios, y hacerlo temblar (ó como poco antes decia la misma): una higa para todos los demonios, que ellos me temerán á mí (1). Ya sabemos que no se pueden menear si el Señor no lo permite. Tengo por muy cierto que el demonio no engañará á alma que de ninguna cosa se fia de sí, y está fortalecida en la fe, que entienda de sí, que por un punto de ella morirá mil muertes, y pregunta á unos y otros, y no la mueven cuantas revelaciones pueda imaginar, aunque viese abiertos los cielos, de un punto de lo que tiene la Iglesia.

«Tengo por una de las grandes mercedes (2) que el Señor me ha hecho, este ánimo que me dió contra los demonios, porque andar un alma acobardada y temerosa de nada; sino de ofender á Dios, es grandísimo inconveniente, pues tenemos Rey poderoso que todo lo puede y á todos sujeta. No hay que temer andando en verdad delante de Su Majestad y con limpia conciencia. Contento Su Majestad no hay quien sea contra nosotros que no lleve las manos en la cabeza... Acaeciome otras veces verme con grandes tribulaciones y murmuraciones sobre cierto negocio de casi todo el lugar y de mi Orden, y affligida con muchas ocasiones que habia para inquietarme, y decirme el Señor: ¿De qué temes? *Yo cumpliré lo que te he prometido.* Y quedar luego con una fortaleza que de nuevo me parece me pusiera en emprender otras cosas, aunque me costasen más trabajos. Es esto tantas veces que no lo podria yo contar.»

Yo creo que ya no se puede decir más en la materia,

(1) Vid., cap. xxv, n.º 12 y 17.

(2) Vid., cap. xxvi, n.º 1.

y que aquí santa Teresa no parece mujer, ni áun el hombre más fuerte, sino que Dios es quien se descubre visiblemente, porque esta doctrina, que yo no he hallado en libro alguno, no sólo es solidísima, sino que enardece, da fuerzas contra el demonio y convence, *que sólo se atreve á los que le dan armas y se le rinden*. Todos podemos decir con san Pablo y santa Teresa: Si Dios está conmigo, ¿á quién temeré? ¿Quién me separará de Dios? ¿De qué temes? la dijo el Señor cuando toda Avila y los letrados se opusieron á la fundacion de monjas, cuando la murmuraban é iban á deshacer el Convento; mas luego que sintió las palabras divinas, quedó con tal fortaleza, que de nuevo emprenderia lo mismo y otras cosas más difíciles. Acudamos, pues, á Dios, donde se halla la verdadera fortaleza, pues si le servimos de verdad y buena conciencia, como dice la Santa, nada nos pueden hacer demonios. *Una hija para todos ellos*, y éstos nos temerán á nosotros. Sólo al pecado debemos temer, porque sólo Dios castiga, y es poderoso para castigar á los que le ofenden. Por lo demás, es nuestro Padre Dios, lleno de amor, bondad y paciencia, que debe ser más amado que temido.

MÁXIMA.— Conviene mucho que los súbditos entiendan que hay cabeza y no piadosa para cosa que sea menoscabo de Religion, y que el Juez sea tan recto en la justicia que no ha de torcer en la perfeccion, aunque se hunda el mundo.

FRUTO.— Cuando se nos ofrezca faltar á la justicia digamos con la Santa: «Yo no tengo de hacer cosa que tenga resabio de pecado.»

JACULATORIA.— Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

## LECCION LXXVII.

DIA 17 DE MARZO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 1.*

La templanza de santa Teresa la hace dar grandes documentos para moderar el zelo excesivo, y disimular alguna cosa, como no sea sustancial. Algunos casos particulares sobre esto.

La virtud de la templanza es muy conforme á lo que el Espíritu Santo encarga, diciendo: No queramos ser demasiadamente justos, de modo que no guardando el medio debido en las cosas, excedamos en la justicia, fortaleza y templanza, causando más daño que provecho. A este fin se dirigen muchas cosas de la Santa, que si las miramos separadas de otras de mucho rigor y zelo, podria escandalizarse la flaqueza ó nimiedad humana; mas en boca de la Santa no es más que la virtud de la templanza tan precisa para el buen gobierno. La Madre Ana de San Alberto, fundadora de Caravaca y Priora, tenia una novicia, que al parecer era tan tímida y se espantaba tanto del rigor que veia en las demás, que casi estaba determinada á volverse al siglo: mas como santa Teresa conocia bien los espíritus y cuán bueno era su corazon, aunque tan tímida, la cura, encargando á la Priora la templanza con dicha novicia. Dice, pues (1): «Tengo satisfaccion de que V. R. cuidará de que estas almas sean perfectas, pero esté advertida que no ha de llevar á todas por un rasero, y esa hermana, á quien dió nuestro Padre (Gracian) el hábito, llévela como á enferma y no se le dé nada que no vaya con mucha perfeccion: basta que haga buenamente, como dicen, lo que pudiere, y que no ofenda á Dios. Si el alma tiene buena, considere que es morada de Dios.» Y

(1) Tom. iv, cart. 68, n.º 4, 2 y 5.

luego, hablando de otras novicias, dice: «Si esas le contentan, digo, las hijas de la vieja, no tiene más que hacer de darlas la profesion, aunque tengan algun achaque, que no se halla mujer sin él.» Así hablaba la Santa, porque como poco antes dijo: «En cada cabo se pasa harto, en especial cuando se comienza. Hasta fundar la casa, tomamos las que podemos si tienen, para que haya para las otras, en especial esa que la comenzó, era razon; llévela mi hija, como pudiere.»

Al P. Gracian, que se hallaba lleno de escrúpulos y dudas en un gran trabajo, y perseguido del Nuncio, le dice la Santa (1) que está hecho un bobo, lleno de cerro y melancolía con tantos escrúpulos: que se deje de temores, pero que no se entregue al Nuncio hasta que lo templen: que Dios lo sacará con bien, como sucedió: que aunque á ciertos hermitaños los habian cogido y castigado por hipócritas, no debe pasar pena, pues no pasará así con los Descalzos (que estaban muy perseguidos), porque así como Dios quiere se descubre el mal, así tambien al fin descubre el bien. Le encarga despues que esté escondido, y que por lo mismo no le obliga oír Misa, por el peligro á que se expone que lo prendan. En la carta treinta y una se ve una consulta entre el P. Gracian y santa Teresa llena de sabiduría, prudencia y templanza, con una justicia tan fina, que descubren bien el uno y la otra, cuanto anteponian la ley de Dios á todas las amistades humanas, por espirituales que fueran.

En otra parte le dice á Gracian (2), hablando de las monjas de Valladolid, lo siguiente: «Dijo acá Antonia del Espíritu Santo tantas cosas que vuestra Paternidad habia mandado, que nos escandalizó á todas. Crea mi Padre que estas casas van bien, y no han menester más cargas de ceremonias, que cualquier cosa se les hace pesado, y no se le olvide esto por caridad, sino siempre apretar en que se guarden las Constituciones y no más, que harto harán si bien se guardan. Por poco que sea lo que se manda (sobre lo mandado), se hace muy pe-

(1) Tom. iv, cart. 26.

(2) Tom. iii, cart. 48.

sado, y á mí sería la primera, si no fuera V. R. que lo manda en nombre de Dios.» A este mismo propósito se queja la Santa á Gracian de las muchas actas que hizo Fr. Juan de Jesús Roca, zelador y visitador de las monjas. «No entiendo, dice (1), para qué tantas actas (ó mandatos). Esto es lo que temen mis monjas, Prelados pesados que las abrumen y carguen mucho. Es no hacer nada. Yo me canso de leerlas, ¿pues qué hiciera si las hubiera de guardar? Crea no sufre nuestra Regla personas pesadas, que ella lo es harto.»

De lo dicho pueden aprender todos los superiores, aunque no sean regulares, que el buen gobierno no consiste en mucho rigor, ni multiplicacion de leyes y mandatos, sino en la moderacion, observando principalmente lo fundamental y sustancial de las leyes, atemperándose, cuando lo dicta la prudencia, á la debilidad de los flacos y al comun de los inferiores, que nunca son capaces en lo comun de mucho. Al corazon se debe mirar principalmente y al alma del súbdito, y disimular los achaques é imperfecciones que no tocan en la sustancia de las cosas. Por este principio quita la Santa los escrúpulos de la Priora de Caravaca y de Gracian, y á este fin encarga mucho no aumenten el peso de las obligaciones, pues nos exponemos, como los judíos, á dejar lo mandado por Dios por los mandatos humanos, ó como dice la Santa, tanto se aprieta en cosas pequeñas, que por esto se deja lo sustancial de la ley. Una Priora quiso quitar una hora de recreo en Cuaresma, y la Santa se le apareció y la reprendió (2) porque faltaba á la ley que sábiamente daba aquel alivio. Este suele ser defecto de los que comienzan á mandar, que todo lo quieren llevar á sangre y fuego. La Santa hizo varias veces moderar el rigor que dice introducian las Prioras de su cabeza. La misma decia várias veces: «No soy la que solia en gobernar: ahora todo va por amor y va mejor. Soy amiga de apretar en las virtudes, mas no en el rigor.» Si esto considerasen los que se ven sobre los inferiores, sin duda temblarian antes de mandar cosa al-

(1) Tom. II, cart. 27.

(2) Hist., tom. IV, lib. 45, cap. VII.

guna, pues ni se deben hacer leyes que sean tales para todos por faltas particulares, ni se debe querer una grande perfeccion para el comun, que no es capaz de cosas sublimes. Así san Benito en su Regla manda la oracion moderada de comunidad; mas luego añade, que en la celda y en particular cada uno la aumente y siga segun el espíritu que Dios le diere.

Aprendamos, pues, todos de esta gran mujer las leyes justas y moderadas de gobierno con todos los que están á nuestro cargo, y no seamos como los fariseos, que imponian unas cargas sobre los inferiores que ellos ni áun tocaban con un dedo. Huyamos los extremos viciosos de mucho rigor y de demasiada blandura, como tambien la vanidad, el orgullo y la hipocresía. No seamos demasiado rigurosos ó justos, ni excesivamente blandos, sino *dulces y rectos*, como lo es el espíritu de Dios: *Dulcis et rectus Dominus*.

MÁXIMA.—¿Ves la mucha penitencia que ésta hace? Pues en más aprecio tu obediencia.

FRUTO.—Me esforzaré por adquirir este señorío de no se me dar más de contentar que de descontentar en lo que fuere de conciencia, y decir no.

JACULATORIA.—Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

---

## LECCION LXXVIII.

DIA 18 DE MARZO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Reglas que santa Teresa daba para el gobierno de las melancólicas, y cuidado que debían tener en admitir novicias, todo lo cual pertenece á la virtud de la templanza, útil para todos.

«Estas mis hermanas de Salamanca, dice santa Teresa (1), me han pedido diga algo de cómo se han de haber con las que tienen humor de melancolía, pues aunque más procuramos no tomar novicias las que le tienen, es tan sutil, que no lo entendemos hasta que no se puede remediar. Paréceme que en un librico dije algo, no me acuerdo, poco se pierde en decir algo aquí; aunque esté dicho, otras cien veces lo diría, si pensase en atinar en algo que aproveche. Son tantas las invenciones que busca este humor para hacer su voluntad, que es menester buscarlas para como lo sufrir y gobernar, sin que haga daño á las otras. Cuando este humor cae en sugeto humilde y condicion blanda, no daña á los otros, si hay buen entendimiento, y tambien hay más y menos en este humor. Creo cierto que el demonio en algunas personas lo toma por medio para ver si puede ganarlas, y si no andan con aviso, sí que las ganará, porque sujeta mucho la razon y la oscurece; y con tal disposicion, ¿qué harán nuestras pasiones? Parece que si no hay razon, es ser locos, y lo es así, mas en las que ahora hablamos no llega á tanto el mal; mas haberla de tratar como persona de razon, no la teniendo, es trabajo intolerable. Las que están del todo enfermas de este mal, son dignas de compasion; pero si algun medio hay para sujetarlas, es que hayan temor.

(1) Fund., cap. vii.

«En los que sólo ha comenzado este dañoso mal, aunque no esté tan confirmado, en fin, es de aquel humor y raíz, y así, cuando no bastaren otros artificios, deben los Prelados aprovecharse de las penitencias de la Orden, y procurar sujetarlas de manera que entiendan no han de salir con topo ni con nada de lo que quieran. Porque si entienden que alguna vez sus clamores y desesperaciones que dice el demonio en ellos son bastantes, ellos van perdidos, y una sola vez que logren su deseo basta para traer inquieto un monasterio. Y como la pobrecita no tiene en sí quien la valga para defenderse de las cosas que la pone el demonio, es menester que la Prelada ande con grande aviso para su gobierno interior y exterior, porque no comience el demonio á sujetar aquella alma, tomando por medio este mal. La cosa es peligrosa, porque á veces aprieta este humor tanto, que sujeta la razon, y entonces no será culpa, como no lo es en los locos por desatinos que hagan; mas á los que no lo están, sino con la razon enferma, y todavía hay alguna, y otros tiempos están buenos, es menester que no comiencen en los tiempos que están malos á tomar libertad, para que cuando estén buenos no sean señores de sí, que es terrible ardid del demonio; y así, si lo miramos en lo que más dan, es en salir con lo que quieren, y decir todo lo que se les viene á la boca, y mirar faltas en los otros con que encubrir las suyas, y holgarse en lo que les da gusto: en fin, como quien no tiene en sí quien resista (esto es, no tienen la razon expedita), pues las pasiones no mortificadas, y que cada una quiere salir con lo que quiere, ¿qué será si no hay quien lo resista? Torno á decir que no hay otro remedio para él sino sujetarlas (las pasiones) por todas las vias y maneras que pudieren: si no bastaren palabras, sean castigos; si no bastan pequeños, sean grandes; si no bastare un mes de tenerlas encerradas, sean cuatro, que no pueden hacer mayor bien á sus almas. Porque aunque alguna ó algunas veces no pueden más consigo, como no es locura confirmada, de suerte que disculpe para la culpa: aunque alguna vez lo sea, no es siempre, y queda el alma en mucho peli-

gro, si no es estando la razon tan quitada, que le haga fuerza á hacer lo que, cuando no podia más, hacia ó decía. Gran misericordia de Dios es, á quien da este mal, sujetarse á quien lo gobierna, porque aquí está todo su bien. Y si alguna leyere esto, mire que le importa por ventura la salvacion. Yo conozco algunas personas, que casi nada les falta para perder el juicio dél todo, mas tienen almas tan humildes y temerosas de ofender á Dios, que aunque se estén deshaciendo en lágrimas dentro de sí, no hacen más de lo que les mandan, y pasan su enfermedad como otros hacen; aunque esto es mayor tormento, y así tendrán mayor gloria, y acá el purgatorio por no lo tener allá. Mas torno á decir, que á las que no hicieren esto de grado, que sean apremiadas de las Preladas, y no se engañen con piedades indiscretas, para que se vengan á alborotar todas con sus desconciertos. Y hay otro daño (en Comunidades), que como las otras la ven buena al parecer, y no conocen lo que padece, á cada una le parecerá melancolía, para que la sufran lo que hace, y será el daño muy grande. No se sufre descuido en esto, sino que si la que es melancólica resistiere al Prelado, que lo pague como la sana, y ninguna cosa se le perdone.»

«Parece sin justicia, prosigue la Santa, se castigue la enferma como la sana; luego tambien lo seria atar á los locos y azotarlos, sino dejarlos matar á todos. Créame que lo he probado, intentando remedios y que no halló otro. Y si porque los locos no maten los atan y castigan, aunque hace gran piedad porque no pueden más, ¿cuánto más se ha de mirar no hagan daño á las almas con sus libertades? Muchas veces nace esto de condiciones libres, poco humildes y mal domadas, y que no las hace tanta fuerza el humor como esto, porque he visto que cuando hay á quien temer se van á la mano y pueden, ¿pues por qué no podrán por Dios? Yo hé miedo que el demonio debajo de color de este humor quiere ganar muchas almas. Ahora se usa más que suele, llamar melancolía todo lo que es propia voluntad y libertad. En todas las casas de religion no se debía tomar en boca este nombre *melancolia*, porque

trae consigo *libertad, sino enfermedad grave*, y que se cure como tal, que á tiempos es muy necesario adelgazar el humor con alguna cosa de medicina para poderse sufrir, y estése en la enfermería, y entienda que cuando saliere ha de andar en comunidad, que ha de ser humilde con todas y obedecer, y cuando no lo hiciere, que no le valdrá el humor. Las Prioras han menester, sin que lo entiendan ellas, llevarlas con mucha piedad, así como verdadera madre, y buscar los medios que pudiere para su remedio. Parece que me contradigo, pues dije las lleven con rigor; así lo torno á decir, pues el daño está en que entiendan que pueden salir con la suya, mas puede la Prelada no las mandar lo que ve han de resistir, pues no tienen en sí fuerza, sino llevarlas con maña y amor todo lo que fuere menester, para que, si es posible, por amor se sujeten, que seria muy mejor, y suele acaecer, mostrando que las ama mucho, y dárselo á entender por obras y palabras. El mayor remedio que tienen es ocuparlas mucho en oficios, para que no tengan lugar de estar imaginando, que aquí está todo su mal, y aunque no los hagan tan bien, súfranlas algunas faltas, por no las sufrir otras mayores estando perdidas; que no tengan muchos ratos de oracion, que tienen la imaginacion flaca y harálas mucho daño. Téngase cuenta en que no coman pescado sino pocas veces; y tambien en los ayunos es menester no sean tan continuos como las demás. Aún parece demasía dar tanto aviso para este mal y no otro, siendo tantos en las mujeres, mas es por dos cosas. La una, que parece están buenas, y el mal ni las fuerza á estar en cama ni á llamar el médico, ni tienen calentura, y así es menester que la Priora sea médico, pues es mal muy dañoso á la perfeccion. La otra es, porque en otros males ó sanan ó se mueren. Desta por maravilla sanan, ni de ella se mueren, sino vienen á perder del todo el juicio, que es morir, para matar á todas. Ellas pasan harta muerte consigo mesmas de aflicciones y escrúpulos, y así tendrán harto gran mérito, aunque siempre las llaman tentaciones, que si acabasen de entender es del mismo mal, tendrian gran alivio, si no

hiciesen caso de ello. Por cierto yo las tengo gran piedad, y así es razon todas se la tengan las que están con ellas, mirando que se las podrá dar el Señor, y sobrellevándolas sin que ellas lo entiendan, como llevo dicho. Plega al Señor haya atinado á lo que conviene hacer para tan gran enfermedad.»

No ha escrito médico con igual concision, tino y acierto sobre esta enfermedad tan grave y tan comun en gentes, ó demasiado delicadas y ociosas, ó entre las que viven en mucha soledad. Como este mal sea de los pocos que llegan al alma, saben muy pocos remedios los médicos corporales, y aunque por los efectos que ven, aciertan algo en los remedios, estos se hacen inútiles, porque suelen parar en palabras que tienen poco efecto. La Santa, como maestra celestial, toca la cosa de raíz y no deja que añadir. Esta nos dice el origen más comun de este mal, que nace á un tiempo de humor y de pasiones, y por lo mismo la cura debe dirigirse al remedio de uno y otro. A veces llega á trastornar el juicio del todo, y entonces se tratan como locos verdaderos; pero cuando no hace este mal otra cosa que debilitar la razon y el juicio, aquí es el mayor trabajo, pues se han de tratar como cuerdos, no estando enteros en sí. El primer remedio, dice, es el amor con obras y palabras; mas esto no debe manifestarse en dejarlos salir con lo que quieren, sino en cuidarlos y regalarlos, pero jamás en dar cuerda á sus antojos, porque esta condescendencia es la materia incombustible del mal. El medio debe ser, pues, que vean las cuidan y regalan cuando no lo piden, y no para fomentar sus caprichos.

Mas como este remedio es tan difícil, y no suele surtir el efecto, porque cuando les niegan el capricho, se olvidan de todos los favores recibidos, acude la Santa al rigor, pero con una templanza singular. Rigor en la apariencia y al exterior, que ellas se persuadan no las dejarán hacer su voluntad, pero mucho amor y compasion interior. Rigor en negarles lo que las daña, y blandura en las demás. Rigor en no volver atrás en lo mandado y templanza en no les man-

dar cosas muy repugnantes. El mayor remedio, dice la Santa, es ocuparlas, no dejarlas en inaccion, ni muy solas: pues estas cosas fomentan las imaginaciones y caprichos. Así se ve que este humor abunda en los poltrones, en los ociosos acostumbrados á hacer su voluntad, y como dice la Santa, *en condiciones libres, poco humildes y mal domadas*. Por el contrario, en los muy ocupados, trabajados y pobres, apenas se ve este mal.

Sobre estos remedios, que se dirigen más al alma y pasiones que al cuerpo, da tambien otros corporales, como son tratarlos como enfermos, sujetos al médico, adelgazar el humor; que no coman mucho pescado, porque aumenta el flato; que no ayunen, no para que se entreguen á la gula, sino á la dieta, y no carguen de una el estómago; en fin, dice la Santa sus fatales consecuencias y perjuicios: mas entiéndase que en ninguna parte se remedia este mal tanto como en las Comunidades, donde no se deja hacer tanto la propia voluntad. Tiéndase la vista en el mundo por casas particulares, pregúntese á los criados y domésticos ó consortes, y se verá más claro el fatal resultado de este accidente, que es uno de los que más sirven al demonio para encubrir sus ardidés. Así sucedió á una novicia, de quien dice la Santa (1) que tenia mucho humor de melancolía, y debíale hacer mal estar encerrada, cuanto más tanta estrechura y penitencia; acordó de tornarse á su casa con una hermana suya. Mirad los juicios de Dios y su piedad para las que no deja perseverar. Su Majestad se aprovechó de la voluntad de esta doncella y de su hacienda, y al tiempo que habia de gozar lo que habia deseado, faltóle la fortaleza y sujetóla el humor, á quien muchas veces echamos la culpa de nuestras imperfecciones y mudanzas. Medítese con reflexion todo esto, y así los enfermos como los sanos podrán utilizarse de doctrina tan sublime y necesaria.

MÁXIMA.—Porque han de estar á mi lado en la gloria mis amigos, por eso les dejo padecer mucho.

(1) Fund., cap. xxvii, n.º 6.

FRUTO.— En las contradicciones de la vida mirar al cielo para esforzarnos á padecer.

JACULATORIA.— Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

## LECCION LXXIX.

DIA 19 DE MARZO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... como en la página 1.

Continúa la Santa hablando de la melancolía de algunos siervos de Dios y parientes suyos, que nacia de escrúpulos. Reglas excelentes para andar con libertad el camino espiritual.

¿Quién habia de creer que santa Teresa entre sus grandes trabajos tambien habia de experimentar los de la melancolía? Mas era preciso que no dejara de probar esta dolencia, como casi todas las demás. Así, pues, confiesa que la padeci6, mas tambien nos dice se la quitó con un jarabe (1), que por lo mismo que no lo nombra, se ve no seria otro que el de negar su voluntad y obedecer algun mandato penoso. No fué sola la Santa quien padeci6 en su familia este accidente. Su hermano Pedro de Ahumada, despues de su mucho valor en la conquista del Perú, volvió á España, tan pobre de dinero como de ánimo, por manera que tuvo que refugiarse en casa de D. Lorenzo, su hermano. Mas como venia tocado de este accidente, se hacia casi insufrible á todos; no podia parar en parte alguna, y en todo queria entender. La Santa era la única á quien tenia algun respeto, como ella misma dice, y por su medio le asistia su hermano D. Lorenzo. El caso fué, que despues de trabajar tanto en el Perú, y hallándose

(1) Tom. I, cart. 59, n.º 4.

pobre, donde tantos se hacen ricos, sin duda por ser más escrupuloso que los demás, se vino á España para solicitar alguna recompensa de sus servicios; mas como es maldito el que confía en los hombres, y nada pudo conseguir, murió y vivió pobre toda su vida, y con tanto más trabajo, cuanto su genio activo no hallaba en qué ocuparse, y esta era la causa de su mal humor, que su santa hermana lo gradúa de loco en orden á estar con su hermano D. Lorenzo, aunque no en lo demás. Por fin, segun se ve por otras cartas de la Santa, se estableció en Avila, donde cuidaba de su sobrino D. Francisco y de su hacienda.

Tambien su hermano D. Lorenzo padeció este accidente, pues se queja de ello la Santa (1), á causa de que quiso retirarse á vivir en un convento de la Orden, y sobre ello le dice, que no lleva camino, ya porque no se acostumbra tener seglares, ya porque las comidas de ayuno son muy malas para la melancolía, ni le podrían dar las cosas á punto. «Terrible cosa es este humor, dice, que hace mal á sí y á todos.» Es verdad que en éste la melancolía era efecto de los escrúpulos, como en otros suele serlo de su propia voluntad. Para esta especie de melancolía escrupulosa, da el remedio siguiente á D. Teutonio de Braganza, arzobispo de Evora (2), que se affigia mucho por verse con poco gusto en la oracion: «No haga caso de eso, le dice, sino alabe al Señor. Procure V. S. algunas veces, cuando se ve apretado, irse á donde vea el cielo, y andarse paseando, que no se le quitará la oracion por eso, y es menester llevar esta nuestra flaqueza de arte, que no se apriete el mal y el natural. Todo es buscar á Dios, pues por El andamos á buscar medios, y es menester llevar el alma con suavidad.» Era un dictámen muy repetido de la Santa á sus hijas é hijos, que no admitieran melancólicos de genio. De un Religioso Jerónimo que se pasó á la Descalcez, llamado Fr. Antonio de Santa María, que volvió á su Orden y al fin otra vez á los Descalzos, donde murió santamente, dice: «Quizá nos

(1) Tom. iv, cart. 39, n.º 5 y 6.

(2) Tom. iv, cart. 3, n.º 3.

hizo Dios merced, porque entiendo tenia gran melancolía, que con nuestras comidas viniera á mucho mal. Dios sea con él, que cierto más me parece falta de salud que de buen alma lo que tiene. En irse ni en venirse á su Orden ninguna cosa pierde la nuestra.» Tambien queria que no se abriesen las puertas de sus monjas á genios melancólicos, y llegó á escribir (1): «Harto más valdria no fundar que llevar melancólicas que estraguen la casa.» Y á la verdad son tan peligrosas, que santo Tomás con san Agustin dice, que las cinco Vírgenes del Evangelio eran fátuas porque les faltaba el óleo de la alegría, por lo cual el Esposo las cerró las puertas, y así lo hace santa Teresa.

Mas como una de las especies de melancolía tome su origen en los escrúpulos y apretamientos del temor, será conveniente decir algo de lo mucho que sobre esto escribe la Santa para consuelo de los tales. «Tened, dice (2), mucho cuidado de no hacer pecado venial de advertencia, que de otra suerte, ¿quién estará sin hacer muchos? Mas hay una advertencia muy pensada, y otra tan de presto, que sólo se hace el pecado, y se nota, cuando está hecho. Mas no se desanime, aunque se caiga alguna vez, sino procure luego pedir perdon. Cuando esto que he dicho del santo temor de Dios hubiéramos hecho, no es menester andar tan encogidos ni apretados, que el Señor nos favorecerá, y ya la costumbre nos será ayuda para no ofenderle, sino andar con una santa libertad, tratando con quien fuere justo, aunque sean personas distraidas, porque las que ántes que tuviérades este temor de Dios os fueran tósigo y ayuda para matar el alma, muchas veces despues os la darán para amar á Dios y alabarle, porque os libró de aquello que veis ser notorio peligro. Y si ántes fuérades parte para ayudar á sus flaquezas, ahora lo seréis para que se vayan á la mano en ellas por estar delante de Vos, que sin quereros hacer honra, acaece esto. Yo alabo á Dios, viendo que sin decir una palabra un siervo de Dios ataja las palabras que se dicen contra él.

(1) Tom. iv, cart. 43.

(2) Cam. de perf., cap. xli, n.º 3.

Me parece que como delante de uno, que es amigo de quien hablamos, no se atreven á hablar mal, así como este está en gracia, la misma gracia, por baja que sea la persona, hace que se le tenga respeto, y no le den pena en cosa de ofender á Dios. Así no os apreteis, porque si el alma se comienza á encoger, es muy mala cosa para todo lo bueno, y á las veces da en ser escrupulosa, y véisla aquí inhabilitada para sí y para los otros: ya que no dé en esto, será buena para sí, mas no llevará muchas almas para Dios, como ven tanto encogimiento y apretura. Es tal nuestro natural, que les atemoriza y ahoga, y aún se les quita la gana, por no verse en semejante apretura de llevar el camino que Vos llevais, aunque conocen claro ser de más virtud. Y viene otro daño de aquí, que es juzgar á otros, como no van por vuestro camino, sino con más santidad por aprovechar al prójimo, tratan con libertad, y sin esos encogimientos, luego os parecen imperfectos. Si tienen alegría santa, parecerá disolución, en especial en las que no tenemos letras, ni sabemos en lo que se puede tratar sin pecado, es muy peligrosa cosa, y aún andar en tentacion continua, y de muy mala digestion, porque es en perjuicio del prójimo; y pensar que si no van todos por el modo que Vos encogidamente, no van tambien, es malísimo. Y hay otro daño, que en algunas cosas que habeis de hablar, y es razon habéis, por miedo de no exceder en algo, no osaréis, sino por ventura decir bien de lo que seria muy bien que abominásedes. Así, hermanas, todo lo que pudiérades sin ofensa de Dios, procurad ser afables, y entender de manera con todas las personas que os trataren, que amen vuestra conversacion, y deseen vuestra manera de vivir y tratar, y no se atemorizen y amedrenten de la virtud. A las Religiosas importa mucho esto, mientras más santas, más conversables con sus hermanas, que aunque sintais mucha pena, si no van sus pláticas como vos deseais, nunca os extrañeis de ellas, y así aprovecharéis y seréis amadas. Que mucho debemos procurar ser afables y agradar y contentar á las que tratamos, en especial á nuestras hermanas. Así que,

hijas mías, procurad entender de Dios en verdad que no mira tantas menudencias, como vosotras pensais, y no dejeis se os encoja el ánima y el ánimo, que se podrán perder muchos bienes. La intencion recta, y la voluntad determinada de no ofender á Dios; no dejeis arrinconar vuestra alma, que en lugar de procurar santidad, sacará muchas imperfecciones, que el demonio le pondrá por otras vias, y como he dicho, no aprovechará á sí y á las otras tanto como pudiera. Veis aquí como con estas dos cosas *amor* y *temor* de Dios podemos ir por este camino sosegados y quietos, aunque como el temor ha de ir siempre delante, no descuidaos; que esta seguridad no la hemos de tener mientras vivimos, porque seria gran peligro, y así lo entendió nuestro Enseñador, que en el fin de esta oracion (del *Padre nuestro*) dice á su Padre estas palabras: *mas libranos de mal*, como quien entendia bien, que eran menester.»

El medio, pues, para vivir sin sobresalto en guerra tan peligrosa, y sin escrúpulos que nos lleven á una gran melancolía, y nos embaracen y detengan en el camino, no es otro que el que aquí enseña santa Teresa, y aún más brevemente cuando dice (1): «*Amor* y *temor* es el remedio para vivir sin sobresalto. El *amor* hace correr, y el *temor* mirar dónde ponemos los piés para no tropezar. Estos son dos castillos fuertes, desde donde se hace guerra al mundo y al demonio. Los que de veras *aman* á Dios, todo lo bueno aman, todo lo bueno quieren, favorecen y loan; con los buenos se juntan y los defienden, no aman sino verdades y cosas dignas de amar. No es posible que amen vanidades, riquezas, cosas del mundo, deleites ni honras. No tienen contien- das ni envidias, y andan muriendo, porque su amado los ame, y así ponen su vida en agradarle siempre. Fiel es el Señor, si no andais con malicia ni soberbia; sujetos al confesor, no temais, que aunque el demonio os haga cocos, y quiera haceros ilusiones, pensando daros la muerte, os dará la vida. No queramos, pues, regalos, hijas, bien estamos aquí; todo es una noche la

(1) Cam. de perf., cap. XL, n.º 1, 2 y 3.

mala posada, alabemos á Dios, y esforcémonos á hacer penitencia en vida. Seguras podemos ir (ó morir) con el pleito de nuestras dudas, no será ir á tierra extraña, sino propia, pues es á la de quien tanto amamos y nos ama, pues estamos seguros de que si le amamos nos ama, lo que no tienen los quereres de acá, que son ingratos.»

¡Oh y qué amable, dulce y suave nos presenta aquí la virtud santa Teresa! ¡Y podrá el corazón resistir la fuerza dulce de sus palabras!

MÁXIMA. — Querria dar voces y dar á entender á todos lo que les va en no contentarse con cosas pocas, y cuánto bien hay que nos dará Dios, en disponernos nosotros. San José socorre en todo peligro y necesidad.

FRUTO. — Acudiré en todo peligro y necesidad al excelso Patriarca san José, con la confianza de alcanzar remedio. Le rezaré los miércoles siete *Padre nuestros*.

JACULATORIA. — Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

## LECCION LXXX.

DIA 20 DE MARZO.

ORACION. — ¡Oh Dios mio... como en la página 1.

Casos muy particulares que sucedieron á la Santa en la admision de novicias; como dió el hábito á una esclavilla sin dote, y desechó otras que lo tenían. Contiene doctrina muy útil, y que enseña la prudencia y templanza.

Esta gran Santa, que parecia un fuego y un rayo contra todo el infierno, y contra cuanto se oponia al mayor servicio de Dios, se ve llena de moderacion y desinterés en lo que toca al buen gobierno de sus hijas.

Bastaría copiar el capítulo xxvii del libro de sus fundaciones, para ver como jamás dejó de recibir novicia por falta de dote, como la contentara en lo demás, y que aún parece tenía más contento en recibir de limosna y á las pobres, que á las ricas. Mas no por esto decía que siempre se hiciese, ántes por al contrario, la parecía mal que no diesen dote, cuando podian. «Cuando la que viene lo tuviere, dice, como lo ha de dar á otros que no lo han por ventura menester, bien es que os lo dé de limosna, que yo confieso me pareciera desamor si no lo hiciera.»

«Mucho querria, dice (1) á María de San José, Priora de Sevilla, mucho querria que se tuviese gran cuenta con no henchir la casa de monjas, si no fuere quien sea para ello y ayude á pagarla.» Con todo, en Malagon admitió una con solos trescientos ducados, y dice (2): «Poco es, mas si es verdad lo que dicen de ella, de valde es buena.» En Segovia recibió otra sin nada, y dijo: «Como otras nos dan porque recibamos sus hijas, le debíamos dar á usted (hablaba con los padres) porque nos dió la suya.» En el monasterio de Sevilla se hallaba una esclavilla jóven que habia servido como tal á las monjas desde su principio en calidad de criada seglar, que despues quiso entrar monja, y hablando la Santa sobre esto con la Priora, escribe así (3): «En cuanto á entrar la esclavilla, en ninguna manera resista, que al principio de las casas muchas cosas se hacen fuera de lo que se ha de hacer, y no tiene para que tratar con ella de perfeccion, sino de que sirva bien, que para freila (ó lega) poco importa, y podrá estarse sin hacer profesion toda su vida, si no es para ello. La hermana es lo peor; mas tampoco la deje de recibir, y acabe con Dios que sea buena. A la una ni á la otra no apriete con perfecciones. Basta que guarden lo esencial bien, que la deben mucho, y sácanlas de tan gran trabajo. Algo se ha de sufrir, que así hacemos en todas partes á los principios, que no puede ser menos. Por

(1) Tom. iii, cart. 64.

(2) Tom. ii, cart. 79.

(3) Tom. ii, cart. 91.

caridad que se regale (esto es, á la Priora que andaba mala), y á la mi Gabriela que traigan lienzo, y déjense de rigor en tiempo de tanta necesidad. Busquen dinero prestado para comer, que despues se pagará. No anden hambrientas, que me da mucha pena...» Todo esto era en tiempo de muchas enfermedades y pobreza, y que morian muchas, y las consuela diciendo: «Ellas se van al cielo, no tengan pena...» No son pocas las virtudes que aquí descubre santa Teresa. Su caridad mezclada con la gratitud, pues aquella esclavilla habia servido á las monjas desde que entraron en Sevilla de puertas á fuera, como una esclava, y por esto ahora la quiere por hija, á lo que tambien contribuyó sacarla á ella y á una hermana suya de un gran trabajo. ¡Qué corazon tan grande y generoso! Bien tienen aquí que aprender los señores el modo de recompensar los buenos servicios, aunque sean de un esclavo, pues santa Teresa admite dos infelices, sólo por haber servido la una, sin que la pudiera mover á esto el *dote* que no tenían. ¡Qué caridad! Hija de tal padre que trataba los esclavos como si fueran hijos, segun vimos en el principio. Admite Teresa dos esclavas y sin dote, y esto al mismo tiempo que dice no se maten de hambre y busquen dinero prestado, porque era extremada la pobreza. La misma que habia negado la entrada á otras muy ricas, de grandes talentos, y con la mayor recomendacion de su Pablo, que era el P. Gracian, á quien amaba y debía tanto; la misma que desertó el convento de Pastrana, y abandonó la princesa de Eboli, que queria estar y ser monja en aquel mismo que ella habia fundado, ahora admite una pobre, una esclava y sin talento particular, ni áun virtud. Esto parecerá imprudencia á los ojos del mundo, pero la Santa sabe templar su rigor con la moderacion, segun conviene á la gloria de Dios. «Algo se ha de sufrir, dice, que así hacemos en todas partes á los principios, que no puede ser menos.» Sara dijo á Abraham que echase de casa á la esclava: Teresa la busca y admite, porque ya es noble, sólo porque quiere servir á Dios. «A la una ni á la otra, dice, no la apriete con perfecciones, basta que

guarden lo esencial bien.» En todo este suceso enseña la Santa á los superiores la virtud de la templanza con obras y palabras, porque hay casos en que no hay más ley que la prudencia. Es punto muy esencial de gobierno acomodarse al tiempo y á los sujetos, obrando y llevando los súbditos segun su talento y capacidad, como hizo el profeta Eliseo, que para resucitar al niño se ajustó con su pequeñez. Tal es la templanza cristiana, que se atempera con todos menos con el pecado.

En una carta al P. Gracian (1) habla de una monja que entró por recomendacion del P. Olea, y despues la negaron la profesion, y la levantaron mil cosas á la Santa y á las monjas, diciendo unos la echaban por no tener dote, otros que no habia más causa que no necesitarla ya, y tener otras de más dote, y que todo era enredo de la Santa. «Sepa, le dice al P. Gracian, que el P. Olea (jesuita) está muy enojado conmigo por la monja que ya se fué, y en conciencia no pude hacer otro, y como ello sea cosa que toque en agradar á Dios húndase el mundo. Nunca nos venga bien yendo contra la voluntad de Dios nuestro bien. Dios nos libre de haber menester á las criaturas. Dice lo he hecho porque ya no la he menester, y que tengo estas tretas.» El P. Ambrosio Mariano (Descalzo) la empeñó sobre el mismo caso (2), y se niega con igual valor que templanza: «Parece, dice, que V. R. no tiene entendido lo que debo y quiero al P. Olea, y que no soy desagradecida, y si este negocio fuera perder descanso y salud, ya estuviera concluido; mas cuando hay cosa de conciencia en ello, no basta amistad, porque debo más á Dios que á nadie. Pluguiera á Dios que fuera falta de dote, que son muchas las que hay sin ninguno, quanto más que le tiene bueno. Jamás creeré que estas monjas han de quitar el hábito no habiendo muchas causas, porque sé el escrúpulo que suelen tener en esto. Dígame V. R., pues, si no le dan los votos, ¿cómo puedo yo

(1) Tom. II, cart. 27, n.º 3. Más pudiéramos decir sobre este asunto.

(2) Tom. I, cart. 28.

hacerles tomar una monja por fuerza, ni ningun Prelado? Y no piense que le va nada al P. Olea, pues me ha escrito no tiene más con ella que con uno que pasa por la calle. Yo he hecho en esto más de lo que era razon, pues la hice tener otro año para que se pruebe (y no bastó), y esto por servir al P. Olea. Escarmentado he de mirar mucho lo que hago de aquí adelante, y así no se tomará la del Sr. Nicolao, aunque á V. R. más le contente. No trate más de ello.»

Bien se ve por estos casos cuán disparatados son los humanos juicios, y como el mundo siempre piensa lo peor de las almas religiosas; mas ellas dicen con la Santa: *Si está Dios de por medio*, húndase el mundo, que más debemos á Dios que á nadie. Dios nos libre de necesitar las criaturas, pues aunque hagamos mil favores, en negando uno que es contra conciencia, se vuelven enemigos y se olvida todo. Conforme á esto dió la Santa este aviso al Provincial desde el cielo (1): «Procure introducir en las casas que no se procure aumento temporal ni espiritual por los medios que los seglares lo hacen, porque no harán lo uno ni lo otro, sino que se fien de Dios y vivan en recogimiento; porque algunas veces piensan que hacen provecho á los seglares y á nuestra Orden en comunicarlos mucho, y antes pierden crédito, y sacan daño en sus espíritus. Y pensando pegarles espíritu, traen ellos el de los seglares y sus modos, y así saca mucho provecho el demonio, porque por la solicitud en lo temporal entra el espíritu de distraccion en la Orden y tiniebla en el espíritu.

Todo esto no sólo es prudencia grande, sino que enseña á templar el zelo indiscreto, ó con capa de virtud, no menos que la reserva con que deben admitirse los empeños, y la libertad que deben tener para obrar segun conciencia y conforme á Dios, aunque se disgusten los hombres. Aquí se ven los términos de la amistad y la desconfianza en los hombres. El que tome las reglas de moderacion de santa Teresa acertará en todo,

(1) Tom. 1, aviso 10.

y sabrá atemperarse á las circunstancias y lugares, pero sin faltar jamás á Dios, que debe ser siempre nuestro principal amigo.

MÁXIMA.— Nuestro Señor paga los servicios grandes que le hacen con crecidos trabajos.

FRUTO.— Seré varon y no de los que se echaban á beber de bruces cuando iban á la batalla para padecer por mi Dios.

JACULATORIA.— Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

## LECCION LXXXI.

DIA 21 DE MARZO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Todo cuanto escribió santa Teresa lo hizo por obediencia, y ésta la dió fuerzas para hacerlo bien. Doctrina admirable que nos da sobre esta virtud.

No se necesita más que oír los dictámenes y doctrina de nuestra Santa sobre la obediencia para conocer el precio de esta virtud, y su grande perfeccion en el modo y sustancia con que obedecia la Santa. Era su norte en todas las obras, y así no es extraño que hable de la obediencia casi de continuo en sus obras. «Pocas cosas de obediencia se me han hecho tan dificultosas, dice en el prólogo de sus *Moradas*, como escribir cosas de oracion, porque ni me parece me da espíritu Dios, ni deseo, ni tengo cabeza há tres meses por la flaqueza y ruido que tengo, de modo que áun por los negocios precisos escribo con pena. Pero sabiendo que la obediencia *allana imposibles*, lo hago de muy buena gana, aunque el natural se aflige. Si el Señor no me diera gracia para acertar, con cansarme y acrecentar

el mal de cabeza por obediencia, quedaré con ganancia, aunque de lo que dijere no saque provecho.» Lo mismo dice escribiendo su Vida, pues todo lo hizo por obedecer. En el prólogo de sus *Fundaciones*, que escribió por mandado de dos confesores, el P. García de Toledo, dominico, y el P. Ripalda, jesuita, dice afligida, por temer no podría cumplir el mandato por su poca salud, ser para poco é imposible por las muchas cartas, negocios y otras ocupaciones de obediencia, que la dijo el Señor: *Hija, la obediencia da fuerzas*. «Por experiencia, añade, veo el gran bien que es para un alma no salir de la obediencia. En esto está el irse adelantando en la virtud y el ir cobrando la humildad; en esto la seguridad de la sospecha que tenemos de no errar el camino del cielo. Aquí se halla la quietud precisa para contentar á Dios, porque si de veras se han resignado en la santa obediencia y rendido el entendimiento á ella, no queriendo otro parecer que el del confesor, y si son Religiosos el del Prelado, el demonio cesa de acometer con inquietudes, por ver que antes sale con pérdida que con ganancia. Y tambien nuestros bulliciosos movimientos, amigos de hacer su voluntad y sujetar la razon, cesan, acordándose que ya determinaron ceder su voluntad á la de Dios, tomando el medio de sujetarse á quien toman en su lugar.»

«Lo que me parece haria mucho provecho, dice (1), á los que tratan de oracion, es estudiar la prontitud de la obediencia, y aunque no sean Religiosos, seria gran cosa tener á quien acudir, para no hacer en nada su voluntad, que es lo que nos daña, y no buscar otro de su humor, como dicen, que vaya con tanto tiento, sino que esté con mucho desengaño de las cosas del mundo.» En la Morada quinta (2), despues de manifestar que tornan atrás muchos llamados como Judas al Apostolado, y Saul á ser rey, y lo pierden todo por su culpa, dice: «De dónde sacaremos, que para ir mereciendo más y más, y no perdernos como éstos, la seguridad que podemos tener, es la obediencia, y no torcer de la ley de

(1) Mor. III, cap. II, n.º 7.

(2) Cap. III, n.º 2.

Dios. Y hablando de la union del alma con Dios en oracion de quietud y otras mercedes sublimes, añade: «Para alcanzarla no debemos tener voluntad propia, sino atada con la de Dios. Bien dirán muchos que morirían por esta verdad, pues yo digo que cuando sea así, ninguna cosa se os dé no tener esta otra union regalada que queda dicha, que lo que hay de mayor precio en ella no es el gusto y regalo, sino este modo de proceder por obediencia y estar resignada vuestra voluntad en la de Dios. ¡Oh qué union ésta para desear! Venturosa el alma que la alcanza, que vivirá con descanso en esta vida y en la otra, sin afligirse nada de la tierra si no hay peligro de ofender á Dios, ni enfermedad, ni pobreza, ni muerte, nada la turbará.» En fin, acaba este libro diciendo las maravillas de la séptima Morada y los grandísimos favores y regalos que Dios hace allí, y encarga no salga jamás el alma, «si no fuéredes, dice, llamada de la Priora, cuya voluntad quiere tanto este gran Señor que cumplais como la suya mesma. Y aunque os esteis mucho fuera por su mandado (en cosas exteriores), siempre cuando tornáredes os tendrá la puerta abierta.»

«Tengo por una de las mayores mercedes que Dios me ha hecho, dice (1), el desecho de ser obediente, porque en esta virtud siento mucho contento, como cosa que más encomendó Nuestro Señor. Iré al cabo del mundo, como sea por obediencia, decia al P. Gracian (2), y mientras más trabajo fuese, me holgaria más de hacer alguna cosita por este gran Dios que tanto debo. En especial creo es más servirle, cuando sólo por obediencia se hace.» El P. Alvaro hizo una prueba singular de su obediencia. Le consultó la Santa una cosa, el Padre la respondió, pero la previno que en dos meses no abriera la carta donde iba la respuesta que deseaba, y así lo hizo sin violencia. Cuando la mandaron suspender la primera fundacion, quedó con tanto gusto como si nada la interesara. Ya sabemos que por obediencia que-

(1) Tom. I, cart. 8, n.º 4.

(2) Tom. I, cart. 25, n.º 3.

mó el libro sobre los Cantares, y áun el de su Vida estuvo expuesto á padecer lo mismo, pues como Bañez por probarla la dijera que pensaria lo que habia de hacer con aquel libro, le respondió la Santa: Mande V. R., que al punto obedezco.

Notemos aquí como la Santa, en todo cuanto dice de la obediencia, explica que no habla sólo con monjas y religiosos, sino con cuantos quieren servir á Dios, pues las utilidades que nos propone en negar la voluntad propia son comunes para todo género de personas y estados, pues todos tienen superiores y pasiones que vencer. Esta obediencia es el medio para no errar el camino del cielo: esta lo hace todo fácil, aunque parezca imposible; quita al demonio las fuerzas para tentar, y las pasiones callan y se rinden: en fin, esta virtud, conformando nuestra voluntad con la divina y con la del superior, que Dios quiere que cumplamos como la suya propia, es más apreciable que todos los regalos y mercedes de Dios, nos quita las aflicciones excesivas en los trabajos y desgracias, sabiendo que así lo quiere ó permite el Señor, y nos asegura en todo lo que hacemos por obediencia, aunque parezca distraccion ó peligro, y siempre hallaremos la puerta de Dios abierta, cuando volvamos del ejercicio exterior, como dice la Santa. Este debe ser el gran consuelo de las almas ocupadas por Dios ó los superiores en los ejercicios de Marta, y no hay que apetecer la quietud y descanso de María, porque ambas hermanas le sirven, y para el Señor no hay más preferencia que la de quien obra en todo más conforme y rendido á la voluntad divina, que debe ser la regla de todas nuestras obras, y no nuestra voluntad. Aprendamos, pues, de santa Teresa, que no obra con menos perfeccion en la práctica de la obediencia que en los dictámenes que da, pues no entran en el cielo los que hablan bien, sino los que obran conforme á la verdad.

MÁXIMA.—La que más pudiese padecer, que padezca más por su Esposo, y será la mejor librada.

FRUTO.— No llevaré arrastrando, sino con amor, la cruz que el Señor me envía, pues así es más ligera y suave de llevar.

JACULATORIA.— Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

## LECCION LXXXII.

DIA 22 DE MARZO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... como en la página 1.

Santa Teresa precave todo lo más disimulado, que el amor propio, genio y voluntad de interés nos presenta para no obedecer, á título de virtud, algunas veces.

Como santa Teresa conocia que la obediencia es la esencia del religioso, y que el demonio quiere engañar con *achaque de perfeccion*, como enseña, hablando de unas mortificaciones extraordinarias que hacian las monjas de Malagon (1), dice á sus hijas estas palabras: «Aunque es de gran provecho y mérito el recogimiento de la oracion, entiéndase esto cuando no hay de por medio cosas que toquen en *obediencia* y aprovechamiento de los prójimos, á que obliga la *caridad*, que en tales casos cualquiera de estas dos cosas que se ofrezcan piden que dejemos el tiempo que tanto deseamos dar á Dios, regalándonos con El. Esto es, *regalar nosotros á Dios*, y hacer lo que nos enseñó: lo que hicisteis por uno de estos pequeñuelos, hicisteis por mí. Y en lo que toca á la obediencia, no querrá que vayamos por otro camino que el que siguió, obedeciendo hasta la muerte. Y si esto es verdad, ¿de qué procede el disgusto, cuando no se ha estado mucha parte del dia muy apartados y embebidos en Dios? A mi parecer, por un amor pro-

(1) Tom. II, cart. 82, y Fund., cap. v, n.º 3.

pio que se mezcla muy delicado, y no nos deja entender, que es querernos contentar más á nosotros que á Dios... Seria cosa récia que nos dijera claramente Dios, fuésemos á alguna cosa que le importa (como el bien del prójimo), y no quisiéramos sino estarnos mirándole, porque estamos más á nuestro placer: ¡donoso amor de Dios! Algunas personas me han hecho entender esta verdad, cuando yo estaba con pena de verme con poco tiempo, y ver otras siempre ocupadas en muchos negocios de obediencia, y creia no era posible crecer el espíritu entre tanta barahunda. Pero ¡oh Señor! ¡Qué diferentes son vuestros caminos de nuestras imaginaciones!... Vos le vais disponiendo el alma y las cosas que trata, de modo que, sin entenderlo, obedeciendo con facilidad nos hallamos con espíritu y gran aprovechamiento...» De aquí pasa la Santa á probar que la obediencia es el medio más pronto, fácil y seguro para llegar á la perfeccion, «porque como por la obediencia cedemos el señorío de nuestra voluntad para emplearla toda en Dios, no hay otro camino como éste para sujetarla, pues esto no se hace con razones, porque el amor propio tiene tantas, que lo que es mayor razon, nos hace parecer disparate, con la poca gana que tenemos de hacerlo, y á esto ayuda el mundo, demonio y nuestra sensualidad. ¿Pues qué remedio contra tanto enemigo? Que ansí como en un pleito dudoso se toma un juez, y lo dejamos en su mano cansados de pleitear, tome nuestra alma uno que sea prelado ó confesor, con determinacion de no traer más pleito, sino fiar en quien dijo: *Quien á vosotros oye, á Mi me oye*, y descuidar de su voluntad. Tiene el Señor en tanto este rendimiento, y con razon, pues es hacerlo señor del libre albedrío que nos ha dado, que por fin, despues de pruebas y batallas venimos á conformarnos con lo que nos mandan, y con pena ó sin ella, en fin, lo hacemos, y el Señor ayuda tambien de su parte, que por la misma causa que sujetamos nuestra voluntad y razon por El, nos hace señores de ella. Entonces, siendo señores de nosotros mismos, nos podemos con perfeccion emplear en Dios, dán-dole la voluntad limpia para que la junte con la suya;

pidiéndole que venga fuego del cielo de amor suyo, que abrase este sacrificio, quitando lo que puede descontentarle, pues ya lo hemos puesto sobre el altar, y no toca en la tierra. Créanme: no hay mejor camino para la perfeccion, que cavar y trabajar en la mina de la obediencia, y cuanto más nos sujetemos á los hombres por Dios, más señores serémos de nuestra voluntad para conformarla con la de Dios. Esta es la *union* que yo deseo: hacer mi voluntad una con la de Dios, y no unos embebecimientos muy regalados que hay, á quien tienen puesto nombre de *union*, porque si queda poca obediencia y propia voluntad, me parece á mí que la *union* será con su amor propio y no con la voluntad de Dios. Otros están con pena fuera de la soledad y oracion, porque aquí hay menos ocasiones para ofender á Dios, y esto les hace no querer tratar con nadie. Así es, cuando no hay *obediencia* ó *caridad*, pero habiendo algo de esto, aquí (en las ocasiones) se ha de ver el amor de Dios, que no en los rincones, sino en medio de los peligros, y creedme, que aunque haya más faltas es mayor ganancia nuestra, porque llegamos á entender (en las faltas) quien somos, y hasta donde llega nuestra virtud, y tengo por mayor merced un dia de propio y humilde conocimiento, que muchos de oracion. Cosa récia seria, que sólo en los rincones se pudiera traer oracion.»

Con esta tan admirable doctrina deshace santa Teresa todas las excusas que la falsa piedad nos presenta para no obedecer muchas veces. Es doctrina solidísima y tan varonil en sus expresivas razones, que no deja ya nada que desear, para entregarnos con gusto y seguridad en manos de la obediencia, pues entre las dudas de la vida no hay puerto más seguro que este, como quien tiene un pleito enredoso, en cuyo caso se comprometen las partes al juicio de un tercero inteligente é imparcial: en fin, sin esta doctrina, siempre anduviéramos vacilantes y descontentos de nosotros y de los superiores, pero con ella nos hacemos dueños y señores de nosotros mismos, miramos todo el mundo con indiferencia, nos aseguramos en las resoluciones,

respetamos á los mayores y llevamos con gusto cuanto nos mandan sin resentimientos ni murmuraciones, sino con paz y suma alegría.

MÁXIMA.— Cuando nos apedreen á los que tratamos en la fundacion, entonces irá bueno el negocio.

FRUTO.— Persuadirme que es una gran locura tener esfuerzo y ánimo para acometer á una infinita Majestad, y faltarme para irme á la mano en cosas muy livianas que le ofenden.

JACULATORIA.— Bondadoso san José, Esposo de María, protegernos, protegidos á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

## LECCION LXXXIII.

DIA 23 DE MARZO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Dos casos referidos por la Santa sobre personas que comulgaban todos los días, y como por la obediencia se conoció el espíritu que era, y como enseñaba Teresa con obras y ejemplos.

Una de las cosas más difíciles que hay en la Religión es distinguir el buen espíritu del malo en algunas personas espirituales ó dedicadas á la mística. Hasta el espíritu de Teresa anduvo mucho tiempo en opiniones. Se equivocan los arrobamientos de Dios con otros que aparenta tales el demonio, ó los causa la naturaleza y circunstancias particulares de las personas. La Santa, pues, como maestra de espíritu, habla de personas que se estaban las siete y ocho horas en una oracion de quietud, sueño espiritual y embebecimiento del alma, mas que sólo servia todo esto para perder el tiempo (1).

(1) Fund., cap. vi, n.º 8.

«Miseria humana, dice, que aún en lo bueno necesita tasa y medida para no perder la salud. Si hubiera de escribir lo mucho de este daño que ha venido á mi noticia, vieran que tengo razon. Están en uno de estos monasterios una monja y una lega, la una y la otra de grandísima oracion, acompañada de mortificacion y humildad, y virtudes muy regaladas del Señor, y tan desasidas y ocupadas en su amor, que no dejan de responder á sus favores: comenzábanles unos ímpetus muy grandes, que no se podian valer, y pareciales se les aplacaban cuando comulgaban, y crecian tanto, que si no comulgaban cada dia, parecia se iban á morir. A los confesores les pareció preciso este remedio de comulgar diariamente. No paró en esto, sino que á la una eran tantas sus ánsias, que era menester comulgar de mañana para vivir, á su parecer, que no era que fingieran cosa, ni por todo el mundo dijeran mentira. La Priora me escribió no se podia valer de ellas, y que personas tales decian que, pues no podian más, se remediasen así. Yo entendí luego el negocio, porque Dios quiso: con todo callé hasta estar presente y dar mis razones á quien lo aprobaba. El era tan humilde, que luego me dió crédito; el otro no era tan espiritual, y no habia remedio de persuadirle. Las comencé á hablar con razones, para que entendieran era imaginacion pensar que se moririan sin este remedio, pero nada bastó ni bastara llevándolos por razones. Y así, dejando estas, las dije que yo tambien tenia aquellos deseos, y dejaria de comulgar, porque creyesen que ellas no lo habian de hacer, sino cuando todas, que nos muriésemos todas tres: que yo ternia esto por mejor, que no comenzar tales costumbres, á donde habia tantas que amaban á Dios como ellas, y querrian hacer otro tanto: mas habia hecho tanto daño la costumbre y el demonio, que se debia entremeter, que como no comulgaron parecia que se morian. Yo mostré gran rigor, porque mientras más veia que no se sujetaban á la *obediencia* (porqué, á su parecer, no podian más) más claro ví que era tentacion. Aquel dia pasaron con harto trabajo, otro con un poco menos, y así se fué dismi-

nuyendo de manera, que aunque yo comulgaba, porque me lo mandaron, que como las ví tan flacas queria no comulgar, pasaban muy bien por ello. Desde á poco entendieron ellas y todas la tentacion, y el bien que fué remediarlo con tiempo; porque de aquí á poco más sucedieron cosas en aquella casa de inquietud con los prelados, no á culpa suya, que no tomaran á bien semejantes costumbres ni las sufrieran. Estaba otra monja (Bernarda) no menos virtuosa que las dichas, que con ayunos y disciplinas vino á tanta flaqueza que cada vez que comulgaba caia en el suelo ocho ó nueve horas, pareciendo á todas era arrobamiento. Andaba esta fama por todo el lugar: á mí me pesaba oirlo, porque quiso Dios entendiera lo que era. Quien la confesaba me lo contó, y le dije lo que entendia, que no era más que flaqueza y perder el tiempo, que la quitase los ayunos y disciplinas y la hiciese divertir. Ella era obediente, hizolo así, y en tomando fuerzas ya no hubo nada, y si fuera Dios nunca bastara á quitarlo. Entiéndase, pues, que todo lo que nos sujeta, de modo que no quede libre la razon, es sospechoso, quita la libertad de espíritu, hace daño al cuerpo y ata el alma, como el que cae en un atolladero y no puede pasar de allí ni volar. Puede quedar el alma algo suspendida por algunos dias, mas en pasar seis ú ocho es preciso remedio. No suele haber pecado, pero hay hartos inconvenientes, y en lo que toca á las comuniones más, si no está sujeta al confesor y Prelado. Es menester mortificarlas y darlas á entender conviene más no hacer su voluntad que no su consuelo.»

Por todos estos sucesos se ve la fuerza de la obediencia, y como para ser santos no necesitamos ser singulares, sino obrar al exterior como todos, y en el interior como ninguno. Se ve aquí la gran prudencia y luz de santa Teresa y la solidez de su virtud, porque sus reglas son fijas y dirigidas todas á la *pedra de toque*, obedeciendo. Se ve en fin la mezcla de suavidad y rigor con que formaba el *jarabe espiritual*, propio para curar los accidentes del alma; que siempre comenzaba la Santa con razon su gobierno, y cuando esto no era

suficiente entraba la autoridad y firmeza. Aprendan de aquí todos los directores una doctrina que quizá no hallarán en otros libros, y no menos las almas espirituales. Estos verán los frutos de la obediencia y docilidad aún en materia de comuniones, y los otros hallarán las mejores reglas para saber distinguir los espíritus por aquellas palabras de Dios: *Mejor es la obediencia que las víctimas.*

MÁXIMA.—Importa mucho no mirar nuestra flaca disposición, cuando entendemos se sirve al Señor, por contradicción que se nos ponga delante, pues es poderoso para hacer de los flacos fuertes, y de los enfermos sanos.

FRUTO.—Exclamaré con la esforzada Heroína muchas veces: ¿Para qué es la vida y la salud sino para perderla por tan gran Rey y Señor? Cree, alma mía, que jamás te irá mal por aquí.

JACULATORIA.—Bondadoso san José, Esposo de María, protégednos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

## LECCION LXXXIV.

DIA 24 DE MARZO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... como en la página 1.

Otro caso que refiere la Santa de una mujer que comulgaba todos los días y no tenía director, y su admirable doctrina sobre este suceso y sobre la obediencia.

«Acuérdome, dice santa Teresa (1), que en un lugar á donde estuve y había monasterio, conocí una mujer, grandísima sierva de Dios á dicho de todo el pueblo, y debíalo de ser: comulgaba cada día, y no tenía confesor particular, sino que iba una vez á una iglesia y

(1) Fund., cap. vi, n.º 15.

otra á otra. Yo lo notaba, y quisiera más verla obedecer á una persona que no tanta comunión. Estaba en casa de por sí, y á mi parecer, *haciendo lo que queria*, sino que como era buena, todo era bueno: yo se lo decia algunas veces, mas no hacia caso de mí, y con razon, pues era más mejor que yo. Fué allí el santo fray Pedro de Alcántara, procuré la hablara, y no quedé contento, aunque yo creo que ella habia servido más al Señor, y hecho más penitencia en un año que yo en muchos. Vínole á dar el mal de la muerte, que á esto voy, y ella tuvo diligencia para procurar la dijese misa en su casa cada dia, y le diesese el santísimo Sacramento. Como duró la enfermedad, un clérigo harto siervo de Dios, que se la decia muchas veces, parecióle no se sufría de que en su casa comulgase cada dia. Debía ser tentación del demonio, porque acertó á ser el postrero que murió. Ella, como vió acabar la misa y quedarse sin el Señor, dióle tan grande enojo y estuvo con tanta cólera con el clérigo, que vino bien escandalizado á contármelo á mí. Yo sentí harto, porque (aún no sé si se reconcilió) me parece murió luego. De aquí vine á entender el daño que hace hacer nuestra voluntad en nada, y en especial en una cosa tan grande; que quien tan á menudo se llega á Nuestro Señor, es razon que entienda tanto su indignidad, que no sea por su parecer, sino que lo que nos falta para llegar á tan gran Señor supla la obediencia de ser mandadas. A esta bendita ofreciósele ocasion de humillarse mucho, y por ventura mereciera más que comulgando, entendiendo que no tenia culpa el clérigo, sino que el Señor, viendo su miseria y cuán indigna estaba, lo habia ordenado así para entrar en tan ruin posada. Así lo hacia una persona (era la misma Santa), que la quitaban muchas veces los discretos confesores la Comunión porque era á menudo. Ella, aunque lo sentía, por otra parte deseaba más la honra de Dios que la suya propia, y no hacia sino alabarle, porque habia despertado al confesor, para que mirase por ella y no entrase su Majestad en tan ruin posada: y con estas consideraciones obedecía con gran quietud de su alma, y por todo

el mundo junto no fuera contra lo que la mandaban. Creánme, que amor de Dios (esto es, el que nos parece tal) que menea las pasiones de suerte, que pára en alguna ofensa suya, ó en alterar la paz del alma, no es amor de Dios, sino que nos buscamos á nosotros, y el demonio no dormirá para apretarnos y dañarnos, como hizo á esta mujer, que cierto me espantó mucho, aunque no creo estorbare su salvacion, que es grande la bondad de Dios, mas fué á recio tiempo la tentacion. He dicho esto, porque las Prioras estén advertidas, y las hermanas teman y consideren, y se examinen de la manera que llegan á recibir tal merced. Si es por contentar á Dios, ya saben que se contenta más con la *obediencia* que con el *sacrificio*. Pues si esto es y merezco más, ¿qué me altera? No digo que queden sin pena, que no todas han llegado á perfeccion de no tenerla, por solo hacer lo que entienden que agrada más á Dios. Si la voluntad está desasida de su propio interés, no sentirá pena, antes se alegrará se le ofrezca ocasion de contentar al Señor en cosa tan costosa, y se humillará y quedará tan satisfecha comulgando espiritualmente. Si se tientan con la Prelada ó confesor, crean es conocida tentacion. ¡Oh! Si alguna se determina á comulgar cuando el confesor le dice que no comulgue, no querria el mérito que de allí sacara, porque en cosas semejantes no hemos de ser jueces de nosotros; el que tiene las llaves para atar y desatar, lo ha de ser. Plega al Señor, que para entendernos en cosas tan importantes nos dé luz, y no nos falte su favor para que de las mercedes que nos hace no saquemos darle disgusto.»

Bien justamente llama la Iglesia *celestial* la doctrina de santa Teresa, pues la que acabamos de oir no podia salir de ella, sino de Dios que se la inspiraba. Estos casos no sólo son instrucciones para conocer los espíritus, sino para hacernos amar con especial amor el yugo de la obediencia santa, y el desvío y negacion de nuestro parecer, pues si en tales circunstancias y tales personas está la Santa más por la obediencia que por las Comuniones, ¿qué diremos de las que sin más espíritu que su capricho quieren comulgar cada dia? El

ejemplo de esta mujer debe hacer temblar á las que á título de piedad se quieren gobernar por sí en todo, y no tener director fijo que las gobierne. Y esto que debe ser comun á todo hombre, y en todos los negocios, porque siempre es bueno consultar las cosas, es mucho más necesario para el gobierno de las almas, donde puede más facilmente engañar el demonio con apariencia de bien.

MÁXIMA.—Nunca dejé fundacion por miedo del trabajo, considerando que en aquella casa se habia de alabar á Dios y haber santísimo Sacramento.

FRUTO.—Me animaré á grandes cosas, porque no quiere Dios más de esta determinacion para hacerlo El todo.

JACULATORIA.—Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

---

## LECCION LXXXV.

DIA 25 DE MARZO.

ORACION.—¡ Oh Dios mio... como en la página 1.

Refiere la Santa varios casos de obediencia, en que sus hijas se cedían porque veían que su Madre, aunque la mandaran una cosa de burlas, la hacia de veras, y enseña qué es obediencia ciega.

No extrañemos tantos documentos de la Santa sobre la obediencia, porque era tan amante de esta virtud, que dice al P. Gracian (1): «Cada vez pienso que tengo esta virtud, porque de burlas que se me mande una cosa, la querría hacer de veras»; y así no es extraño que sus hijas salieran igualmente obedientes en ca-

(1) Tom. III, cart. 12.

sos semejantes, como la misma Santa dice (1) hablando de Toledo: «Se ejercitan mucho en obediencia y mortificación, de manera que tenía que mirar la Prelada lo que decía, porque al punto lo ponian por obra. Estaban una vez mirando una balsa del huerto, y dijo la Priora: ¿Qué sería si dijese á una Monja (que estaba allí) que se echase aquí? No lo hubo dicho, cuando ya estaba dentro, y fué menester mudarla toda. Otra estaba esperando para confesarse, y se llegó á hablar á la Priora, y dijole: Que, qué modo de recogerse era aquel, que metiera la cabeza en un pozo, y pensara allí sus pecados. Entendió que se echara, y lo hiciera si no acudieran pronto. A otra, en Malagon, que importunaba á la Priora para que la dejara tomar una disciplina, le dijo: «Váyase á pasear, déjeme:» y se fué con sencillez, y se estuvo paseando algunas horas, hasta que sabida la causa, la mandaron cesar. Mostrando otra un gusano á la Priora, diciendo que era muy hermoso, le dijo de burlas: «Pues vaya, cómaselo;» ella lo fué á freir, y viéndolo la cocinera, avisó y la detuvieron. Mandó la Santa en un día festivo que almorzasen las Monjas, y viendo que una no lo hacia, y se excusaba con humildad, la dijo: «Vaya, cómase por Dios y la obediencia un torrezno.» A lo que respondió: «¡Ay Madre! ¿Obediencia, Dios y torrezno? Con muy grande voluntad (2).» Otra Religiosa llamada Elena de Jesús tenia escritas estas sentencias en su celda: «No quiero más ciencia que obediencia; el superior para nos, es un visible Dios.»

«Tal ha sido la obediencia de éstas, dice la Santa, que ha sido menester las declaren algunas personas de letras las cosas en que han de obedecer, é ir las á la mano, porque hacian algunas bien ricias, que si su intencion no las salvara, fuera desmerecer, más que merecer, y esto no es sólo en este Monasterio, sino en todos».

La moral de santa Teresa es exactísima en todo, sin declinar en rigor, ni en anchura. Alaba la obediencia hasta lo sumo, pero quiere discrecion en los superiores, como ya vimos en otra parte. Siente la menor falta en

(1) Fund., cap. xvi y xviii.

(2) Tom. 1, cart. 23, not. 23. Tom. 1, cap. lxi, not. 6.

esta virtud, como lo manifiesta con la Priora de Alba, Juana del Espíritu Santo, de quien dice (1): «Enojada estoy de esos ayunos de la Priora, dígaselo, que por eso no la quiero escribir, ni tener cuenta con ella. Dios me libre de quien quiere hacer más su voluntad que obedecer...» Jamás hay excusa para faltar á la obediencia, y en parte ménos, cuando se quiere hacer servir de pretexto la santidad y ayunos para cubrir su amor propio ó la inobediencia. Lo más que puede hacerse en estos casos es representar con sencillez y humildad, como hizo la Santa con un sobrino suyo Francisco Observante, llamado Fr. Juan de Jesús, hijo de su mediahermana D.<sup>a</sup> María Cepeda. Como la obediencia, pues, lo trajera muy ocupado en cosas exteriores y en viajes, aunque la Santa quería que obedeciese, temía su disipacion, y por esto escribió al Padre Guardian de Cadalso estas palabras: «Haga V. que mi sobrino me escriba de cómo le va interior y exteriormente, que segun lo ejercita la obediencia en caminos, muy aprovechado ó distraido estará. Procure V. favor con los Prelados, pues será fácil con D.<sup>a</sup> María Mendoza y otras personas, para que se tenga cuenta con dejarle siquiera sosegar un poco...» Esto es lo más que puede ó debe hacer un inferior, y obedecer. *La obediencia debe ser ciega.* Mas nótese la doctrina de la Santa, y se verá que esta proposicion es verdadera, cuando por ella se quiere decir que el súbdito no debe tener ojos ni razones para quejarse jamás del superior, ni meterse á examinar las causas y motivos por qué le mandan esto ó aquello, por qué á él y no á los otros: así debe ser ciega, y obedecer á ojos cerrados. Pero no debe ser ciega para notar la sustancia del mandato, porque debiendo obedecer ántes á Dios que á los hombres, si lo que se manda es malo, como en los ejemplos primeros que propone la Santa, no puede obedecerse. Y por esto dijo, que fué preciso las explicaran cuando debian obedecer, aunque esto sólo sucede con unas Religiosas como las de santa Teresa, porque en otras es demasiada la repugnancia

(1) Tom. III, cart. 36, n.º 3.

y los argumentos que hacen para no obedecer, pretextando, no es bueno, ó no es conveniente, ni razonable el mandato. La regla fija es, pues, que siempre que no se vea cosa claramente pecaminosa, ó contra lo mandado por Dios, se debe obedecer; mas cuando claramente se descubre que lo mandado es contra la ley de Dios, á ninguna potestad se debe obedecer, ni se puede, aunque cueste la vida, como costó á los Mártires. Si la cosa es indiferente ó dudosa, como dejar un ayuno, ó el rezo, manifestando con humildad su razon ó escrúpulo, se debe seguir el mandato del superior.

MÁXIMA.— Quiere su Majestad y es amigo de ánimas animosas, como vayan con humildad y ninguna confianza de sí, y ninguna alma de estas queda baja en el camino de la virtud, y ninguna alma cobarde que ande en muchos años lo que éstas en pocos.

FRUTO.— Esforzaré mi corazon diciendo con san Pablo, san Agustín y la Santa: Todo lo puedo en Dios que me conforta. Dame, Señor, lo que me mandas, y manda lo que quisieres.

JACULATORIA.— Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

## LECCION LXXXVI.

DIA 26 DE MARZO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... como en la página 1.

Dos casos muy particulares en que santa Teresa manifestó una obediencia heroica, y su ejemplo puede ser confusion de la nuestra.

Aunque la doctrina de santa Teresa sobre la obediencia sea tan excelente, no lo son menos sus obras, y aunque ya vimos algo cuando tratámos de que todo lo hacia por obediencia, y aún de burlas que la mandaran lo tomaba de veras, dirémos algo de nuevo y sublime

en esta materia. «Alabado sea Dios, dice (1), que me ha dado gracia para obedecer á mis confesores, aunque imperfectamente (en su opinion). Siempre que el Señor me mandaba una cosa en la oracion (2), si el confesor me decia otra, me tornaba el mismo Señor á decir que lo obedeciera, hasta que el Señor lo volvía, y el confesor me decia otra cosa.» Habiendo acabado la fundacion de Veas, deseaba la Santa volver á Castilla y dar asiento á la de Caravaca. El P. Gracian la dijo que tratase con Dios lo que convenia. Tuvo revelacion expresa de que fuera á Madrid. Preguntada por Gracian, dijo la revelacion, y el Prelado, por probarla, dijo: Pues á mí me parece que vaya V. R. á Sevilla. Sin replicar una palabra obedeció, y replicándola el Provincial, despues de dos dias y cuando ya estaba para irse á Sevilla, como obedecia contra una revelacion expresa, dijo la Santa (3): «Ni esta revelacion, ni cuantas hay, me aseguran tanto la voluntad de Dios, como lo que el Prelado me manda, pues en obedecer no puede haber yerro ni engaño, y en las revelaciones sí.» Luego la dijo Dios: «Bien hiciste en obedecer, que mejor guiaré yo los negocios, aunque pasaras grandes trabajos en Sevilla.» Con todo, la Santa en esta ocasion escribe (4) mil alabanzas de Gracian al Obispo de Avila, y le añade: «En fin, nos partimos allá (esto es, á Sevilla) la semana que viene. Hay cincuenta leguas, creo no me hiciera fuerza el Provincial (porque era verano), pero yo quedara con harto escrúpulo, que no cumplia con la obediencia, como siempre deseo. Por mí me ha pesado de ir con este fuego á Sevilla á pasar el verano, plega al Señor se sirva, que en esto bien poco va.» Con el dedo de Dios debia escribirse este suceso, dice nuestra historia, pues nos enseña á obedecer y el premio de la obediencia.

Gustaba más la Santa de los confesores que la contradecian, que no de los que la aprobaban, como lo dice muchas veces; mas este caso con el P. Gracian lo acre-

(1) Vid., cap. xxiii, n.º 8.

(2) Vid., cap. xxvi, n.º 3.

(3) Hist., tom. i, lib. 3, cap. xxxii.

(4) Tom. iv, cart. 7.

dita más que todo. Era la primera vez que lo veía (1), y por este mandato le cobró tal amor y lo alabó tanto, y aún añade: «Luego me rendí (al Provincial), que esta merced me hace Nuestro Señor, de parecerme que en todo aciertan, aunque yo estaba determinada á otra fundacion, y tenia causas graves para no ir á Sevilla.» Por lo mismo y en esta ocasion lo tomó á Gracian en lugar de Dios como verémos, para obedecerle en todo, y aún renovó este voto en el camino de Sevilla, lo cual es la prueba más terminante y decisiva del gusto con que anteponia la obediencia á toda revelacion, y el grande amor y voluntad con que lo hacia.

Otra de las mayores pruebas de obediencia en la Santa fué obligarla un confesor á que hiciese higas, ó se burlase cuando tenia apariciones ó visiones, creyendo el confesor que era demonio (2). «Era, dice, cosa terrible para mí, no pudiendo creer que era demonio, mas en fin, hacia cuanto me mandaba. Suplicaba á Dios me perdonara (la burla que hacia), pues yo la hacia por obedecer al que tenia en su lugar, y no me culpase, pues eran los ministros que tenia en su lugar, puestos en su Iglesia. Me decia el Señor, que no se me diese nada, que bien hacia en obedecer, pero que Él haria se entendiese la verdad.»

Estos dos casos piden mucha reflexion, para conocer hasta donde llegaba el heroísmo de la obediencia de santa Teresa, y para que nosotros nos doblemos á obedecer con gusto en las cosas que más pesadas nos parecen; pero que jamás será una sombra de lances tan apretados como estos en que se vió la Santa. A este fin, entre sus avisos hay uno que dice (3): «Está siempre aparejada al cumplimiento de la obediencia, como si te lo mandara Jesucristo en tu Prior ó Prelado: lo que le dicen los de casa hágalo siempre, si no es contra la obediencia, y respóndales con humildad y blandura.»

(1) Fund., cap. xxiv, n.º 4.

(2) Vid., cap. xxix, n.º 4 y 5.

(3) Aviso 26 y 48.

MÁXIMA.—Tenemos unos corazones tan apretados que nos parece nos ha de faltar la tierra en queriéndonos descuidar un poco del cuerpo y dar al espíritu.

FRUTO.—Después que no estoy tan mirada y regalada tengo mucha más salud.

JACULATORIA.—Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

## LECCION LXXXVII.

DIA 27 DE MARZO.

ORACION.—¡Oh Dios mio... como en la página 1.

Acaba de persuadir la Santa la obediencia con obras y palabras, desafiando á obedecer á un superior muy necio, vicioso, comedor y mal acondicionado.

Contando la Santa los muchos trabajos que pasó en el camino de la fundacion de Burgos (1), y el gran mal de garganta con que iba, dice: «Es gran cosa padecer por obediencia, y más para quien tan ordinario la tiene como estas monjas.» Dando cuenta de su espíritu al P. Rodrigo Alvarez, dice: «Procuraba lo más que podia en ninguna manera ofender á Dios, y siempre obedecia. Con estas dos cosas me pensaba librar con el favor de Dios, aunque fuese demonio.» (Esto dice la Santa, porque algunos dudaban de quién eran los favores que recibia). Excusándose de ser Priora de Malagon por sus enfermedades y no poder seguir la Comunidad, y esto con mucha humildad, añade (2): «Por lo demás ninguna pena me daria: iré al cabo del mundo como sea por obediencia, antes creo, cuánto mayor trabajo

(1) Fund., cap. xxxi, n.º 40. Tom. I, cart. 49, n.º 21.

(2) Tom. I, cart. 25, n.º 5.

fuese me holgaría más de hacer alguna cosita por este gran Dios que tanto debo, y creo es más servirle, cuando sólo por obediencia se hace.» En otra carta (1), hablando de un convento de religiosas, dice: «Tienen la perfeccion de la obediencia con mucho amor propio, y así las castiga Dios, en lo que ellas tienen la falta (que era obedecer á una Prelada y no á otras, que es prueba no se obedece por Dios).

A este modo se podían referir otras muchas cosas de la obediencia; pero darémos fin con solas dos. Primera, que escribiendo la Santa al general Rubeo (2), cuando se hallaba muy enojado contra todos los Descalzos, le dice mil alabanzas de ellos, y al fin añade: «Crea V. S. que á verlos yo inobedientes, no los vería ni oiría más, ni puedo yo ser tan hija de V. S. como ellos se muestran.» La segunda es, que despues de haber fundado la Santa el primer convento de monjas de Avila, se desafiaban espiritualmente á las virtudes las de un convento con las de otro, y despues de haber puesto en particular la virtud en que cada una desafiaba, pone la Santa su desafío en estos términos: «Teresa de Jesús dice: que da á cualquier caballero de la Virgen que hiciere un acto solo cada dia muy determinado á sufrir toda su vida un Prelado muy necio y vicioso y comedor y mal acondicionado, el dia que lo hiciere, le da la mitad de lo que mereciere aquel dia, y así en la Comunión, como en hartos dolores que trae; en fin en todo, que será harto poco. Ha de considerar la humildad con que estuvo el Señor delante de los jueces, y cómo fué obediente hasta la muerte de cruz. Ésto es por mes y medio el contrato.»

A la verdad, si consideramos, como dice la Santa, á Jesucristo delante de jueces tan inícuos como reo, y su humildad, ningún superior se nos hará pesado, aunque sea vicioso, mal acondicionado é injusto, pues Jesucristo, dice san Agustín, estaba como reo delante de los jueces más malos sin hablar palabra. Convengamos con santa Teresa, que es gran cosa padecer por obediencia.

(1) Tom. I, cart. 36, n.º 4.

(2) Tom. IV, cart. 72, cart. 77.

cia, que por este medio se asegura el hombre para no ser engañado del demonio; que por la obediencia se puede ir al cabo del mundo; que Dios castiga á los inobedientes con su misma inobediencia; que la Santa, aunque ama á todos, á los inobedientes ni los quiere ver ni oír; y en fin, que el ejemplar de Jesucristo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz, cierra la boca á todas las quejas de los súbditos y vasallos, y con tal ejemplo y el de Jesucristo bien podemos entregarnos con valor á obedecer á los hombres por Dios.

Nosotros buscamos regularmente todas las excusas para no obedecer en los vicios y defectos de los superiores, en su poca prudencia, en su parcialidad y mal ejemplo. Este desafío de la Santa lo precave todo, sin dejar réplica alguna. ¿Puede haber peor carácter de un superior, que el que pinta la Santa de *neccio*, *vicioso*, *comedor y mal acondicionado*? Los *neccios* son imprudentes, violentos y llenos de orgullo, que sólo pueden mandar por capricho y no por razón, pues no la conocen. Los *viciosos* juntan en sí todas pasiones, de ira, venganza, envidia y parcialidad. Los *comedores* suelen ser escandalosos, voluptuosos, amigos de que todos les sirvan, mandar y no respetar á nadie. Los *mal acondicionados* son ridículos, inconsecuentes, y sólo su nombre los hace aborrecibles. Con todo, Teresa, tan sublime en todas las virtudes, ni desafía á la oración, ni á hacer penitencia, ni aún al martirio, ni á sufrir enfermedades, sino á este acto de obediencia, porque conoce que es lo más sublime de la perfección, lo que más se resiste al hombre, y lo que muestra los quilates de todas las virtudes, como piedra de toque. No hay que buscar pretextos para no obedecer, que la Santa los corta todos con este ejemplo. Convengamos, pues, que la obediencia á cualquier superior debe ser sin réplica, ni debe haber más ojos que para ver si es conforme ó no á la ley de Dios. En esto sí que debemos reparar como los Apóstoles, que obedeciendo hasta las órdenes de los gentiles, sólo cuando les mandaron cosa injusta, lo rehusaron, ¿pero con qué moderación? *Ved, dijeron, si es más razón obedecer ántes á Dios que á los*

*hombres.* Con esta sumision se debe hablar siempre al superior, por malo que sea. Mucha luz nos daría, si leyéramos el tratado de san Bernardo *de precepto et dispensatione*. Por lo demás, miremos á Jesucristo delante de unos jueces malos y perversos, y á los que no estaba obligado á obedecer por ser Dios. Con todo, sólo por darnos ejemplo y por el carácter de jueces que tenían, les obedece, y en cosas tan duras y pesadas, á fin de que sofoquemos nuestros resentimientos, obedeciendo por Dios al que Él mismo impuso sobre nuestras cabezas como superiores.

MÁXIMA.— Los pecados y el conocimiento propio es el pan con que todos los manjares se han de comer, por delicados que sean, y sin este pan no se pueden sustentar; mas hase de comer con tasa.

FRUTO.— Pediré al Señor de continuo la gracia de conocerme y conocerle, para amarle siempre y hacerle conocer y amar.

JACULATORIA.— Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

---

## LECCION LXXXVIII.

DIA 23 DE MARZO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Santa Teresa jamás padeció tentaciones contra la castidad. Fué purísima en todo, y gran Maestra en su doctrina.

El voto de castidad que se hace en la profesion religiosa es sin duda lo que menos trabajo costó á la Santa, porque este dón angélico se lo comunicó el Señor desde su niñez, pues como confiesa en el capítulo segundo de su Vida y en otros lugares, ni era inclinada

á cosas deshonestas, ni áun las entendia para remediar sus hijas cuando la consultaban afligidas por tales tentaciones. El espíritu de Dios es casto, puro y limpio, y como el de Teresa estaba al cuidado divino, convenia que estuviera libre de las aflicciones carnales que abaten el ánimo, y no dejen pensar en cosas tan sublimes, como las que trataba santa Teresa. Todos los historiadores de su Vida admiran su angélica castidad, y el ilustrísimo señor Yepes dice (1) que notó y experimentó en ella, que aunque todas las virtudes brillaban hasta en su rostro, pero más particularmente la santidad y pureza de su alma se descubrian en su compostura, y de un modo, que inspiraba castidad, atrayendo á los que la miraban á esta virtud. Era tal en la pureza, que ni en la carne, ni en el espíritu, ni en la imaginacion, ni en sueño, ni en vigilia, ni ocasion alguna se vió rastro de este enemigo casero, porque Dios quebró el arco y la espada, haciéndola vivir en una feliz ignorancia de esta fatal pasion.

Pero veamos la humildad con que ella misma explica este dón del cielo, dando cuenta de su alma al P. Rodrigo Alvarez, su confesor (2). «El haber tenido, dice, tantos pecados, y el haber servido á Dios tan poco, debe ser la causa de no ser tentada de vanagloria. Jamás con cosa de su espíritu tuvo cosa que no fuese limpia y casta (habla como de tercera persona), ni se parece si es buen espíritu y tiene cosas sobrenaturales, se podria tener, porque queda todo descuido de su cuerpo, ni hay memoria de él. Toda se emplea en Dios.» Hasta aquí la Santa, en cuyas palabras no sabemos qué sea más admirable (como dijo san Bernardo de María): su humildad, ó su virginidad; y á la verdad, de lo que otro sacaria vanagloria, santa Teresa no saca sino confusion de sus pecados.

Este mismo confesor de la Santa, dice el señor Yepes, tomando unos anteojos, decia á sus discípulos: Así como es imposible entrar aquí un mal pensamiento, así

(1) Lib. III, cap. iv.

(2) Tom. I, cart. 49, n.º 25.

lo era en el alma de la Madre Teresa de Jesús, por particular privilegio de Dios.

Mas, aunque es cierto, que cuando sus hijas padecian estas tentaciones, las decia que fueran á otras para comunicarlas, algunas veces la daba Dios luz como á Maestra universal, para responder á las consultas que la hacian. Por esto vemos que su hermano D. Lorenzo, que le dió la obediencia á la Santa (1), la comunica algunos movimientos sensuales que padecia, y á esto le dice: «De esas tribulaciones, despues ningun caso haga, que aunque eso yo no lo he tenido, porque siempre me libró Dios por su bondad de estas pasiones, entiendo debe de ser, que como el deleite del alma es tan grande, hace movimiento en el natural. Iráse gastando con el favor de Dios, como no haga caso de ello. Algunas personas lo han comunicado conmigo...» Esta es doctrina bien sublime, pero muy diferente de la de los Molinistas y Quietistas, que creen lícito dejarse llevar de los movimientos sensuales en la oracion, pues la Santa dice: *que no se haga caso de ellos*, esto es, que no se insista ni desasosiegue, sino que se desprecien, porque este es el mejor remedio contra tales tentaciones, y más si éstas son efecto natural del humor más que del demonio. Esto sucede cuando, como aquí insinúa la Santa, se notan los movimientos de la carne sin imágenes ni objetos feos. Cuando es antes el movimiento que la tentacion, es más efecto de la naturaleza que del enemigo. Es verdad que puede ser efecto de una causa mala, como es el demasiado regalo del cuerpo, del mucho alimento, ó de la calidad de la bebida, licores, etc., que encienden el calor y el fuego, y en este caso hay obligacion de domar la carne, hacer penitencia y ayunar. Mas cuando no se ve causa que lo haya podido excitar, sino el humor que no está en nuestra mano, entonces es cuando no debe fijar el hombre en hacer fuerza, sino despreciarlo y distraerse en ejercicios exteriores. En una palabra: no cooperar á los movimientos y sensaciones, sino despreciarlas, ú ocuparse en otras cosas, sin

(1) Tom. 1, cart. 32, n.º 2 y 6.

que por esto se deje de clamar al cielo y pedir favor á Dios, de quien debe venir la calma en esta tempestad de la carne ó del demonio, ó de uno y otro juntamente, que se ayudan para nuestro daño.

MÁXIMA.—¡ Oh! este quejar! Várame Dios: Él me perdone, que temo es ya costumbre. Cosa imperfectísima es este quejarnos con livianos males.

FRUTO.— Procuraré saber sufrir un poquito por amor de Dios sin que lo sepan todos: mas flaquezas y malecillos de mujeres me olvidaré de quejarlos.

JACULATORIA.— Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

---

## LECCION LXXXIX.

DIA 29 DE MARZO.

ORACION.—¡ Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Caso muy particular que cuenta santa Teresa de una persona á quien la quitaron la Comunion por tentaciones contra la castidad, y doctrina admirable contra los Molinistas.

Es cosa muy singular la mucha comunicacion que D. Lorenzo tuvo con su hermana santa Teresa, y toda muy espiritual; pero, como ya dijimos, este buen Señor llegó á grado muy subido de oracion y penitencia, padecia muchos escrúpulos, y tomó por directora á su hermana con promesa de obedecerla en todo. En efecto, Teresa como maestra le instruye y le manda, y él obedece con rendida sumision. Continúa, pues, la Santa su magisterio, y en el mismo asunto de los movimientos sensuales en la oracion, le dice (1): «En lo de esos

(1) Tom. 1, cart. 33, n.º 4.

movimientos sensuales, para probarlo todo se lo dije, que bien veo no hace al caso, y que es lo mejor no hacer caso de ellos. Una vez me dijo un gran letrado que habia venido á él un hombre afligidísimo, que cada vez que comulgaba venia en una torpeza grande, mas que eso mucho, y que le habian mandado que no comulgase sino de año en año, por ser obligacion. Y este letrado, aunque no era espiritual, entendió la flaqueza y díjole que no hiciese caso de ello, que comulgase de ocho en ocho dias, y como perdió el miedo, quitósele. Ansi que no haga caso de eso.»

Debemos aquí notar algunas cosas, porque no tomen fundamento falso y erróneo los que lo leen. Se ve lo primero, que la Santa no habla sino de movimientos de carne y no de voluntad, porque éstos son pecados y los otros no, cuando son involuntarios y no cooperamos ni nos deleitamos en ellos. Lo segundo se nota más esto mismo, pues la Santa no llama *pecado* lo que sucedia al hombre afligido, sino una *torpeza* grande. Esta palabra *torpeza* significa en buen castellano pesadez y fealdad, y se aplica tambien á deshonestidad; pero la Santa la toma en el sentido propio de *pesadez del humor* y fealdad del mismo, y quizá seria en sueños, y lo da á entender diciendo, que era más la *torpeza* en aquel, que en su hermano, del que no podemos creer que hablara de deshonestidad y pecado formal, pues por la carta anterior se ve el grado subido de oracion, su penitencia, disciplinas y cilicios, en todo lo que la Santa le pone tasa, y se encarga como maestra de su alma. En su hermano, pues, seria algun movimiento de carne; en el otro algun flujo de humor, quizá en sueños, el dia ó víspera de comulgar, lo que podia causar el enemigo, y así llegar, como dice la Santa, en una torpeza grande, pero sin pecado. Explicado esto así naturalmente, se verifica la doctrina de la Santa, y de aquel letrado que conoció la *flaqueza*, y le mandó no dejara de comulgar, porque mal remedio podia ser huir del Médico y medicina; y á Dios sólo ofende la impureza de la voluntad y del alma, que es pecado. Es verdad que aquí entran los escrúpulos, de si hay inclinacion, apego, consenti-

miento, etc., mas esto lo conocerá el confesor por las cualidades del penitente.

Lo que se infiere de aquí es cuán mal pueden tomar los quietistas y falsos místicos esta doctrina de la Santa en apoyo de sus obscenidades, bajo la capa de oracion de quietud. La cosa es bien clara, y el que no esté ciego de pasion verá que hay movimientos de humor en que no tiene parte la voluntad; mas si á éstos cooperamos voluntariamente, ó aplicamos el amor y voluntad, entonces será pecado, y tanto mayor cuanto lo quieran hacer virtud, dejándose llevar como cosa que Dios da. La Santa enseña el verdadero remedio. No dice que no resistamos, sino que no hagamos caso de ello, y esto se logra apartando la imaginacion y voluntad á otros objetos que nos distraigan, y mortificando la carne con la penitencia. Así vemos que en esta misma carta le dice á su hermano que lleve cilicio algunas veces á la semana, pero que si le hace mal que se lo quite, y da la causal, que como es tan sanguíneo, témole mucho. Y no le consiente más penitencia por su falta de salud, y porque quiere la haga *en quebrar su voluntad*. En fin, el que lea todo esta carta verá el adelantamiento de estas armas espirituales y dedicadas á la oracion.

Procuremos, pues, en estas tentaciones más que en otras llamar á Dios, porque nadie puede conseguir el dón de la castidad por sus propias fuerzas, sino por la gracia del cielo. Las más de las veces nosotros buscamos la tentacion; algunas el Señor las envia, para probar si le amamos, metiéndonos en este fuego de crisol, y el demonio, ayudado de nuestros humores, carne y sentidos, nos exponen diariamente á más peligros, que son tanto más terribles, cuanto el enemigo no puede separarse de nosotros. Tengamos presente el aviso de santa Teresa que dice (1): «Procure ser modesto en todas las cosas que hiciere y tratare.» Esto es, huyamos todas las ocasiones de peligro y el trato de personas del otro sexo, guardemos los sentidos, resistamos los primeros impulsos, si queremos conseguir esta victoria y trofeo.

(1) Aviso 4.

MÁXIMA.— Creed, hijas, que en comenzando á vencer estos corpezuelos, no nos cansan tanto, por que tienen una falta que cuanto más los regalan más necesidades descubren.

FRUTO.— Me determinaré á tragarme una vez la muerte y la falta de salud, porque sin esta determinacion nunca haré cosa de provecho.

JACULATORIA.— Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

---

## LECCION XC.

DIA 30 DE MARZO.

ORACION.— ¡Oh Dios mio... *como en la página 1.*

En qué consiste la pobreza del Evangelio segun santa Teresa, y cómo es imposible tener aficiones terrenas y consolaciones espirituales. Maravillas de Dios, por las que fundó con pobreza sus conventos.

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. De este principio nace el voto de pobreza religiosa y el desapropio de todo lo terreno. Por esto la Santa habla cuasi divinamente de esta virtud. «Somos tan tardíos, dice (1), y tan caros para darnos á Dios, que nunca acabamos de disponernos. Bien veo que no hay cosa con que se pueda comprar tan gran bien en la tierra; mas si hiciésemos lo que podemos en no asirnos á cosa de ella, sino que todo nuestro cuidado y trato fuese en el cielo, creo yo muy en breve nos daría este bien (esto es, su amor perfecto), mas parécenos que lo damos todo, y es que ofrecemos á Dios la renta ó los frutos, y quedámonos con la raíz y posesion. Determinámonos á ser pobres, y es de gran me-

(1) Vid., cap. xi, n.º 4.

recimiento, mas muchas veces tornamos á tener cuidado y diligencia para que no nos falte, no sólo lo necesario, sino lo supérfluo, y á granjear los amigos que nos lo dan, y ponernos en mayor cuidado y por ventura peligro, porque no nos falte, que antes teníamos en poseer la hacienda. Paréceme que dejamos la honra en ser religiosos, ó en haber ya comenzado á tener vida espiritual y á seguir perfeccion, y no nos han tocado en un punto de honra, cuando no se nos acuerda la hemos dado ya á Dios, y nos queremos tornar á alzar con ella y tomársela, como dicen, de las manos, despues de haberle hecho Señor. Ansí son todas las cosas. Donosa manera de buscar á Dios y su amor, y luego le queremos á manos llenas, y tenernos nuestras aficiones y muchas consolaciones espirituales con esto. No viene bien, ni me parece se compadece lo uno con lo otro. Ansí que porque no lo damos todo por junto, no se nos da por junto este tesoro. Plega al Señor, que gota á gota nos le dé Su Majestad, aunque sea costándonos todos los trabajos del mundo.»

«Tenia yo, dice (1), una grandísima falta, que si alguna persona me tenia voluntad y me caia en gracia, me aficionaba tanto que me ataba la memoria á pensar en él, aunque no con intencion de ofender á Dios, sino que me holgaba de verlo, mas esto me traia el alma muy perdida. Despues que ví la gran hermosura del Señor (en una vision), he quedado con tanta libertad, que todo me parece asco en comparacion de lo que ví en el Señor.»

De esta doctrina de santa Teresa se infiere en qué consiste lo esencial de la pobreza evangélica ó religiosa, que no es tanto en lo que comunmente se llama pobreza material y de bienes y comodidades, quanto en el desapropio de aficiones á todo lo que es tierra, y á este fin se propone la doctrina dicha. Por esto Jesucristo no dijo: Bienaventurados los pobres ó mendigos, sino los *pobres de espíritu* y aficiones terrenas en todo género. Así la Santa nos enseña, que al paso que nos

(1) Vid., cap. xxxvii, n.º 2.

desprendemos de todo lo terreno, se va formando en nosotros el amor de Dios, y que es imposible tener aficiones mundanas y consolaciones espirituales. Por esto cuenta lo que la sucedió desde luego que se le apareció Jesucristo, pues su hermosura la hizo aborrecer todo lo que era tierra, y mirarlo con indiferencia. Esta es, pues, la pobreza del Evangelio, la que ofrecen los religiosos (más que la falta de comodidad), la que se profesa en el Bautismo, renunciando las pompas, y la que deben procurar todos los cristianos.

En prueba de esta verdad, oigamos de la boca de la misma las maravillas con que Dios la previno para fundar su Reforma con la mayor pobreza y desasimiento, como fundamento para la union y servicio de Dios. «Ordenó, dice (1), el Señor, que una beata de nuestra Orden, de más de sesenta leguas de aquí, acertó á venir por acá, y rodeó algunas leguas por hablarme. Háblala movido el Señor el mismo año y mes que á mí para hacer otro Monasterio de esta Orden. (Era poco antes de fundar la Santa el primer convento). Vendió todo lo que tenía, y fué á Roma á pié y descalza á traer despacho para ello. Hacíame tantas ventajas en servir al Señor, que yo tenía vergüenza de estar delante de ella. Mostróme los despachos que traía de Roma, y en quince dias que estuvo conmigo (en un lugar), dímos orden como habíamos de hacer estos Monasterios. Y hasta que yo la hablé, no había venido á mi noticia, que mandaba (la Regla) no se tuviese propio, ni yo estaba en fundarle sin renta, pues quería no tuviesen cuidado de lo que habíamos menester, y no miraba los muchos cuidados que trae el tener propio. Esta bendita mujer, como la enseñaba el Señor, con no saber leer, tenía bien entendido lo que yo con tanto leer las Constituciones ignoraba. Y como me lo dijo, parecióme bien, aunque me temí no me habian de consentir, sino decir que hacíamos desatinos, aunque para mí era regalo guardar los consejos de Jesucristo, porque grandes deseos de padecer ya me los había dado Su Majestad, y deseaba

(1) Vid., cap. xxxv.

no tener casa ni otra cosa, pero temia, por si Dios no daba estos deseos á las otras, y vivian descontentas ó distraidas. En fin, tenia yo flaca la fe, lo que no hacia esta sierva de Dios. Casi á nadie hallaba de este parecer, ni confesor ni letrados, y me traian tantas razones que no sabia qué me hacer, pues como ya sabia que era Regla y más perfeccion, no podia persuadirme á tener renta. Y ya que me traian convencida, en tornando á la oracion y mirando á Cristo en la cruz tan pobre y desnudo, no podia poner á paciencia ser rica, y le suplicaba me hiciese pobre como Él. Veia tantos inconvenientes en tener renta, y causa de tanta inquietud y cuidados, que no hacia sino disputar con letrados. Escribílo al religioso Dominico, y envióme dos pliegos de contradiccion y teología para que no lo hiciese. Le respondí que para no seguir mi llamamiento y el voto que tenia hecho de pobreza, y los consejos de Cristo con toda perfeccion, no queria aprovecharme de teología, ni con sus letras en esto me hiciese merced. A este tiempo vino el santo Fr. Pedro de Alcántara, y como sabia bien la riqueza que habia en la pobreza, me ayudó y mandó no dejase de llevarlo muy adelante, y así me determiné no buscar otros pareceres. Encomendándolo un dia á Dios, me dijo el Señor que no dejase de fundarlo pobre, que era la voluntad de su Padre y suya, que Él me ayudaria. Otra vez me dijo, que en la renta estaba la confusion, y otras cosas en loor de la pobreza, asegurándome que á quien le servia no le faltaba lo necesario para vivir. Tambien volvió el Señor el corazon del Dominico (Bañez) para que se fundara sin renta. *Ya me parecia tener toda la riqueza del mundo, determinándome á vivir por amor de Dios.»*

Con sólo meditar estas maravillas de Dios, y como todos, áun los reyes, deben abrazar la pobreza del Evangelio, que consiste en no amar cosa de la tierra que nos impida el amor de Dios, renunciando todo afecto humano por dar á Dios el corazon, entendimiento, voluntad y potencias, segun lo ofrecimos en el Bautismo, renunciando al diablo y las pompas, sacarémos fruto de esta leccion, y más si meditamos bien las últimas

palabras de la Santa, que dice le parecía tener todas las riquezas con solo vivir desprendida de todo por Dios.

MÁXIMA.— Parécenme tan cobardes los demonios, que en viendo les tienen en poco, no les queda fuerza. No saben de hecho acometer sino á quien ven se les rinde, ó lo permite Su Majestad para mayor bien de sus siervos.

FRUTO.— Andaré en verdad delante del Señor, para ahuyentar al demonio, que es la misma mentira, entendiendo me puede venir más daño de un pecado venial que de todo el infierno junto.

JACULATORIA.— Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

## LECCION XCI.

DIA 31 DE MARZO.

ORACION.— ¡ Oh Dios mio... *como en la página 1.*

Exhortacion de santa Teresa sobre los bienes de la pobreza, moderacion en pedir, y confianza en Dios, que es dueño de todo: en lo que nos enseña como lograremos un gran señorío.

«No penseis, hermanas mías, que por no andar á contentar los del mundo os ha de faltar que comer, nos dice (1): jamás por artificios humanos pretendais sustentaros, que moriréis de hambre, y con razon. Los ojos en vuestro Esposo. El os ha de sustentar; contento El, aunque no quieran os darán de comer los menos devotos, como lo habeis visto por experiencia; si haciendo esto vosotras muriéredes de hambre, bienaventuradas las monjas de San José. Esto no se os olvide por amor del Señor: pues dejais la renta, dejad el cuidado de la

(1) Cam. de perf., cap. II.

comida; sino todo va perdido. Los que quiere el Señor que la tengan, tengan en enhorabuena esos cuidados, que es mucha razon, pues es su llamamiento; pero nosotras es disparate. Cuidado de rentas ajenas me parece á mí seria estar pensando en lo que los otros gozan. Por vuestro cuidado no mudará el otro su pensamiento, ni se le pone deseo de dar limosna. Dejad ese cuidado á quien puede mover á todos. Por su mandamiento venimos aquí. El es el Señor de las rentas y renteros. Verdaderas son sus palabras, no pueden faltar, antes faltarán los cielos y la tierra, no le faltemos nosotras, que no hayais miedo que falte, y si alguna vez os faltare será para mayor bien, como faltaban las vidas á los Santos cuando los mataban por el Señor, y era para aumentarles la gloria por el martirio. Buen truco seria acabar presto con todo y gozar de la hartura perdurable. Mirad que va mucho en esto muerta yo; que para eso os lo dejo escrito, que mientras yo viviere yo os lo acordaré, que por experiencia veo la gran ganancia; cuando menos hay menos descuidada estoy. Y sabe el Señor que á todo mi parecer da más pena cuando mucho sobra que cuando nos falta. No sé si lo hace (como yo tengo visto) que nos lo da luego el Señor. Seria engañar al mundo otra cosa, hacernos pobres *no lo haciendo en el espíritu sino en lo exterior*. Conciencia se me haria, y seria pedir limosna las ricas, y plega á Dios no sea así, que á donde hay estos cuidados demasiados de que den, una vez ú otra se irán por la costumbre, y pedir lo que no han menester, por ventura á quien tiene más necesidad, y aunque ellos no pierdan nada sino que ganen, nosotras perderíamos. No quiera Dios suceda esto, pues más quisiera tuviérades renta. En ninguna manera se ocupe el pensamiento en esto, os pido por amor de Dios en limosna. Y la más chiquita, cuando esto entendiera alguna vez, clame á Su Majestad y acuérdeselo á la mayor, con humildad le diga que va errada, y lo va tanto que poco á poco se irá perdiendo la verdadera pobreza. Yo espero en el Señor no será así, ni dejará á sus siervas, y crean mis hijas que para vuestro provecho me ha dado

el Señor á entender los bienes que hay en la pobreza, y las que lo probaren lo entenderán, quizá no tanto como yo, no sólo porque no habia sido pobre *de espíritu*, aunque lo habia profesado, sino loca de espíritu...» Esto no necesita de reflexiones, sino de releerse y meditarse.

«Ello es un bien, continúa la Santa. *La pobreza de espíritu* es un bien, que todos los bienes del mundo encierra en sí. Es un señorío grande. Digo que es señorear todos los bienes otra vez, á quien no se le da nada de ellos. (Nótese bien como la esencial pobreza la coloca la Santa en los afectos del corazón, etc.) ¿Qué se me da á mí de los reyes y señores, si no quiero sus rentas, ni de tenerlos contentos, si un tantico se atreviese de descontentar en algo por ellos á Dios? ¿Ni qué se me da de sus honras, si tengo entendido en lo que está ser muy honrada *una pobre*, y es en ser verdaderamente pobre? (esto es, en el espíritu, deseos y afectos). Tengo para mí que honra y dineros casi siempre andan juntos, y que quien quiere honra no aborrece dineros, y quien los aborrece se le da poco de la honra (ó lo que el mundo llama tal). Entiéndase esto bien, que me parece que esto de honra trae consigo algun interés de rentas y dineros, porque por maravilla hay honrado *en el mundo*, si es pobre, antes aunque sea muy honrado en sí lo tienen en poco. La verdadera pobreza trae una honra consigo que no hay quien la sufra. La pobreza es tomada *sólo por Dios*, digo no ha menester contentar á nadie sino á Dios, y es cosa cierta, que no habiendo menester á nadie tendrá muchos amigos. Yo lo tengo bien visto por experiencia, y pues son nuestras armas la santa pobreza y lo que al principio de nuestra Orden tanto se estimaba y guardaba en nuestros santos Padres, pues me lo ha dicho quien lo sabe, que de un día para otro no guardaban nada; ya que en tanta perfeccion en lo exterior no se guarda, en lo interior procuremos tenerla. Dos horas son de vida grandísimo el premio, y cuando no hubiera ninguno sino cumplir lo que nos aconsejó el Señor, era grande la paga imitar en algo á Su Majestad. Estas

armas han de tener nuestras banderas, que de todas maneras la queramos guardar, en casa, en vestidos, en palabras *y mucho más en el pensamiento*. Y mientras esto hicieren, no hay miedo que caiga la Religión de esta casa con el favor de Dios, que como decia santa Clara, grandes muros son los de la santa pobreza, y de estos y de la humildad queria cercar sus monasterios, y si se guarda de verdad, bien cierto estará más fortalecida la honestidad y todo que con muy suntuosos edificios. De esto se guarden por amor de Dios, y por su sangre se lo pido yo; y si con conciencia puedo decir que el día que tal hicieren se torne á caer la casa, que las mate á todas yendo con buena conciencia, lo digo y suplicaré á Dios. Muy mal parece, hijas mías, de la hacienda de los pobrecitos se hagan grandes casas, sino pobre en todo y chica. Parezcámonos en algo á nuestro Rey que no tuvo casa sino en el portal de Belen, á donde nació y la cruz á donde murió. Si tuvieren campo (ó huerta) que es menester para encerramiento y ayuda á la oración, con algunas ermitas para orar en hora buena, mas edificios, ni casa grande, ni curiosa, nada. Dios nos libre. Siempre os acordad que se ha de caer todo el día del juicio. Pues hacer mucho ruido al caerse casa de trece pobrecillas no es bien, que los pobres verdaderos no hacen ruido; gente sin ruido ha de ser para que los hayan lástima. No haya descuido de rogar por los que dan limosna.»

Acredita la Santa aquí su gran señorío sobre todas las cosas, con el espíritu que la infunde la santa pobreza de espíritu. Sus alabanzas no son dichas al aire, sino con espíritu de Dios que las hace producir frutos. Y no dudemos que Dios la inspiró estas cosas, pues confiesa al fin de este capítulo, que nunca pensó escribir lo que aquí ha dicho, pero lo ha querido Dios. Esto, pues, nos enseñará el verdadero desinterés que debemos tener para no ser esclavos de las cosas, personas, cuidados y honras vanas que tanto estima el mundo, pues la santa pobreza del Evangelio abraza todo lo dicho. Por lo mismo insiste la Santa en tocar la raíz de la *propiedad*, que no está tanto en las manos como en el corazón y

afecto, y así vemos que ninguno habla de la pobreza por el medio que la Santa, ni con su acierto y tino. Aún añade (1): «que el no ser muy recogidos algunos monasterios pobres no nace de la pobreza, sino al contrario, el no ser recogidos es causa de ser pobres, y no es la pobreza causa de distraccion, porque esta distraccion no hace ricos, y Dios nunca falta á quien le sirve, pero sí al que cree que por sus diligencias ha de lograr lo que quiere.»

MÁXIMA. — Andar una alma acobardada y temerosa de nada, sino de ofender á Dios, es grandísimo inconveniente.

FRUTO. — Procuraré en todo contentar á mi Dios, pues contento Su Majestad, no hay quien sea contra nosotros, que no lleve las manos en la cabeza. No se me dará más del mundo y del demonio que de las moscas.

JACULATORIA. — Bondadoso san José, Esposo de María, protegédnos, protegéd á la Iglesia y al Sumo Pontífice.

(1) Vid., cap. xxxv, n.º 2.



# ÍNDICE.

	PAGS.
Advertencia á la presente edicion. . . . .	V
Retrato de santa Teresa de Jesús. . . . .	VII
Dedicatoria á la Madre santa Teresa de Jesús. . . . .	IX
Prólogo y plan de esta obra.. . . .	XI
Explicacion de la lámina de santa Teresa de Jesús. . . . .	XV
LECCION ÚNICA. — § I. — Santa Teresa sobre el Monte Carmelo se presenta renovando la viña de su Reforma en hijos é hijas, para crédito de la Omnipotencia y firmeza de la verdad y santidad de la Religion. . . . .	XV
§ II. — Se continúa la explicacion de los símbolos de Teresa en la palma y olivo y en la vid, que manifiestan su carácter y amabilidad para que todos entremos con gusto á ser hijos y discípulos suyos. . . . .	XIX
§ III. — Noticias prévias que se han tenido presentes para formar el árbol genealógico de santa Teresa y sus enlaces con varias familias nobles: lo que pensaba la Santa sobre esto es una gran leccion para los que blasonan de sus nobles familias. . . . .	XXII
§ IV. — Comienza á explicarse la línea paterna y noble de santa Teresa y las familias ilustres de España que tienen union con ella. Hermanos y sobrinos de la Santa. Esta siempre nos enseña ser sólo noble el cristiano por la virtud. . . . .	XXV
§ V. — Línea materna de Teresa y sus ascendientes: se allanan algunas dificultades y se nos enseña lo poco que es toda la nobleza para desvanecernos, y cuán util sea la humildad y caridad fraternal. . . . .	XXIX
§ VI. — Se resuelven algunas dudas sobre los apellidos de la familia de santa Teresa, y se explican las armas de los <i>Sanchez y Cepedas</i> , pero sin perder de	

- vista que parece la memoria de los hombres con el ruido de sus acciones. . . . . XXXII
- § VII. — Continúase la explicacion de las armas de la casa de Teresa por línea materna, y como el Señor la dijo el poco caso que debe hacerse de los grandes y nobles si no son santos. . . . . XXXVIII
- LEC. I. — Comienza santa Teresa á darnos idea de la verdadera nobleza de sus padres y familia por la santidad que brilló en ésta, y nos enseña verdades muy útiles para no errar los nombres de grandes, nobles y virtuosos. . . . . 1
- LEC. II. — Continúa la Santa alabando en particular las muchas virtudes de sus padres, la vida santa de su madre y la muerte correspondiente de entrambos como premio de sus virtudes. . . . . 6
- LEC. III. — Acaba santa Teresa de referir la salvacion de su padre y madre por una vision que tuvo de su gloria, y nos da muchos documentos y ejemplos en su relacion. . . . . 10
- LEC. IV. — Noticias particulares de las acciones y virtudes de los hermanos de santa Teresa D. Hernan, D. Rodrigo, y con particularidad de D. Lorenzo con su feliz muerte y gloria, segun lo pinta la Santa con mucha doctrina. . . . . 13
- LEC. V. — Se continúa la série de los hermanos de santa Teresa y su buena conducta y ejemplos. Los de su tío D. Pedro y sobrinos, hijos de su hermano D. Lorenzo, enseñándonos en esto como en todo estado se puede servir á Dios. . . . . 16
- LEC. VI. — Se trata de la hermana de santa Teresa D.<sup>a</sup> Juana, y de sus tres hijos D. Gonzalo, D. José y D.<sup>a</sup> Beatriz, cuyas virtudes nos obligan á alabar á Dios y á santa Teresa por la parte que tuvo en ellas y por la doctrina que nos suministra. . . . . 20
- LEC. VII. — Algunos sucesos acerca de D. Luis de Cepeda, sobrino de la Santa, y de D.<sup>a</sup> Beatriz, por los que Teresa nos da mucha doctrina útil, y descubre su magisterio en todos los estados. . . . . 23
- LEC. VIII. — Nacimiento de santa Teresa y providencias singulares de Dios sobre este suceso. Nombre que la imponen para que la tengamos devocion y sea nuestra abogada. . . . . 27
- LEC. IX. — Santa Teresa antepone el nombre de Jesús á todos sus apellidos, manifestando que quiere ser toda de este Señor; y para que conozcamos la gloria de este nombre forma villancicos al Niño Jesús y los envia á su hermano. . . . . 30
- LEC. X. — Angel Custodio de santa Teresa, correspondencia de ésta y comunicacion que tuvo toda su

- vida con los Angeles. Reflexion y aprecio que debemos al Angel Custodio. . . . . 34
- LEC. XI. — Santa Teresa conservó toda su vida la gracia del Bautismo, aunque ella se mira como muy pecadora; pero las declaraciones de sus confesores nos convencen de su inocencia para alabar á Dios y la humildad de la Santa. . . . . 37
- LEC. XII. — La hermosura natural del cuerpo de Teresa nos enseña que sólo es apreciable por el realce que la da la virtud. . . . . 41
- LEC. XIII. — La hermosura que resaltaba en Teresa por su genio dulce, por su agrado y pureza llena de modestia, es lección más útil que las que enseña el mundo á los jóvenes para presentarse con orgullo y desenfado libre. . . . . 44
- LEC. XIV. — Las primeras inclinaciones virtuosas de la Santa se elevaron á virtudes sobrenaturales, al nivel de la educacion que la daban, bien diferente de la que el mundo da bajo el nombre de honor. . . . . 48
- LEC. XV. — La afición que tuvo santa Teresa á leer desde muy niña, y los libros que leía, nos enseña los que deben leer los niños y todos los cristianos. . . . . 52
- LEC. XVI. — Santa Teresa avisa desde el cielo que el primer libro y el más útil y comun que todos deben leer es la cartilla de la doctrina y de la ley de Dios, lo cual deben bien notar los padres para dar libros á sus hijos. . . . . 55
- LEC. XVII. — La utilidad de los libros de santa Teresa, llenos de sabiduría celestial y provechosa para todos, muestran que son de los más necesarios á toda clase de gentes. . . . . 58
- APÉNDICE I. — Noticia de los libros de santa Teresa de Jesús, dónde se conservan, y causas que tuvo para escribirlos, á fin de que utilicen al mundo y á las costumbres. . . . . 61
- LEC. XVIII. — Las conversiones y efectos maravillosos que han obrado los escritos de santa Teresa deben inclinarnos á leer sus obras y aprender de ella como Maestra y Madre singular y amorosa. . . . . 73
- LEC. XIX. — En santa Teresa compite su sabiduría con su humildad, para que aprendamos que no hay sabiduría sin esta virtud y sin verdadera fe, pues todo lo demás es orgullo é ignorancia. . . . . 78
- LEC. XX. — Santa Teresa concibe deseo de ser mártir á los seis años. Sale con su hermano de casa de sus padres para ir á tierra de moros, y los vuelve un tío suyo. Esta es una de las acciones más heroicas que confunde nuestra frialdad. . . . . 81
- LEC. XXI. — Viendo Teresa que no puede lograr el

- martirio, se dedica al retiro y ensayo de la vida solitaria: devociones, virtudes y limosnas con que nos enseña que el mal sale de nosotros y no de Dios, ni de la naturaleza. . . . . 85
- LEC. XXII. — La devocion que de niña tuvo santa Teresa á la Virgen, á quien acudió en la muerte de su madre, nos enseña cuán útiles son estas devociones, y otras verdades que reprueban el uso comun del dia. . . . . 88
- LEC. XXIII. — Santa Teresa enseña que los padres no sólo deben formar el corazon de sus hijas con ejemplos, sino el entendimiento, dándoles á conocer que Dios es el Padre comun, y este medio y el del amor es muy útil y sensible para los niños pequeños. . . . . 91
- LEC. XXIV. — Santa Teresa enseña á conocer á Dios del mismo modo, esto es, por el título de Padre, que es el más propio y amable, no sólo para los grandes, sino para los niños. Educacion fina y cristiana. . . . . 96
- LEC. XXV. — El gran conocimiento y amor á Dios la hicieron á la Santa pintar como pecados graves algunos descuidos de su juventud, con lo que nos enseña á llorar nuestras gravísimas culpas. . . . . 99
- LEC. XXVI. — Lo primero que comenzó á ser dañoso á santa Teresa fué la lectura de libros de novelas ó caballería, aunque no parecian malos. Daños que resultan de estos libros, aun quando parecen buenos y morales. . . . . 103
- LEC. XXVII. — Principios de la tibieza de santa Teresa en el amor de Dios y su deseo de parecer bien, que llora y castiga toda su vida: doctrina que nos da sobre esto. . . . . 107
- LEC. XXVIII. — Daño que causaron á su inocencia unos primos hermanos que entraban en su casa; y escarmentada santa Teresa, enseña el cuidado que deben tener los padres sobre sus hijos pequeños. . . . . 110
- LEC. XXIX. — Confiesa santa Teresa el peligro evidente á que se expuso tratando con una parienta poco recatada. Doctrina admirable que da á los padres sobre la crianza de los hijos. . . . . 114
- LEC. XXX. — Lo que sucedió á santa Teresa con esta parienta que entraba mucho en su casa; nos enseña el daño que viene de permitir los padres estas mujeres que entran y salen con frecuencia y libertad. . . . . 117
- LEC. XXXI. — Aunque la honra y punto de honor contenga para algunas cosas, siempre es mentira y menos que nada el honor mundano, dice santa Te-

- resa, y no hay más honra que el santo temor de Dios y desprecio de las riquezas. . . . . 120
- LEC. XXXII. — Compara la Santa la grandeza de Dios y su amabilidad con el aparato, grandeza y delicadeza de honor que se ve en los grandes del mundo. . . . . 124
- LEC. XXXIII. — Caso terrible de un condenado que vió santa Teresa en ocasion que pensaba en los defectos de su niñez, relativo á conocer en lo que paran todas las honras del mundo, con doctrina muy interesante. . . . . 127
- LEC. XXXIV. — Santa Teresa instruye á los padres de familias en el cuidado que deben tener de las compañías de sus hijos y personas que los tratan. . . . 130
- LEC. XXXV. — Enseña santa Teresa el mal que resulta á los hijos de la demasiada familiaridad con los criados y criadas, y á este fin presenta el ejemplo de una señora noble, rica, hermosa y viuda, que nos enseña la buena crianza práctica de los hijos. . . 133
- LEC. XXXVI. — Segunda época de la vida de santa Teresa, en que toma su padre la resolución de llevar su hija á un monasterio de educacion, en cuya relacion nos da la Santa grandes documentos. . . . . 138
- LEC. XXXVII. — El contento de Teresa en el convento á pocos dias, y los principios de su vocacion nos enseñan como debemos conducirnos para elegir estado. . . . . 142
- LEC. XXXVIII. — Pasos por donde se perfeccionó su vocacion para ser monja: sus combates consigo misma, sus reflexiones y su determinacion: en todo esto se nos da mucha doctrina. . . . . 146
- LEC. XXXIX. — Se acaba de resolver Teresa y entra Religiosa Carmelita Calzada en la Encarnacion de Avila, y nos enseña un gran medio para vencer las tentaciones y determinarse á obras grandes por Dios. . . . . 151
- LEC. XL. — Las virtudes y defectos con que se pinta santa Teresa en su noviciado, y el empeño que pone en agravar sus faltas, para que no se vean sus virtudes, es una censura del mundo que obra al contrario dorando sus vicios. . . . . 155
- LEC. XLI. — Profesa la Santa con mucho gozo y determinacion de servir á Dios como verdadera esposa; pero reconoce aquí la gracia y favor divino, por manera que nos enseña como la humildad es la mayor prueba de gratitud á Dios. . . . . 159
- LEC. XLII. — Oracion y virtudes de la Santa recien profesa. Enferma gravemente, y no la deja confesar su padre, y queda como muerta. Su paciencia

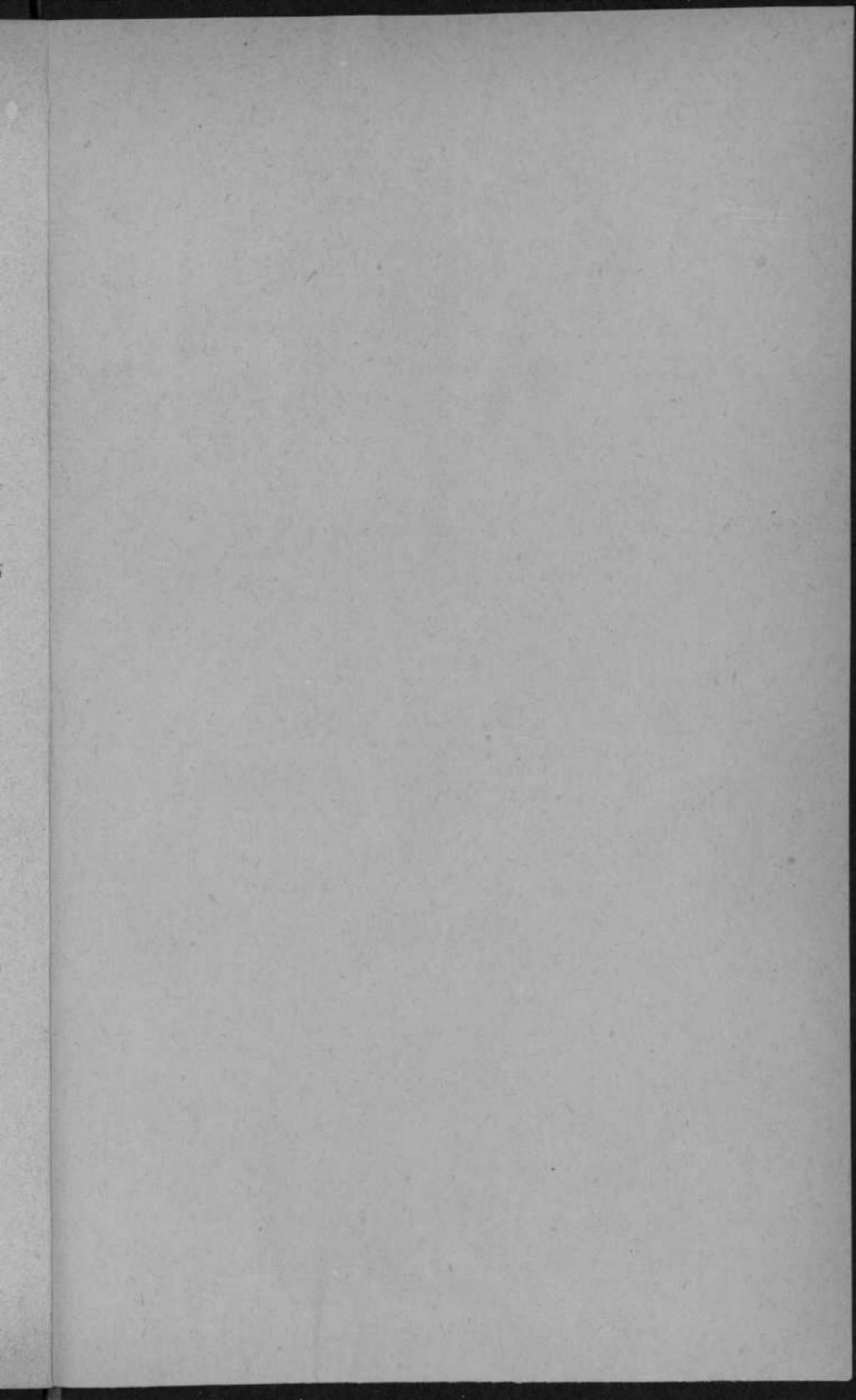
- y doctrina nos enseñan á no retardar los Sacramentos á los enfermos. . . . . 162
- LEC. XLIII. — Conversion admirable que hizo la Santa de un sacerdote amancebado, estando enfermo; su juiciosa moralidad enseña lo que no piensan los que sólo saben declamar contra los sacerdotes por ver algun vicioso. . . . . 167
- LEC. XLIV. — Continúa la Santa tres años muy enferma; pero practicando la oracion, caridad y otras muchas virtudes, dándonos ejemplo en su paciencia y caridad con el prójimo. . . . . 171
- LEC. XLV. — Consigue santa Teresa la salud por medio de san José: nos exhorta á su devocion y nos enseña cuánto sea su patrocinio y cuál la devocion sólida que debemos tenerle. . . . . 175
- LEC. XLVI. — Se distrae algun tanto santa Teresa de su fervor, perdiendo el tiempo en conversaciones, y se resfria algo en la oracion, pero nos enseña á no excusar nuestras faltas y nos da gran doctrina. . . . . 179
- LEC. XLVII. — Atribuye santa Teresa su tibieza y descuido en la oracion al Monasterio poco encerrado, y trata de los daños que experimentan en los conventos de poca observancia los que quieren servir á Dios, pero dice no habla por el suyo. . . . . 184
- LEC. XLVIII. — Prosigue el mismo asunto, y se hace ver por santa Teresa como no hay remedio para el Convento relajado, si no es de puertas á dentro. Dónde y cómo deben poner los padres á las hijas en conventos, y trata tambien de la vida comun. . . . . 189
- LEC. XLIX. — Confiesa la Santa el mucho daño que la vino por no quitar de raíz las ocasiones y por los confesores poco letrados. Da excelente doctrina para penitentes y confesores, á fin de que sepan elegir Padre espiritual, y enseña las obligaciones de éste. . . . . 194
- LEC. L. — Muerto el padre de santa Teresa, toma ésta un confesor Dominico, que la comenzó á dirigir, haciendo que vuelva á la oracion. Las peleas que tuvo la Santa consigo misma mucho tiempo nos enseñan los medios para vivir con paz y quietud en la virtud. . . . . 199
- LEC. LI. — La vista de una imagen de Jesucristo aumenta el fervor de santa Teresa, y su doctrina sobre imágenes debe ser regla para que los cristianos las aprecien y no las destierren de sus habitaciones. . . . . 203
- LEC. LII. — Las Confesiones de san Agustin acaban de desprender á Teresa de las criaturas para darse toda á Dios; lo mismo nos sucederá á nosotros, si me-

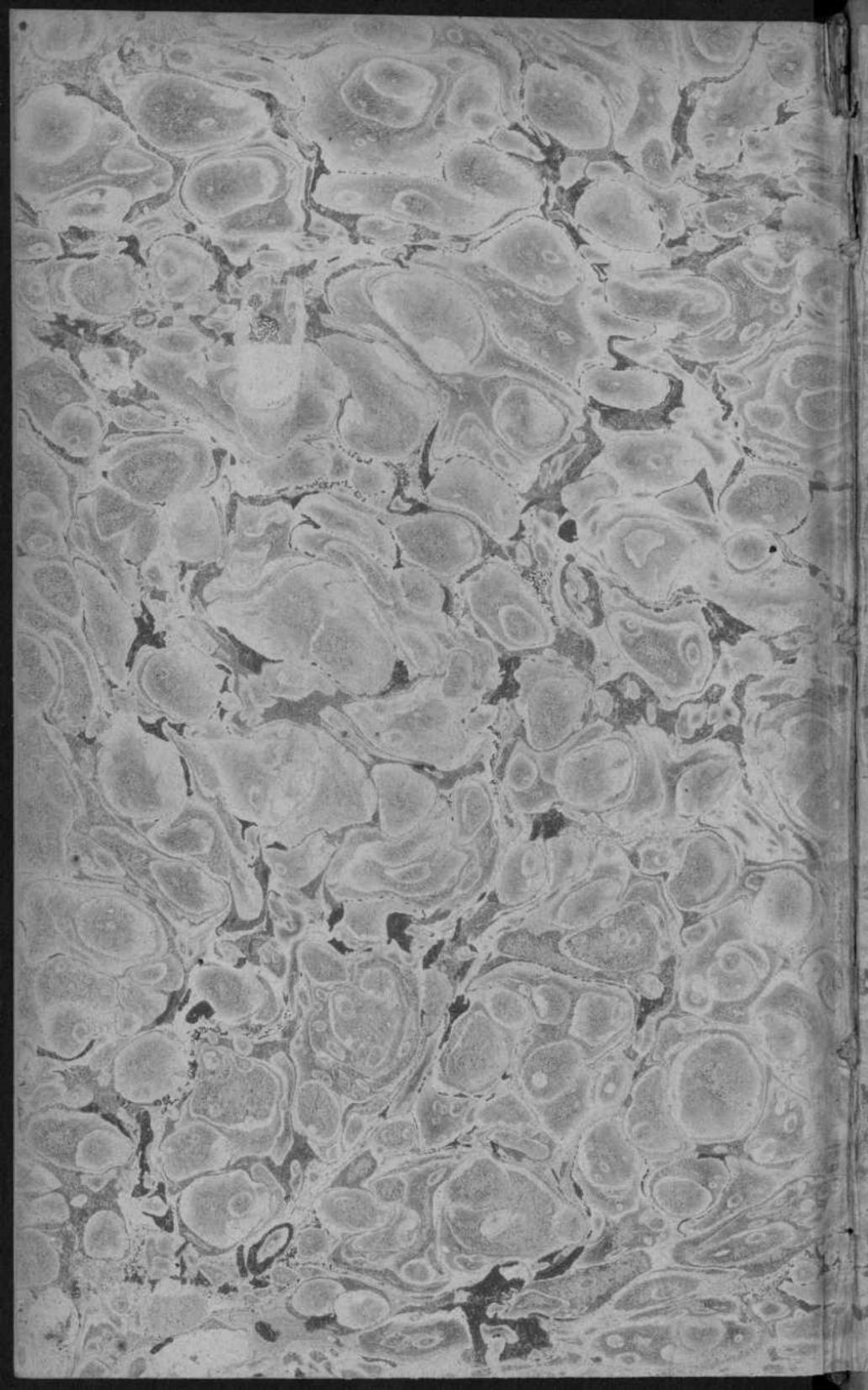
- ditáramos las palabras y sentimientos de esta gran Santa. . . . . 207
- LEC. LIII.—La causa por que nos detuvimos tanto en las faltas de santa Teresa, fué no sólo porque ella deseaba mucho que todos las supieran, sino porque brilla más en esto la gracia y nos enseña que la humildad es el primer fundamento de la virtud, y la que levantó á la Santa hasta la union con Dios.. 211
- LEC. LIV.—Confesores que tuvo la Santa de Santo Domingo y de la Compañía de Jesús, que aprobaron su espíritu, por lo que se ve el bien que hay en las Religiones y la necesidad de direccion en la vida espiritual. . . . . 214
- LEC. LV.—Se comienza á tratar de las virtudes de santa Teresa: La grande y sólida fe de la Santa debe ser el modelo de la nuestra para crecer con utilidad y provecho de nuestra alma. . . . . 219
- APÉNDICE II.—Sobre las revelaciones y visiones, y el asenso que deben darse á estas cosas. Es muy precisa esta reflexion para los místicos, y más para conocer que la regla no es la vision, aunque se crea ciertamente de Dios, sino el Prelado, la Iglesia, el confesor, la obediencia y la ley. . . . . 224
- LEC. LVI.—La esperanza heróica de la Santa cuando se manda deshacer la Reforma, y se halla perseguida y encerrada, nos enseña á confiar en Dios. . . . . 231
- LEC. LVII.—Tres casos que acreditan la firme esperanza de santa Teresa, y son de mucha instruccion para los cristianos pobres y afligidos que confian en Dios. . . . . 235
- LEC. LVIII.—La doctrina de la Santa sobre la esperanza y su conducta en esto, nos manifiesta que sólo Dios es fiel para los que esperan en él, no los del mundo, *que son palillos secos de romero que se quiebran luego.* . . . . 238
- LEC. LIX.—El amor de Dios que tuvo santa Teresa toda su vida ardentísimo y continuo, enciende al pecador más frio para amar al Sumo Bien. . . . . 242
- LEC. LX.—El amor grande de Dios hizo que santa Teresa emprendiera las obras más grandes; que hiciera el voto de seguir lo que entendiera ser más perfecto, y se renovara como el ave fénix. . . . . 246
- LEC. LXI.—Correspondencia entre el amor de Dios y el de Teresa. Esta se desatina en amar y Aquel en regalarla, y las palabras de entrambos son de enamorados.. 249
- LEC. LXII.—Devocion singular de santa Teresa al Santísimo Sacramento: las gracias que recibia de este Señor, la hacian arder más en el amor de Dios. . . . . 253

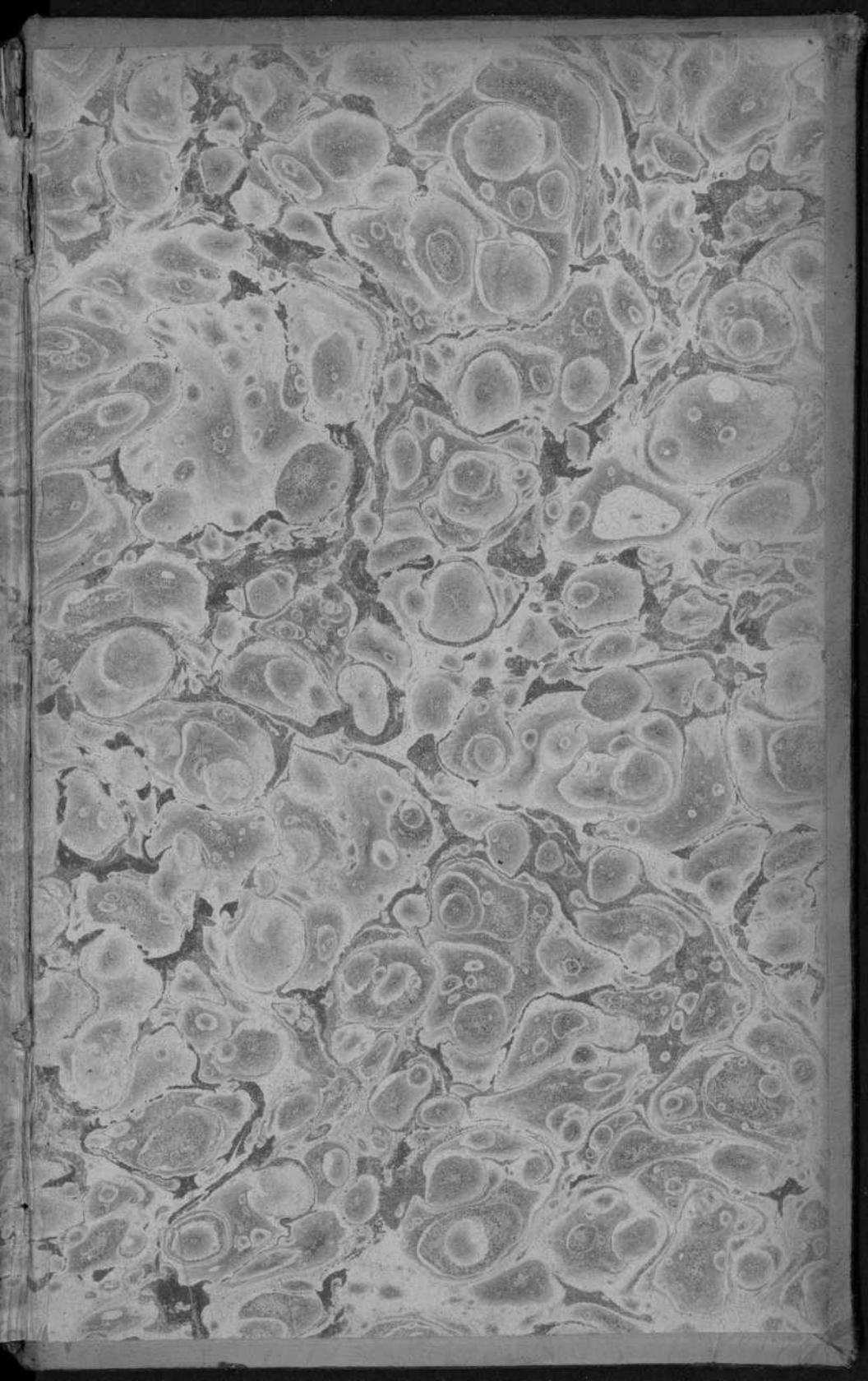
- LEC. LXIII.—La virtud de la Religion no sólo hizo que amase y respetase santa Teresa á Dios y á Jesucristo, sino que extendiese su culto á todo lo externo y á los Santos, y particularmente á san José para nuestro ejemplo. . . . . 257
- LEC. LXIV.—Carácter, causas y principios del amor del prójimo de santa Teresa, que nos aseguran no menos en los ejercicios exteriores de caridad, que en los de la contemplacion. . . . . 262
- LEC. LXV.—Reglas que seguia la Santa para que el amor del prójimo fuera siempre útil y meritorio, y doctrina singular sobre esta materia. . . . . 265
- LEC. LXVI.—Todo cuanto hizo la Santa se dirigió á gloria de Dios y bien de las almas, conversion de infieles y pecadores; para esto fundó su Reforma, y exhorta al amor del prójimo, que es la mejor union con Dios. . . . . 269
- LEC. LXVII.—Doctrina de la Santa sobre el amor de los enemigos y enfermos: la conducta que observó con sus contrarios debe ser la confusion de los que no perdonan las ofensas, no se compadecen de los enfermos, etc. . . . . 274
- LEC. LXVIII.—Santa Teresa tuvo todas las virtudes cardinales, mas aquí se reducirán á la parte gubernativa, para que resalte más la grandeza de esta mujer, y primero se trata de la prudencia. . . . . 279
- LEC. LXIX.—Prosigue la Santa en dar las mejores reglas de prudencia para gobernar con acierto. . . . . 284
- LEC. LXX.—Dos rasgos admirables de prudencia de la Santa en orden á consultar siempre con sabios y santos: en la conducta con que hacia sus viajes nos enseña esta virtud. . . . . 287
- LEC. LXXI.—Santa Teresa en pocas palabras da un plan perfecto del gobierno de justicia y entereza, y lo sigue en sus obras con perfeccion para ejemplo comun. . . . . 291
- LEC. LXXII.—Santa Teresa fué la mujer grande y fuerte de Salomon, y de un valor y heroismo más que de mujer, lo que nos anima á pedir la fortaleza al Señor. . . . . 296
- LEC. LXXIII.—La fortaleza de santa Teresa se descubre en una invectiva que hace contra los pecadores, cobardes para la virtud y fuertes para ofender á Dios. . . . .
- LEC. LXXIV.—Doctrina sublime que da la Santa á sus hijas sobre la fortaleza santa, sin declinar en cobardía ni en presuncion orgullosa, en lo que todos tienen mucho que aprender. . . . . 304
- LEC. LXXV.—Otro golpe de fortaleza heroica de la

- Santa, enseñando á no hacer caso de males pequeños de cuerpo, para dejar la observancia, bien digno de que lo lean los delicados que se cuidan demasiado. 308
- LEC. LXXVI.— Fortaleza singular contra los demonios, y doctrina de Teresa, que nos enseña lo poco que éstos pueden, y que sólo debemos temer el pecado. 312
- LEC. LXXVII.— La templanza de santa Teresa la hace dar grandes documentos para moderar el zelo excesivo y disimular alguna cosa, como no sea sustancial. Algunos casos particulares sobre esto. 316
- LEC. LXXVIII.— Reglas que santa Teresa daba para el gobierno de las melancolías y cuidado que debían tener en admitir novicias, todo lo cual pertenece á la virtud de la templanza útil para todos. 320
- LEC. LXXIX.— Continúa la Santa hablando de la melancolía de algunos siervos de Dios y parientes suyos, que nacia de escrúpulo : reglas excelentes para andar con libertad el camino espiritual. 326
- LEC. LXXX.— Casos muy particulares que sucedieron á la Santa en la admision de novicias ; como dió el hábito á una esclavilla sin dote, y desechó otras que lo tenían. Contiene doctrina muy útil, y que enseña la prudencia y templanza. 322
- LEC. LXXXI.— Todo cuanto escribió la Santa lo hizo por obediencia, y ésta la dió fuerzas para hacerlo bien. Doctrina admirable que nos da sobre esta virtud. 336
- LEC. LXXXII.— Santa Teresa precave todo lo más disimulado, que el amor propio, génio y voluntad de interés nos presenta para no obedecer, á título de virtud algunas veces. 340
- LEC. LXXXIII.— Dos casos referidos por la Santa sobre personas que comulgaban todos los dias, y como por la obediencia se conoció el espíritu que era y como enseñaba Teresa con obras y ejemplos. 343
- LEC. LXXXIV.— Otro caso que refiere la Santa de una mujer que comulgaba todos los dias y no tenia director, y su admirable doctrina sobre este suceso y sobre la obediencia. 346
- LEC. LXXXV.— Refiere la Santa varios casos de obediencia en que sus hijas se excedían, porque veían que su Madre, aunque la mandaran una cosa de burlas, la hacia de veras, y enseña qué es obediencia ciega. 349
- LEC. LXXXVI.— Dos casos muy particulares en que santa Teresa manifestó una obediencia heroica, y su ejemplo puede ser confusion de la nuestra. 352

- LEC. LXXXVII.— Acaba de persuadir la Santa la obediencia con obras y palabras, desafiando á obedecer á un superior muy necio, vicioso, comedor y mal acondicionado. . . . . 355
- LEC. LXXXVIII.— Santa Teresa jamás padeció tentaciones contra la castidad. Fué purísima en todo, y gran Maestra en su doctrina. . . . . 358
- LEC. LXXXIX.— Caso muy particular que cuenta santa Teresa de una persona á quien la quitaron la Comunión por tentaciones contra la castidad, y doctrina admirable contra los Molinistas. . . . . 361
- LEC. XC.— En qué consiste la pobreza del Evangelio segun santa Teresa, y como es imposible tener aficiones terrenas y consolaciones espirituales. Maravillas de Dios, por las que fundó con pobreza sus conventos. . . . . 364
- LEC. XCI.— Exhortacion de santa Teresa sobre los bienes de la pobreza, moderacion en pedir y confianza en Dios, que es dueño de todo: en lo que nos enseña como lograremos un gran señorío. . . . . 367









13



LA MUJER

GRANDE

1

13.608